

Este libro llega a ti gracias al trabajo desinteresado de otras lectoras como tú. Está hecho sin ningún ánimo de lucro por lo que queda totalmente **PROHIBIDA** su venta en cualquier plataforma.

En caso de que lo hayas comprado, estarás incurriendo en un delito contra el material intelectual y los derechos de autor en cuyo caso se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.

Para incentivar y apoyar las obras de ésta autora, aconsejamos (si te es posible) la compra del libro físico si llega a publicarse en español en tu país o el original en formato digital.





AGRADECIMIENTOS

Moderadoras:

Rincone & Sttefanye & Melody

Traductoras

Nyx

Krispipe

3lik@

Manati5b

Eglasi

Isane33

Rincone

Mais020291

Melody

Issa Sanabria

Raeleen P.

Mae

Eni

Nati C L

Rory Cáceres

Clara_saphirblau

Correctoras

Nvx

Sttefanye

Bibliotecaria70

Pauper

Oficialmaria

Majomaestre27

Isane33

Peke Chan

Rincone

Recopilación y Revisión Sttefanye & Rincone

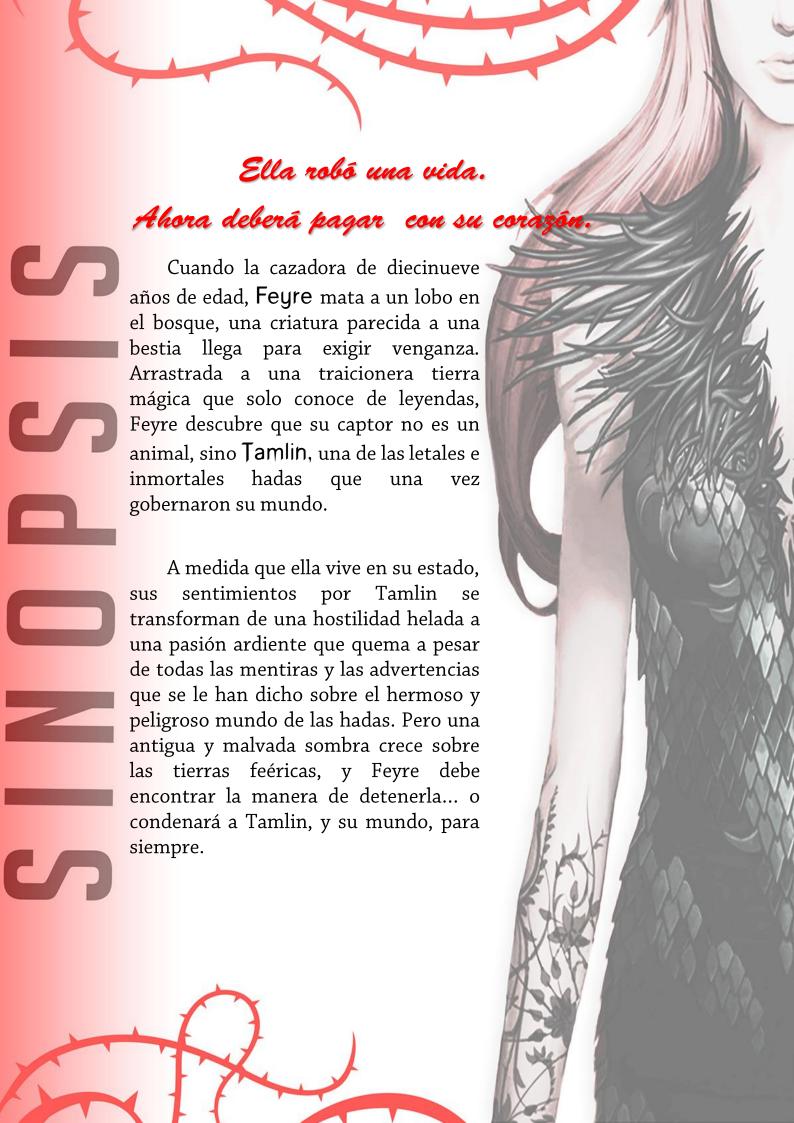
> Diseño Rincone



ÍNDICE

Agradecimientos Capítulo 24 Sinopsis Capítulo 25 Mapa de Prythian Capítulo 26 Capítulo 1 Capítulo 27 Capítulo 2 Capítulo 28 Capítulo 3 Capítulo 29 Capítulo 30 Capítulo 4 Capítulo 5 Capítulo 31 Capítulo 6 Capítulo 32 Capítulo 7 Capítulo 33 Capítulo 8 Capítulo 34 Capítulo 9 Capítulo 35 Capítulo 10 Capítulo 36 Capítulo 11 Capítulo 37 Capítulo 38 Capítulo 12 Capítulo 13 Capítulo 39 Capítulo 14 Capítulo 40 Capítulo 15 Capítulo 41 Capítulo 16 Capítulo 42 Capítulo 17 Capítulo 43 Capítulo 18 Capítulo 44 Capítulo 19 Capítulo 45 Capítulo 20 Capítulo 46 Capítulo 21 Próximo libro Capítulo 22 Créditos Capítulo 23







MAPA DE PRYTHIAN





CAPÍTULO1

TRADUCIDO POR MEW RINCONE // CORREGIDO POR VALE

El bosque se había convertido en un laberinto de nieve y hielo.

Había estado monitorizando los parámetros de la espesura durante una hora, y mi punto de vista desde el hueco de la rama de un árbol se había vuelto inútil. Las ráfagas de aire habían soplado gruesos copos que cubrieron mis pasos, pero enterrando junto con ellos cualquier signo potencial de una presa.

El hambre me había llevado más lejos de casa de lo que solía arriesgarme, pero el invierno era un tiempo difícil. Los animales se escondían, yendo más profundo en el bosque de lo que podía seguirles, dejándome únicamente para cazar uno a uno a los rezagados, rezando para que me duraran hasta la primavera.

No lo hicieron.

Me pasé mis entumecidos dedos por los ojos, alejando los copos adheridos a mis pestañas. Aquí no había árboles que estuviesen despojados de cortezas que marcaran el paso de los ciervos—aún no se habían movido. Se quedarían hasta que se acabara la corteza, luego viajarían hacia el norte pasando el territorio de los lobos y tal vez la tierra fe de Prythian, donde ningún mortal se atrevería a ir, no a menos que tuviera deseos de morir.

Un estremecimiento se deslizó por mi columna ante el pensamiento y lo alejé, centrándome en mi entorno, en la tarea por delante. Eso era todo lo que podía hacer, todo lo que había sido capaz de hacer durante años; centrarme en sobrevivir a la semana, el día, la hora por delante. Y ahora, con la nieve, tendría suerte si podía ver alguna cosa, sobre todo desde mi elevada posición en el árbol, casi sin poder ver los quince metros por delante. Ahogando un gemido cuando mis entumecidos miembros protestaron por el movimiento, destensé mi arco antes de bajar del árbol.

La helada nieve crujió bajo mis deshilachadas botas y apreté los dientes. Baja visibilidad, ruido innecesario—iba muy bien encaminada a otra cacería infructuosa.



Solo quedaban unas pocas horas de luz y si no me marchaba pronto, tendría que regresar a casa a oscuras y las advertencias de los cazadores de la ciudad todavía estaban frescas en mi mente: lobos gigantes al acecho, y en manadas. Por no hablar de los rumores de gente extraña merodeando los alrededores, altos, misteriosos y mortales.

Nada sino las hadas, los dioses cazadores largamente olvidados a los que había suplicado y a los que secretamente había seguido orando. En los ochos años que habíamos estado viviendo en nuestro poblado, a dos días de camino desde la frontera inmortal de Prythian, habíamos estado a salvo de un ataque—aunque los vendedores ambulantes algunas veces traían con ellos historias de lejanas ciudades fronterizas que habían quedado reducidas a astillas, huesos y cenizas. Estos cuentos, una vez lo suficientemente raros como para ser descartados por los ancianos de la aldea como rumores, en los últimos meses se habían convertido en susurros recurrentes de todos los días en el mercado.

Había arriesgado mucho yendo tan lejos en el bosque, pero el día de ayer se nos había terminado nuestra última hogaza de pan, y el resto de nuestra carne seca el día anterior. Aun así, prefería pasar otra noche con el vientre vacío que siendo lo que satisficiera el apetito de un lobo. O un hada.

No es que hubiera mucho de mí para darse un festín. Para esta época del año me había vuelto desgarbada, se podían contar un buen número de mis costillas. Moviéndome tan ágil y silenciosamente como podía entre los árboles, apreté una mano contra mi hueco y dolorido estómago. Sabía la expresión que habría en los rostros de mis dos hermanas mayores cuando regresara a nuestra casa con las manos vacías una vez más.

Después de unos minutos de cuidadosa búsqueda, me acurruqué dentro de un grupo de zarzas llenas de nieve. A través de las espinas, tuve una visión medio decente de un claro y del pequeño arrollo fluyendo a través de él. Unos agujeros en el hielo sugerían que todavía se utilizaba con frecuencia. Con suerte conseguiría algo. Si había suerte.

Suspiré, clavando la punta de mi arco en el suelo, y apoyé mi frente contra la curva de la primitiva madera. No duraríamos otra semana sin comida. Y demasiadas familias ya habían comenzado a pedirme que esperara que los ciudadanos más ricos nos tendieran la mano. Había sido testigo de primera mano de exactamente hasta dónde llegaba su caridad.



Me acomodé en una posición más cómoda y calmé mi respiración, tratando de escuchar el bosque por encima del viento. La nieve caía y caía, bailando y rizándose como espumosos destellos, el fresco y limpio blanco contra lo marrón y gris del mundo. Y a pesar de mí misma, a pesar de mis miembros entumecidos, aquieté esa implacable y viciosa parte de mi mente para captar el bosque velado de nieve.

Una vez, fue una segunda naturaleza el saborear el contraste de la hierba nueva contra lo oscuro de la tierra labrada, o un broche de amatista enclavado en los pliegues de seda esmeralda; una vez soñé, respiré y pensé en colores y formas. A veces me atrevía a disfrutar de imaginar un día en que mis hermanas se casaran y que solo fuésemos Padre y yo, con suficiente comida para todos, el dinero suficiente para comprar un poco de pintura y el tiempo suficiente para plasmar esos colores y formas en un papel o en un lienzo o en las paredes de la cabaña.

No era probable que ocurriera pronto, tal vez nunca. Así que me quedaban momentos como éste, admirando el brillo de la pálida luz de invierno en la nieve. No podía recordar la última vez que lo había hecho, que me había tomado la molestia en notar algo encantador o interesante.

Las horas robadas en un granero decrépito con Isaac Hale no contaban; aquellos momentos eran hambrientos y vacíos, a veces crueles, pero nunca encantadores.

El aullido del viento se calmó en un suave suspiro. La nieve caía perezosamente ahora, en grandes y gordos terrones que se juntaban a lo largo de cada rincón y protuberancia de los árboles. Era fascinante la belleza letal y gentil de la nieve. Pronto tendría que volver a los caminos fangosos y congelados de la aldea, al agobiante calor de nuestra cabaña. Una pequeña y fragmentada parte de mí retrocedió ante la idea.

Los arbustos crujieron a través del claro.

Tirar de mi arco fue cuestión de instinto. Miré a través de las espinas y mi respiración se cortó.

A menos de treinta metros de distancia, había de pie una pequeña cierva no demasiado escuálida por el invierno, pero lo suficientemente desesperada como para arrancar la corteza de un árbol en el claro.



Un ciervo así podría alimentar a mi familia durante una semana o más.

Mi boca se hizo agua. Tranquila como el viento silbando a través de hojas muertas, apunté.

Ella seguía arrancando tiras de corteza, masticando lentamente, completamente inconsciente de que su muerte esperaba a pocos metros de distancia.

Podría secar la mitad de la carne y podríamos comernos el resto, guisos, pasteles... su piel se podría vender, o tal vez convertirla en ropa para alguno de nosotros. Necesitaba unas botas nuevas, pero Elain necesitaba una capa nueva y Nesta era propensa a desear lo que sea que otra persona poseyera.

Me temblaron los dedos. Era comida tanto como salvación. Tomé aire, cuadrando mi objetivo.

Pero había un par de ojos dorados brillando desde el arbusto junto al mío.

El bosque se quedó en silencio. El viento se calmó. Incluso la nieve se detuvo.

Nosotros los mortales ya no teníamos dioses a los que adorar, pero si conociera sus nombres, les habría rezado. A todos ellos. Oculto entre la espesura, el lobo se acercó más, su mirada fija en la inadvertida cierva.

Era enorme, del tamaño de un poni, y aunque se me había advertido sobre su presencia, mi boca se resecó.

Pero peor que su tamaño, era su sigilo poco natural; incluso a centímetros del arbusto, permaneció indetectable, inadvertido por la cierva. Ningún animal tan masivo podría ser tan silencioso. Pero si no era un animal corriente, era de origen Prythiano, y si de alguna manera era un hada, entonces ser comida era la menor de mis preocupaciones.

Si era un hada, ya debería estar corriendo.

Pero tal vez... tal vez sería un favor al mundo, a mi pueblo, a mí misma, matarlo mientras seguía sin ser detectada. Ponerle una flecha en el ojo no sería ninguna carga.



Pero a pesar de su tamaño, *lucía* como un lobo, se movía como un lobo. *Animal*, me tranquilicé. *Solo es un animal*. No me permití considerar la alternativa, no cuando necesitaba tener la cabeza clara y mi respiración constante.

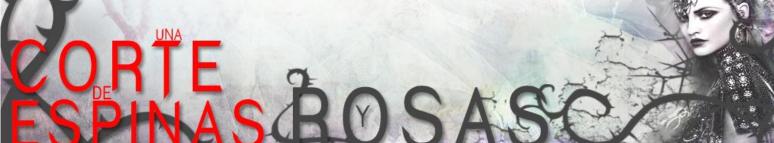
Tenía un cuchillo de caza y tres flechas. Las dos primeras eran flechas normales, simples y eficientes, y probablemente no más que una picadura de abeja para un lobo de ese tamaño. Pero la tercera flecha, la más larga y pesada, se la había comprado a un vendedor ambulante durante el verano en que habíamos tenido suficientes monedas de cobre para lujos adicionales. Una flecha tallada de un fresno de las montañas, armada con una cabeza de hierro.

Por las canciones que nos entonaban como nanas a la hora de dormir, todos sabíamos desde la infancia que las hadas odiaban el hierro. Pero era la madera de fresno lo que hacía que su inmortalidad, que su magia curativa vacilara el tiempo suficiente para que un ser humano diera el golpe de gracia. O eso era lo que las leyendas y los rumores afirmaban. La única prueba que teníamos de la efectividad del fresno era su gran rareza. Había visto dibujos de los árboles, pero nunca uno con mis propios ojos, no después de que el Alto Fae los hubiera quemado todos hace mucho tiempo. Así que pocos habían quedado, la mayoría de ellos pequeños y enfermizos y ocultos por la nobleza dentro del altamente arboleado muro. Me había pasado semanas debatiendo después de mi compra si la poca costosa madera había sido una pérdida de dinero o una falsificación, y durante tres años, la flecha de fresno se había quedado sin utilizar en mi aljaba.

Ahora la sostuve, manteniendo mis movimientos al mínimo, eficientes, cualquier cosa para evitar que el monstruoso lobo mirase en mi dirección. La flecha era larga y lo suficientemente pesada como para causar daños y posiblemente matarlo si apuntaba bien.

Mi pecho se apretó tanto que dolió. Y en ese momento, me di cuenta que mi vida se reducía a una sola pregunta: ¿Era el único lobo?

Agarré mi arco y tensé la cuerda hacia atrás. Era una tiradora decente, pero nunca me había enfrentado a un lobo. Pensaría que eso me hacía una persona con suerte, incluso bendecida. Pero ahora... no sabía en dónde dar o qué tan rápido se movían. No podía permitirme el lujo de perderlo. No cuando solo tenía una flecha de fresno.



Y si efectivamente se trataba de un corazón de hada lo que latía bajo esa piel, entonces que así fuera. Que así fuera, después de todo lo que su especie nos había hecho. No me arriesgaría a que éste más tarde se arrastrara dentro de nuestro pueblo para matar, mutilar y atormentar. Moriría aquí y ahora. Estaría encantada de acabar con él.

El lobo se acercó más y una rama crujió bajo una de sus patas, cada una de ellas más grande que mi mano. La cierva se puso rígida. Miró de un lado a otro, agudizando el oído hacia el cielo gris. Con la posición del lobo a favor del viento, no podía verle ni oírle.

Bajó la cabeza, y su enorme cuerpo color plata, tan perfectamente mezclado con la nieve y las sombras, se hundió en sus cuartos traseros. La cierva seguía mirando en la dirección equivocada.

Miré de la cierva al lobo y viceversa. Por lo menos él estaba solo, al menos era lo que esperaba. Pero si el lobo asustaba a la cierva, me quedaría con nada más que con un lobo hambriento, posiblemente un hada, en busca de su siguiente comida. Y si él la mataba, destruiría preciosas cantidades de piel y grasa...

Si juzgaba equivocadamente, mi vida no sería la única que se perdería. Pero mi vida se había reducido a nada más que a los riesgos que estos pasados ochos años había tomado cazando en el bosque, y había elegido correctamente la mayoría de las veces. La mayor parte.

El lobo se disparó desde el arbusto en un destello de color gris, negro y blanco, sus amarillos colmillos brillando. Era aún más gigantesco en campo abierto, una maravilla de músculos, velocidad y fuerza bruta. La cierva no tenía ninguna oportunidad.

Disparé la flecha de fresno antes de que destruyera gran parte de ella.

La flecha dio en su blanco en su costado, y habría jurado que el suelo en sí se estremeció. Gritó de dolor, liberando el cuello de la cierva mientras su sangre salpicaba sobre la nieve de un brillante rubí.

Se giró hacia mí con esos enormes ojos amarillos ensanchados, el pelo erizado. Su gruñido retumbó en el pozo vacío que era mi estómago mientras me ponía sobre mis pies, esparcía la nieve alrededor y agarraba otra flecha.

Pero el lobo simplemente me miró, sus fauces manchadas con sangre, mi flecha de fresno clavada muy vulgarmente en su costado. La nieve



comenzó a caer de nuevo. Me *miró*, y lo hizo con tal especie de conciencia y sorpresa que me hizo dispararle una segunda flecha. Solo por si acaso, por si acaso esa inteligencia fuera de una especie inmortal y perversa.

Él no trató de esquivar la flecha cuando ésta atravesó directamente su amplio ojo amarillo.

Se desplomó sobre el suelo.

Color y oscuridad se enturbiaron, arremolinándose en mi visión, mezclándose con la nieve.

Sus piernas temblaron mientras un bajo gemido rodaba a través del viento. Imposible, debería estar muerto, no muriéndose. La flecha había entrado por su ojo casi hasta la pluma de ganso¹.

Pero lobo o hada, no importaba. No con esa flecha de fresno incrustada en su costado. Muy pronto estaría muerto. Aun así, mis manos temblaban mientras me sacudía la nieve y me acercaba, manteniendo una distancia prudente. La sangre brotaba de las heridas que le había causado, manchando de carmesí la nieve.

Él pateó en el suelo, con su respiración ya se desaceleraba. ¿Tenía mucho dolor, o su quejido era un mero intento de mantener alejada a la muerte? No estaba segura de que quisiera saberlo.

La nieve se arremolinaba a nuestro alrededor. Me quedé mirándolo hasta que la capa de color carboncillo, obsidiana y marfil dejó de ascender y descender. Lobo, definitivamente solo un lobo, a pesar de su tamaño.

La presión en mi pecho se alivió y dejé salir un suspiro, mi aliento nublándose delante de mí. Al menos la flecha de fresno había demostrado ser letal, sin importar a quién o a qué le daba. Un rápido vistazo a la cierva me dijo que podría llevarme solo a un animal, e incluso aquello sería una lucha. Pero era una pena dejar el lobo.

A pesar de que perdí unos preciosos minutos, minutos durante los cuales cualquier depredador podría haber olido la fresca sangre, lo despellejé y limpie mis flechas lo mejor que pude. En todo caso, calentó mis manos. Envolví el lado sangriento de su piel alrededor del cuerpo atado y

¹ Se refiere a la pluma que está en el extremo opuesto a la punta de la flecha y ayuda a que la flecha viaje con más equilibrio.

²Tipo de flor.

³ Gachas: Crema de avena.

muerto de la cierva antes de levantarla sobre mis hombros. Iban a ser varios kilómetros de regreso a nuestra cabaña, y no necesitaba un rastro de sangre que llevara a todos los animales con colmillos y garras directamente a mí.

Gruñendo por el peso, agarré las patas del ciervo y le eché un vistazo final al vaporoso cadáver del lobo. Su restante ojo color oro se había quedado mirando hacia el cielo saturado de nieve, y por un momento, me habría gustado sentir remordimientos por la cosa muerta.

Pero esto era el bosque, y esto era el invierno.



CAPÍTULO 2

TRADUCIDO POR RINCONE // CORREGIDO POR VALE

El sol se había puesto para cuando salí del bosque, mis rodillas temblaban. Mis manos, rígidas por sostener las patas del ciervo, hacia kilómetros que se habían entumecido por completo. Ni siquiera el cadáver pudo protegerme del profundo frío.

El mundo estaba inundado por tonalidades de azul oscuro, interrumpido únicamente por mantecosos rayos de luz que escapaban por las ventanas con persianas de nuestra ruinosa cabaña. Era como caminar a través de una vívida pintura, un momento fugaz de quietud, el azul cambiando rápidamente a sólida penumbra.

Mientras me dirigía por el camino de entrada, cada paso siendo impulsado únicamente por el hambre casi vertiginosa, las voces de mis hermanas revolotearon hasta mí. No necesitaba discernir sus palabras para saber que lo más probable era que hablaran sobre un joven muchacho o las cintas que habían visto en el pueblo cuando deberían haber ido a cortar leña, no obstante, sonreí un poco.

Le di una patada con las botas al marco de la puerta de piedra, sacudiéndoles la nieve. Trozos de hielo se liberaron de las grises rocas de la cabaña, revelando las descoloridas marcas de las salas alrededor del umbral. Un charlatán había convencido a mi padre de intercambiar una de sus tallas de madera a cambio de unos grabados contra el daño de las hadas. Había tan poco que mi padre fuese capaz de hacer por nosotras que no había tenido el corazón para decirle que aquellos grabados eran inútiles... y sin ninguna duda, falsos. Los mortales no poseían magia, no poseían la fuerza superior o velocidad que poseían las hadas o un Alto Fae. El hombre, alegando que tenía un poco de sangre feérica en su ascendencia, solo había tallado espirales y remolinos y runas alrededor de la puerta y las ventanas, murmurado algunas palabras sin sentido y siguió su camino.

Abrí la puerta de madera y el congelado hierro mordió mi piel como una víbora. El calor y la luz me cegaron cuando me deslicé en el interior.



—¡Feyre! —El suave jadeo de Elain raspó mis oídos y entrecerré un poco los ojos al brillo del fuego para encontrar a mi hermana mayor justo delante de mí. A pesar de que estaba envuelta en una manta raída, su cabello color oro marrón, el color que teníamos las tres, estaba colocado perfectamente en espiral sobre su cabeza. Ocho años de pobreza no la habían despojado del deseo de lucir hermosa.

—¿De dónde sacaste eso? —El trasfondo de hambre perfeccionó sus palabras en una nitidez que se había vuelto demasiado común en las últimas semanas. No hizo mención alguna sobre la sangre que me cubría. Había perdido la esperanza hacía tiempo de que se dieran cuenta de si yo realmente regresaba de los bosques cada noche. Al menos hasta que tuviera hambre de nuevo. Pero entonces, mi madre no les había hecho jurar nada a ellos mientras estaban de pie junto a su lecho de muerte.

Tomé una respiración tranquilizadora mientras descargaba la cierva de mis hombros. Ésta golpeó la mesa de madera con un ruido sordo, haciendo sonar la taza de cerámica en el otro extremo.

—¿De dónde crees que la he sacado? —Mi voz se había vuelto ronca, cada palabra ardiendo mientras salía. Mi padre y Nesta seguían en silencio calentando sus manos junto a la chimenea, mi hermana mayor ignorándole, como de costumbre. Quité la piel del lobo del cuerpo de la cierva y después de quitarme las botas y ponerlas junto a la puerta, me giré hacia Elain.

Sus ojos castaños, los ojos de mi padre, permanecieron puestos sobre la hembra.

-¿Te tomará mucho tiempo limpiarla?

Yo. No ella, nunca ellos. Ni una sola vez los había visto con las manos pegajosas de sangre y piel. Yo sola había aprendido a preparar y cosechar mis cacerías gracias a las instrucciones de los demás.

Elain apoyó su mano contra su vientre, probablemente tan vacío y dolorido como el mío. No era que Elain fuese cruel. Ella no era como Nesta, quien había nacido con una mueca en su rostro. Elain a veces sencillamente... no captaba las cosas. No era la mezquindad lo que le impedía ofrecer su ayuda; es que simplemente nunca se le había ocurrido que a lo mejor pudiera ensuciarse las manos. Nuca he podido saber si es que realmente no entendía que éramos verdaderamente pobres o si solamente se negaba a aceptarlo. Aún no había dejado de comprarle sus semillas para el



jardín de flores que cuidaba en los apacibles meses, siempre que podía permitírmelo.

Y tampoco le había impedido comprarme tres pequeñas latas de pintura de color rojo, amarillo y azul durante el mismo mes que había tenido lo suficiente para comprar la flecha de fresno. Aquel fue el único regalo que alguna vez me habían dado, y nuestra casa aún tenía las marcas de ellas, incluso si ahora la pintura estaba desvanecida y cascada: pequeñas enredaderas y flores a lo largo de las ventanas, las puertas y los bordes de las cosas y pequeños rizos de fuego en las piedras que bordeaban la chimenea. Cualquier minuto libre que tuve en ese verano, solía adornar nuestra casa con color, a veces ocultando ingeniosas decoraciones dentro de cajones, detrás de las roídas cortinas, debajo de las sillas y mesa.

No habíamos tenido un verano tan tranquilo desde entonces.

—Feyre. —El profundo gruñido de mi padre provino desde el fuego. Su oscura barba estaba prodigiosamente recortada, su rostro impecable, al igual que el de mis hermanas—. Que suerte has tenido el día de hoy, trayéndonos un festín así.

Junto a mi padre, Nesta soltó un resoplido. No era de extrañar. Cualquier pequeño elogio para cualquier persona, como yo, Elain, otros aldeanos, a ella le resultaba un disgusto. Y cualquier palabra de nuestro padre por lo general también le parecía una ridiculez.

Me incorporé, casi demasiado cansada como para levantarme, pero coloqué una mano en la mesa al lado de la cierva mientras le disparaba una mirada a Nesta. De todos nosotros, Nesta fue a quien le sentó peor la pérdida de nuestra fortuna. Había estado silenciosamente resentida con mi padre desde el momento en que huimos de nuestro señorío, incluso después de ese horrible día en que uno de los acreedores viniera a mostrarnos cuán disgustado estaba por la pérdida de su inversión.

Pero al menos Nesta no nos había llenado la cabeza con inútiles charlas de recuperar nuestra riqueza, como mi padre. No, ella simplemente gastaba cualquier dinero que yo no escondiese de ella, y rara vez se molestaba en reconocer en absoluto la coja presencia de mi padre. Algunos días, no podía decir cuál de los dos era más miserable y amargado.

—Podemos comernos la mitad de la carne esta semana —dije, dirigiendo mi mirada a la cierva. El animal ocupaba la totalidad del



desvencijado lugar que usábamos para comer, trabajar y cocinar—. Podemos secar la otra mitad —continué, sabiendo que no importaba lo bien que me expresara, terminaría haciendo la mayoría de ella—. E iré mañana al mercado para ver cuánto puedo conseguir por la piel. —Terminé, más para mí que para ellos. De todos modos, nadie se molestó en confirmar si me habían oído.

Mi padre estiró su arruinada pierna delante de él, tan cerca del calor del fuego como pudo. El frío, la lluvia o un cambio en la temperatura siempre agravaban las viciosas y retorcidas heridas alrededor de su rodilla. Su bastón, sencillamente tallado, estaba apoyado contra la silla, un bastón que se había hecho él mismo... y el que Nesta algunas veces era propensa a colocar lejos de su alcance.

Podría conseguir un trabajo si no estuviera tan avergonzado, era lo que Nesta siempre decía cuando le susurraba al respecto. Ella lo odiaba también por la lesión, por no defenderse cuando aquel acreedor y sus matones irrumpieron en casa y le rompieron la rodilla una y otra vez. Nesta y Elain habían huido hacia el dormitorio, colocando barricadas en la puerta. Yo me había quedado, y supliqué y lloré con cada grito de mi padre, con cada crujir de sus huesos. Me ensucié, y entonces vomité justo sobre las piedras delante de la chimenea. Solo entonces los hombres se marcharon. Nunca volvimos a verlos.

Utilizamos una gran parte de nuestro dinero restante para pagarle a un curandero. Le llevó a mi padre seis meses poder incluso caminar, un año antes de que pudiera andar un kilómetro. Las monedas de cobre que traía cuando alguien se compadecía lo suficiente como para comprarle una de sus tallas de madera no eran suficientes para mantenernos alimentados. Hace cinco años, cuando el dinero se había verdaderamente ido, cuando mi padre no podía —quería— moverse mucho, no había argumentado cuando anuncié que me iba de caza.

No se había molestado en intentar pararse de su asiento junto al fuego, no se había molestado en alzar la mirada de su talla de madera. Sencillamente permitió que entrara en aquellos mortales y misteriosos bosques, con los que hasta los más experimentados cazadores eran cautos. Se había vuelto más consciente ahora, algunas veces daba las gracias, a veces cojeaba todo el camino hasta la ciudad para vender sus tallados, pero no mucho más.



- —Me encantaría una nueva capa —dijo Elain finalmente con un suspiro, en el mismo momento en que Nesta se levantaba y declaraba:
 - —Necesito un nuevo par de botas.

Me mantuve en silencio, sabiendo que mejor no meterme en medio de una de sus discusiones, pero miré al par todavía brillantes de Nesta en la puerta. Junto a ellas, mis demasiado pequeñas botas se estaban cayendo a pedazos, unidas solamente por los deshilachados cordones.

—Pero me estoy congelando con esta vieja y andrajosa manta —declaró Elain—. Me congelaré hasta la muerte.

Clavó sus muy abiertos ojos en mí y me dijo:

—Por favor, Feyre. —Soltó las dos sílabas de mi nombre — fay-ruh— en el gemido más horrible que jamás había soportado, y Nesta chasqueó en alto su lengua antes de ordenarle que se callara.

Les dejé en el trasfondo cuando empezaron a discutir sobre quién iba a quedarse con el dinero de la piel que vendería mañana y encontré a mi padre, ahora de pie, junto a la mesa, una mano apoyada contra ella para apoyar su peso mientras inspeccionaba la cierva. Su atención se deslizó en la piel del gigantesco lobo. Sus dedos, aún suaves y caballerosos, giró la piel y trazó una línea a través del sangriento inferior. Me tensé.

Sus oscuros ojos se posaron en los míos.

- —Feyre —murmuró, y su boca se hizo una apretada línea—. ¿De dónde sacaste esto?
- —Del mismo lugar del que conseguí la cierva —le contesté con la misma calma, mis palabras frías y agudas.

Recorrió con su mirada el arco y el carcaj atado a mi espalda y el cuchillo de caza a mi lado. Sus ojos se humedecieron.

—Feyre... el riesgo...

Sacudí mi barbilla hacia la piel, incapaz de contener la rotura en mi voz.



Lo que realmente quería decir era: Ni siguiera te molestas en salir de casa la mayoría de los días. Si no fuera por mí, nos moriríamos de hambre. Si no fuera por mí, ya estaríamos muertos.

—Feyre —repitió y cerró los ojos.

Mis hermanas se habían quedado en silencio, y levanté la vista a tiempo para ver a Nesta arrugando la nariz con un resoplido. Recogió mi capa.

—Apestas como un cerdo que se ha revolcado en su propia suciedad. ¿No puedes al menos *tratar* de fingir que no eres una campesina ignorante?

No permití que aquello picara y doliera. Había sido demasiado joven para aprender más que los fundamentos básicos de los modales, la lectura y la escritura cuando nuestra familia cayó en desgracia, y ella nunca dejaría que lo olvidara.

Dio un paso atrás para recorrer un dedo sobre su cabello color oromarrón, trenzado y enrollado.

—Quítate esas asquerosas ropas.

Me tomé mi tiempo, tragándome las palabras que quería gritarle de regreso. Siendo tres años mayor que yo, de alguna manera parecía más joven que yo, sus doradas mejillas siempre sonrojadas con un delicado y vibrante rosa.

—¿Puedes poner a hervir agua y poner leña en el fuego? —Pero incluso mientras preguntaba, noté la pila de leña. Solo había cinco troncos—. Creí que irías a cortar leña hoy.

Nesta se miró sus largas y pulcras uñas.

—No me gusta cortar leña. Siempre se me clavan astillas. —Levantó su mirada bajo sus pestañas oscuras. De todos nosotros, Nesta se veía más como nuestra madre, sobre todo cuando quería algo—. Además, Feyre —dijo con un mohín—. ¡Eres mucho mejor en eso! Te lleva la mitad del tiempo del que me lleva a mí. Tus manos son adecuadas para el trabajo, ya son bastante ásperas.

Mi mandíbula se apretó.



—Por favor —dije, calmando mi respiración, sabiendo que una discusión era la última cosa que necesitaba o quería—. Por favor, levántate al amanecer para cortar madera. —Me desabroché la parte superior de mi túnica—. O nos comeremos un desayuno frío.

Sus cejas se estrecharon.

-iNo pienso hacer tal cosa!

Pero yo ya estaba caminando hacia la pequeña segunda habitación donde mis hermanas y yo dormíamos. Elain suspiró una suave suplica a Nesta, lo que le valió un silbido en respuesta. Miré por encima de mi hombro hacia mi padre y señalé al ciervo.

—Prepara los cuchillos —dije, sin molestarme en sonar agradable—. Saldré enseguida. —Sin esperar una respuesta, cerré la puerta detrás de mí.

La habitación era lo suficientemente grande para albergar una cómoda desvencijada y la enorme cama de madera fina en la que dormíamos. El único vestigio que quedaba de nuestra antigua riqueza, la cual había sido ordenada como un regalo de bodas de mi padre para mi madre. Era la cama en la que habíamos nacido y la cama en la que murió mi madre. Con toda la pintura que había plasmado en casa durante estos últimos años, nunca la había tocado.

Colgué la ropa que me había quitado en el combado vestidor frunciendo el ceño ante las violetas y las rosas que había pintado en el trozo del cajón de Elain, las llamas crepitando que había pintado alrededor del de Nesta, y el cielo nocturno, líneas de estrellas amarillas puestas en blanco en el mío. Lo había hecho para iluminar la habitación que de otro modo sería oscura. Ellas nunca lo habían mencionado. No sé siquiera por qué esperé que lo hicieran.

Gimiendo, fue todo lo que pude hacer para evitar colapsar en la cama.



Cenamos carne de venado asada esa noche. Aunque sabía que era una tontería, no objeté cuando cada uno agarró una segunda ración hasta que declaré que era suficiente carne. Pasaría el día de mañana preparando las partes restantes del ciervo para el consumo, entonces me tomaría un par de



horas para adecuar ambas pieles antes de llevarlas al mercado. Conocía un par de vendedores que podrían estar interesados en dicha compra, aunque tampoco era probable que me dieran el precio que se merecían. Pero dinero era dinero, y no tenía el tiempo o los fondos para viajar hasta la ciudad grande que estuviera más cerca para encontrar una mejor oferta.

Chupé los dientes de mi tenedor, saboreando los restos de la grasa que recubrían el metal. Mi lengua se deslizó sobre las torcidas puntas, el tenedor era parte de un desgastado conjunto que mi padre había rescatado de las dependencias del servicio, mientras los acreedores saqueaban nuestra noble casa. Ninguno de nuestros utensilios combinaba, pero eran mejor que comer con los dedos. Los cubiertos de la dote de mi madre hacía mucho que habían sido vendidos.

Mi madre. Imperiosa y fría con sus hijos, alegre y deslumbrante entre la gente que frecuentaba nuestra noble finca, cariñosa con mi padre, la única persona a quien realmente amaba y respetaba. Pero también había amado de verdad las fiestas, hasta el punto de que no tenía tiempo para hacer conmigo nada más que contemplar cómo mis habilidades en ciernes de esbozar y pintar me podrían asegurar un futuro marido. Si hubiera vivido lo suficiente para ver como nuestra riqueza se desmigajaba, la habría destrozado, más que a mi padre. Tal vez fue una cosa misericordiosa que hubiese muerto.

En todo caso, aquello dejaba más comida para nosotros.

En la cabaña no quedaba nada de ella además de la cama de fina madera y el voto que le había hecho.

Cada vez que miraba hacia el horizonte o me preguntaba si debería simplemente empezar a caminar y caminar y nunca mirar a atrás, escuchaba la promesa que le había hecho hacía once años cuando se estaba consumiendo en su lecho de muerte. Haz que permanezcan juntos, y cuida de ellos. Estuve de acuerdo, siendo demasiado joven para preguntarle por qué no se lo había pedido a mis hermanas mayores o a mi padre. Pero se lo juré, y entonces murió, y en nuestro miserable mundo humano, protegido solo por la promesa hecha por el Alto Fae hace cinco siglos, en nuestro mundo donde habíamos olvidado el nombre de nuestros dioses, una promesa era ley; una promesa era una moneda; una promesa era tu fianza.

Había momentos en que odiaba que me hubiese hecho prometer aquello. Que tal vez, delirando por la fiebre, ni siquiera hubiera sabido a



quien se lo estaba pidiendo. O tal vez la inminente muerte le había dado algo de claridad sobre la verdadera naturaleza de sus hijos, de su marido.

Dejé el tenedor y miré nuestro magro fuego danzar entre los troncos restantes, estirando mis doloridas piernas por debajo de la mesa.

Me giré hacia mis hermanas. Como de costumbre, Nesta se quejaba de los habitantes del pueblo, de que no tenían modales, de su poca gracia social, de que no tenían ni idea de la mala calidad de la que era su ropa, a pesar de que fingían que era tan fina como la seda o la gasa. Desde que habíamos perdido nuestra fortuna, sus antiguos amigos las ignoraban, así que mis hermanas se paseaban alrededor como si los jóvenes campesinos de la localidad formaran un círculo social de segunda clase.

Tomé un sorbo de mi taza de agua caliente, no podíamos ni permitirnos té en estos días, mientras Nesta continuaba su historia con Elain.

- —Bueno, *le* dije: "¡Si piensa que puede pedírmelo de forma tan indiferente, señor, voy a tener que declinar!" ¿Y sabes lo que dijo Tomas? Con los brazos apoyados en la mesa y los ojos muy abiertos, Elain negó.
 - —¿Tomas Mandray? —interrumpí—. ¿El segundo hijo del leñador?

Los ojos color gris azulado de Nesta se estrecharon.

- —Sí —dijo y volvió a girarse hacia Elain.
- —¿Qué es lo que quiere? —Miré a mi padre. Sin reacción, sin indicio de alarma o señal de que estuviera incluso escuchando. Perdido donde sea en la niebla de los recuerdos en la que se había deslizado, estaba sonriendo ligeramente hacia su amada Elain, la única de nosotras que se molestaba realmente en hablar con él.
 - —Quiere casarse con ella —dijo Elain soñadoramente.

Parpadeé.

Nesta ladeó la cabeza. Había visto a los depredadores utilizar ese movimiento antes. A veces me preguntaba si su implacable acero nos habría ayudado a sobrevivir mejor —prosperar, incluso— si no hubiera estado tan preocupada por nuestra posición perdida.



—¿Hay algún problema, Feyre? —Soltó mi nombre como si se tratara de un insulto, y mi mandíbula dolió por apretarla demasiado fuerte.

Mi padre se movió en su asiento, parpadeando, y aunque sabía que era una tontería reaccionar a sus burlas, dije:

—¿No puedes cortar leña para nosotros, pero deseas casarte con el hijo de un *leñador*?

Nesta cuadró los hombros.

—Pensé que todo lo que querías era que nos largáramos de la casa, que Elain y yo nos casáramos para que así tú pudieras tener el tiempo suficiente para pintar tus gloriosas obras. —Se burló del pilar de dedaleras² del borde de la mesa que había pintado, los colores demasiado oscuros y demasiado azules, ninguno con la peca blanca en el interior de la trompeta, pero lo había hecho, incluso si me había matado no tener pintura blanca, hacer algo tan imperfecto y duradero.

Ahogué el impulso de cubrir la pintura con la mano. Tal vez mañana terminaría por rasparla por completo de la mesa.

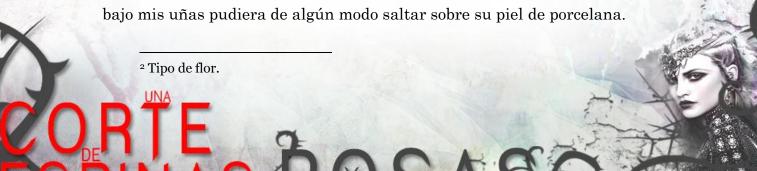
—Créeme —le dije—. El día que quieras casarte con alguien digno, me marcharé de esta casa y te la entregaré. Pero no vas a casarte con Tomas.

Las fosas nasales de Nesta se encendieron delicadamente.

—No hay nada que puedas hacer. Clare Beddor me dijo que Tomas me lo propondrá en cualquier momento de esta tarde. Y entonces jamás tendré que comer estos desperdicios de nuevo. —Añadió con una pequeña sonrisa—
: Al menos no tengo que recurrir a retozar en el heno con Isaac Hale como un animal.

Mi padre dejó escapar una tos avergonzada, mirando hacia su catre para el fuego. Nunca había dicho una palabra contra Nesta, por miedo o culpabilidad, y aparentemente no iba a empezar ahora, incluso si esta era la primera vez que escuchaba de Isaac.

Planté mis manos sobre la mesa mientras la miraba desde abajo. Elain retiró su mano de donde yacía cerca a la mía, como si la tierra y la sangre bajo mis uñas pudiera de algún modo saltar sobre su piel de porcelana.



—La familia de Tomas es apenas mejor que la nuestra —le dije, tratando de no gruñir—. No serías más que otra boca que alimentar. Si él no sabe esto, entonces debe de hacerlo sus padres.

Pero Tomas lo sabía, ambos habíamos ido al bosque antes. Había visto el destello de hambre desesperada en sus ojos cuando me vio asir un par de conejos. Nunca había matado a otro ser humano, pero ese día, mi cuchillo de caza se había sentido como un peso en mi costado. Me había mantenido fuera de su camino desde entonces.

- —No podemos permitirnos una dote —continué, y aunque mi tono era firme, mi voz estaba tranquila—. Para ninguna de las dos. —Si Nesta quería irse, entonces estaba bien. Bueno. Estaría un paso más cerca de alcanzar ese glorioso y pacífico futuro, de conseguir una casa silenciosa y suficiente comida y tiempo para pintar. Pero no teníamos nada, absolutamente nada, que tentara a algún pretendiente de pedir la mano de mis hermanas.
- —Estamos enamorados —declaró Nesta y Elain asintió estando de acuerdo. Casi me reí, ¿cuándo habían pasado de estar a una luna por encima a hacerles ojitos a los campesinos?
- —El amor no va alimentar un vientre hambriento —repliqué, manteniendo mi mirada tan resistente como era posible.

Como si la hubiese golpeado, Nesta saltó de su asiento a la mesa.

—Solamente estás celosa. Les escuché decir cómo Isaac va a casarse con una chica del pueblo de Greenfield con una atractiva dote.

Así que ahí estaba; Isaac había estado vociferando de la última vez que nos habíamos encontrado.

- —¿Celosa? —dije lentamente, cavando profundamente para enterrar mi ira—. No tenemos nada para ofrecerles, ni dote; ni siquiera ganado. Aunque Tomas desee casarse contigo... eres una carga.
- —¿Y tú qué sabes? —Respiró Nesta—. Solo eres una medio-bestia con el descaro de gritar órdenes a todas horas del día y de la noche. Sigue así y algún día, algún día, Feyre, no tendrás a nadie para recordarte, o preocuparse de que alguna vez hayas existido —dijo enfurecida, con Elain lanzándose tras ella arrullando su simpatía. Cerraron la puerta de la habitación lo suficientemente duro como para hacer repiquetear los platos.



Había oído esas palabras antes y sabía que solo las había repetido porque me estremecí esa primera vez que las escupió. Aún picaban.

Tomé un largo sorbo de la desportillada taza. El banco de madera debajo de mi padre gimió cuando se movió. Tomé otro trago y le dije:

—Debes hacerla entrar en razón.

Examinó una quemadura de la mesa.

- -¿Qué puedo decir? Si es amor...
- —No puede ser amor, no de parte de él. No con su infeliz familia. He visto la forma en que actúa en el pueblo, solo hay una cosa que quiere de ella, y no es pedir su mano...
- —Necesitamos tener esperanza tanto como necesitamos pan y carne interrumpió él, sus ojos claros por un raro momento—. Tenemos que tener esperanza, o de lo contrario no podremos aguantarlo. Así que permite que tenga esta esperanza, Feyre. Permítele imaginar una vida mejor. Un mundo mejor.

Me levanté de la mesa, los dedos envueltos en puños, pero no había ningún lugar para correr en nuestra cabaña de dos habitaciones. Miré la pintura descolorida en el borde de la mesa. Las trompetas exteriores ya estaban desconchadas y desvanecidas, el pedazo inferior del tallo rascado totalmente. En pocos años, se habrán ido, sin dejar muestras de que alguna vez estuvo allí. Que alguna vez yo estuve aquí.

Cuando miré a mi padre, mi mirada era dura.

—No hay tal cosa.



CAPÍTULO 3

TRADUCIDO POR MEW // CORREGIDO POR VALE

La pisoteada nieve que cubría el camino de entrada a nuestro pueblo estaba salpicada de marrón y negro por el paso de las carretas y los caballos. Elain y Nesta chasquearon sus lenguas e hicieron una mueca mientras caminábamos sobre ella, esquivando las partes particularmente repugnantes. Sabía por qué habían venido, le habían dado una mirada a las pieles que había dobladas en mi bolso y tomaron sus capas.

No me molesté en hablar con ellas dado que no se habían dignado a hablar conmigo después de lo de anoche, aunque Nesta se había levantado al amanecer para cortar leña. Probablemente porque sabía que hoy vendería las pieles en el mercado y que regresaría a casa con dinero en el bolsillo. Me arrastraron por un solitario camino a través de los campos cubiertos de nieve, hasta llegar finalmente a nuestro destartalado pueblo.

Las casas de piedra del pueblo eran normales y aburridas, luciendo más lúgubres por la desolación del invierno. Pero era día de mercado, lo cual quería decir que la pequeña plaza en el centro del pueblo estaría llena de todo tipo de vendedores que tuviesen la valentía de abrir esta mañana.

El olor de comida caliente flotó a una cuadra de distancia, especias que tiraron de los bordes de mi memoria, llamándome. Elain dejó escapar un gemido detrás de mí. Especias, sal, azúcar—raros productos básicos para la mayoría de nuestro pueblo, imposible de pagar para nosotros.

Si lo hacía bien en el mercado, tal vez conseguiría suficiente para comprar algo delicioso. Abrí la boca para sugerirlo, pero giramos la esquina y casi tropezamos entre nosotras cuando nos detuvimos.

—La Luz Inmortal brilla sobre ustedes, hermanas —dijo una joven mujer vestida con un pálido vestido y de pie justo en nuestro camino.

Nesta y Elain chasquearon sus lenguas; yo ahogué un gemido. Perfecto. Exactamente lo que necesitaba, tener los Hijos del Bendito en la ciudad en un día de mercado, distrayendo e irritando a todo el mundo. Por lo general, los ancianos de la aldea les permitían quedarse solo unas pocas horas, pero



la sola presencia de necios fanáticos que todavía adoraban al Alto Fae ponía a la gente nerviosa. Me ponían nerviosa. Hace mucho tiempo, los Altos Fae habían sido nuestros amos, no dioses. Y no fueron precisamente amables.

La joven mujer extendió sus manos, blancas como la luna, en un gesto de saludo, y un brazalete de campanas de plata —plata *de verdad*— tintineó en su muñeca.

- —¿Disponen de un momento libre para escuchar la Palabra del Bendito?
- —No —se burló Nesta, haciendo caso omiso de la mano de la chica y empujando a Elain hacia el camino—. Nosotras no.

El oscuro cabello de la joven brillaba a la luz de la mañana, y su rostro limpio, brillaba mientras sonreía graciosamente. Había otros cinco acólitos detrás de ella, hombres y mujeres igual de jóvenes, de cabello largo sin cortar, todos escaneando el mercado en busca de gente joven para molestar.

—Solo tomará un minuto —dijo la mujer, dando un paso en el camino de Nesta.

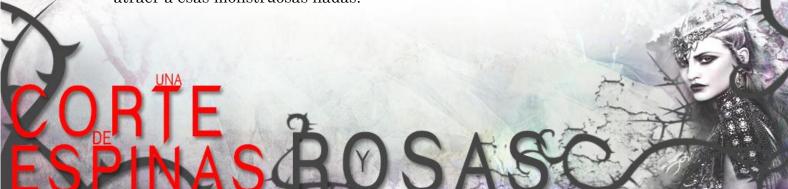
Fue impresionante, realmente impresionante ver a Nesta erguirse, cuadrar los hombros y mirar por encima del hombro a la joven acólita, una reina sin trono.

—Lárgate a predicar tus tonterías fanáticas a otro sitio. No encontrarás ningún converso aquí.

La chica se encogió, una sombra vaciló en sus ojos marrones. Hice una mueca de dolor. Tal vez no fuera la mejor forma de tratar con ellos, ya que podían convertirse en una verdadera molestia si se agitaban...

Nesta levantó una mano, levantando la manga de su abrigo para mostrar el brazalete de hierro que colgaba allí. El mismo que Elain llevaba; habían comprado los adornos a juego hacía años. La acólita se quedó sin aliento con los ojos muy abiertos.

—¿Ves esto? —silbó Nesta, dando un paso hacia adelante. La acólita retrocedió un paso—. Esto es lo que deberías usar. No unas campanas para atraer a esas monstruosas hadas.



- —¿Cómo te *atreves* a usar tal vil afrenta para nuestros amigos inmortales...?
 - —Vete a predicar a otra ciudad —gruñó Nesta.

Dos rellenitas y bonitas esposas de agricultores iban de camino hacia el mercado, tomadas del brazo. Cuando se les acercó una acólita, sus rostros se retorcieron en idénticas expresiones de disgusto.

—Puta amante de las hadas —se burló una de ellas de la joven. Yo no pude estar en desacuerdo.

Los acólitos guardaron silencio. La otra aldeana, lo suficientemente rica como para tener un collar totalmente trenzado de hierro alrededor de su garganta, estrechó sus ojos, su labio superior encrespado sobre sus dientes.

—Estúpidos, ¿es que no entienden lo que esos monstruos nos hicieron durante todos esos siglos? ¿Lo que aún hacen por deporte, cuando pueden salirse con la suya? Se merecen el final que encontrarán en manos de las hadas. Todos ustedes no son más que unos tontos y putas.

Nesta asintió de acuerdo con la mujer mientras continuaban con su camino. Nos giramos de nuevo hacia la joven que permanecía delante de nosotras, e incluso Elain frunció el ceño con disgusto.

Pero la joven respiró, su rostro volvió a la serenidad y dijo:

- —Yo también vivía en tal ignorancia, hasta que oí las palabras del Bendito. Crecí en un pueblo muy similar a este, tan triste y sombrío. Pero hace casi un mes, una amiga de mi primo fue a la frontera como nuestra ofrenda a Prythian, y no ha regresado. Ahora vive en la riqueza y la comodidad como novia de un Alto Fae, y podrían ser ustedes si se tomaran un momento para...
- —Probablemente se la han comido —dijo Nesta—. Es por eso que no ha regresado.

O peor, pensé, si un Alto Fae verdaderamente está envuelto. Nunca me había topado con la cruel y apariencia humana de un Alto Fae que gobernara en Prythian, o las hadas que ocupaban sus tierras, con sus grandes alas, y largos y delgados brazos que podrían arrastrarte hasta lo profundo de un olvidado estanque. No sabía a cuál de las dos cosas sería peor hacerle frente.



El rostro de la acólita se apretó.

—Nuestros benévolos amos nunca nos harían daño. Prythian es una tierra de paz y abundancia. En caso de que ellos las bendigan con su atención, deberán agradecer vivir entre ellos.

Nesta rodó los ojos. Elain estaba disparando miradas entre nosotras y el mercado por delante, a los aldeanos que ahora también nos estaban mirando. Hora de irse.

Nesta abrió la boca de nuevo, pero me interpuse entre ella y le eché una mirada al vestido color azul claro de la joven, la joyería de plata, la limpieza absoluta de su piel. No le encontrarías ni una marca o una mancha.

- —Estás luchando una batalla cuesta arriba —le dije.
- —Es una buena causa —emitió la chica beatíficamente.

Le di a Nesta un suave empujón para hacerla caminar y le dije a la acólita:

—No, no lo es.

Podía sentir la atención de los acólitos todavía fija en nosotras mientras entrábamos en la atestada plaza del mercado, pero no miré atrás. Se irían pronto a predicar a otra ciudad. Tuvimos que tomar el camino largo fuera de la aldea para evitarlos. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos, miré por encima del hombro a mis hermanas. El rostro de Elain permanecía en una mueca de dolor, pero los ojos de Nesta estaban tormentosos, sus labios apretados. Me pregunté si regresaría hasta donde estaba la chica y montaría una pelea.

No era mi problema, no en ese momento.

—Nos vemos aquí en una hora —dije, y no les di tiempo para aferrarse a mí antes de meterme en la plaza llena de gente.

Me tomó diez minutos contemplar mis tres opciones. Estaban mis compradores habituales; el testarudo zapatero, el perspicaz fabricante de ropa quien había llegado a nuestro mercado desde un pueblo cercano. Y entonces la desconocida; una montaña de mujer sentada en el borde de nuestra rota y cuadrada fuente, sin ningún carro o puesto, sin embargo,



llamaba mucho la atención Las cicatrices y las armas la marcaban con bastante facilidad. Una mercenaria.

Podía sentir los ojos del zapatero y el fabricante de ropa sobre mí, sentía su fingido desinterés mientras miraban la bolsa que llevaba. Bien, este sería ese tipo de días, entonces.

Me acerqué a la mercenaria, cuyo grueso y oscuro cabello le llegaba hasta la barbilla. Su moreno rostro parecía tallado en granito, y sus ojos negros se redujeron ligeramente cuando me vieron. Unos ojos interesantes, no solo una sombra de negro, sino... muchas, con toques de color marrón que brillaba entre las sombras. Empujé contra aquella inservible parte de mi mente, los instintos que tenía de hacerme pensar en colores, y luz y formas y mantuve mis hombros echados hacia atrás mientras ella me evaluaba como una potencial amenaza o una vendedora. Las armas sobre ella —relucientes y malvadas— fueron suficientes para hacerme tragar. Y dejé un buen par de pasos de distancia.

—No hago trueques por mis servicios —dijo ella, su voz marcada por un acento que nunca había oído antes—. Solo acepto monedas.

Unos aldeanos pasaron e hicieron su mejor esfuerzo por no parecer demasiado interesados en nuestra conversación, especialmente cuando dije:

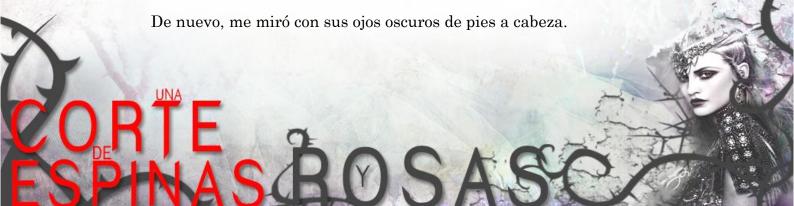
-Entonces no tendrás suerte en este tipo de lugar.

Ella era enorme, incluso sentada.

—¿Cuál es tu negocio conmigo, niña?

Ella podía andar en algún lugar entre los veinticinco y los treinta, pero supuse que me veía como una niña para ella metida en mis capas, desgarbada por el hambre.

- —Tengo una piel de lobo y de cierva a la venta. Pensé en que podrías estar interesada en comprarlas.
 - —¿Las has robado?
 - —No. —Sostuve su mirada—. Los batí yo misma. Lo juro.



-Cómo. —No una pregunta, una orden. Tal vez alguien que se había topado con alguien que no vieran los votos como sagrados, las palabras como ataduras. Y los había castigado en consecuencia.

Así que le conté cómo los había cazado, y cuando terminé, sostuvo una mano hacia mi bolsa.

—Déjame ver. —Saqué las dos pieles cuidadosamente dobladas—. No estabas mintiendo sobre el tamaño del lobo --murmuró--. Sin embargo, no se parece a un hada. —La examinó con ojos expertos, pasando sus manos por encima y por debajo. Dijo su precio.

Parpadeé pero reprimí el impulso de parpadear una segunda vez. Estaba pagando demás, por mucho.

Miró detrás de mí.

- —Asumo que esas dos chicas mirando desde el otro lado de la plaza son tus hermanas. Todas tienen ese descarado cabello y esa misma mirada hambrienta. —De hecho, seguían haciendo todo lo posible por espiar sin ser descubiertas.
 - —No necesito tu compasión.
- -No, pero necesitas mi dinero, y los otros comerciantes han estado siendo tacaños toda la mañana. Todo el mundo está demasiado distraído por esos jóvenes fanáticos pululando por la plaza. —Sacudió la barbilla hacia los Hijos del Bendito, todavía haciendo sonar sus campanas de plata y poniéndose en el camino de cualquiera que intentara pasar.

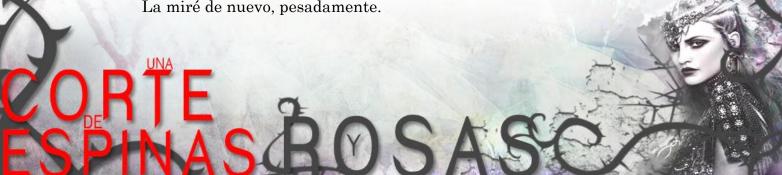
La mercenaria estaba sonriendo débilmente cuando me volví hacia ella.

- —Acéptalo, niña.
- —¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Una vez alguien hizo lo mismo por mí y los míos en el momento en que más lo necesitábamos. Me imagino que es hora de pagar lo que es debido.

La miré de nuevo, pesadamente.



- —Mi padre tiene algunas tallas de madera que podría darte para hacerlo más justo.
- —Viajo a la luz y no las necesito. Éstas, sin embargo. —Palmeó las pieles en sus manos—. Me ahorrarán la molestia de darles muerte yo misma.

Asentí, mis mejillas calentándose mientras alcanzaba el monedero en el interior de su pesado abrigo. Estaba lleno y cargado de al menos plata, posiblemente oro, si el tintineo era una indicación. Los mercenarios tenían que estar muy bien remunerados en nuestro territorio.

Nuestro territorio era demasiado pequeño y pobre para mantener un ejército que permaneciera vigilando el muro con Prythian, así que los habitantes de nuestro pueblo solo podíamos confiar en la fuerza del Tratado forjado hace quinientos años. Pero la clase alta podía permitirse espadas a suelto, como esta mujer, que protegieran sus tierras que lindaban con el reino inmortal. Era una ilusión de comodidad, al igual que lo eran las marcas en nuestro umbral. Todos sabíamos en el fondo, que no había nada Todos hiciera frente a las hadas. éramos advertidos. que independientemente de tu clase social o rango, desde el momento que nacemos, se nos cantan advertencias mientras nos mecen en la cuna, las rimas se cantan en los patios de las escuelas. Un Alto Fae podría convertir tus huesos en polvo a cien yardas de distancia. No es que mis hermanas o yo alguna vez lo hubiésemos visto.

Pero seguíamos tratando de creer que algo —cualquier cosa— podría funcionar contra ellos, si es que alguna vez teníamos que encontrarnos con ellos. Había dos puestos en el mercado para esos temores, donde ofrecían desde amuletos y adornos, a encantamientos y hierro. No podía pagarlos, y si de hecho funcionaban, nos comprarían unos pocos minutos antes de prepararnos. Correr era inútil; así que habría que pelear. Aun así Nesta y Elain seguían llevando sus pulseras de hierro cada vez que salían de la cabaña. Incluso Isaac tenía un brazalete de hierro alrededor de una muñeca, siempre escondido bajo su manga. Una vez ofreció comprarme uno, pero me negué. Aquello se habría sentido demasiado personal, también demasiado como un pago... un recordatorio permanente de lo que pasaba entre los dos.

La mercenaria colocó las monedas en mi palma extendida, y las metí en los bolsillos, y eran tan pesadas como piedras de molino. No había ninguna posibilidad de que mis hermanas no hubiesen visto el dinero, ninguna



posibilidad de que no se estuvieran preguntando ya cómo me podrían persuadir para darles algunas.

—Gracias —le dije a la mercenaria, tratando y fallando de evitar la mordacidad en mi voz mientras sentía a mis hermanas acercarse, como un buitre rondando un cadáver.

La mercenaria acarició la piel del lobo.

—Un consejo, de cazadora a cazadora.

Alcé mis cejas.

—No te adentres demasiado en el bosque. Yo ni siguiera me acerco al lugar donde estuviste ayer. Un lobo de este tamaño sería el menor de tus problemas. Con más frecuencia he estado escuchando historias sobre *cosas* que se deslizan desde el muro.

Un escalofrío trepó como una araña por mi espalda.

—¿Van a... van a atacar? —Si fuera cierto, iba a encontrar la manera de sacar a mi familia de nuestro miserable y húmedo territorio y llevarlos al sur, llevarlos tan lejos del invisible muro que dividía nuestro mundo antes de que pudieran cruzarlo.

Hubo una vez, hace mucho tiempo y durante miles de años antes de eso, habíamos sido esclavos de los Altos Fae todopoderosos. Hubo una vez en que les habíamos construido sus gloriosas y expandidas civilizaciones con nuestra sangre y sudor, les construíamos templos a sus salvajes dioses. Hubo una vez en que nos rebelamos, por todas las tierras y territorios. La guerra había sido tan sangrienta, tan destructiva, que le tomó a seis reinas mortales dictar el Tratado para que cesara la masacre de ambos lados y para que se construyera el muro; el Norte de nuestro mundo se le concedió a los Altos Fae y las hadas, quienes se llevaron su magia con ellos; el Sur se nos fue dado a nosotros, los mortales amilanados, siempre obligados a ganarse la vida de la tierra.

—Nadie sabe lo que las Hadas están planeando —dijo la mercenaria, su rostro como la piedra—. No sabemos si la correa que los Grandes Señores tienen en sus bestias se está soltando, o si son ataques ordenados. Serví a un viejo noble que afirmaba que aquello había estado empeorando estos últimos cincuenta años. Se metió en un barco hace dos segundos hacia el Sur y me dijo que si era inteligente, también me largaría. Antes de que



navegara, admitió que había escuchado de un amigo suyo que, en la oscuridad de la noche, una manada de Martax cruzó el muro y arrasaron con la mitad de su poblado.

—¿Martax? —dije en un respiro. Sabía que había diferentes tipos de hadas, que variaban tanto como cualquier otra especie animal, pero solo conocía a unas pocas por sus nombres.

Los ojos de noche oscura de la mercenaria parpadearon.

—El cuerpo tan grande como el de un oso, cabeza como la de un león, y tres filas de dientes más afilados que los de un tiburón. Y más crueles que los tres juntos. El noble dijo que, literalmente, dejaron a los aldeanos hechos tiras.

Mi estómago se revolvió. Detrás de nosotros, mis hermanas parecían tan frágiles, su piel tan infinitamente delicada y vulnerable. Contra algo como las Martax, nunca tendríamos una posibilidad. Esos Hijos del Bendito eran tontos, fanáticos tontos.

—Así que no sabemos lo que significan esos ataques —continuó la mercenaria—. Que no sean más contrataciones para mí, y que tú te mantengas muy lejos del muro. Especialmente si los Altos Fae empiezan a aparecer, o peor aún, uno de los Grandes Señores. Harían que las Martax parezcan míseros perros.

Estudié sus manos llenas de cicatrices, agrietadas por el frío.

—¿Alguna vez se ha enfrentado a otro tipo de hadas?

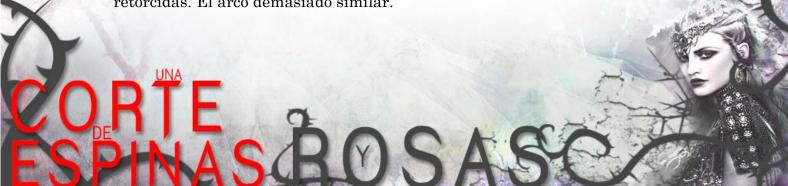
Sus ojos se cerraron.

—No quieres saberlo, niña, no a menos que quieras perder tu desayuno.

De hecho, ya me sentía enferma y nerviosa.

—¿Era más mortal que un Martax? —Me atreví a preguntar.

La mujer retiró la manga de su pesada chaqueta, revelando un musculoso y bronceado antebrazo salpicado de cicatrices, horripilantemente retorcidas. El arco demasiado similar.



—No tenían la fuerza bruta ni el tamaño de una Martax —dijo ella—. Pero su mordedura estaba llena de veneno. Dos meses, ese fue el tiempo que estuve en cama; cuatro meses hasta que tuve la fuerza de caminar de nuevo. —Alzó el bajo de su pantalón. Hermoso, pensé, incluso mientras el horror de ello me retorcía las entrañas. Contra su piel bronceada, las venas eran de un sólido negro, subiendo y serpenteando como la escarcha—. El sanador dijo que no había nada que se pudiera hacer por ella, que tenía suerte de estar caminando teniendo todavía el veneno en mis piernas. Tal vez me mate algún día, tal vez me paralice. Pero al menos sabré que yo lo maté primero.

La sangre en mis propias venas pareció enfriarse mientras bajaba la bota de su pantalón. Si alguien en la plaza lo había visto, nadie se atrevería a hablar de ello, o de acercarse. Y había tenido suficiente por un día. Así que di un paso atrás, estabilizándome después de lo que me había dicho y mostrado.

—Gracias por la advertencia —dije.

Su atención se movió detrás de mí, y dio una sonrisa ligeramente divertida.

-Buena suerte.

Entonces una delgada mano sujetó mi brazo, alejándome de allí. Supe que era Nesta antes de que la mirara.

—Son peligrosos —siseó Nesta, sus dedos clavándose en mi brazo mientras continuaba alejándome de la mercenaria—. No te vuelvas a acercar a ellos.

Por un momento, la miré fijamente y después a Elain, cuyo rostro se había vuelto pálido y tenso.

—¿Hay algo que necesite saber? —le pregunté en voz baja. No podía recordar la última vez que Nesta hubiera intentado advertirme sobre nada; era por Elain por la que se molestaba en preocuparse.

—Son bestias, y tomarán cualquier cobre al que puedan echarle mano, aunque sea por la fuerza.

Miré la mercenaria, quien aún estaba examinando sus nuevas pieles.



- —Ella no —murmuró Elain—. Algún otro que estaba de paso. Solo teníamos un par de monedas, y él se enojó, pero...
 - —¿Por qué no lo denunciaste o me lo dijiste?
- —¿Qué podrías haber hecho? —se burló Nesta—. ¿Retarlo a una pelea con tu arco y tus flechas? ¿Y a quién en esta cloaca de pueblo se preocupa si denunciamos algo?
 - -¿Qué hay de tu Tomas Mandray? -dije fríamente.

Los ojos de Nesta brillaron, pero un movimiento detrás de mí le llamó la atención y me dio lo que para ella supuse era un intento de una sonrisa dulce, probablemente mientras recordaba el dinero que ahora llevaba.

—Tú amigo te está esperando.

Me di la vuelta. En efecto, Isaac estaba observando desde el otro lado de la plaza, con los brazos cruzados mientras se apoyaba contra un edificio. Aunque era el hijo mayor del único granjero bien acomodado en nuestro pueblo, aún estaba delgado por el invierno, y su cabello castaño se había vuelto una melena. Relativamente guapo, de voz suave, y reservado, pero con una especie de oscuridad debajo de todo aquello, lo que nos había atraído el uno al otro, el compartir la comprensión de cómo de miserables eran y siempre serían nuestras vidas.

Nos habíamos conocido vagamente durante años, desde que mi familia se había mudado al pueblo, pero nunca pensé demasiado en él hasta que terminamos caminando juntos por la carretera una tarde. Solo habíamos hablado de los huevos que él traía del mercado y yo había estado admirando la variedad de colores en la cesta que llevaba, marrones, tostados, azules pálidos y verdes. Simple, fácil, tal vez un poco incómodo, pero me dejó en mi cabaña con un sentimiento de no estar tan... sola. Una semana después, lo llevé a ese decrépito granero.

Él fue mi primer y único amante en dos años desde entonces. A veces nos encontrábamos cada noche durante una semana, otras veces pasábamos un mes sin vernos. Pero cada vez era lo mismo: una ola vertiginosa de ropa y espiraciones compartidas, de lengua y dientes. De vez en cuando hablábamos —o más bien, él hablaba— sobre las presiones y las cargas que su padre tenía sobre él. A menudo, no decíamos ni una palabra durante ese



tiempo. No podía decir que nuestra vida sexual fuera especialmente habilidosa, pero era una liberación, un respiro, un poco de egoísmo.

No había amor entre nosotros, y nunca lo había habido, al menos lo que asumía que la gente quería decir cuando hablaban sobre el amor, sin embargo una parte de mí se había hundido cuando me dijo que se casaría pronto. Aún no estaba tan desesperada como para pedirle que se encontrara conmigo después de que estuviera casado.

Isaac inclinó la cabeza en un gesto familiar y luego deambuló por la calle saliendo del pueblo hacia el antiguo granero, donde estaría esperando. Nunca habíamos sido llamativos sobre nuestra relación ante los demás, pero tomábamos medidas para evitar que fuera demasiado obvio.

Nesta chasqueó la lengua, cruzando los brazos.

- -Espero que estén tomando precauciones.
- —Es un poco tarde para pretender preocupación —le dije. Pero éramos cuidadosos. Como yo no podía permitírmelo, era Isaac quien se tomaba el brebaje anticonceptivo. Él sabía que no lo habría tocado si fuera de otra forma. Metí la mano en mi bolsillo, sacando una moneda de cobre de veinte marcas. Elain contuvo el aliento, y no me molesté en mirar a ninguna de mis hermanas cuando puse la moneda en su palma.

—Las veré en casa.



Más tarde, después de otra cena de la carne del venado, cuando estábamos todos reunidos alrededor del fuego para la hora de tranquilidad antes de ir a dormir, vi a mis hermanas susurrando y riendo juntas. Habían gastado todo el cobre que les había dado, en qué, no tenía ni idea, aunque Elain había traído un nuevo cincel de madera para el tallado de nuestro padre. La capa y las botas por las que habían gemido la noche anterior habían sido demasiado caras. Pero no las reprendí por ello, no cuando Nesta salió una segunda vez a cortar más madera sin que se lo pidiera. Por suerte, habían evitado otra confrontación con los Hijos del Bendito.



Mi padre estaba dormitando en su silla, su bastón apoyado en su rodilla nudosa. Un momento tan bueno como cualquier otro para abordar el tema de Tomas Mandry con Nesta. Me moví hacia ella, abriendo la boca.

Pero hubo un rugido que me dejó medio sorda, y mis hermanas gritaron cuando la nieve irrumpió en la habitación y una enorme forma apareció gruñendo en la puerta.



CAPÍTULO 4

TRADUCIDO POR MEW RINCONE // CORREGIDO POR STTEFANYE

No sé cómo la empuñadura de mi cuchillo de caza llegó a mi mano. Los primeros momentos fueron un borrón de los gruñidos de la gigantesca bestia con piel dorada, los gritos de mis hermanas, el abrasador frío colándose en la habitación y el rostro horrorizado de mi padre.

Me di cuenta que no era un Martax, aunque el alivio duró poco. La bestia tenía una forma tan grande como un caballo, y mientras su cuerpo era de felino, su cabeza era claramente lobuna. No sabía qué hacer con los cuernos curvados como los de un alce que sobresalían de su cabeza. Pero ya fuera león, perro o alce, no había duda del daño que sus negras garras como dagas y sus amarillos colmillos podrían infligir.

Si hubiera estado sola en el bosque, podría haberme dejado tragar por el miedo, podría haber caído de rodillas y llorado por una muerte rápida y limpia. Pero no tenía espacio para el terror, no le daría ni un centímetro de espacio, a pesar del golpeteo salvaje del corazón en mis oídos. De alguna manera, terminé delante de mis hermanas mientras la criatura se echaba sobre sus patas traseras y gritaba a través de una boca llena de colmillos:

—¡ASESINOS!

Pero fue otra palabra la que hizo eco a través de mí:

Hada.

Las ridículas salas en nuestro umbral fueron tan eficaces contra él como lo eran las telarañas. Debería haberle preguntado a la mercenaria cómo había matado aquella hada. Pero el grueso cuello de la bestia se veía como un buen hogar para mi cuchillo.

Me atreví a echar un vistazo por encima del hombro. Mis hermanas estaban gritando, de rodillas contra la pared de la chimenea, mi padre agachado delante de ellas. Otro cuerpo que tendría que defender. Estúpidamente, di otro paso hacia el hada, manteniendo la mesa entre nosotros y luchando contra el temblor de mis manos. Mi arco y mi carcaj



estaban al otro lado de la habitación, más allá de la bestia. Tendría que rodearle para llegar a la flecha de fresno. Y comprarme el tiempo suficiente para atacar.

- *¡ASESINOS!* gritó de nuevo la bestia con el pelo erizado.
- —P-por favor —balbuceó mi padre detrás de mí, fallando en levantarse para llegar a mi lado—. Lo que sea que hayamos hecho, lo hicimos sin saberlo, y...
- —N-n-nosotros no hemos matado a nadie —añadió Nesta, ahogándose con sus sollozos con el brazo levantado por encima de su cabeza, como si el pequeño brazalete de hierro pudiera hacer algo contra la criatura.

Agarré otro cuchillo de la cena de la mesa, lo mejor que podía hacer a menos que encontrara una forma de llegar al carcaj.

—Vete —le espeté a la criatura, blandiendo los cuchillos delante de mí. No había hierro a la vista que pudiera utilizar como arma, a menos que le tirara los brazaletes de mi hermana—. Sal y vete. —Con mis manos temblorosas, apenas podía mantener mi agarre. Un clavo, tomaría un maldito clavo, si estuviera disponible.

Me gritó en respuesta y toda la cabaña retumbó, los platos y tazas traquetearon unos contra otros. Pero eso hizo que su enorme cuello quedara expuesto. Le lancé mi cuchillo de caza.

Rápidamente, tan rápido que apenas pude verlo, lo detuvo con una pata, haciendo que se alejara deslizándose mientras chasqueaba los dientes hacia mi rostro.

Salté hacia atrás, casi tropezando con mi acobardado padre. El hada podría haberne matado, podría haberlo hecho, sin embargo el chasquido había sido una advertencia. Nesta y Elain lloraban, rezaban a quien fuera de los largamente olvidados dioses que pudiera seguir escuchando.

—¿QUIÉN LO ASESINÓ?—La criatura caminó hacia nosotros. Puso una pata sobre la mesa y soltó un bajo gemido. Sus garras dieron un golpe sordo cuando se clavaron en la mesa, una a una.

Me atreví con otro paso hacia adelante cuando la bestia estiró su hocico sobre la mesa para olfatearnos. Sus ojos eran de un color verde salpicado con



ámbar. Unos ojos nada animales, no con su forma y colocación. Mi voz fue sorprendente cuando desafié:

—¿Asesinado a quién?

Dio un gruñido, bajo y vicioso.

—El lobo —dijo, y mi corazón se saltó un latido. El rugido se había ido, pero la ira persistía, tal vez incluso seguida por tristeza.

El gemido de Elain alcanzó un agudo chillido. Mantuve mi cabeza en alto.

—¿Un lobo?

- —Un gran lobo con pelaje gris —gruñó en respuesta. ¿Sabría si mentía? Las hadas no podían mentir, todos los mortales sabíamos eso, ¿pero podían oler la mentira en la lengua humana? No teníamos ninguna posibilidad de salir de esta con una lucha, pero podría haber otras maneras.
- —Si hubiese sido *asesinado* por error —le dije a la bestia, con tanta calma como pude—. ¿Qué pago podría ofrecerse a cambio? —Todo aquello era una pesadilla, y me gustaría despertar en algún momento, junto al fuego, exhausta de mi día en el mercado y de mi tarde con Isaac.

La bestia soltó un ladrido que podría haber sido una risa amarga. Se retiró de la mesa para pasearse en un pequeño círculo delante de la destrozada puerta. El frío era tan intenso que me estremecí.

- —El pago que se debe ofrecer es el que demanda el Tratado entre nuestros reinos.
- —¿Por un lobo? —repliqué y mi padre murmuró mi nombre en señal de advertencia. Tenía vagos recuerdos de haber leído el Tratado durante mis lecciones en la infancia, pero no podía recordar nada sobre lobos.

La bestia se giró hacia mí.

—¿Quién mató al lobo?

Me quedé mirando a esos ojos de jade.



Él parpadeó y miró a mis hermanas, luego a mí, a mi delgadez; sin duda viendo solo fragilidad.

- —Seguramente estás mintiendo para salvarles.
- —¡No hemos matado nada! —Lloró Elain—. Por favor, por favor, ¡déjenos! —Nesta silenció su mordacidad a través de su propio llanto, pero empujó a Elain detrás de ella. Mi pecho se derrumbó ante la vista de ello.

Mi padre se puso de pie, gruñendo por el dolor de su pierna mientras se desdoblaba, pero antes de que pudiera cojear hasta mí, repetí:

- —Yo lo maté. —La bestia, que había estado husmeando a mis hermanas, me estudió. Cuadré mis hombros—. Vendí su piel en el mercado ésta mañana. Si hubiera sabido que era un hada, no lo habría tocado.
- —Mentirosa —gruñó—. Lo sabías. Estuviste más tentada de sacrificarlo sabiendo que era uno de mi especie.

Verdad, verdad, verdad.

- —¿Puedes culparme?
- —¿Te atacó? ¿Fuiste provocada?

Abrí la boca para decir que sí, pero...

—No —dije, dejando escapar mi propio gruñido—. Pero teniendo en cuenta todo lo que los de tu clase nos ha hecho, teniendo en cuenta lo que tu clase todavía le gusta hacernos, incluso si lo hubiera sabido más allá de dudas, se lo merecía. —Era mejor morir con la barbilla bien alta que arrastrándose como un cobarde gusano.

Incluso si su gruñido como respuesta fue la definición de ira y rabia.

La luz del fuego brilló sobre sus colmillos expuestos, y me pregunté cómo se sentirían en mi garganta, y cómo de alto gritarían mis hermanas antes de que también murieran. Pero supe, con una repentina claridad, que Nesta le compraría tiempo a Elain para escapar. No a mi padre, por quien sentía resentimiento con todo su corazón de acero. No a mí, porque Nesta siempre había sabido y odiado que ambas éramos dos caras de la misma moneda, y que podía luchar mis propias batallas. Pero Elain, la cultivadora de flores, la de corazón gentil... Nesta se interpondría por ella.



Fue ese destello de comprensión lo que me tuvo inclinando hacia la bestia mi cuchillo restante.

—¿Cuál es el pago que exige el Tratado?

Sus ojos no dejaron mi rostro mientras decía:

—Una vida por una vida. Cualquier ataque no provocado hacia las hadas por humanos debe pagarse únicamente con una vida humana a cambio.

Mis hermanas calmaron su llanto. La mercenaria en la ciudad había matado un hada, pero la había atacado a ella primero.

—No lo sabía —dije—. No conocía esa parte del Tratado.

Las hadas no podían mentir, y él había hablado con claridad suficiente, sin retorcer ninguna palabra.

—La mayoría de ustedes los mortales han optado por olvidar esa parte del Tratado —dijo—. Lo que hace que el castigo sea mucho más placentero.

Mis rodillas temblaron. No podría escapar de esta, no podría correr más rápido que él. No podría si quiera tratar de correr, dado que bloqueaba el camino hacia la puerta.

—Hazlo afuera —susurré con mi voz temblorosa—. No... aquí. —No donde mi familia tendría que lavar la sangre y pedazos. En caso de que les permitiera vivir.

El hada dejó salir una viciosa carcajada.

—¿Estás dispuesta a aceptar tu destino tan fácilmente? —Cuando me quedé mirándolo, dijo—: Por haber tenido el atrevimiento de pedir donde masacrarte, te contaré un secreto, humana: Prythian debe reclamar tu vida de alguna manera, por la vida que tomaste. Así que como representante del reino inmortal, o bien puedo destriparte como a un cerdo, o... puedes cruzar el muro y vivir el resto de tus días en Prythian.

Parpadeé.

-¿Qué? -dijo muy despacio, como si de verdad fuera tan estúpida como un cerdo.



- —Puedes morir esta noche u ofrecerle tu vida a Prythian viviendo allí para siempre, dejando el reino humano.
 - —Hazlo, Feyre —susurró mi padre detrás de mí—. Ve.

No lo miré cuando dije:

- —¿Vivir dónde? Cada centímetro de Prythian es letal para nosotros. Sería mejor morir esta noche que vivir en puro terror detrás del muro hasta que encontrara mi fin, sin duda, de una manera más horrible.
- —Poseo tierras —dijo el hada en voz baja, casi a regañadientes—. Te permitiré vivir allí.
 - -¿Por qué molestarse? -Tal vez la pregunta fuera tonta, pero...
- —Matas a mi amigo —gruñó la bestia—. Lo asesinas, desuellas su cadáver, lo vendes en el mercado, después dices que él se lo *merecía*, y sin embargo, ¿te atreves a cuestionar mi generosidad? —*Cuan típicamente humano*, pareció añadir silenciosamente.
- —No tienes la necesidad de rellenar el vacío. —Caminé tan cerca del hada que su aliento me llegó caliente al rostro. Las hadas no podían mentir, pero podían omitir información.

La bestia rugió de nuevo.

—Tonto de mí olvidar que los humanos tienen una muy baja opinión de nosotros. ¿Es que ustedes los humanos ya no entienden la misericordia? — dijo, sus colmillos a centímetros de mi garganta—. Quiero dejarte esto claro, muchacha: puedes venir a mi casa en Prythian, ofreciendo de esta forma tu vida a cambio de la del lobo, o puedes salir en este momento y ser hecha tiras. Tú decides.

Los cojos pasos de mi padre sonaron antes de que me agarrara el hombro.

—Por favor, buen señor, Feyre es mi hija pequeña. Te suplico que la dejes. Ella es todo... es todo... —Pero sea lo que fuese que iba a decir murió en su garganta cuando la bestia volvió a rugir. Pero escuchar esas pocas palabras que se las había arreglado para decir, el esfuerzo que había hecho... fue como un cuchillo en mi vientre. Mi padre se encogió cuando dijo—: Por favor.



—Silencio —bramó la bestia y la rabió hirvió en mi interior hasta el punto de crear ampollas con el esfuerzo de no apuñalarlo con mi daga en el ojo. Pero en el momento en que siguiera adelantara mi brazo, sabía que tendría sus fauces alrededor de mi cuello.

—Puedo conseguir oro... —dijo mi padre y mi rabia parpadeó. De la única forma en que podría conseguir dinero era mendigando. Incluso entonces, tendría suerte si conseguía algunas monedas de cobre. Había visto lo despiadados que eran los ricos de nuestro pueblo. Los monstruos de nuestro reino mortal eran tan malos como los que habitaban al otro lado del muro.

La bestia se burló.

—¿Cuánto vale la vida de tu hija para ti? ¿Crees que equivale a una suma?

Nesta seguía sosteniendo a Elain detrás de ella, el rostro de Elain tan pálido como la nieve que entraba por la puerta abierta. Pero Nesta vigilaba cada movimiento que hacia la bestia, sus cejas estaban bajas. Ella no se molestó en mirar a mi padre, como si ya conociera su respuesta.

Cuando mi padre no respondió, me atreví a dar otro paso hacia la bestia, atrayendo su atención hacia mí. Tenía que conseguir hacerlo salir, alejarlo de mi familia. Por la forma en que había apartado el cuchillo, no dejaba ninguna esperanza de zafarse furtivamente de él. Con su oído, dudaba que tuviera alguna oportunidad en algún momento cercano, al menos hasta que creyera que era dócil. Si trataba de atacarlo o huir antes de entonces, destruiría mi familia por el puro placer de hacerlo. Entonces me encontraría otra vez. No tenía más remedio que ir. Y entonces, más tarde, podría encontrar una oportunidad para cortarle la garganta a la bestia. O al menos retrasarlo el tiempo suficiente para huir.

Mientras las hadas no me pudieran encontrar de nuevo, no podrían reclamar lo del Tratado. Incluso si aquello me hacía una maldita automáticamente. Pero ir con él, estaría rompiendo la promesa más importante que jamás había hecho. Seguramente estaba por encima de un antiguo tratado que ni siquiera había firmado.

Solté el agarre que tenia de la daga que me quedaba y miré hacia esos ojos verdosos por un lago y silencioso rato antes de decir:



-¿Cuándo nos vamos?

Esas características de lupino permanecieron feroces y viciosas. Cualquier esperanza que hubiera persistido de luchar murió cuando se movió hacia la puerta; no, hacia el carcaj que había dejado detrás de él. Sacó la flecha de ceniza, la olfateó y le gruñó. Con dos movimientos, la partió por la mitad y la tiró al fuego detrás de mis hermanas antes de girarse hacia mí. Podía oler mi condena en su aliento cuando dijo:

—Ahora.

Ahora.

Incluso Elain levantó la cabeza para mirarme boquiabierta con mudo horror. Pero no podía mirarla, no podía mirar a Nesta, no cuando todavía seguían ahí agazapadas, todavía en silencio. Me volví hacia mi padre. Sus ojos brillaban, así que miré hacia los pocos muebles que teníamos, a los desvanecidos narcisos demasiado amarillos que se curvaban sobre las asas. *Ahora*.

La bestia se paseó en el umbral. No quería contemplar a dónde iba a ir o lo que él haría conmigo. Correr sería insensato hasta que fuera el momento adecuado.

- —La carne del venado debería mantenerlos durante dos semanas —le dije a mi padre mientras recogía mi ropa para el frío—. Comienza con la carne fresca, luego trabaja con la carne seca, sabes cómo hacerlo.
- —Feyre... —dijo mi padre en un respiro, pero continué mientras agarraba mi capa.
- —Dejé el dinero de las pieles en el armario —dije—. Les durará un tiempo, si tienen cuidado. —Finalmente miré a mi padre otra vez y me permití memorizar las líneas de su rostro. Mis ojos ardieron, pero alejé la humedad mientras metía mis manos en mis desgastados guantes—. Cuando llegue la primavera, ve a cazar en el bosque justo al sur de la gran curva en Silverspring Creek, los conejos hacen allí sus madrigueras. Pídele... pídele a Isaac que te enseñe cómo hacer las trampas. Le enseñé el año pasado.

Mi padre asintió, cubriéndose la boca con una mano. La bestia rugió una advertencia y merodeó en la noche. Hice ademán de seguirlo pero me detuve para mirar a mis hermanas, todavía agazapadas junto al fuego, como si no se atrevieran a moverse hasta que me fuera.



Elain pronunció mi nombre, pero se quedó agachada, con la cabeza baja. Así que me giré hacia Nesta, cuyo rostro era tan parecido al de mi padre, tan frío e implacable.

—Hagas lo que hagas —le dije en voz baja—. No te cases con Tomas Mandray. Su padre golpea a su esposa, y ninguno de sus hijos hace nada para detenerlo. —Los ojos de Nesta se abrieron, pero añadí—: Los moretones son más difíciles de ocultar que la pobreza.

Nesta se tensó pero no dijo nada, ninguna de mis dos hermanas dijeron algo cuando me giré hacia la puerta abierta. Pero una mano se envolvió alrededor de mi brazo, haciendo que me detuviera.

Dándome la vuelta para mirarlo, mi padre abrió y cerró la boca. En el exterior, la bestia, sintiendo que había sido detenida, envío un gruñido sordo hacia la cabaña.

—Feyre —dijo mi padre. Sus dedos estaban temblando mientras agarraba mis manos enguantadas, pero sus ojos se hicieron más claros y audaces de lo que los había visto en años—. Si alguna vez escapas, si alguna vez los convences de que tu deuda está paga, no regreses.

No me esperaba un adiós desgarrador, pero tampoco me había imaginado *esto*.

—Jamás regreses —dijo mi padre, liberando mis manos para sacudirme por los hombros—. Feyre. —Tropezó con mi nombre, su garganta se mecía—. Ve a algún lugar nuevo, y haz un nombre por ti misma.

Más allá, la bestia era solo una sombra. Una vida por una vida, ¿pero qué si la vida ofrecida como pago también significaba perder otras tres? El mero pensamiento fue suficiente para acerarme, anclarme.

Nunca le había dicho a mi padre la promesa que le había hecho a mi madre, y no serviría de nada explicarla ahora. Así que me encogí, alejándome de su agarre y me fui.

Dejé que el sonido de la nieve crujiendo bajo mis pies ahogaran las palabras de mi padre mientras seguía a la bestia hacia el bosque rodeado de oscuridad.



CAPÍTULO 5

TRADUCIDO POR VALE // CORREGIDO POR STTEFANYE

Cada paso hacia la línea de árboles era demasiado rápido, demasiado ligero, demasiado pronto llevándome al tormento y miseria que me esperaban. No me atrevía a mirar hacia atrás a la cabaña.

Entramos en la línea de árboles. La oscuridad hacía señas más allá.

Pero una yegua blanca estaba esperando sin amarrar, al lado de un árbol, pacientemente, su abrigo como la nieve fresca en la luz de la luna. Sólo bajó la cabeza, casi con *respeto*, de todas las cosas, mientras la bestia se hacía junto a ella.

Hizo un gesto con una pata hacia mí para que la montara. Aun así, la yegua se mantuvo en calma, incluso cuando pasó lo suficientemente cerca para destriparla de un solo golpe. Habían pasado años desde que había montado, y sólo había montado en un poni, pero saboreé el calor del caballo contra mi cuerpo medio congelado mientras subía a la silla y se puso a caminar. Sin la luz para guiarme, la dejé seguir a la bestia. Eran casi del mismo tamaño. No me sorprendió cuando nos dirigimos hacia el norte, hacia el territorio de las hadas, aunque mi estómago se apretó con tanta fuerza que dolió.

Vivir con él. Podría vivir el resto de mi vida mortal en sus tierras. Tal vez esto era compasivo, pero entonces, no se había especificado de qué manera exactamente, iba a vivir. El Tratado prohibía a las hadas el tomarnos como esclavos, pero tal vez excluyera a los seres humanos que mataran a las hadas.

Probablemente iríamos a cualquier grieta en el muro que él hubiera usado para llegar hasta aquí, a robarme. Y una vez que pasáramos a través del muro invisible, una vez que estuviéramos en Prythian, no había manera de que mi familia me encontrara nunca. Sería poco más que un cordero en un reino de lobos. Lobos... lobo.

Asesinado un hada. Eso era lo que había hecho.



Mi garganta se secó. Había matado a un hada. No me atrevía a sentirme mal por ello. No cuando dejé a mi familia atrás a morir de hambre; no cuando eso significaba una criatura horrible y malvada menos en el mundo. La bestia había quemado mi flecha de fresno, así que tendría que confiar en la suerte para conseguir siquiera una astilla de madera de nuevo si iba a tener una oportunidad de matarlo. O de detenerlo.

El conocimiento de su debilidad, de su susceptibilidad al fresno, fue la única razón por la que habíamos sobrevivido en contra del Alto Fae durante la antigua rebelión, un secreto traicionado por uno de los suyos.

Mi sangre se enfrió aún más mientras inútilmente escaneaba el área en busca de cualquier signo de un tronco estrecho y explosión de ramas que había aprendido marcaba los árboles de fresno. Nunca había visto el bosque tan quieto. Lo que sea que estuviera allá fuera tenía que ser manso en comparación con la bestia a mi lado, a pesar de la facilidad del caballo a su alrededor. Con suerte mantendría otras hadas lejos después de que entráramos en su reino.

Prythian. La palabra era una sentencia de muerte que hacía eco a través de mí una y otra vez.

Tierras... había dicho que tenía tierras, pero ¿qué tipo de tierras? Mi caballo era hermoso y su montura estaba hecha a mano de rico cuero, lo que significaba que él tenía algún tipo de contacto con la vida civilizada. Nunca había oído los detalles sobre cómo eran la vida de las hadas o de los Altos Faes... nunca escuchamos mucho sobre eso, aparte de sus habilidades mortales y apetitos. Apreté las riendas para evitar que mis manos temblaran.

Había pocos relatos de primera mano de la propia Prythian. Los mortales que cruzaban el muro, ya sea como tributos por parte de los Hijos del Bendito o robados, nunca regresaban. Me enteraba más de las leyendas de los aldeanos, aunque de vez en cuando mi padre había ofrecido un cuento o dos en las noches cuando hacía un intento de recordar que existíamos.

Por lo que sabíamos, el Alto Fae todavía gobernaba la parte norte de nuestro mundo, de nuestras enormes islas sobre el mar estrecho que nos separaba del continente masivo, al otro lado, fiordos sin fondo y heladas tierras y desiertos con chorros de arena, todo el camino hasta el gran océano en el otro lado. Algunos territorios de hadas eran imperios; algunos eran gobernados por reyes y reinas. Luego estaban lugares como Prythian,



divididos y gobernados por siete Grandes Señores, seres con tal poder que la leyenda afirmaba que podían nivelar edificios, romper los ejércitos y formar carnicerías antes de que pudieras parpadear. No lo dudaba.

Nadie me había dicho antes por qué los humanos optaron por quedarse en nuestro territorio, cuando era tan poco el espacio que se nos había dado y situado tan cerca de Prythian. Tontos—cualquier humano que se quedara aquí después de la Guerra debió de haber sido un tonto suicida como para vivir tan cerca. Incluso con los siglos de antigüedad del Tratado entre los reinos mortales y las hadas, habían grietas en el muro que separaban nuestras tierras, agujeros lo suficientemente grandes como para que esas criaturas letales cayeran en nuestro territorio para divertirse al atormentarnos.

Ese era el lado de Prythian que los Hijos del Bendito nunca se dignaban en reconocer—tal vez un lado de Prythian que estaría encantada de conocer muy pronto. Mi estómago se revolvió. *Vivir con él*, me recordé a mí misma, una y otra vez y otra vez. *Vivir*, no morir.

Aunque supuse que también podría vivir en un calabozo. Él probablemente me encerraría allí y se olvidaría de que estuviera allí, olvidaría que los humanos necesitan cosas como la comida y el agua y el calor.

Rondando por delante de mí, los cuernos de la bestia se espiraban hacia el cielo nocturno, y zarcillos de aliento caliente se rizaban en su hocico. Teníamos que acampar en algún momento; la frontera con Prythian estaba a días de distancia. Una vez que nos detuviéramos, me mantendría despierta durante la noche y nunca lo perdería de vista. A pesar de que había quemado mi flecha de fresno, había metido sin que se diera cuenta el cuchillo bajo mi capa. Quizás esta noche se me concediera la oportunidad de usarlo.

Pero no fue mi propia condenación la que contemplé mientras me dejaba caer en el temor y la rabia y la desesperación. Mientras viajábamos—los únicos sonidos que se escuchaban eran la nieve crujiendo bajo patas y pezuñas—alterné entre la miseria desagradable ante la idea de mi familia muriendo de hambre y en darme cuenta de lo importante que era yo, y una cegadora agonía al pensar en mi padre pidiendo limosna en las calles, con la pierna rindiéndose con él mientras tropezaba de persona a persona. Cada vez que miraba a la bestia, podía ver a mi padre cojeando a través de la ciudad, pidiendo monedas de cobre para mantener a mis hermanas con vida.



Peor aún, a lo que Nesta podría recurrir para mantener viva Elain. A ella no le importaría la muerte de mi padre. Pero ella mentiría, robaría y vendería cualquier cosa por el bien de Elain, y el suyo propio.

Tomé nota en la forma en que la bestia se movía, tratando de encontrar cualquier—la que fuese—debilidad. No pude detectar alguna.

—¿Qué tipo de hada eres? —pregunté, las palabras casi tragadas por la nieve y los árboles y el cielo lleno de estrellas.

No se molestó en dar la vuelta. No se molestó en decir nada en absoluto. Bastante justo. Después de todo yo había matado a su amigo.

Lo intenté de nuevo.

—¿Tienes un nombre? —O algo para maldecirlo.

Resopló aire de forma que podría haber sido una risa amarga.

—¿Tan siquiera te importa, humana?

No le respondí. Él podría muy bien cambiar de opinión acerca de perdonarme.

Pero tal vez me escaparía antes de que decidiera destriparme. Tomaría a mi familia y nos marcharíamos en un barco y navegaríamos lejos, muy lejos. Tal vez trataría de matarlo, a pesar de la inutilidad, a pesar de si ello constituía otro ataque no provocado, sólo por ser quien vino a reclamar mi vida, *mi vida*, cuando esas hadas valoran la nuestra tan poco. La mercenaría había sobrevivido; quizás yo también podría. Quizás.

Abrí la boca para preguntarle de nuevo su nombre, pero un gruñido de fastidio salió de él. No tuve la oportunidad de luchar, de devolver la pelea, cuando un cargado sabor metálico picó en mi nariz. El agotamiento se estrelló sobre mí y la oscuridad me tragó por completo.



Me desperté con un sobresalto en lo alto del caballo, asegurada por lazos invisibles. El sol ya había salido.



Magia... eso es lo que había sido, lo que estaba manteniendo mis extremidades apretadas, impidiéndome ir por mi cuchillo. Reconocí el poder profundo de mis huesos, de algún recuerdo mortal y el terror. ¿Por cuánto tiempo me mantuvo inconsciente? ¿Por cuánto tiempo él me mantuvo inconsciente, en lugar de hablarme?

Apretando los dientes, pude haber exigido respuestas por parte de él, pude haber gritado hacia dónde seguía moviéndose, haciendo caso omiso de mí. Pero los pájaros piaron y revolotearon junto a mí, y una brisa leve besó mi rostro. Me fijé en una puerta de metal más delante.

Mi prisión o mi salvación, no podía decidir cuál.

Dos días, tomaba dos días desde de mi casa hasta llegar al muro y entrar en la frontera sur de Prythian. ¿Me había encantado para que durmiera todo ese tiempo? Bastardo.

La puerta se abrió de golpe y sin portero o centinela, la bestia continuó a través de ella. Ya sea que quisiera o no, mi caballo siguió adelante.



CAPÍTULO 6

TRADUCIDO POR JANE' & MAAF // CORREGIDO POR BIBLIOTECARIA 70

La torre se extendía a través de una ondulante tierra verde. Nunca había visto nada igual; incluso nuestra antigua casa señorial no se podía comparar. Estaba cubierta de rosas y hiedra, con patios, balcones y escaleras que brotaban de sus lados de alabastro. Los jardines estaban cercados por bosques, pero se extendía tan lejos que apenas podía ver la línea distante del bosque. Tanto color, tanta luz solar, movimiento y textura... Difícilmente podía admirarlo lo suficientemente rápido. Pintarlo sería inútil, nunca le haría justicia.

Mi asombro podría haber sometido mi miedo si el lugar no hubiera estado tan completamente vacío y silencioso. Incluso el jardín a través del cual caminamos, siguiendo un camino de grava a la puerta principal de la casa, parecía silencioso y dormido. Por encima de la gama de irises de amatista, pálidas campanillas de invierno y narcisos amarillo mantequilla balanceándose en la brisa suave, el olor débil de metales llegó a mis fosas nasales.

Por supuesto que sería magia, porque era primavera aquí. ¿Qué cruel poder tenían que poseer para hacer sus tierras de manera diferente a la nuestra, para controlar las estaciones y el clima como si fueran sus dueños? El sudor corría por mi columna vertebral mientras mis capas de ropa se volvían sofocantes. Giré mis muñecas y me removí en la silla de montar. Cualquier atadura se había ido.

El hada serpenteó hacia adelante, saltando ágilmente hasta la gran escalera de mármol que conducía a las puertas gigantes de roble en un fluido y poderoso movimiento. Las puertas se abrieron para él con bisagras silenciosas, y entró. Había planeado toda esta llegada, sin duda, manteniéndome inconsciente, así no sabría dónde estaba, no sabría el camino a casa o qué otros territorios de hadas mortales podrían estar acechando entre la pared y yo. Busqué mi cuchillo, pero solo encontré capas de ropa deshilachadas.



La idea de esas garras toqueteando mi túnica para encontrar mi cuchillo hizo que mi boca se secara. Alejé la furia, terror y asco mientras mi caballo se detenía por su propia voluntad al pie de las escaleras. El mensaje era bastante claro. La torre imponente parecía estar viendo, esperando.

Miré por encima de mi hombro hacia las puertas aún abiertas. Si iba a salir huyendo, tendría que ser ahora.

Sur, todo lo que tenía que hacer era ir hacia el sur, y finalmente llegar al muro. Si no encontraba nada antes de eso. Tiré de las riendas, pero la yegua permaneció quieta incluso cuando clavé los talones en sus costados. Dejé escapar un bajo silbido agudo. Genial. A pie.

Mis rodillas se doblaron cuando golpeé el suelo, pedazos de luz intermitente aparecieron en mi visión. Agarré la silla de montar e hice una mueca cuando el dolor y el hambre acalambraron mis sentidos. Ahora, tenía que ir ahora. Intenté moverme, pero el mundo todavía daba vueltas y se movía.

Solo un tonto podría funcionar sin comida, sin fuerzas.

No alcanzaría ni la mitad de un kilómetro de esta manera. No alcanzaría ni la mitad de un kilómetro antes de que él me agarrara y me desgarrara en tiras, como había prometido.

Tomé un largo suspiro tembloroso. Alimentos, conseguir comida, después, huir en el próximo momento oportuno. Sonaba como un plan sólido.

Cuando estuve lo suficientemente estable para caminar, dejé el caballo en la parte inferior de las escaleras, dando pasos uno a la vez. Mi respiración apretó mi pecho, atravesé las puertas abiertas y entré a las sombras de la casa.

En el interior, era aún más opulento. Mármol a cuadros blanco y negro brillaban a mis pies, fluyendo a un sin número de puertas y una amplia escalera. Un largo pasillo se extendía por delante de gigantes puertas de cristal en el otro extremo de la casa, y a través de ellas vislumbré un segundo jardín, más grande que el de enfrente. Sin señales de una mazmorra, sin gritos ni súplicas levantándose de las cámaras ocultas de abajo. No, solo el gruñido de una habitación cercana, tan profundo que hacía temblar los floreros de sala llenos de cúmulos de grasa de hortensias encima



de las mesas dispersas. Como en respuesta, un par de puertas de madera pulida se abrieron a mi izquierda. Un comando a seguir.

Mis dedos temblaban mientras me frotaba los ojos. Sabía que el Alto Fae había construido palacios y templos en todo el mundo, edificios que mis antepasados mortales habían destruido después de la guerra por despecho, pero nunca había considerado cómo podrían vivir hoy, la elegancia y la riqueza que podían poseer. Nunca contemplé que las hadas, estos monstruos salvajes, pudieran poseer propiedades más grandes que cualquier vivienda mortal.

Me tensé cuando entré en la habitación.

Una larga mesa, más larga que cualquiera que habíamos heredado en nuestra mansión, llenaba la mayor parte del espacio. Estaba cargada de alimentos y vino... demasiada comida, desde algunos de ellos flotaban zarcillos de vapor que hicieron mi boca agua. Al menos era familiar, y no alguna extraña delicadeza de las hadas: pollo, pan, guisantes, pescado, espárragos, cordero... podría haber sido una fiesta en cualquier mansión mortal. Otra sorpresa. La bestia se acercó a la silla de gran tamaño en la cabecera de la mesa.

Me quedé en el umbral, mirando la comida... toda esa gloriosa y caliente comida que no podía comer. Esa era la primera regla que nos enseñaban cuando niños, por lo general en las canciones o cantos: si la desgracia te obligaba hacer compañía a un hada, nunca bebieras su vino, nunca comieras su comida. Nunca. A menos que quisieras terminar esclavizado a ellos en mente y alma, a menos que quisieras terminar arrastrado de nuevo a Prythian. Bueno, la segunda parte ya había sucedido, pero podría tener una oportunidad de evitar la primera.

La bestia se dejó caer en la silla, la madera gimió, y, en un destello de luz blanca, se convirtió en un hombre de cabellos dorados.

Contuve un grito y me presioné contra la pared con paneles junto a la puerta, buscando la moldura del umbral, tratando de medir la distancia entre el escape y yo. Esta bestia no era un hombre, no un hada menor. Era uno de los Altos Fae, uno de su nobleza gobernante: bello, letal y despiadado.

Era joven, o al menos por lo que pude ver de su rostro parecía joven. Su nariz, mejillas y cejas estaban cubiertas por una máscara exquisita de oro



incrustada de esmeraldas en forma de espirales de hojas. Alguna absurda moda de Alto Fae, sin duda. Dejaba solo sus ojos, de apariencia igual a los que tenían en su forma de bestia, fuerte mandíbula y boca a la vista, y esta última apretada en una fina línea.

—Deberías comer algo —dijo. A diferencia de la elegancia de su máscara, la túnica de color verde oscuro que llevaba era bastante sencilla, acentuada solo con un tahalí de cuero sobre su amplio pecho. Era más por lucha que estilo, a pesar de que no llevaba ningún arma que pudiera detectar. No era solo un Alto Fae, sino... un guerrero también.

No quería tener en cuenta lo que podría exigirle usar el traje de un guerrero y tratar de no parecer demasiado duro en el cuero del tahalí brillando en la luz del sol que entraba por la orilla de las ventanas detrás de él. No había visto un cielo sin nubes como ese en meses. Llenó un vaso de vino de una jarra de cristal tallada exquisitamente y bebió profundamente. Como si lo necesitara.

Me acerqué a la puerta, mi corazón latía tan rápido que pensé que iba a vomitar. El frío metal de las bisagras de la puerta mordía mis dedos. Si me movía rápido, podría estar fuera de la casa y corriendo por la puerta en cuestión de segundos. Era, sin duda, más rápido, pero arrojar algunos de esos bonitos muebles del pasillo en su camino podría ralentizar. Aunque sus oídos Fae con sus delicados arcos, atraparía cualquier susurro de movimiento de mi parte.

- —¿Quién eres tú? —me las arreglé para decir. Su ligero cabello dorado era tan similar al color de su piel de su forma de bestia. Esas garras gigantes, sin duda, aún acechaban justo debajo de la superficie de su piel.
- —Siéntate —dijo bruscamente, agitando una mano amplia para abarcar la mesa—. Come.

Recorrí los cantos en mi cabeza, una y otra vez. No valía la pena aliviar mi hambre voraz y definitivamente no valía la pena el riesgo de ser esclavizada a él en mente y alma.

Dejó escapar un gruñido.

- —¿A menos que prefieras desmayarte?
- —No es seguro para los humanos —logré decir, sin importar la ofensa.



Él resopló una carcajada, más salvaje que cualquier cosa.

—La comida está bien para que puedas comer, humana. —Esos extraños ojos verdes me detuvieron en el lugar, como si pudiera detectar todos los músculos de mi cuerpo que se preparaban para huir—. Vete, si lo deseas —añadió con un destello de dientes—. No soy tu carcelero. Las puertas están abiertas, puedes vivir en cualquier parte de Prythian.

Y, sin duda, ser comida o atormentada por un hada desgraciado. Pero mientras que cada centímetro de este lugar era civilizado, limpio y hermoso, tenía que salir, tenía que volver. Esa promesa a mi madre, fría y vana como fue, era todo lo que tenía. No hice ningún movimiento hacia la comida.

—Bien —dijo, la palabra atada con un gruñido, y comenzó a servirse.

No tuve que enfrentar las consecuencias de negarle otra vez, cuando alguien pasó junto a mí, en dirección correcta hacia la cabecera de la mesa.

- —¿Bien? —dijo otro extraño Fae: alto, pelirrojo y finamente vestido con una túnica de plata. Él también llevaba una máscara. Hizo una reverencia al varón sentado y luego se cruzó de brazos. De alguna manera, no me había visto mientras me seguía presionando contra la pared.
- —Bien, ¿qué? —Mi captor ladeó la cabeza, el movimiento más animal que humano
 - —¿Entonces Andras está muerto?

Un asentimiento de mi captor—o salvador, lo que fuera.

- —Lo siento —dijo en voz baja.
- —¿Cómo? —exigió el desconocido, los nudillos blancos mientras agarraba sus musculosos brazos.
- —Una flecha de fresno —dijo el otro. Su compañero pelirrojo silbó—. Convocar al Tratado me llevó a la mortal. Le di un refugio seguro.
- —Una chica, una chica mortal en realidad mató a Andras. —No una pregunta, más como una cadena recubierta de veneno de palabras. Echó un vistazo al final de la mesa, donde estaba la silla vacía—. Y la convocación encontró a la chica responsable.

El enmascarado de oro dio una baja risa amarga y me señaló.



La magia del Tratado me llevó directo a la puerta de su casa.

Él extraño giró con fluida gracia. Su máscara era de bronce y formada con facciones de un zorro, escondiendo todo menos la parte baja de su rostro, junto con la mayor parte de lo que parecía una malvada y severa cicatriz de su ceja hasta su quijada. No ocultaba el ojo que estaba perdido, o el orbe de oro tallado que lo había reemplazado y se *movía* como si pudiera usarlo. Se fijó en mí.

Incluso a través de la habitación, podía ver su restante ojo rojizo ampliarse. Olfateó una vez, sus labios curvándose un poco revelando rectos dientes blancos, y entonces se volteó hacia el otro hada.

—Tienes que estar bromeando —dijo silenciosamente—. ¿Esa cosa flacucha derribó a *Andras* con una simple flecha de fresno?

Bastardo, un completo bastardo. Una pena que no tuviera la flecha ahora, y así poder darle a él en su lugar.

—Ella lo admitió —dijo el de cabellos dorados firmemente, trazando el borde de su copa con un dedo. Una larga y letal garra se deslizó fuera, arañando el metal. Luché para mantener mi respiración firme. Especialmente mientras añadía—: No trató de negarlo.

El hada con máscara de zorro se hundió en el borde de la mesa, la luz capturándose en su largo cabello rojo fuego. Podía entender su máscara, con esa brutal cicatriz y el ojo perdido, pero el otro Gran Fae parecía bien. Quizás la usaba para ser solidario. Tal vez eso explicaba la absurda moda.

—Bueno... —El pelirrojo hervía—, ahora estamos atascados con *eso*, gracias a tu inútil piedad, y has arruinado...

Avancé, solo un paso. No estaba segura de qué iba a decir, pero ser mencionada de esa manera... Mantuve la boca cerrada, pero fue suficiente.

—¿Disfrutaste matando a mi amigo, humana? —dijo el pelirrojo—. ¿Dudaste, o el odio en tu corazón te empujaba tan fuerte que no consideraste perdonarlo? Debió haber sido muy satisfactorio derribarlo para una pequeña cosa mortal como tú.

El de cabellos dorados no dijo nada, pero su mandíbula se tensó. Mientras me estudiaban, intenté tomar un cuchillo que no estaba allí.



- —De cualquier forma —continuó el de máscara de zorro, enmascarando a su acompañante de nuevo con burla. Él probablemente se reiría si alguna vez lo apuntara con un arma—. Quizás haya una forma de...
- —Lucien —dijo mi captor silenciosamente, el nombre haciéndose eco con la insinuación de un gruñido—. Compórtate.

Lucien se puso rígido, pero se bajó del borde de la mesa y se inclinó profundamente ante mí.

—Mis disculpas, dama. —Otra broma a mis espaldas—. Soy Lucien. Cortesano y emisario. —Gesticuló hacia mí con una floritura—. Tus ojos son como estrellas, y tu cabello como oro bruñido.

Ladeó su cabeza, esperando a que le diese mi nombre. Pero decirle a él cualquier cosa de mí, acerca de mi familia y de dónde provenía...

—Su nombre es Feyre —dijo el que estaba a cargo, la bestia. Él debió haber aprendido mi nombre en mi cabaña. Esos llamativos ojos verdes se encontraron con los míos de nuevo y se posaron en la puerta—. Alis te llevará a tu cuarto. Podrás utilizar un baño y ropas limpias.

No podía decidir si era un insulto o no. Hubo una mano firme en mi codo, y di un respingo. Una rellena mujer castaña en una simple máscara de pájaro en latón, jaló de mi brazo e inclinó su cabeza hacia la puerta abierta tras nosotras. Su delantal blanco estaba fresco sobre su sencillo vestido café, una sirvienta. Las máscaras tenían que ser una especie de moda.

Si les importaba tanto la ropa que usaban, acerca de lo que sus sirvientes vestían, tal vez fuesen tan superficiales y vanidosos como para que pudiera engañarlos, a pesar de las ropas de combate de su amo. Aunque, seguían siendo Altos Fae. Tendría que ser astuta y callada y calcular mi tiempo hasta que pudiera escapar. Así que dejé que Alis me guiara lejos. *Cuarto, no celda*. Un pequeño alivio.

Apenas había avanzado unos cuantos pasos cuando Lucien rugió:

—¿Es esa la mano que el Caldero pensó que podría con nosotros? ¿Ella derribó a Andras? Nunca debimos haberlo enviado allí, ninguno de ellos debió haber ido allí. Era una misión de locos. —Su rugido era más amargo que amenazante. ¿Podría también él cambiar de forma?—. Tal vez solo debamos tomar una posición, tal vez es tiempo de decir suficiente. Tira a la chica en alguna parte, mátala, no me importa, no es más que una carga



aquí. Ella pondría un cuchillo en tu espalda antes que hablar contigo, o con cualquiera de nosotros. —Mantuve mi respiración impasible, mi espalda erguida, y...

—No —dijo el otro entre dientes—. No haremos nada hasta que no sepamos con certeza que no hay otra forma. Y sobre la chica, ella se queda. Ilesa. Fin de la discusión. Su vida en ese cuchitril fue suficiente infierno. — Mis mejillas se encendieron, incluso cuando solté una respiración apretada, y evité mirar a Alis cuando sentí que sus ojos se deslizaban hacia mí. Un cuchitril, supongo que eso era nuestra cabaña comparada con este lugar.

—Entonces ya has elegido el trabajo por ti mismo, hijo mayor —dijo Lucien—. Estoy seguro que su vida será un gran reemplazo por la de Andras, tal vez ella incluso pueda entrenar con los demás soldados en la frontera.

Un gruñido de enojo resonó en el aire.

Los brillantes e inmaculados pasillos me tragaron antes de que pudiera oír más.



Alis me dirigió a través de pasillos de oro y plata, hasta que llegamos a un espléndido cuarto en el segundo nivel. Admitiré que no peleé tanto cuando Alis y otras dos sirvientas, también enmascaradas, me bañaron, cortaron el cabello, y me depilaron hasta que me sentí como una gallina siendo preparada para la cena. Por todo lo que sabía, podía ser la siguiente comida.

Era solo la promesa de aquel Alto Fae, de vivir el resto de mis días en Prythian en lugar de morir, que me mantenía de marearme con la idea. Aunque estas hadas parecían humanas, exceptuando sus orejas, nunca aprendí lo que los Altos Fae llamaban a sus sirvientes. Pero no me atrevía a preguntar, o de hablarles para nada, no cuando tenía sus manos sobre mí, teniéndolas tan *cerca* que era suficiente para mantenerme ocupada en solo no temblar.

Inmóvil, di una mirada al vestido de terciopelo turquesa que Alis había colocado sobre la cama y envolví mi camisola blanca firmemente alrededor de mí, hundiéndome en una silla y suplicando que me regresaran mis viejas



ropas. Alis se negó, y cuando volví a suplicar, dando lo mejor para sonar patética y triste y lamentable, ella salió rabiando. No había usado un vestido en años. Y no iba a empezar ahora, no cuando escapar era mi máxima prioridad. No sería capaz de moverme libremente en un vestido.

Envuelta en mi bata, me senté por minuto tras otro, el parloteo de pequeños pájaros en el jardín más allá de la ventana siendo el único sonido en la habitación. No había gritos, ni el choque de armas, ni indicios de ninguna matanza o tortura.

El cuarto era más grande que nuestra cabaña completa. Sus paredes eran verde pálido, esbozadas delicadamente con patrones dorados, y las molduras eran doradas también. Lo hubiera considerado pegajoso de no ser por los muebles de marfil y alfombras que lo complementaban tan bien. La gigantesca cama era de una paleta de colores similar, y las cortinas que colgaban desde la imponente cabecera se mecían con la tenue brisa de las ventanas abiertas. Mi camisola era de la más fina seda, simple y bastante exquisita, tanto que pasé mis dedos por las solapas.

Las pocas historias que había oído habían estado mal, o quinientos años de separación los había enlodado. Sí, seguía siendo una presa, todavía nacida débil e inútil comparada con ellos, pero este lugar... era pacífico. Tranquilo. A menos que eso también fuera una ilusión, y la escapatoria del Tratado fuera una mentira, un truco para hacerme sentir segura antes de que me destruyeran. Los Altos Fae amaban jugar con su comida.

La puerta crujió, y Alis regresó con un bulto de ropa en sus manos. Alzó una empapada camisa grisácea.

—¿Quieres usar esto? —Me quedé con la boca abierta por los agujeros en las mangas y a los lados—. Se empezó a deshacer apenas las lavanderas la pusieron en agua. —Mantuvo en el aire unos pocos harapos cafés—. Esto es lo que quedó de tu pantalón.

Mantuve dentro la maldición que se armaba en mi pecho. Podía ser una sirvienta, pero igual podía matarme fácilmente.

—Ahora, ¿usarás el vestido?—exigió. Sabía que debía pararme, estar de acuerdo, pero me desplomé más en mi asiento. Alis me fulminó con la mirada antes de salir de nuevo del cuarto.



Regresó con un pantalón y una túnica que me quedaran bien, ambos de rico color. Un poco lujosos, pero no me quejé cuando me puse la camisa blanca, ni cuando abotoné la túnica azul oscuro y pasé mis dedos por el molesto hilo dorado bordado en las solapas. Tuvo que haber costado una fortuna por sí mismo, y tiré de esa parte inútil en mi mente que admiraba las adorables y extrañas cosas coloridas.

Era muy joven como para recordar mucho antes de la caída de mi padre. El me toleraba lo suficiente como para deambular por sus oficinas, e incluso para mostrarme algunas veces la mercancía y cuánto valía, los detalles que desde hacía mucho ya había olvidado. Mi tiempo en sus oficinas, lleno de los aromas de especias exóticas y la música de lenguas extranjeras, constituían la mayor parte de mis pocas memorias felices. No necesitaba saber el valor de todo en esta habitación para entender que solo las cortinas esmeraldas, seda, con terciopelo dorado, podría habernos alimentado por toda un vida.

Un escalofrío bajó por mi espalda. Habían sido días desde que me fui. La cierva ya estaría agotándose.

Alis me arreó a una silla de respaldo bajo frente a la chimenea oscura, y no puse resistencia mientras ella pasaba un peine en mi cabello y empezaba a trenzarlo.

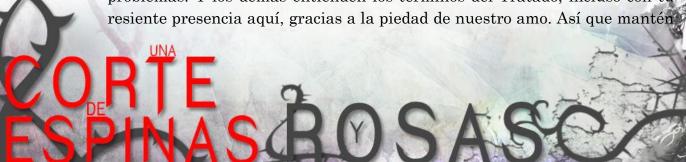
- —Apenas eres más que piel y huesos —dijo ella, sus dedos lujosos contra mi cabeza.
- —El invierno le hace eso a los pobres mortales —contesté, luchando para quitar filo a mi voz.

Ella resopló una risa.

—Si eres inteligente, mantendrás tu boca cerrada y tus orejas abiertas. Te hará mejor aquí que una lengua suelta. Y guárdate tu ingenio para ti misma, incluso tus propios sentidos pueden traicionarte aquí.

Traté de no respingar a la advertencia. Alis prosiguió.

—Alguna gente está obligada a estar molesta por Andras. Aunque si me preguntas, Andras era un buen centinela, pero sabía a qué se enfrentaría al otro lado de la pared, sabía que seguramente se toparía con problemas. Y los demás entienden los términos del Tratado, incluso con tu resiente presencia aquí, gracias a la piedad de nuestro amo. Así que mantén



tu cabeza baja, y ninguno de ellos te molestará. Menos Lucien—él puede hacerlo con cualquiera que hable le mal, si es que tienes el coraje de hacerlo.

No lo tenía, y cuando iba a preguntarle a quien debía de evitar, ella ya había terminado con mi cabello y abierto la puerta al pasillo.



CAPÍTULO 7

TRADUCIDO POR ISSA SANABRIA & MANANTI5B // CORREGIDO
POR BIBLIOTECARIA70

El Alto Fae de cabello dorado y Lucien estaban descansando en la mesa cuando Alis volvió al comedor. Ya no tenían platos delante de ellos, pero todavía bebían en copas de oro. Oro verdadero, no pintura o laminado de oro. La diferencia con nuestros cubiertos cruzó por mi mente mientras me detenía en medio de la habitación. Tal riqueza, tal asombrosa riqueza, cuando nosotros no teníamos nada.

Una medio-bestia, me había llamado Nesta. Pero en comparación con él, comparado con este lugar, comparado con la elegante y fácil manera que mantenían sus copas, la forma en la que el de cabellos dorados me había llamado *humana*... éramos todos medio bestias ante el Alto Fae. Incluso si ellos eran los que vestían pieles y garras.

La comida todavía permanecía en la mesa, la variedad de especias persistían en el aire, llamándome. Estaba hambrienta, mi cabeza desconcertada por la luz.

La máscara del Alto Fae de cabello dorado brillaba con los últimos rayos del sol de la tarde.

—Antes de que preguntes de nuevo: la comida es segura para que comas. —Señaló la silla en el otro extremo de la mesa. Sin ninguna señal de sus garras. Cuando no me moví, suspiró fuertemente—. ¿Qué deseas, entonces?

No dije nada. Comer, huir, salvar a mi familia...

Lucien habló arrastrando las palabras desde su asiento a lo largo de la mesa.

—Te lo dije, Tamlin. —Lanzó una mirada a su amigo—. Tus habilidades con las mujeres sin dudas se han oxidado en las últimas décadas.



Tamlin. Fulminó a Lucien, moviéndose en su asiento. Traté de no ponerme rígida con ese pedacito de información que Lucien me había dado. Décadas.

Tamlin no parecía mucho mayor que yo, pero era inmortal. Podría tener cientos de años de antigüedad. Miles. Mi boca se secó mientras estudiaba cuidadosamente sus enmascarados rostros sobrenaturales, primitivos, e imperativos. Como dioses o cortesanos salvajes.

—Bueno —dijo Lucien, con su ojo rojizo restante puesto en mí—, no te ves tan mal ahora. Un alivio, supongo, ya que vas a vivir con nosotros. Aunque la túnica no es tan bonita como un vestido.

Lobos listos para saltar, eso es lo que eran, al igual que su amigo. Yo era muy consciente de mi lenguaje, con el mismo aliento que tomé dije:

- —Preferiría no usar ese vestido.
- —¿Y por qué no? —canturreó Lucien.

Fue Tamlin quién contestó por mí.

—Porque sería más fácil matarnos en pantalón.

Mantuve mi rostro en blanco, quise que mi corazón se calmara como para decir:

—Ahora que estoy aquí, ¿qué... qué van a hacer conmigo?

Lucien soltó un bufido, pero Tamlin dijo con un gruñido de fastidio:

-Solo siéntate.

Se había colocado un asiento vacío al final de la mesa. Mucha comida muy caliente emanando especias tentadoras. Los sirvientes probablemente habían colocado nuevos alimentos mientras me estaba lavando. Tanto desperdiciado. Apreté los puños.

—No vamos a morderte. —Los dientes blancos de Lucien brillaron de una manera que sugería lo contrario. Evité su mirada, evité a ese extraño con su ojo de metal animado que se enfocó en mí cuando me acerqué a mi asiento y me senté.



Tamlin se levantó, acechó alrededor de la mesa, cerca y más cerca, cada movimiento suave y letal como un depredador sangriento con poder. Fue un gran esfuerzo mantenerme tranquila, sobre todo cuando tomó el plato, lo acercó, y amontonó un poco de carne y salsa.

Dije en voz baja:

—Puedo servirme yo misma. —Cualquier cosa, *cualquier* cosa para mantenerlo bien lejos de mí.

Tamlin se detuvo, tan cerca que un golpe de esas garras acechando bajo la piel podría rasgar mi garganta. Por eso el tahalí de cuero no llevaba ningún arma: ¿por qué usarlas cuando tú mismo eres el arma?

—Es un honor para un ser humano ser servido por un Alto Fae —dijo ásperamente.

Tragué saliva. Continuó acumulando alimentos en mi plato, deteniéndose solo cuando todo estuvo acumulado con la carne, la salsa y el pan, luego llenó un vaso con vino blanco espumoso. Solté un suspiro mientras rodeaba su asiento, a pesar de que probablemente podría oírlo.

No quería nada más que enterrar mi rostro en el plato y luego comer al final de la mesa, pero me sujeté las manos debajo de mis piernas y me quedé mirando a las dos hadas.

Ellos me miraban, demasiado cerca para ser casual. Tamlin se enderezó y dijo:

—Te ves... mejor que antes.

¿Eso era un cumplido? Podría jurar que Lucien le dio a Tamlin un gesto alentador.

—Y tu cabello está... limpio.

Tal vez era mi hambre asolando haciéndome alucinar en un pobre intento de adulación. Aun así, me recosté y mantuve mis palabras en calma y tranquilidad, en la forma en la que podría hablar con cualquier otro depredador.

—¿Tú eres el Alto Fae de la nobleza de las hadas?

Lucien tosió y miró a Tamlin.

- —Puedes tomar esa pregunta.
- —Sí —dijo Tamlin, frunciendo el ceño, como si buscara algo que decirme. Se decidió simplemente por—: Lo somos.

Bien. Un hombre —hada— de pocas palabras. Había matado a su amigo, era un invitado no deseado. Tampoco querría hablar conmigo.

—¿Qué vas a hacer conmigo ahora que estoy aquí?

Los ojos de Tamlin no dejaron mi rostro.

- -Nada. Haz lo que quieras.
- —¿Así que no estoy aquí para ser tu esclava? —me atreví a preguntar.

Lucien se atragantó con el vino. Pero Tamlin no sonrió.

-No tengo esclavos.

No hice caso a la liberación de la opresión en mi pecho por eso.

—Pero, ¿qué voy a hacer con mi *vida* aquí? —presioné—. ¿De-deseas que gane mi sustento? ¿Qué trabaje? —Una pregunta estúpida, como si él no lo hubiese considerado, pero... pero tenía que saberlo.

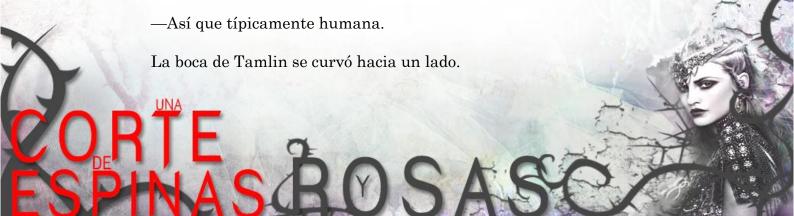
Tamlin se puso rígido.

—Lo que hagas con tu vida no es mi problema.

Lucien deliberadamente se aclaró la garganta, y Tamlin le lanzó una mirada. Después de un intercambio de miradas que no pude leer, Tamlin suspiró y dijo:

- —¿No tienes ningún... interés?
- —No. —No era del todo cierto, pero no estaba de humor para hablar de pintura con él. No cuando parecía tener una gran cantidad de problemas solo hablando conmigo civilmente.

Lucien murmuró:



- —Haz lo que quieras con tu tiempo. Simplemente no te metas en problemas.
- —Así que realmente significa estar aquí para siempre. —Lo que quise decir fue: ¿así que voy a permanecer aquí con todo este lujo mientras mi familia muere de hambre?
 - —No hago las reglas —dijo Tamlin lacónicamente.
- —Mi familia está *hambrienta* —dije. No me importaba la mendicidad, no por esto. Había dado mi palabra, y había sostenido esa promesa durante tanto tiempo que no era nada ni nadie sin ella—. Por favor, déjame ir. Debe haber... debe haber alguna otra regla del Tratado, otra manera de repararlo.
 - —¿Repararlo? —dijo Lucien—. ¿Te has disculpado siquiera?

Al parecer, todos los intentos por halagarme habían muerto y se habían ido. Así que miré a Lucien a la derecha con su ojo rojizo restante y le dije:

-Lo siento.

Lucien se echó hacia atrás en su silla.

—¿Cómo lo mataste? ¿Fue una lucha sangrienta, o simplemente fue un asesinato a sangre fría?

Mi columna se puso rígida.

- —Le disparé con una flecha de fresno. Y luego con una flecha ordinaria a través del ojo. No dio batalla. Después del primer disparo, solo me miró.
- —Sin embargo lo mataste, aunque no hizo ningún movimiento para atacarte, y luego lo desollaste —siseó Lucien.
- —Basta, Lucien —dijo Tamlin a su cortesano con un gruñido—. No quiero oír los detalles. —Se volvió hacia mí, remoto, brutal e inflexible.

Hablé antes de que pudiera decir nada.

—Mi familia no va a durar un mes sin mí.

Lucien se rió entre dientes, y apreté mis dientes.



—¿Sabes lo que es tener hambre? —pregunté, la ira creciente devoraba cualquier sentido común—. ¿Sabes lo que se siente no saber cuándo será tu próxima comida?

La mandíbula de Tamlin se apretó.

—Tu familia está viva y bien cuidada. ¿Piensas que las hadas caemos tan bajo que crees que tomaría su única fuente de ingresos y alimentos y no lo reemplazaría?

Me enderecé.

—¿Lo juras? —Incluso si las hadas no pueden mentir, tenía que escucharlo.

Dejó escapar una incrédula risa.

- —Con todo lo que soy y lo que poseo.
- —¿Por qué no me dijiste eso cuando salimos de la casa?
- —¿Me habrías creído? ¿Por lo menos me crees ahora? —Las garras de Tamlin se incrustaron en los brazos de la silla.
- —¿Por qué debería confiar en las palabras que dices? Todos son maestros de torcer las verdades en su propio beneficio.
- —Algunos dirían que es poco prudente insultar a un Fae en su casa dijo Tamlin entre dientes—. Algunos dirían que debes estar agradecida conmigo por encontrarte antes de que otro de mi especie llegara a reclamar la deuda, por perdonarte la vida y luego ofrecerte la oportunidad de vivir en comodidad.

Me disparé sobre mis pies, con la sabiduría a ser condenada, y estaba a punto de patear hacia atrás mi silla cuando unas manos invisibles sostuvieron mis brazos y me empujaron al asiento.

—No hagas lo que sea que hayas estado contemplando —dijo Tamlin.

Estaba inmóvil cuando la espiga de magia quemó mi nariz. Traté de girar en la silla, poniendo a prueba los lazos invisibles. Pero mis brazos estaban asegurados, y mi espalda presionada en la madera con tanta fuerza que dolía. Miré el cuchillo al lado de mi plato. Debería haber ido por él primero, inútil o no.



—Te lo advierto una vez —dijo Tamlin demasiado bajo—, solo una vez, y entonces será tu responsabilidad, humana. No me importa si te vas a otro lugar de Prythian. Pero si cruzas ese muro, si huyes, tu familia ya no será atendida.

Sus palabras fueron como piedras en mi cabeza. Si me escapaba, si incluso *intentaba* correr, podría condenar a mi familia. E incluso si me atrevía a arriesgarme... aunque lograra llegar a ellos, ¿adónde los llevaría? No podría llevar a mis hermanas a un viaje, y entonces cuando llegáramos a otro lugar, un lugar seguro, no tendríamos dónde vivir. Pero él ponía el bienestar de mi familia en mi contra, de tirar su supervivencia si me salía de la línea...

Abrí la boca, pero su gruñido hizo temblar los vidrios.

—¿No es un trato justo? Y si huyes, entonces puede que no seas tan afortunada con el próximo que venga a cobrar la deuda. —Sus garras se deslizaron de nuevo bajo sus nudillos—. La comida no está encantada, o drogada, y va a ser tu maldita culpa si te desmayas. Así que vas a sentarte en la mesa y a *comer*, Feyre. Y *Lucien* hará todo lo posible por ser amable. —Lanzó una mirada mordaz en su dirección. Lucien se encogió de hombros.

Los lazos invisibles se aflojaron, e hice una mueca cuando mis manos golpearon la parte inferior de la mesa. Los lazos en mis piernas y cintura permanecieron intactos. Un vistazo a los ardientes ojos verdes de Tamlin me dijeron lo que quería saber: su invitada o no, no iba a levantarme de la mesa hasta que hubiese comido algo. Pensaría más tarde en el cambio repentino de mis planes para escapar. Ahora... por ahora miré el tenedor de plata y con cuidado lo recogí.

Todavía me miraban, veían todos mis movimientos, el aleteo de mis fosas nasales cuando olía la comida en mi plato. Sin el olor metálico de la magia. Y las hadas no podían mentir. Así que tenía que estar en lo cierto acerca de la comida. Apuñalé un pedazo de pollo, y tomé un bocado.

Fue un gran esfuerzo no gruñir. No había tenido tan buena comida en años. Incluso las comidas que habíamos tenido antes de nuestra caída eran poco más que cenizas comparadas con esto. En silencio, comí todo en mi plato, demasiado consiente del Alto Fae observando cada bocado, pero cuando llegué por una segunda ración de tarta de chocolate, la comida desapareció. Sencillamente se desvaneció, como si nunca hubiese existido, no quedó ni una miga atrás.



Tragando saliva, puse mi tenedor en la mesa para que no se viera que empezaba a temblar.

—Un bocado más y vomitarías tus entrañas —dijo Tamlin, bebiendo profundamente de su copa.

Los lazos que me sostenían se aflojaron. Permiso silencioso para salir.

- —Gracias por la comida —dije. Era todo lo que podía pensar.
- —¿No te gustaría quedarte para el vino? —dijo Lucien con dulce veneno desde donde descansaba en su asiento.

Preparé mis manos sobre mi silla para pararme.

- —Estoy cansada. Me gustaría dormir.
- —Ha pasado un par de décadas desde la última vez que vi a uno de ustedes —dijo Lucien arrastrando sus palabras—, pero los humanos nunca cambian, por lo que no creo que me equivoque en preguntar *por qué* encuentras nuestra compañía tan desagradable, cuando seguramente los hombres que están en casa no son mejores.

En el otro extremo de la mesa, Tamlin dio a su emisario una larga mirada de advertencia. Lucien lo ignoró.

—Eres un Alto Fae —dije con fuerza—. Me pregunto por qué te molestaste en invitarme aquí para cenar conmigo. —Realmente estúpido ya que debería haber sido asesinada diez veces ya.

Lucien dijo:

—Es cierto. Pero dame el gusto: eres una mujer humana, y sin embargo, prefieres comer brasas que sentarte aquí más tiempo del necesario. Omitiendo esto... —Agitó una mano sobre el ojo de metal y brutal cicatriz de su rostro—. Seguramente no estamos tan mal a la vista. —Típica vanidad y arrogancia de las hadas. En eso, al menos, las leyendas habían tenido razón. Mantuve el conocimiento a distancia—. A menos que tengas una razón para volver a casa. A menos que tengas una línea de pretendientes a la puerta de tu casucha que nos haga parecer gusanos en comparación.

Había suficiente rechazo allí que tomé un poco de satisfacción al decir:



—Era cercana a un hombre en mi antigua villa. —Antes de que el Tratado me arrancara, antes de que se hiciera claro que se les permitía hacer lo que quisiera con nosotros, pero que difícilmente podemos devolver el golpe en su contra.

Tamlin y Lucien intercambiaron miradas, pero fue Tamlin quien dijo:

- —¿Estabas enamorada de ese hombre?
- —No —dije tan casualmente como pude. No era una mentira, pero incluso si había sentido algo por Isaac, mi respuesta habría sido la misma. Ya era bastante malo que un Alto Fae supiese de mi familia. No necesitaba agregar a Isaac a esa lista.

Una vez más, compartieron una mirada entre ellos.

-- ¿Y... amas a alguien más? -- dijo Tamlin con los dientes apretados.

Una risa salió de mí teñida de histeria.

- —No. —Miré entre ellos. Tonterías. ¿Estos seres mortíferos e inmortales realmente no tienen nada mejor que hacer que esto?—. ¿Esto es realmente lo que les importa saber de mí? Si me parecen más atractivos que los humanos, ¿y si tengo un hombre de vuelta en casa? ¿Por qué molestarse en absoluto, cuando me voy a quedar aquí por el resto de mi vida? —Una línea caliente de ira rebanaba mis sentidos.
- —Queríamos aprender más acerca de ti, ya que vas a estar aquí por un buen tiempo —dijo Tamlin, sus labios formando una línea—. Pero el orgullo de Lucien tiende a ponerse en el camino de sus modales. —Suspiró, como si ya todo estuviese listo conmigo, y dijo—: Ve a descansar. La mayoría de los días estamos muy ocupados, así que si necesitas algo, pídelo al personal. Ellos te ayudarán.
- —¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué ser tan generoso? —Lucien me dio una sonrisa que sugería que tampoco tenía idea, dado que había asesinado a su compañero, pero Tamlin me miró por un largo momento.
- —Yo también mato a menudo —dijo Tamlin finalmente, encogiéndose de hombros—. Y eres lo suficientemente insignificante como para no agitar este estado. A menos que decidas comenzar a matarnos.



Un calor leve floreció en mis mejillas y mi cuello. Insignificante, sí, era insignificante para sus vidas, su poder. Tan insignificante como el descoloramiento de los diseños que había pintado alrededor de la cabaña en el astillado.

—Bueno... —dije, sin sentirme agradecida en lo absoluto—, gracias.

Él inclinó la cabeza distante en un gesto para que me fuera. Despedida. Al igual que el ser humano humilde que era. Lucien apoyó la barbilla en un puño y me dio una media sonrisa perezosa.

Suficiente. Me puse de pie y retrocedí hacia la puerta. Dándoles la espalda como lo que había sido caminar lejos de un lobo, perdonándome la vida o no. No dijeron nada cuando me deslicé por la puerta.

Un momento después, la risa de Lucien hizo eco en los pasillos, seguido de un vicioso gruñido agudo que lo detuvo.

Dormí a ratos esa noche, y la cerradura de la puerta de mi habitación la sentí más como una broma que otra cosa.



Ya estaba despierta antes del amanecer, pero me quedé mirando el techo de filigrana, observando el incremento de luz entre las cortinas, saboreando la suavidad del colchón de debajo. Por lo general, al alba estaba fuera de casa, aunque mis hermanas me bufaban cada mañana por despertarlas tan temprano. Si estuviera en casa, ya estaría entrando en el bosque, no desperdiciando ni un solo momento de la preciosa luz del sol, escuchando la plática somnolienta de algunos pájaros de invierno. En su lugar, esta recámara y la casa de más allá estaban en silencio, la enorme cama extraña y vacía. Una pequeña parte de mí extrañaba la calidez de los cuerpos de mis hermanas sobrepuestos con el mío.

Nesta debía de estar estirando sus piernas y sonriendo por el espacio extra. Probablemente estaría contenta imaginándome en la barriga de una hada, probablemente usando la noticia como una oportunidad para ser un igual sobre los aldeanos. Tal vez mi destino le diese a mi familia alguna ayuda financiera. O tal vez Tamlin les hubiese dado el suficiente dinero, o comida, o cualquier cosa que considerase "hacerse cargo" de ellos para que pudieran pasar el invierno. O tal vez los aldeanos del pueblo le darían la



espalda a mi familia, sin esperar querer estar asociados con personas atadas a los Prythian, y los echasen fuera del pueblo.

Enterré mi rostro en la almohada, tirando de las sábanas más arriba. Si Tamlin les había proporcionado eso, si esos beneficios terminaran en el momento en que cruzara la pared, entonces probablemente se resentirían más a mi regreso más que celebrarlo.

Tu cabello esta... limpio.

Un patético cumplido.

Supuse que si me había invitado a vivir aquí, haber perdonado mi vida, no podría ser completamente... malvado. Tal vez solo había estado tratando de suavizar nuestro muy, muy rudo comienzo. Tal vez habría alguna manera de persuadirlo para encontrar algún resquicio legal para conseguir cualquier cosa mágica que ataba el Tratado para poder darme algo. Y si no había manera, entonces *alguien*...

Estaba a la deriva de un pensamiento a otro, tratando de ordenar la maraña, cuando el seguro de la puerta hizo clic, y...

Hubo un grito y un ruido sordo, eché a correr para encontrar a Alis en una pila en el suelo. La longitud de la cuerda que había hecho con los adornos de la cortina ahora colgaba desde donde me las apañé para darle a cualquiera en el rostro. Fue lo mejor que pude hacer con lo que tenía.

- —Lo siento, lo siento —espeté, saltando de la cama, pero Alis ya estaba de pie, silbándome mientras sacudía su delantal. Frunció el ceño ante la cuerda colgada de la lámpara.
 - —Qué en lo profundo del Caldero es...
 - —No creí que alguien entrara aquí tan temprano, y quise quitarla, y...

Alis me miró de los pies a la cabeza.

—¿Crees que un poco de cuerda golpeándome en el rostro me impediría romperte los huesos? —Mi sangre se congeló—. ¿Crees que eso hará algo en contra de nosotros?

Podría haber seguido disculpándome, si no fuera por la burla que ella me dio. Crucé mis brazos.



Era una alarma para que me diera tiempo de correr. No una trampa.

Parecía estar preparada para escupirme, pero entonces sus agudos ojos marrones se estrecharon.

- —Tampoco puedes correr de nosotros, muchacha.
- —Lo sé —dije, mi corazón calmándose al fin—. Pero al menos no enfrentaría mi muerte sin saberlo.

Alis soltó una carcajada.

—Mi maestro dio su palabra de que podías vivir aquí... *viva*, no muerta. Nosotros obedeceremos. —Estudió el pedazo de cuerda que colgaba—. ¿Pero tenías que destruir esas preciosas cortinas?

No quería... traté de no hacerlo, pero un atisbo de sonrisa tiró de mis labios. Alis se acercó a los restos de las cortinas y las abrió, revelando un cielo todavía de un violeta profundo salpicado con tonos calabaza y magenta de la aurora naciente.

—Lo siento —dije otra vez.

Alis chasqueó la lengua.

—Por lo menos estás dispuesta a dar batalla, chica. Te concedo eso.

Abrí la boca para hablar, pero otra sirvienta con una máscara de pájaro entró con una bandeja de desayuno en la mano. Ella ofertó un seco "buen día", dejó la bandeja en una pequeña mesa cerca de la ventana y desapareció en la adjunta cámara de baño. El sonido de agua corriendo llenó el cuarto.

Me senté en la mesa y estudié las gachas³, huevos y tocino... *tocino*. Otra vez, esa comida similar que comíamos al otro lado del muro. No sé por qué me esperaba otra cosa. Alis me sirvió una taza de lo que parecía y olía como té: colorido, aromático, sin duda importado a un gran costo. Prythian y mi adjunta patria no eran precisamente fáciles de alcanzar.

—¿Qué es este lugar? —le pregunté en voz baja—. ¿D'onde está este lugar?



—Es seguro, y eso es todo lo que necesitas saber —dijo Alis, dejando la tetera—. Al menos la casa lo es. Si vas a estar asomándote por el terreno, mantén tu humor contigo.

Bien... si no respondía eso... Lo intenté de nuevo.

- -¿Qué clase de hadas debo tener en cuenta?
- —Todas ellas —dijo Alis—. La protección de mi maestro tiene sus límites. Ellas querrán cazarte y matarte solo por ser humana... independientemente de lo que le hiciste a Andras.

Otra respuesta inútil. Busqué en mi desayuno, saboreando cada sorbo de té, y ella se deslizó hacia el cuarto de baño. Cuando hube terminado de comer y bañarme, me negué a la oferta de Alis, y me vestí yo misma con otra exquisita túnica, ésta de un violeta tan profundo que podría haber sido negro. Desearía saber el nombre del color, pero lo catalogué de todos modos. Me coloqué mis botas cafés que había llevado la noche anterior, y mientras me sentaba ante un tocador de mármol dejando a Alis trenzar mi cabello mojado, me avergoncé de mi reflejo.

No fue placentero, aunque no por su apariencia actual. Si bien mi nariz era relativamente recta, era otra característica que había heredado de mi madre. Todavía podía recordar cómo su nariz se arrugaba con diversión fingida cuando uno de sus fabulosos amigos adinerados hacía una broma sin gracia.

Por lo menos tenía la boca suave de mi padre, a pesar de que hacía burla de mis demasiado afilados pómulos y mejillas hundidas. No me atreví a mirar mis ojos ligeramente inclinados. Sabía que vería a Nesta o a mi madre mirándome de regreso. Algunas veces me preguntaba si era por eso que mi hermana me había insultado acerca de mi mirada. Estaba muy lejos de ser fea, pero...me hastiaba demasiado de la gente que odiábamos y amábamos por Nesta por aguantarlo. Por aguántalo de mí también.

Supongo que para Tamlin, para un Alto Fae usar la belleza etérea e impecable, debió *haber* sido una lucha encontrar un cumplido. Estúpida hada.

Alis terminó mi trenza, y salté desde mi banquillo antes de que pudiera tejer pequeñas flores de la cesta que había traído. Hubiera vivido a la altura



de mi tocayo si no fuera por los efectos de la pobreza, pero particularmente nunca me había importado. La belleza no significaba nada en el bosque.

Cuando le pregunté a Alis qué era lo que iba a hacer ahora, *qué iba a hacer con mi entera vida mortal*, se encogió de hombros y sugirió un paseo por los jardines. Casi me reí, pero mantuve mi lengua quieta. Sería una tontería hacer a un lado a mis aliados potenciales. Dudaba que tuviera el oído de Tamlin, y no podía presionarla todavía, pero... Por lo menos una caminata me proporcionaría una oportunidad para recoger algunas ideas de lo que me rodeaba, y si no había nadie más que pudiera defender mi caso sobre Tamlin.

Los salones estaban vacíos y en silencio, extraño para una gran propiedad. Anoche mencionaron a otros, pero no vi ni escuché una señal de ellos. Una suave brisa perfumada con... Jacinto, me di cuenta—por el pequeño olor del jardín de Elain—flotaba bajo los salones, llevando con ella el canto agradable de un bunting⁴, un pájaro que no había escuchado por la casa en meses, si es que alguna vez lo había escuchado.

Estaba casi en la gran escalera cuando noté las pinturas.

No me había permitido realmente *verlas* ayer, pero ahora, en el salón vacío, sin nadie que me viera... un destello de color en medio de un fondo sombrío me hizo parar, un derroche de textura que me obligó a enfrentar el marco dorado.

Nunca, nunca había visto algo así.

Es como si tuviera vida, dijo una parte de mí. Y lo era: un florero de cristal verde con un surtido de flores caían sobre sus angostos bordes, flores y hojas de todas formas, tamaños y colores; rosas, tulipanes, campanitas, vara de oro, flor de encaje, peonias...

La habilidad que debió haber tomado para que se vieran tan reales, para hacerlas *más* que reales... Solo un jarrón con flores sobre un fondo oscuro, pero más que eso; las flores parecían vibrar con su propia luz, como en defensa de las sombras que las rodeaban. La maestría necesaria para hacer que el florero sostuviera la luz, para doblar la luz con el agua en su interior, como si el florero ciertamente tuviera peso encima de su pedestal de piedra... era extraordinario.

⁴ **Bunting:** Pájaro de cuatro colores.



Podría haber estado horas mirando las incontables pinturas a lo largo del salón, así podría mantenerme ocupada todo el día, pero... el jardín. Planes.

Aun así, mientras me movía, no pude negar que este lugar era mucho más... civilizado de lo que pensaba.

Tranquilo, incluso si estaba dispuesta a admitirlo.

Y si el Alto Fae era en verdad más amable que la leyenda humana y el rumor que me habían hecho creer, entonces tal vez convenciera a Alis de que mi miseria pudiera no ser tan difícil. Y si pudiera ganarme a Alis, convencerla de que el Tratado había estado mal en demandar tal tipo de pago por mí, ella podría ver si había algo para sacarme de este debate y...

—Tú —dijo alguien, y salté un paso hacia atrás. A la luz de las puertas de cristal abiertas del jardín, una silueta imponente de una figura masculina estaba parada delante de mí.

Tamlin. Usaba esas ropas de guerrero, cortadas para enseñar su tonificado cuerpo, y tres simples cuchillos enfundados a lo largo de su tahalí, cada uno suficientemente largo como para hacer creer que podía destriparme como las garras de su bestia. Su cabello rubio había sido atado hacia atrás, revelando esas orejas puntiagudas, y esa extraña y hermosa máscara.

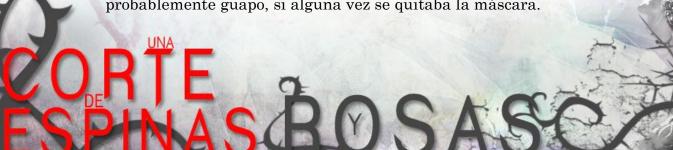
—¿A dónde vas? —dijo, suficientemente brusco que casi sonó como una demanda. $T\acute{u}$... Me pregunté si al menos recordaba mi nombre.

Me tomó un momento reunir la suficiente fuerza en mis piernas para levantarme de mi medio agache.

—Buenos días —dije sin emoción. Al menos era un mejor saludo que *Tú*—. Mencionaste que mi tiempo estaba para ser gastado de la manera en que yo quisiera. No sabía que estaba con una orden de arresto dentro de la casa.

Su mandíbula se tensó.

—Por supuesto que no estás bajo arresto dentro de la casa. —Incluso mientras gruñía las palabras, no podía pasar por alto su belleza en esa fuerte mandíbula, la riqueza de su bronceada-dorada piel. Era probablemente guapo, si alguna vez se quitaba la máscara.



Cuando se dio cuenta de que no iba a responder, desnudó sus dientes en lo que creí era un intento de sonrisa y dijo:

- —¿Quieres un tour?
- —No, gracias. —Me las arreglé para salir, consciente de cada extraña emoción de mi cuerpo mientras me acercaba a su alrededor.

Entró en mi camino, tan cerca que concedió un paso atrás.

- —He estado sentado dentro toda la mañana. Necesito algo de aire fresco. —Y eres lo suficientemente insignificante que no serías una molestia.
- —Estoy bien —dije, casualmente evitándolo—. Has sido... suficientemente generoso. —Traté de sonar como si lo dijera en serio.

Una media sonrisa, no tan agradable, sin duda no acostumbrado a ser rechazado.

- —¿Tienes algún tipo de problema conmigo?
- —No —dije suavemente, y caminé a través de las puertas.

Dejó escapar un gruñido bajo.

—No voy a matarte, Feyre. No rompo mis promesas.

Casi me tropecé con las escaleras del jardín mientras miraba sobre mi hombro. Se detuvo en lo alto de las escaleras, tan sólidas y antiguas como las piedras pálidas de la mansión.

- —¿Matar, pero no dañar? ¿Es eso otro tecnicismo? ¿Uno que Lucien podría usar contra mí o alguien más aquí?
 - —Ellos tienen órdenes de ni siquiera tocarte.
- —Y sin embargo todavía estoy atrapada en tu reino por romper una regla que no sabía que existía. ¿Por qué estaba tu amigo ese día en los bosques? Pensaba que el Tratado prohibía a los de tu clase entrar a nuestras tierras.

Solo me miró. Tal vez había ido muy lejos al preguntarle demasiado. Tal vez pudiera decir por qué lo pregunté realmente.



—Ese Tratado —dijo en voz baja—, no *nos* prohíbe hacer cualquier cosa, excepto esclavizarlos. El muro es un inconveniente. Si nos importara, podríamos romperlo y marchar a través para matarlos a todos.

Estaría forzada a vivir en Prythian para siempre, pero mi familia... Me atreví a preguntar:

—¿Y te importa destruir el muro?

Me miró de arriba abajo, como si decidiera si valía la pena el esfuerzo de explicarse.

—No tengo ningún interés en las tierras mortales, aunque no puedo hablar por los de mi especie.

Pero todavía no había contestado a mi pregunta.

-Entonces ¿qué estaba haciendo tu amigo ahí?

Tamlin se quedó inmóvil. Tal gracia sobrenatural, primitiva, incluso su respiración.

—Hay... una enfermedad en estas tierras. En todo Prythian. Ha estado por casi cincuenta años. Es por eso que esta casa y estas tierras están tan vacías: la mayoría se ha ido. La maldición se esparce lentamente, pero hace que la magia actúe... de manera extraña. Mis propios poderes disminuyeron debido a lo mismo. Estas máscaras... —Le dio un golpecito a la suya—, son el resultado de una sobrecarga que ocurrió durante una mascarada hace cuarenta y nueve años. Incluso ahora, no nos las podemos quitar.

Atrapados en máscaras por casi cincuenta años. Yo me hubiera vuelto loca, me había pelado la piel del rostro.

- —No tienes una máscara como una bestia, y tampoco tu amigo.
- —La maldición es así de cruel.

De cualquier manera, vivir como bestia o vivir con la máscara.

- —¿Qué... qué clase de enfermedad es?
- —No es una dolencia, ni un azote o un padecimiento. Se enfoca solamente en la magia, en los que moran en Prythian. Andras estaba del otro lado del muro ese día porque había sido enviado a buscar un cura.



- —¿Puede herir a los humanos? —Mi estómago se retorció—. ¿Se esparcirá sobre el muro?
- —Sí —dijo—. Hay una... una probabilidad de que afecte a los mortales y a su territorio. Más que eso, no lo sé. Se mueve lentamente, y tu especie está a salvo por ahora. No hemos tenido ningún avance en décadas, la magia parece haberse estabilizado, a pesar de que incluso ha sido debilitada. —El hecho de que incluso hubiera admitido tanto, hablaba mucho acerca de cómo se imaginaba mi futuro: nunca iba a volver a casa, nunca iba a encontrar otro ser humano a quien le pudiera volcar su secreta vulnerabilidad.
- —Una mercenaria me dijo que creía que las hadas estaban pensando en atacar. ¿Está esto relacionado?

Un atisbo de sonrisa, tal vez un poco sorprendido.

- —No lo sé. ¿Hablas a menudo con mercenarios?
- —Hablo con cualquiera que se moleste en decirme algo útil.

Se enderezó, y fue solo su promesa de no matarme que me mantuvo de sentir vergüenza. Entonces movió sus hombros como si estuviera sacudiéndose su molestia.

—¿El aviso de la cuerda que hiciste en tu cuarto fue para mí?

Succioné con mis dientes.

- —¿Puedes culparme si lo fue?
- —Puede que tome forma animal, pero soy civilizado, Feyre.

Así que sí recordaba mi nombre, por lo menos. Pero lo miré señalando sus manos, sus afiladas puntas de navajas en esas largas y curvadas garras empujando a través de su piel bronceada.

Dándose cuenta de mi mirada, colocó sus manos a sus espaldas. Dijo rápidamente:

—Te veré en la cena.

No era una petición, pero aun así le di un asentimiento mientras salía entre los setos, sin importar a dónde me dirigíese, solo que él se quedara muy atrás.



Una enfermedad en sus tierras, afectando su magia, drenándola de ellos... Una maldición mágica que tal vez un día se esparciría al mundo humano. Después de tantos siglos sin magia, estaríamos indefensos ante ella, contra lo que pudiera hacerle a los humanos.

Me preguntaba si alguno de los Altos Fae se molestaría en advertirles a los de mi especie.

No me tomó mucho saber la respuesta.



CAPÍTULO 8

TRADUCIDO POR VALE // CORREGIDO POR BIBLIOTECARIA70

Fingí deambular por los exquisitos jardines silenciosos, marcando mentalmente los caminos y lugares ideales para esconderse si alguna vez los necesitaba. Él me había quitado mis armas, y no era lo suficientemente estúpida como para tener la esperanza de que hubiera un árbol de fresno en algún lugar de la propiedad del cual apropiarme. Pero su tahalí había sido cargado con cuchillos; tenía que haber una armería en algún lugar de la propiedad. Y si no, encontraría otra arma, la robaría si tuviera que hacerlo. Solo por si acaso.

Anoche, tras una inspección, me enteré de que no había una cerradura en mi ventana. Escabullirme y bajar por las vides de las glicinias no sería difícil en absoluto—he escalado suficientes árboles como para no importarme la altura. No es que pensara en escapar, pero... era bueno saberlo, al menos, cómo podría hacerlo si alguna vez estuviera tan desesperada como para correr el riesgo.

No dudé de la reclamación de Tamlin sobre el hecho de que el resto de Prythian era mortal para un ser humano, y si había de hecho, alguna maldición en estas tierras... estaba mejor aquí por el momento.

Pero no sin tratar de encontrar a alguien que pudiera defender mi caso a Tamlin.

Menos Lucien—él puede hacerlo con cualquiera que le hable mal, si es que tienes el coraje de hacerlo, me dijo Alis ayer.

Mordí mis uñas mientras caminaba, teniendo en cuenta todos los planes posibles y trampas. Nunca había sido particularmente buena con las palabras, nunca había aprendido la guerra social a las que mis hermanas y madre habían sido tan adeptas, pero... había sido bastante decente en la venta de pieles en el mercado del pueblo.

Así que tal vez buscaría al emisario de Tamlin, aunque me detestaba. Tenía claramente poco interés de que viviera aquí; había sugerido *matarme*. Tal vez estaría deseoso de enviarme de vuelta, de persuadir a Tamlin de



encontrar alguna otra manera de cumplir con el Tratado. Si había incluso uno.

Me acerqué a un banco en un nicho que florecía con dedalera cuando el sonido de pasos en la grava llenó el aire. Dos pares de ligeros y rápidos pies. Me enderecé, mirando el camino por el que había venido, pero el sendero estaba vacío.

Me quedé en el borde de un campo de desgarbados prados de botones de oro. El vibrante color verde y amarillo del campo estaba desierto. Detrás de mí surgió un retorcido manzano lleno, florecido gloriosamente, los pétalos de sus flores en el banco a la sombra en el que había estado a punto de sentarme. Una brisa pasó por entre las ramas crujiendo, haciendo que una cascada de pétalos blancos se viniera abajo como la nieve.

Recorrí el jardín, el campo, cuidadosamente, muy cuidadosamente observando con atención y escuchando los dos conjuntos de pies.

No había nada en el árbol, o detrás de él.

Una sensación de cosquilleo recorrió mi espina dorsal. Me había pasado suficiente tiempo en el bosque para confiar en mis instintos.

Alguien estaba detrás de mí, tal vez fueran dos. Una aspiración débil y una risita tranquila se emitieron de lejos demasiado cerca. Mi corazón saltó a mi garganta.

Eché una mirada sutil por encima de mi hombro. Pero solo una brillante luz plateada brilló en la esquina de mi visión.

Tenía que dar la vuelta. Tenía que hacerle frente.

La grava crujía, más cerca ahora. El brillo en la esquina de mi ojo se hizo más grande, separándose en dos figuras pequeñas no más arriba de mi cintura. Mis manos se cerraron en puños.

—¡Feyre! —La voz de Alis atravesó el jardín. Salté de mi piel mientras me llamaba de nuevo—. ¡Feyre, el almuerzo! —gritó. Me volví, un grito formándose en mis labios para alertarla que había algo detrás de mí, levantando los puños, por mucho que fuera inútil aquello.



Pero las cosas brillantes habían desaparecido, junto con sus resoplidos y risitas, y me encontré frente a una estatua desgastada de dos corderos alegres. Me froté el cuello.

Alis me llamó de nuevo, y suspiré temblorosamente al regresar a la casa. Pero así como me dirigí a través de los setos, volví sobre mis pasos cuidadosamente de nuevo a la casa, sin poder borrar la rastrera sensación de que alguien todavía me observaba, curioso y con ganas de jugar.



Anoche robé un cuchillo de la cena. Solo para tener algo, *cualquier* cosa, con la cual defenderme.

Resultó que la cena era la única comida a la que estaba invitada, lo cual estaba bien. Tres comidas al día con Tamlin y Lucien habrían sido una tortura. Podía soportar una hora de sentarme en su mesa lujosa si les hacía pensar que era dócil y no tenía planes de cambiar mi destino.

Mientras Lucien le despotricaba a Tamlin sobre el mal funcionamiento del ojo mágico tallado que, en realidad, le permitía ver, deslicé el cuchillo por la manga de mi túnica. Mi corazón latía tan rápido que pensé podían oírlo, pero Lucien siguió hablando, y el enfoque de Tamlin permaneció en su cortesano.

Supuse que debería estar compadeciéndoles por las máscaras que eran obligados a usar, por la maldición que había infectado su magia y a las personas. Pero entre menos me relacionara con ellos, mejor, sobre todo cuando Lucien parecía encontrar todo lo que decía ser hilarantemente humano y sin educación. Hablarle mal no ayudaría con mis planes. Sería una batalla cuesta arriba para ganar a su favor, aunque solo fuera por el hecho de que estuviera viva y su amigo no. Tendría que lidiar con él a solas, o correr el riesgo de levantar sospechas en Tamlin demasiado pronto.

El cabello rojo de Lucien brillaba a la luz del fuego, los colores parpadeando con cada movimiento que hacía, y las joyas de la empuñadura de su espada brillaron—la hoja adornada tan diferente del tahalí de cuchillos todavía atado sobre el pecho de Tamlin. Pero no había nadie aquí contra el que usar una espada. Y aunque la espada estaba incrustada con joyas y filigrana, era lo suficientemente grande como para ser algo más que



de decoración. Tal vez tenía algo que ver con esas cosas invisibles en el jardín. Tal vez había perdido su ojo y ganado esa cicatriz en la batalla. Luché contra un estremecimiento.

Alis había dicho que la casa estaba a salvo, pero me advirtió que mantuviera mi ingenio para mí. Lo que podría estar al acecho más allá de la casa, ¿podría ser capaz de usar mis sentidos humanos contra mí? ¿Hasta dónde llegaría la orden de Tamlin de no lastimarme? ¿Qué tipo de autoridad sostenía?

Lucien se detuvo, y lo encontré sonriéndome, haciendo la cicatriz aún más brutal.

- —¿Estabas admirando mi espada, o simplemente contemplando matarme, Feyre?
- —Por supuesto que no —le dije en voz baja, y miré a Tamlin. Las motas de oro en sus ojos brillaban, incluso desde el otro extremo de la mesa. Mi corazón latía al galope. De alguna manera me había oído *tomar* el cuchillo, ¿el susurro de metal en la madera? Me obligué a mirar de nuevo a Lucien.

Su perezosa sonrisa viciosa todavía estaba allí. Actuar civilizadamente, comportarme, posiblemente ganármelo para que estuviera de mi lado... podía hacer eso.

Tamlin rompió el silencio.

- —A Feyre le gusta cazar.
- —No me *gusta* cazar. —Probablemente debería haber utilizado un tono más amable, pero seguí—. Cacé por necesidad. ¿Y cómo lo sabes?

La mirada de Tamlin era franca, evaluadora.

—¿Por qué más estabas en el bosque ese día? Tenías un arco y flechas en tu... casa —Me pregunté si estaba a punto de decir *cuchitril*—. Cuando vi las manos de tu padre, sabía que no era él el que hacía uso de ellas. —Hizo un gesto a mis manos callosas y con cicatrices—. Le dijiste acerca de las raciones y el dinero que se hace al vender pieles. Las hadas pueden ser muchas cosas, pero no somos estúpidos. A menos lo que sus ridículas leyendas afirman sobre nosotros.



Ridículas, insignificantes.

Me quedé mirando las migajas de pan y de los remolinos del resto de la salsa en mi plato de oro. Si hubiera estado en casa, hubiera lamido mi plato hasta limpiarlo, desesperada por cualquier alimento extra. Y los platos... Podría haber comprado un equipo de caballos, un arado y un campo con solo uno de ellos. Desagradable.

Lucien se aclaró la garganta.

- —De todas formas, ¿cuántos años tienes?
- —Diecinueve. —Agradable, civilizada...

Lucien chasqueó la lengua.

—Tan joven, y tan peligrosa. Y ya una asesina experta.

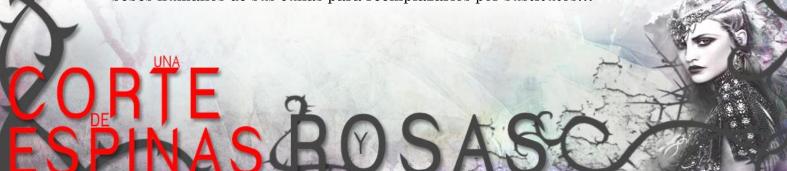
Apreté mis manos en puños, el metal del cuchillo ahora caliente contra mi piel. Dócil, nada amenazante, mansa... le había hecho a mi madre una promesa, y la mantendría. Tamlin cuidando de mi familia no era lo mismo si yo estuviera cuidando de ellos. Ese pequeño sueño salvaje todavía podía llegar a pasar: mis hermanas cómodamente en matrimonio, y una vida con mi padre, con suficiente comida para nosotros dos y tiempo suficiente para pintar tal vez un poco o tal vez para aprender lo que *yo* quisiera. Todavía podría ocurrir en una tierra lejana, quizás, si alguna vez salía de este trato. Todavía podía aferrarme a ese trozo de sueño, aunque éstos Altos Fae probablemente se reirían de lo *típicamente humano* que era pensar en algo tan pequeño, desear así de poco.

Sin embargo, cualquier trozo de información podría ayudar, y si mostraba interés en ellos, tal vez me calentarían. ¿Qué era esto, sino otra trampa en el bosque? Así que dije:

—¿Así que esto es lo que hacen con su vida? ¿Conseguir humanos con el Trato y tener buenas comidas? —Di una mirada afilada hacia el tahalí de Tamlin, las ropas de guerreros, y la espada de Lucien.

Lucien sonrió.

—También bailamos con los espíritus bajo la luna llena y arrebatamos bebés humanos de sus cunas para reemplazarlos por sustitutos...



—No... —interrumpió Tamlin, su profunda voz sorprendentemente suave—...;no te contó tu madre algo sobre nosotros?

Pinché la mesa con mi dedo índice, hundiendo mis uñas cortas en la madera.

—Mi madre no tenía tiempo para contarme historias. —Por lo menos podía revelar esa parte de mi pasado.

Lucien, por una vez, no se rió. Después de una pausa más bien pomposa, Tamlin preguntó:

—¿Cómo murió? —Cuando levanté mis cejas, agregó un poco más suavemente—: No he visto signos de una mujer mayor en tu casa.

Depredador o no, no necesitaba su compasión. Pero dije:

- —De tifus. Cuando tenía ocho años. —Me levanté de mi asiento para irme.
- —Feyre —dijo Tamlin, y me volví a medias. Un músculo sobresalió en su mejilla.

Lucien miró entre nosotros, ese ojo de metal tintineante, pero se mantuvo en silencio. Entonces Tamlin negó, un movimiento más animal que otra cosa, y murmuró:

—Lo siento por tu pérdida.

Traté de evitar hacer una mueca cuando me volví sobre mis talones y me fui. No quería o necesitaba sus condolencias, no por mi madre, no cuando no la había extrañado en años. Dejé que Tamlin me despidiera como una grosera e inculta humana que no valía la pena su cuidadosa vigilancia.

Mejor persuadía a Lucien a hablar con Tamlin en mi nombre, y pronto, antes de que cualquiera de los que habían mencionado aparecieran, o su maldición creciera. *Mañana*—hablaría con Lucien entonces, lo probaría un poco.

En mi habitación, me encontré con una pequeña bolsa en el armario y la llené con un juego adicional de ropa, junto con mi cuchillo robado. Era una hoja lamentable, pero un pedazo de cubierto era mejor que nada. Solo



en caso de que nunca se me permitiera ir, y tuviera que abandonar en cualquier momento.

Solo por si acaso.



CAPÍTULO 9

TRADUCIDO POR MANATI5B & RINCONE // CORREGIDO POR STTEFANYE & PAUPER

La mañana siguiente, mientras Alis y las otras sirvientas preparaban mi baño, yo contemplaba mi plan. Tamlin había mencionado que él y Lucien tenían diferentes deberes, y aparte de encontrarme con él ayer en la casa, no había visto a ninguno de ellos alrededor. Entonces, localizar a Lucien, a solas, sería lo primero de mi lista.

Una pregunta informal arrojada en dirección a Alis, reveló que ella creía que Lucien estaría patrullando el día de hoy en la frontera, y que estaría en los establos preparándose para salir.

Estaba a mitad de camino por los jardines, corriendo hacia los edificios que había estado divisando un día antes, cuando Tamlin dijo detrás de mí:

-¿Sin cuerdas de aviso el día de hoy?

Me congelé a mitad de paso, y miré sobre mi hombro. Él estaba parado a pocos metros de distancia.

¿Cómo se había deslizado tan silenciosamente sobre la grava? Sigilo de hadas, sin duda. Me obligué a calmar mis venas y mi cabeza. Tan cortésmente como pude, dije:

—Mencionaste que estaba segura aquí. Así que escuché.

Sus ojos se estrecharon ligeramente, pero hizo lo que supuse fue un intento de una sonrisa agradable.

—Mi trabajo de esta mañana fue pospuesto —dijo. De hecho, su túnica usual estaba ausente, sin el tahalí, y las mangas de su camisa blanca estaban enrolladas hasta los codos, revelando sus bronceados antebrazos con músculos—. Si quieres un paseo por los terrenos, si estás interesada por tu nueva… residencia, puedo llevarte.



Otra vez el esfuerzo por ser servicial, incluso cuando cada palabra parecía dolerle. Tal vez podría ser eventualmente influenciado por Lucien. Y mientras tanto... ¿Con cuánto podría salirme con la mía, si él iba a tales extremos para hacer que su gente jurara no lastimarme, para protegerme del Tratado? Sonreí con suavidad, y dije:

—Creo que prefiero pasar el día sola. Pero gracias por la oferta.

Se puso tenso.

—Qué hay de...

—No, gracias —interrumpí, maravillándome un poco de mi propia audacia. Pero tenía que atrapar a Lucien solo, encontrarlo afuera. Puede que ya se hubiese ido.

Tamlin apretó sus manos en puños, como si estuviera luchando contra las garras luchando por salir. Pero no me reprendió, no hizo otra cosa que vagar de regreso a la casa sin decir nada más.

Muy pronto, si tenía suerte, Tamlin no sería más un problema. Me apresuré hacia los establos, alejando la información. Tal vez algún día, si alguna vez era liberada, si había un océano y años entre nosotros, podría pensar e imaginar por qué se había molestado.

Traté de no verme demasiado ansiosa, demasiado sin aliento cuando finalmente alcancé los bonitos y pintados establos. No me sorprendió que los mozos de cuadra usaran máscaras de caballos. Sentí una pizca de lástima por ellos, por lo que la maldición había hecho, la ridícula máscara que ahora tenían que usar hasta que alguien pudiera descubrir cómo deshacer la magia que las ataba a sus rostros. Pero ninguno de los mozos de cuadra siquiera me miró, ya sea porque no valía la pena, o porque también estaban resentidos conmigo por la muerte de Andras. No los culpaba.

Cualquier intento de casualidad dio un traspié cuando finalmente encontré a Lucien, en el lomo de un caballo negro, sonriéndome con sus blancos dientes.

—Buenos días, Feyre. —Traté de ocultar la rigidez de mis hombros, tratando de sonreír un poco—. ¿Vas de paseo, o simplemente reconsiderando la oferta de Tamlin de vivir con nosotros? —Traté de recordar las palaras que habían llegado con anterioridad, las palabras ganarle, pero él rió y no gratamente—. Ven ahora. Hoy voy a patrullar los bosques del sur, y tengo



curiosidad acerca de... las *habilidades* que usaste para derribar a mi amigo, fuese un accidente o no. Ha pasado un tiempo desde que encontré a un humano, y mucho menos a un asesino de hadas. Acompáñame en una caza.

Perfecto... Al menos esa parte había salido bien, incluso si sonaba tan adorable como enfrentarse a un oso es su guarida. Así que me hice a un lado para dejar pasar al mozo de cuadra. Se movía con fluida suavidad, como todos aquí. Y tampoco me miró, no había indicios de lo que pensaba de tener a un *asesino de hadas* en su establo.

Pero mi tipo de caza no podía ser hecha a caballo. La mía consistía en acechar con cuidado, con agujeros bien hechos y trampas. No sabía cómo dar caza encima de un caballo. Lucien le aceptó un carcaj de flechas al mozo de cuadra que regresaba con un asentimiento de gracias. Lucien sonrió de una manera que no presentaba ese ojo de metal, o el castaño rojizo.

—Desafortunadamente, hoy no hay flechas de fresno.

Apreté mi mandíbula para contener una réplica que se deslizaba por mi lengua. Si se le prohibió herirme, no podía entender por qué quería invitarme, salvo que fuera para burlarse de mí, de cualquier manera que pudiera. A lo mejor de verdad era así de aburrido. Mejor para mí.

Así que me encogí de hombros, viéndome tan aburrida como podía.

- —Bueno... Supongo que ya estoy vestida para una cacería.
- —Perfecto —dijo Lucien, su ojo de metal brillando con la luz del sol a través de las puertas abiertas. Oré para que Tamlin no viniera andando a través de ellas... Oré para que no decidiera dar un paseo por su cuenta y nos atrapara aquí.
- —Entonces vamos —dije, y Lucien les señaló que me prepararan un caballo. Me apoyé en la pared de madera mientras esperaba, manteniendo un ojo en la puerta en busca de signos de Tamlin, y le ofrecí a Lucien mis propios comentarios insulsos sobre el clima.

Por suerte, pronto estuve a horcajadas sobre una yegua blanca, montando con Lucien a través de la primaveral cubierta del bosque más allá del jardín. Mantuve una sana distancia de la hada con máscara de zorro por el camino amplio, esperando que el ojo no pudiera ver por la parte de atrás de su cabeza.



Ese pensamiento no cayó bien, y lo deseché junto a la parte que se maravillaba con la manera en la que el sol iluminaba las hojas y los racimos de azafranes que crecían como destellos de púrpura brillante contra el marrón y verde. Esas no eran necesarias para mis planes, detalles inútiles que solo bloqueaban todo lo demás: la forma y la pendiente del camino, qué árboles eran buenos para trepar, la fuente de los sonidos de agua cercana. Esas cosas podían ayudarme a sobrevivir si alguna vez lo necesitaba. Pero como el resto de los terrenos, el bosque estaba completamente vacío. No había signos de hadas, o de cualquier Alto Fae paseando. Mucho mejor.

—Bueno, ciertamente tienes la parte *tranquila* de la caza —dijo Lucien, cabalgando de nuevo a mi lado. Bien, déjenlo venir a mí, mejor que verme muy ansiosa, demasiado amigable.

Ajusté el peso de la correa de la aljaba en mi pecho, y luego pasé un dedo suavemente por la curva del arco de tejo en mi regazo. El arco era más grande de la que usaba en casa, las flechas más pesadas, y las cabezas más gruesas. Probablemente perdería cualquier objetivo que encontrara hasta que me ajustara al peso y al balance del arco.

Cinco años atrás, había tomado las últimas monedas de mi padre de nuestra antigua fortuna para comprar arcos y flechas. Había asignado una pequeña suma cada mes para flechas y cadenas de reemplazo.

—¿Y bien? —insistió Lucien—. ¿No hay juego suficientemente bueno para ti que el sacrificio? Hemos pasado un montón de ardillas y pájaros. — El follaje de encima arrojaba sombras sobre su máscara de zorro; claro, oscuro y reluciente metal.

—Pareces tener suficiente comida en tu mesa como para que necesites que le agregue más, especialmente cuando hay tanto de sobra. —Dudaba que una ardilla fuera suficientemente buena en su mesa.

Lucien resopló, pero no dijo nada más mientras pasábamos por debajo de lilas floreciendo, sus conos púrpuras cayendo lo suficiente bajo para acariciar mi mejilla como terciopelos y fríos dedos. El dulce aroma quedó en mi nariz incluso mientras montábamos. *No es útil*, me dije a mí misma. Aunque... El grueso matorral más allá sería un buen escondite, si necesitaba uno.



—Dijiste que eras un emisario de Tamlin —me aventuré—. ¿Los emisarios generalmente patrullan las tierras? —Una casual y desinteresada pregunta.

Lucien chasqueó la lengua.

—Soy el emisario de Tamlin para usos formales, pero esto era trabajo de Andras. Alguien tenía que ocupar su lugar. Es un honor hacerlo.

Tragué saliva. Andras tenía un lugar aquí, y *amigos*—él no era solo una desconocida hada sin nombre. No había duda de que él era más extrañado de lo que lo era yo.

—Yo... lo siento —dije, y lo decía en serio—. No sabía que... lo que significaba para ustedes.

Lucien se encogió de hombros.

- —Tamlin dijo mucho, lo que es sin duda por lo que te trajo aquí. O tal vez te viste tan patética en esos trapos que sintió lástima por ti.
- —No me habría unido a ti de saber que este paseo era una excusa para insultarme. —Alis había mencionado que Lucien podía usar a alguien para hablarle mal. Bastante fácil.

Lucien sonrió.

—Mis disculpas, Feyre.

Podría haberlo llamado mentiroso por esa disculpa, sin saber que no podía mentir. Lo que hacía que la disculpa fuera... ¿sincera? No podía saberlo.

—Así que —dijo—. ¿Cuándo vas a empezar a tratar de persuadirme para que le suplique a Tamlin de que encuentre una manera de liberarte de las reglas del Tratado?

Traté de no impactarme.

—¿Qué?

—Es por eso que aceptaste venir aquí, ¿no? ¿Por qué apareciste en los establos exactamente cuando me estaba marchando? —Me dirigió una



mirada de reojo con ese ojo rojizo—. Honestamente, estoy impresionado, y halagado de que pienses que tengo esa clase de influencia en Tamlin.

No revelaría mi mano, no todavía.

—¿De qué estás hablando?

Su asentimiento fue respuesta suficiente. Él se rió, y dijo:

- —Antes de que desperdicies uno de tus preciosos alientos humanos, déjame explicarte dos cosas. Una: si de mí dependiera, tú ya te habrías ido, así no tomaría mucho convencerte de tu parte. Dos: no puede ser a mi manera, porque no hay opciones en cuanto a la demandas del Tratado. No hay tecnicismos.
 - -Pero... pero tiene que haber algo.
- —Admiro tus pelotas, Feyre... De verdad que lo hago. O tal vez sea estupidez. Pero ya que Tam no te destripará, lo cual era *mi* primera opción, estás atrapada aquí. A menos que quieras pasar apuros por tu cuenta en Prythian, lo cual... —Me miró de arriba abajo—, no te recomiendo.
- No... No, no podía sólo... sólo *quedarme aquí*. Para siempre. Hasta que muriera. Tal vez... tal vez había alguna otra manera, o alguien más que pudiera encontrar una salida. Dominé mi irregular respiración, empujando lejos los balantes pensamientos de pánico.
 - —Un valiente esfuerzo —dijo Lucien con una sonrisa satisfecha.

No me molesté en esconder la mirada que lancé en su dirección.

Cabalgamos en silencio, y a parte de algunos pocos pájaros y ardillas, no vi nada, ni escuché nada inusual. Después de unos pocos minutos, había calmado mis alborotados pensamientos lo suficiente para decir:

- —¿Dónde está el resto de la corte de Tamlin? ¿Todos ellos huyeron de la maldición sobre la magia?
- —¿Cómo sabes acerca de la corte? —preguntó tan rápido que me di cuenta que pensaba que me refería a otra cosa.

Mantuve mi cara en blanco.



—¿Es normal que los estados tengan emisarios? Y los sirvientes parlotean. ¿No es eso el por qué los hiciste usar máscaras de pájaro para esa fiesta?

Lucien frunció el ceño, esa cicatriz extendiéndose.

- —Cada uno escoge qué vestir esa noche para honrar los dones cambiaformas de Tamlin. También los sirvientes. Pero ahora, si tuviéramos la opción, las pelaríamos con nuestras manos desnudas —dijo él, tirando de de la suya. No se movió.
 - —¿Qué le pasó a la magia para que actuara de esa manera?

Lucien dejó salir una áspera carcajada.

—Algo fue enviado desde los agujeros de mierda del Infierno —dijo él, luego miró a su alrededor y juró—. No debí haber dicho eso. Si las palabras van a ella...

-¿Quién?

El color se había escapado de su piel bronceada. Él arrastró una mano a través de su cabello.

—No importa. Entre menos sepas, mejor. Puede que Tam no haya encontrado muy problemático decirte acerca de la maldición, pero yo no se lo diría a un humando para que vendiera la información al mejor postor.

Me ericé, pero los pocos pedazos de información que había soltado yacían en mí como relucientes joyas. Una *ella* quien asustaba a Lucien lo suficiente para hacerlo preocupar, para hacerlo temer que alguien pudiera estar escuchando, espiando, monitoreando su comportamiento. Incluso aquí afuera. Estudié las sombras entre los árboles pero no encontré nada.

Prythian estaba gobernada por siete Grandes Señores, quizás ésta *ella* era quien gobernaba este territorio; si no era un Gran Señor, entonces una Gran Dama. Si eso era siquiera posible.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté, esperando que siguiera divulgando algo más de información adicional. Era mejor que no saber nada.

—Viejo —dijo. Escaneó la maleza, pero tuve el sentimiento que sus ojos como dardos no buscaban juego. Sus hombros estaban muy tensos.



—¿Qué clase de poderes tienes? ¿Puedes cambiar de forma así como Tamlin?

Él suspiró, mirando hacia el cielo antes de estudiarme cautelosamente, ese ojo de metal estrechándose con enervante concentración.

- —Tratando de averiguar mis debilidades para que así puedas... —Lo fulminé con la mirada—. Bien. No, no puedo cambiar de forma. Sólo Tampuede.
- —Pero tu amigo... él apareció como un lobo. A menos que eso fuera su...
- —No, no. Andras también era Alto Fae. Tam puede cambiarnos en otras formas si es necesario. Sin embargo, él lo guarda sólo para sus centinelas. Cuando Andras pasó a través del muro, Tam lo transformó en un lobo para que no fuera visto como un hada. Aunque su tamaño fuera probablemente indicación suficiente.

Un estremecimiento recorrió mi columna, suficientemente violento que no reconocí la mirada resplandeciente que Lucien lanzó en mi dirección. No tuve el descaro de preguntar si Tamlin podría cambiarme en otra forma.

—De todos modos —continuó Lucien—, el Alto Fae no tiene *poderes* específicos de la manera en que las hadas menores los tienen. No tengo una afinidad natural de nacimiento, si eso es lo que preguntas. No limpio todo a la vista, o cebo mortales a una muerte acuosa, o concedo respuestas a cualesquiera que sean las preguntas que pudieras tener si me atrapas. Nosotros sólo existimos... para gobernar.

Me volví en la otra dirección, así él no pudo ver cuando rodé los ojos.

—Supongo que si fuera uno de ustedes, sería una de las hadas, ¿no un Alto Fae? ¿Una hada menor como Alis, esperando por tus manos y pies? —Él no respondió, lo que significaba un sí. Con esa arrogancia, no cabía duda que Lucien encontraba mi presencia como un reemplazo para su amigo de ser aborrecible. Y dado que él probablemente me detestaría por siempre, y dado que había terminado mi intriga incluso antes de que hubiera comenzado, pregunté—. ¿Cómo conseguiste esa cicatriz?

—No mantuve mi boca cerrada cuando debía, y fui castigado por ello.

—¿Tamlin te lo hizo?



—Por el Caldero, no. Él no estaba allí. Pero él me consiguió el reemplazo más tarde.

Más respuestas -que-no-eran- respuestas.

- —¿Así que hay hadas quienes en realidad contestarán cualquier pregunta si las atrapas? —Tal vez ellas sabrían cómo liberarme de los términos del Tratado.
- —Sí —dijo fuertemente—. Las Suriel. Pero son viejas y malvadas, y no valen la pena el peligro de salir a buscarlas. Y si eres lo suficientemente estúpida para seguir luciendo tan intrigada, me volveré más bien desconfiado y le diré a Tam que te ponga bajo arresto domiciliario. Aunque supongo que lo merecerías si fueras en efecto tan estúpida como para buscar una.

Entonces tenían que estar al acecho sí él estaba así de preocupado. Lucien azotó su cabeza a la derecha, escuchando, sus ojos zumbando suavemente. El vello en mi nuca se levantó, y tuve mi arco estirado en un latido, apuntando en la dirección en la que Lucien miró.

—Baja tu arco —susurró, su voz baja y áspera—. Baja tu maldito arco, humana, y mira directamente hacia adelante.

Hice lo que me dijo, el vello en mis brazos erizándose cuando algo crujió en la maleza.

—No reacciones —dijo Lucien, forzando su mirada hacia el frente también, el ojo de metal volviéndose silencioso e inmóvil—. No importa lo que sientas o veas, no reacciones. *No mires*. Solo mira fijamente hacia el frente.

Empecé a temblar, sujetando las riendas con mis manos sudorosas. Me hubiera preguntado si ésta era una clase horrible de broma, pero el rostro de Lucien se había vuelto muy, muy pálido. Las orejas de nuestros caballos se aplanaron contra sus cabezas, pero continuaron caminando, como si también hubieran entendido la orden de Lucien.

Y entonces lo sentí.



CAPÍTULO 10

TRADUCIDO POR MAE // CORREGIDO POR PAUPER

Mi sangre se congeló cuando un frío rastrero me invadió. No podía ver nada, sólo un vago resplandor en la esquina de mi visión, pero mi caballo se puso rígido debajo de mí. Me obligué a componer inexpresividad en mi rostro. Incluso el agradable bosque de primavera parecía retroceder, marchitándose y congelándose.

El frío susurró al pasar, dando vueltas. No podía ver nada, pero podía *sentirlo*. Y en el fondo de mi mente, una antigua voz hueca susurró:

Moleré tus huesos entre mis garras; beberé tu médula; haré un festín con tu carne. Soy lo que temes; soy lo que tú temes... Mírame. Mírame.

Traté de tragar, pero mi garganta se había cerrado. Mantuve mis ojos en los árboles, en el dosel, en otra cosa que no fuera la masa fría rodeándonos una y otra vez.

Mírame.

Quería ver, tenía qué ver lo que era.

Mírame.

Me quedé mirando el grueso tronco de un olmo distante, pensando en cosas agradables. Como pan caliente y vientres llenos...

Voy a llenar mi vientre contigo. Voy a devorarte. Mírame.

Un estrellado cielo nocturno sin nubes, pacífico, brillante e interminable. La salida del sol de verano. Un refrescante baño en un estanque del bosque. Reuniones con Isaac, perdiéndome por una hora o dos en su cuerpo, en nuestras respiraciones compartidas.

Se encontraba alrededor de nosotros, tan frío que mis dientes castañeteaban. *Mírame*.



Miré y miré por una eternidad a un punto del tronco de árbol, sin atreverme a parpadear. Mis ojos tensos, llenos de lágrimas, y las dejé caer, negándome a reconocer lo que acechaba a nuestro alrededor.

Mírame.

Y justo cuando pensaba que iba a ceder, cuando mis ojos dolían mucho de *no* mirar, el frío desapareció entre la maleza, dejando un rastro de quietud, las plantas retrocedieron detrás de él. Sólo después de que Lucien exhalara y nuestros caballos sacudieran las cabezas, me atreví a derrumbarme en mi asiento. Incluso los azafranes parecían enderezarse de nuevo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, limpiando las lágrimas de mi cara.

El rostro de Lucien seguía pálido.

- —No lo quieres saber.
- —Por favor. ¿Eso era... la Suriel que mencionaste?

Los rojizos ojos de Lucien eran oscuros cuando contestó con voz ronca.

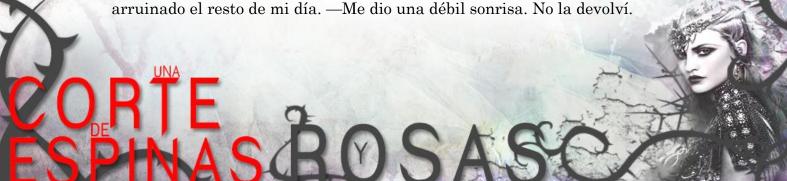
- —No. Era una criatura que no debería estar en estas tierras. Lo llamamos el Bogge. No se puede cazar, y no se puede acabar con él. Incluso con tus amadas flechas de fresno.
 - —¿Por qué no puedo verlo?
- —Porque cuando lo miras, cuando lo reconoces, ahí es cuando se vuelve real. Ahí es cuando te puede matar.

Un escalofrío recorrió mi espalda como una araña. Ésta era la Prythian que esperaba; criaturas que hacían que los humanos hablaran de ellos en voz baja, incluso ahora. La razón por la que no dudé ni por un instante cuando consideré la posibilidad de que el lobo fuera un hada.

-Escuché su voz en mi cabeza. Me decía que lo mirara.

Lucien rodó los hombros.

—Bueno, gracias al Caldero que no lo hiciste. Limpiar ese lío habría arruinado el resto de mi día. —Me dio una débil sonrisa. No la devolví.



Todavía oía la voz del Bogge susurrando entre las hojas, llamándome.

Tras una hora de serpentear a través de los árboles, casi sin hablarnos, había dejado de temblar lo suficiente como para girarme hacia él.

—Así que eres viejo —le dije—. Y llevas una espada a todas partes, y patrullas en la frontera. ¿Luchaste en la guerra? —Bien, tal vez no soltaría mi curiosidad acerca de su ojo.

Hizo una mueca.

- —Mierda, Feyre, no soy tan viejo.
- —¿Sin embargo, eres un guerrero? —¿Serías capaz de matarme si alguna vez llega el caso?

Lucien resopló una carcajada.

- —No tan bueno como Tam, pero sé cómo manejar mis armas. Acarició la empuñadura de su espada—. ¿Quieres que te enseñe cómo manejar una cuchilla, o ya sabes cómo, oh poderosa cazadora mortal? Si derribaste a Andras, es probable que no necesites aprender nada. Sólo dónde apuntar, ¿verdad? —Se dio unos golpecitos en el pecho.
 - —No sé cómo usar una espada. Sólo sé cómo cazar.
 - —La misma cosa, ¿no?
 - —Para mí es diferente.

Lucien se quedó en silencio, considerando.

- —Supongo que los humanos son tan cobardes y odiosos que tendrías que hacer un ovillo con tu cuerpo, y esperar a morir si hubieras sabido sin una duda lo que era realmente Andras. —Insufrible. Lucien suspiró cuando me miró—. ¿Alguna vez dejas de ser *tan* seria y aburrida?
 - —¿Alguna vez dejas de ser un cretino? —espeté.

Muerta, realmente, de verdad, debería haber estado muerta por eso.

Pero Lucien me sonrió.



Al parecer, Alis no se había equivocado.



Cualquier tregua tentativa que construimos esa tarde desapareció en la cena.

Tamlin se recostó en su asiento habitual, una larga garra daba vueltas a su copa. Se detuvo tan pronto como entré, Lucien sobre mis talones. Sus ojos verdes me inmovilizaron en el suelo.

Correcto. Lo ignoré esa mañana, alegando que quería estar sola.

Tamlin lentamente miró a Lucien, cuyo rostro se había convertido en una tumba.

- —Fuimos a cazar —dijo Lucien.
- —Eso escuché —dijo Tamlin más o menos, mirando entre nosotros mientras tomábamos nuestros asientos—. ¿Y se divirtieron? —Poco a poco, su garra se hundió en su carne.

Lucien no contestó, dejándome a mí. Cobarde. Me aclaré la garganta.

- —Algo así —dije.
- —¿Viste algo? —Cada palabra era entrecortada.
- —No. —Lucien me dio una tos insistente, como si me instara a decir más.

Pero no tenía nada que decir. Tamlin me miró fijamente durante un largo rato, y luego metió la mano en su comida, tampoco tan interesado en hablar conmigo.

Entonces Lucien dijo en voz baja:

—Tam.

Tamlin levantó la mirada, más animal que hada en esos ojos verdes. Una demanda a lo que fuera que Lucien tuviera que decir.

La garganta de Lucien se balanceó.



-El Bogge se encontraba hoy en el bosque.

El tenedor en la mano de Tamlin se dobló. Dijo con letal calma:

—¿Te lo encontraste?

Lucien asintió.

—Pasó, pero estuvo cerca. Ha debido de colarse a través de la frontera.

El metal gimió cuando las garras de Tamlin perforaron, destruyendo el tenedor. Se puso de pie con un potente movimiento brutal. Traté de no temblar ante la furia contenida, la forma en que sus caninos parecían alargarse mientras decía:

—¿Qué parte del bosque?

Lucien le dijo. Tamlin lanzó una mirada en mi dirección antes de salir de la habitación y cerró la puerta detrás de él con desconcertante dulzura.

Lucien soltó un suspiro, apartando su comida a medio comer y frotándose las sienes.

- —¿A dónde va? —pregunté, mirando hacia la puerta.
- —A cazar al Bogge.
- —Dijiste que no podía ser asesinado, que no pueden enfrentarlo.
- —Tam puede.

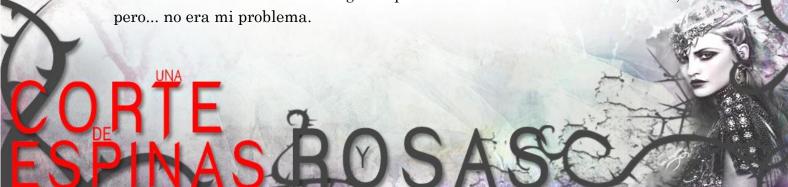
Mi respiración se detuvo un poco. El brusco Alto Fae sin halagador entusiasmo era capaz de matar a una cosa como el Bogge. Y sin embargo, me había servido él mismo la primera noche, me ofreció vida en lugar de muerte. Sabía que era letal, que era un guerrero de esos, pero...

—¿Así que fue a cazar al Bogge a donde estábamos hoy?

Lucien se encogió de hombros.

—Si percibe una pista, dará con ello.

No tenía idea de cómo alguien podría enfrentar ese horror inmortal, pero... no era mi problema.



Y sólo porque Lucien no iba a comer más no significaba que yo no lo haría. Lucien, perdido en sus pensamientos, ni siquiera notó mi festín.

De vuelta a mi habitación, despierta y sin nada más que hacer, comencé a monitorear el jardín buscando cualquier señal del retorno de Tamlin. No regresó.

Afilé el cuchillo que escondí con unas piedras que tomé del jardín. Pasó una hora, y aún Tamlin no regresaba.

La luna mostró su cara, pintando el jardín en plata y sombras.

Ridículo. Absolutamente ridículo esperar su regreso, ver si en verdad podría sobrevivir al Bogge. Me aparté de la ventana, a punto de arrastrarme a la cama.

Pero algo se movió en el jardín.

Me lancé hacia las cortinas al lado de la ventana, sin querer ser atrapada esperando por él, y me asomé.

No era Tamlin, pero alguien acechaba por los setos, frente a la casa. Mirándome.

Un hombre, encorvado, y....

Mi aliento salió mientras el hada se acercaba cojeando, sólo a dos pasos de la luz de la casa.

No era un hada, sino un hombre.

Mi padre.



CAPÍTULO 11

TRADUCIDO POR RINCONE // CORREGIDO POR PAUPER

No me di la oportunidad para retractarme, para dudar, para hacer cualquier cosa que no fuera el desear haber robado un poco de comida en el desayuno, mientras me ponía túnica tras túnica y al final ataba una capa, escondiendo el cuchillo robado dentro de mi bota. La ropa extra en el bolso solamente agregaría peso extra.

Mi padre. Mi padre había venido a llevarme, a salvarme. Cualquier beneficio que Tamlin le hubiera dado con mi partida no debió haber sido muy tentador. Tal vez tenía un barco preparado para llevarnos muy, muy lejos, tal vez de alguna manera vendió nuestra cabaña y recibió el dinero suficiente para asentarnos en un nuevo lugar, un nuevo continente.

Mi padre, mi discapacitado y roto padre, había venido.

Una rápida mirada por el patio fuera de mi ventana me reveló que no había nadie cerca, y el silencio en la casa me dijo que mi padre aún no estaba aquí. Él todavía estaba esperando cerca de los setos, llamando mi atención. Por lo menos Tamlin no había regresado.

Con una última mirada a mi habitación, escuchando que nadie se acercara desde el pasillo, me agarré de la enredadera y comencé a descender por la casa.

Sentí la grava debajo de mis botas, pero mi padre ya estaba moviéndose hacia la puerta de entrada, cojeando un poco sobre su bastón. ¿Cómo había *llegado* aquí? En ese caso debía de haber caballos cerca. Él vestía difícilmente la ropa necesaria para el invierno que nos esperaba al cruzar el muro. Pero lo admiraba tanto que podría darle algunas prendas si las necesitaba.

Manteniendo mis movimientos ligeros y silenciosos, evitando la luz de la luna con mucho cuidado, me apresuré hacia mi padre. Él se movió con sorprendente sigilo hacia los setos y la puerta más cercana.



Sólo unas pocas antorchas estaban encendidas dentro de la casa. No me atrevía a respirar muy fuerte, ni siquiera llamar a mi padre mientras cojeaba hacia la puerta. Si nos íbamos ahora, si él sí traía caballos, estaríamos a mitad de camino a casa cuando se dieran cuenta que me había ido. Habríamos evitado a Tamlin, a la desdicha que pronto podría invadir nuestras tierras.

Mi padre alcanzó la entrada. Ya estaba abierta, el oscuro bosque ya nos estaba llamando. Él debió haber escondido los caballos profundamente en él. Se volvió hacia mí, esa familiar cara demacrada y estirada, esos ojos cafés por primera vez claros, e invitadores. *Apúrate, apúrate*, decía cada movimiento de su mano.

Mi corazón latía acelerado en mi pecho y en mi garganta. Solo unos pocos metros más para él, para mi libertad, para una nueva vida...

Una enorme mano sujetó mi brazo.

—¿Vas a algún lado?

Mierda, mierda, mierda.

Las garras de Tamlin atravesaron todas las capas de tela mientras lo miraba con terror incontrolable.

No me atreví a moverme, no cuando sus labios se fruncieron y los músculos de su mandíbula se tensaron. No cuando su boca se abrió y pude ver sus colmillos largos y degolladores a la luz de la luna.

Él iba a matarme, matarme justo aquí, y después a mi padre. No más tecnicismos, no más cumplidos, no más misericordia. A él ya no le importaba. Ya estaba muerta.

—Por favor —susurré—. Mi padre...

—¿Tu *padre*? —Levantó su mirada hacia la entrada detrás de mí, y su gruñido viajó a través mientras mostraba sus dientes—. ¿Por qué no vuelves a mirar? —Me soltó.

Me tambaleé dando un paso hacia atrás, girando, atorada en mi respiración para decirle a mi padre que *corriera*, pero...



Pero él no estaba ahí. Sólo quedaba un mediocre arco y un carcaj de mediocres flechas recargadas contra la entrada. Montaña de fresno. No habían estado ahí momentos antes, no lo habían estado...

Se sacudieron como si no fueran más que agua, y entonces el arco y el carcaj se convirtieron en un gran paquete lleno de herramientas. Otra sacudida, y eran mis hermanas, sosteniéndose unas a otras, llorando.

Mis rodillas se debilitaron.

- —¿Qué es...? —No terminé la pregunta. Mi padre de nuevo parado ahí, invitándome y encorvado. Una perfecta representación.
- —¿No fuiste advertida en mantener tu ingenio para ti? —gruñó Tamlin—. ¿Que tus instintos humanos te traicionarían? —Dio un paso más allá de mí, y soltó un gruñido tan alto que lo que había estado en la entraba brilló intensamente y salió disparado como un rayo a través de la oscuridad.
- —Tonta —me dijo, volteándose—. Si alguna vez vas a escapar, al menos hazlo a la luz del día. —Me observó, y sus colmillos se escondieron lentamente. Sus garras se quedaron—. Hay peores cosas que el Bogge acechando en este bosque durante la noche. Esa cosa en la entrada no es una de ellas... y aun así se habría tomado un muy largo tiempo devorándote.

De alguna manera, mi boca comenzó a funcionar otra vez. Y de todas las cosas que pude haber dicho, solté:

—¿Puedes culparme? Mi discapacitado padre aparece fuera de mi ventana, ¿y crees que no iré corriendo a él? ¿Realmente pensaste que iba a permanecer aquí felizmente por *siempre*, incluso si tú hubieras cuidado de mi familia, sólo por un Tratado que les permite a los de *tu tipo* matar humanos?

Él flexionó sus dedos como si tratara de guardar sus garras, pero ellas permanecieron afuera, listas para cortar carne y hueso.

- —¿Qué es lo que quieres, Feyre?
- —¡Quiero ir a casa!
- —Exactamente, ¿cuál casa? ¿Prefieres tu miserable vida humana a ésta?



—Hice una promesa —dije, mi respiración atascada—. A mi madre, cuando murió. Prometí que cuidaría de mi familia. Me ocuparía de ellos. Todo lo que he hecho, cada día, cada hora, ha sido por ese juramento. Y sólo porque estaba cazando para *salvar* a mi familia, para poner comida en sus estómagos, me veo obligada a romperla.

El fue hacia la casa, y le di bastante tiempo antes de ir detrás de él. Sus garras lentamente, muy lentamente se escondieron. Ni siquiera me miró cuando dijo:

—No estás rompiendo tu promesa... La estas cumpliendo al permanecer aquí. Tu familia está mejor cuidada ahora que cuando estabas con ellos.

Esos agrietados y descoloridos cuadros dentro de la mansión aparecieron en mi visión. Quizás ellos olvidarían quién los había pintado. Insignificante; eso es lo que todos esos años me habían hecho, tan insignificante como lo era para este Alto Fae. Y ese sueño que había tenido de algún día vivir con mi padre, con suficiente comida, y dinero y pintura... había sido mi sueño, de nadie más.

Froté mi pecho.

—No puedo solamente rendirme ante eso, ante ellos. No importa lo que digas.

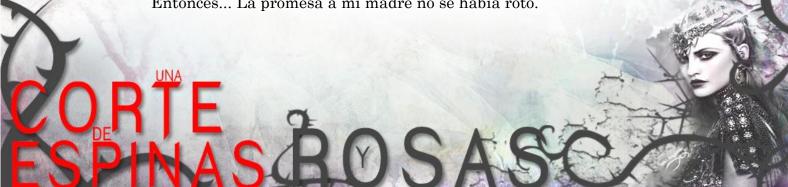
Incluso si había sido una tonta, una estúpida tonta humana por creer que alguna vez mi padre realmente vendría por mí.

Tamlin me miró de reojo.

- —No te estás rindiendo.
- —¿Viviendo entre lujos, llenándome de comida? ¿Cómo es eso...?
- —Ellos están siendo cuidados... están alimentados y cómodos.

Alimentados y cómodos. Si él no podía mentir, si fuera verdad, entonces... entonces eso estaba más allá de nada que me hubiera atrevido a esperar.

Entonces... La promesa a mi madre no se había roto.



Me impactó lo suficiente que no dije nada por un momento mientras caminábamos.

Mi vida ahora pertenecía al Tratado, pero... Tal vez era libre en otro sentido.

Nos acercamos a las amplias escaleras que nos llevarían a la mansión, y por fin pregunté:

- —Lucien patrulla la frontera, y tú has mencionado otros centinelas, pero todavía no he visto a ninguno de ellos aquí. ¿Dónde están?
- —En la frontera —dijo, como si fuera una respuesta adecuada. Luego agregó—. No necesitamos centinelas si yo estoy aquí...

Porque él era mortalmente suficiente. Traté de no pensar en ello, pero aun así pregunte:

- —¿Entonces fuiste entrenado para ser un guerrero?
- —Sí. —Cuando no respondí, agregó—: Pasé la mayoría de mi vida en el equipo de guerra de mi padre en la frontera, entrenándome como guerrero para un día servirle, o a otros. Dirigir estas tierras... no se suponía que me correspondiera. —La manera en que lo dijo me hizo saber lo suficiente sobre la manera en la que se sentía sobre su actual título, sobre por qué la presencia de su lingüístico amigo era necesaria.

Pero era demasiado personal, demasiado demandante preguntar por qué el cambio de su circunstancia. Por lo que aclaré mi garganta y dije:

—¿Qué clase de hadas acechan en los bosques más allá de la entrada, si el Bogge no es el peor de ellos?¿Qué *era* esa cosa?

Aunque lo que realmente quería preguntar era: ¿qué me habría atormentado y después comido? ¿Quién eres tú para ser tan poderoso para que eso no te amenazara?

Se detuvo en el primer escalón, esperando a que lo alcanzara.

—Un puca. Utilizan tus propios deseos para guiarte a un lugar remoto. Entonces pueden comerte. Lentamente. Probablemente olió tu esencia humana en el bosque y te siguió hasta la casa. —Me estremecí y ni siquiera me digné a ocultarlo. Tamlin continuó—. Estas tierras solían estar bien



custodiadas. Las hadas letales eran contenidas dentro de las fronteras de sus territorios nativos, monitoreadas por los Grandes Señores locales, o manteniéndose escondidas. Criaturas como el puca nunca se hubieran atrevido a poner pie aquí. Pero ahora, la enfermedad que infectó a Prythian ha debilitado las barreras que los mantenía afuera. —Hizo una larga pausa, como si las palabras se ahogaran por salir de él—. Las cosas son diferentes ahora. No es seguro viajar solo de noche... especialmente si eres humano.

Porque los humanos eran indefensos como bebés comparados con los depredadores nacidos naturalmente como Lucien y Tamlin, quienes no necesitaban armas para cazar. Miré sus manos y no vi ningún rastro de sus garras. Sólo callosa piel bronceada.

—¿Qué más es diferente ahora? —le pregunté, siguiéndolo hasta los escalones de mármol de enfrente.

Él no se paró esta vez, ni siquiera miró sobre su hombro para verme mientras decía:

-Todo.



Así que realmente tenía que vivir ahí para siempre. Por mucho que tardara en aceptar que las palabras de Tamlin sobre cuidar a mi familia fueran verdaderas, por mucho que dijese que cuidaría mejor a mi familia al permanecer lejos, incluso si realmente estaba cumpliendo la promesa a mi madre al permanecer en Prythian...sin el peso de ese juramento me había quedado hueca y vacía.

En los siguientes tres días, me encontré uniéndome a Lucien con la vieja patrulla de Andras mientras Tamlin acechaba las tierras por el Bogge, sin ser visto por nosotros. Sin el hecho de ser un bastardo ocasionalmente, a Lucien no parecía importarle mi compañía, y él hacía la mayoría de las conversaciones, lo que estaba bien; me dejaba pensar sobre las consecuencias de disparar una sola flecha.

Una flecha. No disparé ninguna durante los tres días que estuvimos en la frontera. Esa mañana había espiado a una coneja roja en una zanja, y apunté por instinto, mi flecha lista para volar justo hacia su ojo, cuando Lucien se burló de que *no* era un hada, al menos. Pero la seguí observando,



gorda y sana, y después aflojé el arco, regresé la flecha al carcaj, y permití a la coneja escapar.

Nunca vi a Tamlin alrededor de la propiedad; salía a cazar día y noche al Bogge, me informó Lucien. Incluso en la cena, hablaba un poco antes de irse temprano a continuar su caza, noche tras noche. No me importaba su ausencia. Era un alivio, en todo caso.

En la tercera noche después de mi encuentro con el puca, apenas me había sentado antes de que Tamlin se levantara, dando una excusa sobre no querer desperdiciar ningún tiempo de caza.

Lucien y yo lo observamos un momento.

Lo único que podía ver en la cara de Lucien era palidez y tensión.

—Te preocupas por él —le dije.

Lucien se hundió en su asiento, totalmente indignado para un Alto Fae.

- —Tamlin se pone... malhumorado.
- —¿No quiere tu ayuda para cazar al Bogge?
- —Prefiere estar solo. Y tener el Bogge en nuestras tierras... No espero que entiendas. Los puca son lo suficientemente insignificante para no molestarlo. Pero incluso si él ignorara al Bogge, estaría dándole vueltas en su cabeza.
 - —¿Y no hay nadie que lo pueda ayudar?
 - —Él probablemente lo castigaría por desobedecer su orden de alejarse.

Una corriente helada me recorrió la columna.

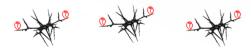
—¿Él sería tan brutal?

Lucien estudió el vino en su copa.

—No sostienes el poder siendo el amigo de todos. Y entre las hadas, menores o Altos Fae, se necesita una mano de acero. Somos muy poderosos, y llenos de inmortalidad como para preocuparnos por otras cosas.



Se veía como una fría y sola posición para encontrarse. Particularmente cuando incluso no la quieres. No estaba segura de por qué me molestaba tanto.



La nieve caía, gruesa y sin misericordia, lista en mis rodillas mientras jalaba el hilo de mi arco hacia atrás más y más lejos, hasta que mi brazo tembló. Detrás de mí, una sombra se escondió; no, se hizo visible. No me atreví a voltear para verla, a observar a quién le pertenecía esa sombra que me observaba, no como el lobo al que espiaba al otro lado del claro.

Sólo observando, como si me esperara, como si me retara a disparar la flecha de fresno.

No... no, no quería hacerlo, no esta vez, no otra vez, no...

Pero no tenía control de mis dedos, absolutamente ninguno, y él seguía observándome mientras disparaba.

Un tiro... un tiro directo a su ojo dorado.

Un chorro de sangre se esparció por la nieve, el sonido de un cuerpo pesado, una señal de viento. No.

No era un lobo lo que había golpeado el suelo, no, era un hombre, alto y en buena forma.

No... no un hombre. Un Alto Fae con sus orejas puntiagudas.

Pestañeé, y después... después mis manos estaban calientes y llenas de sangre, después su cuerpo estaba rojo y sin piel, congelándose en el frío, y era su piel... su piel...la que sostenía en mis manos, y...



Me obligué a despertar, sudor escurriendo por mi espalda, y forzándome a respirar, a abrir mis ojos y notar todos los detalles de la oscura habitación. Real... esto era real.



Pero todavía podía ver a ese masculino Alto Fae boca abajo en la nieve, mi flecha a través de su ojo, rojo y sangriento por todo lo que había cortado y despellejado.

La bilis estaba subiendo por mi garganta.

No era real. Sólo un sueño. Incluso con lo que le había hecho a Andras, aunque fuera como un lobo, era... era...

Me tapé la cara. Tal vez era el silencio, el vacío de los últimos días... tal vez sólo era que ya no tenía que pensar hora tras hora cómo mantener a mi familia con vida, pero... era arrepentimiento, y probablemente pena lo que cubría mi lengua, mis huesos.

Me sacudí como si eso fuera a quitármelo, y empujé las sábanas para levantarme de la cama.



CAPÍTULO 12

TRADUCIDO POR EGLASI // CORREGIDO POR STTEFANYE

No podía sacudirme completamente el horror, lo espantoso de mi sueño mientras caminaba por los oscuros pasillos de la mansión, los sirvientes y Lucien ya tenían tiempo dormidos. Pero tenía que hacer algo, *cualquier cosa*, después de esa pesadilla. Aunque sólo fuera para evitar dormir. Un pedazo de papel en una mano y una pluma en la otra, avancé cuidadosamente, tomando nota de las ventanas, puertas y salidas, ocasionalmente anotando dibujos vagos y unas "X" en el pergamino.

Es lo mejor que podía hacer, y para cualquier humano alfabetizado, mis marcas podrían no tener sentido. Pero no podía escribir o leer más que letras básicas, y mi improvisado mapa era mejor que nada. Si tenía que permanecer allí era esencial conocer los lugares ocultos, la forma más fácil de salir si las cosas se ponían feas. No podía simplemente dejar ir mi instinto.

Estaba demasiado oscuro para admirar cualquiera de las pinturas revistiendo las paredes, y no me atrevía a arriesgarme con una vela. Estos tres días pasados había habido sirvientes en los pasillos cuando tuve el valor suficiente para admirar el arte, y la parte de mí que hablaba con la voz de Nesta se reía ante la idea de un humano ignorante tratando de admirar el arte de las hadas. *Entonces en otra ocasión*, me dije a mí misma. Encontraría otro día, en un horario tranquilo cuando nadie estuviera alrededor para mirarlos. Tenía un montón de horas ahora—suficiente tiempo completo frente a mí. Quizás... quizás descubriría lo que deseaba hacer con él.

Me arrastré por la escalera principal, la luz de la luna inundando el azulejo blanco y negro de la entrada del pasillo. Busqué el botón, mis pies desnudos y silenciosos sobre el frío azulejo, y escuchando. Nada, nadie.

Coloqué mi pequeño mapa sobre la mesa del vestíbulo y dibujé algunas "X" y círculos para especificar las puertas, las ventanas y las sillas de mármol del pasillo del frente. Me familiaricé tanto con la casa que podía navegar en ella incluso si alguien me cegaba.



Una brisa anunció su llegada, y me aparté de la mesa hacia el largo pasillo, a las puertas de cristal del jardín.

Había olvidado lo grande que era su figura, había olvidado los cuernos curvados y el rostro lupino, el cuerpo de oso que se movía con una fluidez felina. Sus ojos verdes brillaban en la oscuridad, enfocándose en mí, y mientras las puertas se cerraban ligeramente detrás de él, el chasquido de las garras sobre el mármol llenó el pasillo. Aun así permanecí ahí sin atreverme a retroceder o a mover un músculo.

Cojeaba ligeramente. Y a la luz de la luna, en la oscuridad, manchas brillantes eran dejadas a su paso.

Continuó hasta llegar a mí, robando el aire de todo el pasillo. Era tan grande que el espacio se sentía estrecho, como una jaula. El roce de la garra, el jadeo de una respiración irregular, el goteo de sangre.

Entre un paso y otro, cambió de forma, y cerré mis ojos por el cegador destello. Cuando mis ojos se adaptaron para regresar a la oscuridad, él estaba frente a mí.

Permanecía, pero sin estar ahí. Sin señal del tahalí o sus cuchillos. Su ropa estaba hecha de largos jirones y atroces cortadas que me hicieron preguntar cómo era que no estaba destripado y muerto. Pero su musculosa piel que se veía bajo su camisa estaba suave y a salvo.

- —¿Mataste al Bogge? —Mi voz era poco más que un suspiro.
- —Sí. —Una apagada y vacía respuesta. Como si no pudiera molestarse en recordar ser amable. Como si yo estuviera muy, muy en el fondo de una larga lista de prioridades.
 - -Estás herido -dije aún más suavemente.

En efecto, su mano estaba cubierta de sangre, salpicando aún más el suelo. La observó con la mirada vacía, como si le tomara un monumental esfuerzo recordar que incluso tenía una mano y que estaba herida. ¿Qué esfuerzo de voluntad y fuerza tenía que tomar para matar al Bogge, para enfrentar esa miserable amenaza? ¿Qué tan profundo tenía que empujarse para cualquier poder inmortal y animal que vivía ahí, y matarlo?

Bajó su mirada al mapa sobre la mesa y su voz fue vacía, sin emoción, sin ira o diversión, mientras decía:



—¿Qué es eso?

Agarré el mapa.

-Pensé que debería aprender mi entorno.

Goteo, goteo, goteo.

Abrí la boca para señalar otra vez su mano, pero dijo:

—No puedes escribir, ¿verdad?

No respondí. No sabía qué decir. Ignorante, insignificante humano.

—No me extraña que llegaras a ser tan hábil para otras cosas.

Supuse que se estaba alejando de pensar acerca de su encuentro con el Bogge que no se dio cuenta del cumplido que me dio. Si es que era un cumplido.

Otra salpicadura de sangre sobre el mármol.

—¿Dónde podemos limpiar tu mano?

Levantó su cabeza para mirarme otra vez. Calmado, silencioso y cansado. Luego dijo:

—Hay una pequeña enfermería.

Quería decirme a mí misma que probablemente era la cosa más útil que había aprendido toda la noche. Pero mientras lo seguía hasta ahí, esquivando la sangre que derramaba, pensé en lo que Lucien me dijo acerca de su soledad, de esa carga, pensé en lo que Tamlin había mencionado sobre cómo esas propiedades no deberían ser suyas, y sentí... pena por él.



La enfermería estaba bien abastecida, pero era más un armario de suministros con una mesa de trabajo que un verdadero lugar para albergar hadas heridas. Supuse que eso era todo lo que necesitaban cuando podían sanarse a sí mismos con sus poderes inmortales. Pero ésta herida... ésta herida no había sanado.



Tamlin se desplomó contra el borde de la mesa, agarrando su mano herida de la muñeca mientras me miraba ordenar los suministros de los armarios y cajones. Cuando reuní lo que necesitaba, traté de no resistirme a la idea de tocarlo, pero... no dejé que mi temor me ganara mientras tomaba su mano, el calor de su piel como un infierno contra mis fríos dedos.

Limpié su sangre, su mano sucia, preparándome para el primer destello de esas garras. Pero sus garras permanecieron replegadas, y se mantuvo en silencio mientras inmovilizaba y envolvía su mano, sorprendentemente, no había más que unos pocos cortes de los cuales ninguno requería puntos.

Aseguré el vendaje en su lugar y retrocedí, llevando el tazón con el agua ensangrentada a la profunda tarja que había en la parte trasera de la habitación. Sus ojos estaban enfocados en mí mientras terminaba de limpiar, y la habitación se volvió muy pequeña, muy caliente. Había matado al Bogge y se había alejado relativamente ileso. Si Tamlin era así de poderoso, entonces los Grandes Señores de Prythian debían ser casi-dioses. Cada instinto mortal en mi cuerpo gimió en pánico ante el pensamiento.

Casi estaba en la puerta abierta, sofocando la urgencia de retirarme y regresar a mi habitación, cuando dijo:

—No puedes escribir y aun así aprendiste a cazar para sobrevivir. ¿Cómo?

Me detuve con un pie sobre el umbral.

—Eso es lo que pasa cuando eres responsable de otras vidas a parte de la tuya, ¿no es así? Haces lo que tienes que hacer.

Él seguía sentado sobre la mesa, todavía sobre esa línea interna entre el aquí y el ahora y a donde quiera que tuvo que ir en su mente para soportar la pelea con el Bogge. Me encontré con su salvaje y brillante mirada.

—No eres lo que esperaba... para un humano —dijo.

No respondí. Y él no dijo adiós mientras salía.





A la mañana siguiente, mientras bajaba por las grandes escaleras, traté de no pensar demasiado en el limpio azulejo de mármol del suelo de abajo, sin señal de la sangre que perdió Tamlin. En realidad, traté de no pensar demasiado en nuestro encuentro.

Cuando encontré el vestíbulo principal vacío, casi sonreí, sentí un revoloteo en ese hueco vacío que había estado acosándome. Quizás ahora, quizá en ese momento de silencio, podía al menos mirar el arte sobre las paredes, tomarme el tiempo para observarlo, aprenderlo, admirarlo.

Mi corazón se aceleró ante ese pensamiento, estaba a punto de dirigirme hacia el pasillo que había notado que estaba casi cubierto de pinturas cuando unas bajas voces masculinas salieron del comedor.

Me detuve. Las voces eran lo suficientemente tensas por lo que avancé en silencio mientras me deslizaba en las sombras que estaban detrás de la puerta abierta. Una cobardía, una cosa horrible de hacer, pero lo que ellos estaban diciendo me hacía dejar de lado cualquier culpa.

- —Sólo quiero saber qué es lo que crees que estás haciendo. —Era Lucien, ese familiar revestimiento de perezosa crueldad en cada palabra.
- -iQué estás haciendo $t\acute{u}$? —gruñó Tamlin. A través del espacio entre la bisagra y la puerta, pude vislumbrar a ambos estando casi cara a cara. En la mano no vendada de Tamlin, sus garras brillaban a la luz del día.
- —¿Yo? —Lucien puso una mano sobre su pecho—. Por el Caldero, Tam... no hay mucho tiempo y tú sólo estás de mal humor y ceñudo. Ni siquiera estás tratando de fingir más.

Mis cejas se levantaron. Tamlin se alejó pero se dio la vuelta un momento después, sus dientes al descubierto.

- —Fue un error desde el principio. No puedo soportarlo, no después de lo que mi padre le hizo a su especie, a sus tierras. No quiero seguir sus pasos... no quiero ser ese tipo de persona. Así que *retírate*.
- —¿Retirarme? ¿Me retiro mientras tú sellas nuestros destinos y arruinas todo? Si me quedé contigo fuera de toda esperanza, no fue para



verte tropezar. Para alguien con un corazón de piedra, el tuyo está ciertamente muy suave estos días. El Bogge estaba en nuestras tierras... ¡el Bogge, Tamlin! Las fronteras entre las cortes han desaparecido, e incluso nuestros bosques están llenos con porquería como el puca. ¿Vas a empezar a vivir ahí fuera, sacrificando cada pedazo de alimaña que se escabulla?

—Cuida tu boca —dijo Tamlin.

Lucien caminó hacia él, exponiendo muy bien sus dientes. Una especie de pulsación de aire me golpeó en el estómago, y un hedor metálico llenó mi nariz. Pero no podía *ver* ningún tipo de magia, sólo olerla. No podía decir si eso lo hacía peor.

—No me presiones, Lucien. —El tono de Tamlin se volvió peligrosamente tranquilo, y el vello de mi nuca se erizó en cuanto emitió un gruñido que fue puramente animal—. ¿Crees que no sé lo que está pasando en mis propias tierras? ¿Qué tengo que perder? ¿Qué no he perdido ya?

La maldición. Quizá estaba contenida, pero parecía que seguía causando estragos, seguía siendo una amenaza y tal vez una de la que realmente no querían que supiera, ya sea por la falta de confianza o porque... porque yo no era nada ni nadie para ellos. Me incliné hacia adelante, pero mientras lo hacía, mis dedos se deslizaron y cayeron suavemente contra la puerta. Un humano quizá no lo oiría, pero los dos Altos Fae se giraron. Mi corazón se detuvo.

Caminé hacia el umbral, aclarando mi garganta mientras pensaba en docenas de excusas para escudarme. Miré a Lucien y me obligué a sonreír. Sus ojos se abrieron, y me pregunté si era por la sonrisa o porque me veía verdaderamente culpable.

—¿Vas a pasear? —dije, sintiéndome un poco enferma mientras hacía un gesto detrás de mí con un pulgar. No había planeado montar con él hoy, pero sonaba como una excusa decente.

Los rojizos ojos de Lucien eran brillantes, aunque la sonrisa que me dio no coincidía con ellos. El rostro del emisario de Tamlin, más entrenado y calculador de lo que hasta ahora le había visto.

—No estoy disponible hoy —dijo. Sacudió su barbilla hacia Tamlin—. Él irá contigo.



Tamlin le lanzó a su amigo una mirada de odio que le tomó un poco de esfuerzo esconder. Su usual tahalí estaba armado con más cuchillos de los que había visto antes, y sus adornadas manijas de metal brillaban mientras se giraba hacia mí con sus hombros tensos.

—Cada vez que quieras ir, sólo dilo. —Las garras de su mano libre se deslizaron de regreso bajo su piel.

No. Casi digo en voz alta mientras veía con mis ojos suplicantes a Lucien. Sólo palmeó mi hombro mientras pasaba a mi lado.

-Quizás mañana, humana.

Sola con Tamlin, tragué fuertemente.

Él permaneció ahí, esperando.

—No quiero ir a cazar —dije finalmente tranquila. Era verdad—. Odio cazar.

Inclinó su cabeza.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?



Tamlin me llevó por los pasillos. Una suave brisa se entrelazó con el aroma de las rosas que se deslizaba a través de las ventanas abiertas para acariciar mi rostro.

—Has estado yendo a cacerías —dijo al fin Tamlin—, pero realmente no tienes ningún interés en cazar. —Me miró de reojo—. No es de extrañar que ustedes dos nunca hayan atrapado nada.

No había rastro del vacío y frío guerrero de la noche anterior, o del molesto noble Fae de unos minutos atrás. Al parecer, ahora sólo era Tamlin.

He sido una tonta por bajar mi guardia alrededor de Tamlin, por pensar que su forma natural de actuar no significa nada, especialmente cuando algo estaba tan claramente fuera de lugar en su propiedad. Él había derribado al Bogge, y eso lo hacía la criatura más peligrosa con la que jamas



me hubiera topado. No sabía muy bien qué hacer con él y dije de una manera un poco forzada:

—¿Cómo está tu mano?

Flexionó su mano vendada, estudiando las blancas ataduras, marcadas y limpias contra su piel besada por el sol.

- —No te di las gracias.
- -No tenías que hacerlo.

Pero negó, y su dorado cabello atrapó y sostuvo la luz del día como si fuera lanzado desde el propio sol.

- —La mordedura del Bogge fue hecha para hacer más lenta la sanación de los Altos Fae, lo suficiente para matarnos. Tienes mi gratitud. —Cuando me encogí de hombros, agregó—: ¿Cómo aprendiste a vendar heridas como estas? Todavía puedo usar la mano, incluso con las vendas.
- —Ensayo y error. Tenía que ser capaz de tirar la cuerda del arco al siguiente día.

Estaba callado mientras regresábamos por otro pasillo de mármol bañado por el sol, y me atreví a mirarlo. Lo encontré estudiándome cuidadosamente, sus labios en una fina línea.

- —¿Siquiera alguien se encargó de ti? —preguntó tranquilamente.
- —No. —Había pasado mucho desde que había dejado de sentir pena por mí misma.
 - —¿Aprendiste a cazar de la misma manera... ensayo y error?
- —Espié a unos cazadores cuando podía salir, y luego practiqué hasta que conseguí algo. Cuando lo perdía, no comíamos. Así que aprendiendo cómo apuntar fue lo primero que entendí.
- —Tengo curiosidad —dijo casualmente. El ámbar en sus ojos verdes estaba brillando. Quizá no todos los rastros de esa bestia guerrera habían desaparecido—. ¿Alguna vez vas a usar el cuchillo que robaste de mi mesa?

Me puse rígida.



—¿Cómo lo sabes?

Debajo de la máscara, podría haber jurado que sus cejas estaban levantadas.

—Fui entrenado para notar esas cosas. Pero puedo oler el miedo en ti, más que nada.

Me quejé.

—Pensé que nadie lo había notado.

Me dio una sonrisa torcida, más genuina que todas esas falsas y zalameras sonrisas que me había dado antes.

—Independientemente del Tratado, si quieres seguir teniendo una oportunidad de escapar de mi tierra, necesitarás pensar más creativamente que robar cuchillos de mesa. Pero con tu afinidad para el espionaje, quizás algún día aprenderás algo valioso.

Mis orejas se encendieron con el calor.

—Yo... yo no... Lo siento —murmuré. Pero me encontré con lo que ya había oído. No tenía caso pretender que no había espiado—. Lucien dijo que no tienes mucho tiempo. ¿A qué se refería? ¿Hay más criaturas como el Bogge que van a venir gracias a la maldición?

Tamlin se puso rígido, escaneando el pasillo alrededor de nosotros, tomando cada vista, sonido y aroma. Luego se encogió de hombros, muy rígido para ser genuino.

—Soy un inmortal. No tengo nada más *que* tiempo, Feyre.

Dijo mi nombre con tanta... intimidad. Como si él no fuera una criatura capaz de asesinar monstruos hechos de pesadillas. Abrí mi boca para exigirle más respuesta pero me cortó.

—La fuerza que está maldiciendo nuestras tierras y poderes... eso también terminará algún día si somos bendecidos por el Caldero. Pero sí... ahora que el Bogge entró en nuestras tierras, tengo que decir que es justo asumir que otros pueden seguirlo, especialmente si el puca ya es tan fuerte.

Sin embargo, si las fronteras entre las cortes se habían ido, como había escuchado decir a Lucien, si todo en Prythian era diferente como Tamlin



había reclamado, gracias a esta maldición... bueno, no quería ser atrapada en alguna brutal guerra o revolución. Dudaba que sobreviviera por mucho tiempo.

Tamlin avanzó hacia adelante y abrió unas puertas dobles al final del pasillo. Los poderosos músculos de su espalda se movieron debajo de su ropa. Nunca olvidaría lo que era, de lo que era capaz de hacer. Aparentemente de lo que había sido entrenado para hacer.

—Como lo has pedido —dijo—, el estudio.

Vi lo que había más allá de él, y mi estómago se retorció.



CAPÍTULO 13

TRADUCIDO POR MEW // CORREGIDO POR STTEFANYE

Tamlin agitó su mano, y un centenar de velas saltaron a la vida. Lo que había dicho Lucien sobre la magia siendo drenada y descentrada por la maldición, claramente no había afectado a Tamlin tan dramáticamente, o para empezar, tal vez era demasiado poderoso si podía transformar a sus centinelas en lobos cuando quería. El perfume de la magia picó mis sentidos, pero mantuve mi barbilla en alto. Eso fue hasta que miré el interior.

Mis palmas comenzaron a sudar mientras apreciaba el enorme y opulento estudio. Tomos se alineaban en cada pared como soldados de un ejército silencioso, sofás, mesas y alfombras estaban esparcidos por toda la habitación. Pero... hacía más de una semana que había dejado a mi familia. Aunque mi padre me había dicho que no volviera jamás, aunque mi promesa a mi madre estaba cumplida, al menos debería hacerles saber que estaba a salvo, relativamente segura. Y advertirles sobre la maldición asolando Prytian que un día, muy pronto cruzaría el muro.

Sólo había una forma de hacérselos llegar.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Tamlin, y negué. Aún estaba detrás de mí.

—No —dije, caminado dentro del estudio. No podía pensar en el despreocupado poder que acababa de mostrar, la gracia con la que había encendido tantas velas. Tenía que concentrarme en la tarea a mano.

No era del todo culpa mía que apenas pudiera leer. Antes de nuestra ruina, mi madre descuidó profundamente nuestra educación, no se molestó en conseguir una institutriz. Y después de que la pobreza llegara y mis hermanas mayores, quienes ya sabían leer y escribir, consideraron que la escuela de la aldea estaba por debajo de nosotras, no se molestaron en enseñarme. Podía leer lo suficiente para funcionar, lo suficiente para formar mis cartas, pero tan mal que incluso firmar con mi nombre era mortificante.

Ya era bastante malo que Tamlin lo supiera. Tendría que pensar en *cómo* hacerles llegar la carta una vez que estuviera terminada; tal vez podía pedirle el favor a él, o a Lucien.



Pedirles que la escribieran sería demasiado humillante. Podía escuchar lo que dirían: *típica humana ignorante*. Y dado que Lucien parecía convencido de que empezaría a espiar en el momento que pudiera, sin ninguna duda quemaría la carta, y cualquiera que tratara de escribir después. Así que tendría que aprender por mí misma.

—Te dejaré entonces —dijo Tamlin cuando nuestro silencio se prolongó, demasiado tenso.

No me moví hasta que hubo cerrado las puertas, dejándome en el interior. Mi corazón latió por mi cuerpo mientras me acercaba al estante.



Tuve que tomar descansos para cenar y dormir, pero estaba de vuelta en el estudio antes de que amaneciera totalmente. Había encontrado un pequeño escritorio en una esquina, y había llevado papeles y tinta. Mi dedo trazó una línea de texto, y susurré las palabras.

—Ella aga-rró... agarró su zapato, sen... ta... sentada desde su pos... po... —Me recosté en mi silla y apreté las palmas de mis manos contra mis ojos. Cuando me sentí cercana a arrancarme el cabello, agarré la pluma y subrayé la palabra: posición.

Con mano temblorosa, hice todo lo posible para copiar letra tras letra en una lista cada vez mayor que mantenía al lado del libro. Habían por lo menos cuarenta palabras en ella, sus letras malformadas y apenas legibles. Buscaría sus pronunciaciones más tarde.

Me levanté de la silla, necesitando estirar las piernas, mi columna vertebral, o sencillamente escapar de esa larga lista de palabras que no sabía ni cómo se pronunciaban, y el sofocante calor que ahora calentaban mi cara y cuello.

Supongo que el estudio era más una biblioteca, dado que no podía ver ninguna de las paredes gracias a los pequeños laberintos de libros apilados que flaqueaban el área principal y el altillo de arriba, cubriendo de pared a pared. Pero *estudio* sonaba menos intimidante. Serpenteé por entre algunas pilas, siguiendo un hilillo de luz solar entrando por una de las ventanas de lado lejano. Me encontré con la vista de un jardín de rosas, lleno de decenas de tonalidades de rojo, rosa, blanco y amarillo.



Me habría permitido un momento para disfrutar de los colores, brillantes por el rocío bajo el sol, si no hubiese vislumbrado la pintura que se extendía a lo largo de la pared junto a las ventanas.

No es una pintura, pensé, parpadeando mientras daba un paso atrás para abarcar su masiva extensión. No, aquello era... Busqué la palabra medio olvidada en mi mente. Mural. Eso era.

Al principio no podía hacer nada más que mirar su tamaño, la ambición del mismo, el hecho de que aquella obra maestra hubiera sido escondida aquí para que nadie la viera jamás, como si no fuera nada, absolutamente nada, crear algo como aquello.

Contaba una historia con el modo en que los colores, las formas y la luz fluían, del modo en que el tono se movía a través del mural. La historia de... de Prytian.

Empezaba con un caldero.

Un caldero negro rebosante de poder siendo sostenido por unas brillantes y delgadas manos femeninas en una estrellada noche sin fin. Aquellas manos volcaban el brillante líquido de oro derramándolo por un borde. No... no brillante, sino... efervescente con pequeños símbolos, tal vez algún tipo de lenguaje de hadas. Lo sea que estuviera escrito allí, lo que fuese aquello, el contenido del caldero era arrojado al vacío, dándole forma a nuestra tierra para formar nuestro mundo...

El mapa abarcaba la totalidad de nuestro mundo, no solo de la tierra en la que nos encontrábamos, sino también de los grandes mares y continentes más allá. Cada territorio estaba marcado y coloreado, algunos con intricados adornos, representaciones de los seres que una vez habían gobernado sobre las tierras que ahora pertenecían a los humanos. Todo, recordé con un escalofrío, todo el mundo había sido una vez suyo, al menos tanto como creían, creado todo para ellos por la portadora del caldero. No se hacía mención de los humanos, ninguna señal de que estuviéramos aquí. Supongo que habíamos estado tan abajo para ellos como los cerdos.

Era duro mirar el siguiente panel. Era tan simple, pero tan detallado que, por un momento, estuve allí de pie en el campo de batalla, sintiendo la textura del barro ensangrentado debajo de mí, hombro con hombro con miles de otros soldados humanos alineados frente a las hordas de hadas que cobraban hacia nosotros. Un momento de tranquilidad antes de la masacre.



Las flechas y espadas de los humanos parecían tan inútiles contra el Alto Fae en su reluciente armadura, o contra las hadas con garras erizadas y colmillos. Sabía... sabía sin necesidad que otro panel me lo explicara que los humanos no habían sobrevivido a esa batalla en particular. La mancha negra en el panel a su lado, teñida de destellos rojos, decía lo suficiente.

Entonces había otro mapa, uno de un reino de hadas muy reducido. Los territorios al norte habían sido cortados y divididos para hacerle sitio a los Altos Fae, quienes habían perdido sus tierras al sur del muro. Todo el norte del muro era de ellos; todo el sur había quedado como una mancha de nada. Un diezmado y olvidado mundo, como si el pintor no se hubiera molestado en plasmarlo.

Recorrí las diversas tierras y territorios ahora pertenecientes a los Altos Fae. Seguía siendo mucho territorio; una propagación monstruosa de poder por toda la parte norte de nuestro mundo. Sabía que estaba gobernado por reyes o reinas o consejos o emperatrices, pero nunca había visto una representación de ello, de lo mucho que se habían visto obligados a cederle al sur, y cómo de hacinadas estaban sus tierras en comparación.

Nuestra enorme isla le había ido mejor para Prythian en comparación, con solo la punta inferior dada para nosotros, los miserables seres humanos. La mayor parte del sacrificio había sido asumido por el más meridional de los siete territorios: un territorio pintado con colores azafrán, coral y rosado. Tierras de Primayera.

Di un paso más cerca, hasta que pude ver la oscura y fea embardunada que hacía del muro—otro rencoroso toque del pintor. No había marcas en el reino humano, nada que indicara ninguna de las grandes ciudades o centros, pero... Encontré el área aproximada donde se encontraba nuestro pueblo, y el bosque que lo separaba del muro. El viaje de dos días parecía tan pequeño, demasiado pequeño en comparación con el poder que acechaba justo encima de nosotros. Tracé una línea, mi dedo cernido sobre la pintura a lo largo de la pared sobre estas tierras: las tierras de la Corte de Primavera. Una vez más, no habían marcas, pero estaba llena de toques de primavera: árboles floreados, volubles tormentas, animales jóvenes... al menos viviría mis días en una de las cortes más moderadas, con un tiempo prudente. Un pequeño consuelo.

Miré el norte, y de nuevo di un paso hacia atrás. Las otras seis cortes de Prythian ocupaban un mosaico de territorios. Otoño, Verano e Invierno eran bastantes fáciles de distinguir. Entonces, justo encima de ellos, dos



resplandecientes cortes: la del más al sur de un rojo suave, la Corte de Amanecer; debajo, en un oro brillante, amarillo y azul, la Corte de Día. Y encima de ellas, encaramada en una congelada extensión montañosa salpicada por oscuridad y estrellas, el expansivo y enorme territorio de la Corte Oscura.

Entre las sombras de aquellas montañas, había cosas que acechaban; pequeños ojos, dientes relucientes. Una tierra con una belleza letal. El vello de mis brazos se erizó.

Habría examinado los otros reinos a través de los mares que flaqueaban nuestra tierra, como el aislado reino oeste de las hadas, el cual parecía haber salido sin ninguna pérdida de territorio y seguían sus propias leyes, si no hubiese mirando hacia el corazón de aquel bello y viviente mapa.

En el centro del territorio, como si fuera un núcleo alrededor del cual todo lo demás se había extendido, o tal vez el lugar donde el líquido del caldero había tocado primero, había una pequeña y nevada gama montañosa. De ella surgía un gigantesco y solitario pico. Exento de nieve, exento de vida... Como si los elementos se negaran a tocarlo. No habían más pistas sobre lo que pudiera ser aquello; nada que indicara su importancia, y supuse que los que lo vieran ya sabrían lo que era. Este no era un mural para ojos humanos.

Con ese pensamiento, regresé a mi mesita. Al menos había aprendido la disposición de sus tierras—sabía que nunca jamás debía ir al norte.

Me acomodé en mi asiento y encontré mi lugar en el libro, mi cara calentándose mientras miraba las ilustraciones dispersas en él. Un libro para niños, y sin embargo apenas podía avanzar en su veintena de páginas. ¿Por qué *tenía* Tamlin libros para niños en su biblioteca? ¿Eran de su propia infancia, o en previsión de los niños por venir? No importaba. No podía siquiera leerlo. Odiaba el olor de estos libros; el decadente cariado de las páginas, el susurro burlón del papel, la áspera piel que lo cubría. Miré la hoja de papel, a todas las palabras que no conocía.

Recogí mi lista en mi mano, arrugando el papel en una bola y tirándolo al cubo de basura.

—Podría ayudarte a escribirlas, si es por eso que estás aquí.

Di un salto en mi sitio, casi derribando la silla, y me giré para encontrar a Tamlin detrás de mí, con una pila de libros en sus brazos. Empujé el calor aumentando en mis mejillas y orejas, contra el pánico ante la información que él podría estar adivinando que había estado tratando de enviar.

—¿Ayuda? ¿Te refieres a un hada aprovechando la oportunidad de mofarse de un ignorante mortal?

Dejó los libros sobre la mesa, su mandíbula apretada. No podía leer los títulos brillando sobre el lomo del cuero.

—¿Por qué debería burlarme de una deficiencia que no es culpa tuya? Permite que te ayude. Te lo debo por la mano.

Deficiencia. Eso era una deficiencia.

Aunque había sido algo vendar su mano, hablar con él como si no fuera un depredador creado para matar y destruir, pero para revelar qué tan poco realmente lo conocía, para dejarlo ver esa parte de mí que aún era una niña, incompleta e inmadura... Su cara era ilegible. Aunque no hubo compasión en su voz, quedé rígida.

- —Estoy bien.
- —¿Crees que no tengo nada mejor que hacer con mi tiempo que gastarlo buscando maneras de humillarte?

Pensé en ese borrón de nada que el pintor había utilizado para identificar las tierras humanas y no tuve respuesta, al menos no una amable. Ya les había dado demasiado a ellos... a él.

Tamlin negó.

- —Así que dejas que Lucien te lleve de caza y...
- —Lucien —interrumpí tranquila pero no suavemente—, no pretende ser nada más de lo que es.
- —¿Qué se supone que significa eso? —gruñó. Pero sus garras permanecían retraídas, aun cuando sus manos se convirtieron en puños.



Estaba definitivamente avanzando por una línea peligrosa, pero no me importó. Incluso si él me ofrecía un santuario, no tenía que inclinarme a sus pies.

- —Significa —dije con el mismo tono frío—. Que no te conozco. No sé quién eres, o *qué* eres, o qué es lo que quieres.
 - —Significa que no confías en mí.
- —¿Cómo puedo confiar en un hada? ¿Acaso no disfrutan matándonos y engañándonos?

Su gruñido encendió las velas goteantes.

— Tú no eres exactamente lo que tenía en mente de un humano, créeme.

Casi pude sentir cómo la profunda herida en mi pecho se abría, dejando salir todas esas horribles y silenciosas palabras. *Analfabeta, ignorante, displicente, orgullosa, fría*. Todas provenientes de la boca de Nesta, todas resonando en mi cabeza con su burlona voz.

Apreté mis labios.

Él hizo una mueca, y levantó una mano como si tratara de alcanzarme.

—Feyre —comenzó. Habló tan despacio que sólo negué y dejé la habitación. No me detuvo.

Pero esa tarde, cuando fui a buscar mi arrugada lista de la cesta de basura, ya no estaba. Y mi pila de libros había sido alterada; los títulos no estaban ordenados. *Debió ser un sirviente*, me aseguré, calmando mi apretado pecho. Solo Alis, o quizá algún otra hada semi pájaro limpiando. No había escrito nada incriminatorio, no había manera de que él supiera que estaba tratando de advertir a mi familia. Dudé que fuese a castigarme por ello, pero... nuestra conversación anterior había sido lo suficientemente mala.

Aun así, mis manos no podían quedarse quietas mientras me sentaba frente al pequeño escritorio y tomaba el libro que usé esa mañana. Sabía que era vergonzoso marcar los libros con tinta, pero si Tamlin podía permitirse placas de oro, podría reemplazar un libro o dos.



Me quedé con la mirada fija en el libro, mirando el revoltijo de palabras.

Quizá era una tonta por no aceptar su ayuda, por no tragarme el orgullo y dejarlo escribir la carta en un momento. Ni siquiera una carta de advertencia, sólo una para dejarles saber que estaba a salvo. Si él tenía mejores cosas que hacer con su tiempo como para gastarlo buscando maneras de humillarme, entonces también tenía mejores cosas que hacer que ayudarme a escribir cartas para mi familia. Pero de todas formas se había ofrecido.

Un reloj cercano marcó la hora.

Deficiencia, otra de mis *deficiencias*. Masajeé mis sienes con mi pulgar y mi índice. Estaba siendo igualmente de estúpida sintiendo lástima por él, por el solitario y marginado hada, por alguien que *estúpidamente* pensé que realmente se preocuparía por alguien que conociera quien quizá sintiera lo mismo, que quizá entendiera, en mi ignorante e insignificante manera humana, cómo es el cargar con el peso de preocuparse por los demás. Debí haber dejado que su mano se desangrara esa noche, debería haber sabido mejor que pensar que quizá... que ahí quizás hubiese alguien, humano, hada o lo que sea, que pudiera entender en lo que mi vida —lo que *yo*—, se había convertido en estos últimos años.

Un minuto pasó, luego otro.

Las hadas no tenían permitido mentir, pero ciertamente podían contener información; Tamlin, Lucien y Alis se habían empeñado en no responder mis preguntas específicas. Sabiendo más de la maldición que los atormentaba, sabiendo *lo que sea*, de dónde provenía, qué más podía hacer, y más específicamente, qué es lo que podía hacerle a un *humano*, mi tiempo valía el aprender.

Y si hubiera una posibilidad de que tuvieran el conocimiento de alguna laguna en ese maldito Tratado, si conocieran alguna manera de pagar la deuda que debía, y regresar con mi familia para poder advertirles sobre la maldición yo misma... tenía que arriesgarme.

Veinte minutos después, había rastreado la habitación de Lucien. Marqué en mi pequeño mapa dónde estaba; en un ala del segundo piso, lejos del mío. Y después de buscar en sus usuales guaridas, era el último lugar en el cual buscar. Golpeé las puertas dobles pintadas de blanco.



—Entra, humana. —Podía detectarme solamente por los patrones de mi respiración, o quizás ese ojo suyo podía ver a través de la puerta.

Abrí con cuidado la puerta. Su habitación era parecida en parte a la mía, pero estaba adornada en matices naranja, rojo y dorado, con finos trazos verdes y marrones. Era como estar en un bosque en medio del otoño. Pero mientras mi habitación era suavidad y gracia, la suya estaba marcada con rudeza. En lugar de una linda mesa de desayuno junto a la ventana, una gastada mesa de trabajo dominaba el espacio cubierta con varias armas. Era ahí donde estaba sentado, usando solamente una camiseta blanca y pantalón, su rojo cabello suelto brillando como fuego líquido. El emisario de Tamlin entrenado por la corte, pero un guerrero en su propio derecho.

—No te he visto por ahí —dije, cerrando la puerta y apoyándome contra ella

—Tuve que ir a ordenar algunos exaltados en la frontera Norte, trabajo oficial de emisario —dijo, dejando el cuchillo que estaba limpiando; una larga y viciosa daga—. Volví a tiempo para escuchar tu pequeña pelea con Tam, y decidí que estaba más a salvo aquí arriba. Aunque me alegra oír que tu humano corazón se ha ablandado conmigo. Al menos no estoy en tu lista para matar.

Le di una larga mirada.

—Bueno. —Se encogió de hombros—. Se ve que te las ingeniaste para meterte bajo la piel de Tam lo suficiente como para que me buscara y me arrancara la cabeza. Así que supuse que debo agradecerte por arruinar lo que debió haber sido un almuerzo pacífico. Por suerte para mí, hubo un disturbio en el bosque occidental, y mi pobre compañero tuvo que hacerse cargo en la forma en la que solo él puede. Estoy sorprendido de que no corrieras tras él en las escaleras.

Gracias a los dioses olvidados por alguna pequeña misericordia.

—¿Qué clase de disturbio?

Lucien se encogió de hombros, pero el movimiento era muy tenso como para no tener importancia.

—Lo usual: criaturas indeseables y asquerosas levantando polvo.

Bien... Buena cosa que Tamlin estuviera lejos y que no estaría aquí para detenerme en lo que tenía planeado hacer. Un poco más de suerte.

—Me sorprende que me hayas respondido tanto —dije de la forma más usual que pude, pensando bien mis palabras—. Pero es una pena que no seas como las Suriels, arrojando cualquier información que te pida si soy lo suficiente inteligente como para atraparte.

Por un momento pestañeó. Luego su boca se torció hacia un lado, y ese ojo de metal zumbó y se estrechó en mí.

- —Supongo que no vas a decirme qué es lo que quieres saber.
- —Tú tienes tus secretos, y yo tengo los míos —dije cuidadosamente. No podía contarle nada, sino trataría de convencerme de lo contario—. Pero si fueras una Suriel —añadí con una lentitud deliberante, en caso de que no hubiera captado lo que quería decir—. ¿Cómo exactamente podría atraerte y atraparte?

Lucien dejó el cuchillo y se concentró en sus uñas. Por un momento me pregunté si iba siquiera a decirme algo. Me pregunté si iría directamente hacia Tamlin para contarle todo.

Pero luego dijo:

- —Puede que tuviera una debilidad por los jóvenes árboles de abedul en el bosque occidental, y pollos recién matados, y probablemente estaría tan ávido que no notaría el lazo doble alrededor de la arboleda y metería mis piernas dentro.
- —Hmm. —No me atreví a preguntar por qué había decidido ser complaciente. Todavía había una buena probabilidad de que no le importara verme muerta, pero me arriesgué—. De alguna manera te prefiero como un Alto Fae.

Él sonrió con satisfacción, pero la diversión duró muy poco.

—Si estuviera lo suficientemente loco y estúpido como para ir detrás de una Suriel, tomaría un arco y un carcaj, y quizá un cuchillo como este. — Envainó el cuchillo que estaba limpiando y lo dejó en el borde de la mesa, una ofrenda—. Y estaría listo para correr como el infierno cuando la libere en la corriente de agua más cercana, la cual odian cruzar.



- -Pero no estás loco, ¿así que estarás aquí, sano y salvo?
- —Estaré convenientemente cazando en las tierras, y con mi superior oído, me sentiré lo suficientemente generoso como para escuchar si alguien grita desde el bosque occidental. Pero es una buena cosa que no juegue ningún papel en decirte que salgas hoy, dado que Tam decidió que destriparía a cualquiera que te dijese cómo atrapar a una Suriel; y es algo bueno que tuviera planeado ir de caza de todas maneras, porque si alguien me descubre ayudándote, habrían problemas sacados del infierno esperándonos. Espero que tus secretos lo valgan —dijo con su usual sonrisa, pero hubo un borde en ello, una advertencia que no pasé por alto.

Otro acertijo, y otro poco de información. Dije:

—Es algo bueno que mientras tú poseas ese oído superior, yo posea habilidades superiores para dejar mi boca cerrada.

Él resopló mientras tomaba el cuchillo de la mesa y me giraba para tomar el arco de mi habitación.

—Para tratarse de una humana asesina, creo que empiezas a gustarme.



CAPÍTULO 14

TRADUCIDO POR RAELEEN P & ISSA SANABRIA // CORREGIDO
POR PAUPER

Bosques occidentales. Bosque de jóvenes árboles de abedul. Una gallina sacrificada. Una trampa de doble circuito. Cerca de agua con corriente.

Repetí las instrucciones de Lucien mientras salía de la mansión, caminaba por los jardines cultivados a través de las salvajes montañas con pasto ondulante, sobre arroyos claros y más allá de los bosques primaverales. Nadie me había detenido, nadie ni siquiera había estado alrededor para verme marchar, con arco y carcaj en mi espalda, y el cuchillo de Lucien a mi lado. Cargué una mochila llena con una recientemente gallina muerta, cortesía del desconcertado personal de la cocina, y había metido una navaja extra en mi bota.

Las tierras estaban tan vacías como la misma mansión, aunque de vez en cuando avistaba algo brillando por el rabillo del ojo. Cada vez que me giraba a ver, el brillo se convertía en la luz del sol bailando en un arroyo cercano, o el viento agitando las hojas de un solitario sicomoro en la cima de una loma. Al pasar por un gran estanque arrellanándose al pie de una colina altísima, podía haber jurado que vi cuatro cabezas femeninas brillando, asomándose del agua resplandeciente, observándome. Apresuré mis pasos.

Solo se oían las aves y los gorjeos y susurros de pequeños animales cuando me adentré en el verde bosque occidental. Nunca había cabalgado por estos bosques en mis cazas con Lucien. Aquí no había camino, nada de familiar en él. Los robles, olmos y bayas se intercalaban formando una gruesa capa, casi apagando el hilo de luz que atravesaba el denso follaje. La tierra cubierta de musgo amortiguaba cualquier sonido que pudiera hacer.

Viejo... Este bosque era antiguo. Y vivo, de una forma que no podía describir, sólo sentirlo muy dentro en mi medula ósea. Quizá fuera la primera humana en quinientos años en caminar bajo esas pesadas ramas oscuras, en inhalar la frescura de las hojas primaverales que ocultaban la húmeda putrefacción.



Árboles de abedul, agua con corriente. Me abrí camino por el bosque, el aliento atorándose mi garganta. El peligro se corre en la noche, me recordé. Tenía solo unas cuantas horas antes de la puesta de sol.

Incluso el Bogge nos había perseguido en plena luz del día.

El Bogge estaba muerto, y cualquier horror al que se estaba enfrentando Tamlin ahora, habitaba en otra parte de estas tierras. La Corte de Primavera. Me preguntaba de qué maneras Tamlin tenía que responder a su Gran Señor, o si había sido su Gran Señor el que le había quitado el ojo a Lucien. Tal vez era la consorte del Gran Señor—la *ella* que había mencionado Lucien—la que infundía tal miedo en ellos. Alejé el pensamiento.

Mantuve mis pasos ligeros, mis ojos y oídos abiertos, y mis latidos constantes. Con defectos o no, aún podía cazar. Y las respuestas que necesitaba lo valían.

Encontré una cañada de unos árboles jóvenes y delgados, luego aceché en círculos cada vez más grandes hasta que encontré el arroyo más cerca. No era profundo, pero eran tan anchos que hubiera tenido que agarrar vuelo para poder cruzarlo si necesitaba escapar. Con suerte, no tendría que hacerlo.

Tracé y volvía a trazar diferentes rutas hacia el arroyo. Y algunas rutas alternas tendrían que bloquearme su acceso de alguna manera. Y cuando estuve convencida de cada raíz, roca y hueco de los alrededores, regresé al pequeño claro encerrado por esos blancos árboles y coloqué mi trampa.



Desde mi lugar cerca de un árbol; un roble robusto y denso, cuyas vibrantes hojas me escondían por completo de alguien que pudiera estar abajo, esperé. El sol de la tarde estaba en lo alto, tan caluroso que incluso a través del follaje tuve que quitarme la capa y subirme las mangas de mi túnica. Me gruñó el estómago, y saqué un pedazo de queso de mi mochila. Comerlo sería más silencioso que una manzana, la cual también me llevé de la cocina. Cuando me lo terminé, tomé agua a grandes tragos de la cantimplora que había traído, deshidratada por el calor.



¿Acaso Tamlin o Lucien se cansaban alguna vez día tras día de primavera eterna, o se aventuraban a otros territorios solo para poder experimentar otras estaciones? No me habría importado una eterna y tranquila primavera mientras cuidaba de mi familia, el invierno nos llevaba peligrosamente cerca de la muerte cada año, pero si fuera inmortal, puede que quisiera un poco de variación para pasar el tiempo. Probablemente también me gustaría hacer más que solo esconderme en una mansión. Aunque aún no había juntado el valor para pedir lo que se me metía en la mente cuando veía el mural.

Me moví lo poco que me permitía la rama, sólo para que me siguiera circulando la sangre en mis extremidades. Me acababa de acomodar de nuevo cuando el murmullo del silencio llegó. Como si los tordos y ardillas del bosque y los meses sostuvieran el aliento mientras algo pasaba por ahí.

Ya había tensado mi arco. En silencio, coloqué la flecha. Cada vez más cerca el silencio se arrastraba.

Los árboles parecían inclinarse, sus ramas intercaladas se apretaban más, una jaula viviente que impedía que hasta las aves más pequeñas se elevaran fuera del follaje.

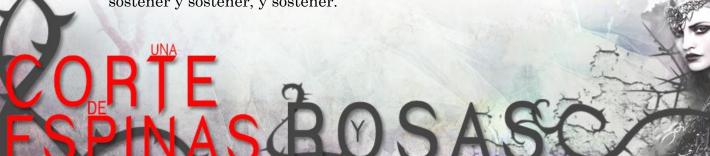
Tal vez había sido una muy mala idea. Tal vez Lucien había subestimado mis habilidades. O tal vez él había estado esperando la oportunidad de llevarme hasta mi muerte.

Mis músculos se tensaron por estar sin moverme en lo alto de una rama, pero mantuve mi equilibrio y escuché. Luego lo oí: un susurro, como si una tela se arrastrara sobre raíz y piedra, silbando y olfateando desde el claro más cercano.

Había instalado mis trampas con cuidado, haciéndolo parecer como si la gallina hubiese vagado demasiado lejos y se hubiese roto el cuello al intentar evitar la caída de la rama. Había procurado alejar mi olor del ave lo más posible. Pero estas hadas tenían unos sentidos tan agudos que a pesar de que había cubierto mis rastros...

Hubo un chasquido, un ruido y un grito malvado y vacío que hizo que mis huesos, músculos y aliento se atoraran.

Otro alarido enfurecido atravesó el bosque, y mis trampas gimieron al sostener y sostener, y sostener.



Me bajé del árbol y salí a reunirme con el Suriel.



Mientras caminaba hacia la hada, decidí que Lucien de verdad me quería muerta con todo su ser.

No había sabido qué esperar al entrar al anillo de árboles blancos, altos y derechos como pilares, pero ciertamente no era encontrarme una figura alta, delgada y velada en la oscuridad con túnica andrajosa. Su espalda encorvada estaba frente a mí—podía contar los bultos en su columna, asomándose por la tela. Unos brazos larguiruchos con costras y de color gris, arañaban la trampa con unas uñas amarillentas y quebradizas.

Corre, me susurró una parte primitiva intrínsecamente. Me rogaba. Corre y nunca mires hacia atrás.

Pero mantuve mi flecha levemente apuntada.

—¿Eres un Suriel? —dije quedamente.

El hada se tensó. Y olfateó. Una vez. Dos veces.

Entonces, lentamente me encaró, el velo oscuro cubría su cabeza calva, y una brisa fantasmal la levantaba.

Un rostro que parecía haber sido esculpido hasta secarse; huesos desgastados por el tiempo, su piel había sido ya sea u olvidada o desechada, una boca sin labios y con unos dientes demasiado largos, sostenidos por unas encías ennegrecidas, unas rendijas que se hacía pasar por fosas nasales y ojos... ojos que no eran más que unos pozos de un blanco lechoso; el blanco de la muerte, el blanco de la enfermedad, el blanco de cadáveres saqueados.

Asomándose por encima del cuello irregular de sus túnicas oscuras, un cuerpo de venas y huesos, seca, sólida y horrible como la textura de su rostro. Soltó la trampa, sus largos dedos chasqueando de nuevo uno contra el otro mientras me estudiaba.

—Humana —dijo, y su voz era a la vez una y múltiple; vieja y joven, hermosa y grotesca.



Mis entrañas se volvieron líquidas.

- —¿Hiciste esta inteligente trampa para atraparme?
- —¿Eres una Suriel? —pregunté de nuevo, mis palabras apenas como una respiración entrecortada.
- —En realidad lo soy. —*Clic, clic, clic, clic* hacían sus dedos uno contra otros, uno para cada palabra.
- —Entonces esta trampa era para ti —me las arreglé. *Corre, corre, corre.*

Permaneció sentado, sus pies descalzos y nudosos atrapados en mis trampas.

—No he visto una mujer humana en una era. Acércate para poder considerarte mi captor.

No hice tal cosa.

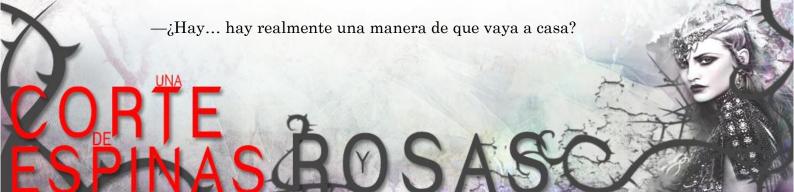
Soltó una resoplada y horrible carcajada.

- —¿Y quién de mis hermanos ha traicionado mis secretos contigo?
- —Ninguno de ellos. Mi madre me contaba historias de ti.
- —Mentira... Puedo oler las mentiras en tu respiración. —Olfateó otra vez, sus dedos chasquearon juntos. Ladeó la cabeza, un errático movimiento brusco, chasqueando el velo oscuro con él—. ¿Qué querría una mujer humana de una Suriel?
 - —Dímelo tú —dije en voz baja.

Soltó otra risa baja.

—¿Una prueba? Una tonta e inútil prueba, porque si te atreviste a capturarme, entonces debes querer conocimientos profundamente malos. — No dije nada, y sonrió con esa boca sin labios, sus dientes atenuados terriblemente grandes—. Haz tu pregunta, humana, y luego libérame.

Tragué saliva.



-No a menos que trates de morir, y tu familia contigo. Debes permanecer aquí.

Cualquiera que fuese la pizca de esperanza a la que me había estado aferrando, sea cual sea el optimismo insensato, se marchitó y muró. Esto no cambia nada. Antes de mi pelea con Tamlin esta mañana, ni siquiera había considerado la idea, de todos modos. Tal vez sólo había venido aquí por despecho. Así que, bien... Si yo estaba aquí, frente a una muerte segura, entonces más valía que aprendiera algo.

- —¿Qué sabes de Tamlin?
- —Más específica, humana. Sé más específica. Porque sé muchas cosas sobre el Gran Señor de la Corte de Primavera.

La tierra se movió debajo de mí.

—Tamlin es... ¿Tamlin es un Gran Señor?

Clic, clic, clic.

—No lo sabías. Interesante.

No, sólo sabía que era un pequeño señor de un feudo de las hadas, pero... pero un Gran Señor de uno de los siete territorios. Un Gran Señor de Prythian.

- —¿Sabías también que esta es la Corte de Primavera, pequeña humana?
 - —Sí... sí, sabía eso.

La Suriel se posó en el suelo.

—Primavera, Verano, Otoño, Invierno, Amanecer, Día y Noche reflexionó, como si ni siquiera le hubiese contestado—. Las siete Cortes de Prythian, cada una gobernada por un Gran Señor, todos ellos mortales a su manera. Ellos no son simplemente poderosos... ellos son Poder. —Esa es la razón por la que Tamlin había sido capaz de hacer frente al Bogge y vivir. Gran Señor.

Me tragué mi miedo.



- —Todo el mundo en la Corte de Primavera se ha quedado atascado usando una máscara, y sin embargo tú no —le dije con cautela—. ¿No eres miembro de la Corte?
- —No soy miembro de la Corte. Soy más viejo que los Grandes Señores, más viejo que Prythian, más viejo que los huesos de este mundo.

Definitivamente Lucien había subestimado mis habilidades.

- —¿Y qué puedo hacer por esta maldición que se ha extendido en Prythian, robando y alterando la magia? ¿De dónde vino?
- —Quédate con el Gran Señor, humana —dijo la Suriel—. Eso es todo lo que puedes hacer. Estarás segura. No interfieras; no vayas en busca de respuestas después de hoy, o serás devorada por la sombra que está sobre Prythian. Él te protege de eso, así que quédate cerca de él, y todo será corregido.

Eso no era exactamente una respuesta. Repetí:

—¿De dónde vino la maldición?

Esos lechosos ojos se estrecharon.

—El Gran Señor no sabe que viniste aquí hoy, ¿verdad? Él no sabe que su mujer humana llegó a atrapar a una Suriel, porque él no puede darle las respuestas que busca. Pero es demasiado tarde, humana... para el Gran Señor, para ti, tal vez para su reino también...

A pesar de todo lo que había dicho, a pesar de su orden de parar de preguntar y quedarme con Tamlin, era lo de *su mujer humana* lo que hacía eco en mi cabeza. Eso me hizo apretar mis dientes.

Pero el Suriel continuó.

—Al otro lado del violento mar occidental, hay otro reino de hadas llamado Hiberno, gobernado por un poderoso rey malvado. Sí, un rey —dijo cuándo levanté una ceja—. No un Gran Señor... allí, en su territorio no se divide en Cortes. Allí, él es la ley en sí mismo. Los seres humanos ya no existen en ese reino, aunque su trono está hecho de sus huesos.



Esa grande isla que había visto en el mapa, la que no había dado ninguna tierra a los seres humanos después del Tratado. Y... un trono de huesos. El queso que había comido se volvió plomo en mi estómago.

—Desde hace algún tiempo, el Rey de Hiberno se ha encontrado insatisfecho con el Tratado que otro gobernante Alto Fae del mundo hizo con ustedes los humanos hace mucho tiempo atrás. Está molesto por haberse visto forzado a firmarlo, por dejar ir a sus esclavos mortales y permanecer confinado en su húmeda isla verde en el borde del mundo. Y así, hace cien años, envió a sus comandantes más leales y de confianza, sus guerreros más mortíferos, los restos de un ejército que una vez navegó al continente para librar una guerra brutal contra ustedes los humanos, todos ellos, con hambre de sangre y viles como él. Como espías, cortesanos y amantes, se infiltraron en las distintas Cortes de los Altos Fae y reinos e imperios de todo el mundo desde hace cincuenta años, y cuando hubieron reunido suficiente información, llevaron a cabo su plan. Pero cerca de cinco décadas atrás, uno de sus comandantes desobedeció. La Impostora. Y... —La Suriel se enderezó—. No estamos solos.

Posicioné mi arco más lejos pero lo mantuve apuntando al suelo mientras escaneaba los árboles. Pero todo se había quedado en silencio en presencia de la Suriel.

- —Humana, debes liberarme y correr —dijo, esos ojos cada vez más llenos de muerte—. Corre a la mansión del Gran Señor. No olvides lo que te he dicho... *Permanece con el Gran Señor*, y vive para ver todo restablecido.
- -iQué es? -Si sabía lo que venía, podría soportar una mejor oportunidad de...
- —Las Nagas... Hadas hechas de sombras, odio y podredumbre. Escucharon mi grito, y te han olido. Libérame, humana. Me enjaularán si me consiguen aquí. *Libérame* y regresa al lado del Gran Señor.

Mierda, *mierda*. Me lancé a la trampa, alejando mi arco y agarré el cuchillo.

Pero cuatro figuras oscuras se deslizaron a través de los árboles de abedul, tan oscuros que parecían hechos de noches sin estrellas.



CAPÍTULO 15

TRADUCIDO SOS POR ISSA SANABRIA & RINCONE // CORREGIDO POR PAUPER

Las Nagas parecían surgidas de una pesadilla. Cubiertas de escamas oscuras y nada más, eran una combinación terrible de características serpentinas y cuerpos humanoides varones cuyos poderosos brazos terminaban en unas garras negras pulidas y trituradoras de carne.

Aquí estaban las criaturas de las leyendas llenas de sangre, las que se deslizaban a través de la pared para atormentar y matar mortales. Las que más me habría alegrado matar ese día en el bosque cubierto de nieve. Sus enormes ojos almendrados lleno de avidez miraron hacia la Suriel y hacia mí.

Las cuatro se detuvieron cruzando el claro, la Suriel entre nosotros, y yo preparando mi flecha hacia la que estaba en el centro.

La criatura sonrió, una hilera de afilados dientes me saludaron con una lengua bífida plateada.

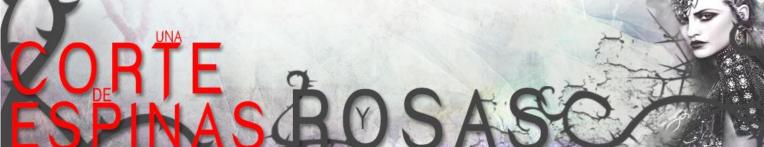
—La Madre Oscura nos ha enviado un regalo hoy, hermanos —dijo él, mirando a la Suriel, quien estaba arañando la trampa ahora. Los ojos ámbar de la Naga se desplazaron de nuevo hacia mí—. Y un tentenpié.

—No hay mucho que se pueda comer —dijo otro, flexionando sus garras.

Comencé a retroceder hacia la corriente, hacia la casa de abajo, manteniendo mi flecha apuntada a ellos. Un grito avisaría a Lucien, pero mi aliento era delgado. Y él podría no venir en absoluto si me había enviado aquí. Mantuve todos los sentidos fijos en mis pasos de retirada.

—Humana —rogó la Suriel.

Tenía diez flechas... nueve, una vez que disparara a la que estaba lista en mi arco. Ninguno de ellos se haría ceniza, pero tal vez retendría la Nagas el tiempo suficiente para poder huir.



Retrocedí otro paso. La cuarta Naga se arrastró más cerca, como si saboreara la lentitud de la caza, como si ya supiera a qué sabía.

Tenía tres latidos para decidirme. Tres latidos para ejecutar mi plan.

Estiré mi cuerda más hacia atrás, mi brazo temblando.

Y luego grité. Fuerte y agudo y con cada pedacito de aire en mis demasiado apretados pulmones

Con los Nagas ahora centrados completamente en mí, disparé a la cuerda que sostenía a la Suriel en su lugar.

La trampa se rompió. Como sombra en el viento, la Suriel se liberó, una ráfaga de oscuridad que hizo a las cuatro Nagas tambalearse hacia atrás.

La que estaba más cerca de mí, surgió hacia la Suriel, con la fuerte columna de cuello escamoso estirándose. No había posibilidad de que mis movimientos se consideran más un ataque... No ahora que habían visto mi objetivo. Todavía querían matarme.

Así que dejé mi flecha volar.

La punta brilló como una estrella fugaz en la penumbra del bosque. Tuve a todos en un abrir y cerrar antes de que golpeara y rociara la sangre.

El Naga cayó justo cuando los tres restantes se giraron hacia mí. No sabía si había sido un disparo mortal. Ya me había ido.

Corrí por la corriente utilizando la ruta que había calculado antes, sin atreverme a mirar hacia atrás. Lucien había dicho que estaría cerca, pero yo estaba en el bosque, muy lejos de casa y de la ayuda.

Ramas y ramitas se quebraron detrás de mí, demasiado cerca, y gruñidos que no sonaban como Tamlin o Lucien o el lobo o cualquier animal del bosque.

Mi única esperanza de salir viva era poner distancia con ellos dejando el tiempo suficiente para llegar a Lucien y, entonces, sólo si él estaba allí como había prometido estar. No me dejé pensar en todas las colinas que tendría que subir una vez que saliera del bosque. O lo que haría si Lucien había cambiado de opinión.



El crujir a través de la maleza se hizo más fuerte, más cerca, y me desvié hacia la derecha, saltando sobre el arroyo. Agua corriente podría haber detenido la Suriel, pero un silbido y un cercano ruido sordo me dijo que no hizo nada para mantener a las Nagas alejadas.

Me tropecé en un grueso matorral, y sus espinas se me clavaron en las mejillas. Apenas sentí sus besos urticantes o la sangre caliente deslizándose por mi rostro. Ni siquiera tuve tiempo para una mueca de dolor, no mientras dos figuras oscuras me flanqueaban, acercándose para despedazarme.

Mis rodillas gimieron cuando corrí con más fuerza, centrada en la creciente luminosidad del extremo del bosque. Pero los Nagas a mi derecha se abalanzaron sobre mí tan rápido que sólo pude saltar a un lado para evitar que las garras me rozaran.

Tropecé, pero quedé de pie al igual que el Naga a mi izquierda que se abalanzó.

Me paré, balanceando mi arco en un amplio arco. Casi perdí mi agarre mientras golpeaba esa cara serpentina, y el hueso crujía con un chirrido horrible. Pasé por su enorme cuerpo caído, sin detenerme a mirar los otros.

Corrí un metro antes de que la tercera Naga se pusiera delante de mí.

Levanté mi arco hacia su cabeza. Él lo esquivó. Los otros dos sisearon mientras me alcanzaban. Sostuve el arco más duro.

Rodeada.

Me volví en un lento círculo, el arco listo para atacar.

Uno de ellos me olfateó, esas brillantes fosas nasales entrecerradas.

—Escuálida cosa humana —espetó a los otros, cuyas sonrisas crecieron más nítidas—. ¿Sabes lo que nos has costado?

No iba a caer sin pelear, sin llevarme algunos de ellos conmigo.

—Vete al infierno —le dije, pero salió en un jadeo.

Se rieron, dando un paso más cerca. Levanté el arco hacia el más cercano. Él lo esquivó, riendo.

—Vamos a jugar, aunque es posible que no te resulte tan divertido.



Apreté los dientes cuando me giré de nuevo. No iba a ser perseguida como un ciervo en medio de lobos. Encontraría una manera de salir de esto; lo haría...

Una mano negra con garras se cerró alrededor del eje de mi arco, y un rotundo chasquido hizo eco a través del bosque demasiado silencioso.

El aire salió de mi pecho en un silbido, y sólo tuve tiempo de dar media vuelta antes de que uno de ellos me agarrara por el cuello y me arrojara al suelo. Mi brazo golpeó tan fuerte contra la tierra que mis huesos crujieron y mis dedos se abrieron, dejando caer los restos de mi arco.

—Cuando terminemos de arrancarte la piel, desearás no haberte internado en Prythian. —Sopló en mi cara, el olor de la carroña bajando a mi garganta. Me atraganté—. Te cortaremos tan bien que no habrá mucho para que los cuervos coman.

Una llama al rojo vivo me atravesó. Rabia o terror o el instinto salvaje, no sé. No pensé. Agarré el cuchillo en la bota y lo clavé en su cuello escamoso.

Sangre cayó sobre mi cara y en mi boca mientras bramaba mi ira, mi terror.

El Naga se dejó caer. Me puse de pie antes de que los dos restantes me pudieran atrapar, pero algo rocoso y duro golpeó mi cara. Probé mi sangre y el suelo y la hierba mientras golpeaba la tierra. Estrellas bailaron en mi visión, y me encontré en mis pies otra vez por instinto, agarrando el cuchillo de caza de Lucien.

No así, no así, no así.

Uno de ellos se abalanzó sobre mí, y lo esquivé a un lado. Sus garras atraparon mi capa y tiró, cortándola en cintas mientras su compañero me tiraba al suelo, mis brazos desgarrados debajo de esas garras.

—Vas a sangrar —dijo uno de ellos en un suspiro, riendo en voz baja al cuchillo que levanté—. Te desangraremos agradable y lentamente. —Movió sus perfectas garras para un profundo y brutal corte. Abrió la boca de nuevo, y un rugido de un hueso rompiéndose sonó a través del claro.

Sólo que no había salido de la garganta de la criatura.



El ruido no había terminado de hacer eco antes de que el Naga saliera volando fuera de mí, chocando contra un árbol con tanta fuerza que agrietó la madera. Alcancé a ver el oro reluciente de su máscara y el cabello, y las largas garras mortales antes de que Tamlin los arrancara de la criatura.

El Naga que me sostenía chilló y me soltó, saltando sobre sus pies mientras las garras de Tamlin trituraban el cuello de su compañero. La carne y la sangre arrancada.

Me mantuve en el suelo, el cuchillo listo, esperando.

Tamlin dejó salir otro rugido que hizo que la médula de mis huesos se volviera fríos y reveló los alargados caninos.

La criatura restante se precipitó por el bosque.

Logró sólo unos pasos de distancia antes de que Tamlin lo derribara, fijándolo a la tierra. Y destripó al Naga en un profundo largo golpe.

Recordé donde estaba, mi cara medio enterrada en las hojas, ramitas y musgo. No traté de levantarme. Estaba temblando de tal manera que pensé que iba a romperme en pedazos. Era lo único que podía hacer para seguir manteniendo el cuchillo.

Tamlin se puso de pie, desgarrando con sus garras el abdomen de la criatura. Sangre y vísceras goteaban de ellos, manchando el musgo de color verde oscuro.

Gran Señor. Gran Señor. Gran Señor.

Rabia salvaje aún ardía en su mirada, y di un respingo cuando se arrodilló a mi lado. Se acercó otra vez, pero me eché hacia atrás, lejos de las garras sangrientas que todavía estaban fuera. Me senté antes de reanudarse el temblor. Sabía que no podía ponerme de pie.

- —Feyre —dijo. La ira se desvaneció de sus ojos, y las garras se deslizaron de nuevo bajo su piel, pero el rugido aún sonaba en mis oídos. No había nada en ese sonido, solo furia primitiva.
 - -¿Cómo? -Fue todo lo que pude decir, pero él me entendió.
- —Estaba rastreando un grupo de ellos, estos cuatro escaparon, y deben haber seguido tu olor por el bosque. Te oí gritar.



Así que él no sabía de la Suriel. Y él... él había venido por mí.

Alargó una mano, y me estremecí cuando me recorrió con sus dedos fríos y húmedos mi dolorida mejilla. Sangre...había sangre en ellos. Y por la pegajosidad en mi cara, supe que había suficiente sangre salpicada en mí que no haría ninguna diferencia.

El dolor en mi cara y mi brazo se atenuó, y luego desapareció. Sus ojos se oscurecieron un poco al ver el moretón que sabía que ya estaba en mi mejilla, pero las palpitaciones disminuyeron rápidamente. El olor metálico de la magia me envolvió, y luego se alejó flotando en una brisa ligera.

—Encontré a uno medio muerto a un kilómetro de distancia continuó, sus manos dejaron mi rostro cuando se desabrochó el tahalí, entonces se quitó la túnica y me la entregó. La parte frontal de la mía había sido arrancada y desgarrada por las garras de los Nagas—. Vi una de tus flechas en su garganta, así que seguí sus huellas hasta aquí.

Me puse la túnica de Tamlin sobre la mía, ignorando la facilidad con que podía ver el corte de sus músculos bajo la camisa blanca, la sangre empapándola hizo que se destacaran aún más. Un depredador pura raza, para matar sin pensarlo dos veces, sin remordimiento. Me estremecí de nuevo y saboreé el calor que se filtraba de la tela. Gran Señor. Debería haberlo sabido, debí haberlo adivinado. Tal vez no lo había querido... tal vez lo había temido.

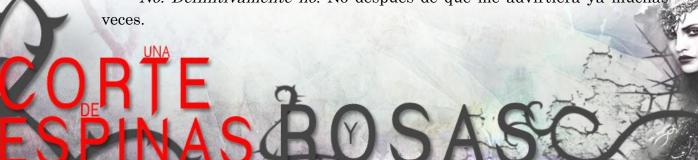
-Aquí -dijo, poniéndose de pie y ofreciéndome una mano manchada de sangre. No me atreví a mirar a los Nagas mientras tomaba su mano extendida y me puse de pie. Mis rodillas se doblaron, pero me mantuve en posición vertical.

Me quedé mirando nuestras manos entrelazadas, cubiertas en sangre que no era la nuestra.

No, él no había sido el único que derramó sangre. Y no era sólo mi sangre la que todavía recorría mi lengua. Tal vez eso me hacía tanto una bestia como a él. Pero me había salvado. Asesinado por mí. Escupí sobre la hierba, deseando no haber perdido mi cantimplora.

—¿Quiero saber qué estabas haciendo aquí afuera? —preguntó.

No. Definitivamente no. No después de que me advirtiera ya muchas veces.



—Pensé que no estaba confinada entre la casa y el jardín. No me di cuenta que había ido tan lejos.

Dejó caer mi mano.

—Los días que sea llamado para tratar con... problemas, mantente cerca de la casa.

Asentí un poco aturdida.

—Gracias —murmuré, luchando más allá de la agitación de mi cuerpo y mi mente. La sangre del Naga se hizo casi insoportable. Escupí de nuevo—. No... no sólo por esto. Por salvar mi vida, quiero decir.

Quería decirle lo mucho que significaba... que el Gran Señor de la Corte de Primavera pensara que *valía* la pena salvar... pero no podía encontrar las palabras.

Sus colmillos se desvanecieron.

—Fue... lo menos que podía hacer. Ellos no deberían haberte traído tan lejos de mis tierras. —Él negó, más para sí mismo, y sus hombros hundidos—. Vamos a casa —dijo, perdonándome el esfuerzo de explicar por qué había estado aquí en primer lugar. No me atreví a decirle que su casa no era mi casa, que yo podría no tener casa después de todo.

Caminamos de regreso en silencio, ambos pálidos y empapados de sangre. Todavía podía sentir la carnicería que habíamos dejado detrás de la tierra y los árboles empapados de sangre. Los miembros de los Nagas.

Bueno, por lo menos había aprendido algo de la Suriel. Incluso si no era del todo lo que quería oír o saber.

Permanece con el Gran Señor. Bien... bastante fácil. Pero en cuanto a la lección de historia que había estado a punto de darme, sobre reyes malvados y sus comandantes y que sin embargo ataron al Gran Señor a mi lado y la maldición... todavía no tenía suficientes detalles para poder minuciosamente advertir a mi familia. Pero el Suriel me había dicho que no fuera en busca de más respuestas.

Tuve la sensación de que sin duda sería tonto ignorar su consejo. Entonces mi familia tendría que conformarse con el esqueleto de mi conocimiento. Esperemos que fuera suficiente.



No le pregunté a Tamlin nada más sobre los Nagas... Sobre cuántos había matado antes de esos cuatro, no pregunté nada, porque no detecté un rastro de triunfo en él, sino más bien una profunda especie de vergüenza y derrota.



CAPÍTULO 16

TRADUCIDO POR RORY CÁCERES / CORREGIDO POR PAUPER

Después de sumergirme en el baño por casi una hora, me encontré sentada en la silla de espalda baja delante de la llameante chimenea de mi habitación, saboreando la sensación de Alis cepillando mi cabello húmedo. Aunque la cena sería servida pronto, Alis tenía una taza de chocolate fundido y se negó a hacer nada hasta que yo hubiera tomado un par de sorbos.

Fue la mejor cosa que había probado. Bebí de la gruesa jarra mientras cepillaba mi cabello, casi ronroneando mientras sentía sus delgados dedos a lo largo de mi cuero cabelludo.

Pero cuando las otras criadas habían bajado para ayudar con la comida, bajé mi taza a mi regazo.

—Si más hadas siguen cruzando las fronteras y atacando, ¿habrá una guerra? —Tal vez deberíamos tomar posición, tal vez es tiempo de decir "suficiente", le había dicho Lucien a Tamlin la primera noche.

El cepillo se quedó quieto.

—No hagas esas preguntas. Atraerás la mala suerte.

Me revolví en mi asiento, mirando su enmascarada cara.

—¿Por qué los otros Grandes Señores no mantienen a sus súbditos en la línea? ¿Por qué esas horribles criaturas tienen permitido rugir cuando quieran? Alguien comenzó a contarme una historia sobre un rey en Hiberno...

Alis tomó mi hombro y me giró hacia delante.

- —No es nada por lo que debas preocuparte.
- —Oh, creo que lo es. —Me giré de nuevo, agarrando el espaldar de la silla de madera—. Si esto llega hasta el mundo humano, si hay una guerra, o si esta maldición envenena nuestras tierras... —Empujé contra el creciente pánico. Tenía que advertirle a mi familia, *escribirles*. Pronto.



- —Cuanto menos sepas, mejor. Deja que el Señor Tamlin maneje eso, él es el único que puede. —La Suriel había dicho mucho. Los ojos marrones de Alis eran duros, imperdonables—. ¿Creías que nadie me diría lo que pediste que te dieran hoy en la cocina, o que no me daría cuenta de que fuiste a cazar? Tonta, niña estúpida. Coger una Suriel de tal modo, te merecerías la muerte que habrías tenido. No sé qué es peor, esto o tu idiotez con el puca.
 - —¿Habrías hecho otra cosa? Si tuvieras una familia...
 - —Tengo una familia.

La miré de arriba abajo. No había anillo en su dedo.

Alis notó mi mirada y dijo:

- —Mi hermana y su marido fueron asesinados hace 50 años, dejando dos jovencitos atrás. Todo lo que hago, todo por lo que trabajo, es para esos muchachos. Así que no tienes derecho de darme esa mirada y preguntarme si haría algo diferente, niña.
- —¿Dónde están? ¿Viven aquí? —Tal vez ese era el porqué de que hubiera libros para niños en el estudio. Tal vez esos dos pequeños y brillantes figuras en el jardín... tal vez esos fueron ellos.
- —No, ellos no viven aquí —dijo bruscamente—. Están en otro lado... muy lejos.

Consideré lo que había dicho y entonces me di cuenta.

—¿Los niños hada crecen de forma diferente?

Si sus padres habían sido asesinados hacía casi 50 años, difícilmente podían ser niños.

—Ah, algunos envejecen como tú y pueden reproducirse como conejos, pero hay otras clases, como la mía, como la del Alto Fae, quienes rara vez son capaces de procrear. Los que envejecen un poco más lento. Todos estuvimos en shock cuando mi hermana concibió al segundo solo 5 años más tarde, y el más grande no alcanzará la adultez hasta los 75. Pero son muy raros, todos los jóvenes lo son, y más preciados para nosotros que las joyas o el oro. —Apretó la mandíbula con la fuerza suficiente que me dio a entender que aquello sería lo único que obtendría de ella.



—No pretendía cuestionar tu dedicación hacia ellos —dije calmadamente. Cuando no contestó, añadí—: Entiendo a lo que te refieres, sobre hacer todo por ellos.

Los labios de Alis se achicaron, pero dijo:

—La próxima vez que ese tonto de Lucien te de un consejo sobre cómo atrapar una Suriel, acude a mí. Gallinas muertas, mi hundido trasero. Todo cuanto necesitabas hacer era ofrecerle una nueva túnica, y se habría humillado a tus pies.



Para cuando entré en el comedor había parado de temblar, y un poco de calidez había vuelto a mis venas. Gran Señor de Prythian o no, no me acobardaría, no después de lo que había vivido hoy.

Lucien y Tamlin ya estaban esperándome en la mesa.

—Buenas noches —dije, yendo hacia mi usual asiento. Lucien movió su cabeza en forma de pregunta silenciosa, y le di un pequeño asentimiento mientras me sentaba. Su secreto aún estaba a salvo, aunque se merecía ser golpeado por enviarme tan inexperta a la Suriel.

Lucien se movió un poco en su silla.

—Escuché que tuvieron una tarde emocionante. Desearía haber estado ahí para ayudar.

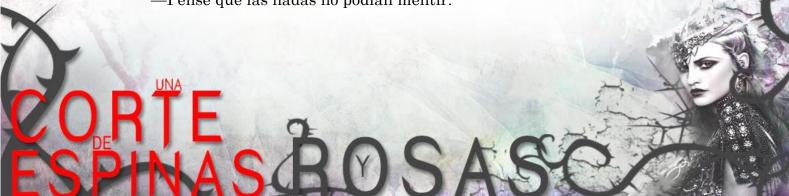
Una escondida, tal vez sentida disculpa a medias, pero le di otro pequeño asentimiento.

Él dijo con forzada delicadeza:

—Bueno, aún te sigues viendo adorable a pesar del infierno por el que pasaste esta tarde.

Resoplé. Nunca me había visto adorable en toda mi vida.

—Pensé que las hadas no podían mentir.



Tamlin se ahogó con el vino, pero Lucien sonrió, con esa cicatriz rígida y brutal.

- —¿Quién te dijo eso?
- —Todos lo saben —dije, apilando comida en mi plato, incluso mientras empezaba a preguntarme sobre todo lo que me habían dicho hasta ahora, todas las declaraciones que había aceptado como verdad pura.

Lucien se recostó en su silla, sonriendo con deleite felino.

—Por supuesto que podemos mentir. Encontramos mentir como un arte. Y mentimos cuando les dijimos a esos mortales ancianos que no podíamos mentir. ¿Cómo sino podríamos haber conseguido que confiaran en nosotros y en nuestra oferta?

Mi boca se convirtió en una fina y quieta línea. Él estaba diciendo la verdad, porque si estaba mintiendo... la lógica de eso hizo que mi cabeza girara.

- —¿Hierro? —Me las arreglé para decir.
- -No nos hace ningún daño. Solo el fresno, como bien sabes.

Mi cara se calentó. Había tomado todo lo que me habían dicho como una verdad. Tal vez la Suriel también había estado mintiendo hoy, con la larga explicación sobre la política de los reinos de las hadas. Sobre que permaneciera con el Gran Señor, y que todo se arreglaría al final.

Miré a Tamlin. *Gran Señor*. Eso no era una mentira, podía sentir esa verdad en mis huesos. Incluso si no actuaba como los Grandes Señores de las leyendas que sacrificaban vírgenes y humanos a su merced. No. Tamlin era... exactamente como esos fanáticos, esos Hijos del Bendito con ojos de becerro habían representado con bondades y comodidades de Prythian.

—Aunque Lucien haya revelado algo de nuestros más guardados secretos —dijo Tamlin, diciendo la última palabra a su compañero con un gruñido—. Nunca usamos nuestra desinformación contra ti. —Su mirada se encontró con la mía—. Nunca te mentimos voluntariamente.

Conseguí asentir y tomar un largo trago de agua. Comí en silencio, muy ocupada tratando de descifrar cada palabra que había escuchado desde



mi llegada—que no me di cuenta cuándo Lucien se excusó antes de irse. Dejándome sola con el ser más peligroso que hubiese conocido.

Las paredes parecieron comprimirme.

—¿Te sientes...mejor? —Aunque tenía su barbilla apoyada en un puño, preocupación—y tal vez sorpresa por esa preocupación—brillaba en sus ojos.

Tragué fuerte.

- —Si nunca me vuelvo a encontrar con una Naga, me consideraré afortunada.
 - —¿Qué estabas haciendo en los bosques del oeste?

Verdad o mentira, mentira o verdad... ambos.

—Una vez escuché una leyenda sobre una criatura que respondería a tus preguntas si conseguías atraparla.

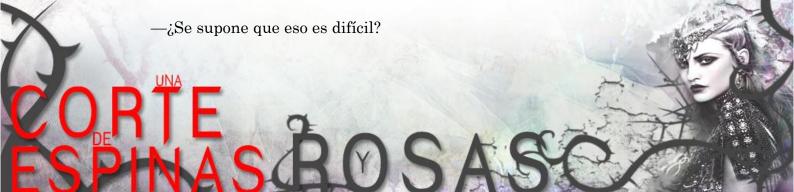
Tamlin se estremeció mientras sus garras salían, rebanando su cara. Pero las heridas se cerraron tan rápido como aparecieron, dejando solo una mancha de sangre bajando por su piel dorada, que limpió con el reverso de su manga.

- —Fuiste para atrapar a la Suriel.
- —Atrapé a la Suriel —lo corregí.
- —¿Y te dijo lo que querías saber? —No estaba segura de que él estuviera respirando.
- —Fuimos interrumpidos por las Nagas antes de que pudiera decirme algo que valiera la pena.

Su boca se tensó.

—Empezaría a gritar, pero creo que hoy fue suficiente castigo. — Negó—. De verdad metiste a una Suriel en una trampa. Una chica humana.

A pesar de mí misma, a pesar de la tarde, mis labios se torcieron hacia arriba.



Se rió, y luego terminó de sacar algo de su bolsillo.

—Bueno, si soy afortunado, no tendré que atrapar una Suriel para saber qué es esto. —Levantó mi arrugada lista de palabras.

Mi corazón cayó hasta mi estómago.

- —Es... —No podía pensar en una buena mentira. Todo era absurdo.
- —¿Inusual? ¿Cola? ¿Asesinato? ¿Conflagración?—Leyó la lista. Quería hacerme un ovillo y morir. Palabras que no pude reconocer de los libros, palabras que ahora parecían tan simples, tan absurdamente fáciles mientras él las decía en voz alta—. ¿Es esto un poema sobre asesinarme y luego enterrar mi cuerpo?

Mi garganta se cerró, y tuve que mantener mis manos en puños para evitar ocultar mi rostro en ellas.

—Buenas noches —dije, apenas más fuerte que un susurro, y me puse de pie con piernas temblorosas.

Estaba cerca de la puerta cuando habló de nuevo.

—Los amas mucho, ¿verdad?

Medio me giré hacia él. Sus verdes ojos se encontraron con los míos mientras se levantaba de su silla para caminar hacia mí. Se detuvo a una distancia respetable.

La lista de palabras estaba todavía arrugada en su mano.

- —Me pregunto si tu familia se da cuenta —murmuró—, que todo cuanto has hecho no fue por tu promesa a tu madre, o por tu bien, sino por el de ellos. —No dije nada, no confiando en que mi voz mantuviese mi vergüenza escondida—. Sé... sé que cuando lo dije antes no salió bien, pero podría ayudarte a escribir...
- —Déjame en paz —dije. Estaba casi cruzando la puerta cuando me choqué con alguien—con él. Me tambaleé un paso atrás. Había olvidado cuán rápido era.
 - —No te estoy insultando. —Su voz silenciosa lo hizo peor.
 - -No necesito tu ayuda.



—Claramente no —dijo con una media sonrisa. Pero su sonrisa se desvaneció—. Una humana que pudo derribar un hada con piel de lobo, quien atrapó una Suriel y mató dos Nagas con sus propias... —Se ahogó en una risa y negó. La luz del fuego bailó en su máscara—. Son unos tontos. Tontos por no verlo. —Hizo una mueca de dolor. Pero sus ojos no mostraron burla—. Aquí —dijo él, extendiendo la lista de palabras. La guardé en mi bolsillo y me giré, pero agarró mi brazo gentilmente—. Abandonaste mucho por ellos. —Levantó la otra mano como si fuera a acariciar mi mejilla. Me preparé para el contacto, pero la bajó antes de hacerlo—. ¿Siquiera sabes cómo reír?

Sacudí mi brazo, sin poder detener las enojadas palabras. Maldito fuera el Gran Señor.

—No quiero tu lástima.

Sus ojos jade brillaron tan fuertes que no pude mirar hacia otro lado.

- —¿Qué tal un amigo?
- —¿Las hadas pueden ser amigos de los humanos?
- —Quinientos años atrás, las hadas fueron lo suficientemente amigos de los mortales como para ir a la guerra a su favor.
- —¿Qué? —Nunca antes había escuchado aquello. Y no había estado en ese mural en el estudio.
- —¿Cómo crees que los soldados humanos sobrevivieron como lo hicieron, e infligieron tanto daño como para que nuestra especie tuviese que crear un tratado? ¿Sólo con armas de fresno? Hubo hadas que pelearon y murieron al lado de los humanos por su libertad, y quienes lloraron cuando la única solución fue separar nuestra gente.
 - —¿Fuiste uno de esos?
- —Era un niño en ese tiempo, demasiado pequeño para entender lo que estaba sucediendo, o incluso para saber —dijo. Un *niño*. Lo que significaba que él debería rondar los...—. Pero si hubiera tenido la suficiente edad, sí habría luchado. Contra la esclavitud, la tiranía—iría felizmente al encuentro con mi muerte sin importar la libertad de quien estuviera defendiendo.



No estaba segura de que yo hiciera lo mismo. Mi prioridad sería proteger a mi familia, y habría elegido cualquier lado que los mantuviese seguros. No había pensado en eso como una debilidad hasta ahora.

- —Por si sirve de algo —dijo Tamlin—, tu familia sabe que estás a salvo. No tienen recuerdos de una bestia reventando su cabaña y piensan que una perdida y muy rica tía te llamó para ayudarla en su lecho de muerte. Saben que estás viva, alimentada y cuidada. Pero también saben que hay un rumor de... una amenaza en Prythian, y están preparados para correr ante cualquier signo de peligro de que se produzca una falla en el muro.
- —Tú... ¿alteraste sus recuerdos? —Di un paso atrás. Arrogante hada. Una hada tan arrogante como para cambiar nuestras mentes, para implantar pensamientos como si aquello no fuera una violación...
- —Cubrí sus recuerdos, como poner un velo sobre ellos. Temía que tu padre viniera tras de ti, o persuadiera a algunos vecinos para que cruzaran el muro con él y violaran el Trato.

Y todos habrían muerto de todos modos, una vez que hubieran ido hacia cosas como la puca o el Bogge o las Nagas. Un silencio cubrió mi cabeza, hasta que estuve tan exhausta que apenas podía pensar y no pude evitar decir:

-No lo conoces. Mi padre no se habría molestado en hacer nada.

Tamlin me miró por un largo momento.

—Sí, lo habría hecho.

Pero no lo habría hecho, no con esa rodilla rota. No con eso como excusa. Me di cuenta en ese momento que la ilusión de la puca había sido arrancada.

Alimentada, cómoda y a salvo, ellos incluso habían sido advertidos sobre la maldición, entendieran o no el peligro. Sus ojos estaban abiertos, honestos. Había ido más lejos de lo que podría haber adivinado para apaciguar cada una de mis preocupaciones.

—¿De verdad les advertiste sobre la posible amenaza?

Un pequeño asentimiento.

—No una gran advertencia pero... Está en la ilusión de sus recuerdos, junto con la orden de correr a la primera señal de mal.

Hada arrogante, pero... pero había hecho más de lo que yo podría haber hecho. Mi familia habría ignorado totalmente mi carta. Si hubiera sabido que tenía esas habilidades, le podría haber pedido al Gran Señor encubrir sus recuerdos si no lo hubiera hecho por sí mismo.

No tenía nada por lo que molestarme, excepto por el hecho de que probablemente me olvidarían más rápido de lo que había esperado. No podía culparlos enteramente. Mi voto cumplido, mi tarea cumplida, ¿qué me quedaba?

La luz del fuego danzó en su máscara, calentando el dorado, estableciendo las esmeraldas brillantes. Semejante color y variación de colores que no conocía, colores que quería catalogar y entretejer juntos. Colores que no tenía por qué no explorar ahora.

—Pinturas —dije, un poco más fuerte que un susurro. Movió su cabeza y tragué, reacomodando mis hombros—. Si... si no es mucho pedir, me gustarían pinturas. Y pinceles.

Tamlin parpadeó.

—¿Te gusta el... arte? ¿Te gusta pintar?

Sus vacilantes palabras no eran malas. Fue lo suficiente para decir:

- —Sí. No soy... no soy buena, pero si no es mucha molestia... pintaré afuera, así no haré un desastre, pero...
- —Afuera, dentro, en el techo, pinta donde quieras, no me importa. Pero si necesitas pinceles y pinturas, también necesitas papel y un lienzo.
- —Puedo trabajar, ayudar en la cocina o en los jardines para pagar por ello.
- —Serías más un obstáculo. Tardarán unos días en llegar, pero la pintura, los pinceles, el lienzo, y el espacio son todos tuyos. Trabaja donde quieras. De todos modos esta casa está demasiado limpia.

—Gracias. Lo digo verdaderamente en serio, gracias.



- —Por supuesto. —Me giré, pero habló de nuevo—: ¿Has visto la galería?
 - —¿Hay una galería en esta casa? —espeté.

Él sonrió, de verdad sonrió, el Gran Señor de la Corte de Primavera.

—La cerré cuando heredé este lugar. —Cuando él heredó un título que parecía emocionado por mantener—. Parecía una pérdida de tiempo tener a los sirvientes manteniéndola limpia.

Por supuesto que sí, a un guerrero entrenado. Él continuó.

—Estaré ocupado mañana, y las galerías necesitan ser limpiadas así que... pasado mañana, déjame enseñarte la galería. —Frotó su cuello, un color tenue apareciendo en sus mejillas, más vivas de lo que las había visto—. Por favor... sería un placer.

Y de verdad creí que lo sería.

Asentí tontamente. Si las pinturas en las paredes eran exquisitas, entonces las que habían elegido para la galería tenían que sobrepasar la imaginación humana.

—Me gustaría eso... muchísimo.

Me sonrió ampliamente y sin restricciones ni vacilación. Isaac nunca me había sonreído así. Isaac nunca había hecho que aguantara mi respiración.

La sensación era lo suficiente sorprendente para que me fuera, agarrando el papel arrugado en el bolsillo como si al hacerlo pudiera de alguna manera mantener esa sonrisa tirando de mis labios.



CAPÍTULO 17

TRADUCIDO POR RAELEEN P // CORREGIDO POR PAUPER

Me desperté sobresaltada y jadeando a mitad de la noche. Mis sueños habían estado llenos del chasquido de los dedos huesudos de la Suriel, la Naga sonriente y una mujer sin rostro, arrastrando sus uñas rojo sangre por mi garganta, mi sangre brotaba de los cortes superficiales de mi cuello, ahogándome.

Pasé mis manos por mi cabello empapado en sudor. Al tiempo en que mi respiración se tranquilizaba, un sonido diferente llenó el aire, arrastrándose desde el pasillo principal hasta la rendija debajo de la puerta. Gritos y los chillidos de alguien.

Estuve fuera de mi cama en un latido. Los gritos no eran agresivos, más bien autoritarios... ordenantes. Pero los chillidos...

Cada vello en mi cuerpo se erizó al abrir la puerta. Pude haberme quedado y acobardado, pero había escuchado chillidos como esos anteriormente, en el bosque de mi casa, cuando no mataba rápidamente y los animales sufrían. No podía soportarlo. Y tenía que saber.

Llegué a la gran escalinata justo a tiempo para ver que las puertas principales de la mansión se abrían de golpe y Tamlin entraba a toda prisa, con un hada gritando sobre su hombro.

El hada era casi tan grande como Tamlin y aun así, el Gran Señor lo cargaba como si no fuera más que un saco de grano. Otra especie de hada menor, con piel azul, extremidades desgarbadas, orejas puntiagudas y largo cabello negro como el ónix. Pero incluso desde lo alto de la escalinata, podía ver la sangre cayendo por la espalda del hada; sangre de los muñones oscuros sobresaliendo de sus omóplatos. Sangre que ahora empapaba la túnica verde de Tamlin con manchas oscuras y brillantes. En su tahalí faltaba una de sus cuchillas.

Lucien corría por el vestíbulo de abajo justo cuando Tamlin gritó:



Lucien tiró los floreros de la gran mesa al centro del salón. O Tamlin no estaba pensando con claridad o había temido gastar minutos extra llevando al hada a la enfermería. El cristal destrozándose hizo que mis pies se movieran, y ya estaba a la mitad de las escaleras antes de que Tamlin depositara al hada encogida, poniendo primero su cara en la mesa. El hada no tenía máscara; no había nada que ocultara la agonía que contorsionaba sus largas facciones sobrenaturales.

- —Los exploradores lo encontraron tirado justo en la frontera —le explicó Tamlin a Lucien, pero sus ojos me lanzaban flechas. Destellaron con advertencia pero di otro paso. A Lucien le dijo—: Es de la Corte de Verano.
 - —Por el Caldero —dijo Lucien, inspeccionando el daño.
- —Mis alas —dijo el hada ahogadamente, sus ojos negros y brillantes abiertos como platos y viendo a la nada—. Ella se llevó mis alas.

Otra vez esa *ella* sin nombre que atormentaba sus vidas. Si no estaba reinando la Corte de Primavera, entonces tal vez gobernaba otra. Tamlin hizo un movimiento con la mano y agua humeante y vendajes simplemente *aparecieron* sobre la mesa. Mi boca se secó, pero llegué al inicio de las escaleras y seguí caminando hacia la mesa y hacia la muerte que, con seguridad, se cernía en este salón.

—Se llevó mis alas —dijo el hada—. Ella se llevó mis alas —repitió, agarrando el borde de la mesa con dedos larguiruchos y azules.

Tamlin murmuró un sonido suave y silencioso, gentil de una manera en la que nunca lo había oído, y tomó un paño para mojarlo en el agua. Tomé un lugar al otro lado de la mesa de Tamlin, y el aliento abandonó mi pecho mientras contemplaba el daño.

Quién sea que fuera *ella*, no solo se había llevado sus alas. Se las había arrancado.

La sangre exudaba de los negros muñones aterciopelados en la espalda del hada. Las heridas eran irregulares... Cartílagos y tejido cercenados en lo que parecía ser cortes desiguales. Como si hubiese cortado sus alas pedazo por pedazo.

—Se llevó mis alas —dijo el hada otra vez, su voz rompiéndose. Al tiempo que temblaba, el shock haciéndose cargo, su piel relució con venas de puro oro, iridiscente, como una mariposa azul.



- —Permanece quieto —ordenó Tamilin, escurriendo el paño—. Te desangrarás más rápido.
- —N-n-no —empezó el hada, y comenzó a retorcerse sobre su espalda, lejos de Tamlin, del dolor que seguramente venía cuando ese paño tocó esos muñones en carne viva.

Quizá fue instinto, o piedad, o desesperación, el agarrar la parte superior del brazo del hada y sujetarlo, sujetarlo en la mesa lo más suavemente posible. Movía las piernas, tan fuerte que tuve que concentrarme solamente en sujetarlo. Su piel era tan suave y resbalosa como el terciopelo, una textura que nunca podría pintar, ni siquiera si tuviera una eternidad para dominarla. Pero lo empujé, apretando los dientes y deseando que se detuviera. Miré a Lucien, pero el color se había ido de su rostro, dejando un enfermizo color verde-blanco en su lugar.

—Lucien —dijo Tamlin, una tranquila orden. Pero Lucien continuó observando la espalda arruinada del hada, a los muñones, su ojo de metal abriéndose y estrechándose. Retrocedió un paso. Y otro. Y entonces vomitó en una maceta antes de trotar fuera de la habitación.

El hada se retorció y lo mantuve quieto, mis brazos temblaban por el esfuerzo. Sus heridas debieron de haberlo debilitado mucho si podía sujetarlo.

- —Por favor —dije en voz baja—. Por favor no te muevas.
- —Se llevó mis alas —sollozó el hada—. Se las llevó.
- —Lo sé —murmuré, mis dedos doliendo—. Lo sé.

Tamlin tocó uno de los muñones con el paño y el hada gritó tan fuerte que mis sentidos se agrietaron, enviándome tambaleante hacia atrás. Intentó levantarse pero sus brazos se doblaron, y colapsó bocabajo sobre la mesa otra vez.

La sangre brotó, tan rápido y brillante que me tomó un latido darme cuenta que una herida como esta necesitaba un torniquete, y que aquella hada había perdido demasiada sangre para hacer alguna diferencia. Escurrió por su espalda, por la mesa, donde corría por el borde y *goteaba-goteaba-goteaba* en el piso, cerca de mis pies.

Encontré la mirada de Tamlin sobre mí.



- —Las heridas no están coagulándose —susurró Tamlin, el hada jadeaba.
- —¿No puedes usar tu magia? —pregunté, deseando poder arrancarle la máscara de la cara y ver su expresión completa.

Tamlin tragó duro.

-No. No para daños graves. Una vez, pero ya no.

El hada sobre la mesa se quejó, su jadeo se hacía más lento.

—Se llevó mis alas —susurró.

Los ojos verdes de Tamlin vacilaron y supe, en ese momento, que el hada iba a morir. La muerte no solo se cernía sobre esta sala; estaba haciendo la cuenta regresiva de los latidos restantes del hada.

Tomé una de las manos del hada entre las mías. La piel de ahí era casi coriáceo y, tal vez más por reflejos que nada, sus largos dedos se envolvieron alrededor de los míos, cubriéndolos en su totalidad.

—Ella se llevó mis alas —dijo de nuevo, su temblor disminuyó un poco.

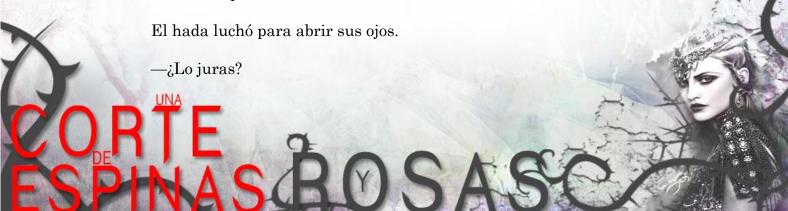
Cepillé el largo y húmedo cabello de la cara a medio girar del hada, revelando una nariz puntiaguda y una boca llena de dientes afilados. Sus ojos se desplazaron hacia los míos, rogando, suplicando.

—Estarás bien —dije, y deseé que no pudiera oler las mentiras como la Suriel. Acaricié su cabello lacio, su textura como noche líquida, otra cosa que no podría pintar nunca, pero podía intentarlo, quizá para siempre—. Todo estará bien.

El hada cerró sus ojos, y apreté el agarré de su mano.

Algo húmedo tocó mis pies, y no necesitaba bajar la mirada para saber que su sangre se había acumulado alrededor.

- —Mis alas —susurró el hada.
- —Las recuperarás.



—Sí —dije en un susurro.

El hada logró sonreír levemente y volvió a cerrar sus ojos. Mi boca tembló. Deseé tener algo más que decir, algo más para ofrecerle que mis promesas vacías. El primer juramento falso que había hecho. Pero Tamlin comenzó a hablar, y levanté la mirada y lo vi tomar la otra mano del hada.

—Que el Caldero te salve —dijo, recitando las palabras de una oración que probablemente era más vieja que el reino mortal—. Que Madre te sostenga. Pasa por las puertas y huele la tierra inmortal de leche y miel. No temas al mal. No sientas dolor —la voz de Tamlin vaciló pero terminó—. Ve, y entra a la eternidad.

El hada lanzó un último suspiro, y su mano se volvió débil en la mía. Pero no lo solté, y seguí acariciando su cabello, aun cuando Tamlin lo soltó y se alejó unos pasos de la mesa.

Podía sentir los ojos de Tamlin sobre mí, pero no podía soltarlo. No sabía cuánto tiempo tardaba un alma en desaparecer del cuerpo. Permanecí sobre el charco de sangre hasta que se enfrió, sosteniendo la mano larguirucha del hada y cepillando su cabello, preguntándome si sabía que mentía cuando le juré que recuperaría sus alas, preguntándome si, dónde sea que se hubiese ido, las *había* recuperado.

Un reloj sonó en algún lado de la casa, y Tamlin agarró mi hombro. No me había dado cuenta lo fría que estaba hasta que el calor de su mano me calentó a través de mi camisón.

—Se ha ido. Déjalo ir.

Estudié el rostro del hada... tan sobrenatural, tan inhumano. ¿Quién podría ser tan cruel como para herirlo de esta forma?

—Feyre —dijo Tamlin, apretando mi hombro. Puse el largo cabello del hada detrás de su oreja puntiaguda, deseé haber sabido su nombre y lo dejé ir.

Tamlin me llevó escaleras arriba, a ninguno de los dos nos importaban las huellas de sangre que dejábamos atrás o la sangre helada que empapaba el frente de mi camisón. Pero hice una pausa en los escalones, retorciéndome fuera de su agarre, y miré hacia la mesa en el vestíbulo.



- —No podemos dejarlo ahí —dije, bajando un escalón. Tamlin me tomó del codo.
- —Lo sé —dijo, las palabras vacías y cansadas—. Primero iba a acompañarte hasta arriba.

Antes de que lo enterrara.

- —Quiero ir contigo.
- -En la noche es muy mortífero para que tú...
- —Puedo aguantar...
- —No —dijo, sus ojos verdes brillaron. Me enderecé pero él suspiró, sus hombros se encorvaron—. Debo hacer esto. Solo.

Su cabeza estaba inclinada. Sin garras ni colmillos... No había nada qué hacer contra este enemigo, este destino. Nadie que peleara con él. Así que asentí porque yo también habría querido hacerlo sola, y me giré hacia mi habitación. Tamlin se quedó en lo alto de las escaleras.

—Feyre —dijo, tan suave que me giré para verlo—. ¿Por qué? —Inclinó su cabeza hacia un lado—. En un buen día no te agrada nuestra especie. Y después de Andras... —Incluso en el oscuro pasillo, sus ojos usualmente brillantes, se encontraban ensombrecidos—. ¿Entonces por qué?

Di un paso más cerca de él, mis pies cubiertos de sangre se pegaban a la alfombra. Bajé la mirada en donde aún podía ver la figura bocabajo del hada y los muñones de sus alas.

—Porque no querría morir sola —dije, y mi voz tembló al mirar a Tamlin de nuevo, obligándome a encontrarme con su mirada—. Porque me gustaría que alguien tomara mi mano hasta el final y aun después de éste. Eso es algo que todos merecen, humano o hada. —Tragué duro, mi garganta estaba apretada dolorosamente—. Me arrepiento de lo que le hice a Andras —dije, las palabras tan estranguladas que no eran más que un susurro—. Siento que hubiese... tal odio en mi corazón. Desearía poder deshacerlo y... Lo siento. Lo siento mucho.

No podía recordar la última vez, si es que hubo alguna vez, que le hablé a alguien de esa forma. Pero él simplemente asintió y se giró, y me pregunté si debí haber dicho más, si debí arrodillarme y rogar por su perdón. Si él



sentía tal dolor, tal culpa por un extraño, entonces Andras... Para cuando abrí mi boca, él ya estaba abajo.

Lo observé... Observé cada movimiento que hacía, los músculos de su cuerpo eran visibles a través de esa túnica empapada de sangre, observé aquel peso invisible cayendo sobre sus hombros. Él no me miró mientras levantaba el cuerpo roto y lo llevaba hasta las puertas del jardín, más allá de mi línea de visión. Fui hasta la ventana de las escaleras, observando a Tamlin llevar al hada por el jardín iluminado por la luna hacia los sembradíos. No miró hacia atrás ni una sola vez.



CAPÍTULO 18

TRADUCIDO POR RINCONE & ISSA SANABRIA // CORREGIDO POR PAUPER

Al día siguiente, la sangre del hada había sido limpiada a tiempo para comer, lavarme y vestirme. Me había tomado mi tiempo por la mañana, y era casi mediodía cuando me detuve en la cima de las escaleras, bajando la vista al pasillo de entrada. Solo para asegurarme de que todo estaba bien.

Me había concentrado en buscar a Tamlin y explicarle, realmente explicarle, cómo lo sentía sobre lo ocurrido con Andras. Si se suponía que me tenía que quedar aquí, con él, entonces podría al menos tratar de reparar lo que había arruinado. Le eché un vistazo a la gran ventana detrás de mí, la vista era tan amplia que podía ver todo el camino hasta el reflejo de la piscina más allá de los jardines.

El agua todavía era suficiente para que el vibrante cielo y las grandes e hinchadas nubes fueran reflejados perfectamente. Preguntarme sobre ellas parecía vulgar después de anoche, pero quizá.... quizá cuando *llegaran* las pinturas y pinceles, podría aventurarme por la piscina para capturarlo.

Podría haber estado mirando fijamente esa mancha de luz, color y textura si Tamlin y Lucien no hubieran aparecido desde la otra ala de la casa, hablando sobre alguna patrulla fronteriza u otra cosa. Ellos se callaron mientras yo bajaba las escaleras, y Lucien caminó con pasos largos directo a las puertas de entrada sin un buenos días ni nada, solo un movimiento casual de su mano. No fue un gesto mezquino, pero dejó claro que no tenía intención de unirse a la conversación que Tamlin y yo íbamos a tener.

Miré alrededor, esperando cualquier señal de esas pinturas, pero Tam señaló las puertas por las cuales Lucien había salido. Más allá de ellas, pude ver a nuestros caballos ya ensillados y esperando. Lucien ya se estaba montando en la silla de un tercer caballo. Me giré hacia Tamlin.

Permanecer con él; él me mantendrá a salvo, y las cosas estarrán. Bien. Podía hacerlo.

—¿Adónde vamos? —Mis palabras fueron medio masculladas.



—Tus suministros no llegaran hasta mañana, y la galería ha sido limpiada, y mi... reunión fue pospuesta. —¿Estaba divagando?—. Pensé que podríamos dar un paseo, sin matanza involucrada. O una naga de la que preocuparse.

Incluso mientras lo decía con una media sonrisa, pesar parpadeó en sus ojos. De hecho, había tenido suficiente muerte en los últimos dos días. Suficiente de matar hadas. De matar cualquier cosa. No había armas enfundadas alrededor o en su tahalí, pero la empuñadura de un cuchillo brillaba en su bota.

¿Dónde había enterrado al hada? Un Gran Señor cavando una tumba para un extraño. Quizá no lo habría creído si me lo hubieran dicho, no lo habría creído si él no me hubiese ofrecido un santuario en vez de la muerte.

-¿Hacia dónde? - pregunté. Él solo sonrió.



No se me ocurría ninguna palabra cuando llegamos, y saber que aunque hubiese sido capaz de pintarlo, nada le habría podido hacer justicia. No era simplemente porque era el lugar más hermoso en el que nunca había estado, o porque me llenó de anhelo y alegría, sino que se veía simplemente... *correcto*. Como si los colores, luces y patrones del mundo se hubiesen juntado para crear un lugar perfecto, un verdadero trozo de belleza. Después de anoche, era exactamente donde necesitaba estar.

Nos sentamos en la cima de una colina cubierta de hierba, con vistas a un claro del bosque con robles tan anchos y altos que podrían haber sido las columnas y torres de un antiguo castillo. Penachos brillantes de dientes de león iban a la deriva, y el suelo del claro estaba recubierto con azafranes, campanillas de invierno y jacintos que se mecían. Pasó una o dos horas del mediodía para el momento que llegamos, pero la luz era espesa y dorada.

A pesar de estar sólo nosotros tres, podría jurar que oí cantos. Abracé mis rodillas y bebí del valle.

—Trajimos una manta —dijo Tamlin, y miré sobre mi hombro para verlo señalar con su barbilla a la manta morada que habían dejado a unos cuantos metros de distancia. Lucien se dejó caer sobre ella y estiró las piernas. Tamlin permaneció de pie, esperando mi respuesta.



Negué y miré al frente, deslizando mi mano a través de la suave hierba, catalogando su color y textura. Nunca había sentido la hierba así, y ciertamente no iba a arruinar la experiencia sentándome en una manta.

Rápidos murmullos fueron intercambiados detrás de mí, y antes de que pudiera girar a investigarlos, Tamlin se sentó a mi lado. Su mandíbula estaba lo suficientemente apretada que miré hacia adelante.

- —¿Qué es este lugar? —dije, todavía corriendo mis dedos a través de la hierba. Por la esquina de mi ojo, Tamlin no era más que una reluciente figura dorada.
- —Solo un prado. —Detrás de nosotros, Lucien bufó—. ¿Te gusta? —me preguntó Tamlin rápidamente.

El verde de sus ojos combinaba con la hierba entre mis dedos, y las motas de ámbar eran como los rayos de luz solar que se colaban entre los árboles. Incluso su máscara, extraña y desconocida, parecía encajar dentro del claro. Como si este lugar hubiese sido creado solo para él. Podía imaginarlo aquí en su forma de bestia, acurrucado en la hierba, dormitando.

- —¿Qué? —dije. Había olvidado su pregunta.
- —¿Te gusta? —repitió, y sus labios se curvaron en una sonrisa.

Tomé un respiro desigual y miré al claro otra vez.

—Sí.

Él se rió entre dientes.

- —¿Eso es todo? ¿Sí?
- —¿Te gustaría que me postrase con gratitud por traerme aquí, Gran Señor?
 - —Ah. Con que la Suriel no te dijo nada importante, ¿eh?

Esa sonrisa suya encendió algo atrevido en mi pecho.

—También dijo que te gustaba ser cepillado, y que si era una chica lista, podría entrenarte con golosinas.



Tamlin echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas. A pesar de mi misma, dejé salir una suave risa.

—Podría morir de sorpresa —dijo Lucien detrás de mí—. Hiciste un chiste, Feyre.

Me volteé a mirarlo con una ligera sonrisa.

- —No quieres saber lo que el Suriel dijo sobre ti. —Levanté mis cejas, y Lucien levantó sus manos en derrota.
- —Pagaría un buen dinero para oír lo que el Suriel piensa de Lucien dijo Tamlin.

Un corcho estalló, seguido por el sonido de Lucien bebiendo el contenido de la botella y riendo entre dientes, farfulló:

—Cepillado.

Los ojos de Tamlin estaban aún brillantes por la risa mientras ponía una mano en mi codo, levantándome sobre mis pies.

—Vamos —dijo, apuntando con su cabeza colina abajo al pequeño arroyo que corría a lo largo de su base—. Quiero mostrarte algo.

Me puse de pie, pero Lucien permaneció sentado en la manta y levantó la botella de vino a modo de saludo. Tomando un trago de ella mientras se extendía sobre su espalda y miraba al verde follaje.

Cada uno de los movimientos de Tamlin eran precisos y eficientes, sus poderosas y musculosas piernas se comían la tierra mientras tejíamos nuestro camino entre los altos árboles, saltábamos sobre pequeños arroyos, y trepábamos empinados montículos. Nos detuvimos en la cima de una colina, y mis manos se aflojaron a mis costados. Allí, en un claro rodeado por imponentes árboles, había una brillante piscina plateada. Incluso desde la distancia, podía decir que no era agua, sino algo más raro e infinitamente más precioso.

Tamlin tomó mi muñeca, y me llevó colina abajo, sus callosos dedos gentilmente raspando contra mi piel. Él me soltó para saltar por encima de la raíz del árbol en una sola maniobra y merodeó por el borde del agua. Sólo podía apretar mis dientes mientras me tambaleaba detrás de él, lanzándome sobre la raíz.



Se agachó junto a la piscina y ahuecó sus manos para llenarlas. Las inclinó, dejando que el agua cayera.

—Echa un vistazo.

La plateada agua brillante que cayó de sus manos envió ondas a través de la piscina, cada una brillando con varios colores y...

—Parece luz estelar. —Aspiré.

Él resopló una carcajada, llenando y vaciando sus manos de nuevo. Me quedé boquiabierta ante la brillante agua

- —Es luz estelar.
- —Eso es imposible —dije, peleando contra el deseo de dar un paso hacia el agua.
 - —Esto es Prythian. De acuerdo con sus leyendas, nada es imposible.
- —¿Cómo? —pregunté, incapaz de quitar mis ojos de la piscina, el plateado, pero también el azul, rojo, rosado y amarillo brillando debajo, la ligereza de ella...
 - —No lo sé, nunca pregunté, y nunca nadie lo explicó.

Cuando continué mirando a la piscina, él rió, alejando mi atención, solo para encontrarle desabrochando su túnica.

—Entra —dijo, la invitación bailando en sus ojos.

Nadar... sin ropa, solos. Con un Gran Señor. Negué, retrocediendo un paso. Sus dedos se detuvieron en el segundo botón de su cuello.

—¿No quieres saber cómo es?

No supe qué quería decir: nadar en luz estelar, o nadar con él.

- —Yo... no.
- —Está bien. —Dejó su túnica desabotonada. Había solo desnuda, musculosa, piel dorada debajo.
 - -¿Por qué este lugar? pregunté, apartando mis ojos de su pecho.



- Este era mi lugar favorito de niño.
- -¿Cuándo fue eso? -No pude detener la pregunta.

Él lanzo una mirada en mi dirección.

—Hace mucho tiempo —lo dijo tan tranquilamente que me hizo temblar en mis pies. Hace mucho tiempo de hecho, si había sido un niño durante la Guerra.

Bueno, había ido por ese camino, así que me aventuré a preguntar:

- —¿Lucien está bien? Después de anoche, quiero decir. —Parecía estar de vuelta en su sarcástica e irreverente forma de ser, pero había vomitado por la visión del hada muerta.
 - -Él... no reaccionó bien.

Tamlin se encogió de hombros, pero sus palabras fueron suaves cuando dijo:

—Lucien... Lucien ha padecido cosas que hacen lo de anoche... algo difícil. No solo la cicatriz y el ojo, a pesar que apuesto que anoche también trajo esos recuerdos de vuelta.

Tamlin se frotó el cuello, encontrando después mi mirada. Una carga tan pesada en sus ojos, en el endurecimiento de su mandíbula.

—Lucien es el hijo más joven del Gran Señor de la Corte de Otoño. — Me enderecé—. El más joven de siete hermanos. La Corte de Otoño es... despiadada. Hermosa, pero sus hermanos se ven entre ellos solo como competencia, ya que el más fuerte heredará el título, no el mayor. Es lo mismo en todo Prythian, en cada corte. A Lucien nunca le importó, nunca esperó ser coronado Gran Señor, así que pasó su juventud haciendo todo lo que el hijo de un Gran Señor probablemente no debería: vagando en las cortes, haciendo amigos con los hijos de otros Grandes Señores... —Un débil resplandor apareció en los ojos de Tamlin—, y estando con mujeres que se alejaban de las noblezas que habitaban la Corte de Otoño

Tamlin paró por un momento, y casi podía sentir el pesar antes de que dijera:



—Lucien se enamoró de un hada que su padre consideraba groseramente inapropiada para alguien de su linaje. Lucien dijo que no le importaba que ella no fuera una de las Altas Fae, que estaba seguro que el vínculo de pareja encajaría pronto, y que iba a casarse con ella y dejaría la corte de su padre a sus intrigantes hermanos. —Un tenso suspiro—. Su padre la mató. La ejecutó delante de Lucien, mientras sus dos hermanos mayores lo sostenían y lo hacían mirar.

Mi estómago se retorció, y puse una mano contra mi pecho. No podía imaginármelo, no podía comprender esa clase de pérdida.

—Lucien se fue. Maldijo a su padre, abandonó su título en la Corte de Otoño, y se marchó. Y sin su título para protegerlo, sus hermanos pensaron en eliminar a un contrincante a la corona del Gran Señor. Tres de ellos fueron a matarlo; uno regresó.

—Lucien... ¿Los mató?

- —Él mató a uno —dijo Tamlin—. Yo maté al otro, ya que habían cruzado mi territorio, y ya era un Gran Señor y podía hacer lo que quisiera con los intrusos amenazando la paz de mis tierras. —Una fría, y brutal declaración—. Reclamé a Lucien como mío... lo nombré emisario, ya que había hecho muchos amigos alrededor de las cortes y siempre ha sido bueno hablando con la gente, mientras yo... puedo encontrarlo difícil. Él ha estado aquí desde entonces.
- —Como emisario —comencé—, ¿alguna vez ha tratado con su padre? ¿O sus hermanos?
- —Sí. Su padre nunca se ha disculpado, y sus hermanos me tienen mucho miedo como para arriesgarse a herirlo. —No había arrogancia en sus palabras, solo fría verdad—. Pero él nunca ha perdonado lo que le hicieron a ella, o lo que sus hermanos intentaron hacerle a él. Incluso si pretende que lo ha hecho.

No excusaba todo lo que Lucien había hecho o dicho sobre mí, pero... Ahora lo entendía. Podía entender las paredes y barreras que no había dudado en construir alrededor de sí mismo. Mi pecho estaba muy apretado, muy pequeño para contener el dolor construyéndose. Miré a la piscina de brillante luz estelar y dejé salir un pesado suspiro. Necesitaba cambiar el tema.



—¿Qué pasaría si bebiera del agua?

Tamlin se tensó un poco, luego se relajó, como contento de haber liberado esa vieja tristeza.

- —La leyenda cuenta que serás feliz hasta tu último aliento. —Añadió—
 : Quizás ambos necesitamos un vaso.
 - —No creo que toda esa piscina sea suficiente para mí —dije, y él rió.
- —Dos chistes en un día, un milagro enviado desde el Caldero —dijo. Sonreí. Él se acercó un paso, como forzando atrás la oscura, triste mancha de lo que le había pasado a Lucien, y la luz estelar bailó en sus ojos cuando dijo:
 - -¿Qué podría ser suficiente para hacerte feliz?

Me sonrojé desde el cuello hasta lo alto de mi cabeza.

- —Yo... no lo sé. —Era la verdad... Nunca le había dado a ese tipo de cosas ningún pensamiento más allá de tener a mis hermanas casadas y tener suficiente comida para mi padre y para mí, y tiempo para aprender a pintar.
- —Hmm —dijo, sin alejarse—. ¿Qué tal el sonido de las campanillas? ¿O un rayo de sol? ¿O una guirnalda de luz de luna? —Sonrió con malicia.

Ciertamente Gran Señor de Prythian. Gran Señor de las Tonterías se parecía más a él. Y él sabía que le había dicho que no, que me retuerzo un poco de simplemente estar a solas con él.

No. No le dejaría tener la satisfacción de avergonzarme. Había tenido suficiente de eso últimamente, suficiente de... de esa chica encajonada en hielo y amargura. Así que le di una dulce sonrisa, haciendo lo mejor para pretender que mi estómago no estaba saltando sobre sí mismo.

—Un baño suena delicioso.

No me permití pararme a pensarlo dos veces. Y no me tomó ninguna pequeña cantidad de orgullo el hecho de que mis dedos no temblaron una vez que me quité las botas, entonces desabroché mi túnica y pantalón, echándolos sobre la hierba. Mis ropas interiores eran lo suficientemente modestas que no estaba mostrando mucho, pero aun así lo miraba



directamente mientras estaba en la orilla cubierta de hierba. El aire era cálido y suave, y una suave briza besó su camino a través de mi estómago desnudo.

Lentamente, muy lentamente, sus ojos vagamente descendieron, y luego subió su mirada. Como si me estuviese estudiando cada centímetro, cada curva. Y a pesar de que llevaba mi ropa interior de color marfil, su mirada me despojaba de todo, me desnudaba.

Sus ojos se encontraron con los míos, y sonrió perezosamente antes de quitarse su ropa. Botón por botón. Podría jurar que el brillo de sus ojos se volvió hambriento y feroz, lo suficiente para que mirara a otro lado, pero miré su cara.

Me dejé disfrutar de la visión de su amplio pecho, brazos rodeados de músculos, y sus largas piernas fuertes, antes de que caminara por la derecha de la piscina. Su cuerpo no estaba constituido como el cuerpo de Isaac, cuyo cuerpo aún estaba en ese lugar entre un desgarbado muchacho y el hombre. No, el cuerpo de Tamlin era glorioso, perfeccionado por siglos de lucha y brutalidad.

El líquido era deliciosamente cálido, y anduve a zancadas hasta llegar a la parte profunda donde era lo suficientemente onda para nadar y dar unas pocas brazadas y por casualidad poner mi pie en un lugar. No es agua, es algo más suave, más gruesa. No era aceite, sino algo más puro, más delgado. Como ser envuelto en seda caliente. Estaba tan ocupada disfrutando de pasar mis dedos a través de la sustancia plateada que no me había dado cuenta de que estaba a mi lado.

—¿Quién te enseñó a nadar? —preguntó, y sumergió su cabeza bajo la superficie. Cuando se acercó, él estaba riendo. Corrientes brillantes como luz de estrellas corrían a lo largo de los contornos de su máscara.

No me sumergí, no estaba segura de si había estado bromeando sobre lo que el agua haría si me la bebiera.

—Cuando tenía doce años, vi a los niños de la aldea que nadaban en un estanque y aprendí yo misma.

Había sido una de las experiencias más aterradoras de mi vida, y me había tragado la mitad del estanque en el proceso, pero había conseguido la idea esencial de aquello, logré conquistar mi pánico ciego y terror, y creer en



mi misma. Saber nadar me había parecido una habilidad vital que podría ser la diferencia entre la vida y la muerte. Sin embargo, nunca había esperado que me condujera a esto.

Él se hundió de nuevo, y pasó una mano por su cabello de oro.

- -¿Cómo fue que tu padre perdió su fortuna?
- —¿Cómo sabes eso?

Tamlin resopló.

-No creo que los nacidos campesinos tengan tu tipo de dicción.

Una parte quería llegar a un comentario del esnobismo, pero... bueno, él tenía razón, y no lo podía culpar por ser un observador experto.

—Mi padre fue llamado Príncipe de los Mercaderes —dije claramente, pisando la sedosa y extraña agua. A penas tuve que hacer algún esfuerzo, el agua era tan cálida, tan *ligera*, que sentía como si estuviese flotando en el aire, cada dolor que rebosaba en mi cuerpo se hacía distante—. Pero ese título lo había heredado de su padre, y su padre antes que eso, era una mentira. Estábamos con un buen hombre que ocultaba tres generaciones de deudas incobrables. Mi padre había tratado de encontrar una manera de aliviar las deudas durante años, y cuando encontró una oportunidad de pagarlas, la tomó sin importar los riesgos. —Tragué saliva—. Hace ocho años, él tomó nuestras riquezas en tres barcos para navegar a Bharat para traer especias y telas invaluables.

Tamlin frunció el ceño.

- —Riesgo en efecto. Esas aguas son una trampa mortal, a menos que vayas por el camino largo.
- —Bueno, no se fue por el camino largo. Habría tomado demasiado tiempo, y nuestros acreedores respiraban en nuestro cuello, así que corrió el riesgo de enviar los barcos directamente a Bharat. Ellos nunca llegaron a las costas de Bharat. —Empujé mi cabello hacia atrás en el agua, recordando claramente la cara de mi padre cuando llegaron las noticias del hundimiento—. Cuando los barcos se hundieron, los acreedores nos rodearon como lobos. Lo destrozaron hasta que no quedó más que un nombre roto y algunas piezas de oro para comprar esa casa. Yo tenía once años. Mi padre... él simplemente dejó de intentarlo después de eso. —No me atreví a



mencionar que, el momento más feo fue al final cuando ese otro acreedor había venido con sus compinches a arruinar la pierna de mi padre.

- —¿Fue entonces que comenzaste a cazar?
- -No, a pesar de que nos mudamos a la cabaña, tomó casi tres años para que nos quedáramos totalmente sin dinero —dije—. Empecé a cazar cuando tenía catorce años.

Sus ojos brillaron, sin rastros del guerrero obligado a llevar la carga de un Gran Señor.

—Y aquí estas ¿Qué más averiguaste por ti misma?

Tal vez fue la piscina encantada, o tal vez el verdadero interés detrás de la pregunta, pero sonreí y le hablé de esos años en el bosque.



Cansada pero sorprendentemente contenta de las pocas horas de nadar, comer y descansar en la cañada, miré a Lucien mientras íbamos de regreso a la casa por la tarde. Estábamos cruzando el amplio prado de hierba nueva de primavera cuando me atrapó mirándolo por décima vez, y me preparé cuando retrocedió del lado de Tamlin.

El ojo de metal se dirigió a mí mientras que el otro permaneció cauteloso, poco impresionado.

—¿Sí?

Eso fue suficiente para convencerme de que no dijera nada sobre su pasado. Yo también odiaría la lastima. Y él no me conocía, no me conocía lo suficiente para justificar cualquier cosa menos resentimiento si lo supiera, aun si pesara en *mí* saberlo, llorar por él.

Esperé hasta que Tamlin estuvo lo suficientemente lejos incluso para que su audición de Alto Fae pudiese escuchar mis palabras.

—Nunca llegué a darte las gracias por tu consejo con el Suriel. Lucien se puso tenso.



—¿Ah?

Miré por delante a Tamlin en el camino más fácil donde montaba al caballo totalmente importunado por su poderoso jinete.

—Si aún quieres verme muerta —dije—. Es posible que tengas que probar con algo más difícil.

Lucien soltó un suspiro.

- —Esa no era mi intención. —Le di una larga mirada—. No habría derramado ninguna lágrima —se corrigió. Sabía que era verdad—. Pero lo qué pasó contigo...
 - —Estaba bromeando —le dije, y le di una pequeña sonrisa.
 - —No es posible que perdones tan fácilmente a quien te envió al peligro.
- —No. Y a una parte le gustaría más que nada darte una paliza por tu falta de advertencia sobre la Suriel. Pero lo entiendo: soy una humana que mató a tu amigo, que ahora vive en tu casa, y tienes que tratar conmigo. Lo entiendo —dije de nuevo. Guardó silencio durante tanto tiempo que pensé que no me iba a contestar, justo cuando estaba a punto de moverme, habló:
- —Tam me dijo que tu primer disparo fue para salvar la vida de la Suriel. No a ti misma.
 - —Me parecía que era lo correcto por hacer.

La mirada que me dio fue la más contemplativa que cualquiera que me hubiese dado antes.

- —Conozco a demasiados Altos Fae y hadas menores que no lo habrían visto de esa manera, o se hubiesen molestado. —Alcanzó algo a su costado y lo sacudió hacia mí. Tuve que luchar para quedarme en la silla cuando hurgué en eso, un chuchillo de caza de piedras preciosas.
- —Te escuché gritar —dijo, mientras examinaba la hoja en mis manos. Nunca había sostenido algo tan finamente trabajado, tan perfectamente equilibrado—. Y dudé. No mucho, pero vacilé antes de salir corriendo. Aunque Tam llegó a tiempo, aún rompí mi palabra por esos segundos que vacilé. —Él hizo un gesto con la barbilla hacia el cuchillo—. Es tuyo. Solo no lo claves en mi espalda, por favor.



CAPÍTULO 19

TRADUCIDO POR RINCONE // CORREGIDO POR PAUPER

A la mañana siguiente, llegó mi pintura y suplementos desde donde Tamlin o los sirvientes los había desenterrado, pero antes de que Tamlin me dejara verlos, me llevó de pasillo en pasillo hasta que estuvimos en un ala de la casa en la que nunca había estado, incluso en mis exploraciones nocturnas. Sabía a dónde íbamos sin que me lo dijera. Los pisos de mármol brillaban tan intensamente que tuvieron que haber sido limpiados recientemente, y una brisa con aroma a rosas flotaba a través de las ventanas abiertas. Todo esto; él había hecho esto por mí, como si me hubieran importado las telarañas o el polvo.

Cuando se detuvo ante un conjunto de puertas de madera, la leve sonrisa que me dio fue suficiente para hacerme decir bruscamente.

-¿Por qué hacer algo... cualquier cosa de esto?

Su sonrisa titubeó.

—Ha pasado mucho tiempo desde que hubo alguien que apreciara estas cosas. Me gustaría verlo ser utilizados nuevamente. —Especialmente cuando había tanta sangre y muerte en todas las demás partes de su vida.

Abrió las puertas de la galería, y me quedé sin aliento.

Los pálidos pisos de madera brillaban limpios, una luz brillante se filtraban por las ventanas. El cuarto estaba vacío salvo por unas pocas sillas y bancos grandes para ver el.... el...

Apenas registré moverme dentro de la larga galería, una mano ausentemente envolvía mi garganta mientras veía las pinturas.

Tantas, tan diferentes, dispuestas de manera que fluían juntas sin problema... Tantas vistas y fragmentos y ángulos diferentes del mundo. Pastorales, retratos, bodegones... cada uno una historia y una experiencia, cada uno una voz gritando o susurrando o cantando sobre lo que ese momento, ese sentimiento había sido, cada uno un llanto en el vacío del tiempo de que habían estado aquí, habían existido. Algunos habían sido



pintados a través de ojos como los míos, artistas que vieron colores y formas que entendí. Algunos colores exhibidos que no había considerado; estos tenían un ángulo del mundo que me decía que un conjunto diferente de ojos los habían pintado. Un portal a la mente de una criatura tan diferente, y aun así... y aun así miré su trabajo y entendí, sentí y me preocupé.

—No sabía —dijo Tamlin detrás de mí—, que los humanos fueran capaces de... —Se calló mientras me di vuelta, la mano que había puesto en mi garganta se deslizó hacia mi pecho, donde mi corazón rugió con una especie de feroz alegría y dolor y una inmensa humildad, humildad ante ese magnífico arte.

Se quedó de pie junto a las puertas, la cabeza inclinada de esa forma animal, las palabras todavía perdidas en su lengua.

Limpié mis mejillas húmedas.

Es... —Perfecto, maravilloso, más allá de mis fantasías más salvajes no lo cubría todo. Mantuve mi mano sobre mi corazón—. Gracias —le dije. Fue todo lo que pude encontrar para demostrarle lo que estas pinturas, ser admitida en esta sala, significaba.

—Ven aquí cuando quieras.

Le sonreí, difícilmente capaz de contener el resplandor en mi corazón. Su sonrisa de regreso era tentativa pero brillante, y entonces me dejó admirar la galería a mi propio ritmo.

Me quedé por horas, permanecí hasta que estuve borracha del arte, hasta que estaba hambrienta y deambulé en busca de comida.

Después del almuerzo, Alis me llevó a un cuarto vacío en el primer piso con una mesa llena de lienzos de varios tamaños, pinceles cuyos mangos de madera brillaban en la perfecta luz clara, y también pinturas, tantas pinturas, más allá de las cuatro básicas que había esperado, que nuevamente me quedé sin aliento.

Y cuando Alis se había ido y el cuarto estaba en silencio, a la espera y completamente mía...

Entonces comencé a pintar.





Las semanas pasaron, los días se derretían juntos. Pintaba y pintaba, la mayoría horrible e inútil.

No dejaba que nadie las viera, sin importar cuanto Tamlin insistió y Lucien sonrió ante mi ropa salpicada de pintura; nunca me sentí satisfecha de que mi trabajo coincidiera con las imágenes que quemaban en mi mente. A veces había pintado desde el amanecer hasta el anochecer, a veces en ese cuarto, a veces en el jardín. Ocasionalmente me tomaba un descanso para explorar los territorios de Primavera con Tamlin como mi guía, regresando con ideas frescas que me tenían saltando de la cama a la mañana siguiente para bosquejar o garabatear las escenas o colores como los había vislumbrado.

Pero estaban los días cuando Tamlin era llamado para enfrentar las últimas amenazas en sus fronteras, e incluso pintar no me distraía hasta que regresaba, cubierto en sangre que no era suya, algunas veces en su forma animal, algunas veces como el Gran Señor. Nunca me dio detalles, y nunca me tomé la libertad de preguntar por ellos; su regreso a salvo era suficiente.

Alrededor de la propiedad, no había señales de criaturas como la Naga o como el Bogge, pero me mantuve bien lejos de los bosques occidentales, a pesar de que los pintada con suficiente frecuencia de memoria. Y a pesar de que mis sueños siguieron plagados de las muertes que habían presenciado, las muertes que había causado y de esa mujer pálida horrible rasgándome en pedazos, todo vigilado por una sombra que nunca terminaba de vislumbrar. Poco a poco dejé de estar tan asustada. *Permanece con el Gran Señor. Estarás a salvo.* Y así lo hice.

La Corte de Primavera era una tierra de colinas verdes y frondosos bosques, y transparentes lagos sin fondo. La magia no solo abundaba en los rincones y huecos, *crecía* ahí. Por mucho que pudiera pintarlo, nunca podría capturar su sensación. Así que algunas veces me atreví a pintar al Gran Señor, quien cabalgaba a mi lado cuando recorríamos sus tierras en días perezosos, el Gran Señor con quien estaba feliz de hablar, o de pasar horas en un silencio cómodo.



Probablemente era el canto de la magia lo que nublaba mis pensamientos, y no pensé en mi familia hasta que una mañana pasé por la cobertura externa del muro, explorando en busca de un nuevo lugar para pintar. Una brisa del sur alborotó mi cabello, fresca y cálida. La primavera ya estaba amaneciendo en el mundo mortal.

Mi familia, viviendo una ilusión, siendo cuidada, a salvo, seguía sin tener idea de donde estaba. El mundo mortal... había seguido adelante sin mí, como si nunca hubiera existido. Un susurro de una miserable vida pasada, olvidada por cualquiera a quien había conocido o me hubiera importado.

No pinté, ni fui a cabalgar con Tamlin ese día. En su lugar, me senté delante de un lienzo en blanco, sin color alguno en mi mente.

De vuelta en casa nadie me recordaría, estaba prácticamente muerta para ellos. Y Tamlin me había *dejado* olvidarlos. Tal vez las pinturas habían sido una distracción, una manera de conseguir que dejara de quejarme, de ser un dolor en el trasero acerca de querer ver a mi familia. O tal vez era una distracción de lo que fuera que estaba sucediendo con la maldición y Prythian. Como una humana estúpida, inútil, obediente, había dejado de preguntar, tal y como la Suriel lo había ordenado.

Fue un esfuerzo de voluntad sobrevivir a la cena. Tamlin y Lucien notaron mi estado de ánimo y mantuvieron la conversación entre ellos. No hizo mucho con mi creciente rabia, y cuando hube terminado mi ración, me cerní sobre el jardín iluminado por la luna y me perdí en su laberinto de setos y lechos de flores.

No me importaba hacia donde iba. Después de un rato, me detuve en un jardín de rosas. La luz de la luna teñía los pétalos rojos de un color morado oscuro y arrojaba un brillo plateado en las flores blancas.

—Mi padre hizo plantar este jardín para mi madre —dijo Tamlin detrás de mí. No me molesté en enfrenarlo. Me clavé las uñas en las palmas mientras se detenía a mi lado—. Fue un regalo de emparejamiento.

Me quedé mirando las flores sin verlas. Las flores que había pintado en la mesa de mi casa probablemente estarán desmoronándose o ya habrán desaparecido. Nesta incluso podría haberlas raspado.



Mis uñas agujerearon la piel de mis palmas. Tamlin, aun proveyendo para ellos o no, creando una ilusión en sus mentes o no, había sido... borrada de sus vidas. Olvidada. Lo dejé borrarme. Me había ofrecido pinturas y espacio y tiempo para practicar; me había mostrado un estanque de luz estelar; me había salvado la vida como algún tipo de caballero feroz en una leyenda, y me lo había tragado como vino de hadas. No era mejor que esos fanáticos Hijos del Bendito.

Su máscara era dorada en la oscuridad, y las esmeraldas emitían destellos.

—Te ves... molesta.

Me ceñí sobre el rosal más cercano y arranqué una rosa, mi dedo se rasgó con las espinas. Ignoré el dolor, la calidez de mi sangre que corría. Nunca podría pintar con exactitud, nunca lo haría de la forma en que esos artistas habían pintado las piezas de la galería. Nunca sería capaz de pintar el pequeño jardín de Elain fuera de la cabaña de la manera como lo recordaba, incluso si mi familia no me recordaba.

No me reprendió por agarrar una de las rosas del jardín de sus padres, padres que estaban tan ausentes como los míos, pero que probablemente se habían amado el uno al otro y que lo habían amado mejor que los míos se habían preocupado por mí. Una familia que se habría ofrecido en su lugar si alguien hubiera venido a llevárselo.

Mis dedos escocían y dolían, pero todavía me aferraba a la rosa mientras decía:

—No sé por qué pero me siento tan tremendamente avergonzada de mí misma por haberlos dejado. Por qué pintar se siente tan egoísta y horrible. No debería, no debería sentirme de este modo, ¿o sí? Sé que no debería pero no puedo evitarlo. —La rosa colgaba de mis dedos—. Todos estos años, lo que hice por ellos... y no intentaron impedir que me llevaras. —Ahí estaba, el dolor gigantesco que me partía en dos si pensaba demasiado en ello—. No sé por qué esperé que lo hicieran, por qué creí que esa noche la ilusión del puca era real. No sé por qué me molesto en seguir pensando en ello. O preocupándome. —Se mantuvo demasiado tiempo en silencio por lo que añadí—: Comparado contigo, con tus fronteras y tu magia siendo debilitada, supongo que mi autocompasión es absurda.



- —Si te aflige —dijo, las palabras acariciando mis huesos—. Entonces no pienso que sea para nada absurdo.
 - —¿Por qué? —Una pregunta plana, y tiré la rosa en los setos.

Tomó mis manos. Sus dedos callosos, fuertes y robustos, eran gentiles mientras levantaba mi mano sangrando hacia su boca, y besaba mi palma. Como si fuera respuesta suficiente.

Sus labios eran suaves contra mi piel, su aliento cálido y mis rodillas flanquearon mientras tomaba mi otra mano, y la levantaba hacia su boca y la besaba también. La besaba con cuidado, en una manera que hizo que el calor comenzara a agolparse en el centro, entre mis piernas.

Cuando se apartó, mi sangre brillaba en su boca. Di una rápida mirada a mis manos, las cuales aún sostenía, y me encontré con que las heridas se habían ido. Lo miré a la cara nuevamente, a su máscara dorada, el bronceado de su piel, el rojo de sus labios cubiertos de sangre mientras murmuraba:

—Por una vez no te sientas mal de hacer lo que te alegra. —Dio un paso más cerca, liberando una de mis manos para colocar la rosa que había arrancado detrás de mí oreja. No sabía cómo había terminado en su mano, o a donde se habían ido las espinas.

No podía dejar de presionar.

—Por qué... ¿por qué hacer algo de esto?

Se inclinó más cerca, tan cerca que tuve que echar atrás mi cabeza para poder verlo.

—Porque tu alegría humana me fascina; la manera en que experimentas las cosas en tu tiempo de vida, tan salvaje y profundamente y todo a la vez, es... fascinante. Me atraes, incluso cuando sé que no debería estarlo, incluso cuando trato de no estarlo.

Porque era una humana, y envejecería y... no me permití llegar tan lejos mientras él se acercaba aún más. Lentamente, como si me diera tiempo para alejarme, rozó sus labios en mi mejilla. Suave, cálida y desgarradoramente gentil. Era apenas una caricia antes de que él se irguiera. No me había movido desde el momento que su boca tocó mi piel.



—Algún día... algún día habrá respuestas para todo —dijo, soltando mi mano y alejándose—. Pero no hasta que el momento sea el adecuado. Hasta que sea seguro. —En la oscuridad, su tono era suficiente para saber que sus ojos estaban salpicados de amargura.

Él me dejó, y tomé un respiro jadeante, sin darme cuenta que había estado conteniendo el aliento.

Sin darme cuenta que ansiaba su calidez, su cercanía, hasta que se había ido.



Una prolongada mortificación sobre lo que había admitido, lo que había... cambiado entre nosotros me tuvo merodeando fuera de la casa después del desayuno, huyendo hacia el santuario del bosque para un poco de aire fresco y para estudiar la luz y los colores. Llevé mi arco y flechas, junto con el cuchillo de caza enjoyado que Lucien me había regalado. Mejor estar armada que atrapada con las manos vacías.

Me deslicé a través de los árboles y arbustos por no más de una hora antes de que sintiera una presencia detrás de mí, acercándose cada vez más, enviando a los animales en busca de amparo. Sonreí para mis adentros, y veinte minutos más tarde, me instalé en el hueco de un olmo imponente y esperé.

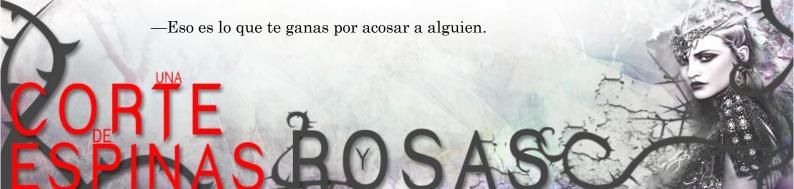
Un susurro, difícilmente más que una brisa pasando, pero sabía qué esperar, conocía las señales.

Un chasquido y un rugido de furia hicieron eco a través de las tierras, dispersando a las aves.

Cuando bajé del árbol y me adentré en el pequeño claro, simplemente me crucé de brazos y miré al Gran Señor, colgando de sus piernas de la trampa que había puesto.

Incluso boca abajo, me sonrió perezosamente mientras me acercaba.

—Que humana más cruel.



Rió entre dientes, y me acerqué lo suficiente para atreverme a frotar suavemente un dedo a lo largo del cabello de oro de seda que colgaba justo por encima de mi cara, admirando los muchos colores en su interior: los matices de amarillo y marrón y el color trigo. Mi corazón rugía, y sabía que probablemente podía escucharlo. Pero él inclinó la cabeza hacia mí, una invitación silenciosa, y pasé los dedos por su cabello, suavemente, con cuidado. Él ronroneó, el sonido retumbaba a través de mis dedos, brazos, piernas y centro. Me pregunté cómo se sentiría ese sonido si estuviera completamente presionado contra mí, piel con piel. Di un paso atrás.

Se curvó hacia arriba en un movimiento tranquilo y poderoso y rasgó con una sola garra la enredadera que había usado como cuerda. Tomé un respiro para gritar, pero se dio la vuelta al caer, aterrizando sin problemas en los pies. Sería para mí imposible olvidar alguna vez lo que era, y de lo que era capaz. Dio un paso más cerca de mí, la risa todavía bailando en su cara.

—¿Te sientes mejor hoy?

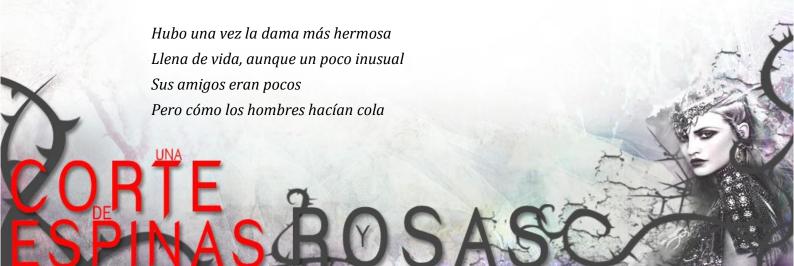
Farfullé alguna respuesta no comprometedora.

—Bien —dijo, ya sea ignorando o escondiendo su asombro—. Por si acaso, quiero darte esto —añadió, sacando algunos papeles desde su túnica y extendiéndolos.

Mordí el interior de mi mejilla, mientras bajaba la mirada a los 3 pedazos de papel. Era una serie de... *poemas* de 5 líneas. Había 5 de ellos en total, y empecé a sudar ante las palabras que no reconocí. Me tomaría un día entero sólo para averiguar lo que significaban esas palabras.

—Antes de que corras o empieces a gritar... —dijo, acercándose para mirar por encima de mi hombro. Si me hubiera atrevido, podría haberme recostado sobre su pecho. Su aliento calentaba mi cuello, mi oreja.

Se aclaró la garganta y leyó el primer poema.



Pero a todos les dio un no igual

Mis cejas se elevaron tan altas que pensé que habían tocado mi línea del cabello, y me di la vuelta, parpadeando hacia él, nuestro aliento mezclándose mientras terminaba el poema con una sonrisa.

Sin esperar por mi respuesta, Tamlin tomó los papeles, y se alejó para leer el segundo poema que no era necesariamente tan cortés como el primero. Para cuando leyó el tercero, mi cara quemaba. Tamlin hizo una pausa antes de leer el cuarto, entonces me entregó los papeles.

—La última palabra en la segunda y cuarta línea de cada poema —dijo, señalando con la barbilla los papeles en mi mano.

Inusual. Cola. Miré el segundo poema. Asesinar. Conflagración.

—Estas son... —empecé.

—Tu lista de palabras era demasiado interesante para dejarla pasar. Y nada buenas para poemas de amor. —Cuando levanté mi ceño en una pregunta silenciosa, dijo—: Teníamos concursos para ver quién podía escribir los poemas más sucios mientras vivía con el ejército de mi padre en la frontera. Particularmente no disfruto perder, así que me tomé la libertad de volverme bueno en ello.

No sabía cómo había recordado esa larga lista que había compilado, no quería hacerlo. Sintiendo que no estaba a punto de tomar una flecha y dispararle, Tamlin tomó los papeles y leyó el quinto poema, el más sucio y tonto de todos.

Cuando terminó, incliné la cabeza atrás y aullé, mi risa como el sol rompiendo el hielo endurecido por años.



Seguía sonriendo cuando salimos del parque y hacia las colinas, serpenteando de regreso a la casa.

—Esa noche, en el jardín de rosas, dijiste... —Me lamí los dientes por un momento—. Dijiste que tu padre lo había hecho plantar por el emparejamiento de tus padres... ¿Sin matrimonio?



—La mayoría de los Altos Fae se casan —dijo, su piel dorada sonrojándose un poco—. Pero si son bendecidos, encontraran a su pareja, su igual—su semejante en todos los sentidos. Los Altos Faes se casan sin el vínculo de emparejamiento, pero si encuentran a su pareja, el vínculo es tan profundo que el matrimonio es... insignificante en comparación.

No tuve el coraje de preguntarle si las hadas alguna vez habían tenido un vínculo de emparejamiento con humanos, pero en su lugar me atreví a decir:

-¿Dónde están tus padres? ¿Qué ocurrió con ellos?

Un músculo se tensó en su mandíbula, y me arrepentí de la pregunta, aunque solo fuera por el dolor que brilló en sus ojos.

—Mi padre... —Sus garras brillaban en sus nudillos pero no salieron más lejos. Definitivamente había hecho la pregunta incorrecta—. Mi padre era tan malo como el de Lucien. Peor. Mis dos hermanos mayores eran como él. Todos ellos mantenían esclavos. Y mis hermanos... Yo era joven cuando el Tratado fue forjado, pero aún recuerdo lo que mis hermanos solían... —Se calló—. Eso dejó una marca, una marca suficiente que cuando te vi, vi tu casa, no podía, no me permitiría ser como ellos. No le haría daño a tu familia, o a ti, o te sometería a los caprichos de las hadas.

Esclavos, había habido esclavos *aquí*. No quería saber, nunca había buscado rastros de ellos, incluso quinientos años después. Aún era poco más que un mueble para la mayoría de su gente, su mundo. Ese era el motivo, el por qué había ofrecido la escapatoria, el por qué me había ofrecido la libertad de vivir en dondequiera que yo deseara en Prytian.

—Gracias —le dije. Se encogió de hombros, como si eso fuera a disminuir su bondad, el peso de la culpa que todavía se abalanzaba sobre él—. ¿Qué hay de tu madre?

Tamlin soltó un suspiro.

—Mi madre... amaba a mi padre profundamente. Muy profundamente, pero ellos estaban emparejados e... incluso si ella veía cuan tirano era el, no diría ni una palabra mala en su contra. Nunca esperé, nunca quise el título de mi padre. Mis hermanos nunca me habrían dejado vivir hasta la adolescencia si hubieran sospechado lo que hacía. Así que en el momento que tuve la edad suficiente, me uní al ejercito de mi padre y me entrené para



que algún día pudiera servir a mi padre, o a cualquiera de mis hermanos que heredara el título. —Flexionó sus manos, como imaginado las garras debajo—. Me di cuenta desde una edad muy temprana que pelear y matar eran las únicas cosas en las que era bueno.

—Eso lo dudo —le dije.

Me dio una sonrisa irónica.

—Oh, puedo tocar un violín promediamente, pero los hijos de un Gran Señor no se convierten en trovadores viajantes. Así que entrené y peleé por mi padre contra quienquiera que él me dijera que peleara, y estuve feliz de dejarles las intrigas a mis hermanos. Pero mi poder siguió creciendo, y no lo pude ocultar, no entre nuestra especie. —Negó—. Afortunada o desafortunadamente, todos fueron asesinados por el Gran Señor de una corte enemiga. Me salvé por alguna razón o suerte concedida por el Caldero. Mi madre, la lloré. A los demás... —Un encogimiento de hombros demasiado rígido—. Mis hermanos no habrían tratado de salvarme de un destino como el tuyo.

Levanté la vista hacia él. Qué mundo tan brutal, tan duro con familias matándose unos a otros por poder, por venganza, por mortificar y controlar. Tal vez su generosidad, su bondad, fuera una reacción a eso, quizás me vio y encontró que era como mirarse en un espejo de la misma clase.

- —Siento lo de tu madre —dije, y era todo lo que podía ofrecer, todo lo que él alguna vez había sido capaz de ofrecerme. Me dio una pequeña sonrisa—. Así que es así cómo te convertiste en Gran Señor.
- —La mayoría de los Grandes Señores son entrenados desde nacimiento en las costumbres y leyes y la guerra de las cortes. Cuando el título recayó en mí, fue una transición... áspera. Muchos de los cortesanos de mi padre desertaron a otras cortes antes de tener a una bestia guerrera gruñéndoles.

Una mitad bestia salvaje, me había llamado alguna vez Nesta. Fue un esfuerzo no tomar su mano, no alcanzarlo y decirle que entendía. Pero solo dije:

—Entonces son unos idiotas, has mantenido estas tierras protegidas de la maldición, cuando parece que a los otros no les ha ido tan bien. Son unos idiotas —dije nuevamente.



Pero la oscuridad brilló en los ojos de Tamlin, y sus hombros parecían curvarse hacia adentro ligeramente. Antes de que pudiera preguntarle al respecto, alcanzamos el bosquecillo, una extensión de colinas y lomas expuestas. A lo lejos, había hadas enmascaradas encima de muchas de ellos, construyendo lo que parecía una hoguera sin encender.

- -¿Qué es eso? —le pregunté, deteniéndome.
- -Están creando hogueras... para Calanmai. Será en unos días.
- —¿Para qué?
- —¿Noche del fuego?

Negué.

—Nosotros no celebramos festividades en el reino humano. No después de que tú... tu gente se fuera. En algunos lugares, está prohibido. Nosotros ni siquiera recordamos el nombre de sus dioses. Qué se celebra en *Cala...* ¿Noche del fuego?

Se frotó el cuello.

- —Es sólo una ceremonia de primavera. Encendemos hogueras, y... la magia que creamos ayuda a regenerar la tierra para el año siguiente.
 - —¿Cómo creas la magia?
- —Hay un ritual. Pero es... muy de hadas. —Apretó la mandíbula y siguió caminado, lejos de las hogueras apagadas—. Tal vez veas más hadas alrededor de lo normal, hadas de esta corte, y de otros territorios que son libres de vagar a través de las fronteras esa noche.
 - —Pensé que la maldición había ahuyentado a muchas de ellas.
- —Lo hizo, pero habrá un buen número de ellas. Sólo... mantente lejos de todas. Estarás a salvo en la casa. Pero si llegas a toparte con una de ellas antes de encender las hogueras al atardecer en dos días, ignóralas.
 - —¿Y no estoy invitada a tu ceremonia?
- —No. No lo estás. —Apretó y aflojó los dedos, una y otra vez, como si tratara de mantener las garras contenidas.



Aunque traté de ignorarlo, mi pecho se hundió un poco.

Caminamos de regreso en una clase de silencio tenso que no habíamos sufrido en semanas.

Tamlin se puso tenso en el momento en que entramos a los jardines. No por mí o nuestra incomoda conversación, estaba silencioso con esa horrible quietud que generalmente significaba que una de las hadas más desagradables estaba cerca. Tamlin mostró sus dientes en un gruñido bajo.

-Permanece oculta, y no importa qué oigas, no salgas.

Entonces se fue.

Sola, miré a ambos lados del camino de grava, como una idiota boquiabierta. Si en realidad había algo aquí, sería atrapada al descubierto. Tal vez era vergonzoso no ir en su ayuda, pero él era un Gran Señor. Yo sólo me pondría en su camino.

Acababa de agacharme detrás de un seto cuando escuché a Tamlin y Lucien aproximándose. Juré en silencio y me congelé. Tal vez podría escabullirme a través de los campos hacia los establos. Tal vez si había algo mal, los establos no sólo darían refugio, sino también un caballo para escapar. Estaba por conseguir unos simples pasos por las altas hierbas más allá del borde de los jardines cuando el gruñido de Tamlin recorrió el aire al otro lado del seto.

Me volteé, sólo lo suficiente para espiarlos a través de las densas hojas. Permanece oculta, me había dicho. Si me movía ahora, seguramente sería notada.

—Sé qué día es —dijo Tamlin, pero no a Lucien. Más bien, los dos encaraban a... la nada. Alguien que no estaba *ahí*. Alguien invisible. Habría pensado que me estaban jugando una broma sino hubiera escuchado una voz baja, incorpórea en respuesta.

—Tu continuo comportamiento está atrayendo mucho interés en la corte —dijo la voz, profunda y sibilantemente. Me estremecí, a pesar de la calidez del día—. Ella ha empezado a hacerse preguntas, a preguntarse por qué no has renunciado aún. Y por qué cuatro Nagas terminaron muertas no hace mucho tiempo.



—Tamlin no es como los otros tontos —espetó Lucien, sus hombros erguidos hacia atrás para que alcanzar toda su altura, lo más parecido a un guerrero que hubiera visto antes. No era de extrañar que tuviera todas esas armas en su cuarto—. Si ella esperaba cabezas inclinadas, entonces es más estúpida de lo que pensaba.

La voz siseó, y mi sangre se congeló con el ruido.

—¿Hablas tan mal de ella, de quien sostiene tu destino en sus manos? Con una palabra, ella podría destruir este patético estado. No estaba contenta cuando se enteró de que enviaste a tus guerreros. — Ahora la voz parecía hablarle a Tamlin—. Pero como no se ha conseguido nada de ello, ha decidido ignorarlo.

Hubo un gruñido profundo de la garganta del Gran Señor, pero sus palabras fueron calmadas cuando dijo:

—Dile que me estoy cansando de limpiar la basura que ella tira en mis fronteras.

La voz se rió entre dientes, el sonido como arena desplazándose.

- —Ella los dejó como regalos y como recordatorio de lo que pasará si te atrapa rompiendo los términos de...
- —No lo está —gruñó Lucien—. Ahora *lárgate*. Tenemos suficiente de tu calaña pululando en las fronteras, no necesitamos que profanes nuestra casa también. Hablando de eso, mantente jodidamente fuera de la cueva. No es un camino común para que suciedad como tu viaje como le plazca.

Tamlin soltó un gruñido de asentimiento.

La cosa invisible volvió a reír, un sonido tan horrible como vicioso.

- A pesar de que posees un corazón de piedra, Tamlin —dijo, y Tamlin se puso rígido—. Ciertamente guardas una gran cantidad de miedo dentro de él. —La voz se convirtió en un suave canto—. No te preocupes, *Gran Señor* —escupió el título como una broma—. Todo estará bien como la lluvia muy pronto.
- —Arde en el infierno —replicó Lucien por Tamlin, y la cosa volvió a reír antes de que un aleteo de alas correosas creciera, un viento fétido picó mi cara, y todo quedó en silencio.



Respiraron profundamente tras otro momento. Cerré mis ojos, necesitando un respiro estabilizante también, pero unas manos enormes sujetaron mis hombros, y chillé.

- —Se ha ido —dijo Tamlin, soltándome. Era lo único que podía hacer para no caer contra los setos.
- —¿Qué has oído? demando Lucien, viniendo por una esquina y cruzándose de brazos. Moví mi mirada a la cara de Tamlin pero encontré que estaba tan blanco de rabia—rabia contra esa cosa, que tuve que mirar de nuevo a Lucien.
- —Nada... yo... bueno, nada que entendiera —dije, y lo decía en serio. Nada de eso tenía sentido. No podía dejar de temblar. Algo sobre esa voz me había arrancado la calidez—. Quién... Qué era eso?

Tamlin comenzó a caminar, la gravilla arremolinándose debajo de sus botas.

—Hay ciertas hadas en Prythian que inspiraron las leyendas a las que los humanos tienen tanto miedo. Algunas, como esa, son leyenda de los tributos de carne.

Dentro de esa voz silbante había oído los gritos de las víctimas humanas, las súplicas de jóvenes doncellas cuyos pechos habían sido abiertos en altares de sacrificio. La mención de la "corte", al parecer una diferente de la de Tamlin—¿fue esa ella la que había matado a los padres de Tamlin? Tal vez una Gran Señora, en lugar de un Señor, considerando cuan inflexibles eran los Altos Fae con sus familiares, tenían que ser una pesadilla para sus enemigos. Y si fuera a haber guerra entre las cortes, si la maldición ya había dejado a Tamlin debilitado...

- —Si el Attor la vio... —dijo Lucien. Mirando alrededor.
- —No lo hizo —dijo Tamlin.
- —¿Estás seguro...?
- —No lo hizo —gruñó Tamlin por encima del hombro, entonces me miró, su cara seguía pálida de furia, sus labios apretados—. Te veo en la cena.

Entendiendo el despido, y ansiando la puerta cerrada de mi cuarto, caminé con dificultad de regreso a la casa, contemplando quien era *ella* para



poner a Lucien y Tamlin tan nerviosos, y mandar esa cosa como su mensajero.

La brisa de primavera me susurró que no quería saber.



CAPÍTULO 20

TRADUCIDO POR ENI // CORREGIDO POR STTEFANYE

Después de una cena tensa en la cual Tamlin apenas nos habló a Lucien y a mí, encendí todas las velas en mi habitación para ahuyentar las sombras.

Al día siguiente no salí, y cuando me senté a pintar, lo que surgió en mi lienzo fue una criatura alta, esquelética con orejas de murciélago, y gigantes alas membranosas. Su hocico estaba abierto en un rugido, revelando fila tras fila de colmillos, al tiempo que levantaba vuelo. Mientras lo pintaba, podría haber jurado que podía oler su aliento que apestaba a carroña, que el aire bajo sus alas susurraba promesas de muerte.

El producto final fue lo suficientemente escalofriante que tuve que dejar de lado la pintura y dejarla en la parte trasera de la habitación, y fui a tratar de disuadir a Alis para que me dejara ayudar en la Noche del Fuego con la preparación de los alimentos en la cocina. Cualquier cosa para evitar ir al jardín, donde el Attor podría aparecer.

El día de la Noche de Fuego — Calanmai, como Tamlin la había llamado— al alba, y no vi a Tamlin ni a Lucien en todo el día. Cuando la tarde se transformó en oscuridad, me encontré otra vez en el cruce principal de la casa. Ninguno de los sirvientes con cara de pájaro estaban alrededor. En la cocina no había nadie y tampoco estaba la comida que habían estado preparando por dos días. Se emitían sonidos de tambores.

Los redobles venían de muy lejos, más allá del jardín, pasando el parque de juegos, en el bosque que se extendía. Eran graves, inquisitivos. Un solo golpe, repetía dos llamados. Invocando. Me quedé de pie al lado de las puertas del jardín, mirando por encima de la propiedad mientras el cielo se inundaba de tonos naranjas y rojos. En la distancia, sobre las colinas inclinadas que conducían a los bosques, unas cuantas llamas crepitaban, columnas de humo oscuro estropeaban el cielo rubí, las hogueras apagadas que divisé hace dos días. *No invitada*, me recordé. No invitada a cualquier fiesta que tenían todas las hadas de la cocina riendo nerviosamente y a carcajadas.



Los tambores se volvieron más rápidos, más fuertes. Aunque me había acostumbrado al olor de la magia, mi nariz picaba con el aumento del fuerte olor del metal, más fuerte de lo que lo había sentido. Di un paso adelante, luego me detuve en el umbral. Debería ir adentro. Detrás de mí, la puesta de sol brillaba en los azulejos blancos y negros del suelo de la sala con un tono brillante de mandarina, y mi larga sombra parecía latir al ritmo del sonido de los tambores.

Incluso el jardín, usualmente zumbando con la orquesta de sus habitantes, quedó tranquilo al oír los tambores. Había una cadena... una cadena atada en mi interior que me atraía hacía esas colinas, ordenándome a ir, a oír los tambores de las hadas...

Podría haber hecho justo eso si Tamlin no hubiera aparecido en el pasillo.

Estaba sin camisa, con solo el tahalí sobre su pecho musculoso. El pomo de su espada brillaba con un tono dorado con el sol moribundo, y las flechas emplumadas se teñían de rojo cuando se asomaban por encima de su ancho hombro. Lo miré fijamente, y él me miró también. El guerrero encarnado.

- —¿A dónde vas? —Me las arreglé para decir.
- —Es *Calanmai* —dijo rotundamente—. Tengo que ir. —Levantó su barbilla hacia las llamas y los tambores.
- —¿Para qué? —pregunté, echándole un vistazo al arco en su mano. Mi corazón oyó los tambores afuera, convirtiéndose en un ritmo salvaje.

Sus ojos verdes estaban ensombrecidos bajo la máscara dorada.

- —Como el Gran Señor, tengo que participar en el Gran Rito.
- —¿Qué es el Gran…?
- —Ve a tu habitación —espetó, y miró hacia las llamas—. Cierra tus puertas, monta una trampa, lo que sea que hagas.
- —¿Por qué? —pregunté. La voz de Attor serpenteó en mi memoria. Tamlin dijo algo sobre un ritual de hadas, ¿qué diablos era eso? Por las armas, tenía que ser brutal y violento, sobre todo si la forma de bestia de Tamlin no es un arma suficiente.



—Solo hazlo. —Sus colmillos comenzaron a alargarse. Mi corazón saltó en un galope—. No salgas hasta la mañana.

Los redobles se hicieron más fuertes, más rápidos, y los músculos en el cuello de Tamlin temblaron, como si estar ahí de pie fuera algo doloroso para él.

—¿Vas a una batalla? —susurré, y él dejó escapar una risa entrecortada.

Levantó una mano como si fuera a tocar mi brazo. Pero la bajó antes de que sus dedos pudieran rozar la tela de mi túnica.

- —Permanece en tu habitación, Feyre.
- —Pero yo...
- —Por favor. —Antes de que pudiera pedirle reconsiderar llevarme, salió corriendo. Los músculos en su espalda cambiaron cuando saltó el corto tramo de las escaleras y cayó en el jardín, como un ciervo ágil y veloz. En cuestión de segundos se había ido.



Hice lo que me ordenó, aunque pronto me di cuenta que me había encerrado en mi habitación sin haber comido. Y con el incesante tamborileo y las docenas de hogueras que se asomaban a lo largo de las colinas, no podía dejar de pasearme por mi habitación, mirando hacia las llamas ardiendo en la distancia.

Permanece en tu habitación.

Pero una salvaje voz malvada se abría paso entre los redobles susurrando lo contrario. *Ve*, dijo esa voz, tirando de mí. *Ve a ver*.

A las diez en punto, no podía soportarlo. Seguí los tambores.

Los establos estaban vacíos, pero Tamlin me enseñó en las últimas semanas cómo montar a pelo, y mi yegua blanca pronto estaba trotando. No tuve que guiarla, ella también seguía el señuelo de los tambores, y subió la primera de las laderas.



El humo y la magia cargaban el aire. Oculta en mi capa con capucha, me quedé boquiabierta al acercarme a la primera hoguera gigante en lo alto de la colina. Había cientos de Altos Fae pululando alrededor, pero no podía discernir ninguna de sus características más allá de diversas máscaras que usaban. ¿De dónde habían venido? ¿Dónde vivían, si pertenecían a la Corte de Primavera, pero no habitaban en la casa? Cuando trataba de enfocarme en una característica especifica de sus rostros, se convertía en una mancha de color. Eran más sólidos cuando los veía de refilón, pero si me giraba hacia ellos, me encontraba con las sombras y remolinos de colores.

Era mágico... Alguna clase de glamour puesto en *mí*, con el objetivo de evitar verlos correctamente, justo como mi familia había sido encantada. Me habría puesto furiosa, habría considerado regresar a la casa si los tambores no hubieran hecho eco a través de mis huesos y esa voz salvaje no hubiera tirado de mí.

Desmonté mi yegua, pero la mantuve cerca mientras me dirigía hacia la multitud, mis delatores rasgos humanos se escondían en las sombras de mi capucha. Rogué para que el humo y los incontables olores de los Altos Fae y hadas fueran suficientes para cubrir mi olor humano, pero comprobé para asegurarme de que mis dos cuchillos aún estuvieran a mis costados mientras me adentraba en la celebración.

Aunque un grupo de tamborileros tocaban a un lado del fuego, las hadas acudían a una zanja entre dos colinas cercanas. Dejé mi yegua atada a un sicómoro solitario coronando una loma y los seguí, saboreando el ritmo palpitante de los tambores cuando resonaban a través de la tierra hasta las plantas de mis pies. Nadie miró dos veces en mi dirección.

Casi resbalé por un despeñadero cuando entré al agujero. En un extremo, una boca de la cueva se abría en una ligera ladera. Su exterior había sido adornado con flores, ramas y hojas, y podía distinguir los inicios de un suelo cubierto de piel justo pasando la boca de la cueva.

Lo que yacía adentro estaba escondido a la vista cuando la habitación se desviaba de la entrada, pero la luz del fuego danzaba en las paredes. Lo que sea que iba a ocurrir en la cueva, o lo que sea que estuviera pasando, era el enfoque de las hadas oscuras mientras se alineaban a ambos lados del largo camino. El camino se abría entre trincheras en las colinas, y el Alto Fae se balanceaba en su lugar, moviéndose al ritmo de los redobles, cuyos golpes sonaban en mi estómago.



Las observé mecerse, entonces cambié de pie. ¿Había sido excluida de esto? Le eché un vistazo al área iluminada por el fuego, tratando de mirar a través del velo de la noche y humo. No encontré nada interesante, y ninguna de las hadas enmascaradas me prestaba atención. Permanecían a lo largo del camino, más y más de ellas venían a cada minuto. Definitivamente algo iba a pasar, lo que sea que fuera este Gran Rito.

Me dirigí a lo alto de la colina y me quedé de pie a lo largo del borde de una hoguera cerca de los árboles, observando a las hadas. Estuve a punto de encontrar el valor de preguntarle a un hada menor que pasaba a mi lado — un sirviente con máscara de pájaro— qué clase de ritual iba a suceder, cuando alguien agarró mi brazo y me dio vuelta.

Parpadeé al ver a los tres desconocidos, atónita cuando contemplé sus rostros con rasgos afilados libre de máscaras. Se veían como Altos Fae, pero había algo ligeramente diferente en ellos, algo más alto y más delgado que Tamlin y Lucien, algo más cruel en sus ojos de un tono negro profundo. Hadas, entonces.

El que sostenía mi brazo me sonrió, revelando unos dientes ligeramente puntiagudos.

—Mujer humana —murmuró, recorriéndome con la mirada—. No hemos visto una de ustedes en mucho tiempo.

Traté de soltarme de su agarre, pero mantuvo mi codo firmemente.

-¿Qué quieres? —exigí, manteniendo mi voz firme y fría.

Las dos hadas que lo flaqueaban me sonrieron, y uno agarró mi otro brazo, justo cuando iba a alcanzar mi cuchillo.

—Solo algo de diversión en la Noche del Fuego —dijo uno de ellos, extendiendo una pálida mano demasiado larga para acariciar un mechón de mi cabello. Giré la cabeza tratando de apartarme de su toque, pero se mantuvo firme. Ninguna de las hadas cerca de la hoguera reaccionaron, ninguna se molestó en mirar.

Si gritaba para pedir ayuda, ¿alguien respondería? ¿Respondería Tamlin? No podía ser tan afortunada otra vez; probablemente había usado mi porción asignada de suerte con los Nagas.



Jalé con brusquedad mi brazo. Me agarraron con más fuerza hasta causarme dolor, y mantuvieron mis manos bien alejadas de mis cuchillos. Los tres se acercaron, evitando que los otros me vieran. Miré alrededor, buscando algún aliado. Había más hadas sin máscaras ahora. Las tres hadas se rieron entre dientes, un bajo silbido recorrió todo mi cuerpo. No me había dado cuenta de lo lejos que estaba de todo el mundo, lo cerca que llegué al borde del bosque.

—Déjenme en paz —dije, más alto y más enojada de lo que esperaba, dado al temblor que empezaba en mis rodillas.

—Declaración intrépida de un ser humano en *Calanmai* —dijo el que sostenía mi brazo izquierdo. Las llamas no se reflejaban en sus ojos. Era como si devoraran la luz. Pensé en los nagas, cuyos horribles exteriores coincidían con sus corazones podridos. De alguna manera, estas hermosas hadas etéreas eran mucho peor—. Una vez que se realicé el Rito, tendremos algo de diversión, ¿verdad? Un regalo, una delicia encontrar a una humana aquí.

Le mostré mis dientes.

—Quítame las manos de encima —dije, lo suficientemente alto para que alguien escuchara.

Uno de ellos pasó una mano por mi costado, sus dedos huesudos enterrándose en mis costillas, mis caderas. Me aparté, solo para chocar contra el tercero, quien pasó sus dedos por mi cabello y se presionó cerca. Nadie miró; nadie lo notó.

—Ya basta —dije, pero las palabras salieron en un jadeo ahogado cuando ellos comenzaron a conducirme hacia la hilera de árboles, hacia la oscuridad. Empujé y di golpes; ellos solo sisearon. Uno de ellos me empujó y me tambaleé, cayendo fuera de su alcance. El suelo me recibió, e intenté alcanzar mis cuchillos, pero unas manos fuertes me agarraron por debajo de mis hombros antes de que pudiera agarrarlos o golpear la hierba.

Eran unas manos fuertes, cálidas y amplias. Nada parecido a los insistentes dedos huesudos de las tres hadas que estaban completamente inmóviles cuando quienquiera que me atrapó, suavemente me puso de pie.

—Allí estás. Te he estado buscando —dijo una profunda voz sensual masculina que nunca había oído. Pero mantuve mis ojos enfocados en las



tres hadas, preparándome para huir cuando el hombre detrás de mí dio un paso a mi lado y casualmente deslizó un brazo alrededor de mis hombros.

Las tres hadas menores palidecieron, sus ojos oscuros se abrieron como platos.

—Gracias por encontrarla para mí —les dijo mi salvador, amablemente—. Disfruten del Rito. —Hubo una indirecta bajo sus últimas palabras que dejó a las hadas rígidas. Sin más comentarios, se escabulleron hacia las hogueras.

Salí del refugio bajo el brazo de mi salvador y me giré para agradecerle.

Allí de pie estaba el hombre más hermoso que había visto.



CAPITULO 21

TRADUCIDO POR Manati5b & MELODY // CORREGIDO POR RINCONE

Todo acerca del extraño irradiaba gracia sensual y facilidad. Alto Fae, sin duda. Su cabello corto negro brillaba como las plumas de un cuervo, compensando su pálida piel y sus ojos azules tan profundo que parecían violeta, incluso a la luz del fuego. Ellos parpadeaban con diversión mientras me observaba.

Por un momento, no dijimos nada. Gracias no parecía cubrir lo que había hecho por mí, pero algo sobre la forma en que se puso de pie con absoluta quietud, la noche pareciendo presionarse más cerca de su alrededor, me hizo dudar de hablar—me hizo guerer correr en otra dirección.

Él tampoco estaba usando mascara. De otra corte, entonces. Una media sonrisa jugaba en sus labios.

—¿Qué está haciendo una mujer mortal aquí en las Noche del Fuego? su voz era un amado ronroneo que envió escalofríos a través de mí, acariciando cada musculo, hueso y nervio.

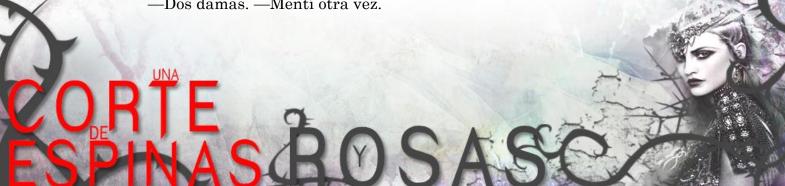
Di un paso hacia atrás.

—Mis amigos me trajeron.

El tamborileo estaba aumentando en el tempo, construyendo un climax que no entendía. Había pasado tanto tiempo desde que había visto un rostro desnudo que parecía vagamente humano. Su ropa—toda negra, toda finamente hecha—estaba cortada suficientemente cerca de su cuerpo que podía ver cuán magnifico era. Como si hubiera sido moldeado de la noche misma.

-¿Y quiénes son tus amigos?- Todavía estaba sonriéndome, un predador midiendo a su presa.

—Dos damas. —Mentí otra vez.



—¿Sus nombres?—Acechó más cerca, deslizando sus manos dentro de sus bolsillos. Me retiré un poco y mantuve mi boca cerrada. ¿Había pasado de tres monstruos a algo mucho peor? Cuando se hizo evidente que no respondería, se rio entre dientes—. De nada —dijo—. Por salvarte.

Me enfureció su arrogancia, pero retrocedí otro paso. Estaba muy cerca de la hoguera, de ese pequeño hueco donde las hadas estaban reunidas, que podría conseguir llegar si corría. Tal vez alguno tuviera pena de mi—tal vez Lucien o Alis estaban aquí.

—Es extraño que un mortal sea amiga de dos hadas —reflexiono, y empezó a rodearme. Podría haber jurado que había zarcillos de estrellas de noche enredados en su camino—. Por lo general, ¿los humanos no están aterrorizados de nosotros? ¿Y no deberías estar, para el caso, del otro lado del muro?

Estaba aterrorizada de él, pero no iba a dejar que lo supiera.

—Las conozco de toda mi vida. Nunca he tenido nada porque tenerles miedo.

Hizo una pausa en su rodeo. Ahora estaba parado entre la hoguera y yo—y mi vía de escape.

- —Y aun así, te trajeron traído al Gran Rito y te abandonaron.
- —Han ido por refrescos—dije, y su sonrisa creció. Cualquier cosa que acabara de decir me dio una oportunidad. Había observado a los criados acarrear la comida, pero tal vez no estaba aquí.

Él sonrió por un instante más largo. Nunca había visto a alguien tan apuesto—y nunca había tenido tantas campanas de advertencia en mi cabeza por ello.

—Me temo que los refrescos están muy lejos, —dijo, acercándose más—. Puede pasar algún tiempo antes de que ellas regresen. ¿Puedo acompañarte a algún lugar mientras tanto? —Deslizó una mano fuera de su bolsillo y ofreció su brazo. Había sido capaz de espantar a esas hadas sin levantar un dedo.

—No —dije, mi lengua pesada y gruesa.

Hizo un gesto con la mano hacia el hueco—hacia los tambores.



—Disfruta del ritual, entonces. Trata de mantenerte fuera de problemas. — Sus ojos brillaron de una manera que sugería que estar fuera de problemas significaba estar lejos, lejos de él.

A pesar de que podría ser el mayor riesgo que jamás hubiera tomado, solté sin pensar:

—¿No perteneces a la Corte de Primavera?

Él regreso, cada movimiento exquisito y atado con poder letal pero me contuve mientras me daba una sonrisa perezosa.

- —¿Te parezco que soy de la Corte de Primavera?— Las palabras estuvieron teñidas de la arrogancia que solo un inmortal podía lograr. Se rio entre dientes—. No, no pertenezco a la noble Corte de Primavera. Y feliz de ello. Hizo un gesto con su rostro donde su máscara debería estar. Debí haber caminado lejos, debería haber cerrado la boca.
- —¿Por qué estás aquí? —Sus notables ojos parecían brillar con suficiente muerte en los bordes que hizo que diera un paso atrás.
- —Porque todos los monstruos han sido liberados de sus jaulas esta noche, sin importar a qué corte pertenezcan. Así que puedo vagar a donde sea que desee hasta el amanecer. —Más acertijos y preguntas a ser respondidas. Pero había tenido suficiente—especialmente cuando su sonrisa se volvió fría y cruel.
- —Disfruta del ritual —repeti tan suavemente como pude. Corrí de vuelta al hueco de la hoguera, muy consciente del hecho de que yo estaba dándole la espalda. Estuve agradecida de perderme en la multitud a lo largo del camino hacia la cueva, todavía esperando que se produjera algo.

Cuando dejé de temblar, miré alrededor de la reunión de hadas. La mayoría de ellas todavía usaban mascara, pero había algunas, como el letal extraño y esas tres horribles hadas, que no llevaban ninguna mascara, ambas hadas sin ninguna lealtad o miembros de otras cortes. No pude distinguirlos. Mientras escaneaba la multitud, mis ojos se encontraron con unas hadas enmascaradas a través del camino. Una era rojiza y brillaba tan brillante como su cabello rojo. El otro era metal. Parpadeé al mismo tiempo que él lo hizo, y luego sus ojos se ancharon. Se desvaneció en la nada, y un segundo después, alguien tomó mi codo y me sacó de la multitud.



- —¿Has perdido el juicio? —gritó Lucien por encima de los tambores. Su rostro estaba de un pálido fantasmal—. ¿Qué estás haciendo aquí? Ninguna de las hadas parecían notarnos—estaban mirando insistentemente hacia el camino, lejos de la cueva.
 - -Yo quería... -empecé, pero Lucien maldijo violentamente.
- —¡Idiota! —me gritó, luego miro detrás de él hacia donde las otras hadas estaban mirando.
- —Inútil humana tonta. —Sin más palabras, me echo encima de su hombro como si fuera un saco de patatas.

A pesar de retorcerme y de mis gritos de protesta, a pesar de mis demandas de que consiguiera mi caballo, me sostuvo firme, y cuando alcé la visa, me di cuenta que estaba corriendo...rápido.

Más rápido de lo que nada debería ser capaz de moverse. Me hizo sentirme tan nauseabunda que cerré mis ojos. No se detuvo hasta que el aire fue fresco y tranquilo, y el tamborileo era distante. Lucien me dejó en el suelo del pasillo de la casa, y cuando me tranquilicé, encontré su rostro tan pálido como estaba antes.

—Estúpida mortal —espeto— ¿No se te dijo que permanecieras en tus habitaciones?

Lucien miró sobre su hombro, hacia la colina, donde el tamborileo era más fuerte y rápido como una tormenta.

- -Eso difícilmente fue...
- —¡Esa ni siquiera era la ceremonia! —Fue solo entonces cuando vi el sudor en su rostro y el pánico brillando en sus ojos—. Por el Caldero, Si Tam te llega a encontrar allí...
- —¿Qué? —dije, gritando también. Odiaba sentirme como un niño desobediente.
- —Es el *Gran Rito*, ¡El Caldero me hierva! ¿Nadie te dijo lo que es? —Mi silencio fue suficiente respuesta a su pregunta. Casi pude ver los toques de tambor pulsando contra su piel, haciéndole señas para reunirse con la multitud.



—La Noche del Fuego marca el inicio oficial de la primavera—en Prythian, así como en el mundo mortal —dijo Lucien. Aunque sus palabras eran relajadas, temblaron ligeramente. Me apoyé en la pared del pasillo, obligándome a una indiferencia que no sentía—. Aquí, nuestros cultivos dependen de la magia que regeneramos en el *Calamnai*, esta noche.

Metí mis manos en los bolsillos de mis pantalones. Tamlin había dicho algo similar hacía dos días. Lucien se estremeció, como si se sacudiera de un toque invisible.

- —Hacemos eso mediante la realización del Gran Rito. Cada uno de los siete Altos Señores de Prythian lo realiza todos los años, ya que su magia proviene de la tierra y regresa a ella al final, es un toma y da.
 - —Pero ¿Qué es?—pregunté, y él chasqueó la lengua.
- —Esta noche, Tam permitirá... que una gran y terrible magia entre en su cuerpo —dijo Lucien, mirando los fuegos distantes—. La magia tomará el control de su mente, cuerpo, alma y lo volverá un cazador. Lo llenará con un solo propósito: encontrar su doncella. De su unión la magia será liberada y esparcida en la tierra, donde regenerará la vida para el año venidero.

Mi rostro se puso caliente, y luché contra el impulso de moverme.

- —Esta noche Tam no será el hada que conoces —dijo Lucien—. Ni siquiera sabrá su nombre. La magia consumirá todo en su interior en nada más que demandas básicas—y necesidad.
 - —¿Quién... quien es la Doncella?—deje salir.

Lucien soltó un bufido.

—Nadie lo sabe hasta que sea la hora. Después de que Tam de caza al ciervo blanco y lo mate como ofrende de sacrificio, se dirigirá hacia la cueva sagrada, donde encontrará un camino bordeado de hembras hadas esperando a ser escogidas como su pareja para esta noche.

—¿Qué?

Lucien rio.



- -Sí. Todas esas hembras hadas alrededor tuyo eran hembras para que Tamlin escoja. Es un honor ser elegida, pero son sus instintos los que la escogen.
- —Pero tú estabas ahí y otros hadas masculinos. —Mi rostro estaba tan caliente que empecé a sudar. Por eso esas tres horribles hadas estaban ahí y pensaron que solo por mi presencia allí, estaría feliz de cumplir con sus planes.
- —Ah. —Lucien rio—. Bueno, Tam no es el único que va a realizar el Rito esta noche. Una vez que tome su decisión, seremos libres de mezclarnos. Aunque no sea el Gran Rito, nuestras propias diversiones de esta noche también ayudarán a la tierra. —Se encogió de hombros alejando la mano invisible por segunda vez, sus ojos cayendo en las colinas—. Tienes suerte de que te encontrara cuando lo hice, supongo —dijo—. Porque él podría haberte olido y haberte reclamado, pero no habría sido Tamlin quien te hubiera llevado a esa cueva. —Sus ojos se encontraron con lo míos y un escalofrío me recorrió—. Y no creo que te hubiera gustado. Esta noche no es para hacer el amor.

Tragué mis náuseas.

—Debería irme —dijo Lucien, contemplando las colinas—. Tengo que regresar antes de que él llegue a la cueva, al menos de intentar controlarle cuando te huela y que no pueda encontrarte entre la multitud.

Me hizo sentir enferma el pensamiento de Tamlin forzándome, que la magia pudiera despojarlo de cualquier sentido de sí mismo, de lo correcto o incorrecto. Pero escuchando eso... que una parte salvaje de él me *deseara...* Mi respiración se hizo dolorosa.

—Quédate en tus habitaciones esta noche, Feyre —dijo Lucien, caminando a través de las puertas del jardín—. No importa quien llame, mantén la puerta cerrada. No salgas hasta que sea de mañana.



En algún punto, me quedé dormida mientras me sentaba en mi vanidad. Me desperté cuando los tambores se detuvieron. Un silencio estremecedor viajó por la casa, y el pelo en mis brazos se levantó cuando la magia pasó a mi lado, ondulando hacia afuera.



Aunque traté de no hacerlo, pensé en la fuente probable y me sonrojé, incluso mientras mi pecho se apretaba. Miré el reloj. Eran más de las dos de la mañana.

Bueno, él ciertamente se había tomado su tiempo con el ritual, lo que significaba que la chica era probablemente hermosa y encantadora, y había apelado a sus *instintos*.

Me pregunté si ella se había alegrado de ser elegida. Probablemente. Ella había venido a la colina por su libre elección. Y después de todo, Tamlin era un Gran Señor, y eso era un gran honor. Y supongo que Tamlin era hermoso. Terriblemente hermoso. Incluso aunque no podía ver la parte superior de su cara, sus ojos estaban bien, su boca hermosamente curvada y llena. Y luego estaba su cuerpo, el cuál era... era...siseé y me puse en pie.

Miré hacia mi puerta, a la trampa que había amañado. Era completamente absurdo, como si trozos de cuerda y madera me pudieran proteger de los demonios en esta tierra.

Necesitando hacer algo con mis manos, desarmé cuidadosamente la trampa. Luego desbloqueé la puerta y entré en el pasillo. Que festividad tan ridícula. Absurda. Era bueno que los humanos las hubieran hecho a un lado.

Llegué a la cocina vacía, engullí la mitad de una barra de pan, una manzana, y una tarta de limón. Mordisqueé una galleta de chocolate mientras caminaba hacia mi pequeño cuarto de pintura. Necesitaba conseguir sacar algunas de las imágenes furiosas de mi mente, incluso si tenía que pintar a la luz de las velas.

Estaba a punto de dar vuelta por el pasillo cuando una alta figura masculina apareció ante mí. La luz de la luna que entraba por la ventana abierta teñía su máscara de plata, y su cabello dorado, desatado y coronado por hojas de laurel, brilló.

—¿Vas a algún lado? —preguntó Tamlin. Su voz no era enteramente de su mundo. Suprimí un escalofrío.

—Tentempié de media noche —dije y fui muy consciente de cada movimiento, cada respiración que tomaba cerca de él. Su pecho desnudo estaba pintado con espirales de hierba pastel azul oscuro, y por las manchas en la pintura, supe exactamente donde había sido tocado. Traté de no darme cuenta de que descendían por delante de su torso musculoso.



Estaba a punto de pasar por su lado cuando me agarró, tan rápido que no pude ver nada hasta que me tuvo pegada a la pared. La galleta se cayó de mi mano cuando agarró mis muñecas.

- —Te olí —dijo en un respiro, su pecho pintado subiendo y bajando cerca del mío—. Te busqué y no te encontré ahí. —Apestaba a magia. Cuando miré sus ojos, los restos de poder brillaban ahí. Sin bondad, nada de humor irónico y reprimendas gentiles. El Tamlin que conocía se había ido.
- —Déjame ir —dije tan llanamente como pude, pero sus garras salieron, clavándose en la madera sobre mis manos. Aun manejando la magia, era mitad salvaje.
- —Me volviste loco —gruñó y el sonido viajó por mi cuello, hacia mis pechos hasta que dolieron—. Te busqué, y no estabas allí. Cuando no te encontré —dijo, acercando su cara a la mía, hasta que compartimos nuestro aliento—. Me hicieron elegir a otra.

No podía escapar, y no estaba completamente segura de que quisiera hacerlo.

—Me pidió que no fuera amable con ella —gruñó, sus dientes brillantes con la luz de la luna. Movió sus labios a mi oreja— Habría sido amable contigo. —Me sacudí mientras cerraba mis ojos. Cada parte de mi cuerpo se volvió tirante mientras sus palabras hacían eco a través de mí—. Podría haberte tenido gimiendo mi nombre durante todo el acto. Y me habría tomado mucho, mucho tiempo, Feyre —dijo mi nombre como una caricia, y su caliente respiración cosquilleó en mi oreja. Mi espalda se arqueó ligeramente.

Sacó sus garras de la pared, y mis rodillas se combaron mientras me dejaba ir. Me sostuve de la pared para evitar caer al suelo, para evitar agarrarlo, golpearlo o acariciarlo, no lo sabía. Abrí mis ojos. Él seguía sonriendo—sonriendo como un animal.

—¿Por qué querría las sobras de alguien más? —dije, intentando alejarlo. Tomó mis manos de nuevo y mordió mi cuello.

Grité cuando sus dientes mordieron el delicado punto donde mi cuello se unía a mi hombro. No me pude mover, no pude pensar, y el mundo se estrechó al sentimiento de sus labios y sus dientes contra mi piel. No para atravesar mi piel, sino más bien para mantenerme inmovilizada. El empuje



de su cuerpo contra el mío, lo duro y lo suave, me hizo ver luz, me hizo mover mis caderas contra las de él. Debería odiarlo, odiarlo por este estúpido ritual, por la mujer con la que había estado esta noche...

Su mordisco se aligeró y su lengua acarició los lugares donde sus dientes habían estado. No se movió, solo se quedó en ese lugar, besando mi cuello. Atentamente, territorialmente, vagamente. Calor latió entre mis piernas mientras él colocaba su cuerpo sobre el mío, sobre cada punto adolorido, un gemido salió de mis labios.

—Nunca me vuelvas a desobedecer de nuevo —dijo, su voz como un profundo ronroneo que rebotó a través de mí, despertando todo y adormeciéndolo en complicidad. Luego reconsideré sus palabras y me puse rígida. Me sonrió de esa forma salvaje, y mi mano conectó con su cara.

—No me digas qué hacer. —dije en un respiro con mi mano latiendo—. Y no me muerdas como una bestia rabiosa.

Se rió con amargura. La luz de la luna volvió sus ojos al color de las hojas en la sombra. Más—quería la dureza de su cuerpo aplastando contra el mío; quería su boca y dientes y lengua en mi piel desnuda, en mis pechos, entre mis piernas. En todos lados, lo quería en *todos lados*.

Sus fosas nasales se movieron cuando me olió—cuando olió cada ardiente y furioso pensamiento que estaba golpeando por mi cuerpo, mis sentidos. Su respiración se precipitó en un fuerte zumbido.

Gruñó una vez, bajo, frustrado y vicioso, antes de alejarse.



CAPÍTULO 22

TRADUCIDO POR RINCONE // CORREGIDO POR VALE

Me desperté cuando el sol estaba en lo alto, después de pasar toda la noche dando vueltas, vacía y adolorida.

Los sirvientes dormían después de su noche de celebración, así que me preparé mi lavado y tomé un buen y largo baño. Por mucho que tratara de olvidar la sensación de los labios de Tamlin en mi cuello, tenía un enorme moretón en el lugar donde me había mordido. Después del baño, me vestí y me senté en el tocador para trenzar mi cabello.

Abrí los cajones del tocador, buscando una bufanda o algo para cubrir el moretón que se asomaba por encima de mi túnica azul, pero entonces me detuve y me miré en el espejo. Había actuado como un bruto y un salvaje, y si había recuperado sus sentidos ésta mañana, entonces ver lo que me había hecho sería un mínimo castigo.

Sorbiendo, abrí el cuello de mi túnica y metí mechones de mi pelo marrón-dorado detrás de mis orejas de manera que no lo ocultara. Estaba más allá de acobardada.

Tarareando para mí misma y balanceando mis manos, me dirigí abajo y seguí el olor hasta el comedor, donde sabía que el almuerzo se servía generalmente para Tamlin y Lucien. Cuando abrí las puertas, los encontré a los dos tirados en sus sillas. Podría haber jurado que Lucien estaba durmiendo verticalmente, tenedor en mano.

—Buenas tardes —dije con alegría, con una sonrisa especialmente sacarina para el Gran Señor. Parpadeó hacia mí, y ambos hombres hadas murmuraron sus saludos mientras tomaba asiento frente a Lucien, no en mi lugar habitual frente a Tamlin.

Bebí profundamente de mi copa de agua antes de acumular comida en mi plato. Saboreaba el tenso silencio mientras consumía la comida delante de mí.

—Te ves... refrescada —observó Lucien con una mirada a Tamlin. Me encogí de hombros—. ¿Dormiste bien?



- —Igual que un bebé. —Le sonreí y tomé otro bocado de comida, y sentí los ojos de Lucien viajar inexorablemente a mi cuello.
 - —¿Qué es ese moretón? —Exigió Lucien.

Señalé con mi tenedor a Tamlin.

—Pregúntale a él. Fue quien lo hizo.

Lucien miró a Tamlin y a mí y de vuelta otra vez.

- —¿Por qué tiene Feyre un moretón en el cuello hecho por ti? preguntó con no un poco de diversión.
- —La mordí —dijo Tamlin sin detenerse mientras cortaba su carne—. Nos encontramos en el pasillo después del Rito.

Me enderecé en mi silla.

- —Parecía tener un deseo de muerte —continuó, cortando su carne. Las garras estaban retraídas pero empujaban contra su piel por encima de sus nudillos. Mi garganta se cerró. Oh, él estaba enfadado, furioso porque hubiera cometido la locura de dejar mi habitación, pero de alguna manera logró mantener su ira apartada, a raya—. Por lo cual, si Feyre no se molesta en atender a órdenes, entonces no se me puede considerar responsable de las consecuencias.
- —¿Responsable? —farfullé, poniendo mis manos sobre la mesa—. ¡Me arrinconaste en el pasillo como un lobo a un conejo!

Lucien apoyó un brazo sobre la mesa y se cubrió la boca con la mano, sus ojos rojizos brillando.

—Dado que podría no ser yo mismo, Lucien *y* yo te dijimos que permanecieras en tu habitación —dijo Tamlin con tanta calma que quise arrancarle el cabello.

No pude evitarlo. Ni siquiera traté de luchar contra los malos estribos al rojo vivo que se arrastraron por mis sentidos.

—¡Cerdo hada! —grité, y Lucien aulló de la risa, casi volcando hacia atrás su silla. A la vista de la creciente sonrisa de Tamlin, me largué.



Me tomó un par de horas parar de pintar pequeños retratos de Tamlin y Lucien con características de cerdos. Pero cuando estaba terminando el último, dos cerdos hadas revolcándose en su propia suciedad, como yo lo llamaría, sonreí a la clara y brillante luz en mi lugar privado para pintar. El Tamlin que conocía había regresado.

Y eso me ponía... feliz.



Nos pedimos disculpas en la cena. Él incluso me trajo un ramo de rosas blancas del jardín de sus padres, y aunque las descarté como si nada, me aseguré de que Alis les diera un buen cuidado cuando volví a mi habitación. Solo me dio un guiño irónico antes de prometerme que las pondría en mi lugar de pintar. Me quedé dormida con una sonrisa en los labios.

Por primera vez en mucho, mucho tiempo, dormí pacíficamente.



—No sé si debería estar contenta o preocupada —dijo Alis la noche siguiente mientras deslizaba el camisón dorado sobre mis brazos en alto, y luego tiraba de él hacia abajo.

Sonreí un poco, maravillada por el intrincado encaje metálico que se aferraba a mis brazos y torso como una segunda piel antes de caer ligeramente a la alfombra.

—Es solo un vestido —le dije, levantando mis brazos otra vez mientras ella traía el vestido de gasa turquesa. Era lo suficientemente puro para que pudiera verse el oro de la malla reluciendo debajo, y luminosa y ligera y llena de movimiento, como si fluyera en una corriente invisible.

Alis rió para sí misma y me guio hacia el tocador para trabajar en mi cabello. No tuve el coraje de mirar hacia el espejo mientras se ocupaba de mí.



- —¿Significa esto que vas a usar vestidos a partir de ahora? —preguntó, separando mi cabello por mechones, lo que hizo que me preguntara qué era lo que estaba haciendo.
- —No —le dije rápidamente—. Quiero decir, llevaré mi ropa habitual durante el día, pero pensé que estaría bien... intentarlo, al menos por esta noche.
- —Ya veo. Me alegro que no estés perdiendo tu sentido común en su totalidad.

Giré mi boca hacia un lado.

-¿Quién te enseñó a peinar el pelo de esta manera?

Sus dedos se detuvieron, después continuaron con su trabajo.

- —Mi madre nos lo enseño a mi hermana y a mí, y su madre se lo enseñó a ella antes de eso.
 - —¿Siempre has estado en la Corte de Primavera?
- —No —dijo ella, sujetando mi cabello en varios lugares sutilmente—. No, originalmente estábamos en la Corte de Verano, que es dónde aún habitan mis parientes.
 - —¿Cómo terminaste aquí?

Alis se encontró con mis ojos en el espejo, sus labios en una línea apretada.

—Tomé la decisión de venir aquí, y mis parientes pensaron que me había vuelto loca. Pero mi hermana y su compañero habían muerto, y por sus hijos... —Tosió, como si se atragantara con las palabras—. Vine aquí para hacer lo que pudiera. —Me palmeó el hombro—. Echa un vistazo.

Me atreví a darle un vistazo a mi reflejo.

Salí apresurada de la habitación antes de que perdiera el valor.





Tuve que mantener las manos apretadas mis los lados para evitar limpiar el sudor de ellas en las faldas de mi vestido cuando llegué al comedor, y de inmediato contemplé la idea de volver arriba y cambiarme a mi túnica y pantalones. Pero sabía que ya me habían oído, u olido, o lo que sea que usaran para detectar una presencia, y hacer una fuga solo empeoraría las cosas, me encontré empujando las puertas dobles.

Cualquiera que fuera la discusión en la que Tamlin y Lucien estaban metidos, se detuvo, y traté de no mirar sus ojos muy abiertos mientras caminaba hacia mi lugar al final de la mesa.

—Bueno, llego tarde a algo increíblemente importante —dijo Lucien, y antes de que pudiera decirle sobre su enorme mentira o rogarle que se quedara, el hada con la máscara de zorro desapareció.

Podía sentir el peso de toda la atención de Tamlin en mí, en cada respiración y movimiento que hacía. Estudié los candelabros encima de la repisa de la chimenea junto a la mesa. No tenía nada que decir que no sonara absurdo, pero por alguna razón, mi boca decidió comenzar a moverse.

—Qué lejos estás. —Hice un gesto a la extensión de mesa entre nosotros—. Es como si estuvieras en otra habitación.

Los lugares en la mesa se desvanecieron, dejando a Tamlin ni a dos pies de distancia, sentado en una mesa infinitamente más íntima. Grité y casi volqué mi silla. Se echó a reír cuando me quedé boquiabierta ante la pequeña mesa que estaba ahora entre nosotros.

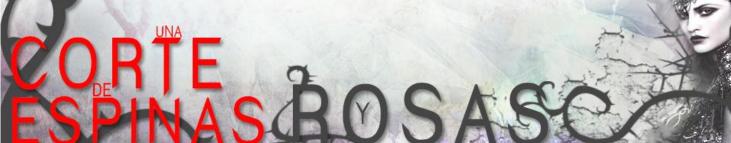
—¿Mejor? —preguntó.

Ignoré el sabor metálico de la magia cuando dije:

—¿Cómo... como has *hecho* eso? ¿A dónde ha ido el resto?

Él ladeó la cabeza.

—Entre medias. Piensa en ello como... un armario de escobas escondido en los bolsillos del mundo. —Flexionó sus manos y rodó su cuello, como si se sacudiera un poco de dolor.



—¿Te pasa factura? —El sudor parecía brillar en su fuerte cuello.

Dejó de doblar sus manos y las colocó sobre la mesa.

—Una vez, fue tan fácil como respirar. Pero ahora... requiere concentración.

A causa de la maldición en Prythian y la mortandad que le tomaba.

-Podrías haberte simplemente sentado más cerca -le dije.

Tamlin me dio una sonrisa perezosa.

—¿Y perder la oportunidad de mostrárselo a una hermosa mujer? Nunca. —Le sonreí a mi plato—. Te ves hermosa —dijo en voz baja—. Lo digo en serio —añadió cuando mi boca se torció hacia un lado—. ¿No te miras en el espejo?

Aunque su moretón todavía empañaba mi cuello, me *veía* bien. Femenina. No iría tan lejos como para decir que fuera una belleza, pero... no me avergonzaba. Unos pocos meses aquí habían hecho maravillas con las formas incómodas y ángulos de mi cara. Y me atrevía a decir que algún tipo de luz se había colado en mis ojos, *mis* ojos, no los de mi madre o los de Nesta. Los *míos*.

—Gracias —dije, y estuve agradecida de que evitara decir cualquier cosa mientras me servía y después a él. Cuando mi estómago estuvo lleno hasta reventar, me atreví a mirarlo—mirarlo de verdad—otra vez.

Tamlin se reclinó en su silla, aunque sus hombros estaban apretados y su boca en una delgada línea. No había sido llamado a la frontera en unos días, no había vuelto cansado y cubierto de sangre desde antes de la Noche del Fuego. Y sin embargo... sufría por esa hada sin nombre de la Corte de Verano con las alas amputadas. ¿Qué penas y cargas soportaba por esos otros que se perdían en el conflicto, perdidos por la maldición, o los ataques a las fronteras? Gran Señor, una posición que no había querido o esperado, y sin embargo, se veía obligado a soportar su peso tan bien como pudiera.

—Vamos —le dije, levantándome de la silla y tirando de su mano. Sus callos rasparon contra los míos, pero sus dedos se apretaron cuando me miró—. Tengo algo para ti.



Para mí —repitió con cuidado, pero se levantó. Lo conduje fuera del comedor. Cuando iba a dejar caer su mano, él no me soltó. Fue suficiente para tenerme corriendo con rapidez, como si pudiera correr más rápido que mi atronador corazón o la presencia inmortal pura de él a mi lado. Lo llevé pasillo tras pasillo hasta que llegamos a mi pequeño lugar de pintura, y por fin me soltó la mano para que pudiera coger mis llaves. El aire frío picó en mi piel sin el calor de su mano alrededor de la mía.

—Sabía que le pedirías a Alis una llave, pero no creí que de verdad bloquearas la puerta —dijo detrás de mí.

Le di una mirada estrecha sobre mi hombro mientras abría la puerta.

—Todo el mundo curiosea en esta casa. No quería que tú o Lucien vinieran aquí hasta que estuviera listo.

Entré en la habitación a oscuras y me aclaré la garganta, una petición tácita para que le diera vida a las velas. Tardó más de lo que había visto antes, y me pregunté si el haber acortado la mesa de alguna manera lo había drenado más de lo que dejaba ver. La Suriel había dicho que los Grandes Señores eran Poder, pero aun así... aun así algo tenía que estar cierta y completamente mal si esto era todo cuanto podía manejar. La habitación se iluminó con luz, y empujé mi preocupación a un lado cuando me adentré más en el cuarto. Tomé una respiración profunda e hice un gesto hacia el caballete y la pintura que había colocado allí. Esperaba que no se diera cuenta de las pinturas apoyadas contra las paredes.

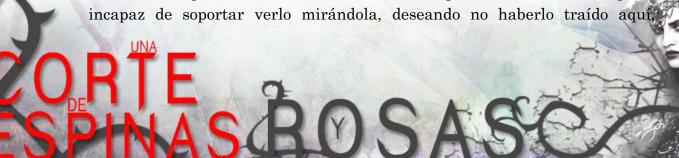
Se dio la vuelta en su sitio, mirando alrededor de la habitación.

—Sé que son extrañas —dije, mis manos sudaban de nuevo. Las metí detrás de mi espalda—. Y sé que no son como... no son tan buenas como las que tienes aquí, pero... —Me acerqué a la pintura en el caballete. Era una impresión, no una representación realista—. Quería que vieras esta —dije, señalando la mancha de verte, oro, playa y azul—. Es para ti. Un regalo. Por todo lo que has hecho.

El calor estalló en mis mejillas, mi cuello, mis oídos, cuando silenciosamente se acercó a la pintura.

—Es la laguna... con el charco de luz estelar —dije rápidamente.

—Sé lo que es —murmuró estudiando la pintura. Retrocedí un paso,



echándole la culpa al vino que había tomado en la cena, al estúpido vestido. Examinó la pintura por una miserable eternidad, entonces miró hacia otro lado, a la pintura más cercana apoyada en la pared.

Mis entrañas se apretaron. Un paisaje brumoso de nieve y árboles esqueléticos y nada más. Se parecía a... se parecía a la nada, supuse, para nadie más que a mí. Abrí la boca para explicar, deseando girar los otros para alejarlos de su vista, pero él habló.

—Ese es tu bosque. Donde cazabas. —Se acercó a la pintura, mirando el sombrío y vacío frío, el blanco, gris, marrón y negro—. Esta era tu vida — aclaró.

Estaba demasiado mortificada, demasiado aturdida como para responder. Se acercó a la siguiente pintura que había dejado en la pared. Oscuridad y marrón denso, parpadeos de rojo rubí y naranja se exprimía entre ellos.

—Tú cabaña en la noche.

Traté de moverme, de decirle que dejara de mirar esas pinturas y mirara las otras que había diseñado, pero no podía, no podía siquiera respirar correctamente mientras se movía al siguiente cuadro. Una bronceada y robusta mano de hombre empuñada en el heno, las pálidas piezas se entrelazaban entre hilos de color marrón recubiertos con oro... mi cabello. Mis entrañas se torcieron.

—El hombre con el que te solías ver, en tu pueblo. —Inclinó la cabeza otra vez mientras estudiaba el cuadro y un gruñido se le escapó—. Mientras hacían el amor. —Dio un paso atrás, mirando la fila de imágenes—. Este es el único con algún tipo de brillo.

¿Estaba... celoso?

—Era el único escape que tenía. —Era cierto. No pediría disculpas por Isaac. No cuando Tamlin acababa de estar en el Gran Rito. No se lo saqué en cara, pero si iba a ponerse celoso de *Isaac...*

Tamlin debió de darse cuenta también porque soltó un suspiro largo y controlado antes de pasar a la siguiente pintura. Sombras de altos hombres, un goteo de color rojo brillaba de sus puños, de sus garrotes de madera, flotando y llenando los bordes de la pintura mientras ellos se alzaban por



encima de la figura encorvada en el suelo, la sangre escapaba de él, la pierna en un ángulo equivocado.

Tamlin juró.

- —Estabas allí cuando rompieron la pierna de tu padre.
- —Alguien tenía que suplicar que se detuvieran.

Tamlin lanzó una mirada conocedora en mi dirección y se volvió a girar para mirar el resto de las pinturas. Allí estaban, todas las heridas que poco a poco había estado aligerando estos pocos meses. Parpadeé. Unos pocos meses. ¿Creyó mi familia que me quedaría para siempre con esa supuesta tía moribunda?

Por fin, Tamlin miró la pintura de la laguna de luz estelar. Asintió en agradecimiento. Pero señaló la pintura del bosque velado de nieve.

- -Ese. Quiero ese.
- —Es frío y melancólico —dije, escondiendo mi mueca de dolor—. No se ajusta a este lugar en absoluto.

Se acercó a ella, y la sonrisa que me dio fue más hermosa que cualquier prado o lago encantado de estrellas.

—Aun así, lo quiero —dijo en voz baja.

Nunca había anhelado nada más que quitar la máscara y ver la cara que se escondía debajo, de averiguar si se parecía a como había soñado que se vería.

- —Dime que hay alguna forma de ayudarte —suspiré—. Con la máscara, con sea cual sea la amenaza que ha tomado gran parte de tu poder. Dímelo, dime qué puedo hacer para ayudarte.
 - —¿Un humano que desea ayudar a un hada?
 - —No te burles de mí —dije—. Por favor, solo... dímelo.
- —No hay nada que desee que hagas, nada que *puedas* hacer, o nadie. Es mi carga para soportar.



- Lo tengo. Lo que tengo que enfrentar, lo que sufro, Feyre... no sobrevivirías.
- -Entonces, ¿voy a vivir aquí para siempre, en la ignorancia del verdadero alcance de lo que está pasando? Si no quieres que entienda lo que está pasando... preferirías... —Tragué saliva—. ¿Preferirías que encontrara algún otro lugar para vivir? ¿Dónde no sea una distracción?
 - —¿Calanmai no te ha enseñado nada?
 - —Solo la magia que te convierte en una bestia.

Se echó a reír, aunque no del todo divertido. Cuando me quedé en silencio, suspiró.

-No, no quiero que vivas en ningún otro lugar. Te quiero aquí, donde puedo cuidar de ti, donde puedo llegar a casa y saber que estás aquí, pintando y a salvo.

No podía apartar la mirada de él.

Pensé en enviarte lejos al principio —murmuró—. Parte de mí sigue pensando que debería haberte encontrado otro lugar para que vivieras. Pero tal vez sea egoísta. Incluso cuando se hizo tan claro que estabas más interesada en ignorar el Tratado o buscar una salida, no me atreví a dejarte ir, de encontrar un lugar en Prythian donde estuvieras lo suficientemente cómoda como para que no intentaras huir.

—¿Por qué?

Cogió la pequeña pintura del bosque congelado y lo examinó de nuevo.

—He tenido muchas amantes —admitió—. Mujeres de noble cuna, guerreras, princesas... —La ira me golpeó, bajo y profundo en la barriga ante el pensamiento de ellas, ira a sus títulos, a sus indudables buenas apariencias, a su cercanía con él—. Pero nunca lo entendieron. Lo que era aquello, lo que es, para mí cuidar de mi gente, mis tierras. Las cicatrices que todavía están allí, a cómo se sienten los días malos. —Esos celos iracundos se desvanecieron como el rocío de la mañana mientras sonreía a mi pintura—. Esto me lo recuerda.

—¿El qué? —Respiré.



Bajó la pintura, mirándome directamente.

—Que ya no estoy solo.

No bloqueé la puerta de mi habitación esa noche.



CAPÍTULO 23

TRADUCIDO POR RAELEEN P. // CORREGIDO POR VALE

En la tarde siguiente me recosté sobre mi espalda en la hierba, disfrutando la calidez de los rayos del sol que se filtraban por la cubierta de hojas, analizando cómo podría incorporarlo en mi próxima pintura. Lucien, afirmando que tenía actividades miserables que atender como emisario, nos había abandonado a Tamlin y a mí a nuestra propia suerte, y el Gran Señor me había llevado a otro hermoso lugar en su bosque encantado.

Pero no había ningún encantamiento aquí, no había piscinas de luz de estrella, ni cascadas de arco iris. Solo era un lago cubierto de hierba velada por un sauce llorón, con un arroyo claro corriendo a través de él. Nos recostamos en un silencio cómodo y miré hacia Tamlin, que dormitaba a mi lado. Su cabello dorado y máscara, brillaba mucho contra la alfombra esmeralda. El delicado arco de sus orejas puntiagudas me hizo hacer una pausa.

Abrió un ojo y me sonrió perezosamente.

- —El canto del sauce siempre me pone a dormir.
- —¿El qué del qué? —dije, sosteniéndome sobre mis codos para ver el árbol sobre nosotros.

Tamlin apuntó hacia el sauce. Las ramas crujieron al moverse por la brisa.

- —Canta.
- —Supongo que también canta epigramas de campamentos de guerra, ¿no?

Sonrió y medio se sentó, girándose para verme.

—Eres humana —dijo, y rodé los ojos—. Tus sentidos aún están cerrados a todo.



—Solo otro de mis muchos defectos.

Pero, de algún modo, la palabra «defectos» había dejado de tener su significado.

Quitó un pedazo de pasto de mi cabello. El calor irradió de mi rostro cuando su mano rozó mi mejilla.

- —Puedo hacer que lo veas —dijo. Sus dedos se demoraron en la punta de mi trenza, girando el rizo—. Ver mi mundo, oírlo, olerlo. —Mi respiración se volvió superficial cuando se sentó—. Saborearlo. —Sus ojos se dirigieron al moretón casi desaparecido de mi cuello.
- ¿Cómo? —pregunté, el calor floreció al tiempo que él se ponía en cuclillas frente a mí.
- —Cada obsequió viene con un precio. —Fruncí el ceño y él sonrió—. Un beso.
- —¡Claro que no! —Pero mi sangre se aceleró y tuve que apretar las manos en el pasto para evitar tocarlo—. ¿No crees que me ponga en desventaja no poder ver todo esto?
- —Soy uno de los Grandes Señores; no damos nada sin recibir algo a cambio.

Para mi sorpresa, dije:

—Bien.

Parpadeó, probablemente había esperado que peleara un poco más. Escondí mi sonrisa y me senté para poder encararlo, nuestras rodillas se tocaban al estar de rodillas en el pasto. Me lamí los labios, mi corazón palpitaba tan rápido que se sentía como si tuviera un colibrí dentro de mi pecho.

—Cierra los ojos —dijo y yo obedecí, mis dedos agarrando el pasto. Las aves parloteaban y las ramas del sauce susurraron. El pasto crujió cuando Tamlin se sostuvo sobre sus rodillas. Respiré hondo cuando su boca tocó levemente uno de mis parpados, luego el otro. Se alejó y me dejó sin respiración, los besos aún perduraban en mi piel.



El canto de las aves se convirtieron en una orquesta; una sinfonía de cotilleo y júbilo. Nunca había oído tantas capas de música, nunca había escuchado las variaciones y temas que se entrelazaban entre sus arpegios. Y más allá del canto de los pájaros, había una melodía etérea; una mujer, melancólica y cansada... el sauce. Jadeando, abrí los ojos.

El mundo se había vuelto más abundante, más claro. El arroyo era un arco-iris casi invisible de agua que fluía sobre piedras tan atrayentemente suaves como la seda. Los árboles estaban vestidos de un ligero brillo que irradiaban desde sus centros y danzaba sobre las puntas de sus hojas. No había ningún hedor ácido y metálico... no, el olor de la magia se había convertido en jazmín, en lila, en rosas. Nunca sería capaz de pintarlo, la intensidad, la sensación... tal vez fracciones de esto pero no todo en su totalidad.

Magia, todo era magia, y rompía mi corazón.

Miré a Tamlin, y mi corazón se rompió por completo.

Era Tamlin pero no. Más bien, era el Tamlin que había soñado. Su piel relucía con un brillo dorado y alrededor de su cabeza resplandecía un anillo de luz. Y sus ojos...

No solo verde y dorado, sino cada tonalidad y variación que podía imaginar, como si cada hoja del bosque se hubiese mezclado en un solo tono. *Este* era un Gran Señor de Prythian: terriblemente atractivo, cautivador y poderoso hasta el punto de lo creíble.

Mi respiración se atoró en mi garganta cuando toqué el contorno de su máscara. El frío mordió la punta de mis dedos y las esmeraldas se deslizaron contra mi piel callosa. Levanté mi otra mano y, suavemente, las puse en cada lado de la máscara. La jalé levemente.

No se movió.

Empezó a sonreír cuando la jalé otra vez y parpadeé, dejando caer mis manos. Al instante, el Tamlin dorado y resplandeciente desapareció y el que conocía regresó. Todavía podía oír el canto del sauce y los pájaros pero...

—Porque volví a poner mi glamur en su lugar.

—¿Por qué ya no puedo verte?



- —¿Glamur para qué?
- —Para verme normal. O tan normal como puedo verme con esta maldita cosa —añadió, haciendo un gesto hacia la máscara—. Ser un Gran Señor, incluso uno con... poderes limitados, también viene con señales físicas. Por eso no pude ocultar en lo que me estaba convirtiendo de mis hermanos, de nadie. Todavía es más fácil pasar desapercibido.
- —Pero la máscara no se puede quitar en realidad, o sea, ¿estás seguro de que no hay nadie que sepa cómo arreglar lo que la magia hizo esa noche? ¿Ni siquiera alguien en otra corte? —No sabía por qué la máscara me molestaba tanto. No necesitaba ver su rostro completo para conocerlo.
 - —Siento decepcionarte.
- —Yo solo... solo quiero saber cómo luces. —Me pregunté cuándo me había vuelto tan superficial.
 - —¿Cómo crees que soy?

Incliné la cabeza hacia un lado.

- —Una nariz fuerte y recta —dije, partiendo de lo que una vez traté de pintar—. Pómulos altos que resaltan tus ojos. Cejas arqueadas muy ligeramente. —Terminé, sonrojándome. Él sonreía tan ampliamente que casi podía ver todos sus dientes, no había rastro de esos colmillos. Traté de pensar en una excusa para mi ímpetu pero un bostezo salió de mí al tiempo que un peso repentino caía sobre mis ojos.
 - —¿Y tú parte del trato?
 - —¿Qué?

Se inclinó más cerca, su sonrisa se volvió malvada.

—¿Y mi beso?

Agarré sus dedos.

—Ten —dije, y empujé mi boca contra el dorso de su mano—. Ahí está tu beso.



Tamlin soltó una risa pero el mundo se desdibujó, arrullándome para dormir. El sauce me incitaba a dormir y lo complací. Desde muy lejos, oí que Tamlin maldecía.

—¿Feyre?

Dormir. Quería dormir. Y no había lugar mejor para dormir que aquí mismo, escuchando al sauce y a las aves y al arroyo. Me acurruqué sobre mi costado, usando mi brazo como almohada.

—Debería llevarte a casa—murmuró, pero no se movió para ponerme de pie. En su lugar, sentí un golpe sordo en la tierra, y la lluvia primaveral y el nuevo aroma a hierba de él llenó mi nariz cuando se acostó a mi lado. Me estremecí de placer mientras él acariciaba mi cabello.

Era un sueño tan hermoso. Nunca antes había dormido tan bien. Tan cálida, arrellanándome a su lado. Serena. Débilmente, haciendo eco en mi mundo de letargo, él volvió a hablar, su aliento acariciando mi oído.

—También eres justo como te soñé.

La oscuridad se lo tragó todo.



CAPÍTULO 24

TRADUCIDO POR MELODY // CORREGIDO POR PAUPER

No fue el amanecer lo que me despertó, más bien el ruido de un zumbido. Gemí mientras me sentaba en la cama y entrecerré los ojos a la mujer de cuclillas con la piel hecha de corteza de árbol que se acercaba con mis platos del desayuno.

-¿Dónde está Alis?- pregunté, frotando mis ojos con sueño.

Tamlin debió de haberme traído aquí arriba, debió de haberme llevado todo el camino a casa.

- —¿Qué?— se volteó hacia mí. Su máscara de pájaro me era familiar. Pero habría recordado a un hada con una piel como esa. Ya la habría pintado.
- —¿Alis está indispuesta?— dije, saliendo de la cama. Este era mi cuarto, ¿cierto? Una rápida mirada me dijo que sí.
- —¿Estás mal de la cabeza? —dijo el hada. Mordí mi labio —. Yo *soy* Alis— chasqueó ella y, con un movimiento de cabeza, entró en el cuarto de baño para comenzar con mi baño.

Era imposible. La Alis que yo conocí era justa y regordeta y parecía una Alta Fae.

Froté mis ojos con mi pulgar y mi dedo índice. Un glamour, eso fue lo que Tamlin dijo que él usó. Su visión de hada había deshecho los glamours que había estado viendo. Pero ¿por qué molestarse en poner un glamour a todo?

Porque yo había sido un humano cobarde, por eso. Porque Tamlin sabía que yo me habría encerrado en su cuarto si los hubiera visto cómo sus verdaderos yo.

Las cosas sólo empeoraron mientras iba al piso de abajo para encontrarme con el Gran Señor. Los pasillos eran un hervidero de hadas enmascaradas que jamás había visto. Algunas eran altas y con aspecto humano—Altos Fae como Tamlin, otras... no lo eran. Hadas. Traté de evitar



ver a esas hadas, mientras ellos parecían los más sorprendidos al notar mi atención.

Estaba casi temblando para cuando llegué al comedor. Lucien, piadosamente, apareció como Lucien. No pregunté si eso fue porque Tamlin le había informado para ponerse un mejor glamour o porque no se molestaba en ser algo que no era.

Tamlin estaba recostado en su silla de siempre, pero se tensó en cuanto crucé el umbral de la puerta.

- —¿Qué está mal?
- —Hay... mucha gente, hadas, alrededor. ¿Cuándo llegaron?

Casi grité cuando miré por la ventana de mi habitación y vi a todas las hadas en el jardín. Muchas de ellas, todas con máscaras de insectos, podaban los setos y tendían las flores. Esas hadas habían sido las más extrañas de todas con sus iridiscentes, zumbantes alas que brotaban de sus espaldas. Y, por supuesto, luego estaba la piel verde y marrón, y sus extremidades anormalmente largas, y...

Tamlin se mordió su labio, reprimiendo una sonrisa.

- -Ellos siempre han estado aquí.
- —Pero... pero no escuché nada
- —Claro que no lo hiciste dijo Lucien con voz cansina y girando una de sus dagas entre sus manos—. Nosotros nos aseguramos de que no pudieras ver o escuchar a nadie, más que a los que eran necesarios.

Ajusté las solapas de mi túnica.

- —Así que me estás diciendo que... que cuando perseguí al puca esa noche...
- —Tenías audiencia— terminó Lucien por mí. Yo había pensado que había sido sigilosa. Mientras yo andaba de puntitas, habían habido hadas que seguramente se partieron de la risa ante la ciega humana siguiendo una ilusión.



Peleando contra de mi creciente angustia, me giré hacia Tamlin. Sus labios se crisparon y los mantuvo sellados, pero el entretenimiento aún estaba ahí mientras asentía.

- —Fue un valiente esfuerzo.
- —Pero *podía* ver al naga, y al puca, y a la Suriel. Y... y a esa hada cuyas alas fueron... arrancadas dije, haciendo una mueca interna —. ¿Por qué el glamour no les aplicaba a ellos?

Sus ojos se oscurecieron.

- —No son miembros de mi corte—dijo Tamlin —. Así que mi glamour no se usó en ellos. El puca pertenece al viento, clima y todo lo que cambia. Y la naga... ellas le pertenecen a alguien más.
- —Ya veo —mentí, sin entender realmente. Lucien soltó una risita, sintiendo mi mentira, y yo lo miré de reojo.
 - —Has estado notablemente ausente otra vez.

Usó su daga para limpiarse las uñas.

- —He estado ocupado. Tú también, lo entiendo.
- —¿Qué se supone que significa eso?— exigí
- —Si te ofrezco la luna en una cuerda, ¿también me darías un beso?
- —No seas idiota —le dijo Tamlin con un suave gruñido, pero Lucien continuó riendo, y seguía riendo cuando salió de la habitación.

Sola con Tamlin, me moví sobre mis pies.

- —Así que si me encontrase al Attor de nuevo— dije, más que nada para evitar el pesado silencio— ¿lo vería de verdad?
 - —Sí, y no sería agradable
- —Tú dijiste que no me vio esa vez, y ciertamente no parece un miembro de tu corte— me aventuré—. ¿Por qué?
- —Porque puse un glamour en ti cuando entramos al jardín —dijo él simplemente—. El Attor no podía verte, oírte u olerte. —Su mirada se dirigió a la ventana detrás de mí, y se pasó una mano por su cabello—. He



hecho todo lo que puedo para mantenerte invisible a criaturas como el Attor... y peores. La maldición se está esparciendo de nuevo... y muchas de estas criaturas están siendo liberadas de sus amarres.

Mi estómago dio un vuelco.

—Si ves una — continuó Tamlin—. Incluso si se ve indefenso, pero te hace sentir incómoda, finge que no lo ves. No le hables. Si te lastima, yo... los resultados no serían agradables para ella o para mí. Recuerdas lo que pasó con la naga.

Esto era por mi propia seguridad, no por su entretenimiento. Él no quería que me lastimara, no quería castigarlos por lastimarme. Incluso si la naga no había sido parte de su corte, ¿le había herido el matarlos?

Cuando me di cuenta de que estaba esperando mi respuesta, asentí.

- -La... ¿la maldición está creciendo de nuevo?
- —Hasta ahora en otros territorios. Estás a salvo aquí
- -No es mi seguridad lo que me preocupa.

Los ojos de Tamlin se suavizaron, pero sus labios se convirtieron en una fina línea cuando dijo:

- —Van a estar bien.
- —¿Es posible que la oleada sea temporal?—Esperanza de tontos.

Tamlin no respondió, lo que fue respuesta suficiente. Si la maldición se estaba volviendo activa de nuevo... No me molesté en ofrecer mi ayuda. Yo ya sabía que no me permitiría ayudar con cualquiera que fuera el problema.

Pero pensé en la pintura que le había dado, y en lo que dijo de ella... y deseé que me dejara ayudar de cualquier modo.



La mañana siguiente, encontré una cabeza en el jardín.

Una cabeza sangrante perteneciente a un Alto Fae, clavada encima de la estatua de la fuente de una gran garza batiendo sus alas. La piedra



estaba empapada en suficiente sangre para sugerir que la cabeza estaba fresca cuando alguien la clavó en el pico elevado de la garza.

Llevaba mis pinturas y el caballete hacia el jardín para pintar la cama de lirios, cuando me topé con eso. Mis latas y pinceles retumbaron en el suelo.

No sabía a dónde iba mientras observaba la cabeza en un perpetuo grito sordo, los llamativos ojos cafés, los rotos y sangrientos dientes. Sin máscara, así que no era parte de la Corte de Primavera. Cualquier otra cosa sobre él, no la podía distinguir.

Su sangre era tan brillante en la roca gris, su boca tan vulgarmente abierta. Retrocedí un paso, y choqué con algo caliente y duro.

Me giré, con las manos levantadas por instinto, pero la voz de Tamlin dijo:

- —Soy yo. —Y me detuve en seco. Lucien se encontraba detrás de él, pálido y serio.
- —No es de la Corte de Otoño— dijo Lucien—. No lo reconozco para nada.

Las manos de Tamlin sujetaron mis hombros mientras volteaba hacia la cabeza.

- —Yo tampoco. —Un suave, cruel gruñido envenenaba sus palabras, pero ninguna garra pinchó mi piel mientras continuaba agarrándome. Sin embargo, sus manos se tensaron mientras Lucien se adentraba en la pequeña fuente en la que se encontraba la estatua, caminando a través del agua roja hasta alzar la vista hacia la cara angustiada.
- —Lo marcaron detrás de la oreja con un sello —dijo Lucien, maldiciendo—. Una montaña con tres estrellas...
 - —Corte Oscura —dijo Tamlin muy quietamente.

La Corte Oscura, la porción mayoritaria del norte de Prythian, si me acordaba bien del mapa del mural. Una tierra de oscuridad y luz de estrellas.

—¿Por qué harían esto? —suspiré



Tamlin me soltó, moviéndose para estar a mi lado, mientras Lucien subía a la estatua para quitar la cabeza. Yo miré hacia el floreciente árbol de manzanas.

- —La Corte Oscura hace lo que quiere —dijo Tamlin—. Ellos viven bajo sus propios códigos, sus propias morales corruptas.
- —Son asesinos sádicos— dijo Lucien. Me atreví a mirarlo; ahora estaba subido en el ala de piedra de la garza. Volví a alejar la mirada—. Se deleitan con cualquier tipo de tortura... y encontrarían este tipo de hazaña divertida
 - —Divertida, ¿no un mensaje? —observé el jardín
- —Oh, es un mensaje— dijo Lucien y yo me encogí ante los espesos y húmedos sonidos de carne y hueso en la piedra mientras desclavaba la cabeza. Yo había despellejado a suficientes animales, pero esto... Tamlin puso otra mano en mi hombro —. El entrar y salir de nuestras defensas, el cometer una crimen tan cerca con sangre así de fresca —Se oyó un chapoteo cuando Lucien aterrizó en el agua de nuevo—. Es exacto lo que Gran Señor de la Corte Oscura encontraría divertido. El muy bastardo.

Medí la distancia entre la fuente y la casa. Sesenta, quizá setenta pies. Así de cerca estuvieron de nosotros. Tamlin movió un pulgar contra mi hombro.

- —Sigues estando segura aquí. Esta es sólo su idea de una broma.
- —¿Esto está conectado a la maldición? —pregunté.
- —Solamente en que saben que la maldición está despertando nuevamente y quieren que sepamos que están rodeando la Corte de Primavera como buitres, si nuestros alrededores caen más —Debí verme tan enferma como me sentía, porque Tamlin agregó—. No dejaré que eso pase.

No tuve el corazón para decir que sus máscaras dejaban claro que nada se podía hacer en contra de la maldición.

Lucien salió de la fuente, pero no podía mirarlo, no con la cabeza que portaba, la sangre seguramente en sus manos y ropa.

—Tendrán su merecido pronto. Con suerte la maldición los destruirá a ellos también.



Tamlin le gruñó a Lucien que se hiciera cargo de la cabeza y la grava crujió cuando Lucien se fue.

Me agaché para recoger mis pinturas y pinceles, mis manos temblando mientras buscaba a tientas un pincel grande. Tamlin se arrodilló junto a mí, pero sus manos se cerraron en las mías, apretándolas.

—Sigues segura —dijo él otra vez

La orden de Suriel retumbó en mi mente. *Permanece con el Gran Señor, humana. Estarás a salvo.*

Asentí.

—Es la postura de la Corte— dijo él—. La Corte Oscura es letal, pero esto solo ha sido la idea de sus señores de un chiste. Atacar a quien sea aquí, atacarte a ti, causaría más problema de lo que le cuesta a él. Si la maldición realmente daña estas tierras, y la Corte Oscura traspasa nuestras fronteras, estaremos preparados.

Mis rodillas temblaban cuando me levanté. Política de Hadas, Cortes de hadas...

—Su idea de chistes debieron ser aún más horribles cuando éramos sus esclavos.

Debieron habernos torturado cuando lo desearon, debieron de hacernos cosas innombrablemente horrendas a sus mascotas humanas.

Una sombra pasó por sus ojos.

—Hay días en los que agradezco que aún fuera un niño cuando mi padre mandó a sus esclavos al sur del muro. Lo que vi en ese entonces fue suficientemente malo.

No quería imaginármelo. Incluso ahora, todavía no había buscado si alguna de las pistas de esos antiguos humanos se había quedado atrás. No creía que cinco siglos fueran suficiente para limpiar la mancha de los horrores que mi gente debió de soportar. Debía de superarlo, debía, pero no podía.

podía.

—;Recuerdas si estuvieron contentos de irse?

Tamlin se encogió de hombros.

RECUERDAS SI ESTUVIERON CONTENTOS DE LA C

—Sí. A pesar de que nunca habían conocido la libertad, o conocido las estaciones como tú. Ellos no sabían qué hacer en el mundo mortal. Pero sí, la mayoría de ellos estuvieron muy, muy felices de irse. —Cada palabra se me quedaba más grabada que la anterior—. Estaba feliz de verlos partir, incluso si mi padre no lo estaba.

A pesar de la quietud con la que estaba parado, sus garras salían un poco por encima de sus nudillos.

Con razón había sido tan raro conmigo, no había tenido ni idea de qué hacer conmigo cuando llegué. Pero le dije en un susurro:

—Tú no eres tu padre Tamlin. O tus hermanos— él apartó la vista y yo agregué—. Tú nunca me hiciste sentir como una prisionera, nunca me hiciste sentir menos que un mueble.

Las sombras que vi en sus ojos mientras asentía en señal de gratitud me dijeron que había más, mucho más que todavía tenía que contarme acerca de su familia, su vida antes de que los asesinaran y ese título que le habían impuesto.

No le preguntaría, no con el problema de la maldición presionándolo, no hasta que estuviera listo. Él me había dado espacio y respeto; yo no le podía ofrecer menos.

A pesar de todo, no pude pintar ese día.



CAPÍTULO 25

TRADUCIDO POR RINCONE // CORREGIDO POR PAUPER

Tamlin fue llamado a una de las fronteras unas horas después de que yo encontrara esa cabeza, dónde y por qué, no me lo dijo. Pero me di cuenta de lo suficiente de lo que no dijo: la maldición se había extendido a otras cortes, venía directamente hacia la nuestra.

Se quedó fuera toda noche, la primera vez que había pasado lejos, pero envió a Lucien para informarme que seguía con vida. Lucien hizo el hincapié en esa última palabra lo suficiente para hacerme dormir terriblemente, de la misma forma que una pequeña parte de mí se maravillaba de que Tamlin se hubiese tomado la molestia de hacerme saber sobre su bienestar. Sabía, yo sabía que iba de camino a lo que probablemente terminaría con mi mortal corazón hecho trizas, y aun así... aun así no podía evitarlo. No podía desde aquel día con la naga. Pero al ver esa cabeza... los juegos que jugaban estas cortes con la vida de las personas como si fuesen fichas de un tablero... era un gran esfuerzo no vomitar cada vez que pensaba en ello.

A pesar de la maldad que se arrastraba sigilosamente, me desperté al día siguiente ante el sonido de un violín siendo tocado felizmente, y cuando miré por la ventana me encontré el jardín adornado con cintas y serpentinas. En las distantes colinas, logré ver ingredientes para hogueras y árboles de mayo siendo alzados. Cuando le pregunté a Alis, cuyo pueblo, aprendí, eran llamados los *urisk*, simplemente dijo:

— Solsticio de Verano. La celebración principal solía ser en la Corte de Verano, pero... las cosas son diferentes. Así que ahora tenemos uno allí también. Tú irás.

Verano, en las semanas que había estado pintando y comiendo con Tamlin y vagando por las tierras de la Corte a su lado, el verano había llegado. ¿Seguiría creyéndome mi familia de visita dónde una tía lejana? ¿Qué estaban haciendo con ellos mismos? Si era el solsticio, entonces habría una pequeña reunión en el centro del pueblo, nada religioso, por supuesto, aunque los Hijos del Bendito podrían vagar por allí para tratar de convertir a más jóvenes; solo algo de comida compartida, cerveza donada de una taberna solitaria, y quizás algún baile. Lo única cosa para celebrar era un



día de descanso de los largos días de verano sembrando y labrando. Dada la decoración de todo el estado, podía decir que esto sería algo mucho más grandioso, más enérgico.

Tamlin permaneció desaparecido durante casi todo el día. La preocupación me atormentaba aún mientras pintaba una rápida y suelta presentación de las serpentinas y cintas en el jardín. Tal vez aquello fuese mezquino y egoísta, dado el retorno de la maldición, pero tenía la pequeña esperanza de que el solsticio no requiriera los mismos ritos que la Noche del Fuego. No me permití pensar demasiado en lo que haría si Tamlin tenía una bandada de hermosas hadas alineadas para él.

No fue hasta la tarde que oí la profunda voz de Tamlin y los rebuznos de la risa de Lucien haciendo eco por los pasillos hasta que llegaron a mi habitación de pintar. El alivio aligeró mi pecho, pero cuando me apresuraba para encontrarlos, Alis me arrastró escaleras arriba. Me quitó mi ropa salpicada de pintura, e insistió en que me la cambiara por un vestido de gasa azul oscuro suelto. Ella dejó mi cabello sin atar pero tejió una guirnalda de flores silvestres de color rosa, blanco y azul alrededor de mi cabeza, como una corona.

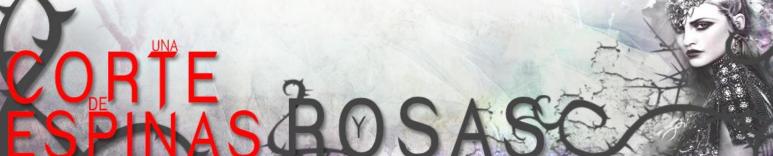
Podría haberme sentido infantil con ello, pero en los meses que había pasado allí, mis afilados huesos y esquelética forma se había llenado en el cuerpo de una mujer. Pasé mis manos por las amplias y suaves curvas de mi cintura y cadera. Nunca hubiera pensado que allí sentiría algo más que musculo y hueso.

—Que el Caldero me hierva —silbó Lucien cuando bajé las escaleras—. Se ve como un hada.

Estaba demasiado ocupada mirando a Tamlin, escaneándolo por cualquier lesión, cualquier signo de sangre o marca que la maldición pudiera haber dejado, para agradecerle a Lucien el cumplido. Pero Tamlin estaba limpio, casi brillante, completamente desarmado, y sonriéndome. Lo que él hubiese ido a hacer allí lo había dejado indemne.

—Te ves hermosa —murmuró Tamlin, y algo en su suave tono me hizo dar ganas de ronronear. Cuadré mis hombros, poco dispuesta a dejarle ver lo mucho que sus palabras o su voz o su puro bienestar me impactaba. No aún.

—Me sorprende que se me permita participar esta noche.



- —Por desgracia para ti y tu cuello —respondió Lucien—. Esta noche solo será una fiesta.
- —¿Te quedas despierto toda la noche para conseguir todas tus ingeniosas respuestas para el día siguiente?

Lucien me guiñó un ojo y Tamlin rió y me ofreció su brazo.

- —Él tiene razón —dijo el Gran Señor. Yo era consciente de cada pulgada donde nos tocábamos, de los duros músculos debajo de su túnica verde. Me llevó al jardín y Lucien nos siguió—. El Solsticio celebra cuando el día y la noche son iguales, es un momento de neutralidad, cuando todo el mundo puede soltarse el pelo y sencillamente disfrutar de ser un Fae, no un Gran Fae o hada, simplemente *nosotros*, y nada más.
- —Así que solo hay que cantar, bailar y beber en exceso —intervino Lucien, caminando junto a mí—. Y flirtear —añadió con una sonrisa maliciosa.

De hecho, cada roce del cuerpo de Tamlin contra el mío hacía más difícil evitar la tentación de apoyarme en él por completo, de olerle, tocarle y saborearle. Ya sea porque se dio cuenta del calor chamuscando mi cuello y cara, o escuchó mi irregular ritmo cardiaco, que no reveló nada, sosteniendo mi brazo apretadamente mientras salíamos del jardín a los campos de más allá.

El sol empezaba su descanso final para cuando llegamos a la meseta donde las fiestas tenían lugar. Traté de no mirar boquiabierta a las hadas reunidas, al mismo tiempo que me quedaba boquiabierta por ellas. Nunca antes había visto tantas en un solo lugar, al menos no sin el glamour escondiéndolas de mí. Ahora que mis ojos estaban abiertos a la visión, los vestidos exquisitos y formas ágiles que fueron creadas, coloreadas y construidas de manera tan extraña y diferente, era una maravilla para la vista. Sin embargo, la poca novedad que ofrecía mi presencia al lado de Gran Señor pronto pasó, ayudado por un bajo gruñido de advertencia de Tamlin, haciendo que los demás se dispersaran a sus propios asuntos.

Mesa tras mesa de comida habían sido alineadas a lo largo del borde extremo de la meseta, y perdí a Tamlin mientras esperaba en la cola para llenar un plato, dejándome haciendo mi mejor esfuerzo para no verme como si fuera un juguete humano suyo. La música inició cerca de la gigantesca y humareda hoguera: violines, tambores e instrumentos alegres que me



hicieron tamborilear mis pies contra la hierba. Iluminada, alegre y abierta, la hermana alegre de la sanguinaria Noche del Fuego.

Lucien por supuesto, destacaba por desaparecer cuando lo necesitaba, así que comí mi tarta rellena de fresa, tarta de manzana y pastel de arándanos, no muy diferente a los dulces de verano en el reino mortal, a solas bajo un sicomoro cubierto con faroles de seda y cintas brillantes.

No me importaba la soledad, no cuando estaba ocupada contemplando la forma en que los faroles y las cintas brillaban, las sombras que proyectaban; tal vez serían mi siguiente cuadro. O tal vez pintaría las etéreas hadas que habían comenzado a bailar. De tantos ángulos y colores. Me preguntaba si alguna habría sido objeto de pintores cuya obra estuviera exhibida en la galería.

Me moví solo para conseguir algo de beber. La meseta se volvía más concurrida mientras el sol se hundía hacia el horizonte. Al otro lado de las colinas, otras hogueras y fiestas comenzaron, su música filtrándose en la nuestra de vez en cuando en las pausas. Me había servido una copa de vino de espumoso oro cuando Lucien finalmente apareció detrás de mí, mirando por encima de mi hombro.

- —Yo no bebería eso si fuera tú.
- —¿No? —le dije, frunciendo el ceño ante el líquido burbujeante.
- —Vino de hada para el solsticio —explicó Lucien.
- —Hmm —dije, dando un resoplido. No olía a alcohol. De hecho, olía a veranos tirados en la hierba y un baño en piscinas frías. Nunca había olido algo tan fantástico.
- —Lo digo en serio —dijo Lucien cuando levanté la copa a mis labios, mis cejas levantadas—. ¿Recuerdas la última vez que ignoraste mi advertencia? —Me dio un toque en el cuello, y le golpeé su mano.
- —También recuerdo que me dijiste que las bayas bruja eran inofensivas, y lo siguiente que supe es que estaba medio delirando y cayéndome —dije, recordando la tarde de hace unas semanas. Estuve alucinando horas después, y Lucien se había reído de lo lindo, suficiente para que Tamlin lo arrojara por accidente en la piscina de la reflexión. Alejé el pensamiento. El día de hoy, solo por hoy, me soltaría el pelo. Hoy, olvidaría la precaución. Me olvidaría de la maldición cerniéndose sobre los



bordes de la Corte, amenazando a mi Gran Señor y a sus tierras. ¿Dónde *estaba* Tamlin, de todos modos? Si allí hubiese alguna amenaza, sin duda Lucien lo sabría, seguramente habrían cancelado la celebración.

- —Bueno, esta vez me refiero —dijo Lucien, y alejé mi copa de su alcance—, a que Tam podría destriparme si te atrapa bebiendo eso.
- —Siempre cuidando de tus mejores intereses —le dije, y deliberadamente tragué el contenido del vaso.

Aquello era como un millón de fuegos artificiales estallando en mi interior, llenando mis venas con luz de estrellas. Me reí en alto, y Lucien gruñó.

- —Humana tonta —dijo entre dientes. Pero su glamour le había sido arrancado. Su pelo castaño ardió como caliente metal, y sus ojos rojizos ardían como una fragua sin fondo. Sería lo siguiente que pintaría.
 - —Te pintaré —le dije y reí, reí de verdad, mientras las palabras salían.
- —El Caldero hervirá y me freirá —murmuró y yo me reí de nuevo. Antes de que él pudiera detenerme, me bebí otra copa de vino de hadas. Era la cosa más gloriosa que hubiera probado. Me liberó de ataduras que no sabía que existieran.

La música se convirtió en un canto de sirena. La melodía me atraía como un imán, y estuve impotente ante su atracción. Con cada paso, saboreaba la humedad de la hierba bajo mis pies descalzos. No recordaba cuando perdí mis zapatos.

El cielo era un remolino de amatista fundido, zafiro, rubí, todos ellos sangrando en un grupo final de ónix. Quería nadar en aquello, quería bañarme en sus colores y sentir las estrellas titilantes entre mis dedos.

Tropecé, parpadeando y me encontré de pie en el borde del anillo que danzaba. Un grupo de músicos tocaban sus instrumentos de hadas, y me balanceé en mis pies mientras veía las hadas bailando, rodeando la hoguera. No un baile formal. Era como si estuvieran flotando como yo. Libres. Los amaba por eso.

—Maldita sea, Feyre —dijo Lucien, agarrándome del codo—. ¿Quieres que me mate tratando de evitar que empales tu pellejo mortal en otra roca?



- —¿Qué? —le dije, girándome hacia él. El mundo entero giró conmigo, encantador y fascinante.
 - —Idiota —dijo cuando me miró a la cara—. Borracha idiota.

El tiempo se incrementó. Yo quería estar en la música, quería cabalgar su velocidad y tejer entre sus notas. Podía *sentir* la música a mí alrededor, como una cosa que vivía y respiraba de maravilla y alegría y belleza.

- —Feyre, para —dijo Lucien, y me agarró de nuevo. Yo había estado alejándome bailando, y mi cuerpo todavía se estaba balanceando hacia el tirón del sonido.
- —Para *tú*. Deja de ser tan serio —le dije, sacudiéndome de él. Quería oír la música, quería oír lo caliente de los instrumentos. Lucien juro cuando estallé en movimientos.

Salté entre los bailarines, haciendo girar mis faldas. Los músicos sentados y enmascarados no alzaron la vista hacia mí cuando salté delante de ellos, bailando en el sitio. Sin cadenas, sin límites—solo yo y la música, bailando y bailando. Yo no era un hada, pero era una parte de la tierra, y la tierra era una parte de mí, y sería feliz bailando sobre ella el resto de mi vida.

Uno de los músicos levantó la vista de su violín y me detuve.

El sudor brillaba en la base de su cuello mientras apoyaba la barbilla sobre la madera oscura del violín. Se había enrollado las mangas de su camisa, dejando al descubierto los cables musculosos de sus antebrazos. Una vez mencionó que le gustaría ser como un trovador viajante si no fuera un guerrero o un Gran Señor, ahora, escuchándolo tocar, sabía que podría hacer una fortuna con ello.

—Lo siento, Tam —jadeó Lucien, apareciendo de la nada—. La dejé sola un momento en una de las mesas de comida y cuando volví, estaba bebiendo vino y...

Tamlin no dejó de tocar. Su cabello dorado estaba húmedo del sudor, viéndose maravillosamente hermoso, a pesar de que no podía ver la mayor parte de su rostro. Me lanzó una sonrisa feroz cuando empecé a bailar en el sitio delante de él.



—Yo me ocuparé de ella —murmuró Tamlin por encima de la música, y me ruboricé, mi baile haciéndose más rápido—. Ve y diviértete —Lucien huyó.

Grité por encima de la música:

- —¡No necesito un guardián! —quería girar, girar y girar.
- —No, no lo necesitas —dijo Tamlin, ni una vez tropezando en su forma de tocar. Cómo hacía para que su arco danzara sobre las cuerdas, sus dedos robustos y fuertes, sin signos de esas garras que había empezado a dejar de temer...

—Baila, Feyre —susurró.

Así lo hice.

Me solté, girando y girando, y no sabía cómo o con quien bailaba o a que se parecían, solo que me había convertido en la música, el fuego y en la noche, y no había nada que pudiera ralentizar mi libertad.

A pesar de todo, Tamlin y sus músicos tocaron una música tan alegre que no creía que el mundo pudiera contenerla toda. Desfilé hacia él, a mi señor hada, mi protector y guerrero, mi amigo y bailé delante de él. Me sonrió, y no rompí mi baile cuando se levantó de su asiento y se arrodilló delante de mí en la hierba, ofreciéndome un solo con su violín para mí.

Música solo para mí, un regalo. Lo tocó, sus dedos rápidos y duros sobre las cuerdas de su violín. Con mi cuerpo deslizándose como una serpiente, incliné mi cabeza hacia atrás hacia los cielos y dejé que la música de Tamlin me llenara por completo.

Hubo una presión en mi cintura y fui barrida hacia los brazos de alguien mientras estos me llevaban de nuevo hacia el anillo de baile. Me eché a reír tan fuerte que pensé que iba a entrar en combustión, y cuando abrí los ojos, me encontré a Tamlin allí, haciéndome dar vueltas y más vueltas.

Todo se convirtió en una mancha de color y sonido, y él era la única cosa allí, atándome a la cordura, a mi cuerpo, el cual brillaba y quemaba en cada lugar que él tocaba.



Estaba llena de sol. Era como si nunca antes hubiera experimentado el verano, como si nunca hubiese sabido quien estaba esperando a emerger de ese bosque de hielo y nieve. No quería que aquello terminara—no quería dejar nunca esa meseta.

La música llegó a su fin y, sin aliento, le eché un vistazo a la luna, que estaba muy cerca. El sudor se deslizaba por cada parte de mi cuerpo.

Tamlin, también jadeando, agarró mi mano.

- —El tiempo pasa más rápido cuando estás borracho por el vino de las hadas.
- —No estoy borracha —le dije soltando un soplido. Él sencillamente se echó a reír y me sacó del baile. Clavé mis talones en el suelo cuando nos acercábamos a la orilla de la luz del fuego—. Están empezando otra vez —le dije, señalando al grupo de bailarines reuniéndose antes de que los músicos volvieran a tocar.

Él se inclinó, su aliento acariciando la curva de mi oreja mientras susurraba:

-Quiero mostrarte algo mucho mejor.

Dejé de objetar.

Me guió fuera de la colina, marcando su camino con la luz de la luna. Cualquier camino que eligiera, lo hizo con consideración a mis pies descalzos, por lo que solo suave hierba amortiguó mis pasos. Pronto, incluso la música se desvaneció en la distancia, siendo sustituida por el gemido de los árboles en la brisa nocturna.

—Ya estamos —dijo Tamlin, haciendo una pausa en el borde de una vasta pradera. Su mano se quedó en mi hombro mientras mirábamos.

Las altas hierbas se movían como el agua mientras lo último de la luz de la luna bailaba sobre ellas.

—¿Qué es esto? —respiré, pero él puso un dedo en sus labios y me hizo señas para que mirara.

Durante unos minutos, no ocurrió nada. Entonces, desde el lado opuesto de la pradera, decenas de formas brillantes flotaron por todo el



césped, poco más que espejismos de la luz de la luna. Ahí fue cuando comenzó el canto.

Era una voz colectiva, pero en aquella voz existían voces masculinas y femeninas, dos caras de la misma moneda, cantando los unos con los otros en una llamada y respuesta. Levanté una mano hacia mi garganta cuando su música se elevó y ellos bailaron. Fantasmales y etéreos, valsaron a través del campo, no más que delgados sesgos de luz de luna.

- —¿Qué son?
- —Luces fatuas, espíritus de aire y luz —dijo en voz baja—. Vienen a celebrar el solsticio.
 - —Son hermosos.

Sus labios rozaron mi cuello mientras murmuraba contra mi piel:

- —Baila conmigo, Feyre.
- —¿De verdad? —me giré y encontré su cara a centímetros de la mía.

Él esbozó una sonrisa perezosa.

—De verdad —Como si no fuera más que aire, me tomó para bailar. Yo apenas recordaba alguno de los pasos que había aprendido en la infancia, pero era compensado con su gracia salvaje, nunca vacilando, siempre sintiendo algún tropiezo antes de que yo lo cometiera mientras bailábamos entre el campo acribillado de espíritus.

Yo era un liviano trozo de pelusa de diente de león, y él era el viento que me agitaba sobre el mundo.

Me sonrió, y le devolví la sonrisa. No tenía necesidad de fingir, no necesitaba ser ninguna otra cosa que no fuera yo misma en ese momento, siendo girada sobre el prado, las Luces Fatuas bailando a nuestro alrededor como docenas de lunas.

Nuestra danza desaceleró y nos detuvimos, sosteniéndonos el uno al otro mientras nos tambaleábamos al sonido de los espíritus. Apoyó su barbilla sobre mi cabeza y me acarició el pelo, rozando con sus dedos la piel desnuda de mi cuello.



—Feyre —susurró sobre mi cabeza. Hacía que mi nombre sonara hermoso—. Feyre — susurró de nuevo, no como una pregunta, sino simplemente como si disfrutara diciéndolo.

Tan rápidamente como habían aparecido, los espíritus se desvanecieron, llevándose su música con ellos. Parpadeé. Las estrellas se estaban escondiendo, y el sol se había vuelto de un color púrpura grisáceo.

El rostro de Tamlin estaba a pulgadas del mío.

-Es casi el amanecer.

Asentí, hipnotizada por la visión de él, del olor y la sensación de él sosteniéndome. Me alcé para tocar su máscara. Estaba muy fría, a pesar de lo sonrojada que se veía su piel más allá de ella. Mi mano temblaba y mi respiración se volvió superficial cuando rocé la piel de su mandíbula. Era suave y caliente.

Se humedeció los labios, su respiración tan desigual como la mía. Sus dedos se contrajeron contra mi baja espalda, y le dejé que me acercára más a él, hasta que nuestros cuerpos se estuvieron tocando, y su calor se filtró en mí.

Tuve que inclinar la cabeza para verle la cara. Su boca estaba atrapada en algún lugar entre una sonrisa y una mueca de dolor.

- —¿Qué? —pregunté, y puse una mano en su pecho preparándome para empujarme hacia atrás. Pero su otra mano se deslizo bajo mi pelo, descansando en la base de mi cuello.
- —Estoy pensando en que podría besarte —dijo en voz baja, concentrado.
 - —Entonces hazlo —Me sonrojé ante mi propio atrevimiento.

Pero Tamlin solo dio esa risa entrecortada y se inclinó.

Sus labios rozaron los míos, probando, suaves y cálidos. Se alejó un poco. Todavía me estaba mirando, y me quedé mirándole fijamente mientras me besaba de nuevo, con más fuerza, pero nada como la forma en que me había besado en el cuello.

—¿Eso es todo? —le pregunté, y él se rió y me besó con fiereza.



Mis manos se cruzaron alrededor de su cuello, acercándolo más, aplastándome contra él. Sus manos recorrieron mi espalda jugando con mi pelo, agarrando mi cintura, como si no pudiera tocar lo suficiente de mí a la vez.

Dejó escapar un bajo gemido.

- —Vamos —dijo, besando mi frente—. Nos lo perderemos si no nos vamos ahora.
- —¿Mejor que las Luces fatuas? —pregunté, pero él besó mis mejillas, mi cuello, y finalmente mis labios. Lo seguí dentro de los árboles, a través del mundo siempre iluminado. Su mano estaba sólida e inamovible alrededor de la mía cuando pasamos por las bajas nieblas, y me ayudó a subir una colina desnuda llena con rocío.

Nos sentamos en la cima de su cresta, y escondí mi sonrisa cuando Tamlin puso un brazo alrededor de mis hombros, manteniéndome cerca. Apoyé mi cabeza contra su pecho mientras él jugaba con las flores de mi guirnalda.

En silencio, miramos a la larga extensión de verde.

El cielo cambió a bígaro, las nubes se llenaron de luz rosada. Entonces, como un disco resplandeciente demasiado rico y claro para ser descrito, el sol se deslizó sobre el horizonte y forró todo de un color oro. Ello era como ver nacer el mundo, y nosotros como únicos testigos.

El brazo de Tamlin se apretó a mí alrededor y besó la parte superior de mi cabeza. Me aparté, mirándolo.

El oro en sus ojos, brillantes con el sol naciente, parpadeó.

—¿Qué?

—Mi padre me dijo una vez que debería dejar que mis hermanas imaginaran una vida mejor, un mundo mejor. Yo le dije que tal cosa no existía —Recorrí con mi pulgar su boca, maravillada y sacudí la cabeza—. Nunca lo entendí, porque no podía… no podía creer que eso fuera posible — tragué saliva, bajando mi mano—. Hasta ahora.

Su garganta se balanceó. Esa vez, su beso fue profundo y completo, sin prisas y con intención.



Dejé que el amanecer se deslizara dentro de mí, le permití crecer con cada movimiento de sus labios y el cepillo de su lengua contra la mía. Las lágrimas pinchaban bajo mis ojos cerrados.

Era el momento más feliz de mi vida.



CAPÍTULO 26

TRADUCIDO POR NATI C L // CORREGIDO POR PAUPER

Al día siguiente, Lucien se unió a nosotros para el almuerzo, que era el desayuno para todos nosotros. Desde en que me había quejado por el tamaño innecesariamente grande de la mesa, habían tomado para cenar una versión mucho más reducida. Lucien se mantuvo frotando las sienes mientras comía, inusualmente en silencio, y escondí mi sonrisa mientras le preguntaba:

-¿Y dónde estabas anoche?

El ojo de metal de Lucien se redujo en mí.

—Te hare saber que mientras ustedes dos estaban bailando con los espíritus, me uní a la patrulla fronteriza — Tamlin dio una tos significativa, y Lucien añadió—: Con un poco de compañía —Me dio una sonrisa socarrona —. El rumor es que ustedes dos no regresaron hasta después del amanecer.

Eché un vistazo a Tamlin, mordiéndome el labio. Había flotado prácticamente en mi habitación por la mañana. Pero la mirada fija de Tamlin ahora recorrió mi cara como si buscara cualquier pizca de pena, de miedo. Ridículo.

—Mordió mi cuello en la Noche del Fuego —dije en voz baja—. Si puedo enfrentarlo después de eso, unos cuantos besos no son nada.

Él apoyó los antebrazos en la mesa mientras se inclinaba más cerca de mí.

—¿Nada?

Sus ojos se movieron a mis labios. Lucien se removió en su asiento, murmurando para el Caldero, pero yo no le hice caso.

—Nada —repetí un poco distante, observando el movimiento de la boca de Tamlin, tan agudamente consciente de cada movimiento que hacía, resintiendo la mesa entre nosotros. Casi podía sentir el calor de su aliento.



—¿Estás segura? —murmuró, con la intención y el hambre suficiente que me alegraba de estar sentada. Me podría haber tenido allí mismo, en la parte superior de dicha mesa. Quería sus anchas manos corriendo sobre mi piel desnuda, quería sus dientes raspando contra mi cuello, quería su boca sobre mí.

—Estoy tratando de comer —dijo Lucien, y parpadeé mientras mi aire salía silbante—. Pero ahora que tengo tu atención, *Tamlin*— espetó, aunque el Gran Señor me estaba mirando de nuevo devorándome con los ojos. Casi no podía quedarme quieta, casi no podía soportar la ropa rascando mi demasiado caliente piel. Con un poco de esfuerzo, Tamlin miró a su emisario.

Lucien se movió en su asiento.

—No me gusta ser portador de malas noticias, pero mi contacto en la Corte de Invierno consiguió hacerme llegar una carta —Lucien tomó aire, y me pregunté—me pregunté si ser emisario también significaba ser espía. Y me pregunté por qué se molestaba en decir esto en mi presencia, a todos. La sonrisa se desvaneció al instante de la cara de Tamlin—. La maldición — dijo Lucien con fuerza, en voz baja—. Se ha cobrado dos docenas de sus infantes. Dos docenas, todos idos —Tragó saliva—. Así como así... se quemaron con su magia, entonces sus mentes se quebraron. Nadie en la Corte de Invierno pudo hacer nada, nadie pudo detenerlo una vez que volvió su atención hacia ellos. Su dolor es... insondable. Mi contacto dice que otras cortes se han visto muy afectadas, aunque la Corte Oscura, por supuesto, se las arregla para permanecer indemne. Pero la maldición parece estar enviando su malevolencia en esta dirección, más al sur, con cada ataque.

Todo el calor, toda la alegría chispeante, me fue drenada como la sangre por un desagüe.

—¿La maldición puede... puede realmente matar a la gente? —Me las arreglé para decir. Infantes. Eso había matado a los niños, como una tormenta de oscuridad y muerte. Y si los hijos eran tan raros como Alis había dicho, la pérdida de tantos sería más devastadora de lo que podía imaginar.

Los ojos de Tamlin estaban ensombrecidos, y lentamente negó con la cabeza, como si tratara de borrar el dolor y la conmoción de esas muertes por él.



—La maldición es capaz de hacernos daño en formas que tú... — Se puso de pie tan rápido que su silla se volcó. Desenvainó sus garras y gruñó a la puerta abierta, con sus colmillos largos y relucientes.

La casa, que por lo general estaba llena de las faldas susurrantes y charlas de los funcionarios, se había quedado en silencio.

No era el silencio henchido de la Noche del Fuego, sino más bien un tranquilo temblor que me dieron ganas de desaparecer debajo de la mesa. O simplemente empezar a correr. Lucien maldijo y sacó su espada.

—Lleva a Feyre a la ventana, detrás las cortinas —Tamlin gruñó a Lucien, sin quitar los ojos de las puertas abiertas. La mano de Lucien agarró mi codo, arrastrándome fuera de mi silla.

—¿Qué... —empecé, pero Tamlin gruñó de nuevo, el sonido haciendo eco a través de la habitación. Cogí uno de los cuchillos de la mesa y deje que Lucien me llevara a la ventana, donde me empujó contra las cortinas de terciopelo. Quería preguntarle por qué no le molestaba ocultarme detrás de ellos, pero el hada con mascara de zorro simplemente apretó su espalda hacia mí, fijándome entre él y la pared.

La espiga de la magia en sí empujó mis fosas nasales. Aunque su espada señalaba hacia el suelo, el agarre de Lucien se apretó con ella hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Magia, un glamour. Para ocultarme, para hacerme una parte invisible de Lucien, oculta a la magia y al olfato de la hada. Miré por encima del hombro a Tamlin, quien tomó un largo suspiro y envainó sus garras y colmillos, su tahalí de cuchillos aparecieron de la nada sobre su pecho. Pero él no sacó ninguna de las cuchillas mientras se enderezaba en su silla y encorvaba en ella, recogiendo sus uñas. Como si nada estuviera sucediendo.

Pero alguien se acercaba, alguien lo suficientemente horrible para asustarlos a todos, alguien que querría hacerme daño si sabía que estaba aquí.

La voz silbante del Attor se deslizó a través de mi memoria. Había criaturas peores que él, me había dicho Tamlin. Peor que los naga y el Suriel y el Bogge, también.

Sonaron pasos de la sala. Incluso paseantes, casuales.

Tamlin continuó limpiando sus uñas, y en frente de mí, Lucien asumió una posición de parecer estar mirando por la ventana. Los pasos se hicieron más fuertes, el roce de las botas sobre las baldosas de mármol.

Y entonces apareció.

Sin máscara. Él, al igual que el Attor, pertenecía a otra cosa. *Otra* persona.

Y lo peor... que lo había conocido antes. Él me había salvado de esas tres hadas en la Noche del Fuego.

Con pasos que eran demasiado elegantes, demasiado felinos, se acercó a la mesa y se detuvo a unos metros del Gran Señor. Era exactamente como lo recordaba, con su fina rica ropa, envuelta en zarcillos de la noche: una túnica de brocado de ébano con oro y plata, pantalones oscuros y botas negras que llegaban a sus rodillas. Yo nunca me había atrevido a pintarlo a él, y ahora sabía que nunca tendría el valor para hacerlo.

—Gran Señor —canturreó el extraño, inclinando un poco la cabeza.

Tamlin permaneció sentado. De espaldas a mí, yo no podía ver su rostro, pero la voz de Tamlin estaba mezclada con la promesa de la violencia cuando él dijo:

—¿Qué quieres, Rhysand?

Rhysand sonrió de forma desgarradora en su belleza y se puso una mano en el pecho.

- —¿Rhysand? Vamos, Tamlin. No te veo hace cuarenta y nueve años ¿y ya empiezas a llamarme Rhysand? Sólo mis prisioneros y mis enemigos me llaman así. —Su sonrisa se ensanchó cuando terminó, y algo en su rostro se volvió feroz y mortal, más de lo que jamás había visto Tamlin mirar. Rhysand volvió y contuve la respiración mientras corría un ojo sobre Lucien—. Una máscara de zorro. Apropiada para ti, Lucien.
 - —Vete al infierno, Rhys —espeto Lucien.
- —Siempre es un placer tratar con la chusma —dijo Rhysand, y se enfrentó a Tamlin de nuevo. Todavía no respiraba—. Espero no estar interrumpiendo.



- —Estábamos en medio de la comida —dijo Tamlin con su voz nula de la calidez a la que me había acostumbrado. La voz del Gran Señor. Hizo que mi interior sintiera frío.
 - -Estimulante ronroneó Rhysand.
- -iQué estás haciendo aquí, Rhys? —exigió Tamlin, todavía en su asiento.
 - —Quería comprobarte. Quería ver cómo les iba. Si recibiste mi regalito.
 - —Tu *regalo* era innecesario.
- —Pero un buen recordatorio de los días de diversión, ¿no? Rhysand chasqueó la lengua y examinó la habitación—. Casi media centuria encerrado en una casa de campo. No sé cómo lo manejas. Pero —dijo, frente a Tamlin de nuevo—, eres un bastardo testarudo a que esto se parezca a un paraíso en comparación con Bajo la Montaña. Supongo que lo es. Me sorprende, sin embargo: cuarenta y nueve años, y sin los intentos de salvarte a ti mismo o a tus tierras. Incluso ahora que las cosas se ponen interesantes de nuevo.
 - —No hay nada que hacer admitió Tamlin, en voz baja.

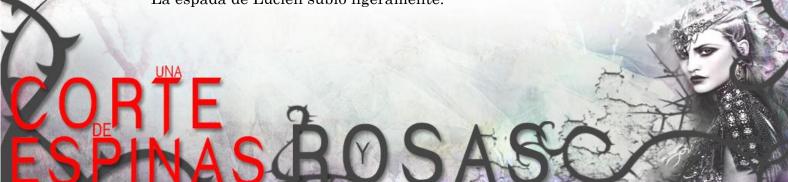
Rhysand se acercó a Tamlin, cada movimiento suave como la seda. Su voz se convirtió en un susurro, una caricia erótica de sonido que trajo el fuego a mis mejillas.

—Una lástima que debas soportar el peso de la misma, Tamlin y una pena aún mayor que estés tan resignado a tu destino. Tú puedes ser terco, pero esto es patético. Qué diferente el Gran Señor es del brutal líder de la banda de guerra de hace siglos.

Lucien interrumpió:

- ¿Qué sabes tú de eso? Solo eres la puta de Amarantha.
- —Puede que sea su puta, pero no sin razones —Me estremecí cuando su voz se agudizó con un filo—. Por lo menos yo no he aguardado mi hora entre setos y flores, mientras el mundo se va al Infierno.

La espada de Lucien subió ligeramente.



- —Si piensas que es todo lo que he estado haciendo, pronto aprenderás lo contrario.
- —Pequeño Lucien. Por cierto, les diste algo de qué hablar cuando te cambiaste a la primavera. Qué cosa tan triste; ver a tu encantadora madre de luto perpetuo por tu pérdida.

Lucien apuntó con su espada a Rhysand.

—Cuida tu sucia boca.

Rhysand rió, una risa de amante, baja y suave e íntima.

— ¿Es esa la manera de hablar con un Gran Señor de Prythian?

Mi corazón se detuvo en seco. Por eso esas hadas habían escapado en la Noche del Fuego. Cruzarlo habría sido un suicidio. Y por la forma en que la oscuridad parecía ondular de él, de esos ojos violetas que ardían como estrellas...

- —Vamos, Tamlin —dijo Rhysand —. ¿No deberías reprender a tu lacayo por hablarme de esa manera?
 - —Yo no aplico rangos en mi corte— dijo Tamlin.
- —¿Aún? Rhysand se cruzó de brazos—. Pero es tan divertido cuando se arrastran. Supongo que tu padre nunca se molestó en mostrártelo.
- —Esta no es la Corte Oscura —Silbó Lucien—. Y no tienes poder aquí... así que tranquilo. La cama de Amarantha se está quedando fría.

Traté de no respirar demasiado fuerte. Rhysand había sido el que había *enviado* esa cabeza. Como un *regalo*. Me estremecí. ¿Era en la Corte Oscura, donde esta mujer—Amarantha—también se encontraba?

Rhysand río en voz baja, pero luego se fue sobre Lucien, demasiado rápido para mí para seguirlo con mis ojos humanos, gruñendo en su rostro. Lucien me apretó contra la pared, de espaldas, con tanta fuerza que ahogué un grito mientras me aplastaba contra la madera.

—Yo estaba masacrando en el campo de batalla antes de que nacieras — gruñó Rhysand. Entonces, tan rápido como había llegado, se retiró, casual y descuidadamente. No, nunca me atrevería a pintar esa oscuridad, esa gracia inmortal, no en cien años —. Además —dijo, metiendo las manos en los



bolsillos—. ¿Quién crees que le enseñó tu amado Tamlin los aspectos más sutiles de las espadas y las mujeres? Tú no puedes realmente creer que él aprendió todo en pequeños campamentos de guerra de su padre.

Tamlin se frotó las sienes.

-Guárdelo para otro momento, Rhys. Me verás muy pronto.

Rhysand serpenteó hacia la puerta.

—Ella ya se está preparando para ti. Teniendo en cuenta su estado actual, creo que puedo informar con seguridad que ya has sido roto y reconsiderarás su oferta —El aliento de Lucien quedó enganchado cuando Rhysand pasó la mesa. El Gran Señor de la Corte Oscura pasó un dedo por el respaldo de mi silla, un gesto casual —. Estoy deseando ver tu cara cuando tú... —Rhysand estudio la mesa.

Lucien se convirtió en un palo recto, presionándome más duro contra la pared. La mesa estaba preparada para tres, mi plato a medio comer justo delante de él.

- —¿Dónde está tu invitada? —preguntó Rhysand, levantando mi copa y oliéndola antes de colocarla de nuevo.
 - -La envié fuera cuando sentí tu llegada -mintió Tamlin con frialdad.

Rhysand enfrentó ahora al Gran Señor, y su rostro estuvo perfectamente vacío de emoción ante sus cejas levantadas. Un destello de emoción, tal vez incluso incredulidad cruzó su rostro, pero giró la cabeza hacia Lucien. La magia quemó mi nariz y Rhysand me miró fijamente con terror sin diluir con el rostro desencajado por la ira.

—¿Te *atreves* a usar glamour en *mi*? —gruñó, sus ardientes ojos violetas clavados en los míos. Lucien me presionó más fuerte contra la pared.

La silla de Tamlin gimió cuando se empujó hacia atrás. Se levantó, con las garras fuera, listas, más mortales que cualquiera de los cuchillos atados a él.

El rostro de Rhysand se convirtió en una máscara de furia calmada mientras me miraba fijamente



- —Me acuerdo de ti —ronroneó —. Parece que ignoraste mi advertencia de no meterte en problemas —Se volvió hacia Tamlin—. ¿Me dirás quién es tu invitada?
 - -Mi prometida -respondió Lucien.
- —¿Oh? Ahí estaba yo, pensando que todavía te lamentabas de tu amante plebeya después de todos estos siglos —dijo Rhysand, acecho hacia mí. La luz del sol no brillaba en las rocas metálicas de su túnica, como si se resistieran a la oscuridad palpitante de él.

Lucien escupió a los pies de Rhysand y metió su espada entre nosotros.

El veneno en la sonrisa de Rhysand creció.

—Derramas una gota de mi sangre, Lucien, y aprenderás cuan rápidamente Amarantha puede hacer sangrar toda la Corte de Otoño. Especialmente a su querida Señora.

El color abandonó el rostro de Lucien, pero se mantuvo firme. Fue Tamlin quien respondió.

-Baja tu espada, Lucien.

Rhysand corrió un ojo sobre mí.

- —Yo sabía que te gustaba rebajarte con tus amantes, Lucien, pero nunca pensé que realmente te salpicarías con basura mortal. —Mi cara ardía. Lucien estaba temblando de rabia, miedo o tristeza, no lo sabía—. La Señora de la Corte de Otoño se entristecerá de hecho cuando se entere de su hijo menor. Si yo fuera tú, mantendría tu nueva mascota bien lejos de tu padre.
- —Déjalo, Rhys —ordenó Tamlin, de pie a unos metros detrás del Gran Señor de la Corte Oscura. Y sin embargo, no hizo un movimiento para atacar, a pesar de las garras, a pesar Rhysand todavía se me acercaba. Tal vez una batalla entre dos Grandes Señores podría hacer temblar esta casa hasta sus cimientos, y dejar sólo el polvo a su paso. O tal vez, si Rhysand era de hecho el amante de esta mujer, la represalia de hacerle daño sería demasiado grande. Especialmente con la carga añadida de enfrentar la maldición.

Rhysand apartó a Lucien a un lado como si fuera una cortina.



No había nada entre nosotros ahora, y el aire era cortante y frío. Pero Tamlin se quedó dónde estaba, y Lucien no hizo tanto como abrir y cerrar los ojos cuando Rhysand, con espantosa dulzura, cogió el cuchillo de mis manos y lo envió a través del cuarto.

—De todos modos, eso no habría hecho ningún bien —dijo Rhysand para mí—. Si fueras sabia, estarías gritando y corriendo de este lugar, lejos de estas personas. Es un milagro que todavía estés aquí, en realidad —Mi confusión debió de haber estado escrita en mi cara, porque Rhysand río a carcajadas—.Oh, ella no lo sabe, ¿verdad?

Yo temblaba, incapaz de encontrar palabras o coraje.

- -Tienes segundos, Rhys-Tamlin le advirtió-. Segundos para salir.
- -Si yo fuera tú, no me hablaría de esa forma.

En contra de mi voluntad, mi cuerpo se enderezó, cada músculo se tensó, mis huesos se estiraron. Magia, pero más allá de eso. Poder que se apoderó de todo dentro de mí y tomó el control: incluso mi sangre fluía donde ello quería.

No me podía mover. Una mano con punta de garra invisible raspó contra mi mente. Y supe que un empujón, un golpe de esas garras mentales, y quién era yo dejaría de existir.

- —Déjala ir —dijo Tamlin, erizado, pero no avanzó hacia adelante. Una especie de pánico había entrado en sus ojos, y miró de mí a Rhysand—. Suficiente.
- —Había olvidado lo fáciles que son de romper las mentes humanas; cómo cascaras de huevo —dijo Rhysand, y pasó un dedo por la base de mi garganta. Me estremecí, mis ojos ardiendo—. Mira lo deliciosa que es su mirada y cómo está tratando de no gritar de terror. Será rápido, lo prometo.

Si hubiera retenido cualquier apariencia de control sobre mi cuerpo, yo podría haber vomitado.

—Ella tiene los pensamientos más deliciosos sobre de ti, Tamlin —dijo —. Se pregunta cómo sería la sensación de tus dedos sobre sus muslos, y también entre ellos. — Se rió entre dientes. A pesar de haber dicho mis pensamientos más privados, de cómo me quemaba con indignación y vergüenza, temblé aún con el puño en mi mente. Rhysand se volvió hacia el



Gran Señor —. Tengo curiosidad: ¿Por qué se pregunta si se sentiría bien que mordieras su pecho de la forma en que mordiste su cuello?

- —Déjala. Ir —La cara de Tamlin se retorció con tanta furia salvaje que golpeó un acorde diferente, más profundo de terror en mí.
- —Si te sirve de consuelo —Le confió Rhysand—. Ella habría sido la elegida para ti y podrías haberte liberado. Un poco tarde, sin embargo. Ella es más terca que tú.

Esas garras invisibles perezosamente acariciaron de nuevo mi mente, entonces, se desvanecieron. Me hundí en el suelo, me senté sobre mis rodillas mientras recordaba todo lo que yo era, tratando de evitar sollozar, gritar y de vaciar el estómago en el suelo.

—Amarantha disfrutará quebrándola —Rhysand observó a Tamlin—. Casi tanto como va a disfrutar verte a *ti* mientras la rompe poco a poco.

Tamlin se congeló, sus brazos, sus garras colgando sin fuerzas a su lado. Yo nunca lo había visto así.

- -Por favor- fue todo lo que dijo Tamlin.
- —Por favor, ¿qué? —dijo suavemente Rhysand, persuasivamente. Como un amante.
 - —No le digas a Amarantha sobre ella —dijo Tamlin, con su voz tensa.
- —¿Y por qué no? Como su *puta* —dijo con una mirada hacia la dirección de Lucien—, debo contárselo todo.
 - —Por favor —logró decir Tamlin, como si fuera difícil respirar.

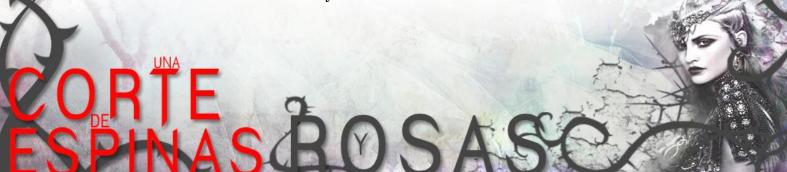
Rhysand apuntó al suelo, y su sonrisa se convirtió en viciosa.

—Suplica y consideraré no decírselo a Amarantha.

Tamlin cayó de rodillas y agachó la cabeza.

-Más abajo.

Tamlin presionó su frente en el suelo, sus manos deslizándose por el suelo hacia las botas de Rhysand. Podría haber llorado de rabia al ver a



Tamlin obligado a ceder a alguien, ante la vista de mi Gran Señor siendo puesto tan abajo. Rhysand señaló a Lucien.

-Tú también, chico zorro.

El rostro de Lucien estaba oscuro, pero se dejó caer de rodillas, y luego tocó con la cabeza el suelo. Deseaba el cuchillo que Rhysand había arrojado a la distancia, o cualquier cosa con la que matarlo.

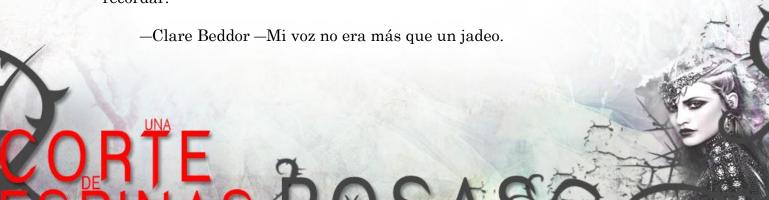
Dejé de sacudirme el tiempo suficiente para escuchar que Rhys volver a hablar.

- —¿Estás haciendo esto por tu bien, o por la de ella? —preguntó, luego se encogió de hombros, como si no estuviera obligando a un Gran Señor de Prythian a arrastrarse.
- —Eres más que desesperante, Tamlin. Es desagradable. Convertirte en Gran Señor te hizo demasiado aburrido.
- —¿Vas a decirle Amarantha? —dijo Tamlin, manteniendo su cara en el suelo. Rhysand sonrió.
 - —Tal vez lo haga, tal vez no.

En un destello de movimiento demasiado rápido para que yo lo detectara, Tamlin se puso de pie, con los colmillos peligrosamente cerca de la cara de Rhysand.

—Nada de eso —dijo Rhysand, chasqueando la lengua y ligeramente empujando Tamlin lejos con una sola mano—. No con una dama presente — sus ojos se dirigieron a mi cara —. ¿Cuál es tu nombre, amor?

Darle mi nombre, y el nombre de mi familia, sólo conducirá a más dolor y sufrimiento. Él muy bien podría encontrar a mi familia y arrastrarlos a Prythian al tormento, sólo para divertirse. Pero podría robar mi nombre de mi mente si seguía vacilando. Mantuve mi mente en blanco y tranquila, y dije el primer nombre que me vino a la mente—el de una amiga del pueblo de mis hermanas a quien nunca había hablado y cuyo rostro no podía recordar.



Rhysand se volvió hacia Tamlin, imperturbable por la proximidad del Gran Señor.

—Bueno, esto es entretenido. Lo más divertido que he tenido en años, en realidad. Estoy deseando verlos a los tres Bajo la Montaña. Le daré recuerdos a Amarantha de su parte.

Entonces Rhysand se desvaneció en la nada, como si hubiera caminado a través de un rasgón en el mundo, dejando sólo un horrible y tembloroso silencio.



CAPÍTULO 27

TRADUCIDO POR MANATI5B // CORREGIDO POR RINCONE

Me acosté en la cama, mirando las lagunas de luz cambiante de la luna sobre el suelo. Fue un gran esfuerzo no pensar en la cara de Tamlin cuando él y Lucien me ordenaron salir y cerrar la puerta de la habitación del comedor. Si no hubiese estado tan decidida a juntar mis pedazos, me habría quedado. Incluso le habría preguntado a Lucien acerca...acerca de todo. Pero, como la cobarde que era, corrí a mi habitación, donde Alis me estaba esperando con una taza de chocolate fundido. Era incluso más difícil no recordar el rugido que había hecho temblar al candelabro o el crujido de los muebles al romperse que hizo eco a través de la casa.

No fui a cenar. No quería saber si había un comedor para cenar. Y no me atreví a pintar.

La casa había estado en silencio durante algún tiempo, pero las repercusiones de la rabia de Tamlin hacían eco a través de ella, reverberando en la madera y la piedra y vidrio.

No quería pensar en todo lo que había dicho Rhysand —no quería pensar en la tormenta que se avecinaba por la maldición, o Bajo la Montaña —sea lo que fuera —y por qué podría verme bligada a ir allí.

Y Amarantha...por fin un nombre para darle a la presencia femenina que acechaba sus vidas. Me estremecí cada vez que consideraba lo mortal que debía ser para comandar a los Altos Señores de Prythian. Para controlar la correa de Rhysand y hacer que Tamlin rogara para mantenerme oculta de ella.

La puerta crujió, y me levante en posición vertical. La luz de la luna resplandecía en el oro, pero mi corazón no se alivió cuando Tamlin cerró la puerta y se acercó a mi cama. Sus pasos eran lentos y pesados, y no habló hasta que hubo asiento al borde del colchón.

—Lo siento —dijo. Su voz ronca y vacía.



- —Está bien —mentí, apretando las sabanas con mis manos. Si pensara demasiado tiempo en ello, todavía podría sentir las caricias de la punta de la garra de Rhysand raspando con su poder mi mente.
- —No está bien —gruñó el, y tomó una de mis manos, tirando mis dedos de las sabanas.
- —Esto... —Bajó la cabeza, suspirando profundamente cuando su mano tomó la mía—. Feyre... quisiera... —Sacudió la cabeza y se aclaró la garganta—. Te enviaré a casa, Feyre.

Algo dentro de mí se astillo.

- ¿Qué?
- —Te voy a mandar a casa —repitió, y aunque sus palabras fueron más fuertes-claras-temblaba un poco.
 - —¿Qué pasa con los términos del tratado...
- —He tomado la deuda sobre tu vida. En caso de que alguien pregunte por las leyes rotas, yo tomaré la responsabilidad por la muerte de Andras.
- —Pero tú dijiste una vez que no había escapatoria. La Suriel dijo que no...

Un gruñido.

—Si tienen un problema con ello, pueden decírmelo.

Mi pecho se derrumbó. Me iría-*libre*.

—¿He hecho algo mal...

Levantó mi mano para presionarla a la parte inferior de su mejilla. Estaba tan tentadoramente caliente.

- —No has hecho nada malo. —Volvió el rostro para besar mi mano—. Estuviste perfecta—murmuró en mi piel, luego bajó mi mano.
 - —Entonces, ¿Por qué me tengo que ir? —Alejé mi mano.
- —Debido a que hay... hay personas que podrían hacerte daño, Feyre. Herirte, por lo que eres para mí. Creí que podría manejarlos, protegerte de



ellos, pero después de lo de hoy... no puedo. Así que tienes que irte a casa... alejarte de aquí. Allí estarás a salvo.

- —Puedo protegerme yo misma, y...
- —No puedes —dijo, y su voz se tambaleó—. Porque yo no puedo Tomó mi cara con ambas manos—. Ni siquiera yo puedo protegerte de ellos, de lo que está sucediendo en Prythian. —Sentía cada palabra salir de su boca a los labios en una ráfaga caliente, frenético aire—. Incluso si enfrentamos la maldición... ellos te cazarían—ella encontraría la manera de matarte.
- —Amarantha. —Él se molestó cuando escucho su nombre, pero asintió con la cabeza—. Quien es...
- —Cuando llegues a casa—interrumpió el—. No le digas a nadie la verdad sobre dónde has estado; deja que crean el encantamiento del glamour. No les digas quien soy; no les digas donde te quedaste. Sus espías estarán buscándote.
 - —No entiendo. —Agarre su antebrazo y apreté con fuerza—. Dime...
 - —Tienes que ir a *casa*, Feyre.

Casa. No era mi casa, era el infierno.

—Quiero quedarme contigo —susurre, mi voz quebrada—. Tratado o no tratado, maldición o no.

Se pasó una mano por la cara. Sus dedos se doblaron cuando se encontraron con la máscara.

- —Lo sé.
- -Solo déjame...
- —No hay discusión —gruñó, y me fulminó con la mirada—. ¿No lo entiendes? —Se puso de pie—. Rhys ha sido el principio. ¿Quieres estar aquí cuando el Attor regrese? ¿Quieres saber qué tipo de criaturas responden al Attor? Cosas como el Bogge, y peor.
 - —Deja que te ayude...
 - —No. —Se paseó frente a la cama—. ¿No has leído entre líneas hoy?



No lo había hecho, pero levanté la barbilla y crucé los brazos.

- —¿Así que me estas enviando lejos porque soy inútil para la pelea?
- —¡Te estoy enviando lejos porque me hace sentir *enfermo* pensar que pongan las manos sobre ti!

Se hizo el silencio, lleno solo por los sonidos de su pesada respiración. Se sentó en la cama y apretó las palmas de sus manos en sus ojos.

Sus palabras hicieron eco a través de mí, derritiendo toda mi ira, convirtiendo mi interior líquido y frágil.

-¿Cuánto...cuánto tiempo tengo permanecer lejos?

Él no respondió..

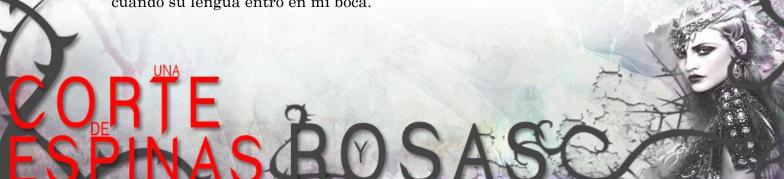
- ¿Una semana? —No respondió—. ¿Un mes? —Negó con la cabeza lentamente. Mi labio superior se curvó, pero me obligu'w a mantenerme neutral—. ¿Un año? —Eso era mucho tiempo lejos de él...
 - -No lo sé.
- —¿Pero no para siempre, verdad? —Incluso si se propagaba la maldición a la corte de primavera de nuevo, aunque me hicieran picadillo... regresaría. Me apartó el pelo de la cara. Lo sacudí—. Supongo que va a ser más fácil si me voy—dije, apartando la mirada de él—. ¿Quién quiere estar alrededor de alguien que está tan cubierto de espinas?
 - —¿Espinas?
 - —Espinoso. Punzante. Cortante. Difícil.

Se inclinó hacia adelante y me besó suavemente.

—No para siempre —dijo sobre mi boca.

Y aunque sabía que era una mentira, puse mis brazos alrededor de su cuello y lo besé.

Me llevó a su regazo, sosteniéndome con fuerza contra él mientras sus labios apartaban los míos. Me di cuenta de todos los poros de mi cuerpo cuando su lengua entró en mi boca.



Aunque el horror de la magia de Rhysand todavía se cernía sobre mí, empujé a Tamlin sobre la cama, a horcajadas sobre él, aplastándolo como si de alguna manera le impediría irse, como si hiciese al tiempo pararse completamente.

Sus manos se posaron en mis caderas, y su calor me chamuscó a través de la fina seda de mi camisón. Mi cabello se cayó alrededor de nuestras caras como una cortina. No lo podía besar lo suficientemente rápido, lo suficiente para expresar la necesidad de tenerlo dentro de mí. Él gruñó suavemente y hábilmente nos giró, extendiéndome debajo de él mientras arremetía con sus labios mi boca y hacía un rastro de besos bajando por mi cuello.

Todo mi mundo se contrajo al contacto de sus labios en mi piel. Todo más allá de ellos, más allá de él, era un vacío en la oscuridad y la luz de la luna. Mi espalda se arqueó cuando llegó al lugar que una vez había mordido, y arrastré mis manos por su pelo, saboreando su suavidad de seda.

Trazó con su mano el arco de mis caderas, demorándose en el borde de mi ropa interior. Mi camisón se había enganchado alrededor de mi cintura, pero no me importaba. Puse mis piernas desnudas a su alrededor, pasando mis pies por los duros músculos de sus pantorrillas.

Suspiró mi nombre en mi pecho, una de sus manos exploraba mi torso, elevándose a la pendiente de mi pecho. Yo temblaba, anticipándome a la sensación de su mano allí, y su boca encontró la mía de nuevo mientras sus dedos se detenían justo por debajo.

Sus besos fueron más lento esta vez—suaves. Las yemas de los dedos de su otra mano se deslizaron por debajo de la cintura de mi ropa interior y contuve el aliento.

Vaciló ante el sonido, alejándose un poco hacia atrás. Pero mordí su labio en una orden silenciosa que lo hizo gruñir en mi boca. Con una garra, destrozo la seda y encaje, y mi ropa interior cayó en pedazos. La garra se recogió, y el beso se profundizó mientras sus dedos se deslizaban entre mis piernas, persuadiéndome y tentándome. Me reduje a polvo en su mano de nuevo, cediendo completamente a la furia que se retorcía rugiendo viva dentro de mí y suspiré su nombre en su piel.

Se detuvo de nuevo—sus dedos se apartaron—pero lo agarré, tirando de él encima de mí. Lo deseaba *ahora* –quería que las barreras de nuestra



ropa desaparecieran, quería probar su sudor, quería llegar a ser llenada por él.

- —No te detengas —dije sin aliento.
- —Yo... —dijo pesadamente, descansando su frente en mis pechos mientras se estremecía—. Si seguimos adelante, no seré capaz de contenerme.

Me senté y el me miró, casi sin respirar. Pero mantuve mis ojos en los suyos, mi propia respiración se volvió constante cuando levanté mi camisón por encima de mi cabeza y lo arrojé al suelo. Completamente desnuda delante de él, vi su mirada viajar por mis pechos desnudos, hinchados contra la noche fría, a mi abdomen y entre mis muslos. Una voraz especie de hambre pasó por su cara. Incliné una pierna y la deslicé a un lado, una invitación silenciosa. Dejó escapar un gruñido bajo—y lentamente, con intención predatoria, levantó su mirada de nuevo a la mía.

Toda la fuerza de ese salvaje e implacable poder del Gran Señor se centró únicamente en mí, y sentí la tormenta que se formaba bajo su piel, tan capaz de barrer con todo lo que yo era, incluso en su estado reducido. Pero yo podía confiar en él, confiar en mi misma de aguantar aquel gran poder. Podía lanzarle todo lo que era hacia él y él no retrocedería.

-Entrégamelo todo -respiré.

Se lanzó, como una bestia liberada de su atadura.

Éramos una maraña de extremidades y dientes, y desgarré su ropa hasta que estuvo en el suelo, entonces arañé su piel hasta que le marqué la espalda, sus brazos. Sus garras estaban afuera, pero fueron devastadoramente suaves en mis caderas mientras se deslizaban entre muslos y se daba un festín conmigo, solo deteniéndose después de me estremeciera y me rompiera. Gemí su nombre cuando se enfundó en mi con un poderoso y lento empuje que me estiró a su alrededor.

Nos movimos juntos, sin fin, salvajes y ardientes, y cuando me acerqué al borde la siguiente vez, rugió y se vino conmigo.





Me quedé dormida en sus brazos, y cuando me desperté unas horas más tarde, hicimos el amor una vez más, con calma y atención, un rescoldo de combustión lenta de lo que había sido el incendio de antes. Una vez los dos estuvimos cansados, jadeantes y bañados en sudor, nos quedamos por un tiempo en silencio, y yo respiré su olor; terroso y fresco. Nunca sería capaz de capturar aquello—nunca sería capaz de pintar lo que *sentía*, su tacto y su sabor, no importaba cuantas veces lo intentase, no importaba la cantidad de colores que usara.

Tamlin trazo círculos ociosos en lo plano de mi estómago y murmuró:

- —Deberíamos dormir. Tú tienes un largo viaje mañana.
- —¿Mañana? —Me senté en posición vertical, para nada pensando en mi desnudez, no después de todo lo que él había visto y probado.

Su boca era una línea dura.

- —En la madrugada.
- —Pero eso es...

Se sentó en un movimiento suave.

—Por favor, Feyre.

Por favor. Tamlin se había sometido ante Rhysand. Por mi bien. Se movió hacia el borde de la cama.

— ¿A dónde vas?

Miró por encima de su hombro hacia mí.

- —Si me quedo, no vas a dormir.
- —Quédate —dije—. Me comprometo a mantener mis manos para mí. Mentira, una absoluta mentira.

Me dio una media sonrisa que me dijo que él también lo sabía, pero se acostó, llevándome a sus brazos. Pasé un brazo alrededor de su cintura y apoyé la cabeza en el hueco de su hombro.



Distraídamente, me acarició el pelo. Yo no quería dormir—no quería perderme ni un minuto con él, pero un inmenso cansancio me sacaba de la conciencia, hasta que todo lo de lo que supe era el toque de sus dedos en mi pelo y los sonidos de su respiración. Me marcharía. Justo cuando este lugar se había convertido en más que un santuario, cuando la orden de la Suriel se había convertido en una bendición y Tamlin en más—mucho más que un salvador o un amigo, me marcharía. Podrían pasar años hasta que viera esta casa de nuevo, años, hasta que oliera su jardín de rosas, hasta que viera esos ojos dorados. Hogar—este era mi hogar.

Cuando la conciencia me dejó por fin, me pareció oírlo hablar, su boca cerca de mi oído.

—Te amo —susurró, y me besó la frente—. Espinas y todo.

Él se había ido cuando me desperté, y estuve segura de que me lo había soñado.



CAPÍTULO 28

TRADUCIDO POR MAISO20291 // CORREGIDO POR RINCONE

No había mucho para empacar ni para mi despedida. Estuve algo sorprendida cuando Alis me arropó con una ropa muy diferente a mi usual traje—con volantes, confinante y atada en todos los lugares equivocados. Un poco de estilo mortal entre los ricos, sin duda. El vestido estaba hecho de capas de seda de rosa pálido, acentuado con encaje blanco y azul. Alis colocó una ligera y corta chaqueta de lino blanco sobre mí, y encima de mi cabeza arregló un absurdo y pequeño sombrero de marfil, claramente para la decoración. Medio esperaba una sombrilla para estar acorde.

Le dije lo suficiente a Alis, quién chasqueó la lengua.

—¿No deberías de darme una despedida llena de lágrimas?

Me apreté contra los guantes de seda—inútiles y delgados.

—No me gustan las despedidas. Si pudiese, simplemente me iría y no diría nada.

Alis me dio una mirada larga.

—Tampoco me gustan.

Fui hacia la puerta, pero a pesar de mí misma, dije:

- —Espero que pronto puedas estar con tus sobrinos.
- —Haz lo mejor de tu libertad. —Fue todo lo que dijo.

Abajo, Lucien bufó ante mi vista.

- —Esa ropa es suficiente para convencerme que nunca quiero entrar al reino humano.
 - —No estoy segura que el reino humano sabría qué hacer contigo —dije.

La sonrisa de Lucien fue de lado, sus hombros estaban apretados mientras daba una mirada afilada detrás de mí, hacia dónde Tam estaba



esperando en frente de un carruaje dorado. Cuando volteó, ese ojo de metal se entrecerró.

- —Pensé que eras más lista que esto.
- —Adiós a ti también —dije. Sin duda, un amigo. No era mi elección o mi culpa que ellos me hubiesen escondido su conflicto. Incluso si no hubiese podido haber hecho nada contra la maldición, o contra las criaturas, o contra Amarantha—quien fuera ella.

Lucien sacudió su cabeza, su cicatriz cruda en el brillante sol, y caminó hacia Tamlin, a pesar del gruñido amenazador del Gran Señor.

- —¿Ni siquiera vas a darle unos cuántos días más? ¿Solo unos cuantos—antes que la envíes de regreso a ese pozo negro humano? —demandó Lucien.
- —Esto no está para debatir —espetó Tamlin, apuntando hacia la casa—. Te veré en el almuerzo.

Lucien lo miró por un momento, escupió en el suelo y subió corriendo las escaleras. Tamlin no lo reprendió.

Podría haber pensado más en las palabras de Lucien, podría haberle gritado una respuesta, pero...Mi pecho gritó mientras enfrentaba a Tamlin en frente del carruaje dorado, mis manos sudorosas en los guantes.

—Recuerda lo que te dije —dijo. Asentí, muy ocupada en memorizando las líneas de su rostro para responder. ¿Había querido decir lo que pensé que había dicho anoche—que me amaba? Me moví, ya adolorida dentro de las pequeñas zapatillas blancas en las que Alis había metido a mis pobres pies—. El reino mortal es seguro—para ti, para tu familia—. Asentí, preguntándome que si él hubiese intentado persuadirme de abandonar nuestro territorio, navegar hacia el sur, entendería que hubiese rehusado de estar tan lejos del muro, de él. Que volver a mi familia era tan lejos como me permitiría ser enviada de su lado.

—Mis pinturas son tuyas —dije, incapaz de decir algo mejor para expresar cómo me sentía, lo que me hacía ser enviada lejos, y lo aterrada que estaba del carruaje avecinándose detrás de mí.

Él alzó mi mentón con un dedo.



Me besó y se apartó muy rápido. Tragué con fuerza, luchando contra la quemazón en mis ojos. *Te amo Feyre*.

Me volteé antes que mi visión se nublara, pero inmediatamente él estuvo ahí para ayudarme a entrar al opulento carruaje. Me observó tomar asiento a través de la puerta abierta, su rostro una máscara de calma.

—¿Lista?

No, no, no estaba lista, no después de anoche, no después de todos estos meses. Pero asentí. Si Rhysand regresaba, si esta persona Amarantha era tal amenaza que solo me haría otro cuerpo para que Tamlin defienda...tenía que irme.

Él cerró la puerta, encerrándome con un clic que sonó a través de mí. Se inclinó a través de la ventana abierta para acariciar mi mejilla—y podría haber jurado que sentí mi corazón romperse. El lacayo hizo golpear el látigo.

Los dedos de Tamlin acariciaron mi boca. El carruaje se sacudió mientras los seis caballos empezaban a caminar. Mordí mi labio para evitarme balbucear.

Tamlin me sonrió una última vez.

—Te amo —dijo, y se apartó.

Debí decirlo—debí decir esas palabras, pero se atracaron en mi garganta porque...por lo que él tenía que enfrentar, porque él podría no encontrarme de nuevo a pesar de su promesa, porque...porque debajo de todo, él era inmortal, y yo me volvería vieja y moriría. Y tal vez él lo sentía ahora, y tal vez anoche él había estado tan alterado como yo, pero...yo no me convertiría en una carga para él. No me convertiría en otro peso presionando sobre sus hombros.

Así que no dije nada mientras el carruaje se movía. Y no volteé la mirada mientras pasábamos a través de las puertas señoriales y directo al bosque.



Casi apenas el carruaje hubo entrado al bosque, el destello de magia se insertó en mi nariz y fui llevada hacia un profundo sueño. Estuve furiosa cuando me desperté de golpe, preguntándome por qué había sido necesario, pero al aire estaba lleno de estruendosos golpes de patas de caballos contra el camino de piedra. Sobando mis ojos, miré por la ventana y vi una pista alineada con setos cónicos y lirios. Nunca había estado aquí antes.

Tomé tantos detalles como pude mientras el carruaje se detenía ante un castillo de mármol blanco y techos esmeralda—casi tan grandes como el feudo de Tamlin.

Los rostros de los sirvientes que se acercaban no eran familiares, y mantuve mi rostro blanco mientras apretaba la mano del hombre y salía del carruaje.

Humano. Era absolutamente humano, con sus orejas redondeadas, su rostro rubicundo, su ropa.

Los otros sirvientes también eran humanos—todos ellos inquietos, no todos como la absoluta rigidez con la que el Alto Fae los mantenía. Sin terminar, criaturas sin gracia de tierra y sangre.

Los sirvientes me estaba mirando pero manteniendo el disimulo—apartando la mirada. ¿Me veía tan magnífica, entonces? Me enderecé ante la ráfaga de movimiento y color que explosionó desde las puertas principales.

Reconocí a mis hermanas antes que me vieran. Se acercaron, suavizando sus finos vestidos, sus cejas alzándose ante el carruaje dorado.

Ese rompimiento, esa sensación de encierro en mi cuerpo empeoró. Tamlin había dicho que él se había ocupado de mi familia, pero *esto...*

Nesta habló primero, haciendo una reverencia baja. Elain la siguió.

—Bienvenida a nuestra casa —dijo Nesta, un poco sin expresión, sus ojos en el suelo. —Señora...

Solté una risa cruda.

—Nesta —dije, y ella se puso rígida. Reí de nuevo. —Nesta, ¿no reconoces a tu propia hermana?



—¿Feyre? —Se acercó a mí, pero se detuvo—. ¿Qué hay entonces de la Tía Ripleigh?¿Ha muerto?

Esa era la historia, recordé—que había ido a cuidar de una tía perdida y rica. Asentí lentamente. Nesta tomó mi ropa y maleta, las perlas que estaban tejidas en su cabello marrón dorado brillando con la luz del sol.

- —Te dejó su fortuna —afirmó sin expresión Nesta. No era una pregunta.
- —¡Feyre, debiste contarnos! —dijo Elain, aun jadeando. —Oh, qué horrible—y tuviste que soportar perderla por ti sola, pobre cosa. Padre estará devastado al no haber podido dar su pésame.

Esas...esas cosas simples: familia muriendo y fortunas siendo dejadas y dando pésame a los muertos. Y aun así—aun así un peso que no me había dado cuenta que seguía cargando se suavizó. Estas eran las únicas cosas que les preocupaban ahora.

—¿Por qué estás tan callada? —dijo Nesta, manteniendo su distancia.

Me había olvidado lo astutos que eran sus ojos, lo fríos. Ella había sido hecha diferente, de algo más fuerte y duro que hueso y sangre. Ella era diferente de todos los humanos a nuestro alrededor así como yo me había convertido.

—Yo...estoy contenta de ver lo bien que nuestras propias fortunas han mejorado —Me las ingenié decir—. ¿Qué sucedió? —El conductor—con glamour para verse humano, sin máscara a la vista—empezó a descargar troncos para los lacayos. No sabía que Tamlin me hubiera enviado aquí con pertenencias.

Elain sonrió.

—¿No recibiste nuestras cartas? —Ella no recordaba—o tal vez nunca lo supo entonces, que no hubiese sido capaz de leerlas, de todos modos. Cuando sacudí mi cabeza, ella se quejó de la inutilidad del servicio y luego dijo: —¡Oh, nunca lo vas a creer! ¡Casi una semana después que te fuiste a cuidar a la Tía Ripleigh, un extraño apareció en nuestra puerta y le pidió a Padre que invierta su dinero en él! Padre dudó porque la oferta era tan buena, pero el extraño insistió y Padre lo hizo. ¡Él nos dio un baúl de oro solo por acceder! En un mes, él había duplicado la inversión del hombre, y luego



el dinero empezó a entrar. ¿Y sabes qué? ¡Todos esos barcos que perdimos fueron encontrados en Bharat, completos con las ganancias de Padre!

Tamlin—Tamlin había hecho eso por ellos. Ignoré el vacío creciendo en mi pecho.

—Feyre, te vez tan estupefacta como lo estuvimos nosotras —dijo Elain, golpeando los codos conmigo—. Vamos adentro. ¡Te mostraremos la casa! ¡Aún no tenemos una habitación decorada para ti, porque pensamos que estarías con la pobre Tía Ripleigh por meses, pero tenemos tantas camas que puedes dormir en una diferente cada noche si quieres!

Miré sobre mi hombro a Nesta, que me observaba con el rostro cuidadosamente en blanco. Así que ella no se había casado con Tomas Mandray después de todo.

—Padre probablemente se desmaye cuando te vea —balbuceó Elain, golpeando mi mano mientras me llevaba hacia la puerta central—. ¡O tal vez haga un baile en tu honor también!

Nesta tropezó detrás de nosotras, una presencia silenciosa. No quería saber en qué estaba pensando. No estaba segura si debía de estar furiosa o aliviada que hubiesen seguido adelante tan bien sin mí—y si Nesta se estaba preguntando lo mismo.

Patas de caballo sonaron, y el carruaje empezó a moverse hacia el camino—lejos de mí, de regreso a mi verdadera casa, de regreso a Tamlin. Tomó todo mi deseo el mantenerme lejos de correr tras él.

Él había dicho que me amaba, y había sentido la verdad de ello al hacer el amor, y él me había enviado lejos para mantenerme a salvo; me había liberado del Tratado para mantenerme a salvo. Porque cualquier tormenta que estuviese por recaer en Prythian, era lo suficientemente brutal para que incluso el Gran Señor no pudiese ir contra esta.

Tenía que decirlo; era sabio mantenerse aquí. Pero no podía luchar contra la sensación, como una sombra oscura en mi interior, de que había cometido un gran, gran error al irme, sin importar las órdenes de Tamlin. Permanece con el Gran Señor, había dicho el Suriel. Su única orden.

Aparté el pensamiento de mi mente mientras mi padre lloraba al verme y sin duda ordenó un baile en mi honor. Y aunque sabía que la promesa que una vez le había hecho a mi madre estaba completa—aunque



sabía que verdaderamente estaba libre de esta, y que mi familia estaba por siempre cuidada...esa creciente y alargada sombra cubrió mi corazón.



CAPÍTULO 29

TRADUCIDO POR RINCONE

Inventar historias sobre mi tiempo con la Tia Ripleigh requirió un mínimo esfuerzo: leí con ella todos los días, me decía que me sentara a su lado en la cama, y cuidé de ella hasta que murió mientras dormía dos semanas atrás, dejándome su fortuna.

Y que tremenda fortuna era aquella: los baúles que me acompañaban no habían contenido solo ropa—varios de ellos habían estado llenos de oro y joyas. No joyas cortadas tampoco, sino enormes joyas primas que pagarían miles de fincas.

Mi padre había hecho inventario de esas joyas; las había escondido en la oficina pasando el jardín en el que me sentaba junto a Elain en la hierba. A través de la ventana, espié a mi padre encorvado sobre su escritorio, una pequeña escala delante de él mientras pesaba un rubí sin cortar del tamaño de un huevo de pato. Tenía los ojos claros de nuevo, y los movía con un sentido de propósito, de vitalidad, que yo no había visto desde antes de la ruina. Incluso su cojera había mejorado—mejoró milagrosamente por una serie de tónicos y un extraño ungüento que le había dado un sanador que pasaba de forma gratuita. Siempre estaría agradecida a Tamlin por ese único acto de bondad.

Se habían ido los hombros encorvados y los ojos empañados, abatidos. Mi padre sonreía libremente, se echaba a reír con facilidad, y mimaba a Elain, quien a su vez le mimaba a él. Nesta, sin embargo, había estado callada y vigilante, solo respondiéndole a Elain no más de una o dos palabras.

—Estos bulbos —dijo Elain, señalando con la mano enguantada hacia un racimo de flore color púrpura y blanco—. Han venido todo el camino desde los campos de tulipanes del continente. Padre prometió que la próxima primavera me llevaría a verlos. Afirma que en miles de millas, no hay nada más a parte de estas flores. —Le dio unas palmaditas a la rica tierra oscura. El pequeño jardín debajo de la ventana era de ella: cada flor y arbusto había sido recogido y plantado por su mano; no permitía que nadie



más a parte de ella cuidara de él. Incluso el deshierbe y el riego lo hacía ella misma.

Aunque los sirvientes la *habían* ayudado a llevar las pesadas regaderas, había admitido. Se habría maravillado—incluso llorado—ante los jardines a los que yo me había acostumbrado, ante las flores en perpetua floración en la Corte de Primavera.

—Deberías venir conmigo —continuó Elain—. Nesta no irá porque dice que no quiere arriesgarse en una travesía marítima, pero tú y yo... Oh, nos divertiríamos, ¿verdad?

La miré de reojo. Mi hermana estaba radiante—más bonita de lo que la había visto alguna vez, incluso en su sencillo vestido de muselina de jardinería. Sus mejillas estaban rojas debajo de su gran sombrero.

—Creo...creo que me gustaría ver el continente —le dije.

Y era verdad, me di cuenta. Habían tantas cosas en el mundo que yo aún no había visto, pensado alguna vez en visitar. Que no había sido capaz de soñar en visitar.

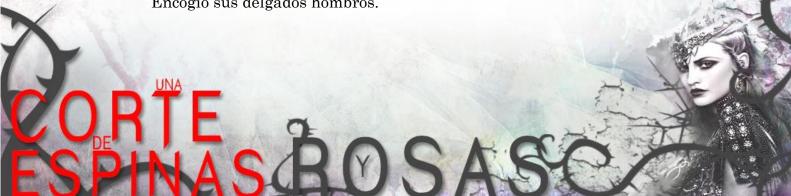
—Me sorprende que estés tan ansiosa en ir la próxima primavera —le dije—. ¿No es a mitad de la temporada? —La temporada de la alta sociedad, la cual había terminado hacía unas semanas, por lo visto, llena de fiestas, bailes, almuerzos y chismes. Chismes. Elain me contó sobre ellos la cena anterior, apenas dándose cuenta que para mí era un esfuerzo tragar la comida. Mucha de ella era lo mismo—la carne, el pan, las verduras y sin embargo... eran ceniza en la boca en comparación con la que había consumido en Prythian—. Y me sorprende que no tengas una línea de pretendientes en la puerta, rogando por tu mano.

Elain se sonrojó pero hundió su pequeña pala en el suelo para desenterrar una mala hierba.

—Sí, bueno, siempre habrán otras temporadas. Nesta no te lo ha dicho, pero esta temporada ha sido un poco... extraña.

—¿De qué forma?

Encogió sus delgados hombros.



- —La gente actuó como si solo hubiéramos estado enfermos durante estos ocho años, o ido a algún país lejano—no estado a unos pueblos de distancia en esa cabaña. Pensarías que lo hemos soñado todo, lo que pasó en esos años. Nadie dijo una palabra al respecto.
- —¿Crees que lo iban a hacer? —Si éramos tan ricos como daba a entender esta casa, sin duda había un montón de familias dispuesta a pasar por alto la mancha de nuestra pobreza.
- —No, pero eso me hizo... me hizo desear esos años de nuevo, incluso con el hambre y el frío. Esta casa a veces se siente demasiado grande, y padre siempre está ocupado, y Nesta... —Miró por encima de su hombro hacia donde mi hermana mayor estaba sentada junto a un árbol retorcido, con vistas a la extensión plana de nuestras tierras. Apenas había hablado conmigo la noche anterior, y nada durante el desayuno. Me había sorprendido cuando se unió a nosotras fuera, incluso aunque se hubiera quedado en el árbol durante todo este tiempo—. Nesta no terminó la temporada. No me dijo por qué. Empezó a negarse a cada invitación. Casi no habla con nadie y me siento miserable cuando mis amigos prestan una visita, porque ella los hace sentir incómodos cuando los mira de esa forma suya... —Elain suspiró—. Tal vez tú puedas hablas con ella.

Pensé en decirle a Elain que Nesta y yo no habíamos tenido una conversación cortes en años, pero entonces Elain añadió:

—Ella fue a verte, ¿lo sabías?

Parpadeé, mi sangre se volvió un poco fría.

—¿Qué?

—Bueno, se fue solo por una semana, y dijo que su coche se había roto a mitad de camino de allí, y que era más fácil que volver. Pero no ibas a saberlo, ya que nunca te llegaba ninguna de nuestras cartas.

Miré a Nesta de pie tan quieta bajo las ramas, la brisa de verano hacían crujir las faldas de su vestido. ¿Había ido a verme solo para volver con algún tipo de glamour mágico que Tamlin hubiera lanzado sobre ella?

Mi volví hacia el jardín y pillé a Elain mirándome.



Elain negó con la cabeza y volvió a escardar. —Es solo que te ves tan... diferente. También suenas muy diferente.

De hecho, apenas se lo habían creído mis ojos cuando pasé por un espejo del pasillo la noche anterior. Mi cara todavía era la misma, pero había un... brillo en mí, una especie de luz brillante que era casi indetectable. Sabía sin duda que era a causa de mi tiempo en Prythian, que toda la magia me había contagiado de alguna forma. Temía el día que todo ello desapareciera para siempre.

—¿Pasó algo en la casa de la tía Ripleigh? —preguntó Elain—. ¿Conociste... a alguien?

Me encogí de hombros y halé una mala hierba cercana. —Solo buena comida y descanso.



Pasaron los días. La sombra dentro de mí no se aclaraba, e incluso el pensamiento de pintar era detestable. En su lugar pasé la mayor parte de mi tiempo con Elain en su pequeño jardín. Estaba contenta de escuchar su charla sobre todos los brotes y flores, sobre sus planes para comenzar otro jardín en el invernadero, tal vez un jardín vegetal si podía aprender lo suficiente sobre él en los próximos meses.

Ella había cobrado vida aquí, y su alegría era contagiosa. No había ni un sirviente o jardinero que no le sonriera, e incluso el brusco jefe de cocina encontraba excusas para traerle platos de galletas y tartas a varías horas del día. Me maravillaba que todos esos años de pobreza no hubiesen despojado la luz de Elain. Tal vez la enterraran un poco, pero era generosa, cariñosa y amable—una mujer de la que me sentía orgullosa de conocer, de llamar hermana.

Mi padre había terminado de contar mis joyas y oro; yo era una mujer extraordinariamente rica. Invertí un pequeño porcentaje en su negocio, y cuando miré la gigantesca suma restante, le hice empacarme unas bolsas de dinero y partí.

La mansión estaba a solo tres millas de nuestra cabaña de mala muerte, y la carretera era familiar. No me importó cuando mi dobladillo quedó recubierto de barro por el camino empapado. Saboreaba oír el viento



en los árboles y el gemido de los altos pastos. Si me quedaba lo suficiente en mis recuerdo, podía imaginarme a mí misma caminando junto a Tamlin a través de sus bosques.

No tenía ninguna razón para creer que lo vería a corto plazo, pero me iba a la cama cada noche rezando para despertar y encontrarme en su mansión, o encontrar un mensaje convocándome a su lado. Incluso peor que mi decepción de que tal cosa no hubiera sucedido era el rastrero y persistente temor de que él estaba en peligro—que Amarantha, quien quiera que fuese ella, de alguna forma le hacía daño.

—Te amo —Casi podía oír las palabras—casi podía oírlas decirlas, podía casi ver la luz del sol brillando en su cabello dorado y el deslumbrante verde de sus ojos. Casi podía sentir su cuerpo presionándose contra el mío, sus dedos tocando mi piel.

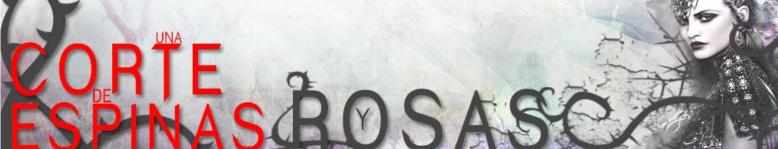
Llegué a una curva del camino que podría recorrerla a oscuras, y allí estaba.

Tan pequeña—la cabaña había sido tan pequeña. El viejo jardín de flores de Elain era una maraña salvaje de malas hierbas y floraciones, y las salvajes marcas seguían grabadas en el umbral de la puerta. La puerta destrozada y rota que había visto la última vez había sido sustituida, pero uno de los cristales de las ventanas circulares estaba agrietado. El interior estaba oscuro, la tierra sin haber sido perturbada.

Seguí el camino invisible que tomaba cada mañana de nuestra puerta delantera a través de la alta hierba, a lo largo del camino y después a través del campo alrededor, todo el camino hasta la línea de árboles. El bosque—mi bosque. Una vez me había parecido tan aterrador—tan letal, hambriento y brutal. Y ahora solo se veía...simple. Ordinario.

Miré de nuevo hacia esa triste y oscura casa—el lugar que había sido una prisión. Elain había dicho que la echaba de menos, y me pregunté qué era lo que veía ella cuando miraba hacia la cabaña. Si ella no veía una prisión, sino un refugio—un refugio de un mundo que había tenido tan pocas cosas buenas, pero que ella trataba de encontrar de todos modos, incluso si eso parecía tonto o inútil para mí.

Ella había mirado a esa cabaña con esperanza; yo la había mirado con nada más que odio. Y sabía cuál de las dos había sido más fuerte.



CAPÍTULO 30

TRADUCIDO POR ISANE33 // CORREGIDO POR RINCONE

Me faltaba una tarea por terminar antes de regresar a la mansión de mi padre. Los habitantes del pueblo que una vez se habían burlado de mí o me habían ignorado ahora me miraban boquiabiertos, y algunos se pusieron en mi camino para preguntar por mi tía y mi fortuna, una y otra vez. Firme pero cortésmente me negué a entablar conversación con ellos, para no darles nada de qué chismorrear. Pero aun así me tomó tanto tiempo llegar a la parte pobre de nuestra aldea que estaba totalmente agotada cuando toqué a la primera puerta en ruinas.

Los pobres de nuestro pueblo no hicieron preguntas cuando les entregué las bolsitas de plata y oro. Ellos trataron de rechazarlas, algunos ni siquiera me reconocieron, pero les di el dinero de todos modos. Era lo menos que podía hacer.

Mientras caminaba de regreso a la mansión de mi padre, pasé junto a Tomas Mandra y sus secuaces que merodeaban en la fuente del pueblo, charlando sobre una casa que se había quemado con las cosas de su familia atrapada dentro hacía una semana y si había algo para saquear. Él me dio una mirada demasiado larga, sus ojos vagaron libremente sobre mi cuerpo, con una media sonrisa que había visto darle a las muchachas del pueblo cien veces antes. ¿Por qué Nesta había cambiado de opinión? Sólo lo miré fijamente y seguí adelante.

Ya estaba casi fuera de la ciudad cuando la risa de una mujer flotó sobre las piedras, y doblé en una esquina para encontrarme cara a cara con Isaac Hale—y una bonita y regordeta mujer que sólo podía ser su nueva esposa. Estaban cogidos del brazo, ambos sonreían—ambos brillaban internamente.

Su sonrisa vaciló cuando me vio.

Humano—parecía *tan* humano, con sus extremidades desgarbadas, su sencilla hermosura, pero esa sonrisa que había tenido momentos antes lo había transformado en algo más.



Su mujer miró entre nosotros, tal vez un poco nerviosa. Como si lo que sintiera por él—el amor que yo ya había visto brillar— fuera tan nuevo y tan inesperado, que todavía estuviera preocupada de que se desvanecería. Con cuidado, Isaac inclinó la cabeza hacia mí en señal de saludo. Había sido un niño cuando me fui, y sin embargo, esta persona que ahora se me acercaba... había florecido con su esposa, lo que había entre ellos, lo había convertido en un hombre.

Nada—no había nada en mi pecho, en mi alma, para él más allá de una vaga sensación de gratitud.

En unos cuantos pasos más, pasamos uno al lado del otro. Le sonreí ampliamente, a ambos, e incliné la cabeza, deseándoles lo mejor con todo mi corazón.



El baile que mi padre iba a brindar en mi honor era dentro de dos días, y la casa ya era un frenesí de actividad. Mucho dinero era desperdiciado en cosas que nunca habríamos soñado con tener de nuevo, aunque fuera por un momento. Le habría rogado no ser el anfitrión, pero Elain se había hecho cargo de la planificación y de encontrarme un vestido de último minuto, y... que sólo sería para una noche. Una noche de soportar a las personas que nos habían evitado y dejado que nos muriéramos de hambre por años.

El sol estaba cerca de ponerse cuando di por finalizado mi día de trabajo: cavar una nueva zanja para el próximo jardín de Elain. Los jardineros habían estado un poco horrorizados de que otra de nosotras hubiera retomado la actividad, como si de un momento a otro fuésemos a hacer todo su trabajo nosotras mismas y nos desharíamos de ellos. Les aseguré que no tenía mano para la jardinería y que sólo quería algo que hacer con mi día.

Pero todavía no había descubierto lo que haría con mi semana, ni mi mes, ni nada después de eso. Si de hecho había un aumento de la maldición del otro lado del muro, si esa mujer Amarantha estaba enviando criaturas para aprovecharse de eso... Era difícil no pensar en esa sombra en mi corazón, la sombra que seguía todos mis pasos. No me había sentido con ganas de pintar desde que había llegado, y ese lugar dentro de mí de donde provenían todos esos colores, formas y luces se había vuelto inerte, silencioso



y sin brillo. Pronto, me dije. Pronto compraría algunas pinturas y empezaría de nuevo.

Dejé la pala en el suelo y puse mi pie encima de ella, descansando por un momento. Tal vez los jardineros sólo estuvieran horrorizados por la túnica y los pantalones que les había tomado prestado. Uno de ellos incluso había llegado corriendo a traerme uno de esos grandes sombreros que Elain usaba. Me lo puse por su bien; mi piel ya se había bronceado y llenado de pecas por los meses que había vagado por las tierras de la Corte de Primavera.

Me miré las manos, agarrando la parte superior de la pala. Callosas y salpicadas de cicatrices y suciedad bajo las uñas. Seguramente estarían horrorizados cuando me vieran salpicada con pintura.

—Incluso si te las lavas, eso no lo ocultaría —dijo Nesta detrás de mí, venía de ese árbol en el que le gustaba sentarse—. Para encajar, tendrías que usar guantes y nunca quitártelos.

Llevaba un vestido de muselina de lavanda simple y pálido, su cabello estaba medio recogido y ondeaba detrás de ella en capas de castaño dorado. Hermosa, imperiosa, todavía como uno de los Altos Fae.

- —Tal vez no quiero encajar en tus círculos sociales —le dije, volviendo a la pala.
- —¿Entonces por qué te molestas en estar aquí? —Una pregunta mordaz y fría.

Hundí la pala más profundo, mis brazos y espalda esforzándose mientras arrojaba una pila de oscura tierra y hierba.

- -Es mi casa, ¿no?
- —No, no lo es —dijo rotundamente. Hundí la pala de nuevo en la tierra—. Creo que tu casa está en algún lugar muy lejos de aquí.

Hice una pausa.

Dejé la pala en el suelo y poco a poco me volví hacia ella.



—No hay ninguna tía Ripleigh. —Nesta metió la mano en su bolsillo y arrojó algo a la tierra paleada.

Era un trozo de madera, como si hubiera sido arrancado de algo. Pintado en su superficie lisa había una bonita maraña de enredaderas y—dedaleras. Dedalera pintada en la forma equivocada de azul oscuro.

Se me cortó la respiración. Durante todo este tiempo, todos estos meses...

—El pequeño truco de tu bestia no funcionó conmigo —dijo con acero tranquilo—. Al parecer, una voluntad de hierro es todo lo que se necesita para evitar que funcione un encantamiento de glamour. Así que tuve que ver como padre y Elain pasaban de sollozos histéricos a *nada*. Tuve que escucharlos hablar de lo afortunada que eras porque te hubieran llevado a la casa de una tía inventada y que un viento invernal había destrozado nuestra puerta. Y pensé que me había vuelto loca, pero cada vez que lo pensaba, veía esa parte pintada de la mesa, y justo después las marcas de garras más abajo, y sabía que no me lo estaba imaginando.

Nunca había oído hablar de un glamour que no funcionara. Pero la mente de Nesta era completamente única; había levantado tales paredes tan fuertes—de acero, hierro y árbol de fresno—que incluso la magia de un Gran Señor no podía atravesarlas.

-Elain dijo... dijo que fuiste a visitarme. Que lo intentaste.

Nesta resopló, su rostro serio y lleno de rabia latente que nunca podría dominar.

—Él te robó en plena noche, reclamando un sinsentido sobre el Tratado. Y luego todo siguió como si nunca hubiera sucedido. Eso no estuvo bien. Nada de eso estuvo bien.

Mis manos cayeron a mis costados.

- —Fuiste por mí —le dije—. Fuiste por mí a Prythian.
- —Llegué al muro. No pude encontrar una forma de entrar.

Me llevé una mano temblorosa a la garganta.



—¿Caminaste por dos días para llegar allí y por dos días para regresar, atravesando el bosque invernal?

Ella se encogió de hombros, mirando el trozo de madera que había arrancado de la mesa.

—Contraté a esa mercenaria de la ciudad para que me llevara una semana después de que te llevaron. Con el dinero de tu piel. Ella era la única que parecía creerme.

—¿Lo hiciste... por mí?

Los ojos de Nesta—mis ojos, los ojos de nuestra madre— me miraron fijamente.

-Eso no estuvo bien -dijo de nuevo.

Tamlin se había equivocado cuando habíamos discutido si mi padre hubiera venido por mí alguna vez, él no poseía el coraje—la ira. En todo caso, habría contratado a alguien para que lo hiciera por él. Pero Nesta había ido con esa mercenaria. Mi odiosa y fría hermana había estado dispuesta a enfrentarse a Prythian para rescatarme.

- —¿Qué pasó con Tomás Mandray? —le pregunté, con voz ahogada.
- —Me di cuenta de que él no habría ido conmigo para salvarte en Prythian. —Y para ella, con ese corazón embravecido e implacable, eso habría sido una línea en la arena.

Miré a mi hermana, realmente la *miré*, a esta mujer que no podía soportar a los aduladores que ahora la rodeaban, que nunca había pasado un día en el bosque, pero había entrado en territorio de lobos... Que había cubierto la pérdida de nuestra madre, luego nuestra ruina, en rabia helada y amargura, porque la ira había sido un salvavidas, la crueldad una liberación. Pero *se* había preocupado—debajo de todo eso, ella se había preocupado, y tal vez amaba con más fuerza de lo que podía comprender, más profunda y lealmente.

—Tomas nunca te mereció de todos modos —dije en voz baja.

Mi hermana no sonrió, pero una luz brilló en sus ojos gris azulados.



—Cuéntame todo lo que pasó —dijo, una orden, no una petición. Así que lo hice.

Y cuando terminé mi historia, Nesta simplemente me miró fijamente durante mucho tiempo antes de pedirme que le enseñara a pintar.



Enseñarle a Nesta a pintar era tan agradable como esperaba que fuera, pero al menos nos daba una excusa para evitar las partes más ocupadas de la casa, que eran cada vez más caóticas a medida que mi baile se acercaba. Los suministros eran bastante fáciles de conseguir, pero explicar cómo pintaba, convencer a Nesta para expresar lo que estaba en su mente y en su corazón... Por lo menos, ella repitió mis pinceladas con una mano precisa y firme.

Cuando salimos de la tranquila habitación de la que nos habíamos apropiado, ambas salpicadas de pintura y manchadas con carbón, la mansión estaba terminando sus preparativos. Faroles de vidrio de colores flanqueaban el largo camino, y adentro, coronas y guirnaldas de cada flor y color decoraban cada pasamanos, cada superficie y cada arco. Hermoso. Elain había seleccionado cada flor ella misma y le indicó al personal dónde ponerlas.

Nesta y yo subimos las escaleras, pero al llegar al rellano, mi padre y Elain aparecieron abajo, tomados del brazo.

El rostro de Nesta se tensó. Mi padre le murmuró elogios a Elain, quien le sonrió y apoyó la cabeza en su hombro. Y yo estaba feliz por ellos, por la comodidad y la tranquilidad de su estilo de vida, por la satisfacción en el rostro de mi padre y de mi hermana. Sí, tenían algo de tristeza, pero ambos parecían tan... relajados.

Nesta caminó por el pasillo, y la seguí.

—Hay días —dijo Nesta cuando se detuvo frente a la puerta de su habitación, al otro lado de la mía—. En que quiero preguntarle si recuerda los años que estuvo a punto de dejar que muriéramos de hambre.

—También gastaste cada moneda que pude conseguir —le recordé.



—Sabía que siempre conseguirías más. Y si no podías, entonces quería ver si alguna vez él trataba de hacerlo por sí mismo, en lugar de tallar esos trozos de madera. Si él habría salido y luchado por nosotras. Yo no podía cuidar de nosotros, no como tú. Te odiaba por eso. Pero lo odiaba más a él. Aún lo odio.

—¿Él lo sabe?

- —Siempre ha sabido que lo odio, incluso antes de que fuéramos pobres. Dejó morir a madre, tenía una flota de barcos a su disposición para navegar por el mundo en busca de una cura, o pudo haber contratado a los hombres para entrar en Prythian y rogarles por ayuda. Pero él la dejó consumirse.
- —La amaba, sufrió su pérdida. —Yo no sabía cuál era la verdad, tal vez ambas.
- —Él la dejó morir. Habrías ido a los confines de la tierra para salvar a tu Gran Señor.

Mi pecho se sintió vacío de nuevo, pero me limité a decir:

—Sí, lo habría hecho. —Y entré a mi habitación para prepararme.



CAPÍTULO 31

TRADUCIDO POR RINCONE

El baile era un borrón de gente bailando vals, acicalada, de aristócratas enjoyados, de vino y brindis en mi honor. Me quedé junto a Nesta porque parecía que hacía un buen trabajo asustando a los pretendientes curiosos queriendo saber más sobre mi fortuna. Pero traté de reír, aunque solo fuera por Elain, quien revoloteaba en la sala saludando personalmente a cada invitado y bailando con todos sus importantes hijos.

Pero permanecí pensando en lo que Nesta había dicho—sobre salvar a Tamlin.

Sabía que algo iba mal. Sabía que estaba en problemas—no solo con la maldición en Prythian, sino también por esas fuerzas reuniéndose para destruirle que eran mortales, y sin embargo... sin embargo yo había dejado de buscar respuestas, dejado de pelear por ellas, feliz—tan egoístamente feliz—de poder calmar esa parte salvaje y feroz mía de solo sobrevivir a la hora. Le permití enviarme a casa. No me esforcé más por reunir las piezas de información que había recopilado sobre la maldición o Amarantha; no había tratado de salvarlo. Ni si quiera le había dicho que lo amaba. Y Lucien... Lucien también lo supo—y lo demostró con sus amargas palabras hacia mí el último día, su decepción de mí.

Dos de la mañana y sin embargo la fiesta no mostraba signos de acabarse. Mi padre tenía su corte de varios otros comerciantes y hombres aristócratas a quienes me habían presentado pero cuyos nombres olvidé instantáneamente. Elain se reía entre un circulo de hermosas amigas, sonrojada y brillante. Nesta se había marchado en silencio a media noche, y no me molesté en decir buenas noches cuando finalmente me deslicé escaleras arriba.

A la tarde siguiente, con cara de sueño y en silencios, nos reunimos todos en la mesa para el almuerzo. Le agradecí a mi hermana y a mi padre la fiesta, y esquivé las preguntas de mi padre con respecto a si me había llamado la atención alguno de los hijos de sus amigos.

Había llegado el calor del verano y apoyé la barbilla en mi puño mientras me abanicaba. Solo había conseguido dormir a ratos por el calor de



la noche anterior. Nunca hacía demasiado calor o demasiado frio en la ciudad de Tamlin.

—Estoy pensando en comprar la tierra de los Beddor —le estaba diciendo mi padre a Elain, quien era la única de nosotros escuchando—. Escuché el rumor de que saldrán a la venta pronto ya que nadie de la familia sobrevivió y sería una buena inversión inmobiliaria. Tal vez una de ustedes podría construirse una casa allí cuando estén listas.

Elain asintió con interés, pero yo parpadeé.

- —¿Qué pasó con los Beddors?
- -Oh, fue horrible -dijo Elain-. Su casa se quemó y murió todo el mundo. Bueno, no han podido encontrar el cuerpo de Clare, pero.... —Miró su plato—. Sucedió en plena noche, la familia, sus sirvientes, todos. En realidad pasó el día antes de que llegaras a casa.
 - —Clare Beddor —dije lentamente.
 - —Nuestra amiga, ¿recuerdas? —dijo Elain.

Asentí con la cabeza, sintiendo los ojos de Nesta sobre mí.

No, no, no podía ser posible. Tenía que ser una coincidencia—tenía que ser una coincidencia, porque la alternativa era...

Yo le había dado ese nombre a Rhysand.

Y él no lo había olvidado.

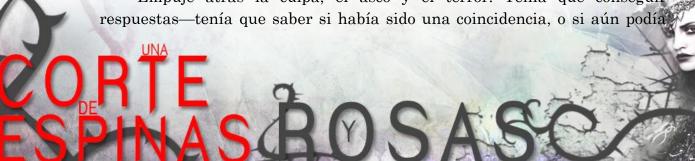
Mi estómago se revolvió, y luché contra las náuseas que se agitaban dentro de mí.

—¿Feyre? —preguntó mi padre.

Puse una mano temblorosa sobre mis ojos, respirando. ¿Qué había ocurrido? No solo a los Beddors, ¿sino en casa, en Prythian?

- -Feyre -dijo mi padre otra vez y Nesta le siseó:
- —Cálmate.

Empujé atrás la culpa, el asco y el terror. Tenía que conseguir



salvar a Clare. Y si algo había pasado aquí, en el reino de los mortales, entonces la Corte de Primavera... entonces esas criaturas de las que Tamlin había estado tan asustado... la maldición que había infectado la magia, sus tierras...

Hadas. Habían pasado la frontera e ido sin dejar rastro.

Bajé mi mano y miré a Nesta.

- —Escúchenme con mucha atención —les dije, tragando duro—. Todo lo que me han dicho debe permanecer en secreto. No vengan a buscarme. No digan mi nombre otra vez a nadie.
- —¿De qué estás hablando, Feyre? —Mi padre me miró boquiabierto desde el otro extremo de la mesa. Elain miraba entre nosotros, moviéndose en su asiento.

Pero Nesta sostuvo mi mirada. Inquebrantable.

—Creo que algo muy malo podría estar sucediendo en Prythian —dije en voz baja. Nunca había aprendido qué señales de advertencia había inculcado Tamlin en sus encantamientos para empujar a mi familia a correr, pero no iba a correr el riesgo de confiar únicamente en ellos. No cuando Claire había sido tomada, su familia asesinada... por mi culpa.

La bilis quemó mi garganta.

—¡Prythian! —Mi padre y Elain espetaron. Pero Nesta levantó una mano para silenciarlos.

Continué: —Si no se marchan, entonces contraten guardias, contraten ojeadores que vigilen el muro, el bosque. También los pueblos. —Me levanté de mi asiento—. A la primera señal de peligro, ante el primer rumor que escuchen de que el muro está siendo traspasado, o incluso alguna cosa extraña, consigan un barco y váyanse. Naveguen muy lejos, tal lejos al sur como puedan, a algún lugar que las hadas nunca podrían desear.

Mi padre y Elain empezaron a parpadear como para limpiar un poco la neblina de sus mentes, como si emergieran de un sueño profundo. Pero Nesta me siguió al pasillo, escaleras arriba.

—Los Beddors —dijo—. Aquello estaba destinado para nosotros. Pero tú les diste un nombre falso—a las hadas impías que amenazan a tu Gran



Señor. —Asentí. Podía ver como calculaban sus ojos—. ¿Va a haber una invasión?

—No lo sé. No sé lo que está pasando. Me dijeron que hubo una especie de enfermedad que estaba haciendo que sus poderes se debilitaran o se hicieran salvajes, una maldición en su tierra que dañó la seguridad de sus fronteras y que podría matar a la gente si golpea lo suficientemente fuerte. Dijero—dijeron que está pasando de nuevo... que se está moviendo. Lo último que supe es que no estaba lo suficientemente cerca como para dañar nuestras tierras. Pero si la Corte de Primavera está a punto de caer, entonces la maldición tiene que estar acercándose, y Tamlin... Tamlin era uno de los bastiones que mantenía a las demás cortes bajo control—las cortes malignas. Y creo que él está en peligro.

Entré en mi habitación y comencé a quitarme el vestido. Mi hermana me ayudó, luego abrió el armario para sacar una pesada túnica, pantalones y botas. Me deslicé en ellas y estaba trenzando mi pelo detrás cuando dijo:

-Nosotros no te necesitamos aquí, Feyre. No mires atrás.

Me metí en mis botas y me acerqué a mis cuchillos de caza que había conseguido discretamente mientras estuve aquí.

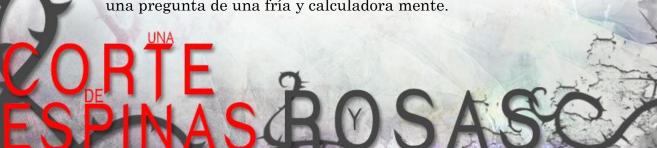
—Padre una vez te dijo que nunca miraras atrás —dijo Nesta—. Y ahora te lo digo yo. Podemos cuidar de nosotros mismos.

Una vez habría pensado que era un insultado, pero ahora entendía—entendía el regalo que ella me ofrecía. Envainé los cuchillos en mis costados y eché un carcaj de flechas sobre mi espalda—ninguna de fresno—antes de recoger mi arco.

—Ellas *pueden* mentir —dije, dándole información que esperaba que nunca llegara a necesitar—. Las hadas pueden mentir, y el hierro no les molesta más que un poco. Pero la madera de fresno—eso parece que funciona. Toma mi dinero y compra una condenada arboleda para que Elain la cultive.

Nesta negó con la cabeza agarrando su muñeca, el brazalete de hierro seguía allí.

—¿Qué crees que puedas hacer para ayudar? Él es un Gran Señor, tú no eres más que una simple humana. —Aquello tampoco era un insulto. Solo una pregunta de una fría y calculadora mente.



—No me importa —admití ahora desde la puerta, la cual abrí de golpe—. Pero tengo que intentarlo.

Nesta se quedó en mi habitación. No dijo adiós, odiaba las despedidas tanto como yo. Pero me volví hacia mi hermana y le dije:

—Hay un mundo mejor, Nesta. Hay un mundo mejor por ahí, esperando a que lo encuentres. Y si alguna vez tengo la oportunidad, si las cosas mejoran alguna vez, son más seguras... me encontraré de nuevo contigo.

Era todo lo que podía ofrecerle.

Pero Nesta cuadró los hombros.

—No te molestes. No creo que vaya a estar demasiado encariñada con las hadas. —Alcé una ceja. Continuó con un ligero encogimiento de hombros—. Intenta enviar una carta cuando sea seguro. Y si alguna vez lo es... Padre y Elain podrán tener este lugar. Creo que me gustaría ver qué más hay por ahí, lo que una mujer podría ver con una fortuna y un buen nombre.

No hay límites, pensé. No había límites para lo que Nesta podría hacer, lo que podría hacer de sí misma una vez que encontrara un lugar que pudiera llamar suyo. Recé para tener la suerte de verlo algún día.

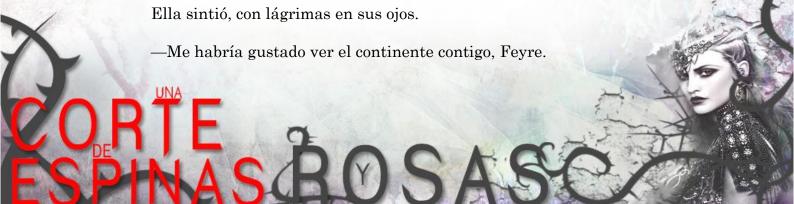


Elain, para mi sorpresa, tenía un caballo, una bolsa de comida y suministros listos para cuando me apresuré por las escaleras. Mi padre no estaba a la vista. Pero Elain echó los brazos a mí alrededor y sosteniéndome con fuerza, dijo:

—Lo recuerdo—ahora lo recuerdo todo.

Envolví mis brazos a su alrededor.

—Cuídate. Cuida de todos.



Le sonreí a mi hermana, memorizando su hermoso rostro y limpié sus lágrimas.

—Tal vez algún día —le dije. Otra promesa que tendría suerte si la mantenía.

Elain continuaba llorando cuando espoleé a mi caballo y galopé por el camino. No fui capaz decirle adiós a mi padre una vez más.

Monté durante todo el día y me detuve solo cuando estaba demasiado oscuro para ver. Hacia el norte—allí es donde empezaría y seguiría hasta que diera con el muro. Tenía que volver—tenía que ver lo que había pasado, tenía que decirle a Tamlin todo lo que había en mi corazón antes de que fuera demasiado tarde.

Monté durante todo el segundo día, dormí por ratos, y partía antes de la primera luz.

Monté y monté a través del exuberante, denso y zumbante bosque de verano.

Hasta que cayó un silencio absoluto. Reduje mi caballo hasta un cuidadoso trote y exploré la maleza y los árboles de delante en busca de cualquier signo, cualquier ondulación. No había nada. Nada, y entonces...

Mi yegua corcoveó y sacudió la cabeza, e hice todo lo que pude para mantenerme en la silla mientras ella se negaba a avanzar. Pero aun así, allí seguía sin haber nada—ninguna marca. Sin embargo, cuando desmonté, casi sin respiración mientras alzaba una mano, me di cuenta que no podía pasar.

Allí, bifurcándose a través del bosque, había un muro invisible.

Pero las hadas iban y venían a través de él—a través de grietas, según decían los rumores. Así que conduje mi caballo siguiendo la línea, tocando el muro de vez en cuando para asegurarme de que no me había alejado.

Me tomó dos días—y las noches entre ellos fueron más aterradoras que cualquiera que hubiera experimentado en la Corte de Primavera. Dos días, antes de que diera con las piedras cubiertas de musgo colocadas una frente a otra, con una espiral tallada en ellas casi imperceptible. Una puerta.



Esta vez, cuando me monté en mi caballo y la conduje entre ellas, me obedeció.

La magia hizo que me picara las ventanas de mi nariz, llegando hasta mi caballo que se resistió de nuevo, pero ya habíamos cruzado.

Conocía estos árboles.

Monté en silencio, una flecha fuera y lista para las amenazas que acechaban en este bosque, que eran mucho mayores que las del bosque que acababa de dejar atrás.

Tamlin podría ponerse furioso—podría ordenarme que me diera la vuelta y regresara a casa. Pero le diría que iba a ayudar, le diría que lo amaba y que lucharía por él tanto como pudiera, aunque tuviera que atarlo para hacerlo escuchar.

Estuve tan concentrada contemplado cómo haría para convencerlo de que no empezara a rugir que no me di cuenta de inmediato de la tranquilidad—de cómo los pájaros no cantaban, incluso mientras me acercaba a la mansión, de cómo los setos parecían necesitar un ajuste.

Para el momento en que llegué a las puertas, mi boca se había secado. Las puertas estaban abiertas, pero el hierro había sido doblado en un ángulo extraño, como si unas manos poderosas las hubieran arrancado a pedazos.

Cada paso de los cascos de mi caballo eran demasiado altos en el camino de grava, y mi estómago se redujo aún más cuando vi las puertas delanteras abiertas. Una de ellas colgaba en ángulo, arrancada de su bisagra superior.

Desmonté, con la flecha aún en mi mano. Pero no había necesidad. Estaba vacío, completamente vacío.

Igual que una tumba.

—¿Tam? —Llamé. Subí los escalones de la entrada y entré en la casa. Corrí dentro, jurando cuando me deslicé en un pedazo de porcelana rota—los restos de un jarrón. Poco a poco, me di la vuelta en el vestíbulo.

Parecía como si un ejército hubiera pasado por allí. Los tapices colgaban hechos jirones, la barandilla de mármol estaba fracturada, y las



lámparas de araña yacían rotas en el suelo, reducidas a montones de cristal roto.

—¿Tamlin? —grité. Nada.

Todas las ventanas habían sido reventadas.

—¿Lucien?

Nadie respondió.

—¿Tam? —Mi voz resonó por toda la casa, burlándose de mí.

Sola en los restos de la casa, me hundí hasta quedar de rodillas.

Él se había ido.



CAPÍTULO 32

TRADUCIDO POR EL MELODY // CORREGIDO POR RINCONE

Me di un minuto, solo un minuto, arrodillada en los restos de la sala de entrada. Entonces me acomodé sobre mis pies, con cuidado de no tocar ninguno de los cristales rotos o madera o... sangre. Había salpicaduras por todas partes, junto con pequeños charcos y manchas de las paredes arrancadas.

Otro bosque, me dije. Otro conjunto de pistas.

Lentamente, me moví a través del suelo, siguiendo la información dejada. Había sido una lucha feroz, y por los patrones de sangre la mayoría de los daños a la casa se habían hecho durante la pelea, no después. El vidrio roto y las huellas iban y venían de la parte delantera y trasera de la casa, como si todo el lugar hubiera sido rodeado. Los intrusos habían necesitado forzar su camino por la puerta principal; habían dejado destrozadas por completo las puertas del jardín.

No hay cuerpos, me repetía a mí misma. No había cuerpos, y no mucha sangre. Tenían que estar vivos. Tamilin *tenía* que estar vivo.

Porque si estaba muerto...

Me froté la cara, tome una respiración estremeciéndome. No me dejaría ir tan lejos. Mis manos temblaban cuando me detuve ante las puertas del comedor, ambas apenas colgando de sus bisagras.

No podía decir si el daño era de su arremetida después de la llegada de Rhysand el día antes de mi partida o si alguien más lo había causado. La mesa gigante estaba en pedazos, las ventanas rotas, las cortinas hechas tiras. Pero no sangre, no había sangre aquí. Y a partir de las huellas en los fragmentos de vidrio...

Estudié el rastro por el suelo. Se habían perturbado, pero yo podía distinguir dos pares, grandes y uno al lado del otro, que iban desde donde había estado la mesa. Como si Tamlin y Lucien hubieran estado sentados aquí cuando ocurrió el ataque, y salieran sin una lucha.



Si estaba en lo cierto...entonces ellos estaban vivos. Seguí los pasos hacia la puerta, en cuclillas por un momento para trabajar a través de los fragmentos en la suciedad y la sangre. Por varios conjuntos de huellas, ellos habían estado reunidos aquí. Y se dirigieron hacia el jardín.

Escombros crujieron desde el pasillo. Saqué mi cuchillo de caza y me agache en el comedor, buscando un lugar para esconderme. Pero todo estaba en pedazos. Sin otra opción, me lancé detrás de la puerta abierta. Presioné una mano sobre mi boca para no respirar demasiado fuerte y me asomé por la rendija entre la puerta y la pared.

Algo entró cojeando en la habitación y la olió. Solo podía ver la espalda envuelta en una capa normal, estatura mediana...todo lo que tenía que hacer para encontrarme era cerrar la puerta. Tal vez si iba lo suficientemente lejos dentro del comedor podía escaparme, pero eso requería salir de mi escondite. Quizás solo echaría un vistazo alrededor y luego se iría.

La figura olfateó otra vez, y mi estómago se encogió. Me podía oler. Me atreví a tomar otra mirada, con la esperanza de encontrar una debilidad, un lugar para mi cuchillo si la cosa se acercaba.

La figura se volvió ligeramente hacia mí.

Grité, y la figura chilló cuando me empuje lejos de la puerta.

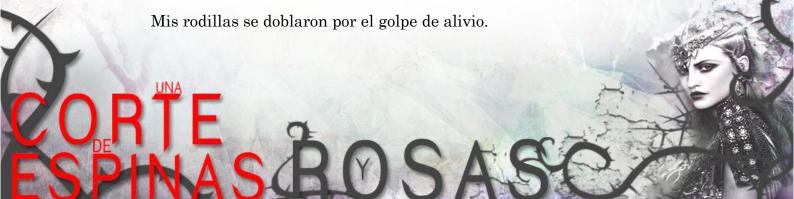
— Alis.

Ella me miró boquiabierta, una mano en su corazón, su vestido marrón desgarrado y sucio, el delantal desaparecido por completo. No ensangrentado, nada salvo por la leve cojera que mostraba en su tobillo derecho mientras se apresuraba hacia mí, su blanquecina piel parecía la corteza de un árbol de abedul blanco.

—Tú no puedes estar aquí. —Tomó mi cuchillo, el arco y el carcaj—. Te dijeron que te quedaras lejos.

—¿Está vivo?

—Sí, pero...



- —¿Y Lucien?
- —Vivo también. Pero...
- —Dime lo que pasó, dime todo. —Mantuve un ojo en la ventana, escuchando a la casa y los jardines que nos rodeaban. Ni un sonido.

Alis me agarró del brazo y me sacó de la habitación. Ella no habló mientras corríamos por los pasillos vacíos, demasiado tranquilos, todos ellos destrozados y ensangrentados, pero...sin cuerpos. O habían sido arrastrados lejos— no me permití considerarlo cuando entramos en la cocina.

Un incendio había quemado la gigante habitación, era poco más que cenizas y piedra ennegrecida. Después de oler y escuchar acerca de cualquier advertencia de peligro Alis me soltó.

- -¿Qué estás haciendo aquí?
- —Tenía que volver. Pensé que algo iba mal, no podía permanecer lejos. Tenía que ayudar.
 - —Él dijo que no volvieras. –espetó Alis.
 - —¿Dónde está?

Alis se cubrió la cara con sus largas y huesudas manos, sus dedos lidiando en el borde superior de la máscara como tratando de arrancarla de su rostro. Pero la máscara se mantuvo y Alis suspiró mientras bajaba sus manos marcadas como la corteza de un árbol.

- —Ella se lo llevó —dijo, y mi sangre se congeló—. Se lo llevó a su corte Bajo la Montaña.
 - —¿Quién? —pero yo ya sabía la respuesta.
- —Amarantha —susurró Alis, y miró de nuevo alrededor de la cocina como si temiera que al nombrarla, apareciera.
 - —¿Por qué? Y quien es ella, ¿qué es? Por favor, por favor solo dime la verdad.

Alis se estremeció.



- —¿Quieres la verdad, niña? Entonces aquí la tienes: ella se lo llevó por la maldición, porque los siete tiempos de siete años han terminado, y él no había roto su maldición. Ella convocó a todos los Altos Señores de su corte esta vez... para que la observaran romperlo.
- —¿Qué es ella, ¿qu-que maldición? –Una maldición, la maldición que ella había puesto en este lugar. Una maldición que había fallado en ver siquiera.
- —Amarantha es la Gran Reina de esta tierra. La Gran Reina de Prythian. —Alis exhaló, los ojos muy abiertos con algún recuerdo del horror.
- —Pero los siete Altos Señores gobiernan Prythian, por igual. Aquí no hay una Gran Reina.
- —Así es como solía ser, la forma en que siempre ha sido. Hasta hace cien años, cuando ella apareció en estas tierras como un emisario de Hiberno. Alis agarró una gran bolsa que debió haber dejado junto a la puerta. Ya estaba media llena de lo que parecía ropa y suministros.

Cuando comenzó a hurgar a través de la cocina en ruinas, recogiendo los cuchillos y cualquier alimento que hubiera sobrevivido, me preguntaba sobre la información que las Suriels me habían dado. De un rey de las hadas malvado que había pasado siglos resentido por el Tratado el cual se había visto obligado a firmar. Y que había enviado a sus comandantes más mortíferos para infiltrarse en los otros reinos de hadas y los tribunales para ver si pensaban como él, para ver si ellos podrían considerar la recuperación de las tierras de los humanos. Me apoyé en una de las paredes manchadas de hollín.

— Ella fue de un tribunal a otro —Alis continuó, girando una manzana en sus manos mientras la inspeccionaba. La considero lo suficientemente buena y la metió en su bolsa—. Encantando a los Altos Señores con la charla de más comercio entre Hiberno y Prythian, mas comunicación, mas intercambio de bienes. La Flor que Nunca Desvanece, ellos la llamaban. Y por cincuenta años vivió aquí como una cortesana no obligada a ningún tribunal, haciendo las paces, según ella, por sus propias acciones y las acciones de Hiberno durante la guerra.



Alis detuvo su recolección.

Su historia es leyenda en nuestro reino, leyenda, y pesadilla. Ella era el general más letal del Rey de Hiberno. Luchó en el frente, asesinando humanos y cualquier Alto Fae y hadas que se atreviera a defenderlos. Pero ella tenía una hermana menor, Clythia, que luchó a su lado. Tan cruel y miserable como ella... hasta que Clythia se enamoró de un guerrero mortal. Jurian. —Alis soltó un suspiro—. Jurian comandaba un poderoso ejército humano, pero Clythia aun así lo buscaba. Aun así lo amaba con una locura implacable. Ella estaba demasiado ciega como para darse cuenta de que Jurian la estaba utilizando para obtener información sobre las fuerzas de Amarantha. Amarantha lo sospechaba, pero no pudo persuadir a Clythia de dejarlo, y no se atrevía a matarlo, no cuando eso causaría a su hermana tal dolor.

Alis chasqueó la lengua y comenzó a abrir los armarios, escaneando sus entrañas devastadas.

—Amarantha se deleitaba con la tortura y el asesinato, pero amaba lo suficiente a su hermana como para contener su mano.

—¿Y qué pasó? —respiré

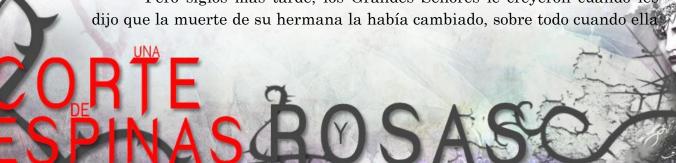
—Oh, Jurian traicionó a Clythia. Después de meses de soportar ser su amante, él consiguió la información que necesitaba. Y luego la torturó y la descuartizo, crucificándola con madera de fresno para que no pudiera moverse mientras lo hacía. Él dejó los pedazos de ella para que Amarantha los encontrara. Dicen que la furia de Amarantha podría haber derribado los propios cielos, aun sin la orden de su propio rey. Pero ella y Jurian tuvieron su enfrentamiento final un tiempo más tarde. Y desde entonces Amarantha ha odiado a los humanos con una rabia que tú no te puedes imaginar.

Alis encontró lo que parecía un frasco de conservas y lo añadió a la bolsa.

—Después de que ambos lados hicieron el Tratado —dijo Alis, ahora yendo a través de los cajones—. Ella masacró a sus propios esclavos en lugar de liberarlos.

Yo palidecí.

-Pero siglos más tarde, los Grandes Señores le creyeron cuando les



abrió líneas comerciales entre nuestros dos territorios. Los Grandes Señores nunca supieron que esos barcos que traían bienes Hibernianos también traían sus propias fuerzas personales. El Rey de Hiberno tampoco lo sabía. Pero todos pronto supimos que en esos cincuenta años que estuvo aquí, había decidido que quería Prythian para ella misma, para empezar acumular poder y utilizar nuestras tierras como punto de partida hasta algún día poder destruir tu mundo de una vez por todas. Entonces hace cuarenta y nueve años, ella dio su golpe.

»Ella sabía, sabía que incluso con su ejército personal nunca podría conquistar los siete Grandes Señores, por números o solo poder. Pero también era astuta y cruel. Esperó hasta tener su confianza absoluta, hasta que hicieron un baile en su honor y esa noche ella deslizo en su vino una pasión terrible robada del libro de los hechizos del Rey de Hiberno. Una vez bebieron, los Grandes Señores quedaron expuestos, su magia al descubierto. Y ella robó sus poderes, dejándolos únicamente con los elementos más básicos de su magia. Tu Tamlin, lo que viste aquí de él no era más que una mera sombra de lo que solía ser, del poder que solía manejar. Y con el poder de los Grandes Señores disminuido tan terriblemente, Amarantha se hizo con el control de Prythian en cuestión de días. Durante cincuenta y nueve años, hemos sido sus esclavos. Durante cincuenta y nueve años ella ha estado esperando por el momento oportuno, esperando el momento adecuado para romper el Tratado y tomar tus tierras y territorios humanos más allá de ellas.

Me hubiera gustado que hubiera un taburete, un banco o una silla para hundirme en ella. Alis cerró de golpe el cajón final y cojeó hasta la despensa.

—Ahora la llaman La Impostora, la que atrapó a los siete Grandes Señores y construyó su palacio debajo de la Montaña sagrada, en el corazón de nuestra tierra.

Alis se detuvo ante la puerta de la despensa y se cubrió la cara de nuevo, tomando algunas respiraciones para calmarse.

La montaña sagrada, ese árido pico monstruoso que yo había visto en la biblioteca meses atrás.

—Pero…la enfermedad en las tierras…Tamlin dijo que la maldición había tomado su poder.



—Ella es la enfermedad en estas tierras —espetó Alis bajando las manos y entrando en la despensa—. No hay maldición sino ella. Las fronteras están colapsando porque ella las dejó en ruinas. Le resultaba divertido enviar sus criaturas para que atacaran nuestras tierras, probando cualquier resistencia que Tamlin hubiera dejado.

Si la maldición era Amarantha, entonces la amenaza para el reino humano... ella era la amenaza para el reino humano.

Alis salió de la despensa con los brazos llenos de diversas hortalizas de raíz.

—Tú podrías haberlo impedido.

Sus ojos eran duros sobre mí y ella enseño sus dientes. Eran alarmantemente puntiagudos.

Empujo los nabos y remolachas en la bolsa.

- —Tú podrías haber sido quien lo liberara a él y a su poder. Si no hubieras estado tan ciega a tu propio corazón. Humanos —escupió.
- —Yo, yo...— Levanté mis manos, dejando al descubierto mis palmas hacia ella—. No lo sabía.
- —No podías saberlo —dijo alis con amargura, su risa áspera cuando entró en la despensa de nuevo—. Esa era parte de la maldición de Tamlin.

Mi cabeza daba vueltas y me apreté más contra la pared.

—¿Cuál fue? —Luché contra el creciente ascenso de mi voz—. ¿Cuál fue su maldición? ¿Qué le hizo ella a él?

Alis tiro unos frascos de especias restantes de la estantería en la despensa.

—Tamlin y Amarantha se conocían de antes, su familia siempre ha estado ligada a Hiberno. Durante la guerra, la Corte de Primavera se alió con Hiberno para mantener a los seres humanos esclavizados. Así que su padre—su padre que era un Señor voluble y vicioso, era muy cercano al Rey de Hiberno. A Amarantha. Tamlin como un niño a menudo lo acompañaba en sus viajes a Hiberno. Y conoció a Amarantha en el proceso.



Tamlin una vez me había dicho que lucharía para proteger la libertad de una persona, que él nunca permitiría la esclavitud. ¿Había sido por el solo hecho de la vergüenza de su propio legado, o porque él...él sabía de alguna manera lo que era ser esclavizado?

Eventualmente, Amarantha empezó a desear a Tamlin, a sentir lujuria por el con todo su corazón malvado. Pero él había oído las historias de los demás acerca de la Guerra. Y supo lo que Amarantha, su padre y el Rey de Hiberno le habían hecho a las hadas y a los humanos por igual. Lo que le hizo a Jurian por la muerte de su hermana. Él desconfiaba cada vez que ella venia aquí, a pesar de sus intentos por llevarlo a su cama. Se mantuvo a distancia, hasta que robó sus poderes. Lucien...Lucien fue enviando a ella como el emisario de Tamlin, para tratar de mantener la paz entre ellos.

La bilis se levantó en mi garganta.

»Ella se negó y...Lucien le dijo que volviera al hoyo de mierda de donde había salido. Ella le arrancó el ojo como castigo. Quitándoselo con su propia uña, luego lleno su rostro de cicatrices. Lo envió de regreso tan sangriento que Tamlin...el Gran Señor vomitó cuando vio a su amigo.

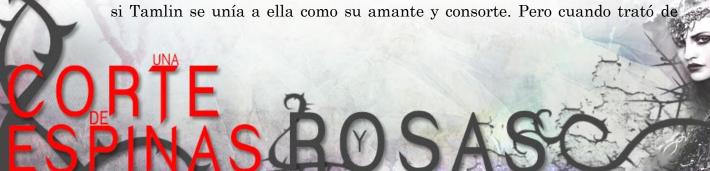
No podía dejar de imaginar en qué estado habría estado Lucien en ese momento para hacer que Tamlin se enfermara. Alis dio un golpecito en su máscara, el metal sonó debajo de sus uñas.

—Después de eso, ella fue la anfitriona de una mascarada Bajo la Montaña. Todas las Cortes estaban presentes. Una fiesta, dijo, para enmendar lo que le había hecho a Lucien. Y una mascarada para que así no tuviese que revelar la horrible cicatriz en su rostro.

Toda la Corte de Primavera podía asistir, incluso los siervos si vestían mascaras. Para honrar el poder de cambiar de forma de Tamlin, dijo. Él estaba dispuesto a tratar de poner fin al conflicto sin una masacre. Él accedió a ir para intentarlo por todos nosotros.

Apreté las manos contra la pared de piedra detrás de mí, saboreando su frescura, su firmeza. Haciendo una pausa en el centro de la cocina, Alis dejó su bolsa, ahora llena de comida y suministros.

—Cuando todos estaban reunidos, ella afirmo que se podría tener paz



tocarlo, él se negó a dejar que se acercara. No después de lo que le había hecho a Lucien. Él dijo, delante de todos los presentes esa noche, que antes prefería tomar a un humano en su cama, casarse con un humano, antes que tocarla. Ella podría haberlo dejado ir, si él después no hubiese dicho que su propia hermana había preferido la compañía de un humano a la de ella, que su propia hermana había elegido a Jurian sobre ella.

Hice una mueca, sabiendo ya lo que Alis diría mientras apoyaba las manos en su cadera y continuaba.

—Puedes imaginar lo bien que le sentó aquello a Amarantha. Pero ella le dijo a Tamlin que estaba en un estado de ánimo generoso, que le daría la oportunidad de romper el hechizo que había puesto sobre él para robarle su poder.

ȃl escupió en su cara, y ella se echó a reír. Le dijo que tenía siete tiempos en siete años antes que ella lo reclamara, antes de tener que unirse a ella Bajo la Montaña. Si quería romper su maldición, él solo tenía que encontrar una chica humana dispuesta a casarse con él. Pero no cualquier chica, un ser humano con hielo en su corazón, de odio hacia nuestra especie. Una chica humana dispuesta a matar a un hada.

El suelo se sacudió debajo de mí, y estuve agradecida otra vez por la pared en la que me apoyaba.

—Peor aún, el hada que debía matar tenía que ser uno de sus hombres, enviado a través del muro por él como cordero a un matadero. La chica sólo podía ser traída para ser cortejada si ella mataba a uno de sus hombres en un ataque no provocado, que lo asesinara únicamente por su odio. Del mismo modo que había hecho Jurian con Clythia... así él podría entender el dolor de su hermana.

—El Tratado...

—Eso no fue más que una mentira. No hay ninguna disposición en el tratado para eso. Puedes matar a tantas hadas inocentes como quieras y nunca sufrir las consecuencias. Solo mataste a Andras, enviado por Tamlin como sacrificio de ese dia.

Andras buscaba una cura, había dicho Tamlin. No para ninguna enfermedad mágica, sino una cura para salvar Prythian de Amarantha, una cura para esta maldición.



El lobo—Andras solo...se me quedó mirando mientras lo mataba. Me *permitía* matarlo. Así se podría empezar con la cadena de evento, así Tamlin tendría una oportunidad de romper el hechizo. Y si Tamlin había enviado a Andras a través del muro, sabiendo muy bien que podría morir... *Oh Tamlin*.

Alis se agachó a recoger el cuchillo de la mantequilla, la hoja torcida y doblada, y cuidadosamente lo enderezó.

—Todo no fue más que una broma cruel, un castigo inteligente de Amarantha. Ustedes los humanos odian y temen tanto a las hadas que sería imposible que la misma chica que hubiera asesinado un hada a sangre fría después se enamorase de una. Pero el hechizo sobre Tamlin solo podía romperse si ella lo hacía antes de que los cuarenta y nueve años hubieran terminado, si la chica le decía a la cara que lo amaba y lo decía con todo su corazón. Amarantha sabía que los humanos se preocupaban por la belleza, de modo que dejó impresa las máscaras sobre nuestras caras, su cara, así sería más difícil encontrar una chica dispuesta a mirar más allá de la máscara, más allá de nuestra naturaleza y el alma debajo. Después nos prohibió decir algo acerca de la maldición. Ni una sola palabra. Él no podía decírtelo, ninguno de nosotros podía realmente. Las mentiras sobre la maldición era lo mejor que él podía hacer, lo mejor que todos podíamos hacer. El hecho que pueda decírtelo ahora...esto significa que el juego se ha terminado, para ella.

Ella guardó el cuchillo.

»La primera vez que lo maldijo, Tamlin envió a uno de sus hombres a través del muro cada día. Hacia el bosque, a las granjas, todos disfrazados de lobos para hacer más probable que uno de tu tipo deseara matarlo. Si regresaban, era con historias de niñas humanas corriendo gritando y suplicando, que ni siquiera levantaban una mano. Cuando ellos no volvían, los fieles a Tamlin que lo veían como su Señor y Maestro le decían que habían sido asesinados otros. Cazadores humanos, mujeres de edad avanzada, quizás.

»Durante dos años, los envió día tras día, teniendo que elegir quien cruzaba el muro. Cuando solo quedó una docena de ellos, eso lo destrozó y se detuvo. Desde entonces Tamlin ha estado aquí, defendiendo sus fronteras del caos y el desorden gobernando en las otras Cortes bajo el pulgar de Amarantha. Otros Grandes Señores se rebelaron también. Hace cuarenta años, se ejecutó a tres de ellos y a la mayor parte de sus familias por causa común contra ella.



-¿Comenzaron una rebelión? ¿Qué cortes?

Enderezándome di un paso lejos de la pared. Tal vez podría encontrar aliados entre ellos para ayudar a salvar a Tamlin.

—La Corte de Día, la Corte de Verano y la Corte de Invierno. Y no, no llegaron tan lejos como para ser considerado el comienzo de la rebelión. Ella utilizó los poderes de los Grandes Señores para atarlos a la tierra. Así que los Señores rebeldes trataron de pedir ayuda a los demás territorios Fae utilizando como mensajeros a humanos que fueran lo suficientemente tontos como para entrar en nuestras tierras, en su mayoría mujeres jóvenes que nos adoraban como dioses.

Las Hijas del Bendito. De hecho habían cruzado el muro, pero no para ser novias. Estaba demasiado traumada por lo que había escuchado como para llorar por ellos, rabiar por ellos.

- —Pero Amarantha los atrapóa todas antes de que salieran de las costas, y...te puedes imaginar cómo terminó para esas chicas. Después, una vez que Amarantha hubo asesinado a los Grandes Señores rebeldes, sus sucesores estaban demasiado aterrorizados como para tentar contra su ira de nuevo.
- —¿Y dónde están ahora? ¿Se les permite vivir en sus tierras, así como a Tamlin?
- —No. Ella los mantiene a ellos y a sus cortes enteras Bajo la Montaña, donde puede atormentarlos como le plazca. Algunos... algunos, si le juran lealtad, si se arrastran y le sirven, les permite un poco más de libertad de ir y venir Bajo la Montaña como quieran. Solo a nuestra corte se le permitió permanecer aquí hasta que la maldición de Tamlin terminara, pero...

Alis se estremeció.

—Es por eso que mantienes a tus sobrinos en la clandestinidad, para mantenerlos lejos de esto —dije mirando la bolsa llena a sus pies.

Alis asintió y fue hacia la derecha de la mesa de trabajo volcada, me moví para ayudarla, ambas gruñimos ante el peso.



—Mi hermana y yo servíamos en la Corte de Verano, ella y su compañero se encontraban entre los que fueron arrasados por el rencor de Amarantha en su primera invasión. Tomé a los chicos y corrí antes de que Amarantha los arrastrara a todos Bajo la Montaña. Vine aquí porque era el único lugar a donde ir, le pedí a Tamlin si podía ocultar a mis muchachos. Lo hizo. Y cuando le rogué que me ayudara en cualquier forma que pudiera, el me dio un puesto aquí, días antes de la mascarada que puso esta cosa horrible en mi cara. Así que he estado aquí durante casi cincuenta años, viendo como Amarantha aprieta más el nudo alrededor de su cuello.

Logramos colocar la mesa en su posición, ambas jadeando por el esfuerzo nos desplomamos contra ella.

—Él lo intentó —dijo Alis—. Incluso con sus espías, trató de encontrar la manera de romper la maldición, de hacer algo contra ella, contra tener que enviar a sus hombres de nuevo a ser sacrificados por seres humanos. Pensó que si la chica humana lo amaba verdaderamente, entonces traerla aquí para liberarse de la maldición seria otra forma de esclavitud. Y pensó que si efectivamente se enamoraba de ella, Amarantha haría todo lo posible para destruirla. Como había sido destruida su hermana. Así que se pasó décadas negándose a hacerlo, incluso a correr el riego. Pero este invierno, con solo meses para tener que irse, simplemente... se rompió. Envió los últimos hombres que le quedaban, uno por uno. Y ellos estuvieron dispuestos, le habían rogado que los dejase ir todos estos años. Tamlin estaba desesperado por salvar a su pueblo, tan desesperado como para arriesgar la vida de sus hombres, arriesgar la vida de la chica humana para salvarnos. Tres días después, Andras finalmente se encontró con una chica humana en un claro, y ella lo mató con odio en su corazón.

Pero yo les había fallado. Y al hacerlo, nos había condenado a todos.

Yo había condenado a cada persona en este estado, condenado a Prythian.

Me alegré de estar apoyada sobre el borde de la mesa, de lo contrario podría haberme deslizado al suelo.

—Podrías haberlo roto —gruñó Alis, esos diente afilados a pocas pulgadas de mi cara—. Todo lo que tenías que hacer era decir que lo amabas, que verdaderamente lo amabas con todo tu inútil corazón humano, y su poder habría sido liberado. Estúpida, *estúpida* niña.



No era de extrañar que Lucien me hubiese repudiado y aun así tolerado mi presencia. No es de extrañar que hubiese estado tan amargamente decepcionado cuando me fui, había discutido con Tamlin para que me dejara quedar más tiempo.

—Lo siento —le dije, mis ojos ardiendo.

Alis resopló.

—Eso díselo a Tamlin. Tuvo solo tres días después de que te fuiste antes de que los cuarenta y nueve años terminaran. *Tres días* y él dejó que te fueras. Ella vino aquí con sus secuaces en el momento exacto en que los siete tiempos de siete años terminaron. Y se lo llevaron junto con el resto de su corte, llevándolos Bajo la Montaña para ser sus súbditos. Criaturas como yo somos demasiado *humildes* para ella, aunque no está por encima de nosotros para asesinar por deporte.

Traté de no visualizarlo.

—¿Pero qué hay del Rey de Hiberno, si Prythian es conquistada por ella y le robó sus hechizos, entonces la ve como una insubordinada o como un aliado?

—Si están en malos términos, él no ha hecho nada para castigarla. Durante cuarenta y nueve años ella ha mantenido estas tierras bajo su poder. Peor aún, después de que los Grandes Señores cayeron, todos los malvados en nuestras tierras, los más horribles incluso para la Corte Oscura, acudieron a ella. Todavía lo hacen. Ella les ha ofrecido asilo. Pero sabemos... sabemos que está construyendo un ejército, esperando su momento para lanzar un ataque a tu mundo, armado con las hadas más letales y viciosas de Prythian e Hiberno.

—Como el Attor— dije, horror y temor hicieron retorcer mi estómago, Alis asintió—. En el territorio humano— dije—. El rumor afirma que cada vez son más las hadas que cruzan el muro para atacar a los humanos. Y si las hadas no pueden atravesar el muro sin su permiso, eso significa que ha estado disponiendo esos ataques.

Y si yo tenía razón sobre lo que le había pasado a Clare Bleddor y su familia, entonces Amarantha había dado la orden para eso también.



Alis quitó un poco de suciedad de la mesa donde nos apoyábamos que yo no pude ver.

—No me sorprendería si ella ha estado enviando a sus secuaces al reino de los humanos para investigar sus fortalezas y debilidades en anticipación de la destrucción que espera causar algún día.

Esto era peor, mucho peor de lo que había pensado cuando le advertí a Nesta y mi familia que permanecieran en estado de alerta y alejarse a la más mínima señal de problemas. Me sentí enferma al pensar qué clase de relación tenia Tamlin con sus hombres, enferma de pensar en cuán desesperado estaba que prefería soportar tener que cargar con la culpa y el dolor de sacrificar a sus hombres y nunca ser capaz de decírmelo... Y él había permitido que me fuera. Dejando que todos sus sacrificios y el sacrificio de Andras, fuera en vano.

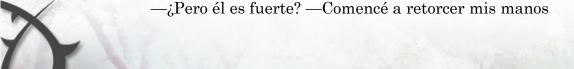
Sabía que si yo me quedaba, estaría arriesgándome a la ira de Amarantha, aun si yo lo liberaba.

"Ni siquiera puedo protegerme contra ellos, en contra de lo que está sucediendo en Prythian...incluso si nos revelamos contra la maldición, ellos van a cazarte, ella encontraría forma de matarte."

Me acordé de ese esfuerzo patético por halagarme cuando llegué. Y él había estado por encima atento a cualquier oportunidad de ganarme cuando parecía desesperada por escapar y nunca hablar con él. Pero se había enamorado de mí a pesar de todo eso—sabiendo que yo me había enamorado, y me había dejado ir con aún días de sobra. Me había puesto antes que a toda su corte, antes que todo Prythian.

—Si Tamlin fuese liberado, si el tuviera todos sus poderes —le dije mirando la ennegrecida pared—. ¿Sería capaz de destruir a Amarantha?

—No lo sé. Ella engañó a los Grandes Señores con astucia, no con la fuerza. La magia es un tipo específico de cosas, tiene sus reglas, y ella las manipula demasiado bien. Mantiene sus poderes encerrados dentro de sí misma, como si no puede utilizarlos, o puede tener acceso a muy pocos de ellos, al menos. Ella tiene sus propios poderes mortales, sí, si todo se reduce a la lucha.





—Es un Gran Señor —respondió Alis, como si eso fuera suficiente—. Pero nada de eso importa ahora. Él es su esclavo, y todos debemos llevar estas mascaras hasta que él acceda a ser su amante, incluso entonces, el nunca recuperará plenamente sus poderes. Y nunca lo dejara ir de Bajo la Montaña.

Me empujé de la mesa y cuadré mis hombros

—¿Cómo consigo llegar Bajo la Montaña?

Ella chasqueó su lengua.

—No puedes ir Bajo la Montaña. Ningún humano que haya entrado a conseguido salir.

Apreté los puños con tanta fuerza que clavé las uñas en mi carne.

- —¿Cómo. Consigo. Llegar. Ahí?
- —Es un suicidio, ella te matará, incluso si te acercas lo suficiente para verla.

Amarantha lo había engañado, le había hecho demasiado daño. Demasiado daño a todos ellos.

- —Eres una humana —continuó Alis también de pie—. Tu carne es tan fina como el papel. —Amarantha también se había llevado a Lucien—le había arrancado el ojo a Lucien y dejado así como estaba. ¿Acaso su madre se afligía por él?
- Estabas demasiado ciega para ver la maldición de Tamlin continuó—. ¿Cómo esperas enfrentar a Amarantha? Solo vas a empeorarlo.

Amarantha había tomado todo lo que yo quería, todo lo que finalmente me atrevía a desear.

- —Muéstrame el camino le dije, mi voz temblorosa, pero no con lágrimas.
- —No. Alis se colgó la bolsa sobre un hombro—. Vete a casa. Te llevaré hasta el muro. No hay nada que puedas hacer ahora. Tamlin será su esclavo para siempre y Prythian permanecerá bajo su mando. Eso es lo que el destino acordó, lo que los Remolinos del Caldero decidieron.



-Yo no creo en el destino. Tampoco creo en ningún ridículo Caldero.

Ella negó con la cabeza, su salvaje cabello castaño reluciente como lodo en la penumbra.

—Llévame hasta ella —insistí.

Si Amarantha me arrancaba la garganta, por lo menos iba a morir haciendo algo por él, por lo menos iba a morir tratando de arreglar la destrucción que yo no había evitado, tratando de salvar a la gente que yo había condenado. Al menos Tamlin sabría que lo hacía por él y que yo lo amaba.

Alis me estudió por un momento antes de que sus ojos se suavizaran.

-Como desees.



CAPÍTULO 33

TRADUCIDO POR NATI C L // CORREGIDO POR RINCONE

Podría estar yendo a mi muerte, pero no llegaría desarmada.

Apreté la correa del carcaj en mi pecho y luego roce mis dedos sobre las plumas de flechas que asomaban por encima de mi hombro. Por supuesto, no había flechas de fresno. Pero las había hecho con lo que había encontrado esparcido en la mansión. Podría haber tomado más armas, pero solos serían peso añadido, y no sabía cómo utilizar la mayoría de ellas de todos modos. Así que me puse un carcaj lleno, dos puñales en mi cintura, y un arco colgado del hombro. Era mejor que nada, aunque fuera a enfrentarme a hadas que habían nacido sabiendo cómo matar.

Alis me condujo a través de los bosques silenciosos y colinas, deteniéndose de vez en cuando para escuchar, para alterar nuestro curso. No quería saber lo que había oído u olía por ahí, no cuando tal silencio cubrió las tierras. *Permanece con el Gran Señor*, había dicho la Suriel. Quédate con él, te enamoraras de él, y todo se corregirá. Si me hubiera quedado, si hubiera admitido lo que yo sentía...nada de esto habría sucedido.

El mundo se llenó de manera constante con la noche, y mis piernas dolía por las empinadas laderas de las colinas, pero Alis siguió adelante, nunca mirando atrás para ver si la seguía.

Estaba empezando a preguntarme si debería haber traído algo más de valor que alimentos para un día cuando se detuvo en un hueco entre dos colinas. El aire era frío, mucho más frío que el aire en la parte superior de la colina, y me estremecí cuando mis ojos se posaron en una entrada de la cueva. No había manera de que esta fuera la entrada—no cuando ese mural que se había pintado de Bajo la Montaña estaba en el centro de Prythian. Estaba a semanas de viaje de distancia.

—Todos los caminos oscuros y miserables conducen a Bajo la Montaña —dijo Alis en una voz tan baja que su voz no era más que el susurro de las hojas. Señaló a la cueva—. Es un antiguo acceso directo, una vez fue considerado sagrado, pero ya no.



Esta era la cueva que Lucien le había ordenado a Attor que no usara ese día. Traté de dominar mi temblor. Amaba a Tamlin, e iría a los confines de la tierra para hacer lo correcto, para salvarlo, pero si Amarantha era peor que el Attor... si Attor no era el más perverso de sus compinches... si incluso Tamlin había tenido miedo de ella...

-Creo que te estás lamentando tu ímpetu en estos momentos.

Me enderecé. -Voy a liberarlo.

- —Tendrás suerte si ella te da una muerte limpia. Tendrás suerte si siquiera consigues llegar a ella. —Debo de haber palidecido, porque ella frunció los labios y me dio unas palmaditas en el hombro—. Algunas reglas a tener en cuenta, chica — dijo ella, y las dos nos quedamos mirando la boca de la cueva. La oscuridad apestaba desde sus fauces, envenenando el aire fresco de la noche—. No beba el vino—no es como el que tuvimos en el Solsticio, y hará más mal que bien. No hagas tratos con nadie a menos que tu vida dependa de ello, e incluso entonces, considera si vale la pena. Y sobre todo: no confíes ni en un alma allí dentro, ni siquiera en tu Tamlin. Tus sentidos son tus mayores enemigos; que estarán esperando a traicionarte. — Luché contra la urgencia de tocar una de mis dagas y en su lugar asentí en agradecimiento.
 - ¿Tienes un plan?
 - -No -admití.
- —No esperes que ese acero te haga algún bien —dijo con una mirada a mis armas.
 - -No lo hago. La enfrenté, mordiendo el interior de mi labio.
- —Hay una parte de la maldición. Una parte que no podemos decir. Incluso ahora, mis huesos están gritando sólo por mencionarlo. Una parte que tienes que averiguar... por tu cuenta, una parte que ella... ella... -Tragó con fuerza—. Que ella todavía no quiere que sepas si no puedo decirlo —dijo sin aliento—. Pero mantiene...mantén los oídos abiertos, niña. Escuches lo que escuches.

Le toqué el brazo.



- —Lo haré. Gracias por traerme. —Por gastar horas preciosas, cuando esa bolsa con provisiones—para ella, para sus chicos—decía suficiente de hacia dónde iba.
- —Es un día extraño cuando alguien te da las gracias por llevarle a su muerte. —Si pensaba en el peligro demasiado tiempo, podría perder el valor, Tamlin o no. Ella no estaba ayudando—. Sin embargo, te deseo suerte—añadió Alis.
- —Una vez que los recuperes, si tú y tus sobrinos necesitan un lugar al que huir —dije—. Crucen el muro. Id a la casa de mi familia. —Le dije la ubicación—. Pregunta por Nesta, mi hermana mayor. Ella sabe quién eres, lo sabe todo. Te dará refugio tanto como pueda.

Nesta lo haría, yo lo sabía ahora, incluso si Alis y sus muchachos la aterrorizaran. Ella los mantendría a salvo. Alis me dio unas palmaditas en la mano.

-Permanece con vida -dijo.

La miré por última vez, después al cielo oscuro que se desplegaba por encima de nosotras, y al verde oscuro de las colinas. El color de los ojos de Tamlin.

Caminé hacia el interior de la cueva.



Los únicos sonidos eran mi respiración superficial y el crujido de las botas sobre la piedra. Tropezando en la oscuridad helada, fui hacia adelante. Seguí cerca de la pared, y mi mano pronto se volvió insensible por la fría y mojada piedra sobre mi piel. Tomé pasos pequeños, temerosos de un hoyo invisible que me pudiera sacar de mi destino.

Después de lo que pareció una eternidad, una grieta de luz naranja rompió a través de la oscuridad. Y entonces llegaron las voces.

Silbando y rebuznando, elocuente y gutural—una cacofonía que rimpió el silencio como un petardo. Me apreté contra la pared de la cueva, pero los sonidos pasaron y se desvanecieron.



Me arrastré hacia la luz, parpadeando para alejar mi ceguera cuando encontré la fuente: una leve fisura en la roca. Daba a un pasadizo subterráneo toscamente tallado iluminado por el fuego. Me quedé en las sombras, mi corazón salvaje en mi pecho. La grieta en la pared de la cueva era lo suficientemente grande para que una persona pudiera pasar a través de ella—tan irregular y áspera que fue evidente que no se utilizaba a menudo. Una mirada a la tierra no reveló pistas, ninguna señal de cualquier otra persona que utilizara esta entrada. El pasillo más allá estaba claro, pero giraba, oscureciendo mi punto de vista.

El pasaje estaba mortalmente silencioso, pero recordé la advertencia de Alis y no confié en mis oídos, no cuando las hadas podían ser tan silenciosas como gatos.

Sin embargo, tenía que salir de esta cueva. Tamlin ya había estado aquí durante semanas. Tenía que encontrar el lugar dónde Amarantha lo mantenía. Y esperar no toparme con cualquier persona en el proceso. Matar animales y a las nagas había sido una cosa, pero matar cualquier otro...

Tomé varias respiraciones profundas, preparándome. Era lo mismo que la caza. Sólo que esta vez los animales eran hadas. Feéricos que podían torturarme interminablemente hasta que rogara la muerte. Torturarme de la forma en que atormentaron al hada de la Corte de Verano cuyas alas habían sido arrancadas.

No me permití pensar en esos sangrantes muñones mientras me acomodaba en la pequeña apertura, hundiendo mi estómago para poder pasar. Mis armas rasparon contra la piedra, y me estremecí ante el silbido de las piedras al caerse. *Sigue moviéndote, sigue moviéndote*. Apresurándome a través del vestíbulo abierto, me apreté en un nicho en la pared de enfrente. No me proporcionó demasiada cobertura.

Me escabullí por la pared, haciendo una pausa en el recodo del pasillo. Esto era un error—solo un idiota vendría aquí. Podía estar en cualquier lugar de la corte de Amarantha. Alis debería haberme dado más información. Yo debería haber sido lo suficientemente inteligente como para preguntar. O lo suficientemente inteligente como para pensar otra forma—cualquier otra forma menos esta.

Me arriesgué a dar una mirada alrededor de la esquina y casi lloré de frustración. Otro pasillo tallado en piedra pálida de la montaña, flanqueada a ambos lados por antorchas. No había puntos oscuros para ocultarse, y en



su otro extremo, mi punto de vista se oscurecía de nuevo por una curva cerrada. Era muy abierto. Yo era tan buena como una cierva hambrienta, arrancando la corteza de un árbol en un claro.

Pero los pasillos estaban silenciosos, las voces que había escuchado antes se habían ido. Y si oía a alguien, yo podría correr de nuevo a la boca de la cueva. Podría hacer reconocimiento durante un rato, reunir información, averiguar dónde estaba Tamlin...

No. Una segunda oportunidad podía no volver a presentarse en mucho tiempo. Tenía que actuar *ahora*. Si me detenía durante demasiado tiempo, nunca volvería a tener el coraje. Me deslicé alrededor de la esquina.

Unos largos y huesudos dedos se envolvieron alrededor de mi brazo, y me puse rígida.

Una cara gris puntiaguda y coriácea apareció a la vista, y sus colmillos de plata brillaban mientras me sonreía.

—Hola —silbó—. ¿Qué está haciendo algo como tú aquí? — Sabía de quien era la voz. Todavía me perseguía en mis pesadillas.

Así que fue todo cuanto pude hacer para no gritar cuando esas orejas de murciélago se ladearon, y me di cuenta que estaba ante el Attor.



CAPÍTULO 34

TRADUCIDO POR MELODY // CORREGIDO POR RINCONE

El Attor mantuvo su agarre en mi brazo mientras me arrastraba a la sala del trono. No se molestó en quitar mis armas. Ambos sabíamos que estas serían de poca utilidad aquí.

Tamlin. Alis y sus muchachos. Mis hermanas. Lucien. En silencio coreé sus nombres una y otra vez mientras el Attor se cernía sobre mí, un demonio de maldad. Sus alas de cuero crujían de vez en cuando —y si hubiera sido capaz de poder hablar sin gritar, podría haberle preguntado por qué no me había matado cuando me vio. El Attor solo me había lanzado hacia adelante, mientras se deslizaba con ese andar peculiar suyo, sus garras arañando el suelo tranquilamente. Parecía excepcionalmente idéntico a la forma en que lo había pintado.

Malignas caras —crueles y duras— me veían pasar, ninguno de ellos ni remotamente consternados o preocupados por el hecho de que yo estuviera en las garras del Attor. Había Hadas—montones de ellas—pero muy pocos Altas Fae para ser vistas desde donde me encontraba.

Caminamos a grandes zancadas a través de dos antiguas y enormes puertas de piedra —mucho más altas que Tamlin— al interior una vasta cámara tallada en roca pálida, fortalecida por innumerables pilares tallados. Una pequeña parte de mí, la que se fijaba en detalles vanos y triviales me señaló que esas esculturas no fueron diseñadas solo para decorar, y que en realidad lo que representaban eran los feéricos, los Altos Fae y animales en los diversos ambientes y estados de movimientos. Innumerables historias de Prithyan estaban grabadas en ellas. Candelabros cubiertos de joyas colgaban en los pilares, cubriendo el suelo de mármol rojo de un color extraño. Aquí—aquí era dónde estaban los Altos Faes.

Una multitud congregada ocupaba la mayor parte del espacio, algunos de ellos bailando de forma extraña, nada que ver con la música que sonaba, algunos disfrutando de la extraña fiesta que estaban celebrando. Pensé haber visto algunas máscaras brillantes entre los asistentes, pero todo era un borrón de dientes afilados y ropa fina. El Attor me lanzó hacia adelante, y todo el mundo se giró para mirarme.



El suelo de mármol frío fue inflexible mientras caía sobre él, mis huesos gimiendo y ladrando. Intenté levantarme mientras las chispas bailaban en mis ojos, pero me quedé en el suelo, manteniendo un perfil bajo, mientras me quedaba mirando el estrado delante de mí. A pocos pasos de una plataforma. Levanté la cabeza.

Allí, descansando en un trono negro, estaba Amarantha.

Aunque encantadora, no era tan devastadoramente hermosa como lo había imaginado, no era la diosa de la oscuridad que esperaba. Eso la hizo aún más escalofriante. Su cabello rubio rojizo estaba pulcramente trenzado y tejido a través de su corona de oro, el color profundo profundizaba su piel blanca como la nieve, que, a su vez, contrastaba con los labios de color rubí. Pero mientras sus hermosos ojos color ébano brillaban...había algo que eclipsaba su belleza, una especie de mueca permanente que hacía que su encanto pareciera artificial y frío. Pintarla me habría conducido a la locura directamente.

La máxima comandante del Rey de Hiberno. Ella había sacrificado hacía siglos a ejércitos humanos completos, había asesinado a sus esclavos en lugar de liberarlos. Y había capturado todos en Prythian en cuestión de días.

Entonces vi el trono de roca negra a su lado, y mis brazos se doblaron debajo de mí.

Todavía llevaba la máscara de oro, todavía tenía su ropa de guerrero, su armadura —a pesar de que no había cuchillos atados a su cuerpo, ni una sola arma en cualquier parte de él. Sus ojos no se abrieron; su boca no se movió. Ni garras, ni colmillos. Él sólo me miró fijamente, sin ningún tipo de sentimientos—impasible. Sin dejarse impresionar por nada de lo que estaba pasando.

—¿Qué es esto? —dijo Amarantha, su voz melodiosa a pesar de la sonrisa de víbora que me daba. Desde su esbelto y cremoso cuello colgaba una cadena larga y delgada —de esta colgaba un objeto del tamaño de un dedo. No quería saber a quién había pertenecido mientras me quedaba en el suelo pensando. Si cambiaba mi brazo de posición, quizás sería capaz de sacar mi daga...

—Sólo una humana que encontré en la planta baja —susurró el Attor entre dientes, y una lengua bífida salió como una flecha por entre sus



afilados dientes. Batió sus alas una vez, desprendiendo un aire maloliente hacia mí, y luego cuidadosamente los metió de nuevo detrás de su cuerpo esquelético.

—Obviamente —ronroneó Amarantha. Evité mirarla a los ojos, concentrándome en las botas marrones de Tamlin. Estaba a escasos diez pies de mí —diez pies, y sin decir una palabra, ni siquiera mirarme horrorizado o enojado—. Pero, ¿por qué me molestas con ella?

El Attor rió entre dientes, el sonido se sentía como si el agua chisporroteaba en una plancha, y un pie con garras pinchó mi costado.

—Dile a Su Majestad por qué estabas curioseando a escondidas por las catatumbas, por qué saliste de la antigua cueva que conduce a la Corte de Primavera.

¿Sería mejor intentar matar al Attor, o intentar llegar a Amarantha? El Attor me pateó de nuevo, y me hizo una mueca horrible mientras sus garras se clavaban en mis costillas.

—Díselo a Su Majestad, asquerosa e inmunda humana.

Necesitaba tiempo —necesitaba averiguar qué era lo que me rodeaba. Si Tamlin estaba bajo algún tipo de hechizo, entonces yo tenía que preocuparme por agarrarlo y llevarlo conmigo. Me acomodé en mis pies, manteniéndome con mis manos dentro y un ocasional agarre de mis dagas. Me quedé mirando el brillante vestido dorado de Amarantha en lugar de mirarla a los ojos.

- —He venido a reclamar a la persona que amo —dije en voz baja. Tal vez la maldición aún podría romperse. Una vez más lo miré, y la vista de esos hermosos ojos de color esmeralda fue un bálsamo para mí.
 - —¿Ah, sí? —dijo Amarantha, inclinándose hacia adelante.
- —He venido a reclamar a Tamlin, el Gran Señor de la Corte de Primavera.

Un grito de asombro recorrió la corte. Pero Amarantha inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, un graznido como el de un cuervo.

La Gran Reina se giró para mirar a Tamlin, y sus labios esbozaron una sonrisa maliciosa.



—Ciertamente has estado ocupado todos estos años. Desarrollando un gusto por las bestias humanas, ¿verdad?

No dijo nada, su rostro impasible. ¿Qué le había hecho? Él no se movió, la maldición había funcionado de verdad. Yo había llegado demasiado tarde. Le había fallado, lo había condenado.

—Pero —dijo Amarantha lentamente. Podía sentir el Attor y toda la corte cómo se iban acercando cada vez más detrás de mí—. Esto hace que me pregunte —si solo *una* chica humana fue tomada cuando ella asesinó tu centinela... —Sus ojos chispearon—Oh, eres *delicioso*. ¿Dejaste que torturada esa chica inocente para mantener a *ésta* a salvo? ¡Qué cosa más bonita! De verdad conseguiste que un gusano humano te amara. Maravilloso. —Dio una palmada y Tamlin simplemente apartó la mirada de ella, la única reacción que había visto de él.

Torturado. Ella lo había torturado...

—Déjalo ir —dije, tratando de mantener la voz firme.

Amarantha rió de nuevo.

—Dame una razón por la que no debería destruirte dónde estás parada, humana. —Sus dientes eran tan rectos y blancos—casi brillantes.

Mi sangre latía en mis venas, pero mantuve mi barbilla alta, mientras decía:

—Tú lo engañaste —estás obligándolo injustamente. —Tamlin seguía ido y muy, muy quieto.

Amarantha chasqueó la lengua y miró a una de sus delgadas y blancas manos —al anillo en su dedo índice. Un anillo que noté cuando bajó la mano otra vez, decorado con lo que parecía... un ojo humano encerrado en cristal. Podría haber jurado que se giró en su interior.

—Las bestias humanas son tan poco creativas. Nos pasamos años enseñándoles poesía y a hablar correctamente, y ¿eso es todo cuanto se te ocurre decir? Debería arrancarte la lengua por desperdiciarla de tal modo.

Apreté mis labios.



—Pero tengo curiosidad: ¿Qué elocuencia soltaran tus labios cuando contemples lo que debería haber sido tú? —Mis cejas se estrecharon mientras Amarantha señalaba detrás de mí, ese horrible anillo mirándome desde su mano, y me giré.

Allí, clavado en lo alto de la pared de la enorme caverna, estaba el cadáver mutilado de una mujer joven. Su piel estaba quemada en algunas partes, sus dedos estaban doblados en ángulos extraños, y unas líneas rojas chillonas cruzaban su cuerpo desnudo. Apenas podía escuchar a Amarantha por encima del rugido en mis oídos.

—Tal vez debí haberla escuchado cuando dijo que nunca había visto a Tamlin —reflexionó Amarantha—. O cuando insistió en que nunca había matado un hada, y que nunca había cazado en toda su vida. Aunque sus gritos fueron toda una delicia. No había escuchado una melodia tan encantadora en años. —Sus siguientes palabras fueron dirigidas a mí—. Te debo dar las gracias por darle a Rhysand su nombre en lugar del tuyo.

Clare Beddor.

Aquí era donde la habían llevado, esto era lo que había ocurrido con ella después de que quemasen viva a su familia completa en su casa. Esto era lo que *yo* le había hecho a ella, dando a Rhysand su nombre para proteger a mi familia.

Mis entrañas se retorcieron; tomó un gran esfuerzo no vaciar mi estómago sobre las piedras.

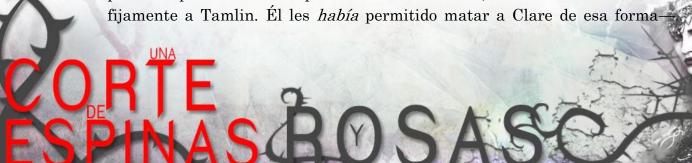
Las garras del Attor se clavaron en mis hombros mientras me empujaba para que enfrentase de nuevo a Amarantha, quien todavía me estaba dando esa sonrisa de serpiente. Bien podía haber matado a Clare. Había salvado mi propia vida mientras condenaba la de ella.

Ese cuerpo en descomposición en la pared debía ser el mío. El mío.

El mío.

—Ahora bien, preciosa —dijo Amarantha—. ¿Qué tienes que decir a eso?

Quería escupir que merecía arder en el infierno por toda la eternidad, pero sólo podía ver el cuerpo de Clare clavado allí, incluso mientras miraba fijamente a Tamlin. Él les *había* permitido matar a Clare de esa forma



para evitar que supieran que yo seguía viva. Mis ojos picaron con la bilis quemando en mi garganta.

—¿Aún sigues queriendo reclamar a alguien que le haría eso a un inocente? —dijo Amarantha suavemente —consolándome.

Aparté mi mirada de ella. No dejaría que la muerte de Clare fuese en vano. No me iba a ir sin luchar.

—Sí —dije—. Así es.

Su labio se curvó hacia atrás, revelando unos dientes caninos demasiado afilados. Y mientras miraba a sus ojos negros, me di cuenta de que iba a morir.

Pero Amarantha se reclinó en su trono y cruzó las piernas.

—Bueno, Tamlin —dijo, poniendo una mano en su brazo—. No esperaba que *esto* ocurriera. —Ella agitó una mano en mi dirección. Un murmullo de risas de los presentes hizo eco a mí alrededor, golpeándome como piedras—. ¿Qué tienes que decir a esto, Gran Señor?

Miré hacia el rostro que tanto amaba, y sus siguientes palabras casi me pusieron sobre mis rodillas.

—Jamás la he visto antes en mi vida. Alguien ha de estar gastándome una broma pesada. Probablemente se trate de Rhysand. —Aun trataba de protegerme, incluso ahora, incluso aquí.

—Oh, esa no es siquiera una mentira medianamente decente — Amarantha ladeó la cabeza— ¿Podría ser —podría ser que tú, a pesar de tus palabras hace tantos años atrás, regresaran los sentimientos por los humanos? Una chica con odio en su corazón por nuestra especia ha logrado enamorarse de un hada. Y un hada cuyo padre una vez sacrificó a masas de humanos a mi lado, ¿se ha enamorado verdaderamente de ella también? — Soltó una risotada de nuevo—. Oh, esto es demasiado bueno, esto es demasiado divertido. —Tocó el hueso que colgaba de su collar y miró hacia el ojo encerrado sobre su mano—. Supongo que si alguien puede apreciar este momento —le dijo al anillo—. Ese serías tú, Jurian. —Sonrió graciosamente—.Una pena, sin embargo, que tu puta humana nunca se molestara en salvarte.



Jurian —ese era su ojo, y su hueso del dedo. El horror se mezcló en mis entrañas. Por medio de algún tipo de mal, o poder, o de alguna forma había capturado su alma, su conciencia, en el anillo y en el dedo.

Tamlin todavía me miraba sin ningún tipo de reconocimiento, sin un atisbo de sentimiento. Tal vez ella había utilizado ese mismo poder en él; tal vez ella se había llevado todos sus recuerdos.

La Reina miró sus uñas.

—Las cosas han estado demasiado aburridas desde que Clare decidió morir sobre mí. Matarte directamente, humana, sería muy aburrido. — Movió su mirada sobre mí, luego de vuelta a sus uñas —al anillo en su dedo—. Pero el destino revuelve el caldero de manera extraña. Tal vez mi querida Clare tuvo que morir para que yo tuviese alguna verdadera diversión contigo. — Mis entrañas se convertido en una extraña cosa acuosa, y simplemente no pude evitarlo.

—¿Has venido a reclamar a Tamlin? —dijo Amarantha dijo—no era una pregunta, sino un desafío—. Bien, lo que ocurre es que estoy aburrida hasta las lágrimas de su hosco silencio. Me preocupé cuando él ni se inmutó mientras yo jugaba cariñosamente con Clare, cuando ni siquiera mostró esas encantadoras garras...

»Pero voy a hacer un trato contigo, humana —dijo ella, y las campanas de advertencia sonaron altas en mi cabeza. A menos que tu vida dependa de ello, había dicho Alis—. Si completas tres tareas de mi elección —tres tareas que prueben qué tan profundo es ese sentido humano de la fidelidad y de amor, y Tamlin será tuyo. Sólo tres pequeños retos para demostrar tu dedicación, para demostrarme a mí, y a Jurian, que su raza, de hecho, puede amar verdaderamente, y tú podrás tener a tu Gran Señor. —Se volvió hacia Tamlin—. Considérelo como un favor, Gran señor, —estos perros humanos pueden hacer a nuestra especie tan lujuriosamente ciega que perdemos todo el sentido común. Mejor que veas su verdadera naturaleza ahora.

—También quiero que su maldición sea deshecha —espeté. Ella levantó una ceja, su sonrisa cada vez mayor, revelando demasiados de esos dientes blancos—. Completo esas tres de tareas, y su maldición queda rota, y nosotros, junto con toda su corte, podrá irse de aquí. Y seguirán siendo libres para siempre —añadí. La magia era específica, Alis me lo había dicho innumerables veces —así fue como Amarantha los había engañado. No dejaría ninguna laguna que fuera mi perdición.



—Por supuesto —ronroneó Amarantha—. Pondré otra cuestión, si no te importa —sólo para ver si eres digna de uno de los nuestros, si eres lo suficientemente inteligente como para merecerlo. —El ojo de Jurian giró violentamente, y ella le chasqueó la lengua. El ojo dejó de moverse—. Te voy a dar una forma de salida, niña —continuó—. Cuando completes las tres tareas o cuando no puedas aguantar más, todo cuanto tienes que hacer es responder a una simple pregunta. —Apenas podía escucharla por encima de la sangre golpeando en mis oídos—. Un acertijo. Si resuelves el acertijo, su maldición será rota. *Instantáneamente*. No tendré ni que levantar un dedo y él será libre. Di la respuesta correcta, y él será tuyo. Puedes responder a ella en cualquier momento —pero si tu respuesta es incorrecta...—Señaló, y no tuve la necesidad de ver que había hecho un gesto apuntando hacia Clare.

Medité sus palabras, en busca de trampas y lagunas dentro de su fraseo. Pero todo parecía correcto.

—¿Y qué ocurrirá si no cumplo con tus tareas?

Su sonrisa se hizo casi grotesca, y se frotó el pulgar a través de la cúpula de su anillo.

—Si fracasas en alguna de las tareas, no quedará suficiente de ti para poder divertirme.

Un escalofrío se deslizó por mi espina dorsal. Alis me había advertido —me advirtió contra los engaños. Pero Amarantha me mataría en un instante si le decía que no.

- —¿Cuál es la naturaleza de mis tareas?
- —Oh, revelar eso me quitaría toda la diversión. Pero voy a decirte que tendrás una tarea cada mes, en luna llena.
- —¿Y mientras tanto? —Me atreví a darle una mirada a Tamlin. El brillo en sus ojos era más fuerte de lo que recordaba.
- —Mientras tanto —dijo Amarantha un poco bruscamente—. Deberás o bien permanecer en tu celda o hacer cualquier trabajo adicional que yo necesite.
- —¿Si me pones a hacer cualquier cosa demasiado difícil, no me dejará eso en desventaja? —Sabía que estaba perdiendo interés —que no esperaba



que la cuestionara tanto. Pero tenía que intentar ganar algún tipo de ventaja.

—No será nada más allá de las tareas domésticas básicas. Es lo justo para que te ganes tu sustento aquí. —Podría haberla estrangulado por eso, pero asentí con la cabeza—. Entonces tenemos un trato.

Sabía que ella esperaba a que yo repitiera sus palabras, pero tenía que asegurarme.

- —¿Si cumplo con tus tres tareas o resuelvo el acertijo, harás lo que te pedí?
 - —Por supuesto —dijo Amarantha—. Es lo acordado, ¿no?

Con el rostro pálido, los ojos de Tamlin se encontraron con los míos, y casi imperceptiblemente abrió sus ojos. *No*.

Pero era esto o la muerte —una muerte como la de Clare, lenta y brutal. El Attor silbó detrás de mí, una advertencia para que respondiera. Yo no creía en el destino o en el Caldero —pero tampoco tenía ninguna otra opción.

Porque cuando miraba a los ojos de Tamlin, incluso ahora, sentado junto a Amarantha como su esclavo o algo mucho peor, lo amaba con tal fiereza que movía todo dentro de mi corazón. Porque cuando él había ampliado sus ojos de la manera en que lo hizo, supe sin ninguna duda que él todavía me amaba.

No tenía nada más que eso, sino la esperanza de que pudiera ganar — que pudiera ser más lista y derrotar una Reina Hada tan antigua como la piedra debajo de mí.

—¿Y bien? —exigió Amarantha. Detrás de mí, sentí el Attor preparándose para saltar, para sacarme a golpes la respuesta si era necesario. Ella podría haberlos engañado a todos, pero yo no había sobrevivido a la pobreza y los años en aquel bosque para nada. Mi mejor oportunidad estaba en no revelar absolutamente nada acerca de mí misma, o lo que sabía. ¿Qué era su corte, si no otro bosque, otra forma de caza?

Eché un vistazo a Tamlin una última vez antes de decir:



Amarantha me dio una pequeña y horrible sonrisa, y la magia crepitó en el aire entre nosotras mientras chasqueaba los dedos. Ella se acurrucó de nuevo en su trono.

—Denle una bienvenida digna de mi corte —le dijo a alguien detrás de mí.

El silbido del Attor fue mi única advertencia de que algo duro como la pidra iba a chocar contra mi mandíbula.

Fui lanzada a los lados, aturdida por el dolor, pero sentí otro golpe brutal incluso antes de recuperarme del primero. Huesos crujieron—*mis* huesos. Mis piernas se doblaron debajo de mí, y la piel curtida del Attor raspó contra mi mejilla cuando me golpeó de nuevo. Me hizo rebotar lejos, pero me reuní con el puño de alguien más —una retorcida hada menor, cuyo rostro yo no vislumbraba. Era como estar siendo golpeada con un ladrillo. *Crack, crack*. Creo que había tres de ellos, y me convertí en su saco de boxeo—pasada de un lado a otro con golpes, mis huesos gritaban de agonía. Tal vez también estaba gritado yo de agonía.

La sangre caía de mi boca, y su sabor metálico recubrió toda mi lengua antes de saber nada más.



CAPÍTULO 35

TRADUCIDO POR M. DE MELODY // CORREGIDO POR RINCONE

Lentamente mis sentidos regresaron a mí, cada uno más doloroso que el último. El sonido del agua goteando vino primero, después el eco desvanecido de unas fuertes pisadas. Un persistente sabor cobrizo recubría mi boca. Sangre. Por encima de las ruidosas respiraciones, que tenían que ser de mis obstruidas fosas nasales, el sabor y el olor del moho perfumaban el húmedo y frío aire. Trozos afilados de paja pincharon mi mejilla. Mi lengua probó el principio de un labio partido, y el movimiento prendió mi cara en fuego. Abrí los ojos haciendo una mueca, pero con la hinchazón solo me las pude arreglar para ampliarlos levemente. Lo que contemplé a través de mis indudablemente ojos morados no hizo mucho por mis ánimos.

Estaba en un celda. Mis armas se habían ido, y mi únicas fuentes de luz eran las antorchas de detrás de la puerta. Amarantha había dicho que una celda era donde pasaría mi tiempo, pero incluso mientras me sentaba, mi cabeza estaba tan mareada que casi perdí el conocimiento otra vez. Mis latidos del corazón estaban acelerados. Una mazmorra. Examiné las inclinaciones de luz que se deslizaban a través de las grietas de entre la puerta y el muro, entonces toqué mi rostro con cautela.

Dolía. Dolía mucho más que cualquier cosa que nunca hubiera soportado. Me aguanté un grito mientras mis dedos rozaban mi nariz, gotas de sangre cayendo de mis fosas nasales. Estaba rota. Rota. Habría apretado los dientes, si mi mandíbula no hubiera sido un lío palpitante de agonía también.

No podía entrar en pánico. No, tenía que mantener mis lágrimas bajo control, tenía que mantener mi mente alerta. Tenía que sobrevivir al daño lo mejor que pudiera, entonces pensaría en qué hacer. Quizás mi camiseta pudiera ser usada para vendajes, quizás en algún punto me darían agua para lavar mis heridas. Tomando un respiro que no fue muy profundo, exploré el reto de mi cara. Mi mandíbula no estaba rota, y cría que mis ojos estaban hinchados y mi labio estaba partido, el peor daño era mi nariz.



Acurruqué mis rodillas hacia mi pecho, agarrándolas estrechamente mientras detenía mi respiración. Había violado una de las reglas de Alis. No tuve opción, pensé. Viendo a Tamlin sentado junto a Amarantha...

Mi mandíbula protestó, pero rechiné mis dientes de todas maneras. La luna llena. La luna había estado media cuando me fui de la casa de mi padre. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente aquí abajo? No era lo suficientemente necia para creer que cualquier cantidad de tiempo me prepararía para la primera prueba de Amarantha.

No me permití imaginar lo que tenía en mente para mí. Era suficiente saber que ella esperaba que yo muriera, que no quedase suficiente de mí para torturar.

Agarré mis piernas más fuertemente para evitar que mis manos temblasen. En alguna parte, no muy lejos, los gritos empezaron. Un agudo, suplicante gemido, acentuado con crescendos de chillidos que hacían que la bilis picara en mi garganta. Así sonaría cuando me enfrentara a la primera prueba de Amarantha.

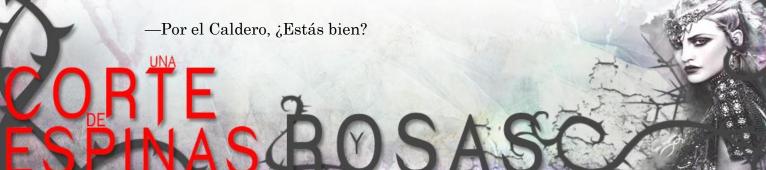
Un látigo sonó y los altos gritos aumentaron, difícilmente deteniéndose para respirar. Clare probablemente había llorado del mismo modo. La habían torturado por mí. ¿Qué había hecho ella con todo eso—con todas esas hadas deseando su sangre y miseria? Me merecía esto—me merecía cualquier dolor y sufrimiento que me estuviera reservado. Aunque solo fuera por lo que ella había soportado. Pero... yo pero haría lo correcto. De alguna manera.

Me debí haber quedado dormida en algún punto, porque me levanté con el roce de la puerta de mi celda contra la piedra. Olvidando el continuo dolor de mi cara, gateé para esconderme en las sombras de la esquina más cercana. Alguien se deslizó en el interior de mi celda y rápidamente cerró la puerta, dejándola solo un poco entreabierta.

—¿Feyre?

Traté de levantarme, pero mis piernas temblaban tanto que no me podía mover.

—¿Lucien?—respiré, y el heno crujió mientras se dejaba caer detrás de mí.



—Mi cara...

Una pequeña luz brilló junto a su cabeza, y cuando sus ojos estuvieron a la vista, el de metal se estrechó.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Qué estás haciendo aquí?

Luché contra las lágrimas, de todas maneras eran inútiles.

- —Volví a la mansión... Alis me contó... me contó sobre la maldición y no podía dejar que Amarantha...
- —No deberías haber venido, Feyre —dijo bruscamente—. No se suponía que estuvieras aquí. ¿No entiendes lo que él tuvo que sacrificar para mantenerte apartada? ¿Cómo pudiste ser tan tonta?
- —Bueno, ¡Ahora estoy aquí! —dije, más alto de lo que era inteligente—. Estoy aquí, y no hay nada que se pueda hacer al respecto, ¡Así que no te molestes en decirme nada sobre mi débil carne humana o mi estupidez! Se todo eso, y yo... —Quería cubrir mi cara con mis manos, pero dolía demasiado—. Yo solo... tenía que decirle que lo amo. Para ver si no era demasiado tarde.

Lucien se volvió a sentar sobre sus talones.

- —Así que ya lo sabes todo. —Me las arreglé para asentir sin perder el conocimiento por el dolor. Mi agonía se debió de haber mostrado, porque él hizo un gesto de dolor—. Bueno, al menos ya no tenemos que mentir más. Vamos a limpiarte un poco.
- —Creo que mi nariz está rota. Pero nada más. —Mientras lo decía, miré alrededor de él por cualquier signo de agua o vendajes, y no encontré ninguno. Sería con magia, entonces.

Lucien miró por encima de sus hombros, comprobando la puerta.

—Los guardias están borrachos, pero sus reemplazos estarán aquí pronto —dijo, y entonces estudió mi nariz. Me preparé mientras dejaba que él gentilmente la tocara. Incluso el roce de las puntas de sus dedos enviaron destellos de ardiente dolor a través de mí—. Voy a tener que recolocarla antes de que pueda curarla.

Reprimí mi creciente pánico.



—Hazlo. Ya. —Antes de que pudiera revolcarme en mi cobardía y decirle que lo olvidara. Él vaciló—. Ahora —jadeé.

Demasiado rápidos para seguirlos, sus dedos agarraron mi nariz. El dolor me atravesó, y el estallido de un crack atravesó mi cabeza y mis oídos, antes de que me desmayara.

Cuando volví en mí, podía abrir completamente los dos ojos, y mi nariz—mi nariz estaba despejada, y no latía o enviaba agonía por toda mi cara. Lucien estaba agachado por encima de mí, frunciendo el ceño.

- —No te puedo sanarte completamente, ellos sabrían que alguien te ha ayudado. Los moretones siguen ahí, junto con ese horrible ojo morado, pero... toda la hinchazón se ha ido.
 - —¿Y mi nariz? —dije, tocándola antes de que respondiera:
- —Arreglada, tan respingona y bonita como antes. —Me sonrió. El familiar gesto hizo que mi pecho se apretara hasta el punto de doler.
- —Pensaba que ella había tomado la mayor parte de tu poder —Me las arreglé para decir. Apenas lo había visto manejar magia en absoluto en la mansión.

Asintió a la pequeña luz balanceándose por encima de sus hombros.

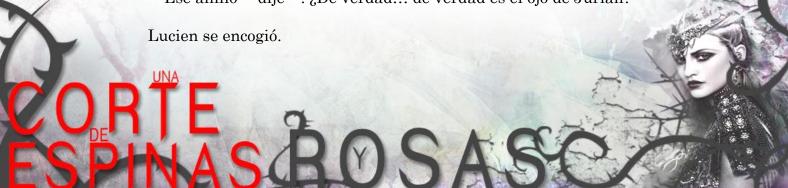
- —Ella me devolvió una parte, para tentar a Tamlin a aceptar su oferta. Pero él aun la sigue rechazando. —Sacudió su barbilla hacia mi curada cara—. Sabía que algo bueno vendría de estar aquí abajo.
 - —¿Así que tú también estás atrapado Bajo la Montaña?

Un grave asentimiento.

—Ella ha convocado a todos los Grandes Señores, incluso aquellos que juraron obediencia tienen ahora prohibido salir hasta... hasta que tus pruebas estén acabadas.

Hasta que estuviera muerta era probablemente el verdadero significado.

—Ese anillo —dije—. ¿De verdad... de verdad es el ojo de Jurian?



- -En efecto. ¿Así que entonces realmente lo sabes todo?
- —Alis no dijo que pasó después de que Jarien y Amarantha se enfrentaran entre ellos.
- —Destrozaron un campo de batalla entero, usando sus soldados como escudos, hasta que sus fuerzas estuvieron casi todas muertas. Jarien había sido dotado de algo de protección contra Amarantha, pero una vez que entraron en combate... A ella no le tomó mucho tiempo hacer que él sucumbiera. Entonces lo arrastró de vuelta su campamento, y se tomó semanas—semanas—para torturarlo y matarlo. Ella rechazó órdenes de marchar en ayuda del Rey de Hiberno—constándole a él ejércitos y la Guerra; rechazó hacer cualquier cosa hasta que hubiera acabado con la muerte de Jarien. Todo lo que ella conservó fue su hueso del dedo y su ojo. Clythia le prometió a Jarien que él nunca moriría—y tanto como Amarantha mantenga ese ojo suyo preservado a través de su magia, mantendrá su alma y conciencia ligados a ellos, quedando él atrapado, mirando a través de él. Un castigo apropiado por lo que hizo, pero —Lucien golpeteó su propio ojo perdido—. Me alegro de que ella no me hiciera lo mismo. Parece tener una obsesión con ese tipo de cosas.

Me estremecí. Una cazadora, ella era poco más que una inmortal y cruel cazadora, coleccionando trofeos de sus matanzas y conquistas, para regodearse a través de los años. La rabia, la desesperación y el horror que Jarien tenía que soportar cada día, por toda la eternidad... Merecido, quizás, pero peor que nada que pudiera imaginar. Me sacudí el pensamiento de encima.

—¿Tamlin est...

—Él está... —Pero Lucien se puso de pie rápidamente ante un sonido que mis oídos humanos no pudieron escuchar—. Los guardias están a punto de hacer rotación y se dirigen en esta dirección. Intenta no morir, ¿Quieres? Ya tengo una larga lista de hadas que matar, no quiero tener que añadir más a ella, solo por el bien de Tamlin.

Que era sin duda por lo que él había venido aquí abajo.

Lucien desapareció—solo *desapareció*, en la tenue luz. Un momento después, un amarillento ojo teñido con rojo apareció en la mirilla de la puerta, me miró ferozmente, y siguió su camino.





Dormité dentro y fuera por lo que podrían haber sido horas o días. Me dieron tres miserables comidas de pan rancio y agua en ningún intervalo regular que pudiera detectar. Todo lo que sabía era que cuando la puerta de mi celda se abría era que mi implacable hambre ya no importaba, y que sería sabio no luchar cuando dos hadas bajas de piel roja, medio me arrastraban a la sala del trono. Marqué el camino, seleccionando detalles en el pasillo—grietas interesantes en las paredes, rasgaduras en los tapices, una curva extraña... cualquier cosa que me recordara cómo salir de los calabozos.

También esta vez, observé más de la sala del trono de Amarantha, tomando nota de las salidas. Sin ventanas, dado que estábamos bajo tierra. La montaña que había visto representada en ese mapa en la mansión estaba en el corazón de la tierra, lejos de la Corte de Primavera, aún más lejos del muro. Si volviera a escapar con Tamlin, mi mejor oportunidad sería correr por esa cueva en la parte baja de la montaña.

Una multitud de hadas se agolpaban a lo largo de una pared de fondo. Por encima de sus cabezas, podía distinguir el arco de una puerta. Intenté no mirar el cuerpo en descomposición de Clare mientras pasábamos, en su lugar me enfoqué en la asamblea de la corte. Todos estaban vestidos con ricas y coloridas ropas. Todos parecían limpios y alimentados. Dispersos entre ellos había hadas con máscara. La Corte de Primavera. Si tenía alguna oportunidad de encontrar aliados, sería con ellos.

Escaneé la multitud por Lucien, pero no lo encontré antes de fuera lanzada a los pies del estrado. Amarantha llevaba un vestido de rubíes, llamando la atención a su cabello rojo-dorado y a sus labios, que se extendieron en una sinuosa sonrisa mientras levantaba la vista hacia ella. La Reina Hada chasqueó su lengua.

—Verdaderamente te ves terrible. —Se volvió hacia Tamlin, aún a su lado. Su expresión permanecía distante—. ¿No dirías que ha dado un giro a peor?

Él no respondió, ni siquiera se reunió con mi mirada.

—Sabes —reflexionó Amarantha, apoyada en el brazo de su trono—. No he podido dormir esta noche, y me he dado cuenta del porqué esta mañana. —Desplazó un ojo sobre mí—. No sé tu nombre. Si tú y yo vamos a ser amigas cercanas por los próximos tres meses, al menos debería saber tu nombre, ¿verdad?

Cuando no respondí, Amarantha frunció el ceño.

—Vamos, mascota. Tú sabes mi nombre, ¿No es justo que yo sepa el tuyo? —Hubieron movimientos por mi derecha, y me tensé cuando el Attor apareció de entre la apartada muchedumbre, sonriéndome hilera tras hilera de dientes—. Después de todo —Amarantha ondeó una elegante mano al espacio detrás de mí, la cubierta de cristal de alrededor del ojo de Jurian atrapó la luz—. Ya has aprendido las consecuencias de dar nombres falsos. —Una nube negra me envolvió mientras sentía la forma clavada de Clare en la pared de detrás de mí. Aun así, mantuve mi boca cerrada.

—Rhysand —dijo Amarantha, no necesitando levantar su voz para convocarle. Mi corazón se convirtió en un peso plomizo mientras aquellos casuales y vagos pasos sonaban desde atrás. Pararon cuando estaban junto a mí, demasiado cerca para mi gusto.

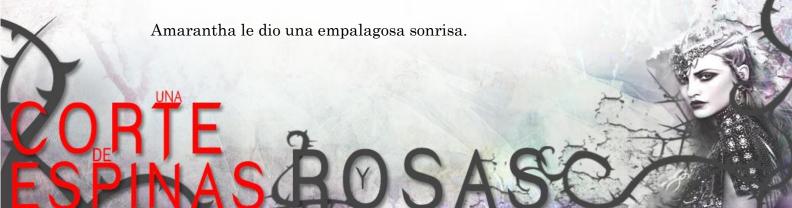
Desde la esquina de mi ojo, estudié el Gran Señor de la Corte Oscura mientras se inclinaba en una reverencia. Oscuridad parecía envolverse a su alrededor, como una capa casi invisible.

Amarantha levantó sus cejas.

- —¿Es esta la chica que viste en las tierras de Tamlin? —Él se sacudió una mota de polvo invisible de su túnica negra antes de inspeccionarme. Sus ojos violetas estaban llenos de aburrimiento y desdén.
 - —Supongo.
- —¿Pero me dijiste o *no* me dijiste que *esa* chica —dijo Amarantha, su tono afilándose mientras señalaba a Clare—... fue la que viste?

Él metió las manos en sus bolsillos.

—Todos los humanos me parecen iguales.



— ¿Y qué hay de las hadas?

Rhysand se inclinó otra vez, tan suave que se vio como un baile.

—Entre un mar de caras mundanas, la tuya es una obra de arte.

Si no hubiera estado balanceándome en la línea de entre la vida y la muerte, podría haber resoplado.

Todos los humanos parecen iguales... No le creí ni por un segundo. Rhysand sabía exactamente como me veía, él me había reconocido aquel día en la mansión. Obligué a mis facciones volverse neutrales mientras la atención de Amarantha volvía a mí.

- —¿Cuál es su nombre? —demandó a Rhysand.
- -¿Cómo podría saberlo? Ella me mintió. -O estar jugando con Amarantha era una broma para él, tanto como lo fue la broma de empalar una cabeza en el jardín de Tamlin—o... era solo una artimaña más de la corte.

Me preparé para los arañazos de esas garras contra de mi mente, me preparé para la siguiente orden que estaba segura que ella daría.

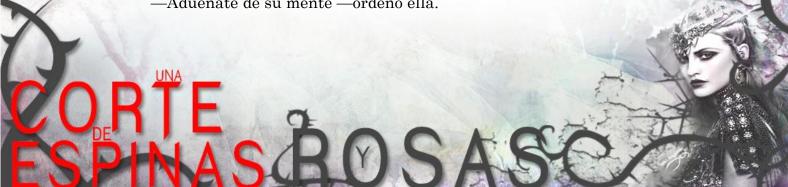
Aun así, mantuve mis labios sellados. Recé para que Nesta hubiera contratado esos centinelas y guardias, recé para que hubiera persuadido a mi padre de tomar las precauciones.

-Niña, si estás dispuesta a jugar jueguecitos, entonces supongo que podemos hacerlo del modo divertido —dijo Amarantha. Chasqueó sus dedos al Attor, quien se acercó a la multitud y agarró a alguien. Pelo rojo brilló, y me tambaleé un paso cuando el Attor lanzó a Lucien hacia adelante por el collar de su túnica verde. No. No.

Lucien se revolvió en contra del Attor, pero sin poder hacer nada contra aquellas garras afiladas mientras le forzaba a ponerse de rodillas. El Attor sonrió, soltando su túnica, pero se mantuvo cerca.

Amarantha hizo un movimiento rápido con su dedo en la dirección de Rhysand. El Alto Señor de la Corte Oscura elevó una cuidada ceja.

—Aduéñate de su mente —ordenó ella.



Mi corazón se cayó al suelo. Lucien fue completamente inmovilizado, sudor brillaba en su cuello mientras Rhysand inclinaba su cabeza hacia la reina y lo encaraba.

Detrás de ellos, presionándose en la parte delantera de la muchedumbre, llegaron cuatro altos y pelirrojos Altos Fae. Tonificados y musculosos, algunos de ellos se veían como guerreros a punto de poner los pies en un campo de batalla, otros como bonitos cortesanos, todos mirando fijamente a Lucien—y sonrieron. Los restantes cuatro hijos del Alto Señor de la Corte de Otoño.

—¿Su nombre, Emisario?— preguntó Amarantha a Lucien. Pero Lucien solo miró a Tamlin antes de cerrar sus ojos y cuadrar los hombros. Rhysand empezó a sonreír levemente, y me estremecí ante el recuerdo de aquellas garras invisibles que se habían sentido como si se apoderaran de mi mente. Lo fácil que hubiera sido para él aplastarla.

Los hermanos de Lucien acechaban en el borde de la multitud—sin remordimiento ni miedo en sus hermosas caras.

Amarantha suspiró.

- —Pensaba que ya habrías aprendido la lección, Lucien. Piensa que esta vez tu silencio es tan condenatorio como tu lengua. —Lucien mantuvo sus ojos cerrados. Preparado—él estaba preparado para que Rhysand arrasara con todo lo que él era, para que convirtiera su mente, su persona, en polvo.
- —¿Su nombre? —preguntó a Tamlin, que no respondió. Sus ojos estaban fijos en los hermanos de Lucien, como si evaluara cual estaba sonriendo más amplio.

Amarantha pasó una uña por el brazo de su trono.

- No creo que tus hermosos hermanos lo sepan, Lucien —ronroneó.
- —Si lo hiciéramos, Señora, seríamos los primeros en decírselo —dijo el más alto. Era esbelto, estaba bien vestido, cada pulgada de él un entrenado bastardo de corte. Probablemente el mayor, dada la forma en la que incluso los que parecían como guerreros innatos le miraban con sumisión y estimación. Y miedo.

Amarantha le dio una considerada sonrisa y levantó su mano. Rhysand ladeó su cabeza, sus ojos estrechándose levemente hacia Lucien.



Lucien se puso rígido. Un gemido se deslizó fuera de él, y...

-¡Feyre!—grité—. Mi nombre es Feyre.

Fue todo cuanto pude hacer para no caerme de rodillas mientras Amarantha asentía y Rhysand daba un paso atrás. Ni siguiera había sacado las manos de sus bolsillos.

Entonces ella debía de darle más poder a él que a los otros, si aún podía infligir tal magnitud de daño mientras estaba atado a ella. O sino, su poder antes de que ella lo hubiera robado debía de ser... extraordinario, para que esto fueran considerado las sobras básicas.

Lucien se hundió en el suelo, temblando. Sus hermanos fruncieron el ceño, el más mayor yendo tan lejos como para enseñarme los dientes en un silencioso gruñido. Lo ignoré.

—Feyre —dijo Amarantha, probando mi nombre, el sabor de las dos sílabas en su lengua—. Un nombre antiguo, de nuestros primeros dialectos. Bueno, Feyre—dijo. Podría haber llorado de alivio cuando no me preguntó por el nombre de mi familia—. Te prometí un enigma.

Todo se volvió espeso y turbio. ¿Por qué Tamlin no hacía nada, o no decía nada? ¿Qué había estado a punto de decir Lucien antes de huir de mi celda?

—Resuelve esto, Feyre, y tú y tu Alto Señor y toda su corte podrán irse inmediatamente con mi bendición. Veamos si eres lo suficientemente inteligente para merecerte a uno de los de nuestra clase. —Sus ojos oscuros brillaron, y despejé mi mente lo mejor que pude mientras ella hablaba.

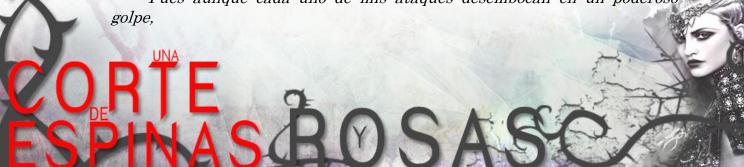
Están aquellos que me buscaron una vida entera, pero nunca nos encontramos,

Y aquellos a los que besé pero bajo pies ingratos me pisotearon.

A veces parezco favorecer la inteligencia y la justicia, Pero bendigo a todos aquellos que son suficientemente valientes para atreverse.

En general, mis beneficios son gentiles y dulces, Pero despreciado, me convierto en una bestia difícil de vencer.

Pues aunque cada uno de mis ataques desembocan en un poderoso golpe,



Cuando mato, lo hago lento...

Parpadeé y ella lo repitió, sonriendo al final tan presumida como un gato. Mi mente estaba vacía, una masa en blanco de inutilidad. ¿Podía ser alguna clase de enfermedad? Mi madre había muerto de tifus, y su prima había muerto de malaria después de ir a Bharat... Pero ninguno de esos síntomas parecía coincidir con el enigma. ¿Quizás fuera una persona?

Un murmullo de risas se extendió a través de los que se congregaban detrás de nosotros, las más altas procedentes de los hermanos de Lucien. Rhysand estaba mirándome, envuelto en la noche y sonriendo débilmente. La respuesta estaba tan cerca, solo una pequeña respuesta y todos podríamos ser libres. Inmediatamente, había dicho ella—como se supone... espera, ¿Las condiciones de mis pruebas eran diferentes a las del acertijo? Ella había enfatizado en *inmediatamente* solo cuando habló de resolver el enigma. Podríamos ser todos libres. *Libres*.

Pero no podía hacerlo—no podía siguiera dar con una posibilidad. Mejor sería que me cortase mi propia garganta y terminara con mi sufrimiento ahí, antes de que ella pudiera rasgarme en pedazos. Era una tonta—una humana idiota y común. Miré a Tamlin. El oro de sus ojos parpadeó, pero su rostro no traicionaba nada.

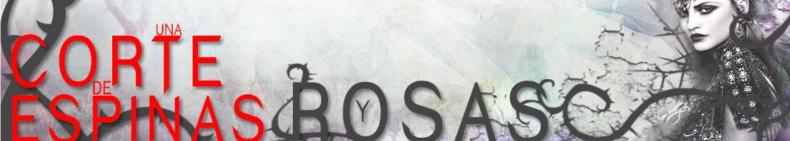
—Piensa en ello —dijo Amarantha consoladoramente, y dirigió una sonrisa hacia su anillo, al ojo girando dentro—. Cuando lo tengas, estaré esperando.

Miré a Tamlin aun cuando estaba alejándome hacia las mazmorras, mi vacía mente tambaleándose.

Mientras me encerraban en mi celda una vez más, sabía que iba a perder.



Pasé dos días en esa celda, o al menos calculé que fueron dos días, basándome en el patrón de comidas que había empezado a elaborar. Me comí las partes decentes de la comida medio mohosa, y aunque lo esperé, Lucien nunca vino a verme. Sabía que mejor no desear a Tamlin.



Tenía poco que hacer aparte de reflexionar acerca del enigma de Amarantha. Cuanto más pensaba acerca de ello, menos sentido tenía. Pensé en varios tipos de veneno y animales venenosos, y no produjo nada más allá de mi creciente sensación de estupidez. Sin mencionar el persistente sentimiento de que ella podría haber terminado engañándome cuando enfatizó *inmediatamente* con relación al acertijo. Tal vez quiso decir que *no* nos liberaría inmediatamente después que terminara sus pruebas. Que podía tomarse el tiempo que quisiera. No—no, solo estaba siendo paranoica. Estaba pensándolo demasiado. Pero el enigma podría liberarnos a todos, instantáneamente. Tenía que resolverlo.

Aunque había jurado no pensar demasiado en qué castigos me esperaban, no dudaba de la imaginación de Amarantha, y muchas veces me levantaba sudando y jadeando por mis agitados sueños, sueños en los que era atrapada en un anillo de cristal, para siempre en silencio y forzada a ser testigo de su sanguinario mundo cruel, apartada de todo lo que alguna vez he amado. Amarantha había afirmado que no quedaría suficiente de mí con lo que jugar si fallaba una prueba—y recé para que no hubiera mentido. Mejor ser aniquilada que soportar el destino de Jurian.

Aun así, un miedo como nunca había conocido me tragó entera cuando la puerta de mi celda se abrió y los guardias de piel roja me dijeron que la luna llena había salido.



CAPÍTULO 36

Traducido POR NYX & RINCONE // CORREGIDO POR RINCONE

Los sonidos de una gran multitud reverberaron contra las paredes del pasillo. Mi escolta no se molestó en desenfundar las armas mientras me empujaban hacia adelante. Ni siquiera estaba encadenada. Alguien o algo podría atraparme antes de siquiera moverme unos centímetros y destriparme en donde estaba.

La cacofonía de risas, gritos y aullidos sobrenaturales empeoró cuando la sala se abrió en lo que tenía que ser una enorme arena. No hubo intentos de decorar la caverna con luz de antorchas—y no podía decir si había sido tallada en la roca o si había sido formada por la naturaleza. El suelo estaba resbaladizo y fangoso, y luché para mantener el equilibrio mientras caminábamos.

Pero fue la enorme multitud desenfrenada que volvió mi interior frío mientras me miraban. No podía descifrar lo que estaban gritando, pero tenía una idea suficientemente buena. Sus rostros etéreos, crueles y amplias sonrisas me dijeron todo lo que necesitaba saber. No sólo feéricos menores sino también los Alto Fae, su entusiasmo haciendo sus rostros casi tan feroces como sus hermanos más sobrenaturales.

Fui arrastrada hacia una plataforma de madera erigida encima de la multitud. En lo alto se sentaba Amarantha y Tamlin, y antes est...

Hice todo lo posible por mantener la barbilla alta cuando vi el laberinto de túneles y trincheras corriendo por el suelo. La multitud estaba de pie a lo largo de los bancos, bloqueando mi vista de lo que hubiese dentro, cuando fui arrojada de rodillas a la plataforma de Amarantha. El barro medio congelado se filtró en mis pantalones.

Me levanté sobre mis piernas temblorosas. Alrededor de la plataforma había un grupo de seis hombres, apartados de la multitud. Por sus rostros fríos y hermosos, por ese eco de poder todavía sobre ellos, supe que eran los otros Grandes Señores de Prythian. Ignoré a Rhysand tan pronto como me di cuenta de su sonrisa felina, la corona de oscuridad a su alrededor.



Amarantha sólo tuvo que levantar la mano y la multitud se quedó en silencio.

Llegó a estar tan tranquila que casi podía escuchar mi corazón latir.

—Bueno, Feyre —dijo la Reina Hada. Traté de no mirar la mano que descansaba sobre la rodilla de Tamlin, el anillo tan vulgar como el propio gesto—. Tu primer desafío está aquí. Déjanos ver qué tan profundo corre ese afecto humano tuyo.

Apreté los dientes y casi se los enseñé. El rostro de Tamlin seguía en blanco.

—Me he tomado la libertad de aprender algunas cosas sobre ti —dijo Amarantha arrastrando las palabras—. Es lo justo, ya sabes.

Cada instinto, cada pedacito de mí que era intrínsecamente humano, gritó que corriera, pero me quedé con los pies plantados, juntando mis rodillas para evitar que cedieran.

—Creo que te gustará esta tarea —dijo. Ondeó una mano, y el Attor dio un paso al frente de la multitud, aclarando el camino hacia el borde de una zanja—. Adelante. Echa un vistazo.

Obedecí. Las trincheras, probablemente con metros de profundidad, estaban llenas de suciedad, de hecho, parecían haber sido hechas con suciedad. Luché para mantener mis pasos mientras miraba más lejos. Las trincheras hacían un laberinto en todo el suelo de la cámara, y su trayectoria tenía poco de sentido. Estaba lleno de huecos y pozos, lo cual sin duda dirigían hacia los túneles subterráneos y...

Manos golpearon mi espalda, y grité cuando tuve el sentimiento enfermizo de caer antes de ser de repente levantada por un agarre rompe huesos—arriba, arriba en el aire. Las risas hicieron eco a través de la cámara mientras colgaba de las garras del Attor, sus poderosas alas batiendo en auge a través de la arena. Se abalanzó en la trinchera y me dejó caer sobre mis pies.

Aplasté la suciedad, y abrí los brazos mientras me tambaleaba y resbalaba. Más risas, incluso mientras me enderezaba.



El barro olía atroz, pero me tragué las náuseas. Me giré para encontrar la plataforma de Amarantha ahora flotante en el borde de la zanja. Ella me miró, sonriendo como una serpiente.

—Rhysand me dijo que eres una cazadora —dijo ella, y mi corazón se tambaleó.

Debió haber leído mis pensamientos de nuevo, o... o tal vez había encontrado a mi familia, y...

Amarantha chasqueó sus dedos en mi dirección.

—Caza esto.

Las hadas vitorearon, y vi un flash entre manos alzadas multicolores. Apostaban por mi vida... en cuánto tiempo iba a durar una vez que esto comenzara.

Alcé los ojos hacia Tamlin. Su mirada esmeralda se congeló, y memoricé las líneas de su rostro, la forma de su máscara, la sombra de su cabello, por última vez.

—Libérenlo —ordenó Amarantha. Estaba temblando hasta la médula de mis huesos para cuando una rejilla gimió, y luego un veloz ruido llenó la cámara.

Mis hombros se elevaron hacia mis oídos. La multitud se calmó a un murmullo, lo suficientemente silencioso para escuchar una clase gutural de quejido, así que pude sentir las vibraciones en la tierra mientras lo que sea que fuera eso se apresuraba hacia mí.

Amarantha chasqueó la lengua, y giré mi cabeza hacia ella. Sus cejas se levantaron.

—Corre —susurró.

Entonces eso apareció.

Corrí.

Era un gusano gigante, o lo que pudo haber sido una vez un gusano tenía su extremo delantero convertido en una enorme boca llena de hileras tras hileras de dientes afilados. Se arrastró hacia mí, su cuerpo color marrón



roseado torciéndose con una espantosa facilidad. Estas trincheras eran su guarida.

Y yo era la cena.

Resbalándome una y otra vez en el maloliente barro, me precipité por la zanja, deseando haber memorizado más la distribución en los pocos momentos que había tenido, a sabiendas de que mi camino podría conducir a un callejón sin salida, donde seguramente...

La multitud rugió, ahogando los arrastres y crujientes ruidos del gusano, pero no me atreví a mirar por encima de mi hombro. El hedor me dijo lo suficiente sobre lo cerca que estaba. No tuve la respiración para soltar un sollozo de alivio cuando me encontré con una desviación en la vía y giré bruscamente a la izquierda.

Tenía que conseguir poner la mayor distancia entre nosotros como fuera posible; tenía que encontrar un lugar en el que pudiera crear un plan, un lugar donde pudiera encontrar una ventaja.

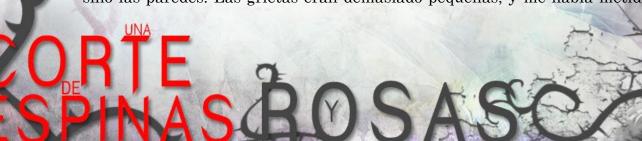
Otra desviación, giré hacia la izquierda de nuevo. Tal vez si tomara tantas izquierdas como pudiera, podría hacer un círculo, y de alguna manera llegar detrás de la criatura, y...

No, eso era absurdo. Tendría que ser tres veces más rápida que el gusano, y en este momento, apenas podía mantenerme por delante de él. Me deslicé en una pared hacia otra izquierda y me estrellé contra el resbaladizo lodo. Frío, apestoso y asfixiante. Me limpié los ojos para encontrar las caras lascivas de las hadas flotando por encima de mí, riendo. Corrí por mi vida.

Llegué a un tramo recto, un parte plana de la zanja y tiré con todas mis fuerzas de mis piernas mientras corría hasta su curso. Finalmente me atreví a echar un vistazo por encima de mi hombro y mi miedo se volvió salvaje cuando el gusano surgió en el camino, siguiendo mi rastro.

Casi pasé por alto una delgada abertura a un lado de las trincheras gracias a ese vistazo, y perdí unos valiosos pasos mientras me detenía para exprimirme a través del espacio. Era demasiado pequeño para el gusano, pero la criatura probablemente podría atravesar el barro. Si no, sus dientes podrían hacer el trabajo. Pero el riesgo valía la pena.

Mientras pasaba, una fuerza me agarró por detrás. No—no una fuerza, sino las paredes. Las grietas eran demasiado pequeñas, y me había metido



tan frenéticamente que me había quedado encajada dentro. De espaldas al gusano, y demasiado adentro entre las paredes para poder girar, no podría ver cuando se acercara. El olor, sin embargo, estaba empeorando.

Empujé y tiré, pero el barro era demasiado resbaladizo y atascado.

Las trincheras reverberaban con los movimientos atronadores del gusano. Casi podía sentir su apestoso aliento sobre mi cuerpo medio expuesto, podía oír esos dientes rozar el aire, cada vez más y más cerca. No así. No podía terminar así.

Arañé el barro, me retorcí, agarrándome a cualquier cosa para tirar de mí. El gusano se acercaba con cada uno de los latidos de mi corazón, el olor casi dominaba mis sentidos.

Arranqué barro, me retorcí, pateé y empujé, sollozando a través de mis dientes apretados. *No así.*

El suelo tembló. Un hedor se envolvió a mí alrededor, y el aire caliente se estrelló contra mi cuerpo. Sus dientes hacían clic al cerrarse juntos.

Agarrando a la pared, tiré y tiré. Hubo un silencio, y una liberación repentina de la presión alrededor de mi cintura y caí por la rendija hacia el barro.

La multitud suspiró. No tuve tiempo para las lágrimas de alivio cuando me encontré en otro pasaje, y me adentré más en el laberinto. Por los continuos rugidos, sabía que el gusano me había pasado por alto.

Pero eso no tenía sentido—el pasaje no ofrecía ningún lugar donde esconderse. Tenía que haberme visto allí metida.

A menos que no hubiera podido pasar y ahora hubiera tomando alguna ruta alternativa, y saltaría sobre mí.

No comprobé mi velocidad, aunque sabía que perdía el impulso golpeándome de pared tras pared tomando cada curva. El gusano también tenía que perder velocidad tomando estas curvas, una criatura tan grande no podía hacer las curvas sin frenar, por muy hábil que fuera.

Me arriesgué a echar un vistazo a la multitud. Sus rostros estaban apretados con decepción, y apartados completamente de mi dirección, hacia el otro extremo de la cámara. Era donde el gusano tenía que estar, ahí era



donde el pasaje terminaba. No había visto a donde había ido. No me había visto.

Era ciego.

Estaba tan sorprendida que no me di cuenta del enorme foso que se abría ante mí, oculto a la vista, y fue todo lo que pude hacer para no gritar cuando caí. Aire, aire vacío, y...

Aterricé en el barro hundida hasta los tobillos, y la multitud gritó. El barro suavizó el impacto, pero mis dientes aún se estremecían con el impacto. Pero nada estaba roto, nada dolía.

Unas hadas se asomaron, mirando de reojo desde lo alto de la boca de la fosa. Me di la vuelta, escaneando mi entorno, tratando de encontrar la manera más rápida de salir. El pozo en sí se abría a una parte pequeña y oscura del túnel, pero no había manera de subir, la pared estaba demasiado empinada.

Estaba atrapada. Sin aliento, avancé a tientas unos pasos en la oscuridad del túnel. Me mordí un alarido cuando algo debajo de mi pie crujió fuerte. Me tambaleé hacia atrás, y mi coxis gimió de dolor. Seguí yendo hacia atrás, pero mi mano conectó con algo suave y duro, y lo levanté para ver un destello de blanco.

A través de mis dedos sucios, reconocí la textura demasiado bien. Hueso.

Girando sobre mis manos y rodillas, di unas palmaditas en el suelo, moviéndome más lejos en la oscuridad. Huesos, huesos, huesos, de todo tipo y tamaño, y me tragué un grito cuando me di cuenta qué era este lugar. Fue cuando mi mano se posó en un suave cráneo que me puse de pie.

Tenía que salir. Ahora.

—Feyre —oí a los lejos a Amarantha—. ¡Estás arruinando la diversión de todos! —dijo como si yo fuera una compañera pésima— ¡Sal!

Desde luego que no, pero me dijo lo que necesitaba saber. El gusano no sabía dónde estaba; no me podía oler. Tenía unos preciosos segundos para salir.



Mientras mis ojos se ajustaban a la oscuridad de la guarida, montones y montones de huesos brillaban, pilas desapareciendo en la penumbra. La sensación característica del lodo tenía que ser de un sinfín de capas de ellos en descomposición. Tenía que salir *ahora*, tenía que encontrar un lugar para esconderme y que no fuera una trampa mortal. Tropecé saliendo del foso, los huesos estrepitando en la distancia.

Una vez más al aire libre de la zanja, busqué a tientas una de sus paredes escarpadas. Varias hadas de caras verdes me ladraban maldiciones, pero no les hice caso mientras trataba de escalar la pared—logré avanzar una pulgada, y me deslicé hasta el suelo. No podía salir sin una cuerda o una escalera, y adentrarme más en la guarida del gusano para ver si había otra salida no era una opción. Por supuesto, habría una puerta trasera. Cada guarida animal tenía dos salidas, pero no estaba dispuesta a correr el riesgo en la oscuridad, cebadándome y eliminando por completo mi pequeña ventaja.

Necesitaba una manera de *subir*. Intenté escalar la pared otra vez. Las hadas todavía murmuraban su descontento; siempre y cuando permaneciera de esa forma, por mí estaba bien. Me aferré de nuevo a la pared fangosa, cavando en la tierra flexible. Todo lo que conseguí fue barro bajo mis uñas mientras me deslizaba al suelo una vez más.

El hedor del lugar invadió cada parte de mí. Me tragué las náuseas mientras intentaba una y otra vez. Las hadas estaban riendo ahora.

- —Un ratón en una trampa —dijo uno de ellos.
- —¿Necesitas un peldaño? —cantó otra.

Un peldaño.

Me di la vuelta hacia los montones de huesos y entonces empujé mi mano con fuerza contra la pared. Se sentía firme. El lugar entero estaba recubierto de barro, y si esta criatura era algo más que pequeña, inocente y amigable, podía asumir que el hedor—y por lo tanto el barro en sí—era el remanente de lo que fuese que hubiese pasado por allí después de que se hubiera chupado los huesos hasta dejarlos limpios.

Sin considerar ese desgraciado hecho, aproveché la chispa de esperanza y cogí los dos huesos más grandes y fuertes que pude encontrar rápidamente. Ambos eran más largos que mis piernas y pesados—



demasiado pesados mientras los metía en la pared. No sabía lo que solía comer esta criatura, pero aquello se veía por lo menos del tamaño del ganado.

—¿Qué está haciendo? ¿Qué está planeando? —dijo entre dientes una de las hadas.

Agarré un tercer hueso y lo empalé profundamente en la pared tan arriba como pude alcanzar. Cogí un cuarto y más pequeño hueso y lo metí dentro de mi cinturón, marcándose contra mi espalda. Probé los tres huesos con unos fuertes tirones, tomé una respiración profunda, ignoré el piar de las hadas, y comencé a subir mi escalera.

Mis peldaños.

El primero hueso se mantuvo firme y gruñí mientras cogía el segundo hueso y me empujaba hacia arriba. Estaba poniendo mi otro pie en el escalón cuando otra idea me cruzó y me detuve.

Las hadas—no demasiado alejadas—empezaron a gritar de nuevo.

Pero podría funcionar. Podría funcionar, si lo hacía bien. Podría funcionar, porque *tenía* que hacerlo. Caí de nuevo sobre el barro, y las hadas me miraron mientras murmuraban en confusión. Saqué el hueso de mi cinturón y con un muy profundo aliento, lo arremetí contra mi rodilla.

Mis propios huesos protestaron de dolor, pero el eje se rompió y me dejó con dos puntas afiladas. Esto iba a funcionar.

Si Amarantha quería que cazara, cazaría.

Caminé hasta la mitad de la apertura del hoyo calculando la distancia, y ensarté los dos huesos en el suelo. Regresé de nuevo al montículo de huesos e hice un rápido trabajo de todos lo que pude encontrar que fueran robustos y fuertes. Cuando mi rodilla se volvió demasiado sensible como para usarla como un punto de rotura, rompí los huesos con un pie. Uno por uno, los clavé en el fangoso suelo debajo de la abertura del hoyo hasta que toda el área, salvo por una pequeña mancha, estuvo llena de lanzas blancas.

No necesitaba revisar mi trabajo—o funcionaba, o terminaría entre los huesos en el suelo. Solo una oportunidad. Eso era todo lo que tenía. Mucho mejor que no tener ninguna en absoluto.



Corrí hacia mi escalera de huesos e ignoré el aguijón de las astillas en los dedos mientras subía hasta el tercer peldaño, donde me balanceé antes de incrustar un cuarto hueso en la pared.

Y así entonces, me lancé hacia la boca de la fosa, y casi lloré por estar de nuevo al aire libre.

Aseguré los tres huesos que había tomado en mi cinturón, su peso como una presencia confortable, y corrí hacia la pared más cercana. Agarré un puñado de malolientes barro y lo unté sobre mi cara. Las hadas silbaron mientras agarraba más, esta vez embadurnando mi pelo y después mi cuello. Ya acostumbrada al sorprendente hedor, mis ojos solo se empañaron un poco cuando me ungí rápidamente. Incluso me detuve para rodar sobre el terreno. Cada parte de mí tenía que estar cubierta. Cada condenada pulgada.

Si la criatura era ciega, entonces se guiaría por su olor—y mi olor sería mi mayor debilidad.

Froté el barro sobre mí hasta que estuve segura de no ser más que un par de ojos color gris azulados. Me bañé una última vez, mis manos tan resbaladizas que apenas podía mantener el agarre en uno de los huesos mientras los sacaba de mi cinturón.

-iQué está haciendo esta cosa? —El hada cara-verde se quejó de nuevo.

Una elegante voz profunda respondió esta vez.

- —Está construyendo una trampa. —Rhysand.
- —Pero el Middengard...
- —Se guía de su olfato para ver —respondió Rhysand y le di un ceño furioso mientras miraba hacia al borde de la zanja y lo encontré sonriéndome—. Y Feyre acaba de hacerse invisible.

Sus ojos violetas brillaron. Hice un gesto obsceno antes de echar a correr, dirigiéndome directamente hacia el gusano.





Puse los huesos restantes en las esquinas especialmente ajustadas, sabiendo muy bien que no podría girar si iba a la velocidad a la que esperaba ir. No me tomó mucho encontrar el gusano, mientras una multitud de hadas se reunían para burlarse de él, pero yo tenía que conseguir el punto correcto—tenía que elegir mi campo de batalla.

Reduje mi ritmo a un acecho y aplasté mi espalda contra una pared cuando escuché el deslizar y gruñir del gusano. El crujido.

Las hadas observando el gusano—diez en total, con la piel azul escarchada y ojos negros almendrados—se burlaron. Solo podía suponer que se habían aburrido de mí y habían decido ver morir algo más.

Lo que era una maravilla, pero solo si el gusano seguía hambriento—solo si respondía a la atracción que le ofrecía. La multitud murmuró y refunfuñó.

Me acomodé en una curva, estirando el cuello. Demasiado cubierta de su aroma como para olerme, el gusano continuaba dándose un festín, estirando su forma bulbosa hacía arriba cuando una de las hadas hacía colgar lo que parecía un brazo peludo. El gusano rechinó los dientes y el hada azul rió mientras dejaba caer el brazo en la boca que aguardaba.

Retrocedí en la curva y levanté mi espada de hueso que había hecho. Me recordé la trayectoria que había tomado, las vueltas que había contado.

Aun así mi corazón se alojó en mi garganta cuando arrastré el borde dentado del hueso a través de mi palma, abriendo mi carne. La sangre brotó, luminosa y brillante como el rubí. La dejé brotar antes de apretar mi mano en un puño. El gusano la olería muy pronto.

Fue entonces cuando me di cuenta que la multitud se había quedado en silencio.

Casi dejando caer el hueso, me incliné en la curva otra vez para mirar el gusano.



Las hadas azules me sonrieron.

Entonces, rompiendo el silencio como una estrella fugaz, una voz—la voz de Lucien—bramó a través de la cámara.

-;A TU IZQUIERDA!

Salí corriendo, consiguiendo unos pasos antes de que la pared detrás de mí explotara en barro pulverizado mientras el gusano irrumpía a través, una masa de triturantes dientes a solo unas pulgadas de distancia.

Yo ya estaba corriendo, tan rápido que las trincheras parecían una mancha de color marrón rojizo. Necesitaba un poco de distancia o de lo contrario caería justo encima de mí. Pero también lo necesitaba cerca, de forma que no lo viera venir, de forma que estuviera en frenesí de hambre.

Tomé la primera curva cerrada y me agarré al hueso que había incrustado en la pared de la esquina. Lo hice para hacerme pivotear, no romper mi velocidad e impulsarme más rápido, dándome unos segundos más sobre el gusano.

Luego a la izquierda. Mi respiración era una llama asolando mi garganta. La segunda curva se me echó encima y otra vez usé el trozo de hueso para doblar a alta velocidad.

Mis rodillas y tobillos gimieron mientras luchaba por no resbalar en el barro. Solo un giro más, después el tramo recto...

Pasé por la curva final, y el rugido de las hadas se hizo diferente a lo que había sido antes. El gusano estaba hecho una furia, chocando con fuerza detrás de mí, pero mis pasos fueron constantes mientras volaba por el último pasaje.

La boca del foso entró a la vista, y con una oración final, di un salto.

Allí solo hubo aire negro, acercándose para tragarme.

Levanté mis brazos mientras salía volando, buscando el punto que había planeado. El dolor atravesó mis huesos, mi cabeza, mientras chocaba contra el suelo fangoso y rodaba. Me levanté y grité cuando algo mordió mi brazo, mordiendo a través de la carne.



Pero no tenía tiempo para pensar, incluso para mirarlo, mientras salía del camino, adentrándome tanto como pudiera conseguir en la oscuridad de la guarida del gusano. Cogí otro hueso y lo giré cuando el gusano cayó en el foso.

Golpeó la tierra y arremetió su enorme cuerpo hacia un lado, anticipando el ataque para matarme, pero un mojado y crujiente ruido llenó el aire en su lugar.

Y el gusano no se movió.

Me puse de cuclillas, tragando aire ardiente, mirando hacia el abismo triturador de carne que era su boca, todavía ampliamente abierta para devorarme. Me tomó unos segundos darme cuenta que el gusano no me tragaría entera, y unos pocos latidos más de corazón para entender que verdaderamente estaba empalado en los picos de los huesos. Muerto.

No escuché del todo los gritos de asombro, y luego los vitoreo—no pensé mucho o sentí nada mientras me acercaba al gusano y lentamente salía del hoyo, sin soltar la espada de hueso en mi mano.

En silencio, aún más allá de las palabras, me encontré de nuevo en el laberinto, mi brazo izquierdo palpitaba, pero mi cuerpo temblaba tanto que no me daba cuenta.

Para el momento en que vi a Amarantha en su plataforma en el borde de la zanja, apreté mi mano libre. *Demostrar mi amor*. El dolor atravesó mi brazo, pero lo abracé. Había ganado.

Levanté la vista hacia ella desde unas cejas bajas y no me controlé mientras le exponía mis dientes. Sus labios estaban rectos, y ya no agarraba la rodilla de Tamlin.

Tamlin. Mi Tamlin.

Apreté el agarre en el largo hueso en mi mano. Estaba temblando—temblando entera. Pero no de miedo. Oh no. No era miedo en absoluto. Yo había demostrado mi amor y algo más.

—Está bien —dijo Amarantha con una pequeña sonrisa—. Supongo que cualquier podría haber hecho eso.



Di unos rápidos pasos y arrojé el hueso hacia ella con todas las fuerzas que me quedaban.

Se incrustó en el barro a sus pies, salpicando suciedad sobre su vestido blanco, y este se quedó allí estremeciéndose.

Las hadas se quedaron sin aliento de nuevo y Amarantha miró el hueso tambaleándose antes de tocar la suciedad en su corpiño. Sonrió lentamente.

—Chica mala —chasqueó con su lengua.

De no haber una trinchera infranqueable allí, le habría arrancado la garganta.

Algún día—si sobrevivía a esto—la despellejaría viva.

—Supongo que te alegrará saber que mucha de mi corte ha perdido una buena cantidad de dinero esta noche —dijo, recogiendo un pedazo de pergamino. Miré a Tamlin mientras ella examinaba el papel. Sus ojos verdes estaban brillantes, y aunque su cara estaba pálida, podría haber jurado que había un fantasma de triunfo en su rostro—. Veamos —continuó Amarantha, leyendo el papel mientras jugueteaba con el hueso del dedo de Jurian al final de su collar—. Sí, diría que casi toda mi corte apostaba que morirías en el primer minuto; algunos dijeron que lo harías en los últimos cinco y... —Ella giró el papel—... solo una persona dijo que ganarías.

Insultante, pero no sorprendente. No luché cuando el Attor me arrastró fuera de las trincheras, aventándome a los pies de la plataforma antes de salir volando. Mi brazo quemó por el impacto.

Amarantha frunció el ceño a su lista e hizo un gesto con la mano.

—Llévensela. Me he cansado de su mundano rostro. —Apretaba los apoyabrazos de su trono con tanta fuera que sus nudillos eran de color blanco—. Rhysand, acércate.

No me quedé el tiempo suficiente para ver el Gran Señor acercándose. Unas manos rojas me agarraron, sosteniéndome fuertemente para evitar que me deslizara. Me había olvidado del barro apelmazándose sobre mí como una segunda piel. A medida que me llevaban lejos, un punzante dolor se disparó por mi brazo, y la agonía cubrió mis sentidos.



Miré hacia mi antebrazo izquierdo entonces, y mi estómago se contrajo ante la sangre goteando, los desgarrados tendones, a los labios de mi piel alzados para acomodar el eje de un fragmento de hueso que sobresalía limpiamente a través de ella.

Ni siquiera pude mirar de nuevo a Tamlin, no pude encontrar a Lucien para darle las gracias antes de que el dolor me consumiera por completo, y apenas pude arreglármelas para caminar de regreso a mi celda.



CAPÍTULO 37

TRADUCIDO POR CLARA // CORREGIDO POR RINCONE

Nadie, ni siquiera Lucien, vino para arreglar mi brazo en los días posteriores a mi victoria. El dolor me abrumó hasta el punto de gritar cada vez que pinchaba el pedazo de hueso que estaba incrustado, y no tenía otra opción más que sentarme allí, dejando que la herida carcomiera mi fuerza, intentando con mi mejor esfuerzo no pensar en el constante palpitar que disparaba chispas de rayos envenenados a través de mí.

Pero peor que eso fue el creciente pánico —pánico de que la herida no había parado de sangrar. Sabía lo que significaba cuando la sangre continuaba fluyendo. Mantuve un ojo en la herida, ya sea por la esperanza de que encontraría la sangre coagulándose, o por el terror de ver los primeros signos de infección.

No pude comer la comida podrida que me dieron. La visión de la comida despertó tal náusea que un rincón de mi celda ahora apestaba a vómito. No ayudó que yo todavía estuviera cubierta de lodo, y que la mazmorra era perpetuamente helada.

Estaba sentada contra la pared más lejana de mi celda, saboreando la frescura de la piedra debajo de mi espalda. Había despertado de un sueño agitado y me encontré ardiendo. Un tipo de fuego que hizo que todo fuera un poco confuso. Mi brazo herido colgaba a mi lado mientras miraba la puerta de la celda. Pareció balancearse, sus líneas ondulaban.

El calor en mi cara era una especie de frío —no una fiebre ocasionada por una infección. Puse una mano en mi pecho, y el lodo seco se desmoronó en mi regazo. Cada una de mis respiraciones era como tragar vidrio roto. No es fiebre. No es fiebre. No es fiebre.

Mis párpados eran pesados, escocían. No podía dormir. Tenía que asegurarme de que la herida no estaba infectada. Tenía que... que...

La puerta se movió entonces—no, no la puerta, sino la oscuridad que estaba alrededor, que parecía ondular. Miedo real se enrollo en mi estómago cuando una figura masculina salió de esa oscuridad, como si se hubiera



deslizado desde las grietas entre la puerta y la pared, apenas más que una sombra.

Rhysand era plenamente corpóreo ahora, y sus ojos violetas brillaban en la penumbra. Sonrió lentamente desde donde estaba, junto a la puerta.

- —Qué lamentable estado para la ganadora de Tamlin.
- —Vete al Infierno —le espeté, pero las palabras eran poco más que un silbido. Mi cabeza era ligera y pesada a la vez. Si intentaba ponerme de pie, me caería.

Él caminó más cerca con esa gracia felina y se dejó caer en una fácil flexión delante de mí. Olfateó, haciendo una mueca hacía la esquina que estaba salpicada con mi vómito. Traté de poner mis pies en una posición más inclinada para alejarme de él o para darle patadas en la cara, pero estaban llenos de plomo.

Rhysand ladeó la cabeza. Su pálida piel parecía irradiar luz alabastra⁵. Parpadeé para alejar la neblina, pero ni siquiera fui capaz de desviar mi rostro mientras sus fríos dedos rozaron mi frente.

—¿Qué diría Tamlin —murmuró—, si supiera que su amada está pudriéndose aquí abajo, ardiendo de fiebre? No es que pueda venir aquí, no cuando sus movimientos son observados.

Mantuve mi brazo oculto en las sombras. Lo último que necesitaba era que supiera lo débil que estaba.

—Vete —le dije, y mis ojos picaron mientras las palabras quemaban mi garganta. Tuve dificultad para tragar.

Levantó una ceja.

- —Vengo aquí para ofrecerte ayuda, ¿y tienes el descaro de decirme que me vaya?
- —Vete —repetí. Mis ojos estaban tan doloridos que dolía mantenerlos abiertos.

⁵ Alabastra: Variedad de caliza, translúcida, generalmente con visos de colores, que se emplea como piedra de ornamentación. Se refiere a una luz pálida.



—Me has hecho ganar un montón de dinero, sabes. Imaginé que podría devolverte el favor.

Incliné mi cabeza contra la pared. Todo daba vueltas—dando vueltas como un trompo, girando como... mantuve apartadas las nauseas.

—Déjame ver tu brazo —dijo muy tranquilamente.

Mantuve mi brazo en las sombras—aunque sólo fuera porque era muy pesado para levantar.

—Déjame verlo —Un gruñido onduló de él. Sin esperar a mi reacción, él agarró mi codo y forzó mi brazo en la tenue luz de la celda.

Me mordí el labio para no llorar—lo suficiente para extraer sangre mientras ríos de fuego explotaban dentro de mí, mi cabeza nadó, y todos mis sentidos se redujeron al pedazo de hueso incrustado en mi brazo. Ellos no podían saberlo, no podían saber lo mal que estaba, porque entonces lo usarían contra mí.

Rhysand examinó la herida, una sonrisa apareció en sus labios sensuales.

- —Oh, es maravillosamente horripilante. —Maldije, y él se rió entre dientes—. Las palabras de una dama.
 - —Vete resoplé. Mi frágil voz era aterradora como la herida.
 - —¿No quieres que sane tu brazo?— Sus dedos apretaron mi codo.
- —¿A qué costo?— Le respondí, pero deje descansar mi cabeza contra la piedra, necesitando su húmeda fuerza.
- —Ah, *eso*. Vivir entre hadas te ha enseñado algunas de nuestras costumbres.

Me concentré en el sentimiento de mi mano sana en mi rodilla—me centré en el lodo seco debajo de mis uñas.

—Voy a hacer un trato contigo —dijo casualmente y bajó suavemente mi brazo. Cuando tocó el suelo, tuve que cerrar los ojos para prepararme contra el flujo de ese envenenado rayo—. Curaré tu brazo a cambio de *ti*. Durante dos semanas de cada mes, dos semanas de mi elección, vivirás



conmigo en la Corte Oscura. Empezando después de este sucio negocio de las tres pruebas.

Mis ojos se abrieron.

- -No. -Ya había hecho un mal trato.
- —¿No? —Él puso sus manos sobre sus rodillas y se inclinó más cerca—. ¿En serio?

Todo estaba empezando a bailar.

- -Vete -susurré.
- —Rechazas mi oferta, ¿y para qué? —No respondí, así que él continuó —: Debes de estar esperando por uno de tus amigos...por Lucien, ¿verdad? Después de todo, fue quien te sano antes, ¿no? Oh, por favor no te hagas la inocente. El Attor y sus compañeros te rompieron la nariz. Así que, a menos que tengas algún tipo de magia sobre el que no has dicho nada, no creo que tus huesos humanos sanen tan rápidamente. —Sus ojos brillaron, y se puso de pie, caminando un poco—. Por como yo veo las cosas, Feyre, tienes dos opciones. La primera y la más inteligente, es aceptar mi oferta.

Escupí a sus pies, pero él mantuvo el ritmo, solo dándome una mirada de desaprobación.

—La segunda opción...y la opción que sólo un tonto tomaría, sería rechazar mi oferta y colocar tu vida, y por lo tanto la de Tamlin, en manos del azar.

Paró de caminar y me miró duramente. Aunque el mundo giró y bailó en mi visión, algo primordial en mi interior se mantuvo quieto y frío bajo esa mirada.

—Digamos que yo salga de aquí. Tal vez Lucien venga en tu ayuda después de cinco minutos de mi partida. Tal vez venga en cinco días. Tal vez no venga en absoluto. Entre tú y yo, él ha estado manteniendo un perfil bajo tras su arrebato bochornoso en tu juicio. Amarantha no está complacida con él. Incluso Tamlin rompió su deliciosa melancolía para rogar que fuera perdonado—un noble guerrero, tu Alto Señor. Ella escuchó, por supuesto—pero sólo después de que hiciera que Tamlin otorgará el castigo de Lucien. Veinte latigazos.



Empecé a temblar, enferma de nuevo con tan solo pensar en lo tenía que haber sido para mí Gran Señor ser quien tuviera que castigar a su amigo.

Rhysand se encogió de hombros, un hermoso y fácil gesto.

—Entonces, realmente es una cuestión de cuánto estás dispuesta a confiar en Lucien y cuánto estás dispuesta a arriesgar por eso. De hecho ya te estás preguntando si esa fiebre es el primer signo de infección. Tal vez no tenga nada que ver, tal vez sí. Quizá esté bien. Tal vez el barro de ese gusano no esté lleno de suciedad enconada. Y tal vez Amarantha envíe a un sanador, y para ese momento, ya estarás muerta, o encontrarán tu brazo tan infectado que serás afortunada si conservas algo por encima del codo.

Mi estómago se apretó en una bola dolorosa.

—No necesito invadir tus pensamientos para saber estas cosas. Ya sé que te has estado dando cuenta. —Él se agachó delante de mí otra vez —. Estas muriendo.

Mis ojos picaban y chupé mis labios en mi boca.

—¿Cuánto estás dispuesta a arriesgar en la esperanza de que otra forma de ayuda vendrá?

Lo miré, enviando tanto odio como pude en mi mirada. Él había sido quien había causado todo esto. Él le dijo a Amaranta sobre Clare; hizo que Tamlin se arrastra.

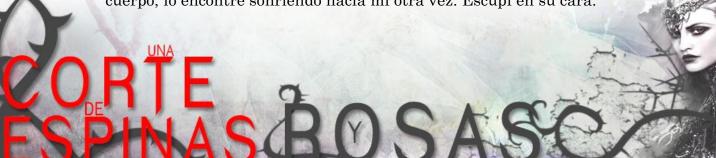
—¿Y bien?

Le mostré mis dientes.

—Vete. Al. Infierno.

Veloz como un rayo, se lanzó, agarró el fragmento de hueso en mi brazo y lo hizo girar. Un grito salió de mí, causando estragos en mi dolorosa garganta. El mundo brilló en blanco, negro y rojo. Me revolqué y retorcí, pero él mantuvo su agarre, torciendo el hueso una última vez antes de soltar mi brazo.

Jadeando, medio sollozando mientras el dolor resonaba a través de mi cuerpo, lo encontré sonriendo hacia mí otra vez. Escupí en su cara.



Sólo se rió mientras se quedaba allí, limpiando su mejilla con la manga de su túnica oscura.

—Esta es la última vez que te extiendo mi ayuda —dijo, haciendo una pausa en la puerta de la celda—. Una vez que salga de esta celda, mi oferta está muerta —Escupí nuevamente, y sacudió su cabeza—. Apuesto a que también escupirías en la cara de la muerte cuando ella venga a reclamarte.

Empezó a mezclarse con la oscuridad, sus bordes desdibujándose la noche eterna.

Él podría estar fingiendo, tratando de engañarme para aceptar su oferta. O tal vez tenga razón—yo podría estar muriendo. Mi vida dependía de ello. *Más* que mi vida dependía de mi elección. Y si Lucien era incapaz de venir... o si él venía demasiado tarde...

Estaba muriendo. Lo había sabido durante algún tiempo. Y Lucien había subestimado mis habilidades en el pasado—nunca había comprendido mis limitaciones como ser humano. Él me había enviado a cazar la Suriel con unos cuantos cuchillos y un arco. Él incluso había admitido vacilar ese día, cuando había gritado por ayuda. Y tal vez él ni siquiera sabía lo mal que estaba. Quizás no comprendía la gravedad de una infección como esta. Él podría venir un día, una hora, un minuto tarde.

La piel blanca de Rhysand comenzó a oscurecerse en nada más que sombras.

—Espera.

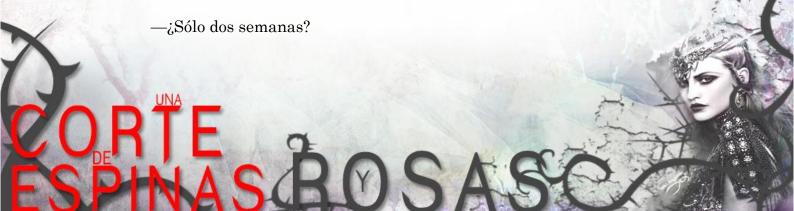
La oscuridad que lo consumía se detuvo. Por Tamlin... por Tamlin, vendería mi alma; daría todo lo que tengo para que él pudiera ser libre.

-Espera -repetí.

La oscuridad desapareció, dejando a Rhysand en su forma sólida mientras que sonreía.

—¿Sí?

Levanté la barbilla tan alta como fui capaz.



- —Sólo dos semanas —ronroneó, y se arrodilló delante de mí—. Dos jóvenes y pequeñas semanas conmigo cada mes son todo lo que pido.
- —¿Por qué? ¿Y cuáles serían... los términos? —pregunté, luchando más allá de los mareos.
- —Ah —dijo, mientras se ajustaba la solapa de su túnica de obsidiana —. Si te dijera esas cosas, no habría nada divertido en ello, ¿no crees?

Miré mi arruinado brazo. Lucien podría no venir nunca, podría decidir que yo no valía la pena que arriesgara su vida, no ahora que había sido castigado por ello. Y si los sanadores de Amarantha cortaban mi brazo...

Nesta habría hecho lo mismo por mí, por Elain. Y Tamlin había hecho tanto por mí, por mi familia; incluso si había mentido sobre el Tratado, sobre perdonarme de sus términos, él aún había salvado mi vida ese día en contra de las Naga, y la había salvado nuevamente enviándome lejos de su mansión.

No podía pensar totalmente de la enormidad de lo que estaba a punto de hacer—o podría negarme otra vez. Me encontré con la mirada de Rhysand.

- —Cinco días.
- —¿Vas a negociar? —Rhysand rió bajo su aliento—. Diez días.

Sostuve su mirada con todas mis fuerzas.

—Una semana.

Rhysand estuvo en silencio por un largo momento, sus ojos recorrieron mi cuerpo y mi cara antes de que él murmurara:

- —Una semana.
- —Entonces tenemos un trato dije. Un sabor metálico lleno mi boca mientras la magia se revolvía entre nosotros.

Su sonrisa se tornó un poco salvaje, y antes de pudiera prepararme, agarró mi brazo. Hubo un cegador y rápido dolor, y mi grito sonó en mis oídos mientras los huesos y la carne se hacían añicos, la sangre corría y entonces...



Rhysand todavía estaba sonriendo cuando abrí los ojos. No tenía idea de cuánto tiempo había estado inconsciente, pero mi fiebre había desaparecido y mi cabeza estaba despejada cuando me senté. De hecho, el lodo se había ido; sentí como si me hubiera acabado de bañar.

Pero entonces levanté mi brazo izquierdo.

—¿Qué es lo que me has hecho?

Rhysand se puso de pie, pasando una mano por su corto y oscuro cabello.

—Es costumbre en mi corte que los tratos sean marcados permanentemente sobre la piel.

Froté mi antebrazo y mi mano izquierda, la totalidad de los cuales ahora estaban cubiertos de remolinos y espirales de tinta negra. Ni siquiera mis dedos fueron perdonados, y un ojo estaba tatuado en el centro de la palma de mi mano. Era felino y su rasgada pupila miraba fijamente hacia mí.

- —Hazlo desaparecer —le dije, y se rió.
- —Los humanos son criaturas muy agradecidas, ¿no?

Desde la distancia, el tatuaje parecía como un guante de encaje de la longitud de mi codo, pero cuando lo sostenía cerca de mi rostro, podía detectar las intrincadas representaciones de flores y curvas que fluían a través para crear un patrón más grande. Permanente. Para siempre.

- —No me dijiste que pasaría esto.
- —No preguntaste. ¿Cómo me puedes culpar? —Caminó hacia la puerta pero persistió, incluso cuando la pura noche flotaba sobre uno de hombros—. A menos que esta falta de gratitud y aprecio sea porque temes la reacción de cierto Gran Señor.

Tamlin. Ya podía ver su cara volviéndose pálida, sus labios volviéndose delgados mientras dejaba salir sus garras. Casi podía oír el rugido que emitiría cuando me preguntara en qué había estado pensando.

—Creo que esperaré a decírselo hasta que sea el momento apropiado — dijo Rhysand. El brillo de sus ojos me dijo lo suficiente. Rhysand no había



hecho nada de esto para salvarme, sino para lastimar a Tamlin. Y yo había caído en su trampa—caído en una peor que en la mía en la que había caído el gusano.

—Descansa, Feyre —dijo Rhysand convirtiéndose en nada más que sombras y desapareció por una grieta en la puerta.



CAPÍTULO 38

TRADUCIDO POR B. DE MELODY // CORREGIDO POR MAJOMAESTRE27

Trataba de no mirar mi brazo izquierdo mientras frotaba el suelo del corredor. La tinta—que en la luz era en realidad de un azul tan oscuro que parecía negra—era una nube sobre mis pensamientos, y eran lo suficientemente desoladores incluso sin saber que me había vendido yo misma a Rhysand. No podía mirar el ojo en mi palma. Tenía un absurdo, extraño sentimiento de que me observaba.

Remojé el largo cepillo en la cubeta que los guardias de piel roja habían tirado a mis brazos. Apenas pude comprenderlos con sus bocas llenas de dientes amarillos, pero cuando me dieron el cepillo y la cubeta y me arrastraron al largo corredor de mármol blanco, lo entendí.

—Si no está lavado y brillante para la cena —uno de ellos había dicho, sus dientes haciendo clic mientras sonreía—, te ataremos al asador y te daremos algunas buenas vueltas sobre el fuego.

Con eso, se fueron. No tenía ni idea de cuándo era la cena, así que comencé a lavar frenéticamente. Mi espalda ya ardía como el fuego, y no había estado fregando el corredor de mármol durante más de treinta minutos. Pero el agua que me habían dado estaba sucia, y cuanto más fregaba el suelo, más sucio estaba. Cuando me dirigí a la puerta para pedir un cubo de agua limpia, la encontré bloqueado. No habría ninguna ayuda.

Una tarea imposible, una tarea para atormentarme. El asador, tal vez eso era la fuente de los constantes gritos en las mazmorras. ¿Podrían unas cuantas vueltas en el asador derretir toda la carne en mí, o simplemente quemarme tanto como para obligarme a otro trato con Rhysand? Maldije mientras fregaba más duro, las cerdas gruesas del cepillo arañando y susurrando contra las baldosas. Iba dejando un arco iris de color marrón a su paso, y gruñí mientras sumergía el cepillo de nuevo. Agua sucia salió con el cepillo, goteando por todo el suelo.

El rastro de lodo marrón crecía con cada barrida. Respirando rápidamente, lancé el cepillo al suelo y cubrí mi rostro con mis manos



húmedas. Bajé mi mano izquierda cuando me di cuenta que el ojo estaba presionado contra mi mejilla.

Trague rápidos jadeos de aire. Tenía que haber una manera racional de hacer esto; tenía que haber viejos trucos para esto. El asador—atada a un asador como un cerdo rostizado.

Recogí el cepillo de donde lo había aventado y restregué el suelo hasta que mis manos palpitaron. Parecía como si alguien hubiera derramado barro por todo el lugar. La suciedad en realidad se estaba convirtiendo en barro cuanto más fregaba. Probablemente me lamentaré y rogaré por misericordia cuando me giren en ese asador. Había habido líneas rojas que cubrían el cuerpo desnudo de Clare—¿Con qué instrumento de tortura se lo habrán hecho? Mis manos temblaban, y detuve el cepillo. Podría acabar con un gusano gigante, pero fregar un suelo…era una tarea imposible.

Una puerta se abrió en algún lugar de la sala, y me puse de pie. Una cabeza castaña apareció delante de mí. Me hundí con alivio. Lucien...

No Lucien. El rostro que se volvió hacia mí era femenino...y desenmascarado.

Se veía quizás un poco mayor que Amarantha, pero su piel de porcelana era exquisitamente colorido, agraciado con el rubor más débil de rosa a lo largo de sus mejillas. Si el pelo rojo no había sido suficiente indicación, cuando sus ojos rojizos encontraron con los míos, supe quien era.

Incliné mi cabeza ante la Señora de la Corte de Otoño, y ella inclinó la barbilla ligeramente, supuse que eso era honor suficiente.

—Por darle tu nombre en lugar de la vida de mi hijo —dijo ella, su voz dulce como manzanas calentadas por el sol. Debió haber estado en la multitud ese día. Señaló a la cubeta con una mano larga y delgada—. Mi deuda está pagada. —Desapareció por la puerta que había abierto, y podría haber jurado que olía a castañas asadas y crepitante fuego.

Fue sólo después de que la puerta se cerró que me di cuenta que debería haberle dado las gracias, y sólo después que miré en mi cubo me di cuenta que había estado escondiendo mi brazo izquierdo detrás de mi espalda.

Me arrodillé al lado del cubo y mojé mis dedos en el agua. Salieron limpios.



Me estremecí, dándome un momento para desplomarme sobre mis rodillas antes de que vertiera una parte del agua en el suelo y ver como limpiaba el lodo.



Para disgusto de los guardias, había completado su imposible tarea. Pero al día siguiente, sonreían mientras me metían en una masiva habitación oscura, iluminada sólo por un par de velas, y señalaban la chimenea.

—Un siervo derramó lentejas en las cenizas —gruñó uno de los guardias, lanzándome un cubo de madera—. Límpiala antes de que regrese el ocupante, o te pelará la piel a tiras.

Una puerta siendo cerrada de golpe, el clic de una cerradura, y estaba sola.

Ordenar lentejas desde cenizas y brasas—ridículo, derrochador, y...

Me acerqué a la chimenea oscura y me encogí.

Imposible.

Eché un vistazo alrededor de la habitación. No había ventanas, ni otra salida más que por la que acababa de entrar. La cama era enorme y estaba hecha, sus sábanas negras de seda. No había nada más en la sala que mobiliario básico; ni siquiera ropa usada o libros o armas. Como si su ocupante nunca durmiera aquí. Me arrodillé delante de la chimenea y calmé mi respiración.

Tenía ojos penetrantes, me recordé a mí misma. Podía ver conejos escondidos en la maleza y seguirle la pista a cosas que querían seguir siendo invisibles. Ver lentejas no podía ser tan difícil. Suspirando, me arrastré dentro de la chimenea y comencé.



Estaba equivocada.

Dos horas más tarde, mis ojos ardían y dolían, y aunque peinara cada pulgada de esa chimenea, siempre había más lentejas, más y más que de alguna manera yo no veía. Los guardias nunca dijeron cuando regresaría el propietario de esta habitación, y con cada tic-tac del reloj en la repisa se convertía en una sentencia de muerte, cada paso al otro lado de la puerta hacia que alcanzara el atizador de hierro apoyado en la pared de la habitación. Amarantha nunca dijo nada acerca de no defenderse, nunca especificó que no se me permitía defenderme. Al menos me iría peleando.

Regí de entre las cenizas una y otra vez. Mis manos estaban ahora negras y manchadas, mi ropa cubierta de hollín. Seguramente no podía haber nada más; seguramente...

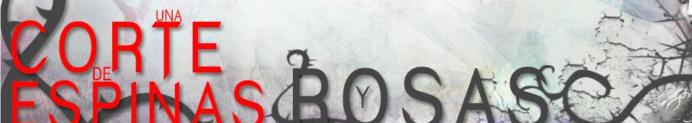
La cerradura hizo clic y me lancé a por el atizador mientras me ponía de pie, de espaldas a la chimenea y la varilla de hierro detrás de mí.

La oscuridad entró en la habitación, apagando las velas con un beso frio de brisa. Agarré el atizador más duro, presionándome contra la piedra de la chimenea, incluso cuando la oscuridad se instaló en la cama y tomó una forma familiar.

—Tan maravilloso como es verte, Feyre, querida —dijo Rhysand, tumbado en la cama con la cabeza apoyada en una mano—. ¿Quiero saber por qué estas escarbando en mi chimenea?

Me incliné de rodillas ligeramente, preparándome para correr, escapar, hacer cualquier cosa para llegar a la puerta que se sentía muy, muy lejos.

- —Ellos me dijeron que tenía que limpiar las lentejas de entre las cenizas, o me arrancarías la piel.
 - —Eso hicieron —Una sonrisa felina.
- —¿Tengo que darte las gracias por esta idea? —silbé entre dientes. No tiene permitido matarme, no con mi trato con Amarantha, pero... había otras maneras de hacerme daño.
- —Oh, no —dijo arrastrando las palabras—. Nadie sabe de nuestro pequeño asunto todavía y has conseguido mantenerlo en silencio. ¿La vergüenza está dándote un duro paseo?



Apreté mi mandíbula y señalé la chimenea con una mano, manteniendo el atizador escondido detrás mí.

- -¿Está lo suficientemente limpio para ti?
- —¿Por qué había lentejas en mi chimenea para empezar?

Le di una mirada plana.

- —Una de las tareas del hogar de su señora, supongo.
- —Hm —dijo, examinando sus uñas—. Al parecer, ella o sus compinches creen que encontraré algún deporte contigo.

Mi boca se secó.

- —O es una prueba para ti —me las arreglé para salir—. Dijiste que apostaste por mí en mi primera tarea. Ella no parecía contenta al respecto.
 - —¿Y Amarantha por qué tendría que ponerme a prueba?

No me creí esa mirada violeta. *Puta de Amarantha*, lo llamó una vez Lucien.

—Le mentiste. Acerca de Clare. Tú sabías muy bien cómo me veía.

Rhysand se sentó en un movimiento fluido y apoyó los antebrazos sobre los muslos. Tal gracia contenida en una forma tan poderosa. *Yo estaba masacrando en el campo de batalla antes de que nacieras*, le había dicho una vez a Lucien. No lo dudaba.

- —Amarantha juega sus juegos —dijo simplemente—, y yo juego los míos. Se pone aburrido aquí abajo, día tras día.
- —Ella te dejó salir por la Noche del Fuego. Y tú de alguna manera conseguiste salir para poner esa cabeza en el jardín.
- —Ella me pidió que pusiera esa cabeza en el jardín. Y en cuanto a la Noche del Fuego... —Él me miró de arriba hacia abajo—. Tenía mis razones para estar fuera entonces. No pienses que aquello no me costó, Feyre —Él sonrió de nuevo, y no le llegó a los ojos—. ¿Vas a soltar el atizador, o puedo esperar que empieces a balancearlo pronto?

Me tragué mi maldición y lo saqué, pero no lo solté.



- —Un valiente esfuerzo, pero inútil —dijo. Cierto, tan cierto, cuando él ni siquiera necesitó sacar sus manos de los bolsillos para apoderarse de la mente de Lucien.
- —¿Cómo es que tú aún tienes tanto poder y los otros no? Pensé que ella les había robado a todos sus habilidades.

Levantó una peinada ceja oscura.

—Oh, ella tomó mis poderes. Este... —Sentí la caricia de garras contra mi mente. Di un salto hacia atrás, chocando contra la chimenea. La presión en la cabeza desapareció—. Esto no es más que el remanente. Los restos que me quedaron para jugar. Tu Tamlin tiene fuerza bruta y cambia de forma; mi arsenal es un surtido mucho más letal.

Sabía que no se estaba echando un farol, no cuando había sentido esas garras en mi mente.

- —¿Entonces no puedes cambiar de forma? ¿No es una especialidad de Gran Señor?
- —Oh, todos los Altos Señores pueden. Cada uno de nosotros tiene una bestia debajo de nuestra piel, rugiendo por salir. Mientras que tu Tamlin prefiere pieles, yo encuentro que las alas y las garras son más entretenidas.

Un frío besó paso por mi espina dorsal.

- -¿Puedes cambiar ahora, o también te quito eso?
- —Tantas preguntas de una pequeña humana.

Pero la oscuridad que se cernía a su alrededor comenzó a retorcerse y girar y estallar cuando se puso en pie. Parpadeé, y aquello se había ido.

Levanté el atizador de hierro, sólo un poco.

—No es un cambio completo, ¿ves? —dijo Rhysand, chocando las garras afiladas negras que habían reemplazado sus dedos. Por debajo de la rodilla, la oscuridad manchaba su piel, pero también brillaban garras en lugar de los dedos del pie—. No me gusta especialmente ceder por completo a mi lado más vil.

Cierto, todavía era la cara de Rhysand, su poderoso cuerpo masculino, pero detrás de él habían unas enormes alas membranosas—como las de un



murciélago, igual que las de Attor. Las dobló cuidadosamente detrás de él, pero la única garra en la cima se asomaba por encima de sus anchos hombros. Horrible, impresionante—la cara de mil pesadillas y sueños. De nuevo esa inservible parte de mí se estremeció con la vista, la manera en la que la luz de las velas brillaban a través de las alas, iluminando las venas, la forma en que rebotaba en sus garras.

Rhysand rodó el cuello, y todo se desvaneció en un flash—las alas, las garras, los pies, dejando sólo el hombre detrás, bien vestido y sereno.

—¿No hay intentos de adulación?

Había cometido un error muy, muy grande en ofrecerle mi vida.

Pero dije:

—Ya tienes una opinión suficientemente alta de ti mismo. Dudo que la adulación de una pequeña humana te importe demasiado.

Dejó escapar una risa baja que se deslizó a lo largo de mis huesos, calentando mi sangre.

—No puedo decidir si te considero admirable o muy estúpida por ser tan atrevida con un Gran Señor.

Sólo alrededor suyo tenía problemas para mantener la boca cerrada, al parecer. Así que me atreví a preguntar:

—¿Tienes la respuesta al acertijo?

Se cruzó de brazos.

- —Haciendo trampas, ¿eh?
- —Ella nunca dijo que no pudiera pedir ayuda.
- —Ah, pero después de que ella te mandara a golpear hasta el infierno, nos ordenó no ayudarte. —Esperé. Pero el negó con la cabeza—. Incluso si quisiera ayudar, no podría. Ella da una orden, y nosotros obedecemos. Recogió una hojuela de polvo de su chaqueta negra—. Es algo bueno que yo le guste, ¿no es cierto?

Abrí mi boca para presionarlo—para rogarle. Si significaba libertad instantánea...



—No gastes tu aliento —dijo—. No puedo decírtelo—nadie aquí puede. Si ella nos ordena a todos que dejemos de respirar, tendremos que obedecer eso también. —Me sonrió y chasqueó los dedos. El hollín, el polvo, las cenizas se desvanecieron de mi piel, dejándome igual de limpia que si me hubiera bañado—. Ahí está. Un regalo—por tener las agallas de incluso preguntar.

Le di una mirada plana, pero el hizo un gesto a la chimenea.

No tenía manchas y mi cubeta estaba llena de lentejas. La puerta se abrió por sí misma, mostrando a los guardias que me habían arrastrado hasta allí. Rhysand ondeo una perezosa mano hacia ellos.

—Ella ha cumplido con su tarea. Llévenla de regreso.

Ellos hicieron ademan de agarrarme, pero él mostro sus dientes en una sonrisa que era de todo menos amistosa y se detuvieron.

—No más quehaceres, no más tareas —dijo, su voz una caricia erótica. Sus ojos amarillos se pusieron vidriosos y opacos, sus afilados dientes relucieron mientras aflojaba su boca—. Díganles a los otros, también. Manténganse lejos de su celda, y no la toquen. Si lo hacen, van a tener que sacar sus propias dagas e intestinos ustedes mismos. ¿Entendido?

Mareados y entumidos asentimientos, entonces parpadearon y se enderezaron. Me estremecí. Glamour, control mental—lo que sea que él había hecho, funcionó. Hicieron señas—pero no se atrevieron a tocarme.

Rhysand me sonrió.

—De nada —ronroneó mientras salía.



CAPÍTULO 39

TRADUCIDO POR B. DE MELODY // CORREGIDO POR RINCONE

Desde ese punto en adelante, cada mañana y noche, caliente carne fresca aparecía en mi celda. La engullía de arriba abajo pero mientras lo hacía, maldecía el nombre de Rhysand. Atascada en la celda, no tenía nada más que hacer que reflexionar en el enigma de Amarantha—usualmente para terminar con un palpitante dolor de cabeza. Lo recitaba una y otra, y otra vez, pero era en vano.

Los días pasaron, y no vi a Lucien o Tamlin, y Rhysand nunca vino a molestarme. Estaba sola—completamente sola, encerrada en silencio—aunque los gritos en las mazmorras nunca cesaban. Cuando los gritos se volvían demasiado insoportables y ya no podía callarlos, miraba el ojo tatuado en la palma de mi mano. Me pregunté si lo había hecho para recordarme silenciosamente a Jurian—una cruel bofetada en la cara indicando que, quizás, iba bien encaminada en pertenecerle a él como el antiguo guerrero ahora pertenecía a Amarantha.

De vez en cuando, decía unas pocas palabras al tatuaje—luego me maldecía por haber sido tan tonta. O maldecía a Rhysand. Pero podría jurar que una noche antes de dormirme, lo vi parpadear.

Si había contado mis comidas correctamente, aproximadamente cuatro días después de haber visto a Rhysand en su habitación, dos hembras Altas Fae aparecieron en mi celda.

Llegaron a través de las grietas astillosas de la oscuridad, justo como Rhysand. Pero mientras él se había solidificado en una forma tangible, estas hadas permanecían, en su mayoría, hechas de sombras, sus rasgos eran apenas discernibles, salvo por sus flojos y sueltos vestidos de telarañas. Ellas permanecieron en silencio cuando me alcanzaron. No pelee contra ellas—no había nada con lo que pelear, y ningún lugar adonde correr. Sus manos sujetaron firmemente mis antebrazos, su agarre era frio pero solido—como si las sombras fueran una capa, una segunda piel.



Tenían que haber sido enviadas por Rhysand—algunos sirvientes de la Corte Oscura. Ellas podían haber sido mudas por todo lo que me dijeron mientras se presionaban contra mi cuerpo y me daban un paseo—físicamente pasando—a través de la puerta cerrada, como si no estuviese allí. Como si también me hubiese convertido en una sombra. Mis rodillas se doblaron por la sensación, arañas arrastrándose por mi columna y mis brazos, mientras caminábamos a través de la oscuridad de las aullantes mazmorras. Ninguno de los guaridas nos detuvo— ellos ni siquiera miraron en nuestra dirección. Éramos invisibles, nada más que un parpadeo de oscuridad para los ojos.

Las hadas me condujeron por polvorientas escaleras y salas olvidadas hasta que llegamos a una indescriptible habitación donde me desnudaron, me bañaron con rudeza y luego—para mi horror—comenzaron a pintar mi cuerpo.

Sus pinceles eran insoportablemente fríos y delicados, sus apretones vagos eran firmes cuando me retorcía. Las cosas solo empeoraron cuando pintaron mis partes más íntimas, y era todo un esfuerzo no golpear a alguna de ellas en la cara. No ofrecieron ninguna explicación de por qué—ni ninguna indirecta de si esto era otro tormento enviado por Amarantha. Incluso si huía, no había ningún lugar al que escapar—no sin condenar a Tamlin aún más. Así que dejé de demandar respuestas, paré de resistirme, y las dejé terminar.

Del cuello para arriba, estaba majestuosa: mi cara había sido adornada con cosméticos—mis labios coloreados de rojo sangre, polvo de oro en mis parpados y sombra definiendo mis ojos—mi cabello estaba enrollado alrededor de una pequeña diadema de oro con incrustaciones de lapislázuli. Pero desde mi cuello hacia abajo, yo era el juguete de un dios pagano. Habían continuado el patrón del tatuaje en mi brazo, y una vez que la pintura negra y azul se había secado, me habían colocado un vestido blanco de gasa.

Si es que se le podía llamar vestido. Era tela suficiente como para cubrir mis pechos, fijada en cada hombro con broches de oro. Secciones de ella fluían hasta un cinturón enjoyado que caía sobre mis caderas, donde se unía una sola pieza de tela que colgaba entre mis piernas y el suelo. Apenas me cubría, y por el frio aire que sentía sobre mi piel, sabía que en su mayoría, mi parte trasera se encontraba expuesta.



La fría brisa acariciando mi piel fue suficiente para encender mi rabia. Las dos Altas Fae ignoraron mis demandas de ser vestida con algo más, sus sombreadas caras ignorándome, pero cuando traté de liberarme sostuvieron mis brazos firmemente.

—Yo que tu no haría eso —dijo una profunda y armoniosa voz desde la puerta. Rhysand estaba apoyado en la pared, sus brazos cruzados sobre su pecho.

Debería haber sabido lo que él estaba haciendo, debería haberlo sabido por todos los diseños a juego por todo mi cuerpo.

- —Nuestro trato aún no ha comenzado —le espeté. Los instintos que alguna vez me habían hecho quedarme callada alrededor de Tam y Lucien fallaban completamente frente a la cercana presencia de Rhysand.
- —Ah, pero yo necesitaba una escolta para la fiesta —Sus ojos violetas brillaron como estrellas—. Y cuando pensé en ti en esa celda toda la noche, sola... —Agito una mano, y las criadas hada se desvanecieron a través de la puerto detrás de él. Me estremecí mientras caminaban atravesando la puerta de madera—sin ninguna duda una habilidad que todos en la Corte Oscura poseían—y Rhysand rio.
 - —Te ves justo como lo esperaba.

De las telarañas de mi memoria, recordé similares palabras que Tamlin una vez susurró en mi oído.

- ¿Esto es necesario? —dije señalando la pintura y las ropas.
- —Por supuesto —dijo fríamente—. ¿De qué otra forma sabría si alguien te toca?

Se acercó, y yo me preparé mientras deslizaba un dedo a lo largo de mi hombro, corriendo la pintura. En cuanto su dedo abandonó mi piel, la pintura se arregló por sí misma, retornado al diseño original.

—El vestido en si no la estropeará y tampoco lo harán tus movimientos. —dijo con su cara próxima a la mía. Sus dientes estaban demasiado cerca de mi garganta—. Y recordaré exactamente donde *mis* manos han estado. Pero si alguien más te toca... digamos cierto Gran Señor que disfruta de la primavera...yo lo sabré. —El tocó mi nariz—. Y, Freyre —añadió—. No me gusta que *mis* pertenencias sean manipuladas.



Hielo envolvió mi estómago. Él me había comprado por una semana cada mes. Aparentemente, él pensaba que se extendía por el resto de mi vida también.

—Vamos —dijo Rhysand, haciendo señas con una mano—. Ya llegamos tarde.



Caminamos por los pasillos. Los sonidos de alegría se elevaron frente a nosotros, y mi cara se enrojeció lamentando silenciosamente la elección de la tela trasparente de mi vestido. Debajo de ella, mis pechos eran visibles para todo el mundo, la pintura difícilmente dejaba algo a la imaginación, y el frio aire de la cueva hizo poner mi piel de gallina. Mis piernas, los costados, y la mayoría de mi estómago estaban expuestos salvo los ejes delgados de tela. Tuve que apretar fuertemente mis dientes para que no castañeasen. Mis pies desnudos estaban casi congelados—esperaba que adonde fuéramos, hubiera un gran fuego.

Música extraña traspasaba dos grandes puertas de piedra que inmediatamente reconocí. El salón del trono. *No.* No, cualquier lugar menos ahí.

Hadas y Altos Faes se quedaron mirando cuando pasamos la entrada. Algunos se inclinaron ante Rhysand, mientras otros miraban boquiabiertos. Pude ver a algunos de los hermanos mayores de Lucien junto a las puertas. Las sonrisas que ellos me dieron eran nada menos que inteligentes.

Rhysand no me tocó, pero caminaba lo suficientemente cerca para que fuese obvio que estaba con el—que *le pertenecía* a él. No me habría sorprendido si hubiera fijado un collar y una correa alrededor de mi cuello. Quizás él lo había hecho en algún momento, ahora que yo estaba obligada a él, el trato marcado en mi piel

Susurros se escuchaban por debajo de los gritos de celebración, e incluso la música se calmó cuando parte del público se separó e hizo un pasillo hacia la plataforma de Amarantha para nosotros. Levanté mi barbilla, el peso la diadema clavándose en mi cráneo.

Había batido su primera tarea. Había ganado sus serviles tareas. Podía mantener mi cabeza en alto.



Tamlin estaba sentado a su lado en el mismo trono, en sus habituales ropas, sin armas enfundadas en su cuerpo. Rhysand había dicho que quería decirle en el momento adecuado, que deseaba *herir* a Tamlin al revelar el trato que yo había hecho. *Cabrón*. Miserable cabrón.

- —Feliz Verano —dijo Rhysand, doblándose ante Amarantha. Ella usaba un hermoso vestido lavanda y orquídea—violeta —sorprendentemente modesto. Yo era una salvaje ante su cultivada belleza.
- —¿Qué has hecho con mi captiva? —dijo ella, pero su sonrisa no alcanzó sus ojos.

El rostro de Tamlin era como de piedra—de piedra, salvo por el blanco de sus nudillos que se agarraban a los brazos del trono. Sin garras. Él fue capaz de mantener esa señal de su temperamento bajo control, por lo menos.

Había cometido una estupidez vinculándome con Rhysand. Rhysand, con sus alas y garras al acecho bajo aquella superficie hermosa, impecable; Rhysand, quien podía destruir mentes. *Lo hice por ti*, quise gritar.

—Hicimos un trato. —dijo Rhysand. Me estremecí cuando alejó un vago cabello de mi rostro. Recorrió con sus dedos mi mejilla—una gentil caricia. El salón del trono se quedó en silencio mientras decía sus siguientes palabras a Tamlin—. Una semana conmigo en la Corte Oscura cada mes a cambio de mis servicios curativos después de su primera tarea. —Levantó mi brazo izquierdo para revelar el tatuaje, la tinta no brillaba tanto como la pintura que cubría mi cuerpo. —Por el resto de su vida —añadió casualmente, pero sus ojos estaban ahora sobre Amarantha.

La Reina Hada se enderezó un poco, incluso el ojo de Jurian parecía estar fijo en mí, en Rhysand. *Por el resto de mi vida,* había dicho como si fuera a extenderse por mucho, mucho tiempo.

Él pensaba que yo iba a vencer sus tareas.

Me quede mirando su perfil, su elegante nariz y sensuales labios. Juegos—a Rhysand le gusta jugar juegos y parecía que ahora yo iba a ser una pieza clave en el que estuviera jugando.

—Disfruten de mi fiesta —fue la única respuesta de Amarantha a la vez que jugaba con el hueso que se encontraba al final de su collar. Despedido, Rhysand puso una mano en la parte baja de mi espalda para dirigirnos lejos, para alejarme de Tamlin, quien aún agarraba el trono.



La audiencia se mantuvo a una buena distancia y yo no podía reconocer a ninguno de ellos, con miedo de volver a mirar a Tamlin, o quizás a Lucian—ver la expresión en su rostro cuando me vio.

Mantuve mi barbilla en alto. No dejaría a los otros notar debilidad —no dejaría hacerles saber lo mucho que me mataba estar expuesta a ellos, de tener los símbolos de Rhysand pintados sobre casi cada pulgada de mi piel, de Tamlin verme degradándome.

Rhysand se detuvo ante una mesa rebosante de comida exquisita. Los Altos Faes a su alrededor se disiparon rápidamente. Si había otros miembros de la Corte Oscura, no se desplazaban con oscuridad de la manera en la que Rhysand y sus sirvientes lo hacían; nadie se atrevió a acercarse a él. La música aumento considerablemente sugiriendo que probablemente habría un baile en algún lugar del salón.

-¿Vino? -dijo, ofreciéndome un cáliz.

La primera regla de Ali. Sacudí mi cabeza.

Él sonrió, y extendió el cáliz otra vez.

—Bebe, lo necesitarás.

Bebe, en mi mente se hizo eco, y mis dedos se agitaron, moviéndose hacia la copa. No. No, Alis dijo que no bebiera el vino—este vino era diferente al efervescente y liberador vino del solsticio.

—No —dije, y algunas hadas que nos observaban desde una distancia segura, rieron.

—Bebe —dijo, y mis traicioneros dedos se envolvieron alrededor del cáliz



Desperté en mi celda, todavía llevando ese pañuelo que él llamaba vestido. Todo daba vueltas tan rápido que apenas llegué a la esquina antes de vomitar. Una vez. Y otra vez. Cuando vacié mi estómago, me arrastré a la esquina opuesta de la celda y colapsé.



El sueño llegó a ratos mientras el mundo seguía girando violentamente a mí alrededor. Estaba atada a una rueda giratoria, que daba vueltas y vueltas y vueltas...

No hace falta decir que pasé una buena cantidad del día enferma.

Acababa de terminar de recoger la cena caliente que había aparecido antes cuando la puerta crujió y la cara dorada de un zorro apareció—junto con un ojo de metal.

-Mierda -dijo Lucien-. Hace un frio de muerte aquí dentro.

Lo hacía, pero me sentía demasiado mareada para darme cuenta. Mantener mi cabeza en alto y la comida quieta, era todo un esfuerzo. Se desabrochó la capa y la puso sobre mis hombros. Su pesada calidez se filtró en mí.

- —Mira esto —dijo mirando la pintura sobre mí. Por suerte, estaba intacta, salvo por algunos lugares en mi cintura—. Bastardo.
- —¿Qué pasó? —pregunté, a pesar de que no estaba muy segura de querer escuchar la repuesta. Mi memoria era una oscura mancha salvaje de música.

Lucian retrocedió.

- —No creo que quieras saber. —Estudié las pocas manchas en mi cintura, señales que dejaban entrever que unas manos me habían tocado.
- —¿Quién me hizo esto? —pregunté silenciosamente, mis ojos trazando de la estropeada pintura.
 - -¿Quién crees que fue?

Mi corazón se encogió y miré el suelo.

—¿A... acaso lo vio Tamlin?

Lucien asintió.

—Rhys solo lo hizo para conseguir una reacción de él.



- —¿Funcionó? —Aún no podía mirar a Lucien a la cara. Sabía que, al menos, no había sido violada más allá de mis costados. La pintura me dijo mucho.
 - —No. —dijo Lucien y sonreí abiertamente.
- -iQué...que hice todo ese tiempo? —Esto en cuanto a la advertencia de Alis.

Lucien dejó escapar un profundo suspiro, pasando una mano por su rojo cabello.

- —Te tuvo bailando para él casi toda la noche, y cuando no estabas bailando, estabas sentada en su regazo.
 - -¿Qué tipo de baile? -empujé
 - —No fue del tipo que bailaste con Tamlin en el Solsticio
 - -¿Qué tipo de danza? -Presioné
- —No del tipo que bailaste con Tamlin en el Solsticio —dijo Lucien, y mi cara enrojeció. Desde la oscura profundidad de mi memoria, recordé la cercanía de aquel par de ojos violáceos—ojos que brillaban traviesamente al contemplarme.
 - —¿En frente de todos?
- —Sí —respondió Lucien, de una manera tan gentil que nunca había visto antes. Me puse rígida. No quería su lástima. Suspiró y me tomó del brazo izquierdo, examinando el tatuaje—. ¿En qué estabas pensando? ¿No sabías que vendría tan rápido como fuera posible?

Me solté de su agarre.

- —¡Me estaba muriendo! ¡Tenía fiebre! ¡Apenas podía permanecer consiente! ¿Cómo se suponía que iba a saber si vendrías? ¿Qué incluso entenderías lo rápido que pueden morir los humanos por esa clase de cosas? Me dijiste que *dudaste* esa vez con la naga.
 - —Le hice un juramento a Tamlin...
- —¡No tenía otra opción! ¿Pensaste que seguiría confiando en ti después de todo lo que me dijiste en la mansión?"



-Arriesgué mi cuello por ti durante tu tarea. ¿Acaso eso no fue suficiente? —Su ojo de metal tembló suavemente—. Ofreciste tu nombre por mí, después de todo lo que te dije, de todo lo que hice, aun así lo ofreciste. ¿No te diste cuenta que después de eso te ayudaría? ¿Juramento o no?

No me había dado cuenta que significaría algo para él.

- —No tenía otra opción —repetí respirando agitadamente.
- ¿Acaso no entiendes que es Rhys?
- —¡Claro que sí! —ladré, luego suspiré—. Sí, lo sé —reafirmé, y observé el ojo en mi palma—. Ya está hecho. Por lo que no necesitabas jurar lo que sea que hayas jurado ante Tamlin para protegerme o por sentir que me debes algo por salvarte de Amarantha. Lo habría hecho sólo para romperle el ego a tu hermano.

Lucien chasqueó su lengua, pero manteniendo su ojo rojizo brillando.

- —Me alegra ver que no has vendido tu vivo espíritu humano, ni tu terquedad a Rhys.
 - —Sólo una semana de mi vida cada mes.
- —Sí, bueno, veremos *eso* cuando llegue el momento —gruñó, pestañeó su ojo metálico para luego enfocarlo en la puerta. Se puso de pie—. Tengo que irme. La rotación está por hacerse.

Dio un paso antes de que vo dijera:

—Lo siento, siento que ella te haya castigado por ayudarme durante mi prueba. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Oí que ella hizo que Tamlin te lo hiciera. —Se encogió de hombros, pero de todas formas dije—: Gracias. Por ayudarme, quiero decir.

Caminó hacia la puerta, y por primera vez me di cuenta que tan rígidamente se movía.

—Es la razón por la que no pude venir antes —dijo, aclarando su garganta. —Ella uso sus—*nuestros* poderes para impedir que me curara. No he sido capaz de moverme hasta el día de hoy.

Respirar se volvió difícil.



- —Toma —le dije, sacándome la capa y poniéndome en pie para dársela en la mano. Repentinamente el frio me provoco piel de gallina.
- —Quédatela. Se la robé a un guardia que dormitaba de camino aquí. En la penumbra, el símbolo bordado de un dragón dormido brillaba. El escudo de armas de Amarantha. Hice una mueca—. Además —añadió Lucien con una sonrisa—. Ya he visto suficiente de ti con ese vestido para el resto de mi vida. —Me sonrojé mientras él abría la puerta.
- -Espera —dije—. ¿Tamlin está...está bien? Quiero decir... quiero decir el hechizo en el que Amarantha lo tiene sometido lo hace tan silencioso...
- -No hay hechizo. ¿No se te ha ocurrido que Tamlin se mantiene en silencio para evitar delatarle a Amarantha qué forma de tu tormento le afecta más?

No, no lo había hecho.

-Está jugando un juego peligroso, sin embargo, -dijo Lucien, deslizándose por la puerta—. Todos lo estamos.



La siguiente noche, otra vez fui bañada, pintada, y llevada al miserable salón del trono. Ningún baile esta vez, solo un tipo de entretenimiento nocturno. El cual, resulte ser yo. Después de beber el vino, fui absolutamente incapaz de saber lo que estaba sucediendo.

Noche tras noche, era vestida de la misma manera y obligada a acompañar a Rhysand a la habitación del trono. Así me convertí en el juguete de Rhysand, en la ramera de la puta de Amarantha. Despertaba con vagos recuerdos, bailando entre las piernas de Rhysand mientras él se encontraba sentado en una silla riendo; de sus manos, pintadas de azul por los lugares en los que me tocaba, mi cintura, mis brazos, pero de alguna forma, nunca otra lugar más que esos. El me hacía bailar hasta enfermarme, y una vez que me había recuperado, me decía que empezara a bailar otra vez.

Despertaba enferma y exhausta cada mañana, las actividades de la noche me dejaban agotada. Pasaba los días durmiendo eliminando el vino de las hadas, dormitando para escapar de la humillación que sufría. Cuando



podía, contemplaba el acertijo de Amarantha, analizando cada palabra en vano.

Y cuando volvía a entrar a la sala del trono, solo podía vislumbrar por un segundo a Tamlin antes de que las drogas del vino se apoderaran de mí. Pero cada vez, cada noche, en cada mirada, no ocultaba el amor y el dolor que brotaban de mis ojos cuando se encontraban con los suyos.



Ya había terminado el ritual de ser pintada y vestida, mi vestido de esa noche era de un rojo sangre anaranjado, cuando Rhysand entró a la habitación. Las criadas de sombra, como lo usual, caminaron hacia las paredes y desaparecieron. Pero en lugar de llamarme a su lado, Rhysand cerró la puerta.

—Tu segundo desafío es mañana por la noche —dijo neutralmente. El hilo de oro y plata en su túnica negra brillaba a la luz de las velas. Nunca llevaba otro color

Fue como una pedrada en la cabeza. Había perdido la cuenta de los días.

—¿Y?

- —Podría ser el último —dijo, y se apoyó en el marco de la puerta con sus brazos cruzados.
- —Si estas tratando de burlarte para jugar otro juego de los tuyos, estás perdiendo el aliento.
 - —¿No me vas a pedir pasar una noche con tu amado?
- —Tendré esa noche, y todas las que vengan después, cuando termine su última tarea.

Rhysand se encogió de hombros y esbozó una sonrisa mientras empujaba la puerta y daba un paso hacia mí.

—Me pregunto si alguna vez fuiste tan espinosa con Tamlin cuando eras su cautiva.



- —Él nunca me trató como a una cautiva o una esclava.
- —Claro que no, ¿cómo podría hacerlo? No con la vergüenza de su padre y la brutalidad de sus hermanos siempre pesando sobre sus hombros, el pobre, la noble bestia. Pero quizás si se hubiese molestado en aprender una o dos cosas acerca de la crueldad, acerca de lo que significa ser un verdadero Gran Señor, habría evitado la caída de la Corte de Primavera.
 - —Tu corte también cayó.

La tristeza brilló en sus ojos color violeta. No me habría dado cuenta si no lo hubiese *sentido* profundamente en mi interior. Mi mirada se desvió hacia el simple ojo grabado en mi palma. ¿Qué clase de tatuaje, exactamente, me había dado? En cambio pregunté:

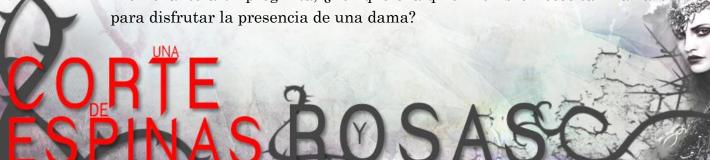
—Cuándo vagabas libremente en la Noche del Fuego—en el Rito—dijiste que eso te había costado. ¿Fuiste uno de los Grandes Señores que vendió su lealtad a Amarantha a cambio de no ser forzado a vivir aquí?

Cualquier rastro de tristeza en sus ojos, se desvaneció, y solo el frio y la calma se mantuvieron brillando. Podría haber jurado ver una sombra de alas poderosas reflejándose en la pared detrás de él.

- —Lo que hago yo o lo que hice por mi Corte no es asunto tuyo.
- —¿Y qué es lo que ella ha estado haciendo en los pasados cuarenta y nueve años? ¿Celebrando en la corte y torturando a quien quiera que ella desee? ¿Con qué fin? —Háblame sobre la amenaza que se cierne con ella en el mundo humano, quería rogar—dime qué significa todo esto, porque han pasado tantas cosas horribles.
 - —La Señora de la Montaña no necesita escusas para sus acciones.
 - —Pero...
 - —Los festejos esperan. —Hizo un gesto hacia la puerta detrás de él.

Yo sabía que estaba en un terreno peligroso, pero no me importaba.

- —¿Qué quieres de mí? A parte de burlarte de Tamlin.
- —Burlarme de él es mi mayor placer —dijo con un gesto exagerado—. Y en cuanto a tu pregunta, ¿Por qué cualquier hombre necesita una razón para disfrutar la presencia de una dama?



- —Salvaste mi vida
- —Y a través de tu vida, salvé la de Tamlin
- —¿Por qué?

Me guiñó un ojo, alisando su cabello negro azulado.

—Esa, Feyre, es la verdadera pregunta, ¿no?

Con eso, me condujo fuera de la habitación.

Llegamos a la sala del trono, y me preparé para ser drogada y avergonzada otra vez. Pero fue a Rhysand a quien la multitud miró, Rhysand a quien los hermanos de Lucien monitoreaban. La clara voz de Amarantha sonó sobre la música, llamándolo.

Hizo una pausa, mirando a los hermanos de Lucien que nos acechaban, su atención fijada en mí. Ansiosos, hambrientos, malvados. Abrí la boca, no demasiado orgullosa para pedirle a Rhysand que no me dejara a solas con ellos mientras se ocupaba de Amarantha, pero él puso una mano en mi espalda y me propinó un codazo disimulado.

—Solo mantente cerca, y procura mantener la boca cerrada — murmuró en mi oído a la vez que me conducía por el brazo. La audiencia se apartó, como si estuviéramos en llamas, revelando lo que se encontraba delante de nosotros.

De nosotros no, sino de Rhysand.

Un masculino Alto Fae de piel morena sollozaba en el suelo ante la tarima. Amarantha le sonreía como una serpiente, tan intensamente que ella ni siquiera reparó en mí. A su lado, Tamlin permanecía totalmente impasible. Una bestia sin garras.

Rhysand movió sus ojos hacia mí, una orden silenciosa de quedarme en el borde de la multitud. Obedecí, y cuando dirigí mi atención hacia Tamlin, esperando que mirase, que solo me *mirara*, pero no lo hizo, mantuvo un total enfoque en la reina, en el macho delante de ella.

Amarantha acarició su anillo, observando cada movimiento que Rhysand hacía mientras se acercaba.



—El señorito verano —dijo sobre la acobardada figura a sus pies—. Trató de escapar por la salida a las tierras de la Corte de Primavera. Quiero saber por qué.

Había un alto, guapo, Alto Fae macho parado al borde de la multitud, su cabello casi blanco, sus ojos lucían como cristal azul y su piel era de un intenso color caoba. Pero en su boca se dibujaba la atención entre Amarantha y Rhysand. Lo había visto antes, durante aquella primera tarea, el Gran Señor de la Corte de Verano. Antes, él había brillado, una luz casi dorada; ahora estaba apagado, gris.

Como si Amarantha hubiera drenado hasta la última gota de energía mientras estaba interrogado a su súbdito.

Rhysand metió las manos en sus bolsillos y se acercó más al macho en el suelo.

El hada de verano se encogió, su cara bañada en lágrimas. Mis propias entrañas se movieron acuosas de miedo y de vergüenza por cómo se orinó encima al ver a Rhysand.

—P-p-por favor —alcanzó a murmurar.

La multitud estaba boquiabierta, en silencio.

De espaldas a mí, los hombros de Rhysand estaban sueltos, sin una prenda fuera de lugar. Pero yo sabía que sus garras se habían aferrado a la mente del hada en el momento en el que dejó de temblar.

El Gran Señor del Verano se había ido también, y era dolor, dolor real, y miedo lo que irradiaban sus impresionantes ojos azules. Verano fue una de las cortes que se habían revelado, recordé. Así que este era un nuevo Gran Señor colocado, quien aún no había tomado decisiones que le costaran vidas.

Después de un momento de silencio, Rhysand miró a Amarantha.

—Quería escapar. Llegar a la Corte de Primavera, cruzar el muro, y huir al sur en territorio humano. No tenía cómplices, ningún motivo más allá de su propia patética cobardía. —Hizo un gesto con su barbilla hacia el charco de orina formada debajo del hada. Pero por el rabillo del ojo, vi al Gran Señor de Verano hundirse un poco, lo suficiente para



preguntarme...preguntarme qué tipo de decisión había hecho Rhys buscando en la mente del macho.

Pero Amarantha rodeó los ojos y se encorvo en su trono.

—Rhysand, destrózalo. —Chasqueó sus dedos en dirección al Gran Señor del Verano—. Después, podrás hacer lo que quieras con el cuerpo.

El Gran Señor se inclinó, como si le hubiesen dado un regalo y miró al súbdito, aun tendido y calmado en el suelo, abrazando sus tobillos. El hada estaba lista, aliviada.

Rhysand deslizo una mano fuera de su bolsillo, que ahora colgaba a su lado. Podría jurar haber visto el fantasma parpadeante de unas garras mientras sus dedos se curvabas ligeramente.

—Me estoy aburriendo, Rhysand —dijo Amarantha con un suspiro, una vez más jugando con ese hueso. Ella no me miró ni una vez, demasiado centrada en su presa actual.

Los dedos de Rhysand se cerraron en un puño.

Los ojos del hada masculina se agrandaron, entonces con la mirada ausente se dejó caer de lado en sus propios residuos. Sangre goteaba de su nariz, sus orejas, reuniéndose en el suelo.

Así de rápido, así de fácil, así de irrevocable... él estaba muerto.

—Dije que destrozaras su mente, no su cerebro —chasqueó Amarantha.

La muchedumbre murmuró a mi alrededor, conmovida. No quería nada más que arrastrarme de vuelta a mi celda y eliminar este recuerdo de mi mente. Tamlin no se había movido, ni un musculo. ¿De qué clase de horrores había sido testigo toda su vida si esto no había roto su distante expresión?

Rhysand se encogió de hombros, con la mano deslizándose dentro de su bolsillo.

—Mis disculpas, mi reina. —Se dio la vuelta sin ser despedido, y no me miró cuando cruzó la sala. Volví a colocarme a su lado, tratando de controlar



mis temblores, intentado no pensar en el cuerpo tendido detrás de nosotros, o sobre Clare, aun clavada en la pared.

El público se quedó muy, muy atrás de nosotros mientras caminábamos.

—Puta —algunos de ellos le sisearon a él, fuera del alcance del oído de ella; —La puta de Amarantha.— Pero muchos mostraban sonrisas apreciativas y palabras... —Que bueno que lo mataste; que bueno que mataste al traidor.

Rhysand no se dignó a reconocer a ninguno de ellos, sus hombros todavía sueltos, sus pasos sin prisas. Me pregunté si alguien, además de él y el Gran Señor de la Corte de Verano, sabía que asesinarlo había sido por piedad. Estaba dispuesta a apostar que *habían* habido otros involucrados en el plan de escape, quizás el mismo Gran Señor de la Corte de Verano.

Pero tal vez mantener esos secretos solo había sido hecho en beneficio de los juegos a los que Rhysand tanto le gustaba jugar. Tal vez el haber matado al hada rápidamente, en vez de haber roto su mente en mil pedazos, había sido otro movimiento deliberado.

No paró ni una vez en el largo trayecto a través del salón del trono, pero una vez que alcanzamos la comida y el vino al final de la estancia, me tendió una copa y bebió una a mi lado. Él no dijo nada antes de que el vino me llevara al olvido.



CAPÍTULO 40

TRADUCIDA POR 3LIK@ & EGLASI // CORREGIDO POR RINCONE

Mi segunda tarea llegó.

Sus dientes relucientes, el Attor me sonreía mientras me paraba delante de Amarantha. Otra caverna—más pequeña que la habitación del trono, pero lo suficientemente grande como para ser tal vez una especie de antiguo espacio de entretenimiento. No tenía decoraciones, salvo por sus paredes doradas, y sin muebles; la reina misma solo se sentaba en una silla tallada de madera, Tamlin de pie detrás de ella. Ni siquiera miré demasiado al Attor, quien se quedó al par de la silla de la reina, su cola larga y delgada rozando apenas el suelo. Se limitaba a sonreír para ponerme nerviosa.

Estaba funcionando. Ni siquiera contemplando a Tamlin podía calmarme. Apreté mis manos a mis costados mientras Amarantha sonreía.

—Bueno, Feyre, tu segunda prueba ha llegado. —Sonaba tan presumida—tan segura de que mi muerte rondaba cerca. Había sido una tonta al rechazar la muerte en los dientes del gusano. Se cruzó de brazos y apoyó la barbilla en una mano. Dentro del anillo, el ojo de Jurian giró—giró para mirarme, su pupila dilatada en la penumbra—. ¿Has resuelto ya mi enigma?

No me digné en contestar.

—Es una pena —dijo con una mueca—. Pero me siento generosa esta noche. —El Attor se rió entre dientes, y varias hadas detrás me dieron risas silbantes que serpentearon su camino hasta mi espina dorsal—. ¿Qué tal un poco de práctica? —dijo Amarantha, y forcé a mi cara en la neutralidad. Si Tamlin estaba jugando al indiferente para mantenernos a ambos seguros, entonces lo haría.

Pero me atreví a darle una mirada a mi Gran Señor, y encontré su mirada dura sobre mí. Si tan sólo pudiera decirle, sentir su piel sólo por un momento—olerlo, oírle decir mi nombre...

Un ligero silbido se hizo eco a través de la habitación, haciéndome alejar mi mirada. Amarantha tenía el ceño fruncido hacia Tamlin desde su



asiento. No me había dado cuenta de que habíamos estado mirándonos el uno al otro, la caverna totalmente silenciosa.

—Que comience —espetó Amarantha.

Antes de que pudiera prepararme, el suelo se estremeció.

Mis rodillas temblaron, y extendí los brazos para mantenerme en posición vertical mientras las piedras debajo de mí comenzaron a hundirse, bajándome hacia un gran agujero rectangular. Algunas hadas cacarearon, pero encontré la mirada de Tamlin de nuevo y la sostuve hasta que descendí tan abajo que su rostro desapareció por encima del borde.

Recorrí las cuatro paredes a mi alrededor, en busca de una puerta, alguna señal de lo que vendría. Tres de las paredes estaban hechas de una piedra lisa, brillante—muy pulida y plana para subir. La otra pared no era una pared en absoluto, sino una reja de hierro que dividía la cámara en dos, y en medio...

Mi aliento se atrapó en mi garganta.

—Lucien.

Lucien yacía encadenado al centro del suelo en el otro lado de la cámara, su único ojo rojizo tan abierto que estaba rodeado de blanco. El de metal giraba como si estuviera loco; su brutal cicatriz no encajaba en su piel pálida. Otra vez él iba a ser el juguete de Amarantha para atormentar.

No había puertas, ni manera de llegar a su lado excepto pasar por encima de la puerta entre nosotros. Tenía tales agujeros gruesos y anchos que probablemente podría pasar subirme en ellos y saltar a su lado. No me atreví.

Las hadas comenzaron a murmurar, y el dorado tintineó. ¿Había apostado Rhysand por mí otra vez? En la multitud, cabello rojo brillaba—cuatro cabezas de cabello rojo—y mi columna vertebral se tensó. Sabía que sus hermanos sonreían ante el estado de Lucien, pero ¿dónde estaba su madre? ¿Su padre? Sin duda, el Gran Señor de la Corte de Otoño estaría presente. Recorrí la multitud. No había rastro de ellos. Sólo Amarantha, de pie con Tamlin en el borde del agujero, mirando. Ella inclinó la cabeza hacia mí y me hizo un gesto con una mano elegante a la pared debajo de sus pies.



—Aquí, Feyre querida, deberás encontrar tu tarea. Simplemente responde a la pregunta seleccionando la palanca correcta, y ganarás. Selecciona la equivocada y será tu perdición. Dado que sólo hay tres opciones, creo que te doy una ventaja injusta. —Ella chasqueó los dedos, y algo metálico gimió—. Eso es si... —añadió—...puedes resolver el rompecabezas a tiempo.

No demasiado altas, las dos rejas gigantes con picos incrustados que había descartado como lámparas arañas comenzaron a bajar, a bajar lentamente hacia la cámara...

Me volví hacia Lucien. Esa era la razón para la puerta dividiendo la cámara que dos—así yo tendría que ver mientras él era salpicado por debajo, justo cuando yo fuera aplastada. Los clavos, las que habían estado sosteniendo velas y antorchas, brillaban rojas—e incluso desde la distancia, podía ver el calor ondulante de ellos.

Lucien tiró de sus cadenas. Esto no sería una muerte limpia.

Y entonces me volví hacia la pared que Amarantha había señalado.

Una larga inscripción había sido tallada en su lisa superficie, y debajo de ella había tres palancas de piedra con los números *I, II*, y *III*, grabados encima de ellos.

Empecé a temblar. Reconocía sólo las palabras básicas—las inútiles como *el, pero* y *vino*. Todo lo demás era un borrón de letras que no conocía, letras que tendría que hacer sonar lentamente o rebuscar para entender.

La rejilla de picos aún estaba descendiendo, ahora a nivel con la cabeza de Amarantha, y pronto zanjaría cualquier oportunidad de poner un pie fuera de este agujero. El calor de la reja que brillaba intensamente ya me asfixiaba, el sudor empezaba a gotear en mis sienes. ¿Quién le había dicho que no podía leer?

—¿Algún problema? —levantó una ceja. Concentré mi atención en la inscripción, manteniendo mi respiración tan firme como pude. Ella no había mencionado la lectura como un problema—se habría burlado de mí más si hubiera sabido de mi analfabetismo. Destino—un giro del destino, cruel y vicioso.

Las cadenas se sacudieron y se tensaron, y Lucien maldijo al contemplar lo que estaba delante de mí. Me volví hacia él, pero cuando vi su



cara, sabía que estaba demasiado lejos para que pudiera de leer en voz alta para mí, incluso con su mejorado ojo de metal. Si pudiera oír la pregunta, podría tener una oportunidad en resolverlo—pero los enigmas no eran mi punto fuerte.

Iba a ser ensartada por los picos calientes y luego aplastada en el suelo como una uva.

La rejilla ahora pasaba por el borde de la fosa, bordeándola por completo—ninguna esquina estaba a salvo. Si no respondía la pregunta antes de la rejilla pasara las palancas...

Mi garganta se cerró, y la leí y leí y leí, pero las palabras llegaron. El aire se volvió espeso y apestaba a metal—no mágico, sino ardiente e implacable acero arrastrándose hacia mí, pulgada a pulgada.

—¡Responde! —gritó Lucien, su voz enganchada. Mis ojos ardían. El mundo era más que un borrón de letras, burlándose de mí con sus giros y formas.

El metal gimió debido a que raspó contra la piedra lisa de la cámara, y el susurro de las hadas se hizo más frenético. A través de los orificios de la rejilla, me pareció ver al hermano mayor de Lucien reírse. Caliente—tan insoportablemente caliente.

Dolería—esos picos eran grandes y contundentes. No sería rápido. Haría falta un poco de fuerza para perforar mi cuerpo. El sudor se deslizaba por mi cuello y espalda mientras miraba las letras, en el *I, II* y *III* que se había convertido de alguna manera en la línea de mi vida. Dos opciones me condenarían—una opción pararía la rejilla.

Encontré números en la inscripción—debía ser un enigma, un problema de lógica, un laberinto de palabras peores que el laberinto del gusano.

—; Feyre! —gritó Lucien, jadeando mientras miraba los picos en constante descenso. Los rostros alegres del Alto Fae y hadas menores se burlaban de mí por encima de la rejilla.

Tres... monte... saltamon... saltamontes...



La puerta no se detuvo, y no había una longitud corporal total entre mi cabeza y el primero de esos picos. Podría haber jurado que el calor devoró el aire en la fosa.

...estaban... abuchear... inclinar... bendecir... rey... cantar... rebotando...

Debería despedirme de Tamlin. Ahora. Esto era a lo que se reducía mi vida—estos eran mis últimos momentos, eso eran, las respiraciones finales de mi cuerpo, los últimos latidos de mi corazón.

—¡Sólo elige una! —gritó Lucien, y algunos de los de la multitud rieron—sus hermanos, sin duda, eran los más ruidosos.

Alcancé una mano hacia las palancas y me quedé mirando los tres números más allá de mis temblorosos dedos tatuados.

I, II, III.

No significaban nada para mí más allá de la vida y la muerte. Probablemente podría salvarme, pero...

Dos. El dos era un número de la suerte, porque eso éramos Tamlin y yo—sólo dos personas. Uno tenía que ser malo, porque uno era como Amarantha, o el Attor—un ser solitario. Uno de ellos era un número desagradable, y tres era demasiado—eran tres hermanas apiñadas en una pequeña cabaña, odiándose mutuamente hasta que se atragantaron con ello, hasta que se envenenaron con ello.

Dos. Era el dos. Podía alegrarme, de buena gana, creer fanáticamente en un Caldero y el Destino si ellos preocupaban por mí. Creía en el dos. Dos.

Llegué a la segunda palanca, pero un dolor cegador devanó mi mano antes de que pudiera tocar la piedra. Silbé, retirándola. Abrí mi mano para revelar el ojo hendido tatuado allí. Se había estrechado. Tenía que estar alucinando.

La reja estaba a punto de cubrir la inscripción, apenas seis pies por encima de mi cabeza. No podía respirar, no podía pensar. El calor era demasiado, y el metal crepitaba demasiado cerca de mis oídos.

Nuevamente cogí la palanca intermedia, pero el dolor paralizó mis dedos.



El ojo había vuelto a su estado habitual. Extendí mi mano hacia la primera palanca. Una vez más, dolor.

Cogí la tercera palanca. Sin dolor. Mis dedos se reunieron con la piedra, y miré hacia arriba para ver que la reja no estaba ni a cuatro pies de mi cabeza. A través de ella, me encontré contemplando una mirada violeta con estrellas moteadas.

Me acerqué a la primera palanca. Dolor. Pero cuando me acercaba a la tercera...

El rostro de Rhysand permaneció en una máscara de aburrimiento. Sudor se deslizaba de mi ceja, escociendo mis ojos. Sólo podía confiar en él; sólo podía entregarme de nuevo, obligada a conceder por mi impotencia.

Los pinchos estaban enormemente cerca. Todo lo que tenía que hacer era levantar mi brazo sobre mi cabeza y quemar la carne de mis manos.

—;Feyre, por favor!—gimió Lucien.

Temblaba tanto que apenas podía estar de pie. El calor de los clavos me perforaba.

La palanca de piedra estaba fría en mi mano.

Cerré mis ojos, incapaz de mirar a Tamlin, preparándome para el impacto y la agonía, y tiré de la tercera palanca.

Silencio.

El calor pulsante no brilló más cerca. Entonces—un suspiro. Lucien.

Abrí mis ojos para encontrar los nudillos blancos debajo de la tinta de mis dedos tatuados mientras apretaban la palanca. Las puntas no se cernían sobre mi cabeza.

Inmóviles—detenidas.

Había ganado—había...

La reja gruñó mientras se elevaban hacia el techo, el aire frío inundando el lugar. Tragué saliva con respiraciones desiguales.



Lucien estaba ofreciendo algún tipo de oración, besando el suelo una y otra vez. El suelo debajo de mí se levantó, y fui obligada a liberar la palanca que me había salvado mientras era traída a la superficie otra vez. Mis rodillas se tambalearon.

No podía leer y eso por poco me mata. Ni siquiera había ganado apropiadamente. Me hundí en mis rodillas, dejando que la plataforma me cargara, y cubrí mi rostro con mis temblorosas manos.

Las lágrimas me quemaron justo antes de que el dolor chamuscara mi brazo izquierdo. Nunca pasaría la tercera prueba. Nunca liberaría a Tamlin, o su gente. El dolor se disparó otra vez a través de mis huesos y atravesó mi creciente histeria, escuchando palabras dentro de mi cabeza que me detuvieron un poco.

No permitas que te vea llorar.

Coloca tus manos a tus lados y levántate.

No podía. No podía moverme.

Levántate. No le des la satisfacción de verte rota.

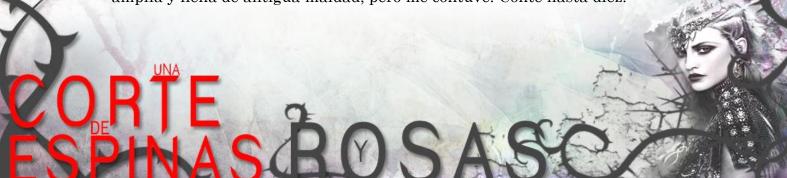
Mis rodillas y mi columna, no enteramente por mi propia voluntad, me obligaron a levantarme y cuando el suelo dejó de moverse, miré a Amarantha sin lágrimas en los ojos.

Bien, me dijo Rhysand. Mírala. Sin lágrimas—espera hasta que estés de regreso en tu celda. El rostro de Amarantha estaba miserable y pálido, sus oscuros ojos eran como ónix mientras me contemplaba. Había ganado, pero debía estar muerta. Debía estar aplastada, mi sangre derramada por todos lados.

Cuenta hasta diez. No mires a Tamlin. Sólo mírala a ella.

Obedecí. Era la única cosa que me mantenía lejos de los sollozos que estaban atrapados en mi pecho, imponiéndose para salir.

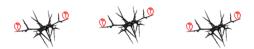
Me obligué a encontrarme con la mirada de Amarantha. Era fría y amplia y llena de antigua maldad, pero me contuve. Conté hasta diez.



Buena chica. Ahora avanza. Gira sobre tus talones—bien. Camina hacia la puerta. Mantén tu frente en alto. Deja de lado a la multitud. Un paso después de otro.

Lo escuché, lo dejé mantenerme atada a la cordura mientras era escoltada de regreso a mi celda por los guardias—quienes seguían manteniendo su distancia. Las palabras de Rhysand hicieron eco a través de mi mente, sosteniéndome en una pieza.

Pero cuando la puerta de mi celda se cerró, se calló y yo me dejé caer al suelo y lloré.



Lloré por horas. Por mí, por Tamlin, por el hecho de que debía estar muerta y que de alguna manera había sobrevivido. Lloré por todo lo que había perdido, por cada herida que había recibido, por cada lesión—física o de otro modo. Lloré por esa parte insignificante de mí, lo que una vez estaba llena de color y luz—ahora hueca, oscura y vacía.

No podía parar. No podía respirar. No podía vencerla. Ella había ganado hoy y no lo sabía.

Ella había ganado; fue sólo gracias a trampas que logré sobrevivir. Tamlin nunca sería libre y yo fallecería de la forma más horrible. No podía leer—era una ignorante y tonta humana. Mis deficiencias estaban atrapadas conmigo, y este lugar se convertiría en mi tumba. Nunca pintaría otra vez; nunca vería el sol otra vez.

Las paredes se cerraban—el techo caía. Quería ser aplastada; quería ser extinguida. Todo se estrechaba, apretándose en mi interior, succionando el aire. No me podía sostener en mi cuerpo—las paredes me obligaban a salir de ahí. Estaba aferrándome a mi cuerpo, pero dolía demasiado cada vez que trataba de mantener la conexión. Todo lo que quería—todo lo que me atrevía a querer, era una vida que fuera tranquila, fácil. Nada más que eso. Nada extraordinario. Pero ahora...ahora...

Sentí una oleada de oscuridad sin tener que levantar la mirada, y no me sobresalté ante los suaves pasos que se acercaban a mí. No me molesté en esperar que fuera Tamlin.



—¿Sigues llorando?

Rhysand.

No bajé mis manos de mi rostro. El suelo se levantó hacia el bajo techo—pronto sería aplastada. Aquí no había color ni luz.

—Acabas de superar su segunda prueba. Las lágrimas son innecesarias.

Lloré más fuerte y él se rió. Las piedras resonaron cuando se arrodilló a mi lado y pensando que trataría de luchar con él, su apretón fue firme mientras agarraba mis muñecas y separaba mis manos de mi rostro.

Las paredes no se movían, y la habitación estaba abierta—de par en par. No había colores, pero sí sombras de oscuridad, de la noche. Sólo esos ojos violetas con motas de estrellas eran brillantes, llenos de color y luz. Me dio una sonrisa perezosa antes de inclinarse hacia adelante.

Me alejé, pero sus manos eran como grilletes. No hice nada mientras su boca se encontraba con mi mejilla, y alejaba una lágrima. Su lengua era caliente contra mi piel, tan sobrecogedora que no pude moverme cuando alejó otro sendero de agua salada, y luego otro. Mi cuerpo estaba tenso y suelto, todo a la vez y caliente, incluso mientras escalofríos me estremecían los hombros. Fue sólo cuando su lengua bailó a lo largo de los bordes húmedos de mis pestañas que me eché hacia atrás.

Él se rió mientras me revolvía en la esquina de la celda. Limpié mi rostro y lo miré.

Sonrió, sentándose contra la pared.

- —Me imaginé que eso conseguiría que dejaras de llorar.
- —Eso ha sido desagradable. —Limpié mi rostro otra vez.

—¿Lo fue? —Arqueó su ceja y señaló su palma—el lugar donde mi tatuaje estaba—. Debajo de todo tu orgullo y testarudez, podría haber jurado que detecté algo que sentí diferente. Interesante.



- —Como siempre, tu gratitud es abrumadora.
- —¿Quieres que bese tus pies por lo que hiciste en la prueba? ¿Quieres que ofrezca otra semana de mi vida?
- —No a menos que te sientas obligada a hacerlo—dijo, sus ojos como estrellas.

Era lo suficientemente malo que mi vida estuviera perdida por este Señor Fae—pero tener un enlace donde él ahora podía libremente leer mis pensamientos, sentimientos y comunicar...

- —¿Quién habría pensado que la honrada chica humana no sabía leer?
- -Mantén tu condenada boca cerrada sobre eso.
- —¿Yo? No soñaría con decirle a nadie. ¿Por qué desperdiciar ese tipo de conocimiento en un chisme?

Si tuviera la fuerza, habría saltado sobre él y lo habría destrozado.

- —Eres un desagradable bastardo.
- —Le preguntaré a Tamlin si este tipo de adulación fue lo que conquistó su corazón. —Se quejó mientras se ponía de pie, con un suave y profundo sonido de garganta que viajó a lo largo de mis huesos. Sus ojos se encontraron con los míos, y sonrió ligeramente. Expuse mis dientes casi siseando.
- —Te dejaré libre de los deberes de escolta el día de mañana —dijo, encogiéndose de hombros mientras caminaba hacia la puerta de la celda—. Pero la siguiente noche, espero que te veas más presentable. —Me dio una sonrisa que sugirió que mi presentación no era mucha. Se detuvo en la puerta, pero no se disolvió en la oscuridad—. He estado pensando en maneras de atormentarte cuando vengas a mi corte. Me pregunto: ¿Asignarte que aprendas a leer será tan doloroso como se vio hoy?

Desapareció en las sombras antes de que pudiera lanzarme contra él.

Me paseé a través de mi celda, frunciendo el ceño al ojo en mi mano. Le escupí cada maldición que pude, pero no hubo respuesta.

Me tomó mucho tiempo darme cuenta que Rhysand, ya fuera que lo supiera él o no, evitaba efectivamente que me hundiera completamente.



CAPÍTULO 41

TRADUCIDO POR B. DE MELODY // CORREGIDO POR PEKE CHAN

Lo que siguió a la siguiente prueba fue una serie de días que no quiero recordar. Una oscuridad permanente se estableció sobre mí, y me puse a mirar con interés el momento en el que Rhysand me dio la copa de vino feérico y me permitiría perderme durante unas horas. Dejé de fijarme en el acertijo de Amarantha—era imposible. Especialmente para una humana analfabeta e ignorante.

Pensar en Tamlin lo empeoró todo. Había superado las dos misiones de Amarantha, pero sabía—lo sabía en lo profundo de mis huesos—que la tercera sería la que acabaría conmigo. Después de lo que le había sucedido a su hermana, lo que había hecho Jurian, nunca me dejaría salir con vida de allí. No la podía culpar completamente; dudaba que alguna vez olvidara o perdonara si algo así se lo hicieran a Nestan o a Elain, no importa cuántos siglos pasaran. Pero aun así no iba a salir con vida.

El futuro con el que había soñado era sólo eso: un sueño. Envejecería y me marchitaría. Mientras él seguiría siendo joven durante siglos, tal vez milenios. En el mejor de los casos, tendría décadas con él antes de morir.

Décadas. Eso era por lo que yo estaba luchando. Un instante en el tiempo para ellos—una gota en el fondo de sus eones.

Así que bebí con avidez el vino, y dejó de importarme quién era y lo que una vez me había importado. Dejé de pensar en el color, en la luz, en el verde de los ojos de Tamlin—sobre todas aquellas cosas que todavía quería pintar y ahora nunca lo haría.

No iba a salir viva de esta montaña.



Caminaba a la sala de vestir con las dos criadas de Rhysand, con la mirada perdida y mucho menos pensando, cuando un silbido y el aleteo de



unas alas sonaron a la vuelta de la esquina. El Attor. Las hadas a mi lado se tensaron, pero levantaron su mentón ligeramente.

Nunca me acostumbraría al Attor, pero había llegado a aceptar su maligna presencia. Ver a mis escoltas ponerse rígidas, despertó un temor latente, y mi boca se secó mientras nos acercamos a la vista. A pesar de que estábamos cubiertas y ocultas en la sombra, cada paso me acercaban a ese demonio alado. Mis pies se volvieron plomizos. Entonces una voz baja y gutural gruñó en respuesta a los silbidos del Attor. Las uñas chasquearon sobre la piedra y mis escoltas intercambiaron una mirada antes de que me pusieran en una alcoba, un tapiz que no había estado un momento allí antes, cayó sobre nosotras, las sombras profundizándose y solidificándose. Tenía la sensación de que si alguien retirara esa tapicería, sólo verían oscuridad y piedra.

Una de ellas me tapó la boca con la mano, sosteniéndome fuertemente, con sombras deslizándose por su brazo y el mío. Ella olía a jazmín—nunca había notado esto antes. Después de todas estas noches, ni siquiera sabía sus nombres.

El Attor y su compañero doblaron la curva, sin dejar de hablar—en voz baja. Sólo cuando pude entender sus palabras me di cuenta de que simplemente no nos escondíamos.

- —Sí —El Attor estaba diciendo—. Bien. Ella estará muy complacida al escuchar que están listos al fin.
- —¿Pero los Grandes Señores nos prestaran sus fuerzas? —respondió una voz gutural.

Podría haber jurado que resopló como un cerdo. Acercándose más y más, sin notarnos. Mis escoltas se aferraron más a mí, tan tensas que me di cuenta de que estaban conteniendo la respiración. Siervas y espías.

- —Los Grandes Señores harán lo que ella les diga. —Se regodeó el Attor, y su cola se deslizó y acuchilló por el suelo.
- —He oído habladurías de los soldados de Hyberno que el Gran Rey no está satisfecho con respecto a esta situación con la chica. Amarantha hizo un pacto de tontos. Ella le costó a él la Guerra la última vez a causa de su locura con Jurian; si le da la espalda de nuevo no estará tan dispuesto



perdonarla. Robar sus hechizos y tomar un territorio para ella es una cosa, fracasar para ayudar a su causa una segunda vez, es otra.

Hubo un fuerte silbido, y temblé cuando el Attor chasqueó las mandíbulas a su compañero.

—Mi Señora no hace pactos que no sean ventajosos para ella. Les permite recuperar las esperanzas, pero una vez están rotos, son unos secuaces bellamente rotos.

Tenían que estar pasando justamente ante la tapicería.

—Entonces es mejor esperar. —Respondió la voz gutural. ¿Qué clase de criatura debía de ser para que estuviera tan impasible ante el Attor? La sombría mano de mi escolta se aferró firmemente alrededor de mi boca, y el Attor pasó.

No confíes en tus sentidos, la voz de Alis hizo eco a través de mi mente. El Attor me había pillado una vez antes cuando pensaba que estaba a salvo.

—Y más te vale que contengas tu lengua —advirtió el Attor—. O mi Señora lo hará por ti y sus pinzas no son amables.

La otra criatura bufó como un cerdo.

—Estoy aquí en condición de inmunidad dada por el rey. Si tu *Señora* cree que puede estar por encima del rey porque gobierna esta miserable tierra, pronto recordará quién puede quitarle sus poderes—sin hechizos ni pociones.

El Attor no respondió, y una parte de mí deseaba su réplica, que la devolviera. Pero estuvo callado, y el miedo golpeó mi estómago como una piedra lanzada a un estanque.

Cualesquiera que fueran los planes del Rey de Hyberno y en los que había estado trabajando durante estos largos años—su campaña para recuperar el mundo de los mortales—parecía que ya no estaba contento con esperar. Tal vez Amarantha recibiría pronto lo que deseaba: la destrucción de mi reino entero.

Mi sangre se congeló. Nesta. Confiaba en que Nesta alejara a mi familia, que los protegiera.



Sus voces se desvanecieron, y no fue hasta un buen minuto extra había pasado que las dos mujeres se relajaron. El tapiz se desvaneció, y nos deslizamos de nuevo al pasillo.

- —¿Qué *era* eso? —dije, mirando de una a la otra como a las sombras alrededor de nosotras que nos rodean, pero no por mucho—. ¿*Quién* era ese? —clarifiqué.
 - —Problemas —dijeron al unísono.
 - —¿Rhysand lo sabe?
- —Lo hará pronto —dijo una de ellas. Reanudamos nuestro camino en silencio hacia el cuarto de vestir.

No había nada que pudiera hacer con respecto al Rey de Hyberno, de todos modos, no mientras estuviera atrapada Bajo la Montaña, no cuando ni siquiera había sido capaz de liberar a Tamlin, y mucho menos a mí misma.

Y con Nesta preparada para huir con mi familia, no había nadie más para advertir. Así que día tras día pasó, trayendo mi tercera prueba cada vez más cerca.



Supongo que me hundí tanto en mí misma que se necesitó de algo extraordinario para sacarme de nuevo. Miraba la danza de la luz a lo largo de las piedras húmedas del techo de mi celda—como la luz de la luna en el agua—cuando un ruido viajó hasta mí, a través de las piedras, ondulante a través del suelo.

Estaba tan acostumbrada a los violines y tambores extraños de las hadas que cuando oí la melodiosa melodía, pensé que era otra alucinación. A veces, si me quedaba mirando el techo lo suficiente, se convertía en la vasta extensión del cielo nocturno estrellado, y me convertía en una pequeña cosa, sin importancia, que se llevaba el viento.

Miré hacia la pequeña abertura en la esquina del techo a través del cual la música entraba en mi celda. La fuente debía de estar muy lejos, pues era sólo una leve agitación de las notas, pero cuando cerré los ojos, pude oír claramente. Podía... verla. Como si se tratara de una gran pintura, un mural viviente.



Había belleza en esta música, belleza y bondad. La música se plegaba sobre sí misma como un bateador cerniéndose sobre una bola, una nota encima de otra, fundiéndose entre sí para formar un todo, aumentando, llenándome. No era música salvaje, pero había una violenta pasión en ella, una clase de hinchada alegría y tristeza. Tiré de mis rodillas a mi pecho, necesitando sentir la solidez de mi piel, aún con la baba de la aceitosa pintura en ella.

La música construyó un camino, un camino ascendente basado en arcos de colores. Lo seguí, caminando fuera de la celda, a través de capas de tierra, hacia arriba, en los campos de maíz, más allá en un dosel de árboles y en la extensión del cielo abierto. El pulso de la música era como manos que suavemente me empujaban hacia delante, tirando de mí más alto, dirigiéndome a través de las nubes. Nunca había visto nubes como estas, en sus partes hinchadas, pude ver rostros justos y tristes. Desaparecieron antes de que los pudiera ver claramente, y miré a la distancia a donde la música me llamaba.

Era un atardecer o un amanecer. El sol llenaba las nubes con magenta y púrpura, y sus rayos de oro naranja se mesclaban con mi camino para formar una banda de metal brillante.

Quería desaparecer en él, quería que la luz de ese sol me quemara, que me llenara de alegría, que me convirtiera en un rayo de sol. Esta no era música para bailar, era música para adorar, música para llenar los huecos de mi alma, para llevarme a un lugar donde no hubiera dolor.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que el calor húmedo de una lágrima salpicó sobre mi brazo. Pero incluso entonces me aferré a la música, cogiéndola como una cornisa que me impedía caer. No me había dado cuenta de lo mucho que no quería caer en esa profunda oscuridad, lo mucho que quería quedarme aquí, entre las nubes, el color y la luz.

Dejé que los sonidos me arrasaran, dejé que se extendieran y corrieran sobre mi cuerpo con sus tambores. Arriba y arriba, construyendo un palacio en el cielo, un salón de alabastro y piedra de luna, donde todo era hermoso, bueno y fantástico y donde moraba la paz. Lloré—lloré al estar tan cerca de ese palacio, lloré de la necesidad de estar allí, todo lo que quería era estar allí—lo único que había querido estaba allí.

La música eran los dedos de Tamlin acariciando mi cuerpo; era el oro en sus ojos y la torcedura de su sonrisa. Era por esa sonrisa entrecortada, y



la forma en la que me dijo esas tres palabras. Era por eso que estaba luchando, por eso era que había jurado salvarlo.

La música se elevó—más alta, más magnífica, más rápida, de dondequiera que fuera tocada—una onda que alcanzó su punto máximo, rompiendo la penumbra en mi celda. Un sollozo tembloroso escapó de mí, como el sonido que se desvanece en el silencio. Me senté allí, temblando y llorando, demasiado cruda y expuesta, dejándome desnuda por la música y el color en mi mente.

Cuando las lágrimas se detuvieron, pero la música todavía resonaba en mí en cada respiración, me acosté en mi cama de heno, escuchando mi respiración.

La música revoloteó a través de mis recuerdos, uniéndolos, convirtiéndolos en una colcha que se envolvió a mí alrededor, que calentaba mis huesos. Miré el ojo en el centro de la palma de mi mano, pero solo me devolvía la mirada. Inmóvil.

Dos días más hasta mi prueba final. Sólo dos días más y entonces descubriría lo que habían planeado los remolinos del caldero para mí.



CAPÍTULO 42

TRADUCIDO POR B. DE MELODY // CORREGIDO POR RINCONE

Era una fiesta como ninguna otra—incluso si probablemente fuera a ser mi última. Las Hadas bebían y holgazaneaban y bailaban, riendo y cantando canciones obscenas y etéreas. Sin atisbo de anticipación de lo que podría ocurrir mañana—de lo que yo estaba por alterar de ellas, de su mundo. Tal vez ellos sabían que iba a morir, también.

Merodeé por una pared, olvidada por la multitud, esperando a que Rhysand me hiciera señas para beber el vino y bailar o hacer lo que fuera que quería de mí. Me vestí con mi atuendo típico, tatuada del cuello para abajo con la pintura azul ennegrecida. Esta noche mi vestido de gasa era una sombra del color rosa de la puesta de sol, el color demasiado brillante y femenino contra las espirales de pintura en mi piel. Demasiado alegre para lo que me esperaba mañana.

Rhysand se estaba tomando más tiempo de lo habitual para llamarme, aunque era probablemente debido al hada de cuerpo flexible encaramada en su regazo, acariciando su cabello con sus dedos largos y verdosos. Se cansaría de ella pronto.

No me molesté en mirar a Amarantha. Yo estaba mejor fingiendo que no estaba allí. Lucien nunca me hablaba en público, y Tamlin... Se había vuelto difícil mirarlo en los últimos días.

Solo deseaba que terminara. Deseaba que ese vino me ayudara a pasar esta última noche y me condujera a mi destino. Estaba tan concentrada en anticipar la orden de Rhysand para que le sirviera que no me di cuenta de que alguien estaba a mi lado hasta que el calor de su cuerpo se filtró en el mío.

Me puse rígida cuando olí ese aroma a lluvia y tierra, y no me atreví a voltear hacia Tamlin. Nos paramos lado a lado, mirando a la multitud, tan inmóviles e imperceptibles como estatuas.

Sus dedos rozaron los míos, y una línea de fuego me atravesó, quemándome tanto que mis ojos pincharon con lágrimas. Deseé—deseé que



no estuviera tocando mi mano estropeada, que sus dedos no tuvieran que acariciar los contornos de ese miserable tatuaje.

Pero viví el momento, mi vida se volvió hermosa de nuevo por esos pocos segundos cuando nuestras manos se rozaron.

Mantuve mi cara en una máscara fría. Él dejó caer su mano y, tan pronto como había llegado, se fue, zigzagueando entre la multitud. Fue sólo cuando miró por encima del hombro e inclinó la cabeza ligeramente que entendí.

Mi corazón latía más rápido de lo que nunca había hecho durante mis pruebas, y me obligue a verme tan aburrida como fuera posible antes de que me apartara de la pared y casualmente paseara tras de él. Tomé una ruta diferente, pero me dirigí hacia la pequeña puerta medio oculta por un tapiz cerca de la cual él se entretuvo. Disponía de sólo unos momentos antes Rhysand comenzara a buscarme, pero un momento a solas con Tamlin sería suficiente.

Apenas podía respirar mientras me movía cada vez más cerca la puerta, más allá de la plataforma de Amarantha, más allá de un grupo de hadas risueñas... Tamlin desapareció por la puerta tan rápido como un relámpago, y yo frené mis pasos a un ritmo sinuoso. En estos días nadie me prestaba atención hasta que me convertía en el juguete drogado de Rhys. Con demasiada rapidez, la puerta estaba delante de mí, y se abrió sin hacer ruido para dejarme entrar.

La oscuridad me abarcó. Sólo vi un destello de verde y oro antes de que el calor del cuerpo de Tamlin chocara contra mí y nuestros labios se encontraran.

No pude besarlo suficientemente profundo, no lo podía sostener con suficiente fuerza, no podía tocar lo suficiente de él. Las palabras no eran necesarias.

Arranque su camisa, necesitando sentir la piel debajo una última vez, y tuve que reprimir el gemido que se levantó en mí mientras agarraba mi pecho. No deseaba que fuera suave, porque lo que sentía por él no era en absoluto así. Lo que sentía era salvaje y duro y quemaba, y así era conmigo.

Arrancó sus labios de los míos y me mordió el cuello—me mordió como lo hizo en la Noche del Fuego. Tuve que rechinar los dientes para evitar



gemir y descubrirnos. Esta podría ser la última vez que lo tocara, la última vez que podríamos estar juntos. No lo desperdiciaría.

Mis dedos lidiaron con la hebilla de su cinturón, y su boca se encontró las mía de nuevo. Nuestras lenguas bailaron, no un vals o un minueto, sino una danza de guerra, una danza de la muerte de tambores de hueso y violines gritando.

Lo quería—aquí mismo.

Enganché una pierna alrededor de su centro, necesitando estar más cerca, y apretó las caderas más fuerte contra mí, aplastándome contra la pared helada. Abrí el cinturón de hebilla, dejando libre el cuero, y Tamlin gruñó su deseo en mi oreja—un bajo y penetrante sonido que me hizo ver rojo y blanco y destellos. Los dos sabíamos lo que el mañana traería.

Tiré lejos su cinturón y empecé a buscar a tientas sus pantalones. Alguien tosió.

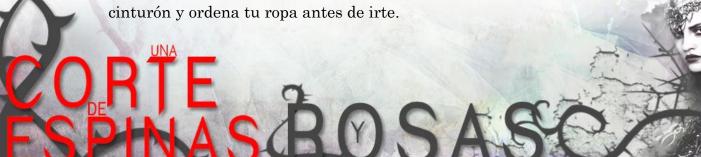
- —Vergonzoso —ronroneó Rhysand, y nos volvimos para encontrarlo débilmente iluminado por la luz que entraba por la puerta. Pero él estaba detrás de nosotros—más lejos en el pasaje, en lugar de en la puerta. No había llegado a través del cuarto del trono. Con esa habilidad suya, había probablemente caminado a través de las paredes.
- —Sencillamente vergonzoso. —Caminó hacia nosotros. Tamlin continuaba sosteniéndome—. Mira lo que le has hecho a mi mascota.

Jadeando, ninguno de los dos dijo nada. Pero el aire se convirtió en un beso frío sobre mi piel, sobre mis pechos expuestos.

—Amarantha estaría enormemente ofendida si supiera que su pequeño guerrero estaba perdiendo el tiempo con la humana —Rhysand siguió, cruzando los brazos—. Me pregunto cómo te castigaría. O tal vez se mantenga fiel a la costumbre y castigue a Lucien. Él todavía tiene un ojo que perder, después de todo. Tal vez lo ponga en un anillo, también.

Muy lentamente, Tamlin retiró mis manos de su cuerpo y salió de entre mis brazos.

—Me alegra ver que estás siendo razonable —dijo Rhysand y Tamlin se erizó—. Ahora, ser un Gran Señor inteligente y abrocha la hebilla de tu cinturón y ordena tu ropa antes de irte.



Tamlin me miró, y, para mi horror, hizo lo que Rhysand instruyó. Mi Gran Señor no quitaba los ojos de mi cara mientras se enderezaba su túnica y el cabello, y luego recupero y se abrochó el cinturón de nuevo. La pintura en sus manos y la ropa—mi pintura, desapareció.

—Que disfrutes de la fiesta —canturreó Rhysand, señalando la puerta.

Los ojos verdes de Tamlin parpadearon mientras continuaban mirando fijamente a los míos. Suavemente dijo:

-Te amo. -Sin otra mirada a Rhysand, se fue.

Estuve cegada temporalmente por el brillo que se derramo cuando abrió la puerta y salió. No miró hacia mí antes de que la ranura de la puerta se cerrara y la oscuridad volviera a la sala oscura.

Rhysand rio.

- —Si estabas tan desesperada por una liberación, debería habérmelo pedido.
- —Cerdo —le espeté, cubriendo mis pechos con los pliegues de mi vestido.

Con unos sencillos pasos, cruzó la distancia entre nosotros y clavado mis brazos a la pared. Mis huesos crujieron. Podría haber jurado que garras de sombras se clavaron en las piedras al lado de mi cabeza.

- —¿De verdad tienes la intención de ponerte a mi merced, o eres realmente tan estúpida? —Su voz estaba compuesta de una ira sensual y rompe huesos.
 - —No soy tu esclava.
- —Eres una tonta, Feyre. ¿Tiene alguna idea de lo que podría haber sucedido si Amarantha los hubiera encontrado a los dos aquí? Tamlin puede negarse a ser su amante, pero ella lo mantiene a su lado con la esperanza de que va a quebrantarlo, dominarlo, como ama hacer con nuestra especie. Guardé silencio—. Ambos son unos tontos —murmuró, su respiración irregular—. ¿Cómo no pensaste en que alguien se daría cuenta de que se habían ido? Debes agradecer al Caldero que los encantadores hermanos de Lucien no te estuvieran mirando.



- —¿Qué te importa? —grité, y su agarre se apretó lo suficiente en mis muñecas que supe que mis huesos se rompería con un poco más de presión.
- —¿Qué me importa? —Sopló, ira retorciendo sus facciones. Alas—esas membranosas y gloriosas alas estallaron de su espalda, elaboradas a partir de las sombras detrás de él—. ¿Qué *me* importa?

Pero antes de que pudiera continuar, su cabeza giró bruscamente hacia la puerta, luego de nuevo hacia mi cara. Las alas se desvanecieron tan rápidamente como habían aparecido, y luego sus labios se aplastaron sobre los míos.

Su lengua abrió mi boca, entrando a la fuerza en el espacio donde todavía podía saborear a Tamlin. Empujé y golpeé, pero él se mantuvo firme, su lengua barriendo sobre el techo de mi boca, contra de mis dientes, reclamando mi boca, reclamándome...

La puerta se abrió de par en par, y la figura curva de Amarantha llenó su espacio. Tamlin—Tamlin estaba a su lado, con los ojos ligeramente ancho, hombros estrechos mientras los labios de Rhys aún aplastaban los míos.

Amarantha rio, y una máscara de piedra cayó de golpe sobre la cara de Tamlin, vacía de sentimiento, vacía de cualquier cosa vagamente parecido al Tamlin con el que me habían enredado momentos antes.

Rhys me soltó casualmente con un movimiento de su lengua por mi labio inferior mientras una multitud de Altos Faes aparecía detrás de Amarantha y estallaron en risas. Rhysand les dio una perezosa sonrisa autoindulgente y se inclinó. Pero algo chispeó en los ojos de la Reina mientras miraba a Rhysand. La puta de Amarantha, lo habían llamado.

- —Sabía que era cuestión de tiempo —dijo, poniendo una mano sobre el brazo de Tamlin. El otro lo levantó—lo levantó de modo que el ojo de Jurian pudiera ver mientras ella decía:
 - —Todos los humanos son iguales, ¿no es así?

Yo mantuve la boca cerrada, incluso si podría haber muerto de vergüenza, incluso si me dolía por explicarme. Tamlin tenía que darse cuenta de la verdad.



Pero no se me dio el lujo de saber si Tamlin entendía mientras Amarantha chasqueaba la lengua y se alejaba, llevándose su séquito con ella.

—Típica basura humana con sus inconstantes y vulgares corazones — dijo, tal gato satisfecho.

Siguiéndolos, Rhys me agarró del brazo para arrastrarme de nuevo a la sala del trono. Fue sólo cuando la luz me golpeó que vi las manchas y borrones en mi pintura—manchas a lo largo de mis pechos y estómago, y la pintura que había aparecido misteriosamente en las manos de Rhysand.

—Me he cansado de ti por esta noche —dijo Rhys, dándome un ligero empujón hacia la salida principal—. Vuelve a tu celda. —Detrás de él, Amarantha y su corte sonrieron con regocijo, sus sonrisas ensanchadas mientras veían la estropeada pintura. Busqué a Tamlin, pero él estaba acechando en su trono habitual en el estrado, manteniendo la espalda hacia mí. Como si no pudiera soportar verme.



No sé qué hora era, pero horas más tarde, pisadas sonaron dentro de mi celda. Me sacudí en una posición sentada, y Rhys salí de una sombra.

Todavía podía sentir el calor de sus labios contra los míos, el suave deslizamiento de su lengua dentro de mi boca, a pesar de que me había lavado la boca tres veces con el cubo de agua en mi celda.

Su túnica estaba desabotonada en la parte superior, y se pasó una mano por el pelo negro azulado antes de que sin decir nada se apoyara contra la pared frente a mí y se deslizara hasta el suelo.

- —¿Qué quieres? —exigí.
- —Un momento de paz y tranquilidad —espetó, frotándose las sienes.

Hice una pausa.

—¿De qué?

Se masajeó su pálida piel, por lo que las esquinas de sus ojos se movieron de arriba a abajo, dentro y fuera. Él suspiró.



—De este lío.

Me senté más lejos en mi camastro de heno. Yo nunca lo había visto tan sincero.

—Esa maldita perra me está dejando exhausto —continuó, y dejó caer las manos de sus sienes para apoyar la cabeza contra la pared—. Tú me odias. Imagina cómo te sentirías si te hiciera servirme en mi dormitorio. Soy el Gran Señor de la Corte de la Noche, no su ramera.

Así que los insultos eran ciertos. Y podía imaginarme muy fácilmente cuánto lo odiaría—lo que me haría, ser esclava de alguien así.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

La arrogancia y maldad se habían ido.

- —Porque estoy cansado y solo, y tú eres la única persona con la que puedo hablar sin ponerme en peligro. —Él dejó escapar una risa baja—. Qué absurdo: un Gran Señor de Prythian y una...
 - —Puedes irte si sólo vas a insultarme.
- —Pero soy tan bueno en eso. —Mostró una de sus sonrisas. Lo miré, pero suspiro—. Un movimiento en falso mañana, Feyre, y todos estaremos condenados.

El pensamiento tocó la fibra sensible de tal horror que apenas podía respirar.

- —Y si fallas —continuó, más para sí mismo que para mí—. Entonces Amarantha reinará para siempre.
- —Si ella capturó el poder de Tamlin una vez, ¿quién dice que no puede hacerlo de nuevo? —Fue la pregunta que aún no me había atrevido a expresar.
- —No va a ser engañado de nuevo tan fácilmente —dijo, mirando hacia el techo—. Su mayor arma es que mantiene nuestros poderes contenidos. Pero ella no puede acceder a ellos, no del todo, aunque nos puede controlar a través de ellos. Es por eso que nunca he sido capaz de hacer añicos su mente, él porqué de que no esté muerta. En el momento que rompas la



maldición de Amarantha, la ira de Tamlin será tan grande que ninguna fuerza en el mundo que le impedirá salpicarla en las paredes.

Un escalofrío me recorrió.

- —¿Por qué crees que estoy haciendo esto? —Él hizo un gesto con la mano hacia mí.
 - —Porque eres un monstruo.

Él rio.

—Es cierto, pero también soy un pragmático. Llevar a Tamlin a una furia sin sentido es la mejor arma que tenemos contra ella. Verte entrar en un trato de tontos con Amarantha fue una cosa, pero cuando Tamlin vio mi tatuaje en tu brazo...Oh, debiste haber nacido con mis habilidades, aunque sólo fuera para haber sentido la rabia que se filtraba de él.

No quería pensar demasiado sobre sus habilidades.

- —¿Quién puede decir que no te hará picadillo a ti también?
- —Puede que lo intente...pero tengo la sensación de que matará a Amarantha primero. Eso es a lo que todo se reduce, de todas formas: hasta tu servidumbre ante mí puede atribuirse a ella. Así que él la matará mañana, y yo estaré libre antes de él pueda empezar una pelea conmigo que reduzca nuestra una vez sagrada montaña a escombros. —Se hurgó las uñas—. Y tengo algunas otras cartas que jugar.

Levanté mis cejas en una pregunta silenciosa.

—Feyre, por el amor del Caldero. Te he drogado, ¿pero no te preguntas por qué nunca te toque más allá de tu cintura o brazos?

Hasta esta noche, hasta que ese maldito beso. Apreté los dientes, pero incluso mientras mi ira aumentaba, una imagen se aclaró.

—Es a lo único que puedo apelar de inocencia —dijo—. Lo único que hará que Tamlin se lo piense dos veces antes de entrar en una batalla conmigo que ocasione una pérdida catastrófica de vidas inocentes. Es la única manera que puedo convencer de que yo estaba de tu lado. Créeme, nada me habría gustado más que disfrutar de ti, pero hay cosas más importantes en juego que llevar una mujer humana a mi cama.



Lo sabía, pero aun así pregunté:

- —¿Cómo qué?
- —Como mi territorio —dijo, y sus ojos tenían una mirada lejana que todavía no había visto—. Como mi pueblo restante, esclavizados a una reina tirana que puede ponerle fin a sus vidas con una sola palabra. Seguramente Tamlin te expresó sentimientos similares. —Él no lo hizo—no del todo. Él no había podido, gracias a la maldición.
- —¿Por qué Amarantha te eligió? —Me atreví a preguntar—. Por qué hacerte su puta?
- —¿Más allá de lo obvio? —Hizo un gesto hacia su rostro perfecto. Cuando no sonreí, él soltó un suspiro.
 - —Mi padre mató al padre y a los hermanos de Tamlin.

Me quedé mirándolo. Tamlin nunca lo había dicho, nunca me dijo que La Corte Oscura fuera la responsable de eso.

—Es una larga historia, y no tengo ganas de entrar en ella, pero digamos que cuando ella robó nuestras tierras, Amarantha decidió que sobre todo quería castigar al hijo del asesino de su amigo, decidido que me odiaba lo suficiente por las obras de mi padre que debía sufrir.

Yo podría haber extendido una mano hacia él, podría haber ofrecido mis disculpas, pero cada pensamiento se había secado en mi cabeza. Lo que Amarantha le habían hecho a él...

—Entonces —dijo con cansancio—. Aquí estamos, con el destino de nuestro mundo inmortal en las manos de una humana analfabeta. —Su risa era desagradable mientras bajaba la cabeza, ahuecando su frente en una mano, y cerró los ojos—. Que desastre.

Una parte de mí buscaba las palabras para herirlo en su vulnerabilidad, pero la otra mitad recordó todo lo que había dicho, todo lo que había hecho, en cómo su cabeza se había volteado bruscamente a la puerta antes de que él me besara. Sabía que Amarantha venía. Tal vez lo había hecho para ponerla celosa, pero tal vez...

Si no hubiera estado besándome, si él no hubiera aparecido y nos hubiera interrumpido, habría salido de esa sala del trono cubierta de



pintura emborronada. Y todo el mundo, especialmente Amarantha, habría sabido lo que había estado haciendo. No le habría tomado mucho averiguar con quien había estado, sobre todo, no una vez que viese la pintura sobre Tamlin. No quise considerar lo que podría haber sido el castigo.

Independientemente de sus motivos o sus métodos, Rhysand me estaba manteniendo con vida. Y lo había hecho incluso antes de que pusiera un pie Bajo la Montaña.

—Ya te he dicho demasiado —dijo mientras se ponía de pie—. Tal vez debería haberte drogado primero. Si fueras inteligente, encontrarías una manera de utilizar esto contra mí. Y si tuvieras estómago para la crueldad, irías con Amarantha y le dirías la verdad sobre su puta. Tal vez ella te daría a Tamlin por ello.

Se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones negros, pero incluso cuando se desvaneció en las sombras, hubo algo en la curva de sus hombros que me hicieron hablar.

—Cuando curaste mi brazo...no tenías por qué negociar conmigo. Podrías haber exigido cada semana del año. —Mis cejas se fruncieron mientras se daba la vuelta, ya medio consumido por la oscuridad—. Cada semana, y habría dicho que sí. —No era del todo una pregunta, pero necesitaba la respuesta.

Una media sonrisa apareció en sus sensuales labios.

—Lo sé —dijo, y desapareció.



CAPÍTULO 43

TRADUCIDO POR B. DE MELODY // CORREGIDO POR RINCONE

Para mi tarea final, me dieron mi vieja túnica y pantalones—manchada, rota y apestando—pero a pesar de mi hediondez, mantuve mi barbilla en alto mientras era escoltada al cuarto del trono.

Las puertas fueron abiertas, y el silencio de la sala me asaltó. Esperé por las burlas y los gritos, esperé para ver flashes dorados mientras los espectadores hacían sus apuestas, pero esta vez las hadas solo me miraron, los enmascarados especialmente interesados.

Su mundo descansaba en mis hombros, Rhy lo había dicho. Pero no creía que fuese solo preocupación lo que estaba esparcido en sus rasgos. Tuve que tragar duro mientras algunos de ellos tocaban sus labios con sus dedos, y después los extendían hacia mí—un gesto para los caídos, una despedida para los honorables muertos. No había nada malicioso en ello. La mayoría de estas hadas pertenecían a las cortes de los Grandes Señores o habían pertenecido a esas cortes antes de que Amarantha se apoderada de sus tierras, de sus vidas. Y si Tamlin y Rhysand estaban jugando juegos para mantenernos vivos...

Caminé por el sendero que había hecho—directo hacia Amarantha. La Reina sonrió cuando me detuve al frente de su trono. Tamlin estaba en su usual lugar junto a ella, pero no lo iba a mirar—no todavía.

—Llevas dos pruebas detrás de ti —dijo Aramantha, cogiendo una mota de polvo de su traje rojo sangre. Se veía su cabello brilló, una reluciente oscuridad que amenazaba con tragar su corona dorada.

—Y solo una más espera. Me pregunto si sería peor fallar ahora... cuando ya estás tan cerca. — Hizo un puchero, y ambas esperamos las risas de las hadas.

Pero solo unas cuantas risas se escucharon de los guardias. Todos los demás permanecieron en silencio. Incluso los miserables hermanos de Lucien. Incluso Rhysand, donde sea que estuviese en la multitud.



Pestañeé para aclarar mis ardientes ojos. Quizás, como Rhysand, sus votos de alianza y apuestas sobre mi vida y maldad habían sido un show. Y quizás ahora—ahora que el fin era inminente—ellos, también, enfrentarían mi potencial muerte con la que fuese la dignidad que les quedara.

Amarantha los miró, pero cuando su mirada cayó en mí, sonrió amplia y dulcemente.

—¿Unas últimas palabras antes de morir?

Se me ocurrió una plétora de maldiciones, pero en cambio miré a Tamlin. Él no reaccionó—sus facciones eran como la piedra. Deseé poder vislumbrar su rostro—así solo fuera por un momento. Pero todo lo que necesitaba ver eran esos ojos verdes.

—Te amo —dije—. No importa lo que ella diga al respecto, no importa si es solo con mi insignificante corazón humano, Incluso si queman mi cuerpo, te voy amar. —Mis labios temblaron, y mi visión se nubló antes de que varias lágrimas calientes se deslizaran por mi cara. No las sequé.

Él no reaccionó—ni siquiera apretó los lados de su trono. Supongo que esa era su manera de soportarlo, incluso si hacía que mi pecho doliera. Incluso si su silencio me mataba.

Amarantha dijo dulcemente:

—Querida mía, correrás con suerte si nos queda suficiente de ti para quemar.

La miré largo y tendido. Pero sus palabras no fueron recibidas con burlas o sonrisas o aplausos de la multitud. Solo silencio.

Fue un regalo que me dio coraje, que me hizo apretar mis puños, que me hizo aceptar el tatuaje en mi brazo. La había vencido hasta ahora, justamente o no, y no me sentiría sola cuando muriera. No moriría sola. Era todo cuanto podía pedir.

Amarantha puso su barbilla en una mano.

—Nunca resolviste mi acertijo, ¿no es así? —No respondí, y ella sonrió—. Lástima. La respuesta es tan adorable.



Amarantha miró a Tamlin.

—¿No hay unas palabras finales para ella? — dijo, levantando una ceja. Cuando él no respondió, sonrió hacia mí—. Muy bien, entonces. — Aplaudió con sus manos dos veces.

Una puerta se abrió, y tres figuras—dos hombres y una mujer con sacos marrones atados sobre sus cabezas fueron arrastrados por los guardias. Sus rostros ocultos se giraban de aquí para allá mientras trataban de discernir los susurros que ondulaban a través del cuarto. Mis rodillas se doblaron un poco mientras se acercaban.

Con golpes fuertes y empujones contundentes, los guardias vestidos de rojo forzaron a las tres hadas a ponerse de rodillas a los pies de la plataforma, pero frente a mí. Sus cuerpos y ropas no revelaban nada de quienes eran.

Aramantha aplaudió otra vez, y tres criados vestidos de negro aparecieron al lado de cada una de las hadas arrodilladas. En sus largas, y pálidas manos, cargaban cada uno una almohada negra aterciopelada. Y en cada almohada descansaba una pulida daga de madera. La hoja no era de metal, sino de fresno. Fresno, porque...

—Tu tarea final, Feyre —dijo Amaranta, gesticulando hacia las hadas arrodilladas—. Será apuñalar a cada una de estas infortunadas almas justo en el corazón.

La miré, mi boca abriéndose y cerrándose.

—Ellos son inocentes...no es que eso deba importante —continuó —. Así como no te importó el día que asesinaste al pobre centinela de Tamlin. Y como no le importó a Jurian cuando descuartizó a mi hermana. Pero si esto supone un problema... bueno, siempre puedes rehusarte. Por supuesto, tomaré tu vida a cambio, pero una ganga es una ganga, ¿no crees? Si me lo preguntas, sin embargo, dada tu historia con asesinar a nuestra especie, creo que estoy ofreciéndote un regalo.

Rehusarme y morir. Matar tres inocentes y vivir. Tres inocentes a cambio de mi propio futuro. Por mi propia felicidad. Por Tamlin y su corte y la libertad de un territorio entero.

La madera de las agudas dagas había sido pulida tan expertamente que brillaban bajo los candelabros.



—¿Y bien? —pregunto. Levantó sus manos, dejando que el ojo de Jurien tuviesen una buena vista de mí, de las dagas de fresno, y ronroneó—: No quisiera que te perdieras esto, viejo amigo.

No podía. No podía hacerlo. No era como cazar; no era por supervivencia o defensa. Era asesinato a sangre fría—el asesinato de ellos, de mi propia alma. Pero por Prythian—por Tamlin, por todo los que estaban allí, por Alis y sus chicos... desearía haber sabido el nombre de unos de nuestros olvidados dioses para rezarles para que intervinieran, deseaba saber alguna plegaria para rezar por una guía, una absolución.

Pero no sabía esas plegarias, o el nombre de nuestros olvidados dioses—solo los nombres de aquellos que permanecerían esclavizados si no actuaba. Silenciosamente recité esos nombres, incluso cuando el horror de lo que estaba frente a mi comenzaba a tragarme entera. Por Prythian, por Tamlin, por su mundo y el mío propio... Estas muertes no serían en vano—incluso si me condenaban para siempre.

Tomé un paso hacia la primera figura arrodillada—el más largo y más brutal paso que jamás había tomado. Tres vidas a cambio de la libertad de Prythian—tres vidas que no serían entregadas en vano. Podía hacer esto. Podía hacer esto, incluso con Tamlin mirando. Podía hacer este sacrificio—sacrificarlos a ellos... podía hacer esto.

Mis dedos temblaron, pero la primera daga termino en mi mano, su empuñadura fresca y suave, la madera de la hoja más pesada de lo que esperaba. Había tres dagas, porque ella quería que sintiera la agonía de agarrar esa cuchilla una y otra vez. Quería que lo *sintiera*.

—No tan rápido —se rió Amarantha, y los guardias que sostenían a la primera figura arrodillada le arrancaron la capucha de la cara.

Era un joven y guapo Alto Fae. No lo conocía, nunca lo había visto, pero sus ojos azules estaban rogando—. Así está mejor —dijo Amarantha, ondeando su mano otra vez—. Procede, Feyre, querida. Disfrútalo.

Sus ojos eran del color de un cielo que nunca vería otra vez si me negaba a matarlo, un color que nunca sacaría de mi mente, que nunca olvidaría sin importar cuantas veces lo pintara. Él sacudió su cabeza, esos ojos haciéndose tan grande que el blanco se veía en todas partes, él nunca vería ese cielo, tampoco. Y tampoco lo haría esta gente, si yo fallaba.



—Por favor —susurró, su atención dividida entre la daga de fresno y mi cara—. Por favor.

La daga se sacudió en mis dedos, y la apreté más fuerte. Tres hadas—eso era todo lo que se interponía entre mi libertad y yo, antes de que Tamlin acabara con Amarantha. Si él podía destruirla...no es en vano, me dije a mi misma. No es en vano.

—No lo hagas —rogó el joven hada cuando levanté la daga. —; $No\ lo\ hagas!$

Tomé un jadeante aliento, mis labios temblando mientras temblaba. Decir «lo siento» no era suficiente. Nunca pude decírselo a Andras—y ahora...

—Por favor —dijo, y sus ojos alineados con la plata.

Alguien en la multitud empezó a llorar. Se lo estaba arrebatando a alguien que posiblemente lo amaba tanto como yo amaba a Tamlin.

No podía pensar en eso, no podía pensar en quien era, o el color de sus ojos, o nada de eso. Amarantha estaba sonriendo con salvaje y triunfante alegría. Matar un hada, enamorarse de un hada, entonces ser forzado a matar a un hada para mantener ese amor. Era brillante y cruel, y ella lo sabía.

La oscuridad onduló cerca del trono, y entonces Rhyne estaba ahí, sus brazos cruzados—como si se hubiese movido para ver mejor. Su cara era una máscara de desinterés, pero mi mano hormigueo. *Hazlo*, dijo el hormigueo.

—No lo hagas —gimió el joven hada. Comencé a sacudir mi cabeza. No podía escucharlo. Tenía que hacerlo ahora, antes de que me convenciera de lo contrario—. ¡Por favor! —Su voz se convirtió en un grito.

El sonido me sacudió tanto que me abalancé.

Con un sollozo, sumergí la daga en su corazón.

Gritó, peleando contra el agarre de los guardias mientras la hoja cavaba a través de su carne y hueso, suave como si fuese metal y no fresno, y sangre—caliente y resbaladiza, apareció en mi mano. Lloré, sacando la daga, las reverberaciones de sus huesos en la hoja picando en mi mano.



Sus ojos, llenos de conmoción y odio, permanecieron en mí mientras se hundía, maldiciéndome, y esa persona en la multitud dejo salir un gemido de lamento.

Mi sangrienta daga chasqueó en el suelo de mármol mientras me tambaleaba unos pasos hacia atrás.

-Muy bien -dijo Amarantha.

Quería salirme de mi cuerpo; tenía que escapar de la mancha de lo que había hecho; tenía que salir—no podía afrontar la sangre en mis manos, la pegajosa calidez entre mis dedos.

—Ahora el siguiente. Oh, no luzcas tan miserable, Feyre. ¿No te estas divirtiendo?

Enfrenté a la segunda figura, aun encapuchada. Una mujer esta vez. El hada de negro extendió la almohada con la daga limpia, y los guardias que la sostenían le quitaron la capucha.

Su cara era simple, y su cabello era café dorado, como el mío. Lagrimas ya estaban rodando por sus redondas mejillas, y sus ojos color bronce rastrearon mi sangrienta mano mientras yo alcanzaba la segunda cuchilla, la pulcritud de la hoja de madera burlándose de la sangre en mis dedos.

Quería arrodillarme y rogar por su perdón, decirle que su muerte no sería por nada. Quería, pero había una gran grieta corriendo a través de mí que difícilmente podía sentir mis manos, mi destrozado corazón. Lo que había hecho...

—Caldero sálvame —empezó a susurrar ella, sus voz adorable e incluso...musical—. Madre sostenme — continúo, recitando una plegaria similar a una que yo había oído una vez, cuando Tamlin facilito el paso de esa hada menor que había muerto en el vestíbulo. Otra de las víctimas de Amarantha—. Guíame hacia ti. —Era incapaz de alzar mi daga, incapaz de tomar ese paso que cerraría la distancia entre nosotras—. Permíteme pasar a través de las puertas; déjame oler esa tierra inmortal de leche y miel.

Silenciosas lágrimas se deslizaron por mi cara y cuello, donde empaparon el sucio cuello de mi túnica. Mientras ella hablaba, sabía que yo estaría por siempre desterrada de esa tierra inmortal. Sabía que cualquiera Madre a la que ella se refería jamás me recibiría. Por salvar a Tamlin, yo me estaba condenando.



No podía hacer esto—no podía levantar esa daga otra vez.

—No me dejes temer a ningún mal —ella exhalo, mirándome—en mi interior, dentro del alma que se estaba destrozando a sí misma—. No me dejes sentir dolor.

Un sollozo se escapó de mis labios.

- —Lo siento —gemí.
- —Déjame entrar en la eternidad —ella exhaló.

Lloré mientras lo entendía. *Mátame ahora*, estaba diciendo. *Hazlo rápido. Haz que no duela. Mátame ahora.* Sus ojos color bronce eran calmados, también llenos de pesar. Infinita, infinitamente peor que la plegaria del hada muerto a su lado.

No podía hacerlo.

Pero ella sostuvo mi mirada...sostuvo mi mirada y asintió.

Mientras levantaba la daga de fresno, algo dentro de mí se fracturó tan completamente que no habría esperanza de reparación. No importa cuántos años pasaran, no importa cuántas veces intentara pintar su cara.

Mas hadas empezaron a llorar—sus parientes y amigos. La daga era un peso en mi mano—mi mano, brillando y cubierta con la sangre del primer hada.

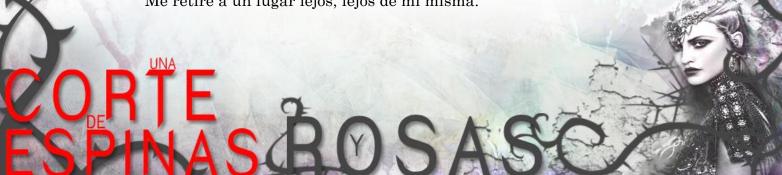
Sería más honorable rehusarse—morir, en vez de asesinar inocentes. Pero... Pero...

—Déjame entrar en la eternidad —repitió ella, levantando su barbilla.
—No temer ningún mal —susurró...solo para mí—. No sentir dolor.

Agarré su delicado y huesudo hombro y conduje la daga dentro de su corazón.

Ella abrió su boca, y sangre se derramó en el suelo como una salpicadura de lluvia. Sus ojos estaban cerrados cuando miré su cara otra vez. Ella cayó al suelo y no se movió.

Me retiré a un lugar lejos, lejos de mi misma.



Las hadas estaban agitadas ahora—cambiando, muchas susurrando y llorando. Dejé caer la daga, y el golpe de la madera de fresno contra el mármol rugió en mis oídos. ¿Por qué estaba Amarantha aun sonriendo, con solo una persona restante entre mi libertad y yo? Miré a Rhysand, pero su atención estaban en Amarantha.

Un hada—y entonces seriamos libres. Solo una oscilación más de mibrazo.

Y quizás una más después de eso—quizás una oscilación más, arriba y dentro de mi propio corazón.

Sería un alivio—un alivio morir por mi propia mano, un alivio morir en vez de enfrentar lo que había hecho.

El hada sirviente ofreció la última daga, y estaba a punto de tomarla cuando el guardia removió la capucha del hombre arrodillado frente a mí.

Mis manos se aflojaron a mis lados. Ojos verdes salpicados de ámbar miraron hacia mí.

Todo se vino abajo, capa sobre capa, destrozándose y rompiéndose y desmoronándose, mientras miraba a Tamlin.

Volteé mi cabeza al trono al lado de Amarantha, aun ocupado por mi Gran Señor, y ella se rio mientras chasqueaba sus dedos. El Tamlin junto a ella se transformó en un Attor sonriendo maliciosamente hacia mí.

Engañada—engañada por mi propio sentido otra vez. Lentamente, mi alma destrozándose lejos de mí, me volteé hacia Tamlin. Había culpa y pesar en sus ojos, y me tambaleé lejos, casi cayendo mientras me tropezaba con mis pies.

—¿Algo va mal? —preguntó Amarantha preguntó, moviendo su cabeza.

—No...no es justo —dije.

La cara de Rhysand estaba pálida—tan, tan pálida.

—¿Justo? —dijo Amarantha, jugando con el hueso de Jurian en su collar—. No sabía que ustedes los humanos conocieran ese concepto. Matas



a Tamlin, y el será libre. —Su sonrisa era la cosa más odiosa que jamás hubiera visto—. Y entonces podrás tenerlo todo para ti solita.

Mi boca dejó de trabajar.

—A menos —prosiguió Amarantha—. Que pienses que sería más apropiado renunciar a tu vida. Después de todo: ¿cuál es el punto? ¿Sobrevivir solo para perderlo? —Sus palabras eran como veneno—. Imagina todo esos años que ustedes iban a pasar juntos... de repente sola. Trágico, en realidad. Pensar que hace unos meses, odiabas a nuestra especie lo suficiente como para masacrarnos... seguramente lo superes fácilmente. —Acarició su anillo—. La amante humana de Jurian lo hizo.

Aun en sus rodillas, los ojos de Tamlin se tornaron muy brillantes—desafiantes.

—Así que —dijo Amarantha, pero no la miré. —¿Que va a ser, Feyre?

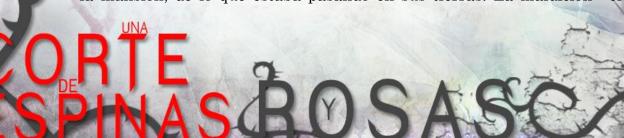
Matarlo y salvar a su corte y mi vida, o matarme a mí misma y dejarlos vivir en la esclavitud de Amarantha, dejarla a ella y al Rey de los Hyberno librar su guerra final contra el reino humano. No había ningún trato para salir de esto—ninguna parte de mí qué vender para evitar esta decisión.

Miré la daga de fresno en la almohada. Alis había tenido razón todas estas semanas: ningún humano que entrara aquí volvería a salir. Yo no era la excepción. Si fuese lista, de hecho apuñalaría mi propio corazón antes de que pudieran atraparme. Al menos entonces moriría rápido—no enfrentaría la tortura que seguramente esperaba por mí, posiblemente un destino como el de Jurian. Alis había estado en lo correcto. Pero...

Alis...Alis había dicho algo... algo que me *ayudaría*. Una parte final de la maldición, una parte que no podían decirme, una parte que me ayudaría...Y todo lo que ella había sido capaz de hacer fue decirme que *escuchara*. Que *escuchara* lo que oyera... como si ya supiera todo lo que necesitaba.

Lentamente, miré a Tamlin otra vez. Recuerdos destellaron, uno después de otro, estallidos de color y palabras. Tamlin era el Gran Señor de la Corte de Primavera—¿en qué me ayudaba eso? El Gran Rito se había realizado…no.

Él me había mentido acerca de todo—sobre porque había sido traída a la mansión, de lo que estaba pasando en sus tierras. La maldición—él no



tenía permitido decirme la verdad, pero no había pretendido exactamente que todo estaba bien. No—me mintió y explicó lo mejor que pudo y eso hizo dolorosamente obvio para mí en cada giro que algo estaba muy, muy mal.

El Attor en el jardín—escondido de mí como yo de él. Pero Tamlin me había escondido—él me había dicho que me quedara quieta y luego había *guiado* al Attor directamente hacia mí, *dejándome* escucharlos.

Había dejado las puertas del comedor abiertas cuando hablaba con Lucien acerca—acerca de la maldición, incluso si yo no me daba cuenta en ese momento. Había hablado en lugares públicos. Él había *querido* que yo escuchara a escondidas.

Porque quería que supiera, que *escuchara*—porque ese conocimiento... Saqueé cada conversación, girando las palabras como piedras. Una parte de la maldición que no había comprendido, que ellos no podían decirme explícitamente, pero Tamlin necesitaba que yo supiese...

-Mi Señora no hace tratos que no son ventajosas para ella.

Ella nunca mataría a lo que más deseaba—no cuando ella quería a Tamlin tanto como yo. Pero si lo mataba…o ella sabía que no podría hacerlo, o estaba jugando un muy, muy peligroso juego.

Conversación tras conversación hicieron eco en mi memoria, hasta que oí las palabras de Lucien, y todo se congeló. Y ahí fue cuando lo supe.

No podía respirar, no mientras repetía el recuerdo, no mientras recordaba la conversación que había oído un día. Lucien y Tamlin en el comedor, la puerta abierta para que todos escucharan—para que *yo* escuchara.

—Para alguien con un corazón de piedra, el tuyo está ciertamente muy suave estos días.

Mire a Tamlin, mis ojos parpadeando hacia su pecho cuando otro recuerdo destelló. El Attor en el jardín, riendo.

— A pesar de que posees un corazón de piedra, Tamlin —dijo el Attor—. Ciertamente guardas una gran cantidad de miedo dentro de él.

Amarantha nunca se arriesgaría a que lo matara—porque ella sabía que no podía matarlo.



No si su corazón no podía ser perforado por una hoja. No si su corazón se había convertido en piedra.

Escaneé su cara, buscando por una tenue luz de verdad. Había solo esa atrevida mirada de rebelión en sus ojos.

Quizás estaba equivocada—quizás solo fuera un juego de palabras de las hadas. Pero todas esas veces que sostuve a Tamlin...nunca sentí el latido de su corazón. Había estado ciega a todo hasta que regresó para golpearme en la cara, pero no esta vez.

Así era como ella lo controlaba y a su magia. Como controlaba a todos los Grandes Señores, dominándolos al igual que mantenía el alma de Jurian unida a ese ojo y hueso.

No confíes en nadie, me había dicho Alis. Pero confiaba en Tamlin—y más que eso, confiaba en mí misma. Confiaba en que había oído correctamente—confiaba en que Tamlin había sido más listo que Amarantha. Confiaba en que todo lo que había sacrificado no había sido en vano.

El cuarto entero estaba en silencio, pero mi atención estaba solamente en Tamlin. La revelación debió haber estado clara en mi rostro, porque su respiración se volvió un poco más rápida, y levantó su barbilla.

Tomé un paso hacia él, luego otro. Yo tenía razón. Tenía que tenerla.

Respire hondo y agarré la daga de la almohada extendida. Podía estar equivocada—podía estar dolorosa y trágicamente equivocada.

Pero había el fantasma de una sonrisa en los labios de Tamlin mientras me paraba frente a él, daga de fresno en mano.

Había tal cosa como el Destino—porque el Destino se había asegurado que yo estuviese ahí para escuchar cuando ellos habían hablado en privado, porque el Destino le había susurrado a Tamlin que la fría y contraria chica que él había arrastrado hacia su hogar seria la que rompería su hechizo, porque el Destino me había mantenido viva solo para llegar a este punto, solo para ver si había estado escuchando.

Y ahí estaba—mi Gran Señor, mi amado, arrodillado frente a mí.

—Te amo —dije, y entonces lo apuñalé.



CAPÍTULO 44

TRADUCIDO POR 3LIK@ // CORREGIDO POR RINCONE

Tamlin gritó cuando el filo le atravesó la piel, rompiendo el hueso. Por un momento repugnante, cuando su sangre corrió por mi mano, pensé que la daga de fresno entraría limpiamente en él.

Pero entonces hubo un ruido sordo—y una leve reverberación de escozor en mi mano cuando la daga golpeó algo duro e inflexible. Tamlin se tambaleó hacia delante, su rostro poniéndose a pálido, y arranqué la daga de su pecho. Mientras la sangre chorreaba de la madera pulida, levanté el filo.

Su punta se había mellado, había girado sobre sí misma.

Tamlin se agarró el pecho mientras jadeaba, la herida ya sanando. Rhysand, al pie del estrado, sonreía de oreja a oreja. Amarantha se puso de pie.

Las hadas murmuraban entre sí. Dejé caer el filo, enviándolo en un estrépito a través del mármol rojo.

Mátala ahora, quería gritarle a Tamlin, pero él no se movió mientras presionaba la mano contra su herida, la sangre goteando. Demasiado lento—él estaba sanando demasiado lento. La máscara no cayó. Mátala ahora.

—Ha ganado —dijo alguien en la multitud. —Libéralos —gritó otro.

Pero el rostro de Amarantha palideció, sus rasgos se torcieron hasta verse realmente serpentinos.

—Voy a liberarlos cuando lo vea conveniente. Feyre no especificó cuando tendría que liberarlos—solo que tenía que hacerlo. En algún momento. Tal vez cuando estés muerta. —Terminó con una sonrisa odiosa —. Asumiste, cuando dije libertad instantánea con respecto al acertijo, que también se aplicaría a las pruebas ¿no es así? Estúpida, humana tonta.

Retrocedí mientras ella bajaba los escalones del estrado. Sus dedos cerrados como garras—el ojo de Jurian salvaje dentro del anillo, su pupila se



dilataba y se contraía—. *Y a ti* —me dijo entre diente—. *A ti* —Sus dientes brillaban filosos—. *Voy a matarte.*

Alguien gritó, pero no pude moverme, ni siquiera pude tratar de salir de su camino mientras algo mucho más violento que un rayo me golpeó, y me estrelló contra el suelo.

—Haré que pagues por tu insolencia —gruñó Amarantha, y un grito devastó mi garganta mientras un dolor como nada que hubiera conocido estalló a través de mí.

Mis huesos fueron destrozados cuando mi cuerpo fue levanto y después estrellado contra el duro suelo, y fui aplastada bajo otra ola de agonía tortuosa.

—Admite que en realidad no lo amas, y te perdonaré la vida —dijo Amarantha en un respiro y a través de mi visión fracturada, la vi acechando en mi dirección—. Admite que no eres más que una cobarde mentirosa e inconstante basura humana.

No lo haría—no lo diría, incluso si ella me embarraba por el suelo.

Pero estaba siendo desgarrada desde adentro hacia afuera, y apaleada, incapaz de gritar el dolor.

-: Feyre! -- alguien gritó. No, no alguien-Rhysand.

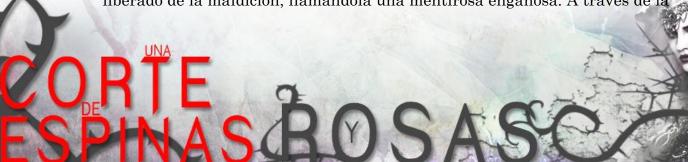
Pero Amarantha aún se acercaba.

—¿Crees que eres digna de él? ¿De un *Gran Señor*? ¿Crees que te mereces algo en absoluto, humana? — Mi espalda se arqueó, y mis costillas se rompieron, una por una.

Rhysand gritó mi nombre otra vez—gritó como si le importara. Me desmayé, pero ella me trajo de vuelta, asegurándose que sintiera todo, asegurándose que gritara cada vez que un hueso se rompiera.

—¿Qué eres, sino basura, huesos y comida para gusanos? —dijo Amarantha con rabia—. ¿Qué eres, en comparación con los nuestros, que te crees digna de nosotros?

Las hadas comenzaron a gritar juego sucio, exigiendo que Tamlin fuera liberado de la maldición, llamándola una mentirosa engañosa. A través de la



bruma, vi a Rhysand agachado junto a Tamlin. No para ayudarlo, sino para agarrar la...

—Todos ustedes son unos cerdos...unos asquerosos *cerdos* conspiradores.

Sollocé entre gritos cuando su pie conectó con mis costillas rotas. Una. Y otra vez.

—Tu corazón mortal no es nada para nosotros.

Entonces Rhysand se puso de pie, con mi daga ensangrentada en la mano. Se lanzó hacia Amarantha, veloz como una sombra, con la daga de fresno dirigida a su garganta.

Ella levantó una mano—sin siquiera molestarse en mirar—y él fue lanzado a una pared de luz blanca.

Pero el dolor se detuvo un segundo, el tiempo suficiente para verlo golpear el suelo y levantarse de nuevo y arremeter contra ella—con las manos que ahora terminaban en garras. Se estrelló contra el muro invisible que Amarantha había levantado alrededor de sí misma, y mi dolor iba y venía mientras se giraba hacia él.

—Tú, sucio traidor —dijo enfurecida a Rhysand—. Eres tan malo como estas bestias humanas. —Una a una, como si una mano estuviera empujándolas, sus garras penetraban su piel, dejando sangre a su paso. Él maldijo, bajo y feroz—. Estuviste planeando esto todo el tiempo.

Su magia mandó a volar de nuevo a Rhysand—con tanta fuerza que su cabeza se estrelló contra las piedras y la daga cayó de sus dedos extendidos. Nadie hizo un movimiento para ayudarlo, y ella lo golpeó una vez más con su poder. El mármol rojo se astilló donde él chocaba, como telarañas en mi dirección. Con una oleada tras oleada, ella lo golpeó. Rhys gimió.

—Détente —respiré, con la sangre en mi boca mientras me esforzaba por estirar una mano para llegar a sus pies—. Por favor.

Los brazos de Rhys se doblaron mientras luchaba por levantarse, y la sangre goteaba de su nariz, salpicando sobre el mármol. Sus ojos se encontraron con los míos.



El vínculo entre nosotros se tensó. Tuve recuerdos entre mi cuerpo y el suyo, verme a mí misma a través de sus ojos, sangrando, rota y sollozando.

Volví de súbito a mi propia mente cuando Amarantha se volvió hacia mí de nuevo.

—¿Détente? ¿Détente? No finjas que te importa, humana— canturrió ella, y curvó su dedo. Arqueé mi espalda, mi columna forzada hasta el punto de agrietarse, y Rhysand gritó mi nombre mientras yo perdía mi agarre en la habitación.

Entonces los recuerdos empezaron—una recopilación de los peores momentos de mi vida, un libro de cuentos de desesperación y oscuridad. La última página llegó, y lloré, sin sentir completamente la agonía de mi cuerpo mientras veía que el joven conejo, sangrando en el claro del bosque, mi daga atravesando su garganta. Mi primer asesinato—la primera vida que había tomado.

Había estado desesperada, muriendo de hambre. Sin embargo, después, una vez que mi familia lo hubo devorado, me había deslizado de nuevo en el bosque y lloré durante horas, sabiendo que una línea había sido cruzada, que mi alma estaba manchada.

—¡Di que no lo amas! —chilló Amarantha, y la sangre en mis manos se convirtió en la sangre de ese conejo—se convirtió en la sangre de lo que había perdido.

Pero no lo diría. Porque amar a Tamlin era lo único que me quedaba, lo único que no podía sacrificar.

Un camino se aclaró a través de mi visión de color rojo y negro. Me encontré con los ojos de Tamlin—abiertos mientras se arrastraba hacia Amarantha, viéndome morir, e incapaz de salvarme mientras su herida sanaba lentamente, mientras ella aún era dueña de su poder.

Amarantha nunca tuvo la intención de dejarme vivir, nunca tuvo la intención de dejarlo ir.

—Amarantha, detén esto —rogó Tamlin a sus pies mientras se agarraba la herida abierta en su pecho—. Détente. Lo siento...siento lo que dije acerca de Clythia todo estos años. Por favor.



Amarantha lo ignoró, pero no podía apartar la mirada. Los ojos de Tamlin eran tan verdes—verdes como los prados de su mansión. Una sombra se llevó los recuerdos que me inundaban, empujándolos a un lado, el mal rompiéndome hueso por hueso. Grité de nuevo cuando mis rodillas se forzaron, amenazando con romperse en dos, pero vi aquello en el bosque encantado, vi aquella tarde en la que habíamos permanecido en la hierba, vi aquella mañana en la que habíamos visto el amanecer, cuando por un instante—solo un instante—hube conocido la verdadera felicidad.

- —Di que realmente no lo amas —escupió Amarantha, y mi cuerpo se torció, rompiéndose poco a poco—. Díselo a tu inconstante corazón.
- —Amarantha, *por favor* —gimió Tamlin, su sangre derramándose en el suelo—. Hare lo que sea.
- —Me ocuparé de ti más tarde —le gruñó a él y a mí me lanzó al interior de un pozo de fuego del dolor.

Nunca lo diría—nunca le dejaría oír eso, incluso si me mataba. Y si eso iba a ser mi perdición, que así fuera. Si sería la debilidad la que me rompería, la recibiría con todo mi corazón. Si esto era...

Pues aunque cada uno de mis ataques desembocan en un poderoso golpe,

Cuando mato, lo hago lento...

Eso es lo que habían sido estos tres meses—una muerte lenta y horrible. Lo que sentía por Tamlin era la causa de esto. No había cura—no había dolor, o ausencia, o felicidad.

Pero despreciado, me convierto en una bestia difícil de vencer.

Ella podía torturarme todo lo que quisiera, pero nunca destruiría lo que sentía por él. Nunca haría que Tamlin la amara—nunca aliviaría el escozor de su rechazo.

El mundo se oscurecía en los límites de mi visión, calmando el dolor.

Pero bendigo a todos aquellos que son lo suficientemente valientes como para atreverse.



Por mucho tiempo, había huido de ello. Pero al sincerarme ante él, ante mis hermanas—eso había sido una prueba de valentía tan desgarradora como cualquiera de mis pruebas.

—Dilo, bestia inmunda —silbó Amarantha. Ella podría haber mentido en su forma de salirse de nuestro trato, pero había jurado diferente con el acertijo—libertad instantánea, independientemente de su voluntad.

La sangre llenaba mi boca, cálida mientras goteaba de mis labios. Miré la cara enmascarada de Tamlin por última vez.

—Amor —respiré, el mundo desmoronándose en una oscuridad sin fin. Una pausa en la magia de Amarantha—. La respuesta al acertijo... —Logré decir, ahogándome en mi propia sangre—. Es... amor.

Los ojos de Tamlin se abrieron ampliamente antes de que algo se quebrara para siempre en mi columna vertebral.



CAPÍTULO 45

TRADUCIDO POR B. DE MELODY // CORREGIDO POR RINCONE

Estaba lejos pero aun podía ver—ver a través de ojos que no eran míos, ojos unidos a una persona que lentamente se levantó de su posición sobre un agrietado y sangriento suelo.

El rostro de Aramantha se aflojó. Ahí estaba mi cuerpo, postrado en el suelo, mi cabeza hacia un lado en un horrible ángulo equivocado. Un flash de cabello rojo en la multitud. Lucien.

Las lágrimas se veían en el ojo bueno de Lucien mientras levantaba sus manos y se quitaba la máscara de zorro.

La brutalmente asustada cara debajo era aún hermosa—sus rasgos agudos y elegantes. Pero mi anfitrión estaba mirando a Tamlin, quien lentamente miró mi cuerpo muerto.

La cara aun enmascarada de Tamlin se retorció en algo verdaderamente lupino mientras levantaba sus ojos a la reina y gruñía. Colmillos alargándose.

Aramantha retrocedió—retrocedió lejos de mi cadáver. Solo susurro:

—Por favor —Antes de que una luz dorada explotara.

La reina fue empujada, arrojada contra la pared más lejana, y Tamlin dejo salir un rugido que sacudió la montaña mientras se lanzaba hacía ella. Se transformó en su forma de bestia más rápido de lo que podía ver—piel y garras y libra sobre libra de letal musculo.

No mucho después de que golpeara la pared, la agarro por el cuello, y las piedras se rompieron cuando la empujó contra ella con una pata llena de garras.

Ella se retorció pero no pudo hacer nada contra el ataque brutal de la bestia de Tamlin. La sangre corría por su brazo peludo y por donde ella lo había arañado.



El Attor y los guardias se apresuraron hacia la reina, pero varias hadas y el Altos Faes, sus máscaras traqueteando contra el suelo, saltaron en su camino, cortándoles el paso. Amarantha chilló, pateando contra Tamlin, arremetiendo contra él con su oscura magia, pero una pared de oro lo arropó como una segunda piel. Ella no podía tocarlo.

—¡Tam! —Lloró Lucien a través del caos.

Una espada se precipito a través del aire, una estrella fugaz de acero.

Tamlin la atrapó con una enorme pata. El grito de Aramantha se cortó cuando condujo la espada a través de su cabeza y través de la piedra de detrás.

Y luego cerró sus poderosas fauces alrededor de su garganta—y la desgarro.

El silencio cayó.

No fue hasta que estuvo mirando de nuevo hacia mi propio cuerpo roto que me di cuenta a través de qué ojos había estado mirando. Pero Rhysand no se acercó más a mi cadáver, no mientras patas aceleradas—entonces un destello de luz, luego pasos—llenaron el aire. La bestia ya se había ido.

La sangre de Aramantha se había desvanecido de su cara, de su túnica, mientras Tamlin caía sobre sus rodillas.

Recogió mis extremidades, mi cuerpo roto, acunándome hacia su pecho. No se había quitado su máscara pero vi las lágrimas cayendo sobre mi sucia túnica, y oí el llanto estremecedor que salió de él mientras me mecía, acariciando mi cabello.

—No — murmuró alguien—Lucien, su espada colgando de su mano. De hecho, había muchos Altos Faes y hadas que miraban con ojos empapados mientras Tamlin me sostenía.

Quería llegar a Tamlin. Quería tocarlo, rogar por su perdón por lo que había hecho, por los otros cuerpos en el suelo, pero estaba demasiado lejos.

Alguien apareció al lado de Lucien—un alto y hermoso hombre con cabello castaño con una cara similar. Lucien no miró a su padre, aunque se puso rígido mientras el Gran Señor de la Corte de Otoño se acercaba a Tamlin y extendía una mano cerrada hacia él.



Tamlin levanto la vista solo cuando el Gran Señor abrió sus dedos y se inclinó sobre su mano. Una chispa brillante cayó sobre mí. Se encendió y se desvaneció cuando toco mi pecho.

Dos figuras más se acercaron—ambos guapos y jóvenes. A través de los ojos de mi anfitrión, los reconocí instantáneamente. El de piel morena en la izquierda usaba una túnica azul y verde y encima de su blanca y rubia cabeza una guirnalda de rosas—el Gran Señor de la Corte de Verano. Su compañero de piel pálida, vestido en colores blanco y gris, poseía una corona de hielo brillante. El Gran Señor de la Corte de Invierno.

Barbillas alzadas y hombros hacia atrás, ellos también dejaron caer esos núcleos brillantes sobre mí, y Tamlin inclinó su cabeza en señal de gratitud.

Otro Gran Señor se acercó, también otorgándome una gota de luz. Era el más brillante de todos ellos, y por su vestido de oro y rubí, supe que él era el Gran Señor de la Corte del Amanecer. Entonces el Gran Señor de la Corte del Día, vestido en blanco y dorado, su piel oscura brillando con una luz interna, presentó su similar regalo, y sonrió tristemente a Tamlin antes de retroceder.

Rhysand se adelantó, llevando mi pedazo de alma con él, y encontré a Tamlin mirándome—a nosotros.

—Por lo que ella dio —dijo Rhysan, extendiendo una mano—. Le otorgamos lo que nuestros predecesores han concedido a solo algunos antes —hizo una pausa—. Esto nos hace iguales —agregó, y sentí el brillo de su humor cuando abrió la mano y la semilla de luz cayó sobre mí.

Tamlin gentilmente cepillo mi enmarañado cabello. Su mano brilló como el sol saliente, y en el centro de su palma, ese extraño brote brillante se formó.

—Te amo —susurró, y me besó mientras descansaba su mano sobre mi corazón.



CAPÍTULO 46

TRADUCIDO POR KRISPIPE Y RAELEEN P. // CORREGIDO POR RINCONE

Todo era negro, y caliente—y denso. Tintado, pero bordeado de oro. Estaba nadando, pateando hacia la superficie, donde Tamlin estaba esperando, donde la *vida* estaba esperando. Arriba y arriba, frenética por aire. La luz dorada creció y la oscuridad se hizo vino espumoso, fácil de nadar a través, fácil de nadar a través de las burbujas efervescentes a mi alrededor y...

Di un grito ahogado y el aire inundó mi garganta.

Estaba tumbada en el suelo frío. Sin dolor—sin sangre, sin huesos rotos. Parpadeé. Un candelabro colgaba sobre mí—nunca había notado cómo de intrincados eran los cristales, cómo el jadeo de la multitud hizo eco en ellos. Una multitud—lo que quería decir que todavía estaba en esa sala del trono, es decir, yo...no estaba realmente muerta. Significaba que había... había matado esas... yo había... la habitación daba vueltas.

Gemí mientras apoyaba mis manos contra el suelo, preparándome para ponerme de pie, pero—la vista de mi piel detuvo el frío. Brillaba con una extraña luz, y mis dedos parecían más largos donde estaban apoyados en el mármol. Me puse sobre mis pies. Me sentía—me sentía *fuerte*, y rápida y elegante. Y...

Y me había convertido en un Alto Fae.

Me puse rígida cuando sentí a Tamlin detrás de mí, olía a ese aroma de lluvia y prado en primavera suyo, más rico de lo que había notado. No podía girarme para mirarlo—no podía…no podía moverme.

Un Alto Fae—inmortal. ¿Qué habían hecho?

Podía escuchar a Tamlin conteniendo la respiración—oír cuando la soltó. Escuchar la respiración, los susurros y sollozos y tranquila celebración de cada uno en el salón, aun mirándonos—mirándome—algunos cantando alabanzas por el poder glorioso de sus Grandes Señores.



—Era la única forma de poder salvarte —dijo Tamlin suavemente. Pero entonces miré a la pared, y mi mano subió a mi garganta. Me olvidé de la multitud completamente aturdida.

Allí, bajo el cuerpo en descomposición de Clare, estaba Amarantha, con la boca abierta mientras la espada sobresalía de su frente. Su garganta había desaparecido—y ahora sangre empapaba la parte delantera de su vestido.

Amarantha estaba muerta. Ellos eran libres. Yo era libre. Tamlin era...

Amaranta estaba muerta. Y yo había matado a esos dos Altos Fae; había...

Sacudí la cabeza lentamente.

- —¿Eres... —Mi voz sonaba demasiado fuerte en mis oídos mientras empujaba hacia atrás contra el muro de oscuridad que amenazaba con tragarme. Amarantha estaba muerta.
- —Míralo tú misma —dijo. Mantuve mis ojos en el suelo mientras me daba la vuelta. Allí, sobre el mármol rojo, había una máscara dorada, devolviéndome la mirada con ojos huecos.
- —Feyre —dijo Tamlin, y tomó mi barbilla entre sus dedos, levantando suavemente mi cara. Vi esa familiar barbilla primero, luego la boca, y entonces...

Era exactamente cómo lo había soñado.

Me sonrió, todo su rostro iluminado con esa tranquila alegría que había llegado a amar tan profundamente, y cepilló mi pelo a un lado. Saboreé la sensación de sus dedos sobre mi piel y alcé los míos para tocar su rostro, para trazar los contornos de esos pómulos altos y esa preciosa nariz recta—la clara y amplia frente, las cejas arqueadas ligeramente que enmarcaban sus ojos verdes.

Lo que había hecho para llegar a este momento, estar aquí parada...empujé contra el pensamiento de nuevo. En un minuto, en una hora, en un día, pensaría en eso, me obligaría a enfrentarlo. Puse una mano sobre el corazón de Tamlin, y un ritmo constante hizo eco en mis huesos.





Me senté en el borde de una cama, y aunque había pensado que ser un inmortal quería decir un umbral del dolor más alto y una curación más rápida, me estremecí mientras Tamlin inspeccionaba las pocas heridas que me quedaban, entonces sanaron. Apenas habíamos tenido un momento a solas en las horas que siguieron a la muerte de Amarantha—que siguieron a lo que yo les había hecho a las dos hadas.

Pero ahora, en esta tranquila habitación...no podía apartar la mirada de la verdad que sonaba en mi cabeza con cada respiración.

Las había matado. Sacrificado. Ni siquiera había visto sus cuerpos ser retirados.

Había sido un caos en la habitación del trono en los momentos posterior a mi despertar. El Attor y las hadas más desagradables habían desaparecido al instante, junto con los hermanos de Lucien, lo cual fue una jugada inteligente, ya que Lucien no era la única hada con una cuenta pendiente. No había señales de Rhysand tampoco. Algunas hadas habían huido, mientras que otros habían irrumpido en la celebración, y otras solo se quedaron y pasearon—ojos distantes, caras pálidas. Como si ellos tampoco acabaran de sentir que aquello era real.

Uno por uno, hacinándolo, llorando y riendo con alegría, los Altos Faes y hadas de la Corte de Primavera se arrodillaron o besaron a Tamlin, agradeciéndole—agradeciéndome. Me mantuve lo suficientemente lejos para sólo tener que asentir, porque no tenía palabras para ofrecerles a cambio de su gratitud, la gratitud por las hadas que había sacrificado para salvarlos.

Entonces hubieron reuniones en la frenética sala del trono— rápidas y tensas reuniones con los Grandes Señores con los que Tamlin se alió para detallar los próximos pasos; entonces con Lucien y algunos Altos Faes de la Corte de Primavera que se presentaron a sí mismos como centinelas de Tamlin. Pero cada palabra, cada aliento era demasiado alto, cada olor demasiado fuerte, la luz demasiado brillante. Mantenerse en medio de todo ello era más fácil que moverse, que ajustarse al extraño y fuerte cuerpo que ahora era el mío. No podía si quiera tocar mi pelo sin que la ligera diferencia en mis dedos me sacudiera.



Una y otra vez, cada nuevo sentido recientemente intensificado fue rudo y crudo, y Tamlin al final dándose cuenta mis ojos apagados, de mi silencio, tomó mi brazo. Me acompañó a través del laberinto de túneles y pasillos hasta que encontramos una habitación tranquila en un ala remota de la corte.

— Feyre —dijo Tamlin ahora, dejando de inspeccionar mi pierna para levantar la vista. Había estado tan acostumbrada a su máscara que la hermosura de su cara me sorprendía cada vez que la veía.

Esto—esto era por lo que había matado a esas hadas. Sus muertes no habían sido en vano, y aun así... la sangre sobre mí se había ido cuando me desperté—como si convirtiéndome en inmortal, como si haber sobrevivido, de alguna manera me hubiese ganado el derecho a lavar su sangre de encima.

—¿Qué? —dije. Mi voz era... silenciosa. Hueca. Debería intentar—tratar de sonar más alegre, por él, por lo que acababa de pasar, pero...

Me dio esa media sonrisa. Siendo humano, podría estar en la gloria de sus treinta. Pero él no era humano—y yo tampoco lo era.

No estaba segura de si eso era un pensamiento feliz o no.

Esa era una de mis preocupaciones más pequeñas. Debería estar pidiendo su perdón, pidiendo a las familias y amigos de esas hadas su perdón. Debería estar de rodillas, llorando de vergüenza por todo lo que había hecho...

—Feyre —dijo de nuevo, bajando mi pierna para ponerse entre mis rodillas. Acarició mi mejilla con un nudillo—. ¿Cómo podría pagarte por lo que has hecho?

—No tienes que hacerlo —dije. Deja que sea así—deja que esa oscura y húmeda celda se desvanezca, y el rostro de Amarantha desaparezca de mi memoria. Incluso si esas dos hadas muertas—incluso si *sus* rostros nunca desaparecerían para mí. Si alguna vez podía volver a pintar, nunca sería capaz de dejar de ver esos rostros en lugar de los colores y la luz.

Tamlin sostuvo mi cara entre sus manos, acercándose, pero entonces me liberó y agarró mi brazo izquierdo tatuado.



—No quiero hablar de eso —murmuré. El trato que había hecho con Rhysand—otra pequeña preocupación en comparación con la mancha en mi alma, del pozo en su interior. Pero no dudaba que vería a Rhysand otra vez pronto.

Los dedos de Tamlin trazaron las marcas de mi tatuaje.

—Encontraremos la forma de salir de esto —murmuró y su mano subió por mi brazo hasta descansar en mi hombro. Abrió su boca, y sabía lo que iba a decir—el tema que trataría de abordar.

No podía hablar sobre ello, sobre ellas—aún no. Así que dije en un suspiro:

—Después. —Y enganché mis pies alrededor de sus piernas, atrayéndole más cerca. Puse mis manos sobre su pecho, sintiendo el latido de su corazón debajo. Esto—*esto* es lo que necesito ahora mismo. No podría librarme de lo que había hecho, pero... lo necesitaba cerca, necesitaba olerlo y probarlo, recordarme que él era real—que *esto* era real.

—Después —se hizo eco, y descendió para besarme.

Fue suave, tentativo—nada como el salvaje y caliente beso que habíamos compartido en la habitación del trono. Rozó sus labios contra los míos de nuevo. Yo no quería disculpas, no quería simpatía o mimos. Me apoderé de la delantera de su túnica, tirando de él más cerca mientras abría mi boca para él.

Dejó salir un gruñido y el sonido inició un incendio forestal a través de mí, inundándome y quemando mi núcleo. Dejé que ello quemara a través del agujero en mi pecho, en mi alma. Dejé que arrasara con la ola de negrura que había empezado a presionarse a mí alrededor, dejé que consumiera el fantasma de la sangre que todavía podía sentir en mis manos. Me entregue a mí misma a ese fuego, a él, mientras sus manos me recorrían, desabrochando a su paso.

Me aparté, rompiendo el beso para mirarlo a la cara. Sus ojos brillaba—hambrientos—pero sus manos habían detenido su exploración y descansaban firmemente en mis caderas. Con la quietud de un depredador, esperó y observó mientras yo trazaba los contornos de su rostro, mientras besaba cada lugar que tocaba.



Su respiración desigual era el único sonido—y sus manos pronto comenzaron a vagar por mi espalda y los lados, acariciando, probando, y desnudándome para él. Cuando mis viajeros dedos llegaron a su boca, mordió uno, chupándolo dentro de boca. No dolió, pero el mordisco fue lo suficientemente duro para encontrarme con sus ojos de nuevo. Para darme cuenta que había terminado con la espera—así como yo.

Suavemente me llevó sobre la cama, murmurando mi nombre contra mi cuello, en la concha de mi oreja, la punta de mis dedos. Lo insté a más rapidez, a más dureza. Su boca exploró la curva de mi pecho, el interior mis muslos.

Un beso por cada día que habíamos pasado separados, un beso por cada herida y terror, un beso por la tinta grabada en mi carne, y por todos los días que estaríamos juntos después de esto. Días, que tal vez, no me merecía. Pero me entregué al fuego, me lancé a él, dentro de él, y dejé que me quemara.



Fui sacada de mi sueño por algo tirando de mi mitad, un hilo de mi interior.

Dejé a Tamlin durmiendo en la cama, su cuerpo pesado por el agotamiento. En pocas horas, estaríamos yéndonos de Bajo la Montaña y volviendo a casa, y no quería despertarlo antes de que tuviera que hacerlo. Rezaba por que alguna vez yo volviese a dormir tan plácidamente.

Sabía quién me había convocado mucho antes de que abriera la puerta hacia el pasillo y me dirigiera hacía él, tropezando y tambaleándome de vez en cuando mientras me ajustaba a mi nuevo cuerpo, a su nuevo balance y ritmos. Con cuidado, lentamente tomé un conjunto de escaleras hacia arriba, arriba y arriba, hasta que para mi sorpresa, un rayo de luz se vertía hacia el hueco de las escaleras y me encontré en un pequeño balcón que sobresalía en un lado de la montaña.

Siseé contra el brillo, protegiendo mis ojos. Pensé que era plena noche—había perdido completamente la noción del tiempo en la oscuridad de la montaña.



Rhysand rio suavemente desde donde pude vagamente verlo de pie a lo largo de la barandilla de piedra.

—Me olvidé que ha pasado algo de tiempo para ti.

Mis ojos ardían por la luz y permanecí en silencio hasta que pude ver sin que el dolor se disparara por mi cabeza. Una tierra montañosa cubierta de nieve purpura de dio la bienvenida, pero la roca de esta montaña era marrón y desnuda—ni siquiera una brizna de hierva o cristal de hierba brillaba en ella.

Al final, lo miré. Sus membranosas alas estaban a fuera—metidas detrás de él—pero sus manos y pies estaban normales, sin garras a la vista.

- -¿Qué quieres? -Aquello no salió con el chasquido que había pretendido. No mientras lo recordaba cómo había luchado, una y otra vez, para atacar a Amarantha, para salvarme.
- —Solo vine a decir adiós —Una cálida briza le alborotó el pelo, sacudiendo sus zarcillos oscuros de sus hombros—. Antes de que tu amado te lleve para siempre.
- —No para siempre —dije, moviendo mis dedos tatuados para que él los ¿No tienes cada mes? —Esas viera—. una semana palabras. afortunadamente, salieron heladoramente.

Rhys sonrió ligeramente, sus alas agitaron y después se calmaron.

—¿Cómo podría olvidarlo?

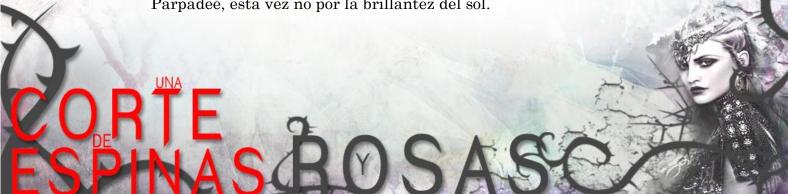
Me quedé mirando a la nariz que había visto sangrar solo unas horas antes, a los ojos violetas que había visto tan llenos de dolor.

-¿Por qué? -pregunté.

Él sabía a lo que me refería, y se encogió de hombros.

—Porque cuando las leyendas se escriban, no quiero ser recordado por haberme mantenido al margen. Quiero que mi futura descendencia sepa que estuve allí, y que luché hasta el final, incluso si no podía hacer nada útil.

Parpadeé, esta vez no por la brillantez del sol.



—Porque —prosiguió, con los ojos fijos en los míos—. No quería que lucharas sola. O murieras sola.

Y por un momento, recordé esa hada que habían muerto en nuestro vestíbulo, y cómo yo le había dicho a Tamlin la misma cosa.

-Gracias -le dije con mi garganta apretada.

Rhysand esbozó una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Dudo que vayas a decir eso cuando te lleve a la Corte Oscura.

No me molesté en responder mientras me giraba hacia las vistas. La montaña seguía y seguía, reluciente, sombreada y vasta bajo el abierto y claro cielo.

Pero nada en mí se agitó—nada catalogó las luces y colores.

—¿Te irás a casa volando? —dije.

Dejo salir una risa suave.

—Por desgracia, eso tomaría más de lo que me puedo permitir. Algún día, volveré a saborear los cielos.

Eché un vistazo a las alas metidas en su poderoso cuerpo, y mi voz se hizo ronca mientras hablaba:

—Nunca me dijiste que te gustaran las alas—o volar. —No, él había hecho que su cambio de forma se viera... básico, inútil, aburrido.

Se encogió de hombros.

—Todo cuanto amo tiene la tendencia a siempre serme arrebatado. Le digo a muy pocos sobre las alas. O el vuelo.

Algo de color ya había entrado en ese rostro blanco como la luna—y me pregunté si alguna vez habría estado bronceado antes de que Amarantha le hubiese mantenido bajo la tierra durante tanto tiempo. Un Gran Señor a quien le encantaba volar—atrapado bajo una montaña. Sombras no de las suyas todavía perseguían esos ojos violetas. Me pregunté si alguna vez se suavizarían.



—¿Qué se siente ser un Alto Fae? —Inquirió él—una tranquila y curiosa pregunta.

Miré hacia las montañas de nuevo, considerándolo. Y tal vez fue porque no había nadie más que escuchara, tal vez fue porque las sombras en sus ojos también estarían para siempre en los míos, pero dije:

—Soy un inmortal, quien ha sido mortal. Este cuerpo... —Bajé la vista a mi manos, tan limpia y brillante—una burla de lo que había hecho—. Este cuerpo es diferente, pero esto... —Puse mi mano en mi pecho, en mi corazón—...Esto sigue siendo humano. Tal vez siempre lo sea. Pero podría haber hecho más fácil vivir con ello... —Aclaré mi garganta—. Más fácil vivir con lo que hice si mi corazón hubiese cambiado también. Tal vez no me preocuparía tanto; tal vez podría convencerme a mí misma que sus muertes no fueron en vano. Tal vez la inmortalidad pueda alejar eso. No puedo decir si es lo que quiero.

Rhysand me miró por tanto tiempo que me giré hacia él.

—Alégrate de tu humano corazón, Feyre. Pobre de ellos que no sienten nada en absoluto.

No podía explicar el agujero que ya tenía formado en mi alma—no quería, así que solo asentí.

—Bueno, adiós por ahora —dijo él, rodando su cuello como si no hubiéramos estado hablando de nada importante. Se inclinó por la cintura, esas alas desapareciendo por completo, y había empezado a desvanecerse entre las sombras cuando se puso rígido.

Sus ojos se bloquearon en lo míos, anchos y salvajes, sus fosas nasales dilatadas. Impresión—pura impresión cruzó sus características a lo que sea que vio en mi cara, y se tambaleó un paso hacia atrás. En realidad *tropezó*.

—¿Qué es…? —empecé.

Él desapareció—sencillamente desapareció, ni una sombra quedó a la vista en el aire fresco.





Tamlin y yo nos fuimos por el camino que habíamos llegado—a través de la estrecha cueva en el vientre de la montaña. Antes de partir, los Altos Faes de varias cortes destruyeron y después sellaron Bajo la Montaña, la corte de Amarantha. Fuimos los últimos en salir, y con un movimiento del brazo de Tamlin, la entrada a la corte se desmenuzó detrás de nosotros.

Seguía sin tener palabras para preguntar qué habían hecho con esas dos hadas. A lo mejor algún día, tal vez pronto, preguntaría donde estaban, qué nombres habían tenido. El cuerpo de Amarantha, escuché que había sido arrastrado al exterior para ser quemado—aunque el hueso y el ojo de Jurian de alguna manera se habían perdido. Por mucho que quisiera odiarla, por mucho que deseara haber podido escupir sobre su cuerpo quemado... entendía lo que la había impulsado—una muy pequeña parte de ella, pero lo entendía.

Tamlin agarró mi mano mientras caminábamos por la oscuridad. Ninguno de nosotros dijo nada cuando apareció un rayo de luz solar, manchando las paredes del húmedo sótano de un brillo plateado, pero nuestros pasos se aceleraron mientras la luz se hacía más intensa y la cueva más caliente, y entonces ambos emergimos a la hierba verde primavera que cubría los baches y huecos de sus tierras. Nuestras tierras.

La brisa, el aroma de las flores silvestres me golpeó, y a pesar del agujero en mi pecho, de la mancha en mi alma, no pude evitar la sonrisa que apareció mientras subíamos a una colina empinada. Mis piernas feéricas eran más fuertes que las humanas, y cuando llegamos a la cima de la colina, no estaba tan falta de aliento como una vez pude estar. Pero el aliento se quedó bloqueado en mi pecho cuando avisté la mansión cubierta de rosas.

Hogar.

En todas mis imaginaciones dentro de las mazmorras de Amarantha, nunca me permití pensar en este momento—jamás me permití soñar tan escandalosamente. Pero lo había conseguido—nos había traído a ambos a casa.

Apreté su mano mientras mirábamos fijamente hacia abajo, a la mansión, con sus establos y jardines, dos conjuntos de risas infantiles—



verdaderas y libres risas—llegaron desde algún lado dentro de sus paredes. Un momento después, dos pequeñas y brillantes figuras se lanzaron dentro del campo más allá del jardín, chillando mientras eran perseguidos por una más alta y riente figura—Alis y sus niños. Seguros y fuera de su escondite finalmente.

Tamlin colocó su brazo alrededor de mis hombros, acercándome a él mientras apoyaba su mejilla en mi cabeza. Mis labios temblaron, y envolví mi brazo alrededor de su cintura.

Nos quedamos de pie en la cima de la colina en silencio hasta que la puesta de sol iluminando de dorado la casa y las colinas, el mundo y Lucien nos llamó para la cena.

Di un paso fuera de los brazos de Tamlin y lo besé suavemente. Mañana—había un mañana, y una eternidad para enfrentar lo que había hecho, para enfrentar lo que destrocé en pedazos en mi interior mientras estuve Bajo la Montaña. Pero ahora mismo... por hoy...

—Vámonos a casa —dije, y tomé su mano.



Si quieres saber más noticias sobre esta trilogía, entonces te invito a que te unas a Paradise Summerland, es que donde se harán el resto de libros.

A COURT OF THORNS AND ROSES #2

Feyre ha sobrevivido a las garras de Amarantha para volver a la Corte de Primavera...pero a un alto coste. A pesar de que ahora posee los poderes de un Alto Fae, su corazón sigue siendo humano y no puede olvidar los terribles actos que tuvo que hacer para salvar el pueblo de Tamlin.

Feyre tampoco se ha olvidado de su trato con Rhysand, el Gran Señor de la Corte Oscura. Mientras Feyre navega por la oscura telaraña del político, apasionante y deslumbrante poder, un mal aún mayor se acerca...y ella podría ser la clave para detenerlo. Pero solo si puede aprovechar sus terribles poderes, sanar su fracturada alma y decidir cómo desea formar su futuro—y el futuro de un mundo partido en dos.





